BRENT WEEKS

EL PRISMA NEGRO



EL PORTADOR DE LUZ, I

Lectulandia

Gavin Guile es el Prisma, el hombre más poderoso del mundo, además de sumo sacerdote y emperador, encargado de mantener una paz resquebrajadiza que solo se sostiene en virtud de su poder, ingenio y carisma. Pero la vida de los Prismas nunca es larga, y Guile sabe con exactitud de cuánto tiempo dispone: cinco años en los que deberá lograr otros tantos objetivos imposibles…Cuando Guile descubra que tiene un hijo, nacido en un reino lejano al término de la guerra que lo condujo al trono, tendrá que decidir qué precio está dispuesto a pagar con tal de proteger un secreto que podría reducir su mundo a escombros…En su nueva trilogía, «El portador de luz», Brent Weeks nos sumerge otra vez con gran maestría en un universo fantástico profundamente original. El Prisma negro es el inicio de una inolvidable y apasionante saga que entusiasmará a los numerosos seguidores del autor y que está destinada a cautivar a muchos más…

Lectulandia

Brent Weeks

El prisma negro

El portador de luz - 1

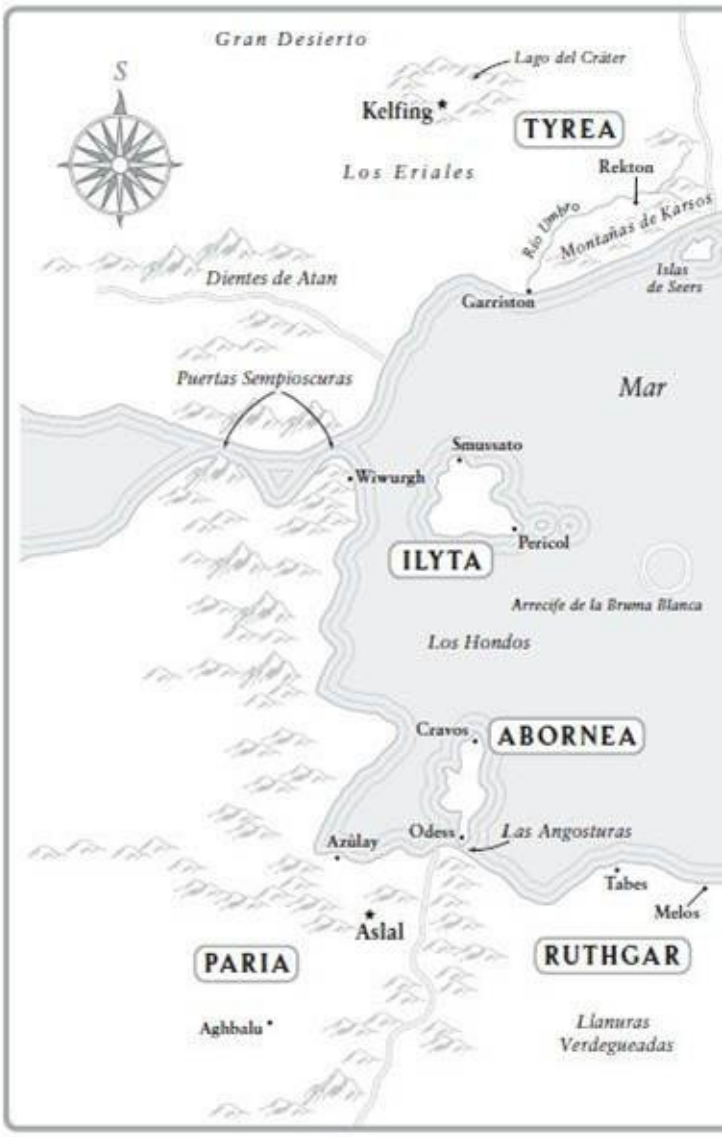
ePUB v1.0
AlexAinhoa 18.10.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *The Black Prism*
Brent Weeks, 2012
Traducción: Manuel de los Reyes García Campos

Editor original: AlexAinhoa (v1.0)
ePub base v2.0

Dedicado a mi mujer, Kristi,
quien ya lleva casi toda una década
demostrándome que tenía razón.


Gran Desierto
Lago del Cráter
S
Kelfing
TYREA
Los Eriales
Rekton
Río Umbro
Montañas de Karsos
Islas de Seers
Dientes de Atan
Garriston
Puertas Sempioscuras
Mar
Smussato
Wiwurgh
Pericol
ILYTA
Arrecife de la Bruma Blanca
Los Hondos
Cravos
ABORNEA
Azùlay
Odess
Las Angosturas
Tabes
Melos
Aslal
PARIA
RUTHGAR
Aghbalu
Llanuras Verdegueadas


Picoavernales
LAS SIETE SATRAPÍAS
Idoss
Las Tierras Agrietadas
Acantilados Rojos
Cerúleo
ATASH
Ru
Cabo de Ru
LA CROMERÍA
Gran Jaspe
Isla de los Cañones
Pequeño Jaspe
Puerto Verde
La Ciudad Flotante
Rath
BOSQUE DE SANGRE
Gran Rd
Verit

1

Kip se acercó al campo de batalla a gatas y al amparo de la oscuridad, envuelto en una neblina que amortiguaba los sonidos y difuminaba la luz de las estrellas. Aunque los adultos lo evitaban y los niños tenían prohibido ir allí, él había jugado a cielo descubierto en infinidad de ocasiones… de día. Esa noche, su cometido era menos placentero.

Tras coronar la colina, Kip se irguió y se arremangó las perneras. El río siseaba a su espalda, o puede que fueran los guerreros bajo su superficie, muertos desde hacía dieciséis años. Cuadró los hombros y se esforzó por hacer oídos sordos a su imaginación. La niebla propiciaba que se sintiera aislado de todo, inmune al paso del tiempo. Pero aunque no hubiera muestras de ello, el amanecer era inminente. Debía llegar al otro lado del campo de batalla antes de que saliera el sol. Sus excursiones nunca lo habían llevado tan lejos.

Incluso Ramir sentía reparos en acudir allí por las noches. Todo el mundo sabía que la Roca Hendida era un lugar maldito. Pero Ram no tenía que alimentar a su familia; no era su madre la que se fumaba todos sus ingresos.

Kip asió con firmeza el pequeño cuchillo que colgaba de su cinturón y empezó a caminar. Las almas sin descanso no eran las únicas que podrían arrojarlo a la noche eterna. Se había atisbado una manada de jabalinas gigantes merodeando por las noches, tan crueles sus colmillos como afiladas sus pezuñas. Constituían un manjar delicioso si uno disponía de un buen arcabuz, nervios de acero y buena puntería, pero desde que la Guerra de los Prismas acabara con todos los hombres de la ciudad, eran pocos los que estaban dispuestos a jugarse el pescuezo a cambio de unas lonchas de panceta. Rekton era ya una sombra de lo que había sido. La alcaldesa no veía con buenos ojos que sus conciudadanos arriesgaran la vida a la ligera. Además, Kip no tenía ningún arcabuz.

Tampoco eran las jabalinas las únicas criaturas que poblaban la noche. Ni un puma ni un oso dorado le harían ascos a un Kip con abundantes vetas de grasa.

Un aullido quedo atravesó la niebla y la oscuridad cien pasos más adelante, en el interior del campo de batalla. Kip se quedó paralizado. Sí, también había lobos. ¿Cómo había podido olvidarse de ellos?

Algo más lejos, otro lobo emitió su respuesta. Un sonido escalofriante, la voz misma de la espesura. Era imposible no contener el aliento cuando uno oía algo así. Era la clase de belleza que conseguía que uno ensuciara los pantalones.

Kip se humedeció los labios y reanudó la marcha. Lo asaltó el poderoso presentimiento de que estaban siguiéndolo. Acechándolo. Miró por encima del hombro. Allí no había nada. Por supuesto que no. Su madre siempre le había dicho que tenía demasiada imaginación. Sigue andando, Kip. Hay cosas que hacer. Los

animales están más asustados de ti que tú de ellos y todo eso. Además, los aullidos poseían la particularidad de que siempre sonaban engañosamente cerca. Con toda probabilidad esos lobos se encontraban a varias leguas de distancia.

Antes de la Guerra de los Prismas, esas tierras eran célebres por sus cultivos. Contiguas al río Umbro, idóneas para los higos, las uvas, las peras, las zarzamoras, los espárragos… allí prosperaba todo. Y habían transcurrido dieciséis años desde la última batalla, uno más de los que contaba Kip. La llanura, sin embargo, seguía estando arrasada y surcada de cicatrices. Del suelo sobresalía un puñado de travesaños calcinados, los restos de antiguos hogares y graneros. Aún perduraban los cráteres y los profundos surcos excavados por la artillería pesada. Llenos ahora de remolinos de niebla, esos cráteres semejaban lagos, túneles, trampas. Sin fondo. Insondables.

Casi toda la magia empleada durante la batalla se había disuelto tarde o temprano tras años de exposición al sol, pero los destellos de las lanzas de luxina verde rotas todavía salpicaban los alrededores. Los fragmentos de amarillo sólido eran capaces de atravesar incluso el cuero más recio del calzado de quien los pisara.

Hacía tiempo que los saqueadores se habían llevado todas las armas de valor, las corazas y la luxina del campo de batalla, pero con el devenir de las estaciones y la alternancia de las lluvias, todos los años salían a la superficie nuevos misterios. Eso era lo que esperaba encontrar Kip, y su objetivo se volvería más visible con los primeros rayos de sol.

Los lobos dejaron de aullar. No había nada peor que oír ese sonido escalofriante, pero al menos así uno sabía dónde estaban. Ahora… Kip tragó saliva con dificultad en un intento por deshacer el nudo que le oprimía la garganta.

Al adentrarse en el valle de la sombra de dos grandes colinas artificiales —vestigios de dos de las grandes piras funerarias en las que habían ardido decenas de miles de almas— Kip vislumbró algo entre los jirones de niebla. El corazón dio un vuelco en su pecho. El contorno curvo de una cogulla de malla. El destello de unos ojos que escudriñaban la oscuridad.

La imagen desapareció tras un remolino brumoso.

Un espectro. Orholam misericordioso. Algún espíritu montando guardia ante su sepultura.

Míralo por el lado positivo. A lo mejor a los lobos les dan miedo los fantasmas.

Kip se dio cuenta de que había dejado de caminar y se había quedado con la mirada fija en las tinieblas. Ponte en marcha, majadero.

Así lo hizo, agazapado. Pese a su tamaño, se preciaba de ser muy sigiloso cuando se lo proponía. A regañadientes, apartó la mirada de la colina; seguía sin haber ni rastro del espectro, el hombre o lo que quiera que fuese. Volvió a experimentar la sensación de que lo seguían. Echó un vistazo a su espalda. Nada.

Un chasquido brusco, como si alguien hubiera dejado caer un guijarro. Y algo por el rabillo del ojo. Kip volvió la mirada hacia lo alto de la colina. Otro chasquido, una chispa, el roce del pedernal contra el acero.

La bruma se iluminó por un instante fugaz y Kip distinguió algunos detalles. No se trataba de ningún fantasma, sino de un soldado golpeando un trozo de pedernal en un intento por encender una mecha de combustión lenta. Cuando prendió, proyectó un resplandor rojizo sobre las facciones del soldado, cuyos ojos dieron la impresión de iluminarse. Acopló la mecha al serpentín de su arcabuz y giró sobre los talones, escudriñando la oscuridad en busca de su objetivo.

Puede que el breve resplandor de la llama, reducida ahora a una brillante ascua carmesí en la mecha, lo hubiese cegado temporalmente, porque su mirada pasó justo por encima de Kip.

El soldado describió otro círculo, atropelladamente, paranoico.

—Pero ¿qué diablos voy a ver aquí fuera…? Cochinos lobos.

Con suma cautela, Kip empezó a alejarse. Debía adentrarse en la niebla y la oscuridad antes de que la agudeza visual del soldado se recuperase, pero si hacía ruido, el hombre podría disparar a ciegas. Kip caminó de puntillas, en silencio, sintiendo un cosquilleo en la espalda, convencido de que una bala de plomo iba a atravesarlo de un momento a otro.

Pero lo consiguió. Cien pasos más, y nadie dio la voz de alarma. Ningún disparo hendió la noche. Más lejos. Doscientos pasos más y vio luz a su izquierda, una fogata. Se había consumido hasta tal punto que ya solo quedaban unos cuantos rescoldos. Kip intentó no mirarla de frente para conservar la vista. No había ninguna tienda, ni mantas tendidas en el suelo en los alrededores, tan solo el fuego.

Kip puso en práctica el truco de maese Danavis para ver en la oscuridad. Dejó que su mirada se desenfocara e intentó percibir lo que acechaba en la periferia de su visión. Nada, salvo una posible irregularidad. Reanudó su avance.

Había dos hombres tumbados en el suelo helado. Uno de ellos era un soldado. Kip, que había visto a su madre inconsciente en infinidad de ocasiones, supo al instante que este hombre no había perdido el sentido. Sus extremidades apuntaban en todas direcciones de forma antinatural, no lo cubría manta alguna y tenía la boca abierta, desencajada la mandíbula mientras contemplaba el firmamento nocturno sin pestañear. Junto al difunto soldado yacía otro hombre, cargado de cadenas pero con vida. Estaba tendido de costado, con las manos ceñidas por grilletes a la espalda y la cabeza envuelta en un saco negro anudado con fuerza alrededor del cuello.

El prisionero respiraba y estaba tiritando. No, sollozando. Kip miró a su alrededor; no había nadie más a la vista.

—¿Por qué no terminas de una vez, maldito seas?

Kip se quedó paralizado. Pensaba que se había acercado sin hacer ruido.

—Cobarde —continuó el hombre—. Me imagino que solo estarás cumpliendo órdenes. Orholam te aplastará por lo que estás a punto de hacerle a la pequeña ciudad de Rekton.

Kip no tenía la menor idea de a qué se refería el hombre.

Al parecer, su silencio habló por sí solo.

—No eres uno de ellos. —Una nota de esperanza tiñó la voz del prisionero—. ¡Ayúdame, por favor!

Kip dio un paso adelante. El hombre estaba sufriendo. Se detuvo. Miró al soldado fallecido. La pechera de su camisa estaba empapada de sangre. ¿Lo habría matado este prisionero? ¿Cómo?

—Por favor, déjame encadenado si quieres. Pero, por favor, no quiero morir a oscuras.

Aunque le parecía una crueldad, Kip guardó las distancias.

—¿Lo has matado?

—Mi ejecución estaba prevista para el alba. Escapé. Siguió mi rastro y consiguió echarme al saco por encima de la cabeza antes de perecer. Si el amanecer está cerca, su sustituto llegará de un momento a otro.

Kip seguía sin entenderlo. En Rekton nadie confiaba en los soldados que pasaban por allí, y la alcaldesa había pedido a los jóvenes de la ciudad que evitaran su compañía durante algún tiempo; al parecer el nuevo sátrapa, Garadul, se había declarado libre del control de la Cromería. Ahora era el rey Garadul, afirmaba, pero esperaba que los jóvenes de la ciudad continuaran engrosando sus levas. La alcaldesa había dicho a su representante que, puesto que ya no ostentaba el título de sátrapa, había perdido cualquier derecho a exigir levas. Rey o sátrapa, Garadul no aceptaría esa decisión de buen grado, pero Rekton era demasiado pequeña como para merecer su atención. Aun así, lo más prudente sería evitar a sus soldados hasta que las aguas volvieran a su cauce.

Por otro lado, que Rekton no gozara del favor del sátrapa en estos momentos tampoco convertía automáticamente a este hombre en amigo de Kip.

—Así que eres un delincuente —dijo Kip.

—De los de seis sombras hasta el Día del Sol —replicó el hombre. La esperanza se desvaneció de su voz—. Escucha, muchacho… eres un niño, ¿verdad? Lo pareces por tu voz. Hoy voy a morir. No puedo escapar. Ni quiero hacerlo, la verdad sea dicha. Estoy harto de huir. Esta vez lucharé.

—No lo entiendo.

—Tiempo al tiempo. Quítame la capucha.

Pese a las dudas indeterminadas que aún lo asaltaban, Kip desató el medio nudo que sujetaba el saco alrededor del cuello del hombre y le descubrió la cabeza.

Al principio, Kip no supo a qué se refería el prisionero, que se sentó con los

brazos inmovilizados aún a la espalda. Debía de rondar la treintena, tyreano como Kip pero de piel más clara, con el cabello ondulado en vez de rizado, esbeltas y musculosas las extremidades. Entonces Kip reparó en sus ojos.

Las personas que podían controlar la luz y crear luxina —los denominados trazadores— siempre poseían unos ojos extraordinarios, impregnados de un tenue residuo de cualquiera que fuese el color que trazaban. A lo largo de su vida, el iris entero terminaba tiñéndose de rojo, o de azul, o de cualquiera que fuese su color. El prisionero era un trazador verde, o lo había sido. En lugar de estar confinado a un halo alrededor del iris, el verde se mostraba en fragmentos, como vajilla hecha añicos contra el suelo. Unos diminutos fragmentos de color verde relucían incluso en el blanco de sus ojos. Kip emitió un grito ahogado y retrocedió.

—¡Por favor! —imploró el hombre—. Por favor, no estoy loco. No te haré daño.

—Eres un engendro de los colores.

—Y ahora sabes por qué escapé de la Cromería.

Porque la Cromería sacrificaba a los engendros de los colores, como haría cualquier granjero con un perro que sucumbiese a la rabia, por mucho cariño que le profesara.

Kip se disponía a salir corriendo, pero el hombre no hizo ningún gesto amenazador. Además, todavía reinaba la oscuridad. Incluso los engendros de los colores requerían luz para trazar. La niebla parecía estar levantándose, no obstante, y el horizonte comenzaba a teñirse de gris. Conversar con un loco era una insensatez, pero no tenía por qué ser peligroso. No hasta que despuntara el sol, al menos.

El engendro de los colores había adoptado una expresión extraña mientras observaba a Kip.

—Ojos azules. —Se rió.

Kip frunció el ceño. Odiaba sus ojos azules. Era distinto que un extranjero como maese Danavis tuviera los ojos azules. A él le quedaban bien. Kip parecía un bicho raro.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el engendro de los colores.

Kip tragó saliva con dificultad mientras pensaba que lo más prudente sería alejarse de allí.

—Venga, por el amor de Orholam, ¿crees que voy a embrujarte con tu nombre? ¿Hasta dónde llega la ignorancia en este rincón olvidado? No es así como funciona la cromaturgia…

—Kip.

El engendro de los colores esbozó una sonrisa.

—Kip. Bueno, Kip, ¿no te has preguntado nunca qué haces atrapado en una vida tan modesta? ¿No has tenido nunca la impresión, Kip, de que eres alguien especial?

Kip guardó silencio. Sí, y sí.

—¿Sabes por qué sientes que te aguarda un destino mayor?

—¿Por qué? —preguntó Kip con voz queda, esperanzado.

—Porque eres un mierdecilla arrogante. —El engendro de los colores se carcajeó.

No debería haber pillado a Kip con la guardia baja. Su madre le había dicho cosas peores. Aun así, tardó un momento en reaccionar. Un pequeño fracaso.

—Púdrete en el infierno, cobarde. Ni siquiera eres capaz de correr. Capturado por soldados con los pies de plomo.

Las risas del engendro de los colores arreciaron.

—Ah, pero es que no me capturaron. Me reclutaron.

¿Quién querría que un demente se uniera a sus filas?

—No sabían que eras un…

—Sí, sí que lo sabían.

El miedo se instaló en el estómago de Kip como una piedra pesada.

—Has mencionado mi ciudad. Antes. ¿Qué se proponen?

—¿Sabes?, Orholam es un bromista. No me había dado cuenta hasta ahora. Eres huérfano, ¿verdad?

—No. Mi madre está viva —replicó Kip. Se arrepintió inmediatamente de haberle revelado siquiera esa migaja de información al engendro.

—¿Me creerías si te dijera que existe una profecía acerca de ti?

—No tuvo gracia ni siquiera la primera vez. ¿Qué va a pasarle a mi ciudad? —El amanecer estaba cerca, y Kip no tenía intención de quedarse a esperarlo. No era solo que entonces se produciría el relevo de la guardia, sino que Kip no sabía qué sería capaz de hacer el engendro cuando hubiera luz.

—¿Sabes?, tú eres el motivo de que esté aquí. No aquí, aquí. No en plan ¿«por qué existo»? No en Tyrea. Encadenado, quiero decir.

—¿Qué?

—La locura contiene poder, Kip. Claro que… —Dejó la frase flotando en el aire mientras se reía de algún pensamiento privado. Recuperó la compostura—. Mira, ese soldado tiene una llave en el bolsillo de la pechera. No pude sacarla, no con… —Sacudió las manos, inmovilizadas por los grilletes a su espalda.

—¿Y por qué iba a ayudarte?

—Por un puñado de respuestas sinceras antes de que salga el sol.

Chiflado y retorcido. Estupendo.

—Dame una antes.

—Dispara.

—¿Qué van a hacer con Rekton?

—Fuego.

—¿Cómo?

—Lo siento, has dicho que querías una.

—¡Eso no es ninguna respuesta!

—Van a arrasar tu aldea. Se tratará de un castigo ejemplar, para que nadie más ose desafiar al rey Garadul. La sublevación se ha extendido a otros lugares. La rebelión del rey contra la Cromería no se ve con buenos ojos en todas partes. Por cada ciudad que arde en deseos de vengarse del Prisma hay otra que no quiere saber nada de la guerra. Tu aldea ha sido elegida a propósito. En cualquier caso, me remordía la conciencia y me opuse. Se cruzaron unas cuantas palabras. Le di un puñetazo a mi superior. La culpa no fue enteramente mía. Saben que los verdes no nos llevamos bien con las normas y la jerarquía. Y menos cuando hemos roto el halo. —El engendro de los colores se encogió de hombros—. Ya está, una respuesta sincera. Con eso me he ganado la llave, ¿no crees?

Era demasiada información como para asimilarla de golpe (¿romper el halo?), pero había sido una respuesta sincera, sin duda. Kip se acercó al cadáver, cuya piel se veía pálida con la creciente claridad. Échale valor, Kip. Averigua todo cuanto puedas.

Kip sabía que el amanecer estaba a la vuelta de la esquina. La noche comenzaba a poblarse de formas siniestras. La colosal silueta geminada de la Roca Hendida se manifestaba allí donde las estrellas desaparecían del firmamento.

¿Qué necesito saber?

Titubeó, reticente a tocar al difunto. Se arrodilló.

—¿Por qué mi ciudad? —Tanteó el bolsillo del difunto, con cuidado de no tocar la piel. Allí estaba, dos llaves.

—Creen que tienes algo que pertenece al rey. No sé de qué se trata. Solo pude escuchar eso a hurtadillas.

—¿Qué podría tener Rekton que interese al monarca?

—No he dicho que Rekton tenga nada. Me refiero a ti.

Kip tardó un segundo en encajar la respuesta.

—¿Yo? —Se llevó la mano al pecho—. ¿Yo personalmente? ¡Pero si no tengo nada!

El engendro de los colores esbozó una sonrisa enloquecida, pero a Kip le pareció que era fingida.

—Entonces debe de tratarse de un trágico error. Error por su parte, y trágico para ti.

—¡¿Qué, piensas que miento?! ¿Crees que estaría aquí fuera, recogiendo restos de luxina, si tuviera elección?

—Lo cierto es que me trae sin cuidado. ¿Me vas a acercar esa llave o te lo tengo que pedir por favor?

Darle las llaves sería un error. Kip lo sabía. El engendro no estaba en sus cabales. Era peligroso. Él mismo lo había reconocido. Pero había cumplido su palabra. ¿Cómo podía faltar Kip a la suya?

Kip abrió los grilletes del hombre, primero, y después el candado que sujetaba las cadenas. Retrocedió con cuidado, como si tuviera delante una fiera salvaje. El engendro fingió no darse cuenta mientras se frotaba los brazos y se estiraba en todas direcciones. Se acercó al guardia y volvió a registrarle los bolsillos. Su mano emergió con un par de anteojos verdes con una lente resquebrajada.

—Podrías venir conmigo —sugirió Kip—. Si lo que dices es cierto…

—¿Cuánto crees que me dejarían acercarme a la ciudad antes de que saliera alguien corriendo, armado con un mosquete? Además, cuando salga el sol… Estoy preparado para lo que venga. —El engendro de los colores respiró hondo, con la mirada perdida en el horizonte—. Dime, Kip, si te has pasado la vida haciendo cosas malas, pero mueres haciendo algo bueno, ¿crees que lo uno compensará lo otro?

—No —respondió con sinceridad Kip, sin poder evitarlo.

—Yo tampoco.

—Pero es mejor que nada —dijo Kip—. Orholam es misericordioso.

—Me pregunto si seguirás pensando lo mismo cuando hayan terminado con tu aldea.

Kip tenía muchas más preguntas, pero los acontecimientos se habían precipitado de tal modo que no lograba ordenar sus ideas.

A la luz creciente Kip vio lo que ocultaban la niebla y la oscuridad. Cientos de tiendas ordenadas con precisión militar. Soldados. Muchos soldados. Mientras Kip enderezaba la espalda, a menos de doscientos pasos de la tienda más próxima, la llanura empezó a rutilar. Los destellos brotaban de los fragmentos de luxina como estrellas esparcidas por el suelo, reflejo de sus hermanas en el firmamento.

Era lo que Kip había venido a buscar. Por lo general, cuando un trazador liberaba luxina, esta se disolvía sin más, fuera del color que fuese. Pero en la batalla había habido tanto caos, tantos trazadores, que varios restos de magia sellada habían quedado enterrados y a salvo de la luz solar que podría desintegrarlos. Las últimas lluvias habían dejado más al descubierto.

Los ojos de Kip, sin embargo, se vieron apartados de la reluciente luxina por cuatro soldados y un hombre embozado en una brillante capa roja, con anteojos del mismo color, que se encaminaban hacia ellos procedentes del campamento.

—Me llamo Gaspar, por cierto. Gaspar Elos —anunció el engendro de los colores, sin mirar a Kip.

—¿Cómo?

—No soy un trazador cualquiera. Mi padre me quería. Tenía planes. Una chica. Una vida.

—No lo…

—Ya lo entenderás. —El engendro se puso las gafas verdes; encajaban a la perfección, ajustadas a su rostro, alargadas a los lados las lentes para que, mirara

donde mirase, lo viera todo a través de un filtro verde—. Y ahora, largo de aquí.

Gaspar exhaló un suspiro mientras el sol acariciaba el horizonte. Era como si Kip se hubiera desvanecido. Era como ver a su madre aspirar la primera bocanada de cencellada. Entre los rutilantes espatos de verde oscuro, el blanco de los ojos de Gaspar se arremolinó como gotas de sangre glauca al hundirse en el agua, dispersándose antes de teñir todo el conjunto. El verde esmeralda de la luxina se expandió por sus ojos, se espesó hasta solidificarse y continuó propagándose. Se deslizó por sus mejillas, por las raíces de sus cabellos y por su cuello hasta brillar con fiereza al llegar por fin a las uñas, como si alguien las hubiera pintado de jade radiante.

Gaspar se echó a reír. Era un sonido ronco, un cloqueo disparatado e incesante. Las carcajadas de un loco. Ahora no estaba fingiendo.

Kip empezó a correr.

Llegó al túmulo funerario en el que estaba apostado el centinela, con cuidado de mantenerse en el lado opuesto al ejército. Tenía que ver a maese Danavis. Maese Danavis siempre sabía qué hacer.

Ahora no había ningún centinela en la colina. Kip se giró a tiempo de ver a Gaspar cambiar y transformarse. La luxina verde brotó de sus manos y se propagó por su cuerpo, cubriéndolo por completo como una concha, como una armadura gigantesca. Kip no podía ver a los soldados ni al trazador rojo que se acercaban a Gaspar, pero sí vio una bola de fuego del tamaño de su cabeza que volaba al encuentro del engendro de los colores, se estrelló contra su pecho y estalló, arrojando llamas en todas direcciones.

Gaspar se abrió paso entre la conflagración, envuelto en llameante luxina roja que se adhería a su armadura verde. Su aspecto era magnificente, poderoso y aterrador. Corrió hacia los soldados profiriendo alaridos desafiantes, y el muchacho lo perdió de vista.

Kip emprendió la huida mientras el sol bermellón prendía fuego a la bruma.

2

Un somnoliento Gavin Guile echó un vistazo a las hojas de papel que se deslizaron bajo su puerta y se preguntó por qué querría castigarlo esta vez Karris. Aunque sus aposentos ocupaban la mitad de la planta más alta de la Cromería, las ventanas panorámicas se habían cegado para que, en caso de que lograra conciliar el sueño, pudiera dormir allí. El sello de la carta palpitaba de forma tan sutil que Gavin no era capaz de distinguir el color con el que había sido trazado. Se incorporó a medias en la cama para ver mejor y dilató las pupilas para absorber tanta luz como fuera posible.

Supervioleta. Oh, por todos los…

A su alrededor, las ennegrecidas ventanas que se extendían hasta el techo se hundieron en el suelo, bañando la estancia de luz en todo su espectro al revelarse el sol que coronaba el horizonte sobre las islas gemelas. Con los ojos tan dilatados como los tenía, la magia inundó a Gavin. Contenerla era tarea imposible.

La luz explotó desde él en todas direcciones, atravesándolo en oleadas sucesivas desde el supervioleta hacia abajo. El subrojo fue el último en salir, corriendo por su piel como una llamarada. Se levantó de la cama de un salto, empapado de sudor. Pero con todas las ventanas abiertas, el viento helado de esa mañana de verano entró en tromba en la habitación, dejándolo aterido. Soltó un gritito y volvió a encaramarse a la cama de un respingo.

Debía de haber sido lo bastante alto como para que Karris lo oyera y supiera que su truculento despertar había tenido éxito, porque su inconfundible risa llegó a oídos de Gavin. Puesto que Karris no era supervioleta, debía de haberle pedido a alguien que la ayudara con esta travesura. Un rápido disparo de luxina supervioleta a los controles de la habitación cerró las ventanas y reguló los filtros a la mitad. Gavin extendió una mano para abrir la puerta de golpe, pero se contuvo. No pensaba darle esa satisfacción a Karris. Se suponía que su asignación como chica de los recados de la Blanca debía enseñarle humildad y seriedad. La lección había resultado ser un fracaso, hasta la fecha, aunque la Blanca nunca mostraba todas sus cartas de golpe. Así y todo, Gavin no pudo reprimir una sonrisita mientras se levantaba y recogía los papeles doblados que Karris había introducido bajo la puerta.

Se acercó a esta y encontró una bandeja de desayuno en una mesita de servicio que alguien había dejado justo al otro lado. Todas las mañanas lo mismo: dos barras cuadradas de pan y vino incoloro en una copa de cristal transparente. El pan estaba hecho de trigo, cebada, judías, lentejas, mijo y espelta, sin levadura. Se podía sobrevivir con tan solo ese pan. De hecho, había quien estaba sobreviviendo con tan solo ese pan. Solo que no era Gavin. En vez de eso, se le revolvía el estómago nada más verlo. Nada le impedía encargar un desayuno distinto, por supuesto, pero nunca lo hacía.

Lo llevó adentro y dejó los papeles encima de la mesa, junto al pan. Uno de ellos era curioso, una simple nota que no parecía escrita en ninguna de las hojas personales de la Blanca, ni en ningún otro tipo de papel oficial blanco empleado en la Cromería. Le dio la vuelta. La oficina de mensajería de la Blanca lo había marcado como recibido de «ST, Rekton»: Satrapía de Tyrea, ciudad de Rekton. Le sonaba de algo; ¿quizá una de esas poblaciones próximas a la Roca Hendida? Claro que, en su día, había habido muchas ciudades allí. Lo más probable era que se tratase de alguien que solicitaba audiencia, aunque en teoría esas cartas se seleccionaban y procesaban de forma independiente.

En cualquier caso, lo primero era lo primero. Abrió ambas hogazas para comprobar que no se ocultara nada en su interior. Satisfecho, sacó un bote del tinte azul que guardaba en un cajón y echó unas gotitas al vino. Agitó la bebida para que se mezclase bien y levantó la copa contra el cielo azul granito de un cuadro colgado en la pared que empleaba a modo de referencia.

El resultado era perfecto, por supuesto. Llevaba casi seis mil mañanas repitiendo este ritual. Casi dieciséis años. Mucho tiempo para alguien que solo contaba treinta y tres de edad. Derramó el vino sobre los pedazos de pan, tiñéndolo de azul… y volviéndolo inofensivo. Una vez a la semana, Gavin preparaba queso azul o fruta del mismo color, pero requería más tiempo.

Cogió la nota de Tyrea.

«Me muero, Gavin. Ha llegado el momento de que conozcas a tu hijo, Kip. — Lina»

¿Hijo? Pero si yo no tengo ningún…

Se le formó un nudo en la garganta de repente, y sintió como si su corazón se expandiera en el pecho, por mucho que los cirujanos le aseguraran que eso era imposible. Relájate, le decían. Eres joven y robusto como un corcel de guerra, le decían. Lo que no le decían era que le echara pelotas. Te apoyan un montón de amigos, tus adversarios te temen y no tienes rival. Eres el Prisma. ¿De qué tienes miedo? Hacía años que nadie le hablaba de esa manera. A veces deseaba que lo hicieran.

Por Orholam, la nota ni siquiera estaba sellada.

Gavin salió al balcón de cristal, comprobando subconscientemente su trazo como hacía todas las mañanas. Fijó la mirada en su mano mientras dividía la luz solar en sus componentes cromáticos como solo él era capaz de hacer, llenando cada dedo de color uno por uno, desde por debajo del espectro visible hasta muy por encima de él: subrojo, rojo, naranja, amarillo, verde, azul, supervioleta. ¿Había notado un tirón al trazar el azul? Volvió a comprobarlo, entornando brevemente la mirada hacia el sol.

No, seguía siendo fácil dividir la luz, seguía sin cometer ningún error. Liberó la luxina y todos los colores escaparon y se disiparon como humo bajo sus uñas,

emitiendo el familiar ramillete de fragancias resinosas.

Volvió el rostro hacia el sol, cuya tibieza recordaba a la caricia de una madre. Gavin abrió los ojos y se empapó de cálido rojo balsámico. Adentro y afuera, al compás de su respiración entrecortada, obligándoles a frenar. Dejó escapar el rojo y absorbió un azul oscuro glacial. Sintió como si se le congelaran los ojos. Como de costumbre, el azul le reportó claridad, orden y paz. Pero ningún plan, no con tan poca información. Soltó los colores. Seguía estando bien. Seguían quedándole al menos cinco de sus siete años. Tiempo de sobra. Cinco años, cinco grandes propósitos.

Bueno, tal vez «grandes» no fuese la palabra adecuada.

Aun así, de sus predecesores en los últimos cuatrocientos años, sin contar a quienes habían muerto asesinados o debido a causas naturales, los demás habían servido durante siete, catorce o veintiún años, ni uno más ni uno menos, tras convertirse en Prismas. Gavin había rebasado ya el umbral de los catorce. De modo que tenía tiempo de sobra, y ningún motivo para suponer que él fuera a ser una excepción. O no muchos, al menos.

Cogió la segunda nota y rompió el sello de la Blanca. La vieja bruja lo sellaba todo, a pesar de que compartía la otra mitad de esta planta y Karris entregaba sus mensajes en persona. Pero todo debía estar en su sitio y hacerse correctamente. No cabía duda de que provenía del Azul.

La nota de la Blanca rezaba: «A menos que prefieras llegar tarde a la recepción de los nuevos alumnos esta mañana, estimado lord Prisma, ten la bondad de reunirte conmigo en el tejado».

Gavin miró más allá de los edificios y la ciudad de la Cromería, en dirección a los buques mercantes que se guarecían en la bahía de la isla del Gran Jaspe. Una balandra atashiana de aspecto destartalado maniobraba en esos momentos para atracar al lado mismo de uno de los embarcaderos.

La recepción de los nuevos alumnos. Increíble. No es que estuviese por encima de algo así… bueno, a decir verdad, sí que lo estaba. Se suponía que él, la Blanca y el Espectro debían contrarrestarse mutuamente. Pero aunque el Espectro lo temía más que nadie, lo cierto era que la vieja bruja se salía con la suya más a menudo que Gavin y los siete Colores combinados. Esta mañana debía de sentir deseos de experimentar con él otra vez, y si Gavin quería evitar algo más oneroso, como dar clase, haría bien en acudir a lo alto de la torre.

Gavin trazó su cabello rojo en una coleta apretada y se vistió con el atuendo que su esclava de cámara le había preparado: una camisa marfileña y unos pantalones de lana negros, cortados a medida, con un gran cinturón tachonado de gemas, botas con brocados argénteos, y una capa negra con prominentes y antiguos diseños rúnicos ilytianos bordados con hilo de plata. El Prisma pertenecía a todas las satrapías, por lo que Gavin se esforzaba por honrar las tradiciones de todas las tierras, incluso de

aquellas habitadas en su mayoría por piratas y herejes.

Titubeó un momento antes de abrir un cajón y sacar su colección de pistolas ilytianas. Su diseño, característico de Ilyta, era el más avanzado que Gavin hubiera visto jamás. El mecanismo de disparo, denominado «de espoleta», era mucho más fiable que los de mecha. Cada una de las pistolas lucía una larga cuchilla debajo del cañón, e incluso una trabilla para que, cuando las enganchara en el cinturón a su espalda, se sostuvieran con firmeza y reposaran en diagonal a fin de no sufrir ningún corte al sentarse. Los ilytianos pensaban en todo.

Tampoco convenía olvidar que las pistolas ponían nerviosos a los Guardias Negros de la Blanca. Gavin esbozó una sonrisa.

Cuando se giró hacia la puerta y vio el cuadro de nuevo, su sonrisa se desvaneció.

Regresó a la mesa con el pan azul. Agarró una esquina del cuadro, desgastada por el uso, y tiró. El cuadro se abatió silenciosamente para revelar una estrecha rampa.

El conducto no tenía nada de amenazador. Era demasiado pequeño como para que alguien escalara por él, aun después de haber superado cualquier otro obstáculo. Podría tratarse de una rampa para la colada. A Gavin, sin embargo, le parecía más bien la boca del infierno, las mismas fauces de la noche eterna abriéndose de par en par para él. Arrojó uno de los trozos de pan a su interior y esperó. Oyó un topetazo cuando el pan duro golpeó la primera compuerta, un tenue siseo cuando se abrió y volvió a cerrarse, a continuación un topetazo más quedo cuando golpeó la siguiente compuerta, e instantes después un último topetazo. Todas las compuertas seguían funcionando. Todo estaba en orden. Seguro. Se habían producido errores en el transcurso de los años, pero nadie tenía por qué morir esta vez. No hacía falta ponerse paranoicos. A punto estuvo de escapársele un gruñido mientras cerraba el cuadro de golpe.

3

Tres topetazos. Tres siseos. Tres compuertas entre él y la libertad. La rampa escupió un trozo de pan a la cara del prisionero. Lo atrapó al vuelo, casi sin mirar. Sabía que era azul, el azul sereno de un lago profundo al amanecer, cuando la noche tiñe aún el firmamento y el viento no osa acariciar la piel del agua. Sin adulterar por ningún otro color, trazar ese azul era complicado. Peor aún, trazarlo hacía que el prisionero se sintiera aburrido, desapasionado, en paz, en armonía incluso con ese lugar. Y hoy necesitaba el fuego del odio. Hoy pensaba escapar.

Después de todos los años que llevaba allí, a veces ni siquiera conseguía ver el color, como si se hubiera despertado en un mundo pintado en la escala de grises. El primer año había sido el peor. Sus ojos, tan acostumbrados a los matices, tan expertos en analizar todos los espectros lumínicos, habían empezado a engañarlo. Había sufrido espejismos cromáticos. Intentó trazar esos colores en las herramientas que necesitaba para escapar de esa prisión. Pero la imaginación no bastaba para crear magia, se necesitaba luz. Luz de verdad. Había sido un Prisma, por lo que cualquier color serviría, desde los que estaban por encima del violeta hasta los que quedaban por debajo del rojo. Había reunido el calor mismo de su cuerpo, se había empapado los ojos con esos subrojos, y había arrojado eso contra las tediosas paredes azules.

Paredes que, como cabía esperar, estaban blindadas contra unas cantidades de calor tan patéticas. Había trazado una daga azul y se había cortado la muñeca. Donde la sangre goteaba en el suelo de piedra, perdía inmediatamente su color. La segunda vez había copado la sangre en sus manos en un intento por trazar el rojo, pero no logró extraer color suficiente puesto que la única luz que había en la celda era azul. Mojar el pan con sangre tampoco había dado resultado. Su marrón natural siempre estaba teñido de azul, por lo que añadir rojo tan solo producía un morado parduzco. Imposible de trazar. Por supuesto. Su hermano había pensado en todo. Como siempre.

El prisionero se sentó junto al sumidero y empezó a comer. El calabozo tenía la forma de una pelota aplastada: las paredes y el techo componían una esfera perfecta, el suelo era menos empinado pero aun así caía hacia el centro. Las paredes estaban iluminadas desde dentro, todas las superficies emitían una claridad uniforme. La única sombra que había en el calabozo era el propio prisionero. Solo había dos aberturas: la rampa sobre su cabeza, por la que caía la comida y un reguero constante de agua que debía lamer para saciar la sed, y el sumidero del suelo para los desperdicios.

Carecía de utensilios, sus únicas herramientas eran sus manos y su voluntad, siempre su voluntad. Gracias a ella podía trazar lo que quisiera del azul, aunque se disolviera en cuanto su voluntad lo liberara, dejando tan solo polvo y un tenue olor mezcla de mineral y resina.

Pero hoy sería el día en que diera comienzo su venganza, su primer día de libertad. Este intento no fracasaría (se negaba a considerarlo incluso un mero «intento»), y tenía trabajo por delante. Debía hacer las cosas en orden. No lograba recordar si siempre había sido así o si llevaba tanto tiempo empapándose de azul que el color había alterado una parte fundamental de su ser.

Se arrodilló junto al único elemento de la celda que no había creado su hermano. Una solitaria depresión poco profunda en el suelo, una concavidad. Primero frotó la hendidura con las manos desnudas, impregnando la piedra con los aceites corrosivos de las yemas de los dedos durante tanto tiempo como fue capaz. El tejido cicatricial no producía grasa, por lo que hubo de parar antes de dejarse los dedos en carne viva. Pasó dos uñas por el surco que discurría entre su nariz y su pómulo, y dos más entre las orejas y la cabeza, reuniendo más grasa. Recogió aceites de todos los rincones de su cuerpo donde lo hubiera, y untó la hendidura con ellos. Aunque no se produjera ningún cambio discernible, con el paso de los años el hoyo se había vuelto lo suficientemente profundo como para introducir un dedo hasta la segunda falange. Su carcelero había incrustado las piedras infernales que absorbían el color formando una cuadrícula en el suelo. Todo lo que se extendía hasta el punto de cruzar una de esas líneas perdía todo su color prácticamente al instante. Pero la piedra infernal era tremendamente cara. ¿Hasta qué profundidad llegaría?

Si la cuadrícula se extendía tan solo unos cuantos pulgares piedra adentro, sus dedos descarnados podrían rebasarla de un momento a otro. Después de eso, la libertad no estaría muy lejos. Pero si su carcelero había empleado tanta piedra infernal que las líneas entrecruzadas alcanzaban un pie de profundidad, se habría pasado casi seis mil días desollándose los dedos para nada. Moriría allí. Algún día, su hermano bajaría, vería la concavidad (la única huella de su paso por el mundo) y se echaría a reír. Con el eco de esas carcajadas en los oídos, el prisionero sintió que un fogonazo de ira estallaba en su pecho. Avivó esa chispa, se solazó en su calidez. El fuego era suficiente para ayudarle a moverse, suficiente para contrarrestar el azul balsámico y debilitante que reinaba allí abajo.

Por último, orinó dentro de la hendidura. Y observó.

Por un momento, filtrada por el amarillo de su orina, la maldita luz azul se veteó de verde. Contuvo la respiración. El tiempo se ralentizó mientras el verde seguía siendo verde… seguía siendo verde. Por Orholam, lo había conseguido. Había llegado lo bastante hondo. ¡Había rebasado la piedra infernal!

Y entonces el verde desapareció. En cuestión de dos segundos exactos, como todos los días. Profirió un alarido de frustración, pero incluso este era débil, su grito sirvió más para confirmar que aún conservaba el oído que para dar verdadera rienda suelta a su rabia.

La siguiente parte seguía sacándolo de quicio. Se arrodilló junto a la depresión.

Su hermano lo había convertido en un animal. En un perro que jugaba con sus propios excrementos. Pero esa emoción era demasiado antigua, la había sondeado tantas veces que ya no conseguía inspirarle más que una efímera tibieza. Al cabo de seis mil días se sentía demasiado derrotado como para indignarse por esta humillación. Tras sumergir las manos en su orina, la restregó por la hendidura tal y como hiciera antes con sus aceites. Aun despojado de todo su color, el orín seguía siendo orín. Debería conservar un punto de acidez. Debería ser capaz de corroer la piedra infernal mucho más deprisa que la grasa corporal por sí sola.

O puede que la orina neutralizara el efecto de los aceites. Quizá estuviera aplazando cada vez más el momento de su huida. No tenía la menor idea. Eso era lo que le volvía loco, no sumergir los dedos en meados calientes. Ya no.

Sacó la orina de la hendidura y la secó con un puñado de trapos azules: su ropa, su almohada, pestilentes de orín. Apestaban desde hacía tanto tiempo que el hedor había dejado de molestarlo. Daba igual. Lo importante era que el hoyo estuviera seco mañana para poder intentarlo de nuevo.

Otro día, otro fracaso. Mañana probaría suerte otra vez con el subrojo. Hacía tiempo que no probaba suerte. Se había recuperado lo suficiente de su último intento. Debería tener las fuerzas necesarias. Cuando menos, su hermano le había enseñado lo fuerte que era realmente. Puede que fuera eso lo que le hacía odiar a Gavin más que nada. Pero era un odio tan frío como su celda.

4

Envuelto en el helor de la mañana, Kip cruzó la plaza de la ciudad tan deprisa como se lo permitía su desgarbada figura de quinceañero. Transpuso la puerta trasera de maese Danavis de cabeza cuando uno de sus zapatos se enganchó en un adoquín.

—¿Estás bien, muchacho? —preguntó maese Danavis desde su asiento frente a la mesa de trabajo, con las cejas oscuras enarcadas sobre unos ojos azul aciano cuyos iris destellaban impregnados del brillante rojo rubí que lo señalaba como trazador. Maese Danavis tenía poco más de cuarenta años, las mejillas rasuradas y el cuerpo fibroso cubierto por unos recios pantalones de trabajo de lana y una fina camisa que, pese a lo temprano de la hora, dejaba al descubierto sus brazos, nervudos y musculosos. Un par de anteojos rojos hacían equilibrios en la punta de su nariz.

—Ay, ay. —Kip se miró las manos, surcadas de rasguños. También le escocían las rodillas—. No, no lo estoy. —Se arremangó las perneras, torciendo el gesto ante el roce del pesado lino, otrora negro, contra sus palmas laceradas.

—Bien, bien, porque… ah, aquí. Dime, ¿son iguales? —Maese Danavis extendió las manos. Ambas eran de un rojo brillante, impregnadas de luxina desde el codo hasta los dedos. Giró los brazos para que su piel clara, del color del kopi con leche, interfiriera lo menos posible con el examen de Kip. Al igual que este, maese Danavis era un mestizo, aunque Kip nunca había oído que nadie le hiciera la vida imposible por ello al trazador, al contrario de lo que ocurría con él. En el caso del tintorero, su mestizaje lo vinculaba a los bosquesangrientos, lo que explicaba las curiosas motitas que le salpicaban la cara (denominadas «pecas») y los destellos rojizos en su cabello oscuro, de lo más anodino por lo demás. Pero al menos su piel, más clara de lo normal, facilitaba la tarea de Kip.

El muchacho señaló una región que abarcaba desde el antebrazo del tintorero a su codo.

—Este rojo cambia de color aquí, y este es un poco más brillante. ¿Puedo, esto, hablar con usted, señor?

Maese Danavis dejó caer las manos con expresión de fastidio, salpicando de luxina carmesí un suelo punteado ya de infinidad de tonos de rojo. La sustancia viscosa se arrugó y se disolvió. La mayoría de las tardes, Kip venía a barrer los restos; la luxina roja era inflamable, incluso en polvo.

—¡Supercromados! Que mi hija lo sea tiene un pase, ¿pero el marido de la alcaldesa? ¿Y tú? ¿Dos hombres en una ciudad? Espera, ¿de qué se trata, Kip?

—Señor, hay un, esto… —Kip titubeó un momento. No se trataba únicamente de que el campo de batalla fuese un lugar prohibido, sino también de que maese Danavis le había dicho una vez que, en su opinión, quienes se dedicaban a saquearlo eran peores que los ladrones de tumbas—. ¿Ha recibido noticias de Liv, señor? —

Cobarde. Hacía tres años que Liv Danavis se había marchado a la Cromería para estudiar igual que su padre antes que ella. Solo habían podido permitirse que viniera a casa durante las fiestas de la cosecha el primer año.

—Ven aquí, muchacho. Enséñame esas manos. —Maese Danavis agarró un trapo limpio y secó la sangre, desincrustando la suciedad con movimientos firmes. A continuación, destapó una jarra y sostuvo el trapo sobre su boca. Frotó las palmas de Kip con la tela empapada en brandy.

A Kip se le escapó un grito ahogado.

—No seas crío —lo amonestó maese Danavis. Aunque Kip llevaba haciendo recados para el tintorero desde que tenía memoria, a veces seguía dándole miedo—. Las rodillas.

Kip torció el gesto, se arremangó una pernera y apoyó el pie en un banco de trabajo. Liv era dos años mayor que él, le faltaba poco para cumplir los diecisiete. Ni siquiera la escasez de hombres en la aldea había conseguido que viera a Kip como algo más que un chiquillo, por supuesto, pero siempre se había portado bien con él. Una muchacha bonita, agradable y tan solo accidentalmente condescendiente era lo máximo a lo que podía aspirar Kip.

—Digamos que no todos los tiburones y los demonios marinos están en el mar. La Cromería se ha vuelto un lugar inhóspito para los tyreanos desde la guerra.

—Entonces, ¿cree que podría regresar a casa?

—Kip —dijo maese Danavis—, ¿tu madre vuelve a estar en aprietos?

Maese Danavis había rehusado aceptar a Kip como aprendiz de tintorero alegando que en la pequeña Rekton no había trabajo suficiente como para garantizarle un porvenir, e insistiendo en que si él mismo era un tintorero mediocre, a lo sumo, era porque podía trazar. Su ocupación había sido otra antes de la Guerra de los Prismas, obviamente, porque había estudiado en la Cromería. Eso no era barato, y la mayoría de los trazadores debían prestar juramento al servicio a fin de pagar los gastos. De modo que el maestro de maese Danavis debía de haber fallecido durante la guerra, dejándolo abandonado. Pero pocos adultos hablaban acerca de aquellos días. Tyrea había perdido y todo se había ido al garete, eso era lo único que sabían Kip y los demás niños.

Aun así, maese Danavis pagaba a Kip para que le hiciera algunos recados y, al igual que la mitad de las madres de la ciudad, se encargaba de que no se marchara con el estómago vacío cada vez que le hacía una visita. Mejor aún, siempre permitía que Kip se comiera las tartas que enviaban las mujeres de la ciudad en un intento por llamar la atención del apuesto solterón.

—Señor, hay un ejército al otro lado del río. Se disponen a arrasar la ciudad para darnos un castigo ejemplar por desafiar al rey Garadul.

Maese Danavis empezó a decir algo, pero vio que Kip hablaba en serio. Guardó

silencio por unos instantes, tras los cuales toda su conducta cambió.

Comenzó a acribillar a preguntas a Kip: cuál era su paradero exacto, cuándo había estado él allí, cómo sabía que se disponían a arrasar la ciudad, qué aspecto tenían las tiendas, cuántas había contado, si había más trazadores… Las respuestas de Kip sonaban increíbles incluso para sus propios oídos, pero maese Danavis las aceptó sin rechistar.

—¿Y dijo que el rey Garadul está reclutando engendros de los colores? ¿Estás seguro?

—Sí, señor.

Maese Danavis se acarició el labio superior con el pulgar y el índice, como si pretendiera atusarse el bigote pese a su rasurado. Se dirigió a un baúl, lo abrió y sacó una bolsita.

—Kip, tus amigos están pescando en el Puente Verde esta mañana. Tienes que ir a avisarlos. Los hombres del rey tomarán ese puente. Si no les adviertes antes, tus amigos serán asesinados o convertidos en esclavos. Yo avisaré a todos aquí en la ciudad. En el peor de los casos, usa ese dinero para llegar a la Cromería. Liv te ayudará.

—¡Pero… pero, mi madre! ¿Dónde…?

—Kip, haré cuanto esté en mi mano para ayudarla, a ella y a todos los demás. Nadie más va a salvar a tus amigos. ¿Quieres que esclavicen a Isabel? Sabes lo que harían con ella, ¿verdad?

Kip palideció. Aunque Isa todavía era un marimacho, al muchacho no se le escapaba que estaba convirtiéndose en una bella mujer. No siempre era amable con él, pero la idea de que alguien pudiera hacerle daño lo embargó de rabia.

—Sí, señor. —Kip se giró, dispuesto a marcharse, pero vaciló—. Señor, ¿qué es un supercromado?

—Un grano en el culo. ¡Vete ya!

5

Esto no auguraba nada bueno. La nota, el anuncio de «tienes un hijo», no estaba sellada. Gavin estaría dispuesto a jurar que los esbirros de la Blanca leían toda su correspondencia. Pero Karris se había reído tras entregarle la nota, lo que significaba que ella no lo había hecho. Así que no lo sabía. Aún. Pero había ido a informar a la Blanca. La cual esperaba a Gavin.

Giró los hombros y torció el cuello a un lado y al otro. Satisfecho tras obtener sendos chasquidos, empezó a caminar. Los Guardias Negros se pusieron en marcha tras él, portando mosquetes de mecha, yataganes u otro tipo de armas. Subió las escaleras que conducían al tejado abierto de la Cromería. Como siempre, reparó primero en Karris. Era menuda, con una figura de natural curvilíneo en la que los años de riguroso entrenamiento habían esculpido planos y venas excesivamente prominentes. Hoy llevaba el cabello largo, liso y rubio platino. Ayer era de color rosa. A Gavin le gustaba el rubio. El rubio generalmente indicaba que estaba de buen humor. Los cambios de color de su pelo no tenían nada de mágico. Le gustaba variar con frecuencia, eso era todo. O puede que pensara que sobresalía tanto que ni siquiera merecía la pena intentar pasar desapercibida.

Al igual que los demás Guardias Negros que protegían a la Blanca, Karris lucía unos elegantes pantalones y blusa de color negro, cortados para el combate y sin más adornos que el distintivo de su rango bordado en el hombro y el cuello con hilo de oro. Al igual que los demás, portaba un estilizado yatagán negro, una espada curvada con delicadeza en la punta y recorrida en su práctica totalidad por un solo filo, y en lugar de escudo, un bastón de combate metálico con un punzón en el centro. Al igual que los demás, estaba adiestrada en el uso de ambos, así como de varias armas más. Al contrario que los demás, sin embargo, su piel no compartía el negro intenso de los parianos o los ilytianos.

Tampoco era negro su talante, al parecer. Un rictus travieso aleteaba en sus labios. Gavin enarcó una ceja en su dirección, fingiéndose discretamente ofendido por la anterior jugarreta de Karris con las sombras de su habitación, y se presentó ante la Blanca.

Orea Pullawr era una anciana apergaminada que cada vez se levantaba menos de la silla de ruedas en la que estaba sentada ahora. Sus Guardias Negros procuraban que cada cambio de turno contuviera al menos un hombre fornido en caso de que hubiera que transportarla escaleras arriba o abajo. Pero a pesar de su decrepitud, hacía más de una década que Orea Pullawr no tenía que vérselas con ningún aspirante al manto blanco. Muchas personas ni siquiera eran capaces de recordar su verdadero nombre; era la Blanca, a secas.

—¿Preparado? —preguntó. Incluso después de todos estos años, seguía

costándole aceptar que esto no entrañara la menor dificultad para él.

—Me las apañaré.

—Siempre lo haces. —Sus ojos eran claros y grises, salvo por los dos amplios arcos de color que rodeaban sus iris, azules en la parte superior y verdes en la inferior. La Blanca era un bicromo de azul y verde, pero esos arcos de color se diluían en sus ojos, desaturados tras tanto tiempo sin trazar. Cada arco, sin embargo, era tan grueso como resultaba posible y se extendía desde la pupila hasta el borde mismo de cada iris. Si alguna vez volvía a trazar, rompería el halo: el color penetraría en el blanco de sus ojos y ese sería su final. Por eso no llevaba anteojos tintados. Al contrario que otros trazadores retirados, ni siquiera perpetuaba la farsa paseándose con sus anteojos sin usar para recordar a todos lo que había sido en su día. Orea Pullawr era la Blanca, y con eso bastaba.

Gavin se dirigió al estrado. Sobre él, montado en unos rieles arqueados para poderse ajustar en cualquier momento del día o mes del año, colgaba un enorme cristal pulido. No lo necesitaba. Nunca lo había necesitado, pero todo el mundo parecía más tranquilo pensando que requería algún tipo de ayuda para controlar tanta luz. Tampoco se mareaba nunca. Qué injusta era la vida.

—¿Algún deseo en especial? —preguntó.

El modo exacto en que el Prisma percibía los desequilibrios en la magia del mundo seguía constituyendo un misterio. El tema, envuelto en misticismos según los cuales el Prisma estaba conectado de forma directa con Orholam y, por consiguiente, con todas las satrapías, ni siquiera había sido objeto de estudio antes de que Gavin se convirtiera en el Prisma. Incluso la Blanca se mostraba amedrentada cuando preguntaba al respecto, y era la mujer más temeraria que Gavin hubiera conocido en su vida.

No es que hubieran hecho grandes progresos, pero hacía tiempo que la Blanca y él habían llegado a un acuerdo: ella lo estudiaría pormenorizadamente y él cooperaría, y a cambio ella le permitiría viajar sin Guardias Negros siguiendo cada uno de sus pasos. Funcionaba, por lo general. A veces Gavin no podía evitar tomarle el pelo, pues parecía que no habían aprendido nada en los dieciséis años de su nombramiento como Prisma. Claro que, cuando se excedía en sus provocaciones, la Blanca lo llevaba allí y decía que necesitaba examinar urgentemente cómo se desplazaba la luz por su piel. Así que Gavin hacía equilibrios. A cielo descubierto. En invierno. Desnudo.

No era agradable. Por ser como era, Gavin había aprendido con exactitud dónde estaba el límite. En el emperador de las Siete Satrapías, ni más ni menos.

—Me gustaría que empezaras permitiendo que la Guardia Negra haga su trabajo, lord Prisma.

—Me refería al equilibrio.

—Entrenan toda su vida para servirnos. Se juegan la vida. Y tú desapareces, todas las semanas. Acordamos que podrías viajar sin ellos, pero solo en ocasiones urgentes.

¿Servirnos? Es un poco más complicado.

—Vivo peligrosamente —dijo Gavin. Era su sempiterno tema de discusión. Sin duda la Blanca creía que, si no montaba el espectáculo en ese momento, Gavin presionaría para obtener más libertad. Sin duda estaba en lo cierto. Gavin miró fijamente a la Blanca. La Blanca miró fijamente a Gavin. Los Guardias Negros permanecían callados.

¿Es así como los hubieras manejado tú, hermano? ¿O te habrías limitado a someterlos por medios sortílegos? Mi vida está marcada por el poder.

—Nada especial hoy —dijo la Blanca. Gavin puso manos a la obra.

Un Prisma, en esencia, hacía dos cosas que nadie más era capaz de hacer. Primero, Gavin podía dividir la luz en sus colores fundamentales sin ayuda de accesorios externos. Un trazador rojo corriente solo podía trazar un arco de rojo, algunos un arco más amplio, algunos un arco menor. A fin de trazar, debían ver algo rojo: piedras rojas, sangre, una puesta de sol, un desierto, lo que fuese. O, como los trazadores habían descubierto hacía tiempo, podían llevar gafas rojas para filtrar la luz blanca del sol y verlo todo de color rojo. De este modo se obtenía un poder mucho menor, pero era preferible a depender por completo del entorno.

Las mismas limitaciones se aplicaban a todos los trazadores: los monocromos solo podían trazar un color; los bicromos podían trazar dos colores. Se trataba por lo general de colores colindantes, como el rojo y el naranja, o el amarillo y el verde. Los policromos, quienes controlaban tres o más colores, escaseaban, pero incluso ellos debían trazar a partir de los colores que tuvieran a la vista. El Prisma era el único que nunca necesitaba anteojos. Solo Gavin era capaz de dividir la luz dentro de sí mismo.

Eso era ventajoso para Gavin, pero a los demás no les servía de nada. Lo que sí les servía era eso: de pie en lo alto de la Cromería, con la luz atravesando sus ojos, inundando su piel con todos los colores del espectro, rezumando por cada uno de sus poros, podía sentir los desequilibrios de la magia en todo el mundo.

—Al sureste, igual que antes —dijo Gavin—. En el corazón de Tyrea, casi con toda seguridad en Kelfing, alguien está utilizando subrojo, y en grandes cantidades. —El calor y el fuego solían ser indicativos de magia de combate. Era el primer lugar al que acudían la mayoría de señores de la guerra no trazadores o los sátrapas cuando querían matar a alguien. Nada sutil. La cantidad de subrojo empleado en Tyrea sugería que, o bien estaban librando una guerra secreta, o el nuevo sátrapa Rask Garadul había fundado su propia escuela de adiestramiento para trazadores de combate. No era algo que a sus vecinos les alegrara oír. El gobernador ruthgari que ocupaba Garriston, la antigua capital de Tyrea, se alegraría menos que nadie.

Además del exceso de subrojo, se había empleado más magia roja que azul desde

el último equilibrio de Gavin, y más verde que naranja. En teoría, el sistema se regulaba por sí solo. Si los trazadores rojos repartidos por el mundo usaban demasiado rojo, trazar comenzaría a volverse más difícil para ellos, al tiempo que se volvía más fácil para los azules. La luxina roja sellada se fragmentaría antes, mientras que la azul duraría más. A ese nivel, era inoportuno e irritante.

Las leyendas hablaban de una era anterior a la llegada de Lucidonius, quien instaurara la verdadera fe de Orholam cuando los centros de magia estaban desperdigados a lo largo y ancho del mundo: verde en lo que ahora era Ruthgar, rojo en Atash, y así sucesivamente, todos ellos adoradores de dioses paganos e inmersos en la superstición y la ignorancia. Algún señor de la guerra había masacrado a casi todos los azules. En cuestión de meses, decían, el mar Cerúleo se convirtió en sangre, la vida se asfixió en sus aguas. A ambos lados del mar, los pescadores sucumbían a la inanición. Los escasos trazadores azules supervivientes se habían esforzado heroicamente por restaurar el equilibrio por sí solos… empleando tanta magia azul que habían terminado matándose en el proceso. Pero esta vez no quedaban trazadores azules. Todo lo que utilizara luxina roja fallaba, los mares volvieron a teñirse de sangre, el hambre y la enfermedad se abatieron sobre la tierra.

Y así una y otra vez. Casi todas las generaciones sufrían algún desastre natural que exterminaba a miles de personas que creían haber hecho algo para ofender a sus caprichosas deidades.

Los Prismas evitaban que la historia se repitiese. Gavin podía presentir los desequilibrios mucho antes de que se manifestara ningún indicio físico, y corregirlos trazando el color opuesto. Cuando los Prismas fallaban, como sucedía inevitablemente tras siete, catorce o veintiún años, la Cromería debía evitar los desastres por la vía difícil; además de correr de un lado a otro sofocando incendios (en ocasiones literalmente), enviaban misivas a todos los rincones del mundo, tal vez urgiendo a los azules a no trazar a menos que se tratara de una emergencia, y a los rojos a trazar más de lo normal. Puesto que todo el mundo podía trazar tan solo una cantidad finita a lo largo de su vida, eso equivalía a precipitar la muerte de los rojos y restringir la utilidad de los azules en las Siete Satrapías. Por eso, en ocasiones así, la Cromería ponía todo su empeño en buscar un sustituto para el Prisma. Y Orholam, en su misericordia, enviaba un nuevo Prisma con cada generación, o eso rezaban las enseñanzas.

Salvo con la generación de Gavin, cuando en su inefable sabiduría Orholam de alguna manera había enviado dos… y el mundo se había hecho pedazos.

Gavin giró lentamente sobre los talones, extendiendo los brazos en cruz y liberando surtidores de luz supervioleta para equilibrar el subrojo, después rojo para contrarrestar el azul, y por último naranja para anular el verde. Cuando el mundo dio la impresión de volver a estar en orden, se detuvo.

Miró a la Blanca con una sonrisa. La expresión de la anciana, como de costumbre, era un enigma. Sus Guardias Negros (trazadores hasta el último de ellos, y por tanto conocedores del inmenso poder que acababa de manejar Gavin) se mostraban igual de impertérritos. O puede que ya estuvieran acostumbrados. Después de todo, era el Prisma. Su trabajo consistía en conseguir lo imposible. Se limitarían a adoptar una pose algo más relajada, a lo sumo. Su trabajo consistía en proteger a la Blanca, incluso de él, llegado el caso.

Gavin era el Prisma y por tanto, en teoría, el emperador de las Siete Satrapías. En la práctica, sus deberes solían ser de índole religiosa. Los Prismas que se convertían en algo más que meros mascarones de proa terminaban retirándose antes de tiempo, por la fuerza. A menudo con carácter permanente. La Guardia Negra daría la vida por protegerlo de cualquier otra persona, pero la Blanca era la máxima autoridad de la Cromería. Llegado el caso lucharían por ella, no por él. Sabían que lo más probable era que muriesen todos, pero, por otra parte, para eso los habían adiestrado. Incluida Karris.

Gavin se preguntaba a veces, si se diera la circunstancia, ¿sería Karris la última en intentar eliminarlo, o la primera?

—¿Karris? —dijo la Blanca—. Te aguarda una nave con destino a Tyrea. Coge esto. Podrás leerlo cuando icéis las velas. Emplead los remos siempre que podáis. El tiempo apremia. —Entregó a Karris una nota doblada, sin sellar siquiera. O bien la Blanca confiaba en que Karris no la abriría antes de zarpar, o bien sabía que la leería inmediatamente, con sello o sin él. Aunque Gavin se preciaba de conocer bien a Karris, no sabía qué haría en este caso.

Karris cogió la nota y realizó una honda reverencia ante la Blanca, sin mirar ni tan siquiera de reojo a Gavin. Acto seguido, dio media vuelta y se fue. Gavin no pudo por menos de observar su retirada, su figura esbelta, grácil y poderosa, pero mantuvo el escrutinio al mínimo. La Blanca se percataría de todas formas, pero si se quedaba embobado, lo más probable era que le dijera algo.

La Blanca agitó una mano mientras Karris se perdía de vista escaleras abajo, y el resto de la Guardia Negra se alejó a una distancia prudencial.

—Bueno, Gavin —dijo la anciana, cruzando los brazos—. Un hijo. Explícate.

6

El Puente Verde distaba menos de una legua de Rekton, corriente arriba. El cuerpo de Kip lo instaba con vehemencia a dejar de correr, pero cada vez que aminoraba el paso se imaginaba a los soldados apareciendo en la orilla opuesta del río. Tenía que llegar allí antes.

Aproximadamente doce pesadillas sobre esclavitud y muerte más tarde, lo hizo. Isabel, Ramir y Sanson estaban apoyadas contra el puente, pescando. Isabel estaba encogida a causa del frío, observando mientras Sanson intentaba engatusar a una trucha arco iris y Ram le decía por qué estaba haciéndolo mal. Todos miraron a Kip cuando se agachó delante de ellos, resoplando. Ni rastro de soldados por ninguna parte.

—Tenemos que irnos —jadeó Kip—. Se acercan soldados.

—¡Oh, no, oh, no! ¡Soldados, no! —se burló Ram, adoptando una expresión aterrada.

Sanson se puso en pie de un salto, creyendo que Ramir hablaba en serio. Sanson, con sus dientes saltones, crédulo y bienintencionado, siempre era el último en pillar los chistes y la víctima más probable de ellos.

—Tranquilízate, Sanson. Era una broma —dijo Ramir, propinándole un puñetazo en el hombro a Sanson, con demasiada fuerza.

La primera vez que oyeron que los reclutadores estaban imponiendo la leva obligatoria habían tardado aproximadamente un segundo en concluir que, si alguno de ellos terminaba al servicio del rey Garadul por la fuerza, ese sería Ram. A los dieciséis era un año mayor que los demás, y el único cuyo aspecto recordaba remotamente al de un soldado.

—Yo no bromeaba —dijo Kip, agachado todavía, con las manos en las rodillas, respirando con dificultad.

Vacilante, Sanson empezó:

—Mi madre dice que la alcaldesa tuvo una pelea gorda con el hombre del rey. Dice que la alcaldesa le dijo que se metiera las órdenes por la oreja.

—Conociendo a la alcaldesa —terció Isa—, seguro que no dijo «oreja». —Sonrió con picardía, y Sanson y Ram se rieron. No comprendían la gravedad de la situación.

Kip vio que Isa miraba a Ram, tan solo un vistazo de reojo, buscando su aprobación. Al encontrarla, Kip percibió que su placer se redoblaba, y se sintió mareado. Otra vez.

—¿Qué ocurre, Kip? —preguntó la muchacha. Grandes ojos castaños, labios carnosos, curvas voluptuosas, piel inmaculada. Era imposible hablar con ella sin sucumbir al hechizo de su belleza. Era aún más guapa que Liv, la verdad, e infinitamente más «palpable».

Kip intentó encontrar las palabras adecuadas. Alguien viene a matarnos, y yo me preocupo por una chica a la que ni siquiera le caigo bien.

Desde el Puente Verde hasta el naranjal más próximo había trescientos o cuatrocientos pasos. Entre el puente y los árboles había pocos lugares en los que ponerse a cubierto.

—Es… —comenzó Kip, pero Ram lo interrumpió sin miramientos.

—Si me capturan, me presentaré voluntario para convertirme en trazador de combate —dijo Ram—. Es peligroso, lo sé, pero si tengo que dejar atrás todo lo que amo, me esforzaré para que valga la pena. —Perdió la mirada en el horizonte, en un futuro exultante. Kip se contuvo para no estrellar el puño contra sus apuestas y heroicas facciones.

»¿Por qué no huís Sanson y tú? —preguntó Ram—. Ya sabes, del temible ejército. Isa y yo queremos despedirnos.

—¿Por qué no podéis despediros delante de nosotros? —quiso saber Sanson.

Isa se ruborizó.

Los ojos de Ram relampaguearon.

—En serio, vosotros dos, no seáis capullos, ¿eh? —dijo, fingiendo que bromeaba.

—Ram, escucha —insistió Kip—. El ejército se dispone a utilizarnos para dar un castigo ejemplar. Tenemos que irnos. Ahora mismo. Maese Danavis ha dicho que querrían capturar el puente. —De hecho, el Puente Verde era una reliquia del último ejército que lo había cruzado. Estaba recubierto de luxina verde, la más resistente: una vez sellada, se disolvía más despacio que las de cualquier otro tipo. Decían que cuando Gavin Guile pasó por aquí a la cabeza de su ejército, dispuesto a aplastar al de su malvado hermano Dazen, el mismísimo Prisma había trazado este puente. Sin ayuda. En cuestión de segundos. El ejército había continuado la marcha sin aminorar el paso, aunque sus forrajeadores habían robado toda la comida y el ganado que aún quedaba en la ciudad. Todos los hombres de la zona habían sido obligados a alistarse en uno u otro bando.

Ese era el motivo de que todos se hubieran criado sin padres. Ninguno de los habitantes de Rekton debería tomarse a la ligera el hecho de que hubiera un ejército a sus puertas. Ni siquiera los niños.

—Hazme un favor, Gordito. Te lo compensaré.

—Si te vas con los soldados, no podrás compensarme nada —dijo Kip. Le daban ganas de estrangular a Ram cuando le llamaba Gordito.

Una nube que no presagiaba nada bueno ensombreció las facciones de Ram. Se habían peleado antes, y Ram siempre ganaba. Pero nunca con facilidad. Kip podía encajar bien los golpes, y en ocasiones se volvía loco. Los dos lo sabían.

—Bueno, hazme ese favor, ¿eh?

—¡Tenemos que irnos! —poco menos que gritó Kip. Aunque tampoco sabía de

qué se extrañaba. Cuando se lo proponía, Ram podía ser insufriblemente obstinado. Escogía su objetivo e iba derecho a por él, arrollándolo todo a su paso, sin desviarse ni a derecha ni a izquierda. Hoy su objetivo era cobrarse la virginidad de Isabel. Así de simple. Ningún ejército invasor de tres al cuarto iba a detener al muy alcornoque.

—De acuerdo. Ven, Isa, nos vamos al naranjal —dijo Ram—. Y no creas que olvidaré esto, Kip.

Ram cogió la mano de la muchacha y tiró de ella hasta que empezó a caminar. Isabel lo siguió con las mejillas encendidas, mirando a Kip por encima del hombro, como si esperase que hiciera algo.

Pero ¿qué podía hacer él? Lo cierto era que se alejaban en la dirección correcta. Si se plantaba delante de Ram y le daba un puñetazo en la cara, Ram lo machacaría… y peor aún, ambos estarían a cielo descubierto. Si Kip seguía sus pasos, Ram podría asumir que buscaba pelea aunque no fuera así, con el mismo resultado.

Isabel seguía mirándolo. Era tan bonita que dolía.

Kip podía quedarse donde estaba. Sin hacer nada. Y esconderse debajo del puente.

¡No!

Kip profirió una maldición. Isa volvió la vista atrás cuando el muchacho salió de la sombra del Puente Verde. Abrió los ojos de par en par, y a Kip le pareció que una sonrisa se insinuaba en sus labios. ¿Alegría sincera al ver que Kip la seguía y se comportaba como un hombre, o malsana vanidad por ser el objeto de una disputa? La mirada de la muchacha se desvió entonces arriba y a la izquierda, hacia la orilla opuesta del río. Sorprendida.

Un hombre gritó algo desde lo alto, pero el siseo de las aguas impidió que Kip distinguiera las palabras. Ram tropezó al llegar a lo alto de la ribera. No hizo nada por recuperar el equilibrio. En vez de eso, cayó de rodillas, se tambaleó y se desplomó de espaldas.

Fue solo cuando el cuerpo inerte de Ram rodó por sí solo que Kip vio la flecha que sobresalía de su espalda.

Isa también la vio. Miró de frente a quienquiera que estuviese en la orilla, miró a Kip de soslayo, y echó a correr en la otra dirección.

—Matadla —ordenó un hombre con voz alta y clara, aunque sin rastro de emoción, en el puente justo sobre la cabeza de Kip.

Kip se sentía mareado, impotente. Había desperdiciado demasiado tiempo. Su mente rechazaba lo que veían sus ojos. Isa corría por la orilla del río, deprisa. Siempre había sido veloz, pero no había donde esconderse ni ponerse a cubierto del flechazo que Kip sabía que era inminente. El corazón martilleaba en su pecho, rugía en sus oídos, y entonces, de improviso, su ritmo se duplicó, se triplicó.

Una sombra imperceptible aleteó en la periferia de su visión: la flecha. El brazo

de Kip sufrió un espasmo como si le hubiera alcanzado a él. Un destello azul, apenas visible, fino y flexible, brotó de él para surcar el aire.

La flecha se hundió en el río, a unos buenos quince pasos de Isa. El arquero maldijo. Kip se miró las manos. Estaban temblando… y teñidas de azul. Un azul dolorosamente brillante, como el cielo. Su asombro era tal que se quedó paralizado por un momento.

Volvió a mirar a Isa, ahora a más de cien pasos de distancia. Detectó la misma sombra oscilante cuando otra flecha cruzó la periferia de su visión hasta alojarse entre los omoplatos de Isa. La muchacha cayó de bruces sobre las piedras de la orilla, pero ante los ojos de Kip se irguió lentamente de rodillas, con la flecha sobresaliendo de la parte inferior de su espalda, empapadas de sangre las manos y la cara. Casi había logrado ponerse de pie cuando la siguiente flecha impactó en su espalda. Su rostro se hundió en las aguas poco profundas del río, y no volvió a moverse.

Kip se quedó plantado como un pasmarote, atenazado por la incredulidad. Su vista se clavó en el punto donde la vida escapaba de la espalda de Isa en remolinos carmesíes que se diluían en las aguas cristalinas del río.

Unos cascos de caballo golpetearon con fuerza en el puente sobre sus cabezas. El caos se adueñó de los pensamientos de Kip.

—Señor, los hombres están preparados —anunció alguien encima de ellos—. Pero… señor, esta es nuestra ciudad. —Kip levantó la mirada. La luxina verde del puente sobre su cabeza era traslúcida, y pudo ver las sombras de los soldados; lo que significaba que si Sanson o él se movían, los soldados podrían verlos a su vez.

Tras unos instantes de silencio, el mismo oficial que había ordenado la muerte de Isa dijo con voz glacial:

—¿Deberíamos permitir que los súbditos decidan cuándo obedecer a su rey? Tal vez obedecer mis órdenes debería ser también opcional.

—No, señor. Es solo que…

—¿Has terminado?

—Sí, señor.

—Pues incendiadla. Matadlos a todos.

7

—¿Ni siquiera vas a fingir que no lees mi correo? —preguntó Gavin.

La Blanca soltó una carcajada seca.

—¿Por qué insultar tu inteligencia?

—Se me ocurre media docena de razones, lo que significa que a ti se te podría ocurrir un centenar.

—Estás eludiendo la pregunta. ¿Tienes un hijo? —Pese a su infatigable obstinación por conocer la respuesta (y Gavin sabía que no le permitiría soslayar este tema, ni sutilmente ni de cualquier otra manera), no levantó la voz en ningún momento. La Blanca comprendía la gravedad de la situación mejor que nadie. Ni siquiera los Guardias Negros iban a escuchar esta conversación. Pero si ella había leído su correo sin sellar, cualquiera podría haberlo hecho.

—Que yo sepa, no es cierto. No entiendo cómo podría serlo.

—¿Porque has sido precavido o porque es literalmente imposible?

—No esperarás que responda a eso —dijo Gavin.

—Un Prisma se enfrenta a tentaciones considerables, me hago cargo, y te agradezco la templanza de la que has hecho gala a lo largo de los años… o la discreción, lo que haya sido. No he tenido que vérmelas con jóvenes trazadoras embarazadas ni con padres airados exigiendo que te obligara a desposar a sus hijas. Te doy las gracias por ello. A cambio, no he unido mi voz a la de tu padre para insistir en que te cases, aunque es algo que sin duda nos facilitaría la vida a ambos. Eres un tipo listo, Gavin. Lo suficiente, espero, como para saber que puedes pedirme una esclava de cámara nueva, o lo que necesites. Por lo demás, espero que seas… muy precavido.

Gavin carraspeó.

—Más que nadie.

—No fingiré ser capaz de seguir todas tus idas y venidas, pero hasta donde alcanzan mis conocimientos, no has vuelto a Tyrea desde que acabó la guerra.

—Dieciséis años —musitó Gavin. ¿Dieciséis años? ¿Realmente llevaba dieciséis años encerrado ahí abajo? ¿Qué haría la Blanca si se enterara de que mi hermano aún está vivo? ¿Confinado en un infierno especial bajo esta misma torre?

La anciana enarcó las cejas al reparar en su expresión preocupada.

—Ah. En tiempos de guerra, los hombres y las mujeres que creen que podrían morir en cualquier momento son capaces de hacer muchas cosas. Aquellos fueron tiempos salvajes para ti. De modo que tal vez esta revelación suponga un problema… particular.

El corazón de Gavin se detuvo en seco. Pese al millar de cosas que podrían haber ocurrido hacía dieciséis años, lo más importante ahora era que por las fechas en que

debía de haberse engendrado ese niño, Gavin estaba prometido con Karris.

—Si tienes la absoluta certeza de que esto no es cierto —continuó la Blanca—, enviaré a alguien para que le arrebate la nota a Karris. Intentaba hacerte un favor. Ya sabes el genio que tiene. Supuse que sería mejor para ambos si se enteraba de esto mientras está fuera. Con la cabeza fría, me imagino que te perdonará. Pero si me juras que no es cierto, no hay ninguna necesidad de que se entere en absoluto, ¿no crees?

Por un momento, Gavin se preguntó cuáles eran las intenciones de la vieja bruja. La Blanca estaba siendo comprensiva, no cabía duda, pero también había orquestado esta situación para que se desarrollara delante de ella; y el único motivo que podía tener para hacer algo así era ser testigo de la reacción más sincera de Gavin. Se trataba de una maniobra tan bondadosa como cruel, un dechado de astucia, y de ninguna manera accidental. Gavin se recordó por enésima vez que no le convenía contrariar a Orea Pullawr.

—No guardo ningún recuerdo de esa mujer. Ninguno. Pero fue una época espantosa. No… no puedo jurarlo. —Sabía cómo interpretaría eso la Blanca. Pensaría que estaba reconociendo que había engañado a Karris durante su compromiso, pero también que creía que siempre había tomado las debidas precauciones. Los jóvenes cometen errores.

»Tengo que irme —dijo—. Llegaré al fondo de esto. Es problema mío.

—No. —Fue la áspera respuesta de la Blanca—. Ahora es problema de Karris. No voy a enviarte a Tyrea, Gavin. Eres el Prisma. Bastante me pesa tener que mandarte tras engendros de los colores…

—No me mandas. Ocurre tan solo que no me lo impides.

Ese había sido su primer y titánico choque de voluntades. Ella se negaba a permitir que un Prisma se pusiera en peligro, decía que era una locura. Gavin no había esgrimido ningún argumento, pero se negaba a consentir que lo retuvieran. Ella lo había confinado a sus aposentos. Él había hecho saltar las puertas por los aires.

Al final, la Blanca dio el brazo a torcer, y Gavin lo compensaba de otras maneras.

Transcurrido un momento, la anciana dijo con suma delicadeza, en voz muy baja:

—Después de todo este tiempo, Gavin, después de todos los engendros que has matado y de todas las vidas que has salvado, ¿es menos doloroso?

—Tengo entendido que circulan rumores de herejía —repuso con aspereza Gavin —. Alguien está predicando sobre los antiguos dioses de nuevo. Podría investigar.

—Ya no eres el prómaco, Gavin.

—Ni siquiera cincuenta de sus trazadores mal adiestrados podrían…

—Lo que eres es el mejor Prisma que hemos tenido en cincuenta, tal vez cien años. Y podrían tener cincuenta y un trazadores, o quinientos en su blasfema Cromería, así que no quiero ni oír hablar de ello. Karris investigará a esa mujer y a su hijo, a ver qué puede averiguar en el transcurso de sus pesquisas sobre ese tal «rey»

Garadul. Puedes esperar su regreso dentro de dos meses. Y hablando de engendros de los colores, se ha visto uno azul, inusitadamente poderoso, en los alrededores del Bosque de Sangre, camino de Ru.

Un engendro de los colores dirigiéndose a las tierras más rojas del mundo. Curioso. Además, los azules solían guiarse por la lógica. No dejaba de ser una distracción, pero parecía interesante, y le impediría reunirse con Karris.

—En tal caso, con vuestro permiso, alteza —dijo, con el característico sarcasmo que siempre teñía sus modales. No aguardó la aprobación de la Blanca antes de amasar su magia y correr hacia el filo de la torre.

—¡Oh, no, no te atrevas!

Gavin se detuvo. Exhaló un suspiro.

—¿Qué?

—¡Gavin! —lo regañó la anciana—. No se te habrá olvidado que me prometiste dar clase hoy. Verte supone un honor inmenso para todos los alumnos. Esperan durante meses para algo así.

—¿Qué clase? —preguntó con suspicacia Gavin.

—Supervioletas. Solo son seis.

—¿No está en esa clase la muchacha que casi no puede cerrarse el corpiño? ¿Lana? ¿Ana? —Que las mujeres persiguieran a Gavin era una cosa, pero esa muchacha llevaba arrojándose a sus pies desde que tenía catorce años.

La Blanca adoptó una expresión compungida.

—Hemos hablado con ella unas cuantas veces.

—Mira —dijo Gavin—, la marea se retira, tengo que alcanzar a Karris. Daré esa clase la próxima vez que nos veamos. Sin excusas ni peleas.

—¿Tengo tu palabra?

—Tienes mi palabra.

La Blanca sonrió como una gata con la panza llena.

—Enseñar te gusta más de lo que estás dispuesto a reconocer, ¿verdad, Gavin?

—¡Bah! —exclamó el Prisma por toda respuesta—. ¡Adiós!

Antes de que la anciana pudiera decir nada más, Gavin reanudó la carrera en dirección al filo de la torre y saltó al vacío.

8

Kip observaba sin pestañear el cuerpo de Isa. Después de ver como los soldados asesinaban a Ram, la muchacha había vuelto la mirada hacia Kip. Buscaba seguridad, protección. Lo había mirado, y había sabido que él no podía salvarla.

Un ruido y una repentina ausencia junto a él hicieron que Kip apartara la mirada de Isa. Sanson había empezado a correr en dirección a la aldea. Puede que no fuese muy listo, pero siempre había sido pragmático. Era la mayor estupidez que había cometido en su vida. Pero Kip no podía culparlo. Tampoco nunca habían visto morir a nadie.

Pero era imposible que los soldados no vieran a Sanson, y ahora él moriría también a menos que Kip hiciera algo para impedirlo.

Kip llevaba demasiado tiempo paralizado, sin hacer nada mientras sus amigos morían. No pensó. Actuó. Empezó a correr en dirección contraria.

Kip detestaba correr. Cuando Ram corría, era como ver a un perro de caza persiguiendo a un ciervo, todo músculos acerados y potencia fluida. Cuando Isa corría, era como ver a ese mismo ciervo huyendo, toda elasticidad y velocidad asombrosa. Kip corría como una vaca lechera dirigiéndose al pasto. Aun así, nadie se esperaba su aparición.

Alcanzó el cuerpo de Ram y el máximo de su velocidad antes de oír el primer grito. Llegó a la orilla del río sin aminorar apenas. Una vez su masa se ponía en movimiento, era difícil pararlo.

Para un árbol muerto cuyo tronco quedaba a la altura de sus espinillas, prácticamente oculto entre la hierba alta, no fue tan difícil. La pierna de Kip se estrelló contra la madera en plena zancada, y el muchacho salió disparado hacia delante. Cayó de bruces y se giró como un pez fuera del agua. El dolor le teñía la vista de rojo y negro. Por un segundo pensó que iba a vomitar, después se sintió mareado. Bajó la mirada esperando ver el hueso de su pierna al descubierto. Nada. Pusilánime.

Las lágrimas escapaban incontenibles de sus ojos. Volvían a sangrarle las manos, rotas las uñas. Oyó los gritos de los hombres del puente. Lo habían perdido por el momento, pero se aproximaban unos jinetes. No estaba ni a cincuenta pasos de distancia. La hierba solo le llegaba por las rodillas. Los jinetes lo verían de un momento a otro, y entonces moriría. Igual que Isa.

Se puso en pie tambaleándose, con la espinilla encendida, borroso el mundo a causa de las lágrimas. Se odió con todas sus fuerzas. Llorando porque se había caído. Porque era un torpe. Porque era un mequetrefe.

Los jinetes gritaron cuando se levantó. Kip había visto antes a los jinetes del rey Garadul de paso por la ciudad, pero nunca equipados para la batalla. Cuando

cruzaban Rekton, sus arreos siempre estaban guardados. Rekton ni siquiera era lo bastante importante como para que se dignaran alardear. Los dos jinetes que galopaban hacia Kip pertenecían al escalafón más bajo de la caballería. Capaces a duras penas de permitirse sus ponis, sus armas y sus armaduras, solo servían durante la estación seca. Guerreros aficionados que esperaban regresar a casa cargados de despojos y mentiras antes de la cosecha. Ambos lucían chaquetas de malla y placas. Más ligeras y baratas que las corazas completas de los lores y los Hombres Espejo del rey Garadul, sus largas chaquetas se componían de seis estrechas hileras de finas placas superpuestas que caían por la pechera, con los brazos y la espalda protegidos por una malla de anillas engarzadas de a cuatro. Los dos llevaban puesto un toep, un casco redondo con un pincho en lo alto y plumas de buitre que sobresalían a los lados. El almófar de malla que les envolvía los hombros reforzaba sus cuellos y prestaba un grosor añadido al blindaje del torso. Ninguno de ellos portaba lanza. En su lugar, esgrimían sendos vechevorales, una mezcla de hoz y espada. Las armas estaban dotadas de un mango largo como el de un hacha y una hoja con forma de luna creciente al extremo, con el filo en la cara interior de la curva. Los jinetes forcejeaban de buen humor por conseguir la mejor trayectoria, riéndose, compitiendo por ver quién era el primero en derribar al muchacho.

Las risas fueron el desencadenante. Una cosa era rendirse y morir, y otra permitir que unos majaderos te asesinaran entre risitas bobaliconas. Pero no había tiempo. Los jinetes se acercaban a galope tendido, arrollando los verdes tallos de hierba tierna y radiante como pensaban arrollar a Kip. Se dividieron en el último momento. Uno de ellos se cambió el vechevoral a la mano izquierda para poder atacar a Kip simultáneamente.

Kip dio un salto y atacó, decidido a borrar al menos una de aquellas estúpidas sonrisas con el puño antes de morir. Fue un respingo demasiado corto y precipitado, pero mientras el cuerpo de Kip volaba al encuentro de las lanzas extendidas, una radiante masa verde brotó de su interior. Sintió una ráfaga de energía que escapaba de su cuerpo. Una docena de briznas de hierba surgieron de su mano con el ímpetu del puñetazo, desgarrándole la piel en el proceso. Conforme la luz verde continuaba manando de él, engrosaron hasta adquirir el tamaño de puyas de garrocha y se transformaron en amenazadoras cuchillas.

Los jinetes apenas si tuvieron tiempo de dar un brusco tirón a las riendas antes de estrellarse contra el muro de lanzas. Los vechevorales salieron disparados de sus manos cuando los caballos se empalaron, levantados del suelo por el ángulo de las lanzas, partiendo las más adelantadas con la fuerza del impacto, tan solo para encontrar más detrás de esas y terminar de quedar ensartados. Los jinetes fueron arrojados de sus sillas contra las aristas verdes que los aguardaban. El más delgado de los dos se enganchó y quedó en suspensión a un paso y medio del suelo. El jinete más

corpulento rompió las lanzas y cayó pesadamente de espaldas al lado de Kip.

El muchacho, estupefacto, tardó una eternidad en comprender qué había ocurrido. Oyó un grito procedente del puente:

—¡Un trazador! ¡Un trazador verde!

Se miró las manos. El verde radiante rezumaba lánguidamente de las ensangrentadas puntas de sus dedos; el color exacto de la hierba, y las lanzas. Presentaba cortes en los nudillos, las muñecas y debajo de las uñas, como si algo le hubiese desgarrado la piel al salir de su cuerpo. El aire estaba impregnado de una fragancia mezcla de cedro y resina.

Kip sintió un mareo. Alguien maldecía en voz baja, desesperado. Se giró.

Era el soldado, que se desangraba en el suelo a escasa distancia de él. Kip no entendía cómo seguía con vida. Las cuatro lanzas que le atravesaban el cuerpo comenzaban a desaparecer, combándose por su propio peso, reluciendo como si hirvieran por dentro, evaporándose. El soldado aspiró una bocanada de aire. El movimiento hizo que las dos lanzas que le atravesaban el pecho se movieran. El soldado sollozó y blasfemó, y las lanzas se desvanecieron lentamente, dejando tan solo una arenilla verde que se mezcló con la sangre. Pese a la cogulla torcida que caía sobre el rostro del hombre, Kip vio el destello de sus ojos oscuros, anegados de lágrimas.

Por unos instantes, Kip se había sentido «conectado». El verde era unidad, crecimiento, naturaleza, integridad. Pero mientras goteaba de sus dedos, con las grandes lanzas combadas como flores marchitas, volvió a sentirse solo de nuevo. Asustado. El más menudo de los jinetes, colgado de una arista, se liberó con un golpetazo y la cota repicó al golpear el suelo. Las lanzas tremolaron, se disiparon y se desmenuzaron como si estuvieran hechas de polvo pesado.

Kip oyó unos hipidos. Se trataba del más corpulento de los jinetes, que seguía maldiciendo. El hombre respiró hondo y sucumbió a un repentino ataque de tos, salpicando de sangre la malla que le cubría la cara. Rodó hasta quedar tendido de bruces, y otro reguero de sangre escapó del toep roto.

Kip se dio la vuelta. Dirigió la mirada hacia el puente. Los soldados del rey habían desaparecido. Kip solo podía aventurar que habían asumido que algún trazador adiestrado había acudido en su rescate. Quizá esperaran a que oscureciera antes de empezar a buscarlo, o puede que tuvieran su propio trazador en el campamento. Fuera como fuese, Kip tendría que emprender la huida, y cuanto antes.

Se giró con piernas temblorosas, sintiendo un hormigueo en los dedos, entumecido por la pena y el agotamiento, y encaminó sus pasos tambaleantes hacia el naranjal.

9

Mientras caía en picado, Gavin Guile dejó atrás aulas y barracones con la seguridad de que no pocos curiosos se agolparían en las ventanas para ver qué sucedía a continuación. De hecho, puesto que hoy era el primer día de clase de trazo para los tenues, su acción con toda probabilidad serviría de ejemplo gráfico con el que ilustrar una de las primeras enseñanzas de todos los magísteres.

El magíster encendía una vela y pedía a los estudiantes que le dijeran qué estaba pasando. Esto siempre daba a los magísteres multitud de oportunidades para regañar a los desconcertados chiquillos, que invariablemente respondían: «Está ardiendo». «Pero ¿qué significa esa palabra, "ardiendo"?» «Esto… ¿que está ardiendo?» Tarde o temprano se llegaba a la conclusión de que todo fuego comenzaba con algo tangible y terminaba con algo que era casi intangible. Cuando ardía una vela, ¿qué ocurría con el sebo? Producía energía, una energía que se experimentaba en forma de luz y calor, con algún residuo, en mayor o menor proporción según la eficiencia de la combustión de la vela.

La magia funcionaba al revés. Comenzaba con energía, luz o calor, y su expresión siempre era física. La luxina emanaba de uno mismo. Se podía tocar, controlar… o ser controlado por ella.

A medio camino, Gavin trazó una boneta y un arnés del frío azul del cielo, con algo de verde añadido para prestarles flexibilidad. El improvisado paracaídas se abrió con un chasquido y aminoró su descenso. A escasos pasos del suelo, proyectó unos surtidores de subrojo que lo frenaron hasta permitirle posarse con suavidad en la calle. La boneta se disolvió en polvo azul y arenilla verde con un olor mezcla de resina, tiza y cedro. Encaminó sus pasos hacia el malecón.

La encontró en cuestión de minutos, recién llegada a los muelles a su vez, con un petate colgado del hombro. Se había cambiado el uniforme de la Guardia Negra, pero seguía llevando pantalones. Karris solo se ponía vestido una vez al año, para el Baile de los Señores de la Lux, donde era obligatorio. De alguna manera también se había teñido el pelo hasta dejárselo casi negro para no llamar tanto la atención en Tyrea.

Aunque era imposible no llamar la atención con esos ojos, como un firmamento esmeralda tachonado de rubíes. Karris era un bicromo de verde y rojo, prácticamente un policromo. Había odiado toda su vida ese «prácticamente». Su arco rojo se adentraba tan lejos en el subrojo que podía trazar fuego, pero no era capaz de trazar luxina subroja estable. Había suspendido el examen. Dos veces. Daba igual que pudiera trazar más subrojo que muchos trazadores de subrojo, o que fuese la trazadora más veloz que Gavin hubiera visto nunca. No era un policromo.

Pero, por otra parte, los policromos eran demasiado valiosos como para permitir que se unieran a la Guardia Negra.

—¡Karris! —exclamó Gavin mientras corría para alcanzarla.

La mujer se detuvo y lo esperó con expresión intrigada.

—Lord Prisma —dijo a modo de saludo, siempre cortés en público; y evidentemente, sin haber leído la nota todavía.

Gavin se situó a su altura.

—Bueno —dijo—. Conque Tyrea.

—El mismísimo sobaco de las Siete Satrapías.

Cinco años, cinco grandes propósitos, Gavin. Llevaba fijándose objetivos desde que se convirtió en Prisma, tanto para concentrarse como a modo de distracción. Siete por cada período de siete años. Y el primero era, siempre lo había sido, contarle toda la verdad a Karris. Una verdad que podría estropearlo todo. Lo que hice. Por qué. Y por qué puse fin a nuestro compromiso hace quince años.

Y por eso te puedes pudrir eternamente en ese infierno azul, hermano.

—Se trata de una misión importante.

Karris se encogió de hombros.

—¿Por qué será que las misiones importantes nunca me llevan a Ruthgar o al Bosque de Sangre?

Gavin soltó una risita. Ruthgar era la nación más próspera y civilizada de las Siete Satrapías, y por supuesto, como trazadora verde, Karris sentía una poderosa afinidad con las Llanuras Verdegueadas. Al mismo tiempo, el Bosque de Sangre era el lugar de origen de su pueblo, y no había vuelto a pasear entre las secoyas desde que era una cría.

—¿Por qué no acortar el viaje? Te puedo dar un paseo hasta allí.

—¿Hasta Tyrea? ¡Pero si está al otro lado del mar!

—Me pilla de camino a un engendro de los colores con el que debo enfrentarme. —Y quizá no disponga de muchas más oportunidades de estar cerca de ti.

Karris frunció el ceño.

—Últimamente parece que hay muchos engendros.

—Siempre parece que hay muchos últimamente. ¿Recuerdas el verano pasado, cuando se avistaron seis en otros tantos días, y después ninguno en tres meses?

—Supongo que tienes razón. ¿De qué tipo? —preguntó. Como tantos trazadores, profesaba una antipatía especial a los engendros originarios de su propio color.

—Azul.

—Ah. Entonces, me imagino que partirás cuanto antes. —Karris conocía el particular odio de Gavin por los engendros azules—. Espera, ¿vas a cazar un engendro azul… en Tyrea? —preguntó, girándose para observarlo con sus fascinantes ojos verdes jaspeados de motitas rojas.

—En las afueras de Ru, en realidad. —Gavin carraspeó.

Karris soltó una carcajada. A sus treinta y dos años, su rostro presentaba unas

ligerísimas arrugas; más fruto de los ceños fruncidos que de las sonrisas, lamentablemente, pero conservaba los hoyuelos en las mejillas. No era justo. Después de tantos años, la belleza de una mujer no debería ser capaz de penetrar con tanta impunidad en el pecho de un hombre y oprimirlo hasta arrebatarle el aliento. Sobre todo cuando jamás podría ser suya.

—¡Tyrea está a mil leguas de Ru!

—Un par de cientos, a lo sumo. Si dejas de malgastar la luz del sol discutiendo conmigo, podría dejarte allí antes de que anochezca.

—Gavin, eso es imposible. Hasta para ti. Y aunque lo fuera, no podría pedirte…

—No me has pedido nada. Me he ofrecido voluntario. Dime, ¿realmente prefieres pasarte dos semanas encerrada en una corbeta? Hoy está despejado, pero ya sabes cómo se presentan esas tormentas. Tengo entendido que la última vez que viajaste en barco te pusiste tan verde que podías trazar a partir de tu propia piel.

—Gavin…

—¿Se trata de una misión importante o no?

—La Blanca te matará por esto. Tiene una úlcera con tu nombre, ¿lo sabías? Literalmente.

—Soy el Prisma. Alguna ventaja tiene que tener. Además, me gusta hacer de transportista.

—Eres incorregible —claudicó Karris.

—Todos tenemos nuestro propio talento especial.

10

El olor a naranjas y humo despertó a Kip. Seguía haciendo calor, el sol de la tarde se deslizaba entre las hojas y le hacía cosquillas en la cara. De alguna manera, se las había apañado para llegar a uno de los naranjales antes de desplomarse. Recorrió las hileras, largas y perfectas, con la mirada en busca de soldados antes de incorporarse. Aún sentía la cabeza embotada, pero el olor del humo ahuyentó cualquier pensamiento sobre sí mismo.

Mientras se acercaba a la linde del naranjal, el olor se intensificó y el aire se tornó más espeso. Kip atisbó destellos de luz a lo lejos. Salió del calvero y vio cómo el sol se ponía tras la mansión de la alcaldesa, el edificio más alto de Rekton. Ante sus ojos, el sol pasó de un bello rojo oscuro a algo más oscuro y siniestro. Entonces Kip volvió a ver la luz: fuego. Una gruesa columna de humo se arremolinó de repente en el cielo y, como si fuera una señal, la humareda se alimentó de una docena de lugares repartidos por toda la ciudad. En cuestión de momentos, el humo se concretó en furiosas conflagraciones que señoreaban a docenas de pasos de altura sobre los tejados.

Kip oyó gritos. Las ruinas de una estatua antigua yacían desperdigadas por el naranjal. Los vecinos de la ciudad siempre la habían llamado el Hombre Roto. Se había disuelto en su mayoría a lo largo de los siglos desde su caída, pero la cabeza seguía estando ilesa en gran parte. Hacía mucho tiempo, alguien había labrado escalones en el cuello roto. La cabeza era tan alta que desde arriba se podían contemplar las puestas de sol sobre los naranjos. Era uno de los lugares predilectos de las parejas de enamorados. Kip subió por la escalera.

La ciudad estaba en llamas. Cientos de soldados a pie rodeaban la ciudad formando un inmenso círculo irregular. Cuando el fuego expulsó a un grupo de personas de su escondite, Kip vio a los jinetes del rey Garadul preparar sus lanzas. Se trataba de la anciana señora Delclara y sus seis hijos, los picapedreros. El más alto de todos, Micael, cargaba con ella sobre uno de sus fuertes hombros. Estaba gritando algo a los otros, pero Kip no logró entender lo que decía. Los hermanos corrían juntos en dirección al río, como si allí esperaran encontrar refugio.

No iban a conseguirlo.

Los jinetes bajaron las lanzas cuando sus monturas cargaron a galope tendido, a unos treinta pasos de la familia fugitiva.

—¡Ahora! —chilló Micael. Kip pudo oírlo desde su atalaya.

Cinco de los hermanos se arrojaron al suelo. Zalo fue demasiado lento. Una lanza le golpeó la espalda y lo derribó de bruces. Dos más resultaron ensartados cuando sus perseguidores se apresuraron a corregir la orientación de sus armas para alcanzar a los hombres agachados en el suelo. El perseguidor de Micael bajó su lanza a su vez,

pero falló. El arma se incrustó con fuerza en el suelo.

El jinete no soltó la lanza a tiempo, y la fuerza de su propia carga lo arrancó de la silla.

Micael corrió hasta el soldado inerte y desenfundó el vechevoral del hombre, a quien estuvo a punto de separarle la cabeza del cuerpo de un tajo feroz, pese a las capas de malla.

Pero los demás jinetes ya habían tirado de las riendas y en cuestión de segundos se alzó un bosque de acero relampagueante que impidió que Kip viera a Micael, su hermano y su madre.

Sobrevino a Kip una arcada. A una señal que ni vio ni oyó, los jinetes se reagruparon y emprendieron la carga contra nuevas víctimas a lo lejos. Kip no pudo por menos de alegrarse de que estuvieran lo bastante lejos como para no poder reconocerlas.

Alrededor del resto de la ciudad, los soldados de a pie estrechaban su cerco.

¡Madre! Kip llevaba varios minutos contemplando el incendio de la ciudad y no le había dado tiempo a pensar en nada. Su madre estaba allí dentro. Tenía que ir a buscarla.

¿Cómo se proponía entrar en la ciudad? Aunque consiguiera superar a los soldados y el fuego, ¿seguiría siquiera con vida su madre? Además, los hombres del rey habían visto en qué dirección huía. Pensarían que el «trazador» con el que se habían encontrado antes era la única amenaza para ellos en toda la zona. Sin duda estarían atentos a su presencia. De hecho, cabía la posibilidad de que ya hubiera hombres tras su pista.

En tal caso, entretenerse en el punto más elevado del naranjal tal vez no fuera lo más aconsejable.

Como si esa fuera la señal, Kip oyó una rama partirse. Podría haber sido un ciervo. Después de todo, estaba anocheciendo. Los naranjales se llenaban de ciervos cuando…

Alguien maldijo a menos de treinta pasos de distancia.

¿Un ciervo parlante?

Kip se tendió bocabajo. No podía respirar. No podía moverse. Iban a matarlo. Igual que habían matado a los Delclara. Micael Delclara era grande. Fuerte como un roble viejo. Y lo habían asesinado.

Muévete. Kip, muévete. El corazón latía desbocado en su pecho. Temblaba de pies a cabeza. Su aliento escapaba en rachas entrecortadas, demasiado rápido. Tranquilízate, Kip. Respira. Inspiró hondo y se obligó a apartar la mirada de sus manos estremecidas.

Había una cueva no muy lejos de allí. Kip había encontrado a su madre en ella una vez, después de llevar tres días desaparecida. Hacía tiempo que se rumoreaba que

había contrabandistas en las cuevas, y su madre partía en su busca cada vez que se le acababan la cencellada y el dinero. La suerte le había sonreído por fin hacía aproximadamente dos años, cuando encontró tanta droga que ni siquiera había regresado a casa. Cuando Kip por fin dio con ella, llevaba días sin comer. Había estado a punto de morir. En cierta ocasión escuchó decir a alguien que ojalá lo hubiera hecho, por el bien del muchacho.

De nuevo en el suelo, Kip empezó a correr intentando mantener las ruinas entre él y el hombre al que había oído. Corrió casi tan deprisa como lo haría Sanson si este estuviera cargando con otro Sanson a la espalda. Apretó el paso procurando ser sigiloso, zigzagueando entre las rectas filas de árboles. Hasta que llegó a sus oídos un sonido que le heló los huesos hasta el tuétano: ladridos.

Impulsado por el miedo, Kip imprimió una cadencia enloquecida a sus zancadas. Hizo caso omiso del dolor abrasador que le recorría las piernas, las punzadas en sus pulmones. El río quedaba ya ante él; la cueva estaba en sus orillas. Oyó a un soldado maldiciendo a voz en grito, puede que a doscientos pasos a su espalda, puede que menos.

—¡Que sigan husmeando esos perros! ¿Quieres encontrar al trazador antes de que salga el sol?

Oscurecía por momentos. De modo que esa era la razón de que aún siguiera con vida. Con todos los colores atenuados por la oscuridad, los trazadores no eran tan peligrosos de noche. Y entre el humo y el frente de negros nubarrones que se avecinaba, el cielo estaba oscureciéndose más deprisa de lo normal. Si hubieran soltado a los perros, lo habrían encontrado ya. Pero con la oscuridad inminente, podrían considerar que era seguro soltarlos de un momento a otro.

Kip llegó a la ribera de repente. Se pisó el dobladillo de una pernera y estuvo a punto de caer, apenas si consiguió apoyarse en una mano. Se detuvo. La cueva quedaba corriente arriba desde la ciudad, a menos de doscientos pasos de distancia. Cogió dos piedras que encajaban cómodamente en sus manos. Si tenía la cueva para protegerse los flancos y la retaguardia, podría… ¿Qué? ¿Morir lentamente?

Miró las piedras que tenía en las manos. Rocas. Contra soldados y perros de combate. Era una estupidez. Una locura. Bajó de nuevo la mirada hacia las piedras y tiró una a la orilla opuesta del río, corriente abajo. Tiró la segunda más lejos. Cogió dos más, las restregó contra su cuerpo y las lanzó tan lejos como pudo. La última se estrelló entre las ramas de un sauce. Un tiro lamentable.

No había tiempo para lamentar su ineptitud. El rastro de Kip apuntaba ya aguas arriba, en la dirección que necesitaba seguir. Tendría que confiar en la suerte. Era un intento patético, pero no tenía otra cosa. Reanudó el paso corriente arriba, tratando de hacer oídos sordos a los ladridos que sonaban cada vez más cerca. A continuación se adentró en el río, con cuidado de no dejar que su ropa tocara ninguna roca seca.

Había llegado a la altura de un recodo, por lo que pronto se perdió de vista.

—¡Suelta a los perros! —ordenó la misma voz de antes.

Kip llegó frente a la entrada de la cueva. Era invisible desde el río, camuflada tras unos peñascos que habían caído delante de la boca. Pero en cuanto saliera del río dejaría un rastro para los perros, y pisadas húmedas en las piedras para los soldados. No podía salir del agua. Todavía no. Miró a los negros nubarrones que se cernían sobre su cabeza.

No os quedéis ahí plantados. ¡Dadme algo de lluvia!

—¿Cuál es el problema? ¿Qué les pasa? —preguntó el soldado.

—Son perros de combate, señor, no de presa. Ni siquiera estoy seguro de que anden tras el rastro del trazador.

Kip recorrió otros cien pasos río arriba, hasta llegar al punto donde el recodo del río se enderezaba y un árbol había caído atravesado en el agua. No engañaría al olfato de los perros, pero serviría para disimular el agua que goteaba de él. Llegó a la ribera y se detuvo. Si se encaminaba corriente abajo, se acercaría a los hombres que seguían su pista. Pero la mención de otros rastros del soldado había avivado una llamita de esperanza en el pecho de Kip. Otros rastros podrían significar más pistas frescas. Y si no fuera por los perros, la cueva sería el lugar más seguro donde pasar la noche.

Tragando saliva con dificultad para evitar que el corazón continuara trepando por su garganta, Kip se dirigió río abajo, hacia la cueva. Le pareció sentir un hormigueo helado en la piel. ¿Lluvia? Elevó la mirada a las nubes negras, pero debían de haber sido imaginaciones suyas. Llegó al lugar desde el que se veía la entrada de la cueva.

Había dos soldados justo debajo de él, entre sus pies. Dos más en la ribera opuesta. Había un perro de combate a cada lado. La cabeza de cualquiera de ellos podría haber llegado al hombro de Kip, sin problemas. Ambos lucían sendos abrigos de cuero tachonado, parecidos a la armadura de un caballo de batalla pero sin la silla. Kip se tiró al suelo.

—Señor, con su permiso —dijo uno de los hombres. El soldado debió de recibir el beneplácito de su superior, porque añadió—: El trazador acudió al río en línea recta, pero giró de pronto corriente arriba antes de meterse en el agua. Sabe que andamos tras su pista. Creo que regresó sobre sus pasos y se dirigió corriente abajo.

—¿Con nosotros tan cerca? —preguntó el comandante.

—Debió de oír a los perros.

Lo que hizo que Kip pensara en algo más: los perros también pueden percibir los olores que transporta el viento. No solo en el suelo. Se le formó un nudo en la garganta. Ni siquiera había pensado en el viento. Soplaba del sudoeste. Su ruta lo había llevado al este y después al norte con la curva del río… la dirección perfecta. Si hubiera ido corriente abajo, hacia la ciudad, los perros lo habrían detectado de inmediato. Si el comandante se paraba a pensarlo, seguro que llegaría a la misma

conclusión.

—Va a llover. Es posible que solo tengamos una oportunidad. —El comandante hizo una pausa—. Daos prisa. —Silbó e hizo un gesto a los hombres de la otra orilla para que se dirigieran corriente abajo. Partieron a la carrera.

El corazón de Kip reanudó sus latidos. Se deslizó ribera abajo entre dos grandes peñascos separados por un estrecho pasaje. Parecía que se extendiera unos cuatro pasos antes de acabarse, pero Kip sabía que culminaba en un recodo cerrado. Nunca lo hubiera descubierto la primera vez de no ser por el olor acre y enfermizamente dulzón de la cencellada que emanaba en vaharadas. Sabía Orholam cómo lo habría encontrado su madre.

Ahora, aun sabiendo que estaba allí, a Kip estuvo a punto de faltarle el valor para internarse entre las dos rocas. Sin embargo, algo andaba mal. No estaba tan oscuro como cabría esperar. En el exterior era noche cerrada y Kip bloqueaba la entrada, de modo que había alguien dentro, y con una lámpara.

Kip volvió a quedarse paralizado hasta que oyó que cambiaba el timbre del ladrido de los perros de combate. Habían encontrado las rocas que había lanzado al otro lado del río. Eso suponía que era solo cuestión de tiempo que descubrieran el engaño. La oscuridad y lo reducido del espacio eran sofocantes. En una u otra dirección, debía avanzar.

Dobló el recodo que desembocaba en el espacio abierto de la cueva de los contrabandistas. Había dos figuras sentadas a la tenue luz de un farol: Sanson y la madre de Kip. Ambos estaban cubiertos de sangre.

11

Kip no pudo reprimir un grito. Su madre estaba sentada contra la pared de la cueva; su vestido, otrora azul, se había teñido de negro y rojo a causa de la sangre seca y reciente. Lina tenía el cabello moreno apelmazado, más oscuro de lo habitual, entretejido de hilachos de sangre. El lado derecho de su rostro se veía prístino, perfecto. Toda la sangre manaba del lado izquierdo de su cabeza, goteaba de sus guedejas como cera caliente y se acumulaba en su vestido. Sentado junto a ella, Sanson tenía los ojos cerrados, la cabeza echada hacia atrás y la ropa casi igual de ensangrentada.

Ante el grito de Kip, los párpados de su madre aletearon. Presentaba una brecha enorme en la cabeza. Orholam misericordioso, tenía el cráneo hecho añicos. Miró fijamente en su dirección durante un buen rato antes de encontrarlo. Era espantoso contemplar sus ojos; tenía la pupila izquierda dilatada, mientras que la derecha era una diminuta cabeza de alfiler. Y el blanco de los dos estaba inyectado por completo de sangre.

—Kip —dijo—. Nunca pensé que me alegraría tanto de verte.

—Yo también te quiero, madre —repuso el muchacho, intentando imponer un tono sereno a su voz.

—Culpa mía. —La mujer pestañeó y cerró los ojos.

A Kip le dio un vuelco el corazón. ¿Estaba muerta? Antes de hoy, nunca había visto morir a nadie. ¡Orholam, se trataba de su madre! Miró a Sanson, que parecía ileso, salvo por toda la sangre que le empapaba la ropa.

—Lo intenté, Kip. La alcaldesa se negó a escucharme. Le dije…

—Ni siquiera su propia familia lo creyó —lo interrumpió la madre de Kip, con los ojos todavía cerrados—. Incluso cuando los soldados arrollaron a su madre y abrieron en canal a su hermano, Adan Marta se quedó allí plantado, asegurándonos que el sátrapa jamás sería capaz de hacer algo así a sus súbditos. Sanson fue el único que huyó. ¿Quién iba a imaginar que fuese el más listo de la familia?

—¡Madre! ¡Basta ya! —La voz de Kip sonó quejumbrosa, pueril.

—Pero regresaste, ¿verdad, Sanson? Intentaste salvarme, al contrario que mi propio hijo. Lástima que no intentara ayudarme como hiciste tú con tu familia, de lo contrario aún podría haber tenido alguna oportunidad.

Sus palabras revolvieron las aguas de un profundo pozo lleno de rabia. Potente, pero incontrolable. Kip la reprimió, contuvo las lágrimas.

—Madre. Déjalo. Te estás muriendo.

—Sanson dice que ahora eres un trazador. Tiene gracia —dijo con amargura la mujer—. Toda tu vida has sido un fracasado, y hoy te da por aprender a trazar. Demasiado tarde para todos. —Inspiró hondo con esfuerzo, abrió los ojos y clavó la

mirada en Kip, aunque tardó un momento en enfocarla—. Mátalo, Kip. Mata a ese bastardo. —Del suelo de la cueva, junto a ella, levantó un estilizado joyero de palisandro con filigranas grabadas, tan largo como el antebrazo de Kip. El muchacho no lo había visto nunca antes.

Kip cogió el estuche y lo abrió. Dentro había una daga de doble filo, de un material extraño, brillantemente blanco como el marfil, con una veta negra que discurría sinuosa por el centro hasta su punta, sin más adorno que los siete diamantes incrustados en la hoja misma. Aunque era la cosa más bonita que hubiera visto en su vida, eso a Kip le traía sin cuidado. No sabía cuánto podía valer un arma así, pero la caja de la que había salido bastaría por sí sola para pagar los excesos de su madre durante todo un mes.

—Madre, ¿qué es esto?

—Y yo que pensaba que Sanson era lento —se mofó con crueldad la mujer, moribunda, asustada—. Clávaselo en su podrido corazón. Haz que ese malnacido sufra. Que pague por esto.

—Madre, ¿qué dices? —preguntó Kip, desesperado. ¿Quiere que mate al rey Garadul?

La mujer se rió, y el movimiento provocó que un nuevo reguero de sangre se derramara de su cabeza.

—Eres tonto de remate, Kip. Pero quizá una espada embotada pueda llegar allí donde no se permitiría la entrada de otra más afilada. —Su cabeza oscilaba de un lado a otro. Respiraba con dificultad. Hundió la barbilla en el pecho. Kip pensó que había muerto, pero la mujer abrió los ojos una vez más, consiguiendo enfocar solo uno, que se clavó furibundo en Kip. Sus uñas se hundieron dolorosamente en el brazo del muchacho—. Ve, aprende a trazar, ve a la… —Parecía estar buscando la palabra «Cromería», pero no era capaz de encontrarla. Se percató de ello y adoptó una expresión furiosa, atemorizada. Era la prueba irrefutable de que se moría—. Aprende lo que necesites, pero no te olvides de mí. No olvides esto. No le escuches, ¿me oyes? Es un embustero. No me falles en esto, Kip. Aprende, y después mátalo, ¿entendido?

—Sí, madre. —Hablaba como si conociera personalmente al rey Garadul. ¿Cómo sería posible tal cosa?

—Kip, si alguna vez me has querido, véngame. Júralo por tu alma indigna, Kip. Júralo, o a Orholam pongo por testigo que mi fantasma te perseguirá. No… dejaré… —Dejó la frase flotando en el aire, incapaz de terminarla.

Kip observó de reojo a Sanson, que le devolvió la mirada en silencio, horrorizado. Las uñas de la madre de Kip se clavaron aún más, y su ojo sano pareció llamear casi, exigiendo su atención, su promesa. Dijo:

—Juro que te vengaré, madre, por mi alma.

Un remedo de paz se apoderó de las facciones de la mujer, suavizando sus aristas.

A continuación emitió una risita queda, satisfecha, de algún modo cruel… hasta que su risa se truncó. Su mano cayó del antebrazo de Kip, dejando unos surcos ensangrentados.

—No te decepcionaré, madre, iré sin tardanza…

Está muerta.

Kip se quedó mirándola fijamente, petrificado, inexplicablemente entumecido. Le cerró los temibles ojos inyectados de sangre.

—¿Estás herido? —preguntó.

—¿Eh? —dijo Sanson—. ¿Yo?

Kip lo fulminó con la mirada.

—No, genio, estoy hablando con el cadáver. —Cruel, irreflexivo.

Los ojos de Sanson se anegaron de lágrimas.

—Lo siento, Kip. Intenté sacarla. Era demasiado tarde. —Estaba al borde de un ataque de nervios. Kip se maldijo por majadero.

—No, Sanson. No, lo siento. No digas eso. No fue culpa tuya. Escúchame. Es momento de actuar, no de perder el tiempo en cavilaciones. Corremos peligro. ¿Estás herido?

Los ojos de Sanson se despejaron. Levantó la barbilla y miró a Kip a los ojos.

—No, esta sangre es toda… no, estoy bien.

—Entonces tenemos que irnos ahora mismo, aprovechando que es de noche y está lloviendo. Tienen perros. Pueden seguirnos la pista. Es nuestra única oportunidad.

—Pero Kip, ¿adónde vamos a ir? —Curioso. Así de fácil, Kip era el líder. ¿Se debía a que había descubierto algún pozo de fuerza, ignorado hasta ahora, o en verdad era Sanson así de débil? No, ni siquiera pienses así, Kip. Confía en ti. ¿No puedes conformarte con eso?

¿Y si no soy digno de su confianza?

—Voy a convertirme en trazador —dijo Kip—, por lo visto. Así que tenemos que llegar a la costa. En Garriston deberíamos ser capaces de encontrar un barco que se dirija a la Cromería.

Sanson puso los ojos como platos, evidentemente pensando en lo que la madre de Kip le había obligado a jurar, pero no dijo nada más que:

—¿Cómo llegaremos a Garriston?

—Primero bajaremos por el río. —Kip se dio cuenta entonces de que había perdido la bolsa que le diera maese Danavis. Ni siquiera sabía cuándo. De modo que aunque consiguieran llegar río abajo, no podría pagar el viaje a la Cromería.

—Kip, los soldados formaban un círculo enorme alrededor de toda la ciudad. Si mantienen la formación, tendremos que cruzar esa línea dos veces. Y la ciudad todavía está ardiendo. El río podría estar bloqueado.

Sanson estaba en lo cierto, y por algún motivo eso enfureció a Kip de repente. Se

dominó. Sanson no tenía la culpa. Kip sintió un escozor en los ojos. Todo era en vano. Pestañeó varias veces seguidas.

—Sé que es una estupidez, Sanson. —No era capaz de mirar a su amigo a los ojos —. Pero no se me ocurre otra idea. ¿Y a ti?

Sanson guardó silencio durante largo rato.

—En la orilla he visto algo de madera seca que podría servir —repuso por fin, y Kip supo que era su manera de asegurarle que confiaba en él.

—Pues entonces, nos vamos.

—Kip, ¿quieres… no sé, despedirte de ella? —Sanson inclinó la cabeza en dirección a la madre de su amigo.

Kip tragó saliva con dificultad mientras sostenía el estuche del cuchillo con tanta fuerza que sus nudillos palidecieron. ¿Y decir qué? ¿Que lamento haber sido un fracaso, una decepción? ¿Que te quería, aunque tú jamás sintieras el menor cariño por mí?

—No —respondió—. En marcha.

12

Los muchachos abandonaron la cueva de puntillas. Kip encabezaba la marcha. Al parecer ese era el precio a pagar por convertirse en líder. Aunque había visto esas mismas estrellas sobre el río en docenas de ocasiones, el aire helado nunca le había parecido tan amenazador como esa noche. El viento había cambiado de dirección, y ahora la fragancia de la suave llovizna que removía la tierra se mezclaba con el olor de la madera quemada y el tenue bálsamo de las naranjas que maduraban en sus ramas. Ese aroma siempre le había levantado el ánimo. Pero esa noche era demasiado efímero y sutil, tan frágil como sus probabilidades de salir de esta.

Llegaron a la orilla del río sin ver ningún soldado. Los cuatro ya habían bajado antes por el río, en ocasiones impulsándose con tablas para acelerar el proceso, pero la mayoría de las veces tendidos y dejándose llevar por la corriente. Siempre habían esperado hasta finales de otoño, sin embargo, cuando las aguas no estaban tan crecidas. Aun así, terminaban cubiertos de rasguños y moratones a causa de las rocas que no conseguían esquivar. Ahora era pleno verano, y aunque el río fluía más lento que en primavera, seguía siendo caudaloso y veloz. Eso significaba que flotarían sobre las rocas que podrían haberlos entorpecido en otoño, pero aquellas que no consiguieran esquivar los golpearían con más contundencia.

Sanson encontró las ramas que había visto antes mientras Kip esperaba hecho un manojo de nervios, atento al menor indicio de soldados corriente abajo. Las nubes que se cernían sobre la aldea emitían un fulgor anaranjado, iluminadas por las llamas que se alzaban debajo de ellas. Sanson regresó con unas cuantas ramas, insuficientes para los dos. Los muchachos cruzaron las miradas.

—Quédatelas —susurró Kip—. Floto mejor que tú.

—¿Qué haremos si nos ven? —preguntó Sanson.

La determinación de Kip se tambaleó cuando pensó en ello. ¿Qué podían hacer? ¿Huir a pie? ¿A nado? Aunque llegaran a la ribera, ¿adónde podían ir? La ciudad ardía y a su alrededor solo había praderas. Unos hombres a caballo, con ayuda de perros, encontrarían a Kip y a Sanson en un abrir y cerrar de ojos.

—Nos haremos los muertos —dijo Kip. Después de todo, no deberíamos ser los únicos cuerpos que haya en el agua. Aunque eso no era del todo cierto; tan lejos corriente arriba, deberían ser los únicos cuerpos que hubiera en el agua. Si alguno de los soldados caía en la cuenta, los muchachos no tardarían en convertirse en cadáveres de verdad.

Aunque las montañas quedaban muy lejos, el agua seguía estando helada. Kip se sentó en el río, y la corriente empezó a tirar de él hacia la ciudad. Sanson imitó su ejemplo. Sortearon el primer recodo y se acercaron al punto del río al que se había dirigido Kip tras decidir que su plan original tenía demasiados defectos.

Hacerse el muerto significaba que en los tramos más peligrosos del río, allí donde Sanson y él más querrían ver o escuchar para saber si los habían descubierto, tendrían que mantener las orejas sumergidas y los ojos fijos en las nubes. Si los descubrían, el plan de Kip garantizaría que no se dieran cuenta hasta que fuese demasiado tarde.

Deberían salir del agua. No podía hacer esto. Kip miró atrás de reojo. Sanson ya estaba tendido de espaldas, flotando con las orejas cubiertas, relajadas las extremidades. Había sido arrastrado al otro lado del río y la corriente ya había dejado su cuerpo, más liviano, a la altura del de Kip. El corazón de Kip latía desbocado. Si salía del agua ahora, Sanson no se enteraría. Kip no podría agarrar a su amigo sin hacer tanto ruido como para alertar a todo el mundo en cien pasos a la redonda.

—Sí, majestad —sonó una voz procedente de la penumbra de la ribera—. Creemos que el trazador se encaramó a ese árbol. Los perros han seguido su rastro hasta allí antes de perderlo.

Lo primero que vio Kip fue la antorcha. Alguien se acercaba a la orilla del río, a menos de cinco pasos corriente abajo. Su primer pensamiento, correr como si lo persiguiera el diablo, sería su fin. Agitó los brazos una vez, dos, impulsándose aguas abajo, antes de tenderse de espaldas. El agua fría se cerró alrededor de sus orejas, amortiguando todos los sonidos salvo el desesperado martilleo de su pulso.

En este punto la ribera se elevaba un paso y medio, suficiente para que, aun tendido boca arriba, Kip pudiera ver al hombre. Kip se encontraba a menos de dos pasos de distancia, y la oscilante luz naranja de la antorcha que sostenía el hombre iluminaba un semblante imperioso. Aun suavizadas por el cálido resplandor, aquellas facciones denotaban una cualidad fundamentalmente fría, un rictus desagradable oculto en las comisuras de los labios. El monarca (pues a Kip no le cabía la menor duda, pese a haberlo visto tan solo medio segundo, de que este hombre era el rey Garadul) aún no había cumplido los treinta pero ya estaba medio calvo, con el resto del cabello peinado hasta los hombros. Poseía una nariz prominente sobre una barba hirsuta e inmaculada, y pobladas cejas negras. El rey miró fijamente corriente arriba, e incluso a la luz de la antorcha se le veía una vena en la frente, y escudriñaba la orilla opuesta por donde Kip había cruzado el río. El agua que envolvía los oídos de Kip redujo su airada pregunta a poco más que un murmullo.

El rey se giró justo cuando Kip empezaba a pasar junto a él. Y miró a la izquierda, hacia el muchacho. Kip no movió ni un músculo, pero no porque se lo dictara la prudencia. Sintió una tibieza que se propagaba por el agua helada entre sus piernas.

La antorcha que mediaba entre el rey y Kip fue lo que salvó a los muchachos. La mirada del monarca pasó justo por encima de ellos, pero, cegado por ese resplandor en la oscuridad, no vio nada. Se giró, masculló algo y desapareció.

Kip continuó flotando río abajo, con la cabeza echada hacia atrás, sin poder

creerse del todo que aún siguiera con vida. El agua fría lo envolvía, las estrellas eran cabezas de alfiler en el manto de Orholam sobre su cabeza. Nunca se había percatado de que fueran tan hermosas. Cada una de ellas poseía su propio color, su propia tonalidad; rubíes brillantes, zafiros rutilantes, e incluso aquí y allá alguna esmeralda elusiva. Durante aproximadamente veinte pasos, Kip flotó sumido en una paz absoluta, absorto en aquella belleza.

Entonces chocó con una piedra. Se le enganchó un pie y giró hasta quedar flotando de costado. Luego otra roca, sumergida casi por completo, se trabó en su camisa y lo giró bocabajo en el agua. Emitió un gritito ahogado y pataleó, atenazado por el pánico cuando sacó la cabeza del agua y comprendió el ruido que acababa de hacer.

A escasa distancia corriente abajo, Sanson había levantado la cabeza del agua y observaba fijamente a Kip, horrorizado. ¿Cómo podía Kip hacer tanto ruido? Kip apartó la mirada, avergonzado. Flotaron en silencio durante un minuto interminable, con la mirada fija en las tinieblas, aguardando la aparición de más soldados. Se esforzaron por evitar las rocas, con las piernas estiradas en la dirección de la corriente, trazando pequeños círculos con las manos para mantenerse a flote. Pero no apareció nadie.

Flotaban tan cerca el uno del otro como les era posible, aunque Kip sabía que no era prudente. Quizá dos cadáveres flotando por separado no llamaran la atención, ¿pero dos que flotaban hombro con hombro? Aun así, no se apartó de Sanson. El silencio se adueñó de los muchachos conforme se aproximaban cada vez más al puente donde sus amigos habían muerto esa mañana. Parecía que hiciese una eternidad.

Y entonces Kip la vio, tendida en la ribera. Los asesinos de Isa habían extraído las flechas de su cuerpo. Pero aparte de darle la vuelta, no habían movido el cadáver. Yacía de espaldas, con los ojos abiertos y la cabeza torcida a la izquierda, hacia Kip, ondeando en el río sus cabellos oscuros. Tenía un brazo levantado por encima de la cabeza, rígido como un árbol caído en vez de mecido por la corriente. La cara interior del brazo e incluso su rostro se habían teñido de un morado espantoso a causa de la sangre condensada.

Kip apoyó los pies en las resbaladizas piedras del lecho fluvial, dispuesto a acudir junto a ella. Estaba a punto de incorporarse cuando un sexto sentido lo detuvo. Titubeó y, tendido aún en el agua, miró a su alrededor tanto como le era posible.

¡Allí! De pie en lo alto del puente, asomando tan solo la cabeza, el soldado montaba guardia. De modo que no eran estúpidos. Habían deducido que quienquiera que fuese este «trazador» con el que se habían tropezado antes, tendría la decencia de regresar para enterrar a sus amigos.

La corriente seguía llevándose a Kip. No tomar ninguna decisión era una

decisión.

Pero ¿qué podía hacer? ¿Enfrentarse a los soldados? Si había uno, podría haber diez; y si había diez, podría haber cien. Kip no era un guerrero, era un chiquillo. Era gordo y débil. Un solo rival sería demasiado para él.

Kip apartó la mirada del cadáver de Isa y volvió a tumbarse en el agua. No quería recordarla así. Se le formó un nudo en la garganta, tan duro y tirante que amenazaba con estrangularlo. Solo el miedo al soldado sobre su cabeza impidió que rompiera a llorar mientras pasaba flotando por debajo del Puente Verde.

Ni siquiera se acordó de la daga guardada en la cajita ornamentada sujeta a su espalda hasta que estuvieron lejos corriente abajo. Podría haberlo intentado; al menos podría haber salido del agua para echar un vistazo. Isa se merecía algo más.

Pronto llegaron a la ciudad, donde el río discurría por un canal más estrecho y profundo, flanqueado a ambos lados por grandes rocas y cruzado a intervalos por recios puentes de madera.

Algunas zonas de la ciudad seguían ardiendo, aunque Kip no sabía si eso se debía a que los materiales empleados en su construcción eran menos inflamables, o a que el fuego había tardado más en propagarse por determinadas secciones y solo ahora estaba llegando a esos edificios. No tardaron en encontrar el primer cadáver. Un caballo. Amarrado aún a una carreta repleta de naranjas de finales de temporada, se había visto atrapado en una zona de la ciudad de la que ya solo quedaban rescoldos. Enloquecida por el fuego, la yegua había saltado al río. El carromato había aterrizado encima de ella, aplastándola o ahogándola, esparciendo naranjas en todas direcciones.

A Kip le pareció que podría tratarse del caballo y el carro de la familia Sendina. Sanson, poco dado a los sentimentalismos, recogió unas cuantas naranjas de los restos del carromato y se llenó los bolsillos con ellas.

Sanson hacía bien en aprovechar la ocasión. Kip no había probado bocado en todo el día, aunque no se había percatado hasta ahora, y estaba famélico. Sobreponiéndose a las arcadas que lo asaltaron, alargó un brazo por encima del caballo medio sumergido y agarró un puñado de naranjas a su vez.

Estaban cada vez más cerca del mercado fluvial, y el calor no dejaba de arreciar. Kip oyó unos gritos extraños. Aún había estructuras en llamas frente a ellos. El mercado fluvial era un pequeño lago circular que se dragaba con regularidad para obtener una profundidad uniforme. Se decía que tanto el río como la ciudad habían sido más grandes antaño. El río, supuestamente, había sido navegable desde el pie de las cascadas hasta el mar Cerúleo, y desde Rekton hasta las montañas, atrayendo así a comerciantes de todos los rincones de las Siete Satrapías, ávidos de las célebres naranjas de Tyrea y otros cítricos. Ahora, solo las balsas de fondo llano más pequeñas podían realizar el trayecto corriente abajo, y el número de salteadores encantados de aligerar a los comerciantes de todos sus objetos de valor había convencido a muchos

agricultores para exportar sus naranjas por medio de caravanas, más lentas y mucho menos rentables, pero armadas hasta los dientes. Incluso las naranjas más pequeñas, duras y con las pieles más gruesas que viajaban por tierra en esas caravanas se pudrían mucho antes de llegar a las cortes lejanas, lo que no impedía que los nobles y los sátrapas pagaran fortunas por semejante manjar. De modo que un año sí y otro también se presentaba algún joven granjero que probaba suerte con el río; a veces conseguían llegar hasta Garriston y regresaban cubiertos de riquezas… si lograban evitar a los salteadores de nuevo en el camino de vuelta.

Pero en su mayoría, el negocio al que el mercado fluvial debía su creación se había extinguido hacía tiempo. Los vecinos de la ciudad lo preservaban por pundonor y para su uso particular. Todas las carreteras se habían construido ya alrededor del mercado fluvial, todos sus almacenes estaban rodeados, de modo que conservaban las barcazas y flotaban alrededor del círculo todos los días de mercado según las reglas y un código de conducta que ningún forastero podía aspirar a entender. En medio del mercado fluvial se alzaba un islote, conectado a la orilla septentrional por un puente levadizo.

Cuando el islote se alzó por completo ante sus ojos, Kip vio de dónde procedían los gritos. El puente levadizo se había bajado, y el islote estaba lleno de cientos de animales atrapados por las llamas que estrechaban su cerco. Incluso el puente, combado bajo el peso de docenas de caballos, ovejas, cerdos y un grotesco manto de ratas, humeaba en uno de sus extremos. Con los ojos en blanco a causa del pánico, el caballo de tiro del enladrillador parecía estar a punto de encabritarse, aunque resultaba imposible saber adónde pensaba ir. El islote estaba infestado de bestias, desbordado; se amontonaban flanco con flanco encima de todo el reducido círculo y el puente.

Kip estaba tan absorto en el espectáculo que comenzó a flotar hacia el centro exacto del río, entre los embarcaderos y la isla.

—Maese, hace mucho calor —dijo una voz joven detrás de Kip, sobre su cabeza.

Kip pataleó y se giró. En la margen elevada del círculo del mercado se erguía un muchacho poco mayor que Kip, vestido tan solo con un taparrabo de color rojo. Sus rizos negros y su torso desnudo relucían a causa del sudor. Estaba mirando por encima del hombro, en apariencia a alguien situado a su espalda. Aunque no podía ver a ese hombre, Kip no esperó más. Pensó que quizá habrían oído sus chapoteos, pero el rugido de la conflagración debía de haber ahogado el sonido.

Kip hizo una seña a Sanson y empezó a nadar hacia la pared. Sanson lo siguió. El maestro del joven dijo algo que se perdió en medio del estrépito. Kip y Sanson se pegaron a la pared, con los cuerpos tan apretados contra ella como les era posible, mirando hacia arriba.

—Fíjate en esto —oyeron que decía el hombre. Un ondeante lazo de fuego

apareció sobre sus cabezas y salió disparado hacia delante. Se enroscó alrededor de uno de los postes del puente levadizo. El resto de la cuerda se desvaneció con un fogonazo, pero el lazo perduró, humeante; unos hilillos ígneos escapaban de la madera mientras las astillas se ennegrecían y crepitaban, retorciéndose.

Sobrevino a Kip una mezcla de horror y fascinación. En todos los años que llevaba ayudando a maese Danavis, el veterano trazador jamás había hecho nada parecido.

—Ahora prueba tú —dijo el hombre.

Por un momento, no ocurrió nada. Kip miró a Sanson de reojo. Ambos estaban pegados a la pared, con los brazos extendidos en cruz para asirse con firmeza a la piedra y no tener que pedalear en el agua. Kip tuvo el repentino presentimiento de que les habían tendido una emboscada. El trazador sabía que estaban allí; tan solo le había dicho eso a su aprendiz para que Kip y Sanson no se movieran del sitio. Estaban dando la vuelta. Debería alejarse nadando ahora mismo, tan deprisa como le fuera posible.

Intentó respirar hondo, reprimir el ataque de pánico. Sanson le devolvió la mirada, preocupado pero sin comprender lo que pasaba por la cabeza de Kip.

De pronto, una rueda de fuego se desplegó sobre sus cabezas. Los animales del puente y la isla comenzaron a chillar con mil voces distintas. La rueda se replegó y restalló, transformándose en un látigo, similar al que el maestro trazador había creado hacía tan solo unos instantes; pero mucho, mucho más grande. ¿Esto era obra del joven?

El látigo salió disparado, pero no contra el poste del puente levadizo. En vez de eso, restalló con violencia al golpear el flanco del caballo de tiro del enladrillador. Enloquecido de miedo y dolor, el viejo bruto cargó hacia delante. Kip oyó al muchacho reírse cuando el animal embistió de frente la barandilla del puente levadizo. La madera crujió y saltó por los aires. Varios cerdos y ovejas de fino vellón cayeron al agua.

El caballo de tiro intentó frenar, consciente de improviso de la caída, pero sus cascos arañaron la madera tan solo por un momento antes de precipitarse de cabeza a las aguas. Las olas que levantó llegaron hasta Kip y Sanson.

—¡¿Qué ha sido eso?! ¿Es eso lo que te he pedido que hagas? —preguntó el maestro trazador.

Kip se apresuró a mirar de los animales del agua al puente. El poste había empezado a arder con fiereza. Cuando el fuego se extendiera por el puente levadizo, los animales enloquecerían, igual que había ocurrido con el caballo. Kip dudaba que la estructura prendiera con facilidad, pero no podría afirmarlo sin sombra de duda.

Si Sanson y él querían salir del mercado fluvial y de la ciudad en llamas, el camino más corto pasaba por cruzar por debajo del puente atestado que tenían delante

y por encima del salto de agua para continuar río abajo. La alternativa sería dar un rodeo siguiendo el contorno del lago circular, expuestos en todo momento a la mirada del trazador y el aprendiz que se erguían sobre sus cabezas. Eligieran la vía que eligiesen, tarde o temprano tendrían que salir al descubierto.

De los animales que se habían caído al agua, el único buen nadador era el enorme caballo. En estos momentos pataleaba hacia el otro lado del mercado fluvial, lejos del muchacho y del fuego. Las ovejas balaban y agitaban las patitas con desesperación. Los cerdos chillaban y se lanzaban mordiscos los unos a los otros.

Encima de los muchachos se oyó el chasquido de un manotazo y un grito de dolor.

—¡Limítate a acatar mis órdenes, Zymun! ¡¿Entendido?!

El trazador siguió desgañitándose, pero Kip dejó de prestar atención. Los trazadores estaban distraídos. Era ahora o nunca. Kip inspiró con rapidez unas cuantas veces seguidas, asintió con la cabeza en dirección a Sanson, que parecía desconcertado, y se impulsó lejos de la pared, nadando hacia el puente levadizo.

13

Gavin trazó una plataforma azul muy fina, apenas visible contra el agua sobre la que flotaba.

—Lo has hecho para ponerme nerviosa, ¿verdad? —preguntó Karris.

Gavin sonrió de oreja a oreja y montó en la trainera. Con una ligera reverencia, le tendió una mano a Karris, que hizo como si no la viera y embarcó de un salto.

Cuando aterrizó, Gavin tiró de la quilla, provocando que la barca se deslizara bajo sus pies. Karris sofocó un gritito, y Gavin la atrapó con un cojín de suave luxina verde que acto seguido se transformó en un asiento. Lo levantó y lo colocó en la parte delantera de la trainera antes de sujetar los equipajes a la embarcación junto a sus pies.

—Gavin, no pienso quedarme sentada mientras tú… —Karris intentó ponerse de pie, y Gavin impulsó la barca hacia delante. Sin nada a lo que agarrarse, Karris se desplomó en la silla con otro gritito. Gavin soltó una carcajada. Karris era una de las mejores guerreras de la Cromería, y aun así chillaba como una niña cuando se sorprendía.

La mujer lo fulminó con la mirada, ofendida y divertida a la vez.

—Pensé que te gustaría que te tratara como a una dama.

—Ya tuviste tu oportunidad —replicó Karris.

La sonrisa de Gavin se hundió entre las olas, como un tesoro naufragado, y se perdió de vista.

Karris adoptó una expresión compungida.

—Gavin, lo…

—No, me lo merecía. Por favor, ve adelante y quédate de pie.

Dieciséis años. Cualquiera diría que ambos lo habrían superado. Y no es que no lo hubieran intentado.

—Gracias —repuso Karris, pero su voz sonaba contrita. Se incorporó con los pies separados y las rodillas algo flexionadas.

Impulsaban la trainera unas hileras de pequeñas espadillas que sobresalían a los costados. Tras generaciones de estudio, los trazadores verdes y azules habían ideado la manera de emplear engranajes, ruedas y cadenas para accionar los remos; cada trazador personalizaba su embarcación conforme a sus características físicas para ser capaz de impulsarla con la combinación de movimientos de brazos y piernas de su elección, y realizaba las modificaciones que considerara necesarias para aumentar su eficacia. Puesto que la embarcación ejercía una fricción mínima sobre el agua, los trazadores más atléticos podían mantener la velocidad de una persona a la carrera durante una hora.

Eso era rápido. Muy rápido. Pero ni por asomo tanto como había prometido

Gavin. Aun así, se inclinó al máximo hacia delante, con el cuerpo suspendido en una red de luxina, accionando los brazos y las piernas. Alargó y estrechó la trainera hasta convertirla en una daga con la que cortar la superficie del agua. Aceleraron al máximo al salir del puerto.

Gavin estaba sudando, pero era una sensación limpia y placentera. El viento le daba en la cara, llevándose cualquier palabra que pudieran haber dicho Karris o él, y sin palabras, solo quedaba su presencia, sus cabellos oscuros ondeando con la brisa marina, las líneas perfiladas de su rostro, la piel resplandeciente a la luz de la mañana, la barbilla erguida, el cuello estirado, disfrutando de la libertad tanto como él.

Karris miraba al frente, por lo que no lo vio trazar las cañas de luxina en el agua. Gavin siempre había pensado que debía existir otra alternativa. Después de todo, los trazadores podían imprimir cualquier velocidad a una bola de fuego, era algo que solo dependía de su voluntad (si arrojaba algo demasiado grande o demasiado deprisa, claro está, podría lastimarse al absorber el retroceso), pero las traineras no se beneficiaban de la voluntad. En vez de eso eran perfectas embarcaciones de remos que aprovechaban la potencia muscular más eficazmente que cualquier otra máquina. Gavin aspiraba a algo más; aspiraba a utilizar la magia igual que las velas utilizaban el viento.

Eso había provocado la destrucción de uno o dos mástiles. Pero se negaba a darse por vencido. Había sido uno de sus siete objetivos cuando aún le quedaban siete años de vida por delante: aprender a viajar más deprisa de lo que nadie creyera posible.

La solución se le había ocurrido a raíz de un recuerdo de su infancia, en el que usaba una caña para disparar semillas contra sus hermanos. El aire, atrapado entre un tapón y las paredes del junco, podía impulsar una semilla con mucha más fuerza que si uno se limitaba a intentar arrojarla con la mano. Tras varios ensayos y errores había metido la caña entera en el agua, abriéndola en ambos extremos para que viajara sumergida por entero. Acopló otro junco en diagonal e introdujo unos émbolos de magia que surcaron el agua y salieron por el extremo opuesto de las cañas.

Soltó los remos y el mecanismo entero se desmontó con apenas un chapoteo; la luxina se disolvió nada más tocar las olas. Acercó las manos a las cañas.

El primer brinco provocó que Karris se tambaleara. Se agachó un poco más para bajar su centro de gravedad y acercó una mano instintivamente a su yatagán… solo que el arma estaba en su petate. La trainera dio un salto adelante. Las primeras sacudidas provocaron que temblara todo mientras Gavin pugnaba por acelerar, con los músculos abultados a causa del esfuerzo. Pero en cuestión de momentos la trainera se estabilizó, y la tensión que agarrotaba los brazos y los hombros de Gavin se alivió en parte. Los émbolos golpeaban el agua con un chup-chup-chup incesante. La trainera modificada, que él denominaba deslizador, apenas si besaba las olas.

Seguía requiriéndose un esfuerzo físico. Gavin estaba arrojando al agua un montón de fuerza, y sus brazos y hombros prácticamente sostenían todo su peso más el de Karris. Pero la magia podía trazarse con todo el cuerpo, por lo que era como cargar con una pesada mochila cuyas correas distribuían el peso a la perfección; el esfuerzo era agotador, pero no aplastante. Aun así, tras todo un año haciendo esto a diario, los hombros y los brazos se le habían desarrollado más que en toda su vida.

Karris se giró. Tenía la mandíbula literalmente desencajada. Contempló fijamente el ingenio, las palas de luxina azul veteada del verde que las dotaba de elasticidad; la luxina viscosa y extraordinariamente flexible allí donde los émbolos se introducían en las cañas para que no se hicieran añicos. Enderezó la espalda despacio, inclinándose a proa, de espaldas a Gavin para no crear otro cortavientos.

Gavin notó que el cuerpo de Karris se estremecía, y comprendió que estaba riendo de placer, aunque el sonido apenas si llegaba a sus oídos. El viento se llevaba también la fragancia de sus cabellos, pero por un momento se imaginó que podía percibirla de nuevo. Reprimió un suspiro de anhelo.

—¡Fíjate! —exclamó. Una isla había aparecido a lo lejos. Gavin se inclinó y el deslizador viró de golpe hacia ella. No había tardado en aprender que la embarcación era capaz de maniobrar mucho más deprisa que él mismo. El verdadero límite lo establecía la velocidad a la que podía cambiar el rumbo sin partirse por la mitad. Se inclinó a la derecha e inmediatamente a la izquierda, trazando bellas eses en la mar en calma. Apuntó los juncos hacia abajo, el deslizador saltó por encima de una de las olas más grandes y se mantuvieron en el aire.

Sobrevolaron la pequeña isla durante más de cien pasos, en silencio salvo por el sonido del viento. Aterrizaron rebotando como una piedra plana y remontaron el vuelo.

La velocidad, el viento y la compañía de Karris consiguieron que Gavin por fin volviera a sentirse libre de nuevo. Pese a lo caluroso del día, el viento era helado, y si bien Karris no se acurrucó contra él, sí permitió que su cuerpo se relajara por completo junto al de Gavin, solazándose en su calidez. Gavin sabía que Karris trazaría subrojo si el frío se volvía insoportable, pero estaba conservando sus fuerzas. No sabía qué la esperaba en Tyrea.

El hecho de que él sí lo supiera, al menos en parte, dulcificaba la espera. Karris leería la carta de la Blanca y descubriría que Gavin había engendrado un hijo cuando estaban prometidos. Aunque ya no profesaba el menor interés en su vida sentimental, esa había sido una de las preguntas que le hizo cuando él puso fin a su relación: ¿Hay otra mujer? No. ¿Alguna vez ha habido otra mujer mientras estábamos prometidos? No, lo juro.

Karris no le perdonaría en esta ocasión. Había tardado años en perdonarle por romper su compromiso y negarse a explicar el motivo. Pero esto… esto era una

traición.

Orholam, cómo la echaba de menos.

Gavin evitó las rutas comerciales y se mantuvo lejos de la orilla. Sobre mediodía, vio nubes al frente. No parecían de tormenta, por lo que supuso que se trataba de la satrapía isleña de Ilyta, tierra de innumerables puertos y aún más piratas. El gobierno central se había desmoronado hacía décadas, y los distintos fragmentos obedecían los dictados del señor pirata que ostentara el poder en ese momento. Muchas de las Siete Satrapías rendían tributo a un señor pirata u otro, enriqueciéndolos y permitiéndoles perpetuar sus atropellos.

Gavin no tenía miedo de ellos, pero tampoco quería que lo vieran. Pese a la indudable ventaja de que los piratas tuvieran otra razón para temer a la Cromería, preferiría mantener su invento en secreto durante tanto tiempo como le fuera posible. Además, solo iba a usar Ilyta como punto de referencia. Valerse de un astrolabio resultaba demasiado aparatoso, y el tiempo que tardaría en calcular su posición podía dedicarlo a deslizarse de un lado a otro hasta encontrarla. Garriston estaba en la desembocadura de un gran río. Era el puerto más activo de Tyrea, aunque eso no quisiera decir nada. Puso rumbo al sur.

Karris le dijo algo, pero no pudo oírla, de modo que aminoró la velocidad del deslizador.

—¿Me dejas probar a mí también? —preguntó la mujer.

—Creía que estabas ahorrando fuerzas.

—No puedes acaparar toda la diversión. —Como estaba detrás de ella, Gavin no podía ver toda su sonrisa, pero atisbó un hoyuelo y una ceja arqueada.

Ensanchó el casco de la trainera para situarse junto a ella y le entregó la caña de estribor. Karris siempre había preferido trazar con la mano derecha.

Al principio les faltaba sincronización, y la embarcación se estremeció y zozobró mientras propulsaban los émbolos desacompasadamente y a distintas velocidades. Gavin la miró de reojo, pero antes de que pudiera decir nada Karris le estrechó la mano derecha con su izquierda. Apretó los dedos para indicarle el ritmo, como acostumbraba a hacer cuando bailaban.

El recuerdo lo golpeó como si la trainera hubiera chocado con un arrecife y lo hubiera lanzado por la borda: Karris con quince años, antes de la guerra, en el baile anual de los Señores de la Lux en lo alto de la Cromería. Llevaba el pelo rubio muy largo y liso, tan suave y brillante como su vestido de seda verde. Sus respectivos padres estaban discutiendo acerca de con cuál de los hermanos Guile debería casarse. Como cabía esperar Gavin, el mayor de los dos y principal candidato a convertirse en el próximo Prisma, era la opción más tentadora. A su progenitor, Andross Guile, la belleza de Karris le traía sin cuidado.

—¿Quieres una mujer bonita? Para eso están las amantes. —Pero aunque no le

importaran las preferencias de los muchachos (las alianzas debían comprarse al menor precio posible, y el matrimonio de su primogénito era la baza más valiosa con la que contaba), Andross Guile era muy consciente de que no todas las familias eran igual de calculadoras. Había padres que rechazaban la idea de entregar la mano de sus hijas a quienes no les inspiraran la menor simpatía.

Andross Guile había ordenado al joven Dazen que sedujera a Karris.

—Una planta más abajo hay una habitación de servicio. Esta es la llave. Veinte minutos después de que te hayas marchado con ella, me inventaré algún pretexto para que su padre y yo continuemos la conversación en privado, e iremos abajo. Espero pillarte con las manos en la masa. Él se sorprenderá, desesperará y enfurecerá. No te extrañes si te propino un guantazo. ¿Qué se le va a hacer? Las pasiones de la juventud, etcétera. ¿Entendido?

Los dos hermanos lo entendían. El señor de la lux Rissum Roble Blanco tenía fama de iracundo. Andross Guile golpearía a Dazen primero y se interpondría entre ambos para que Roble Blanco no intentara matar al muchacho. Pero el quid de la cuestión era que si Karris era descubierta haciendo el amor con Dazen, el padre de la muchacha no tendría elección. A fin de no avergonzar a los Roble Blanco, Karris debería casarse con Dazen lo antes posible. Las familias se convertirían en aliadas, y a Andross Guile aún le quedaría la baza del mayor de sus vástagos.

—Gavin, espero que seas cortés con la chica, pero sin darle ánimos. Si tu hermano decepciona a la familia en este asunto, no te quedará más remedio que casarte con ella.

—Sí, señor.

Entonces comenzó el baile. Gavin había sido el primero en sacar a Karris a la pista, donde ocurrió lo peor que podía pasar. Mientras sostenía su menuda figura contra él, su mano en la de él marcándole el compás, contemplando aquellos ojos verdes como el jade (por aquel entonces Karris presentaba tan solo unas diminutas motas rojas en los iris), Gavin había quedado hechizado. Para cuando Dazen acudió a bailar con ella, Gavin ya estaba enamorado. O encaprichado, al menos.

Llevo traicionando a Karris desde antes incluso de que nos conociéramos.

Karris le apretó la mano con más fuerza de la que venía empleando hasta ahora. Gavin levantó la cabeza. La mujer lo observaba con expresión interrogante. Gavin debía de haberse tensado, y Karris se había dado cuenta. Siempre había sido profundamente física. Quienes gozaban de su cariño recibían sin cesar abrazos, caricias o roces. Bailar era para ella tan natural como caminar. Ya no tocaba a Gavin tan a menudo como antes.

El Prisma restó importancia a su turbación con una sonrisa y sacudió la cabeza. No es nada.

Karris abrió la boca para decir algo, se interrumpió.

—¡Haz los tubos más grandes! —exclamó con una carcajada sutilmente fingida. Su risa sonaba forzada.

De modo que se acordaba del baile, del compás marcado con los apretones de manos. Por supuesto que se acordaba. Pero estaba dispuesta a olvidarlo, y Gavin dio gracias por ello. Ensanchó los juncos tanto como le fue posible, y pronto surcaron las aguas más deprisa de lo que Gavin jamás había conseguido por sí solo. No pensaba enseñarle su próximo truco, pero no podía evitarlo. Sabía que Karris se alegraría inmensamente. ¿Y dónde estaba la gracia en ser un genio si nadie lo apreciaba?

Soltó la mano de Karris. Esta parte era la más peligrosa. A la velocidad a la que viajaban, chocar con algo intencionadamente era una temeridad. Y sin embargo…

—¡Agárrate! —exclamó. Gavin impulsó el puño derecho hacia delante y lanzó una bola de luxina verde frente a ellos, tan lejos como le fue posible. Aterrizó en las olas con un chapoteo. Instantes después, la trainera golpeó la rampa de luxina verde.

Despegaron de inmediato y sobrevolaron las olas a veinte pasos de altura.

Gavin soltó todo el ingenio de cañas y trazó. La luxina de la plataforma lanzó sus petates por los aires mientras más sustancia salía disparada de sus brazos. Estaban cayendo ahora, a quince pasos de las olas, y aunque golpearlas a esta velocidad significaba que rebotarían en vez de hundirse, la caída seguía siendo de veinte pasos. La luxina se desmadejó adoptando todos los colores posibles, intentando solidificarse pese a la huracanada fuerza del viento.

Diez pasos hasta las olas. Cinco. A esta velocidad, golpear el agua sería como estrellarse contra un muro de granito.

En ese momento la luxina concretó su forma, la cual semejaba las alas de un cóndor tanto como Gavin había sido capaz. Las alas capturaron el aire, y Karris y Gavin remontaron el vuelo.

La primera vez que lo había intentado, Gavin probó a sostener un ala en cada mano. Fue entonces cuando comprendió por qué las aves tienen los huesos huecos y pesan tan poco. El ascenso había estado a punto de arrancarle los brazos de cuajo. Había regresado a casa empapado, magullado y furioso, con casi todos los músculos del pecho y los brazos doloridos. En cambio, al crear el cóndor de una sola pieza, había eliminado la necesidad de emplear los músculos. El artefacto volaba merced a la fuerza y la flexibilidad de la luxina, la velocidad y el viento.

Claro que no volaba literalmente. Planeaba. Gavin había intentado usar las cañas, pero sin resultado hasta la fecha. Por ahora, la autonomía del cóndor era limitada.

Karris no se quejaba.

—¡Gavin! —exclamó, con los ojos fuera de sus órbitas—. ¡Por Orholam, Gavin, estamos volando! —Se rió con absoluto abandono. A Gavin siempre le había encantado esa característica suya. La risa de Karris los liberaba a ambos. Se había olvidado del baile. Eso hacía que mereciera la pena.

—Ponte en el centro —dijo. No le hizo falta levantar la voz. Estaban envueltos por completo por el cuerpo del cóndor, donde no soplaba la menor brisa—. Virar no se me da muy bien, y por lo general me limito a inclinarme a un lado o al otro. —En efecto, puesto que pesaba más, ya habían empezado a escorarse hacia su costado. Juntos, se inclinaron hacia el lado de Karris hasta que el cóndor se estabilizó.

—La Blanca no sabe nada de esto, ¿verdad?

—Solo tú. Además…

—Nadie más sería capaz de ejecutar el trazo necesario —concluyó Karris por él.

—Tal vez Galib y Tarkian sean los únicos policromos capaces de controlar todos los colores involucrados en el proceso, y ninguno de ellos es lo bastante rápido. Si consigo facilitar el proceso para los demás trazadores, quizá se lo diga.

—¿Quizá?

—He estado pensando en los usos que se podría dar a algo así. Bélicos, en su mayor parte. Las Siete Satrapías ya conspiran y se enfrentan por los escasos policromos que existen. Esto complicaría mil veces las cosas.

—¿Eso es Garriston? —preguntó de pronto Karris, mirando al noroeste—. ¿Ya?

—La verdadera pregunta es si prefieres que nos estrellemos en tierra firme o en el agua —dijo Gavin.

—¿Estrellarnos?

—Todavía no domino el aterrizaje, y con tanto peso extra…

—¿Perdona?

—¿Qué? Tampoco he probado a volar con un manatí a bordo, es solo que…

—Pues acabas de compararme con una vaca marina. —Comparado con su expresión, el hielo desprendía calor.

—¡No! Es solo que con todo el peso extra… —¿Qué es lo que se supone que hay que hacer cuando uno está en un agujero? Ah—. Ejem. —Carraspeó.

Los hoyuelos de Karris se dibujaron en sus mejillas cuando sonrió de repente.

—Después de todo este tiempo, Gavin, cómo te conozco. —Se rió.

Gavin la imitó con una expresión de complicidad que disimulaba el dolor que sentía por dentro. Y tú para mí sigues siendo una completa desconocida. Tal vez tendrías que haber sido feliz con Dazen.

14

Fue como si transcurrieran años antes de que Kip llegara al poste del puente. Hizo una pausa para volver la vista atrás, hacia los trazadores, mientras Sanson se situaba a su altura. El maestro seguía golpeando a su aprendiz, que se había hecho un ovillo sin cesar de gritar. Era indudable que no los habían visto, pero también estaban girados hacia su posición, y si les daba por levantar la cabeza, el poste del puente no bastaría para ocultar a los dos muchachos.

Kip miró hacia arriba cuando el puente emitió un crujido. El poste opuesto, en el lado de la isla, estaba en llamas; los animales se empujaban intentando alejarse de él, pero el miedo les impedía regresar a la ciudad, que continuaba ardiendo todavía. Eso los llevaba a amontonarse contra la barandilla que se extendía sobre las cabezas de los chicos, y contra el boquete practicado en ella por el caballo, a escasos pasos a su izquierda.

Media docena de ratas cayeron al agua, empujadas por los demás animales. Todas ellas empezaron a nadar en direcciones distintas, inclusive varias que se dirigieron en línea recta hacia los muchachos.

Un pánico visceral atenazó las entrañas de Kip. Era ridículo que una rata lo paralizara cuando dos trazadores no lo habían logrado, pero odiaba las ratas. Las odiaba con toda su alma. Sanson le tiró de la manga para apartarlo de la trayectoria de las alimañas. Kip se impulsó contra el poste, chapoteando torpemente. Se giró para cerciorarse de que no hubiera ninguna rata encaramada a su ropa. Sus ojos se posaron en el aprendiz de trazador, Zymun; el joven tenía la cabeza enterrada entre los brazos mientras su maestro lo aporreaba. Pero entonces Zymun se crispó.

Gritó algo y se puso de pie, y su maestro dejó de castigarlo. Por primera vez Kip pudo observar con detenimiento al muchacho. No debía de ser más de un año mayor que él mismo, tenía el cabello negro y rebelde, los ojos oscuros, y una sonrisa triunfal cincelada en los grandes labios carnosos. Mientras Kip lo contemplaba, la piel de Zymun y su maestro comenzó a teñirse de rojo, en remolinos semejantes a humo inhalado y comprimido hasta inundar todo su ser.

Kip se dio la vuelta y nadó con todas sus fuerzas. Delante de la cascada había una reja metálica para impedir que los botes o los nadadores se cayeran, y un embarcadero y una escalera junto a ella. Sanson ya había llegado a la celosía, más de diez pasos por delante de Kip.

Tras bracear vigorosamente un poco más, Kip volvió la vista atrás. El puente y la maraña de animales le impedían distinguir bien a los dos trazadores, pero mientras observaba, vio cómo el maestro avanzaba corriendo unos pocos pasos. Saltó con los brazos extendidos en cruz y dio una palmada. Una reluciente bola de luxina roja se formó entre sus manos y, cuando estas se tocaron, salió disparada hacia delante. La

fuerza del proyectil lanzó al trazador hacia atrás, pero aun así aterrizó de pie.

La bola se incendió en pleno vuelo, justo antes de penetrar en la masa de animales del puente. Las ovejas, los caballos y los cerdos explotaron en todas direcciones, y el aire se llenó de trozos de carne. Unos alaridos espeluznantes, casi humanos, inundaron el aire. El misil incendiario rompió la barandilla y arrancó un pedazo del centro del propio puente antes de pasar como una exhalación sobre la cabeza de Kip para estrellarse por fin contra la escalera de madera encima del embarcadero. Kip no creía capaz de errar el tiro al trazador, y por un momento pensó que el hombre intentaba dejarlos atrapados.

El puente levadizo crujió, y todos los animales se agolparon a trompicones en el centro combado.

Ahora fue Zymun el que corrió hacia delante. Estampó una mano roja contra la otra, pero esta vez Kip ni siquiera pudo ver la bola de luxina; porque no iba dirigida a él. En un momento Zymun estaba cayendo de espaldas, desequilibrado sin remisión por la fuerza de lo que había lanzado, y al siguiente, una explosión devoró el puente de madera entero.

Un surtidor de llamas, sangre y rodantes restos mutilados se elevó hacia el firmamento. Una enorme sección incendiada del puente voló hacia Kip, girando por los aires y ocupando todo su campo visual. Golpeó el agua a escasos pasos de él con un siseo sobrecogedor.

Cuando Kip abrió los ojos de nuevo, estaba aplastado contra la reja metálica delante del salto de agua, rodeado de restos y astillas de madera, ardiendo aún algunas secciones, hundiéndose lentamente una enorme parte del puente, y de cientos de ratas, algunas carbonizadas, otras heridas, otras tan solo empapadas pero todavía con vida y desesperadas por salir del agua. La explosión no había mandado tan lejos a los animales de mayor tamaño, pero se acercaban corcoveando y pataleando, chapoteando y lanzándose mordiscos unos a otros, enloquecidos de miedo y dolor.

—¡Kip! ¡Pasa por encima! ¡Ya casi lo hemos conseguido! —exclamó Sanson desde el otro lado de la celosía.

—¡No te muevas! —ordenó el mayor de los dos trazadores, cuya piel comenzaba a llenarse de remolinos rojos—. ¡No te muevas o la próxima te dará en la cabeza!

Kip se agarró a la reja, pero en cuanto sus manos la tocaron, sintió que unas uñas diminutas le arañaban las piernas, y a continuación más en la espalda. Se quedó paralizado. Ratas. Una o dos, al principio, después media docena.

Cerró los ojos con fuerza mientras sentía las zarpas encaramarse a su cuello y a lo alto de su cabeza. Al agarrarse a los barrotes, su cuerpo se había convertido en un puente, en la única manera de salir del agua, y las ratas se abalanzaron en tropel sobre él.

En cuestión de momentos, la media docena de ratas se había convertido en

cientos.

A Kip se le agarrotaron los músculos. No podía moverse. No podía pensar. No podía respirar. Ni siquiera se atrevía a abrir los ojos. Tenía ratas en el pelo. Una de ellas se había caído por el cuello de su camisa y estaba arañándole el pecho. Había más trepando por sus brazos.

—¡Muévete, Kip! ¡Muévete o morirás! —gritó Sanson.

De repente, Kip se sintió desligado de su cuerpo. Estaba a punto de ahogarse, la ciudad ardía, casi todas las personas que conocía habían muerto, dos trazadores intentaban asesinarlo, y a él le preocupaban las ratas. Mientras él se quedaba pasmado en el sitio, los trazadores se disponían a asestarle el golpe de gracia, y él estaba paralizado de miedo. Era ridículo. Patético.

Abrió los ojos de pronto al sentir unos dedos que se cerraban sobre él. Sanson. El muchacho había vuelto a escalar la reja e intentaba ahuyentar a las ratas para ayudar a Kip a pasar al otro lado. Kip se sacudió como un perro, lanzando por los aires a una docena de alimañas, pero aún quedaban muchas más. Aterrado, comenzó a trepar por la celosía.

Pasó una pierna por encima de los barrotes, pero no consiguió encaramarse. Pesaba demasiado. Una rata se coló por la pernera abierta y empezó a corretear por la piel desnuda.

Gritando a causa del esfuerzo, Sanson agarró las ropas de Kip con las dos manos. Kip tiró una vez más y sintió que su cuerpo se elevaba, se elevaba… y por fin rodaba por encima de lo alto de la reja. Se hundió en el agua al otro lado.

La corriente comenzó a arrastrarlo de inmediato. Cuando salió a la superficie, Sanson estaba gritando algo, pero Kip ni siquiera podía distinguir sus palabras. Metió la mano dentro de los pantalones, atrapó a la escurridiza alimaña y la arrojó lejos de él.

En ese momento llegó al salto de agua. Una serie de cornisas escalonadas discurrían perpendiculares a la cascada, y los bravucones de la ciudad las empleaban para correr por ellas e impulsarse hasta el otro lado de la caída. Era demasiado tarde para que Kip intentara algo así. Había secciones en las que el agua era menos profunda. Kip se giró, desesperado, y se le engancharon los pies en una roca sumergida. La fuerza de la corriente lo empujaba hacia delante, y se agazapó en la piedra, recogiendo los pies debajo del cuerpo, haciendo aspavientos con los brazos para recuperar el equilibrio. El pozo que había al pie de la cascada tenía profundidad de sobra, pero si no saltaba lo bastante lejos, chocaría con las rocas en el descenso.

Se impulsó con tanta fuerza como pudo. Para su sorpresa, avanzó en la dirección deseada. Por un momento lo embargó una sensación de libertad absoluta. Paz. El rugido de la cascada ahogaba todos los demás sonidos, cualquier pensamiento. Era una belleza. De alguna manera, Sanson y él se habían pasado toda la noche flotando

en el río, y ahora el sol despuntaba sobre el horizonte, reduciendo la negrura nocturna a un azul oscuro, un azul glacial, rosas y naranjas que iluminaban las nubes como halos.

Kip se percató entonces de la velocidad a la que caía. Su cuerpo se precipitaba en diagonal a las aguas que volaban raudas a su encuentro. Tras observar a los muchachos más intrépidos, sabía que debía caer con los pies por delante o de cabeza, con los brazos extendidos, si no quería resultar malherido.

De ninguna manera pensaba zambullirse de cabeza, de modo que arqueó la espalda y agitó los brazos como ruedas de molino.

Fuera lo que fuese que acababa de hacer, debía de ser justo lo contrario de lo que debía, o puede que ya hubiera empezado a girarse hacia delante, porque se encontró tendido en paralelo al agua. Iba a pegarse el panzazo más colosal de la historia. Y desde esa altura era probable que se matara.

No solo eso, sino que se dio cuenta de que caía rodeado de agua; todos los saltadores que había visto se precipitaban lejos de ella. El agua siempre rebotaba en alguna roca a lo largo de su descenso.

Ni siquiera le dio tiempo a pensar en una maldición antes de que una roca le golpease el pie con violencia. Estiró los brazos…

… mientras entraba en el agua de cabeza, sintiéndose como si alguien acabara de partirle un tablón en la coronilla. Como si alguien acabara de descoyuntarle los brazos. Y se le había olvidado coger aliento antes del impacto. Kip abrió los ojos bajo el agua a tiempo de ver que algo de gran tamaño trazaba una impresionante estela de burbujas junto a él. ¡Sanson!

Sanson había caído de pie, pero al golpear el agua había rodado hasta quedar bocabajo. Por un momento se quedó aturdido, inmóvil, y cuando abrió los ojos estaba de espaldas a Kip. Evidentemente desorientado a causa de la caída, Sanson empezó a nadar hacia abajo. Kip le agarró un pie para llamarle la atención.

Pero Sanson se asustó. Pataleó y le estampó un pie en toda la nariz a Kip, que gritó y vio cómo el poco aire que le quedaba escapaba de golpe en dirección a la superficie.

Sanson se giró, vio a Kip, reparó en la dirección que seguían las burbujas, primero, y después en la sangre que se propagaba por las aguas oscuras. Agarró a Kip, y los muchachos nadaron juntos hacia la superficie.

Kip llegó a duras penas. Jadeó sin aliento, inhalando agua y sangre en el proceso antes de escupirlo todo en un ataque de tos. Volvió a toser y le sobrevino una arcada. Sanson le tiró del brazo.

—¡Kip, ayúdame! Tenemos que alcanzar la orilla antes de que lleguen los rápidos.

Eso terminó de despertar a Kip. A cincuenta pasos del profundo remanso que se

extendía al pie de la cascada había un tramo de aguas embravecidas, tan empinado que a todos los efectos constituía otro salto. Y la corriente comenzaba a acelerar ya. Con el pie dolorido, la cabeza embotada y la nariz ensangrentada, Kip imitó a Sanson y empezó a nadar.

Llegaron a la orilla con diez pasos de margen. Los muchachos se arrastraron hasta la ribera cubierta de hierba, desfallecidos, e inspeccionaron los daños que habían recibido. Sanson, ileso, adoptó una expresión compungida.

—Lo siento, Kip. Lo de tu nariz y todo lo demás, quiero decir. Nunca me ha gustado nadar. Siempre he pensado que hay cosas al acecho en las profundidades, esperando a atraparme.

Kip se pellizcó la nariz para contener la hemorragia y miró a su amigo.

—Be haj jalvado la vida —dijo—. Di hiquiega be haj goto la naguij. —A Kip le preocupaba más el pie que se había golpeado en la caída. Se desató los cordones con una mano y se quitó el zapato y el calcetín de sendos tirones. Tenía el pie dolorido y presentaba varios rasguños de consideración en el empeine, pero cuando se lo frotó no le pareció que hubiera ningún hueso roto. Empezó a ponerse de nuevo el calcetín mojado, tarea complicada sin dejar de pellizcarse la nariz con la otra mano.

—No me puedo creer que hayamos… —comenzó Sanson.

—¿Escapado? —preguntó Kip. Había renunciado a atarse los cordones con una sola mano y estaba sorbiendo con fuerza por la nariz en un intento por impedir que siguiera sangrando. Antes de terminar de hacer el nudo, sin embargo, comprendió por qué se había interrumpido Sanson. Estaban envueltos en un implacable resplandor rojo.

Kip levantó la cabeza y vio una bengala roja que flotaba en el cielo sobre sus cabezas, marcando su posición para el resto del ejército del rey, que no debía de andar lejos. El rastro de humo de la bengala conducía a lo alto de la cascada, desde donde los observaban los dos trazadores.

Kip y Sanson les habían dado esquinazo. Ahora debían hacer lo mismo con todo un ejército.

Kip se levantó de un salto, sin dejar de aspirar con fuerza por la nariz. Temía empezar a hiperventilar de un momento a otro. Fue entonces cuando reparó en el jinete que descendía por la cresta que zigzagueaba desde la cascada hasta la granja de los Sendina. Su nariz ensangrentada cayó inmediatamente en el olvido. El jinete tendría que dar un buen rodeo, pero iba a caballo. Kip y Sanson aún debían cruzar el camino que discurría paralelo a los rápidos y llegar a la granja antes que el jinete.

Kip vio que otros tres jinetes se sumaban al primero. Y después otro, y otro más.

Sanson y él empezaron a correr.

La cascada levantaba grandes nubes de bruma, de día y de noche, y el sol llegaba al valle horas después que al resto de la zona. Cuando se apagó la bengala, Kip perdió

de vista al jinete y el sendero.

Se detuvo, aterrado. Unas plantas de grandes hojas, humedecidas por la bruma, oscurecían ambos lados del diminuto sendero. Si ponía un pie en ellas, se precipitaría rodando por la ladera rocosa hasta el río. En los rápidos, moriría aplastado contra las piedras.

Necesitaba ver. Intentó fijarse en su entorno con el rabillo del ojo, como le había enseñado maese Danavis. La parte de los ojos que se concentraba en las cosas era la más adecuada para percibir los colores, pero la periferia de la visión discriminaba mejor entre la luz y la oscuridad.

—¡En marcha! —exclamó Sanson.

Kip miró por encima del hombro. Parecía que Sanson tuviera la cara encendida. Kip dio un paso atrás y se tambaleó al afilado borde del sendero. Allí donde la piel de Sanson estaba expuesta, parecía caliente. Kip podía ver incluso el vapor que se elevaba de sus brazos en pequeños remolinos anaranjados.

—¿Qué te pasa en los ojos? —preguntó Sanson—. Da igual. ¡En marcha, Kip!

De nuevo, Sanson tenía razón. Daba igual lo que Kip estuviera viendo, o cómo. Se giró y reanudó la marcha. De alguna manera, lo asombroso de la experiencia eclipsó el temor que lo atenazaba. Las plantas eran como antorchas que iluminaban su camino, perfilando con delicadeza el sendero que discurría entre ellas.

Con una mano sosteniendo aún los pesados pantalones empapados de agua, Kip empezó a correr tan deprisa como le era posible, sin arredrarse ante las rocas resbaladizas, lo angosto del camino y la muerte emboscada a su lado.

Había cuerpos en el río, atrapados en los rápidos. Orholam misericordioso, la granja de los Sendina estaba sembrada de cadáveres, pequeños promontorios casi tan fríos como el suelo sobre el que yacían. Las ruinas humeantes de los edificios centellaban abrasadoras en la visión de Kip. Lo más importante para Sanson y él, vio una batea de fondo plano amarrada en el embarcadero de los Sendina. Los muchachos llegaron al final del sendero sin aminorar el paso. Doblaron una esquina y, al sol del amanecer, se tropezaron con treinta Hombres Espejo a caballo que los aguardaban en formación de combate.

—Queríamos capturarte con vida —anunció el trazador rojo. Su piel era carmesí, y la furia teñía su voz—. Un trazador con tu potencial no se encuentra todos los días. Pero has acabado con la vida de dos hombres del rey Garadul, y por eso debes morir.

15

—No iremos a estrellarnos de verdad —dijo Karris mientras Gavin los transportaba sobre el desierto salpicado de matorrales.

—Oh, ya veo. Cuando vuelo, volamos los dos, pero cuando nos estrellamos, me estrello yo solo.

Gavin ladeó el cóndor a la derecha para que no los divisaran desde Garriston. Seguía cabiendo la posibilidad de que los advirtiera algún campesino o algún pescador, pero ¿quién creería a un tipo solitario que afirmara haber visto un gigantesco hombre-ave volando? Si se expusieran ante una ciudad entera, sería otro cantar. Garriston, pese a tratarse del puerto más importante de Tyrea, no era gran cosa. La bahía estaba despoblada de peces, la tierra era árida e inadecuada para el cultivo, el gobernador ruthgari era un corrupto, y sus hombres, aún peores.

No siempre había sido así. Antes de la Guerra del Falso Prisma existía un vasto sistema de canales de irrigación que habían convertido este páramo en un vergel, con dos y hasta tres cosechas anuales. Existían esclusas por las que salían embarcaciones que abastecían pequeñas ciudades de un extremo a otro del río Umbro. Pero los canales y las esclusas requerían trazadores y mantenimiento. Con la falta de ambos, la tierra se había marchitado, castigada por los pecados de sus difuntos.

—Gavin, hablo en serio. ¿Nos vamos a estrellar de verdad?

—Confía en mí.

Karris abrió la boca, pero la volvió a cerrar. Gavin adivinó lo que se había callado: Porque la última vez me fue tan bien, ¿verdad?

—¿Llevas algo frágil en el petate?

—¿Cómo de malo va a ser? —preguntó a su vez Karris, cuyo tono dejaba entrever que estaba realmente preocupada.

—Perdona. Debería haber aguardado hasta estar más cerca del suelo.

—Espera, ¿qué es eso?

Gavin dirigió la mirada hacia el oeste, siguiendo la de Karris, pero no vio qué era lo que le había llamado la atención. Garriston estaba rodeada de llanuras y campos de labranza baldíos, pero hacia el oeste el terreno pronto daba paso a unas montañas altas, escarpadas e intransitables que lindaban casi con la misma orilla del mar. El río Umbro se encontraba justo detrás de ellas. Si discurriera en línea recta, a través de las montañas, solo mediría diez leguas de longitud. En cambio, debía desviarse hacia el este, a Garriston, separado del océano por una muralla montañosa, y se extendía a lo largo de unas ciento cincuenta leguas desde su nacimiento hasta la desembocadura.

—Ahí —dijo Karris, apuntando con el dedo—. Humo.

Gavin no estaba seguro de que el hilillo negro fuera algo más que fruto de la imaginación de Karris, y ahora también de la suya. En cualquier caso, estaba detrás

de las montañas, de modo que era irrelevante. Había abierto la boca para decirle eso a Karris cuando el cóndor sobrevoló una de las estribaciones. Una potente corriente ascendente los atrapó y los elevó aún más por los aires.

Gavin se quedó sin aliento. Solo había experimentado con el cóndor encima del agua. Ni siquiera se le había ocurrido cómo afectaría al aire el terreno que sobrevolaba. Ahora que lo había experimentado, tenía sentido. ¿Por qué si no describían sus círculos las aves de presa tan a menudo en los mismos lugares? Gavin siempre había asumido que serían buenos terrenos de caza. Ahora comprendía el verdadero motivo. Las corrientes ascendentes de aire.

—¿Podemos cruzar las montañas? —preguntó Karris.

Desde su nueva posición (Gavin miró abajo, tragó saliva e inmediatamente volvió a concentrarse en el horizonte) estaba seguro de que lo que habían visto era humo. Y para que resultara visible a tanta distancia, solo podía ser una de dos cosas.

Que sea un incendio forestal. Por favor, Orholam.

—Podemos. Pero si lo hacemos, no te reunirás con el hombre que debía darte la bienvenida al ejército del rey Garadul. Y si no es en el mar, no sé cómo conseguir que despegue el cóndor. Tendré que flotar río abajo hasta la desembocadura.

—Gavin, cuando veo tanto humo, pienso en engendros rojos. Una Antorcha podría reducir a cenizas una ciudad entera. ¿No ibas a detener a un engendro de los colores cerca de Ru? Estas gentes no valen menos que las de Ru. Puestos a ello, en Ru hay multitud de trazadores que podrían combatir juntos al engendro azul. Estas personas no tienen a nadie.

Gavin estaba comparando mentalmente el terreno que se extendía a sus pies con los mapas de Tyrea que conocía. Le sorprendió lo fácil que era, puesto que pocas personas gozaban de una perspectiva como esta, tan parecida a aquella con la que estaban dibujados la mayoría de los mapas. Miró en dirección a las montañas, contempló el remedo de paso que las atravesaba y la posición de la columna de humo. Lo asaltó un presentimiento, algo más poderoso que la mera intuición. No estaba aquí por accidente. No era ninguna casualidad que estuviera planeando en el lugar exacto desde el que podía verse ese fuego, ni que Karris lo acompañara. No se trataba de ningún incendio forestal. Y tampoco de ningún engendro rojo.

El fuego surgía de Rekton. Había sido una ciudad bonita antes de la guerra. Era la ciudad en la que vivía su «hijo». Gavin estaba seguro de ello, aunque estaban tan lejos que resultaba imposible alimentar ninguna certeza. Si Orholam existiera realmente, este sería el tipo de castigo que idearía para Gavin. O de prueba.

Fuera lo que fuese, debía elegir.

Cinco años por delante, y otros tantos grandes objetivos que cumplir. Y uno de ellos se podría calificar de desinteresado: liberar Garriston, que había sido arrasada a causa de él. Que padecía aún las consecuencias, por su culpa.

Si Gavin acudía a Rekton tendría que enfrentarse a la loca de Lina. Tendría que enfrentarse a su hijo Kip y decirle que él no era su progenitor. Lo siento, sigues siendo huérfano de padre. No sé de qué habla la zorra embustera de tu madre.

Eso sería digno de verse. También estarían cerca del ejército de Rask Garadul, por lo que Karris podría abrir sus órdenes, y las cosas se complicarían muy deprisa.

Lo único que debía decir era: «Tengo mis órdenes». Karris lo comprendería. Siempre había sido disciplinada. Hasta el extremo.

Pero tú no eres Karris. Esta no es su prueba.

Abrió la boca para decirlo, y el sabor de la cobardía le inundó la boca. No logró obligarse a empujar las palabras más allá de sus dientes apretados.

—Echemos un vistazo —dijo Gavin. Inclinó el cóndor y vio que se había decidido justo a tiempo. Atravesar la brecha entre las montañas sería una proeza.

Karris le apretó la mano con ojos rutilantes, aquellos ojos de jade verde salpicados de diamantes rojos. Por algún motivo, su júbilo le impactó más hondamente que cualquier posible desilusión. Aquel júbilo era un recordatorio de los dieciséis años de alegría que debería haberle proporcionado, alegría perdida. Con un nudo en la garganta, Gavin apartó la mirada.

Las montañas se cernían sobre ellos, y Gavin reparó por primera vez en la velocidad a la que viajaban. Aquí no había ninguna posibilidad de amerizar. Si las corrientes ascendentes que esperaba no los atrapaban enseguida, Karris y él dejarían una enorme mancha carmesí en la cara de estas montañas.

Orholam, si no sopla el viento, tampoco puede haber ninguna corriente ascendente, ¿verdad?

Se disponía a trazar un cojín rojo (aunque sin hacerse muchas ilusiones, sabedor de que no importaba el tamaño que le diera, sería insuficiente a la velocidad a la que volaban) cuando la corriente los atrapó. Fueron propulsados a gran velocidad hacia el cielo, forzadas al límite las alas del cóndor.

Karris profirió un alarido exultante.

La fuerza era increíble. Resultaba difícil estimar cuán rápido estaban elevándose, pero Gavin acortó las alas del cóndor para reducir la tensión y porque Rekton no estaba tan lejos como para que necesitaran tanta altura. Cuanto más subieran, más visibles serían. Pero eso le dio que pensar. Con toda la altura que podían proporcionarle las montañas, la autonomía del cóndor era inmensamente mayor de lo que creía.

Reflexionaría al respecto en otra ocasión. En estos momentos el problema era mantenerse bajo para que no los viera toda Tyrea, y perder una parte de la tremenda velocidad que habían acumulado. Trazó una boneta con la misma luxina azul que había empleado para amortiguar su caída cuando saltó de la Cromería. Se abrió al instante con un chasquido, impulsándolos hacia delante, y se desgarró casi igual de

rápido.

Cuando recuperaron el equilibrio, Gavin lo intentó de nuevo. Verde esta vez, y mucho más pequeña. Selló la boneta a la luxina del cóndor para que no se hiciera jirones. Dio resultado, en parte. Aminoraron un poco. Ahora descendían a una velocidad casi ridícula. Gavin pugnó por expandir otra vez la envergadura de las alas.

—¿Qué puedo hacer? —exclamó Karris.

Gavin masculló una maldición. Apenas si había empezado a experimentar con el cambio de las alas del cóndor. En todos sus ensayos se había limitado a escorarse a uno u otro lado y prepararse antes de golpear el suelo o el agua. Gruñendo a causa del esfuerzo, levantó el borde frontal de las alas hacia el firmamento. Había que apuntar hacia arriba para subir, ¿no?

Era la maniobra menos indicada. Se inclinaron de repente hacia abajo. Para cuando equilibró las alas, estaban cayendo en picado. Peor aún, lo inopinado de la caída había provocado que sus pies ni siquiera tocaran el suelo. Carecía de apoyo contra el que empujar para seguir manipulando las alas. Volcó luxina contra el techo a fin de impulsar su cuerpo hacia abajo y empezó a afianzar los pies en el suelo, pero los eucaliptos se abalanzaban ya sobre ellos. Había reaccionado demasiado tarde.

Chocó contra el suelo de repente. El cóndor se hundió bajo las copas de los árboles, en una pradera, y comenzó a remontar el vuelo. No iba a conseguirlo.

Gavin hundió los dedos en la luxina mientras el cóndor arrollaba las ramas. La luxina azul crujió y se habría desmenuzado si él no estuviera sosteniéndola. Durante otro instante no pudo ver nada mientras se precipitaban a gran velocidad entre los árboles antes de ganar altura de nuevo. Cada vez más arriba, en un ángulo cada vez más cerrado.

Por fin miró a Karris, cuya piel se había convertido en un campo de batalla verde y rojo. Tenía las manos engarfiadas en el techo y las líneas de luxina se extendían desde sus manos hasta la parte posterior del cóndor. Había asumido el control de la cola, que relucía verde, doblada. Había salvado sus vidas, pero tenía los ojos cerrados a causa del esfuerzo, tensos los músculos mientras sostenía la cola frente a la fuerza del viento.

—¡Karris, estabilízala! —exclamó Gavin.

—¡Eso intento!

—Ya has ido demasiado…

En ese momento se pusieron cabeza abajo, volando en la dirección opuesta. La camisa de Gavin cayó sobre su cara, y cuando la apartó de en medio se habían estabilizado… cabeza abajo.

—¡No la estabilices ahora!

—¡A ver si te aclaras! —repuso Karris, erguida sobre las manos apoyadas en el techo. Gavin la ayudó a afianzarse de nuevo y, juntos, giraron las alas y la cola otra

vez. Se vieron aplastados contra el suelo cuando la enorme ave de luxina recuperó la estabilidad una vez más, a tan solo veinte pasos de las copas de los árboles.

Gavin respiró aliviado por primera vez en lo que parecían horas. Comprobó el estado del cóndor. No encontró ningún desperfecto.

—¿Nos habrán visto? —preguntó Karris.

—¿Qué? ¿Quién? —¿Cómo era capaz de estar pendiente de tantas cosas al mismo tiempo?

—Esos —respondió Karris, inclinando la cabeza hacia abajo.

Gavin miró en dirección a Rekton. Se encontraban ya a escasas leguas de la ciudad, la cual, efectivamente, había ardido. Hasta los cimientos. Eso significaba o bien un engendro rojo asombrosamente poderoso, o bien algo completamente distinto.

Ese algo completamente distinto era lo que estaban contemplando. Había un pequeño ejército acampado alrededor de la ciudad. Solo podía tratarse de los hombres de Garadul.

Orholam misericordioso.

—No —dijo Gavin—. Tendrían que mirar al sol casi de frente para vernos.

—Ja. Hemos tenido suerte, supongo.

—¿A esto lo llamas tú suerte?

—¿Qué es eso? —lo interrumpió Karris.

Debajo de la ciudad, después de que las cascadas se convirtieran en rápidos y la furia del río Umbro se enfriara por fin, había un grupo de hogares. Casi una aldea, aunque todos los edificios humeaban. También había un trazador verde, con la piel rebosante de poder, enfrentado a varios de los Hombres Espejo del rey Garadul.

—¡Es un niño! —exclamó Karris—. ¡Dos! Gavin, tenemos que rescatarlos.

—Bajaré tanto como me sea posible. Rueda con el impacto. —Se estabilizaron diez pasos por encima de una llanura de rocas, matojos y arbustos rodantes. Gavin proyectó una pequeña boneta para frenar el cóndor de nuevo. Se abrió con un chasquido, pero esta vez ambos estaban preparados para el retroceso y se sujetaron con firmeza. Gavin proyectó otra, y otra más. Aminoraron más deprisa de lo que esperaba. El cóndor apuntó el morro hacia el suelo.

Gavin extendió las manos a los lados, reduciendo el cóndor a añicos. Mientras caían, envolvió a Karris y a él mismo en un gigantesco cojín de luxina naranja, ribeteada por una funda de verde segmentada y flexible, con el núcleo de amarillo superendurecido.

Golpearon el suelo; la luxina naranja y verde los frenó antes de explotar a causa de la fuerza del aterrizaje. La luxina amarilla formó una pelota apretada alrededor de cada uno de ellos. Gavin se estrelló en unos arbustos, rebotando y rodando media docena de veces antes de que la luxina amarilla se resquebrajara y lo lanzara sin

miramientos al suelo. Agitó los dedos de las manos y los pies. Funcionaban todos. Se incorporó de un salto.

—¿Karris?

Le respondió un alarido que no auguraba nada bueno. Emprendió la carrera.

Karris se levantó ágilmente a veinte pasos de distancia. Tenía el pelo alborotado, pero Gavin no vio ninguna herida aparente. Se situó a su lado.

—¿Qué sucede? —preguntó.

Karris miró abajo de reojo. Había una serpiente de cascabel a sus pies, tan larga como los brazos extendidos de Gavin. Una daga inmovilizaba su cabeza contra el suelo. La daga de Karris.

Mientras Gavin se quedaba paralizado, boquiabierto, Karris apoyó un pie detrás de la cabeza de la serpiente y desclavó la daga; con la mano, por el amor de Orholam, sin ayuda de trazos. A veces Gavin olvidaba lo dura que era Karris. La mujer limpió la sangre con un pañuelo negro que los Guardias Negros llevaban encima a tal efecto; el negro no revelaba manchas de sangre difíciles de explicar. Sufrió un ligero estremecimiento mientras guardaba el pañuelo, pero Gavin sabía que no era fruto del miedo ni de los nervios. El cuerpo necesitaba tiempo para tranquilizarse tras la descarga de adrenalina desencadenada por la proximidad de la muerte.

Karris no le recriminó que hubiera estado a punto de matarla. Agarró el petate y la funda del arco, se ciñó el cinturón del yatagán al talle esbelto, comprobó que ni la hoja ni la vaina hubieran sufrido desperfectos durante la caída, y se colgó la bolsa a la espalda. Era como si la inesperada violencia le hubiera recordado quién era; y lo que no eran. De nuevo en el suelo, de vuelta a la realidad.

—Lo siento —dijo Gavin—. Debería haber elegido el mar.

—Si hubiéramos caído allí, podríamos haber encontrado tiburones. —Karris se encogió de hombros—. Y ahora estaría empapada. —Esbozó una sonrisa que no se extendió a su mirada. Gavin no iba a acceder a ella ahora. Había trabajo pendiente; y su trabajo era peligroso, un trabajo que podía conducir a la guerra, un trabajo que podía exigirle matar o morir. Debía aislarse implacablemente de cualquier posible distracción.

—Karris —dijo Gavin—. Lo que pone en esa nota… no es verdad. No espero que lo entiendas, o que me creas incluso, pero te juro que no es verdad.

La mujer lo observó con dureza, inescrutable. Conservaba los iris verdes como el jade, pero ahora las motas rojas llameaban como estrellas con forma de diamante. De una forma u otra, por medios mágicos o mundanos, ya fuera mediante la luxina o las lágrimas, Gavin sabía que esos ojos pronto serían rojos por completo.

—Rescatemos a los niños —sentenció Karris.

Empezó a correr y Gavin la siguió. Descendieron zigzagueando por una ladera dominada por los eucaliptos, cuyos jirones de corteza cubrían el suelo, abofeteados

por la maleza. El objetivo de Karris era el más flacucho de los jóvenes, confiando en Gavin para salvar al que se enfrentaba al trazador rojo.

Pero daba igual. Ninguno de los dos iba a llegar a tiempo.

16

Era demasiado tarde para huir en dirección a la batea, o hacia Sanson, incluso. Una certeza glacial se apoderó de Kip: iba a morir. Le sorprendió su reacción. Ni pánico. Ni temor. Tan solo una furia contenida. Treinta Hombres Espejo de élite armados hasta los dientes contra un chiquillo. Un trazador rojo experto contra un crío que había trazado ayer por primera vez.

—Cuando te avise, sal corriendo —le dijo Kip a Sanson.

Con el rabillo del ojo percibió un resplandor sobre los árboles a su izquierda, a varios cientos de pasos, pero cuando miró no vio nada. Sin embargo, los Hombres Espejo habían empezado a cruzar las miradas, como si también ellos hubieran detectado el mismo destello.

—Ahora, Sanson. Corre. —Kip no apartó la mirada del trazador.

Sanson emprendió la huida.

Los Hombres Espejo titubearon hasta que el trazador rojo hizo un gesto, una rápida señal, con eficiencia militar. Dos Hombres Espejo, uno a cada lado de la formación, se separaron y rodearon a Kip, clavando los tacones con fuerza en los ijares de sus caballos. El trazador rojo se adelantó en solitario.

Hasta ese momento, todo lo que había hecho Kip con la magia había sido instintivo. Ahora necesitaba hacer algo a propósito. Lo bañaba la luz. Estaba rodeado de verde. Los dos Hombres Espejo que lo rodeaban no lo perdían de vista, pero su objetivo era Sanson. La furia se apoderó nuevamente de Kip, que sintió cómo la piel bajo sus uñas volvía a desgarrarse mientras la luxina afluía a la palma de su mano, en la que se formó una jabalina. La arrojó contra el Hombre Espejo que estaba más cerca de Sanson, pero el lanzamiento fue patético. El arma voló unos quince pasos, menos de la mitad de la distancia necesaria.

El trazador rojo se rió. Kip hizo caso omiso de sus burlas.

Kip había visto cómo el otro trazador rojo y su aprendiz, Zymun, lanzaban bolas de fuego sin tomar impulso. Habían sido empujados hacia atrás por proyectar algo con tanta fuerza, pero no lo habían arrojado solo físicamente. Kip se imaginó que la magia emanaba de él como había hecho la de los rojos. El aire frente a él se condensó, chisporroteó, verdes relucientes, desde la espuma marina a la menta y las hojas imperecederas, adoptando el perfil de una punta de lanza.

Con una explosión de energía, salió disparada. Kip sintió como si acabara de disparar un mosquete sobrecargado. Se cayó al suelo. Peor aún, erró el tiro. La lanza verde cortó el aire detrás del Hombre Espejo que se alejaba al galope. Se estrelló contra una de las pocas paredes que quedaban en pie en uno de los hogares incendiados. La pared se derrumbó entre remolinos de cenizas.

Kip volvió a ponerse en pie, tambaleante, pero mientras el aire empezaba a

chisporrotear verde ante él, detectó algo rojo con el rabillo del ojo. Se giró hacia el trazador rojo, demasiado tarde. Algo abrasador le traspasó las manos, dispersando la luxina verde que había logrado reunir, quemándole la piel.

El trazador rojo había desmontado y avanzaba ahora hacia él, caminando plácidamente, con las manos envueltas de nuevo en espirales rojas. Kip levantó las manos, igual que había hecho cientos de veces cuando Ram amenazaba con golpearlo. En esta ocasión se formó un escudo verde, traslúcido, que lo cubrió de la cabeza a los pies, apoyado su peso en el suelo.

El trazador rojo apuntó con un dedo hacia delante. Una chispa salió disparada, dejando una larga estela roja. Se adhirió al escudo de Kip, llameando con delicadeza, extendida su cola hasta el trazador. Kip sucumbió al pánico y, cargando con el escudo tan solo porque estaba pegado a sus brazos, fintó a un lado. Un proyectil rojo mucho más grande brotó con un rugido del trazador rojo. Siguió la cola hasta la chispa, curvándose en pleno vuelo a lo largo de esa línea.

Kip fue levantado del suelo y voló una docena de pies hacia atrás. Sintió que el escudo verde se resquebrajaba con un crujido, como el que podrían haber emitido sus propios huesos al romperse.

Se levantó del suelo a tiempo de ver cómo uno de los Hombres Espejo que perseguía a Sanson levantaba su largo sable curvado y proyectaba un tajo sin aflojar el paso. Kip no podía ver a Sanson, pero los Hombres Espejo tiraron de las riendas; el segundo jinete dio la vuelta a su lanza y la empujó hacia abajo con fuerza, una vez, dos, con movimientos fríos y profesionales.

Ambos Hombres Espejo adoptaron la pose relajada de quien ha completado su tarea, y Kip supo que Sanson había muerto.

Se dio la vuelta. El trazador rojo se erguía sobre él. Kip experimentó una ligera sorpresa al ver el aspecto tan anodino que ofrecía el hombre. El rostro alargado, los ojos oscuros, el cabello cortado de cualquier manera, los dientes torcidos revelados por su mueca. Se disponía a matar a Kip, pero sin ninguna pasión. Tan solo era un hombre que cumplía órdenes.

Antes de que Kip pudiera reunir la magia una vez más, el trazador le apresó los brazos en una sustancia roja, pegajosa y espesa. Kip no podía moverse.

El trazador elevó los anteojos hacia el sol una vez más mientras la magia le recorría los brazos como espirales de humo, cargándolo de energía para asestar el golpe de gracia. Un denso punto índigo apareció en su oreja, y después en su frente cuando movió la cabeza, como si alguien con una lámpara que emitiera un solitario haz de luz desde algún rincón del bosque estuviese apuntando el rayo hacia…

Sonó un rugido, tan solo durante una fracción de segundo, como si Kip volviera a encontrarse al pie de la cascada. Algo inmenso y amarillo impactó contra el trazador rojo con tanta fuerza y velocidad que fue como si el hombre se desintegrara. Su

cuerpo fue lanzado por los aires, partido por la mitad a causa de la violencia de la colisión. La luxina roja que apresaba a Kip quedó reducida a un montón de polvo.

Kip se incorporó y contempló horrorizado los restos del hombre. El rojo del atuendo del trazador se mezclaba ahora con su sangre, entretejidas la magia y la violencia. Pero de su torso tan solo quedaba un montón de pulpa. Kip desvió la mirada hacia el bosque.

Con el muchacho a salvo por el momento, Gavin corrió hacia los Hombres Espejo. Karris había descendido por la ladera con la intención de salvar al joven que huía en dirección al río, pero había llegado demasiado tarde. Los Hombres Espejo formaron con asombrosa disciplina y velocidad. Ninguno de estos hombres se había tomado la molestia de colocar la barda a su montura. La armadura era pesada y aparatosa, los caballos que cargaban con ella se cansaban antes; era evidente que los Hombres Espejo no esperaban encontrar oposición, y menos la de unos trazadores. Eso significaba que los caballos eran los blancos más vulnerables. Pero a Gavin no le gustaba matar brutos inocentes. ¿Sus dueños? Eso era otro cantar.

Con la mano, dibujó un arco en el aire. El aire crepitó como una sucesión de piedras en una fogata. Salió disparada una docena de esferas azules, cada una de ellas del tamaño de su puño. La armadura especular reflejaba la luz como un espejo, repeliendo y disolviendo en parte aquella luxina que chocaba con ella. Eso constituía un serio inconveniente para el trazador que intentara abatir a un jinete con una espada de luxina, pero solo garantizaba protección, no invulnerabilidad. Los resquebrajadizos orbes de luxina se estrellaron contra la armadura especular y se rompieron, derramando una llameante viscosidad roja que bañó a los Hombres Espejo, cayendo por sus torsos e introduciéndose por los resquicios de sus gorjales y musleras.

La carga se disolvió en medio de las llamas, los alaridos y el siseo de la piel abrasada. Gavin trazó un nuevo arco con la otra mano y disparó otra docena de esferas. Los hombres se tiraban de sus sillas al suelo para rodar por él en un intento por sofocar las llamas. Otros arañaban sus yelmos incandescentes, cociéndose dentro de ellos. Aún había quienes se empeñaban en continuar el asalto, media docena de hombres bajaron sus lanzas… hasta que los alcanzó la segunda tanda de esferas.

Más de una docena de caballos prosiguieron con la carga, no obstante. Aun sin la guía de sus jinetes, estos corceles estaban criados para el combate, y galopaban hacia Gavin.

Gavin se rodeó de cuñas verdes, como una ostra, y se preparó para resistir el impacto. Los caballos lo zarandearon con fuerza al pasar junto a él, pero logró mantenerse en pie.

Ya solo quedaban tres Hombres Espejo ilesos, y los tres se habían apresurado a interrumpir la carga a los extremos de la línea. Estaban tirando de las riendas,

desesperados, mostrando las grupas dispuestos a huir. Cobardes, tal vez. Pero sensatos. Gavin extendió los dedos por turnos hacia cada uno de ellos. La luxina supervioleta era rápida, ligera e invisible para la mayoría. Como arañas, los puntos se adhirieron a los hombres y se deslizaron hasta la junta de la nuca de sus armaduras.

Un instante después, tres misiles puntiagudos de luxina amarilla volaron por las telarañas supervioletas tendidas desde esas arañas hasta Gavin. Con un chasquido seco, traspasaron las cotas de malla hasta alcanzar las columnas vertebrales de los tres jinetes, que se desplomaron sobre la marcha de los caballos al galope.

Con todos los jinetes muertos o moribundos a su alrededor, Gavin miró ladera abajo para ver cómo le iba a Karris contra los dos últimos Hombres Espejo. Uno había caído ya, y a Gavin le sorprendió ver que el otro seguía estando con vida; circunstancia que a buen seguro no tardaría en cambiar.

Hacía cuatrocientos años, cuando se fundó, la Guardia Negra era una compañía ilytiana, elegida tanto por su orgullosa relación con Lucidonius como por sus dotes marciales. Pero cuando Ilyta perdió influencia en el Espectro, la Guardia Negra se vio obligada a renunciar a seleccionar a sus miembros en función de la aptitud demostrada y pasar a justificar su estatus de élite según baremos más pragmáticos: cuando un trazador practicaba su magia, su piel se impregnaba del color que estaba a punto de emplear. En combate, eso suponía que su tez clara volvía predecibles a los trazadores atashianos o bosquesangrientos. Los parianos, de piel más morena, se habían dado por satisfechos con ese pretexto. Desde entonces la Guardia Negra se había compuesto en su mayoría de parianos e ilytianos, con los primeros convirtiéndose gradualmente en mayoría conforme aumentaba su influencia política.

Pero al basar su estatus privilegiado en la excelencia marcial, la Guardia Negra se había visto obligada a aceptar más de una docena de trazadores guerreros de élite procedentes de regiones ajenas a Paria e Ilyta en el transcurso de los dos últimos siglos.

Karris se había unido a ellos porque era imposible decirle que no. Se había enfrentado a todos los miembros de la Guardia Negra y los había derrotado a todos menos a cuatro. Era la trazadora más rápida que Gavin hubiera visto en su vida, sin discusión, y tras su paso por la escuela de adiestramiento de la Guardia Negra, una de las más peligrosas. Pero eso no significaba nada para ella. Al ritmo que se imprimía, Gavin pensaba que tendría suerte si duraba otros diez años. O cinco, siquiera. Era como si le estuviese echando una carrera hasta las puertas de la muerte. Pero no sería hoy cuando sucumbiera.

El otro jinete cargó contra ella con la espada desenvainada. Karris mantuvo la posición hasta el último momento, cuando se movió para colocarse justo enfrente del caballo. El soldado, que esperaba que saltara al otro lado, se sorprendió tanto que no consiguió desviarse a tiempo. Karris se tiró al suelo cuando el animal amenazaba ya

con arrollarla. Con ayuda de unas extensiones flexibles de luxina verde y roja que brotaron de sus manos, entrecruzándose, agarró la cincha cuando el caballo pasó por encima de ella.

El animal siguió su camino y, por un momento, Gavin pensó que había aplastado a Karris. Entonces la vio elevarse por los aires. La luxina se descruzó y la lanzó hacia el caballo que se alejaba al galope. Karris se estrelló contra la espalda del jinete y estuvo a punto de resbalar de la silla, pero se encaramó y logró asentarse detrás del hombre.

El jinete agitó los brazos, despavorido, sin saber qué acababa de ocurrir ni qué lo había golpeado por detrás. Karris desenfundó el cuchillo mientras le agarraba la cabeza con la otra mano. Le abrió el visor de golpe y enterró el cuchillo con fuerza en su cara. El hombre sufrió un violento espasmo y se desplomó, arrastrándola en la caída.

Karris intentó empujar al jinete hacia abajo para aterrizar encima de él, pero el pie del hombre se resistía a abandonar el estribo. En vez de amortiguar el impacto, lo único que consiguió fue salir disparada de espaldas cuando el cuerpo del jinete desapareció inesperadamente debajo de ella; golpeó el suelo y avanzó rodando hasta detenerse. La suerte quiso que aterrizara en la hierba, al menos.

Gavin miró al muchacho cuyo rescate había costado la vida de treinta de los guardaespaldas de élite del sátrapa Garadul. Debía de contar unos quince años, era rechoncho y de aspecto torpe, y lo que acababa de presenciar le había dejado los ojos abiertos de par en par. El muchacho giró sobre los talones y empezó a correr hacia el río. Al principio Gavin pensó que huía despavorido, pero luego comprendió que el joven tan solo quería ver cómo estaba su amigo; el que Gavin y Karris quisieron salvar, demasiado tarde.

—¿Qué significa esto? —exclamó un hombre.

Gavin se dio la vuelta y se maldijo para sus adentros. Estaba tan preocupado por el muchacho, por Karris y por lo que ocurría en dirección al río que no había prestado atención a la carretera. El clamor de los rápidos y la cascada había amortiguado el sonido de los cascos, pero seguía sin tener excusa. El hombre que había hecho la pregunta exhibía una barbilla debilucha que parecía pedir a gritos que alguien le estampara un puñetazo; igual que hacía dieciséis años, cuando Gavin lo viera por última vez. Todo su cuerpo temblaba de indignación mientras contemplaba la carnicería que era cuanto quedaba de treinta de sus supuestamente invencibles Hombres Espejo.

Pero la expresión del sátrapa Garadul se alteró en cuanto reparó en Gavin. Tiró de las riendas mientras media docena de sus trazadores y una veintena de Hombres Espejo lo rodeaban.

—¿Gavin Guile?

17

La Blanca iba a matarlo.

Y Gavin se lo merecía. La presencia del sátrapa Garadul en persona lo cambiaba todo. Si estos hubieran sido meramente soldados del sátrapa Garadul, como Gavin y Karris esperaban, Gavin podría haber matado a los hombres y emprendido la huida. El sátrapa Garadul se pondría furioso y perseguiría a los trazadores responsables, pero no habría tenido la menor idea de a quién perseguía. La explicación podría haber sido tan sencilla como que había un trazador poderoso viviendo en… ¿cómo se llamaba esta insignificante ciudad? Rekton, eso era. Ah, qué ironía.

Ya era demasiado tarde para sacar los anteojos que Gavin guardaba en un bolsillo para casos así. Con las gafas puestas, con lo que había hecho, sería un misterioso policromo cualquiera. Sin ellas, solo podía ser el Prisma.

De modo que ahora el Prisma en persona había actuado en contra de los intereses del sátrapa Garadul, y ese era un hecho incontrovertible. Rask Garadul lo conocía.

—¿Gavin? —preguntó de nuevo el sátrapa Garadul. Había algo extraño en su tono, una intensidad soterrada, tal vez una trampa. Llevaba puesta una cota de malla con segmentos de placas imbricados. Segmentos pequeños que no requerían articulaciones móviles. Su región era pobre.

Había cambiado su sello. Antes era el de su familia, la luna y dos estrellas sobre un sable de combate, personalizado en su caso con un zorro en actitud amenazadora. Ahora, tanto el zorro como el fondo negro habían desaparecido. El nuevo emblema del monarca mostraba una cadena blanca, rota, sobre fondo negro. Gavin supo de inmediato que el símbolo era importante. Rask no se había limitado a repudiar su nombre y a su padre, al que siempre había despreciado por débil. Esto era nuevo. ¿Habría sucumbido al influjo de la herejía de los antiguos dioses sobre los que Gavin había oído rumores? ¿Qué se proponía? ¿Por qué le preguntaba su nombre cuando sabía perfectamente que era él? ¿Estaría dándole a Gavin la oportunidad de mentir, de decir que no era el Prisma?

Y si Gavin mentía, ¿qué haría Rask Garadul? Matarlo y explicar después en la Cromería que había sido un error; que, sin la menor intención por su parte, había eliminado a un agresor que había negado ser Gavin Guile. Si Rask creía que iba a acabar con Gavin con un puñado de trazadores y otro de Hombres Espejo, se equivocaba, pero ¿qué otra cosa podía ser? Quizá el sátrapa Garadul estuviera tan sorprendido de ver a Gavin como este de verlo a él y no supiera qué hacer a continuación.

Si Gavin mentía y Rask atacaba, Gavin no tendría más remedio que matarlo. Si mataba a Rask, tendría que matar también a todos sus hombres. ¿Y cómo interpretarían eso las satrapías? No dejaban de llegar más hombres por el sendero

detrás del sátrapa. Gavin no podía eliminarlos a todos. Daba igual lo poderoso que fuera, si cien hombres se desbandaban en todas direcciones, alguno conseguiría escapar. Se correría la voz de que el Prisma en persona había venido a Tyrea y había asesinado al sátrapa sin que mediara provocación.

Poco importaba que el sátrapa Garadul estuviera masacrando a todos los habitantes de la ciudad. Era suya; podía hacer con ella lo que se le antojara. Antaño, un Prisma podría haber destruido o matado a uno de sus sátrapas a voluntad, pero esos días eran ya muy lejanos. Tal vez cuando las Siete Satrapías eran satrapías de verdad. Ya no. Su poder era ceremonial, solamente religioso. Se suponía que el Prisma no debía interferir en los asuntos internos de una región, y Gavin había hecho algo más que interferir. Si mataba a alguien más y regresaba volando a la Cromería para llegar a casa a los pocos días de haberse marchado, la Cromería podría negar plausiblemente que fuese responsable de nada. La distancia era demasiado grande como para que la hubiese cubierto en tan poco tiempo.

Mataría a un hombre que nunca le había gustado, no se metería en problemas, y los únicos que pagarían por ello serían un puñado de soldados en la más recóndita de las Siete Satrapías. Bueno, el muchacho tendría que morir también. De lo contrario podría chantajear a Gavin. ¿Y qué pensaría Karris? En fin, ¿qué más daba lo que pensara? Para él era ya un imposible. Pasara lo que pasase, sabía que hoy perdería lo poco que aún tuviera en común con ella.

El hombre que había sido una vez no habría titubeado.

¿Qué harías tú, hermano?

Había pasado tanto tiempo que Gavin ya no estaba seguro de la respuesta.

—Soy el ilustrísimo Prisma Gavin Guile —dijo Gavin con una leve reverencia mientras, con una mano a la espalda, intentaba indicar a Karris que se alejara.

—Vaya, ilustrísimo Prisma —repuso con voz profunda el sátrapa Garadul—, ¿es así como la Cromería declara la guerra?

—Qué extraño que la guerra acuda tan pronto a vuestros pensamientos, sátrapa.

—¿Extraño? No, lo extraño es que me llames sátrapa. Expulsaste al legítimo sátrapa, mi padre, de Garriston, usurpaste esa ciudad, nuestra capital y único puerto, y has denegado el acceso de las gentes de Tyrea a la Cromería. Tyrea no es ninguna satrapía, no ha vuelto a serlo desde tu guerra, Prisma. Soy el rey Rask Garadul de Tyrea. Has asesinado a mi guardia personal. ¿Y te parece extraño que pensemos en la guerra? —Rask levantó la voz—. ¿Piensas tal vez que los tyreanos se crían para ser sacrificados por los esbirros de la Cromería?

El murmullo que corearon los Hombres Espejo le indicó a Gavin que este tipo de discursos no constituía ninguna novedad.

—Pero dudo que la Cromería enviara al mismísimo Prisma para matar a un puñado de mis hombres —fingió pensar en voz alta Rask, aunque Gavin no tuvo

tiempo de apostillar nada—. No. El Prisma solo acudiría aquí si esperara conseguir algo más importante. Algo que garantizase el continuado control de la Cromería sobre las Siete Satrapías. Dime, ilustrísimo Prisma, ¿estás aquí para asesinarme?

Uno no emplea un león para acabar con una rata.

Por suerte para él, Gavin no lo dijo en voz alta.

Se oyó un tintineo de armaduras y el golpeteo de los cascos de los caballos cuando los Hombres Espejo y los trazadores cerraron filas en torno a Rask Garadul. Gavin no los vio; estaba mirando ladera abajo. Había evitado girar la cabeza hasta ahora a fin de no llamar la atención sobre Karris. A estas alturas ya debía de haber decidido si pensaba quedarse o no.

Ya casi se había perdido de vista por completo, navegando el rápido caudal del río a bordo de una pequeña batea. Si Gavin conocía a Karris, sin embargo, esta se detendría e intentaría ver qué le ocurría. Después de todo, era una Guardia Negra, y aunque su principal responsabilidad era siempre para con la Blanca, la protección del Prisma quedaba en inmediato segundo lugar. Gavin se preguntó si se habría marchado porque confiaba en él, porque creía que era capaz de defenderse solo, o porque tenía su propia misión que cumplir y no podía permitir que nada interfiriera con ella.

El joven rechoncho, en cambio, estaba ahora casi justo detrás de Gavin. Después de que este lo salvara una vez de los Hombres Espejo, debía de pensar que tendría más oportunidades de sobrevivir si no se separaba de él.

—Me malinterpretáis, rey Garadul. —Gavin se giró de nuevo, entregado a su papel, respetando el título elegido por Rask—. Vi cómo estos hombres exterminaban a los inocentes ciudadanos de vuestra satrapía. Intervine para salvar a vuestros súbditos. Pensaba que os estaba haciendo un favor.

—¿Asesinando a unos soldados vestidos con mi uniforme?

—Renegados, sin duda. Bandidos. ¿Qué clase de demente reduciría a cenizas su propia ciudad?

Varios Hombres Espejo agacharon o torcieron la cabeza y lanzaron miradas furtivas al rey Garadul. Era evidente que no todos habían accedido de buen grado a exterminar a sus compatriotas. El monarca se ruborizó.

—Soy el rey —declaró—. No toleraré que nadie cuestione mis decisiones. Y menos la Cromería. Tyrea es una nación soberana. Nuestros conflictos internos no son de vuestra incumbencia. —Los soldados recuperaron su anterior hieratismo.

—Desde luego que no. Es solo que me… extrañó encontrarme con que el rey estaba quemando una de sus ciudades. Asesinando niños. Estoy seguro de que podéis haceros cargo de mi perplejidad. Os pido perdón por este malentendido. La Cromería está al servicio de las Siete Satrapías. Inclusive Tyrea.

Era la actuación más lograda que podía esperarse de Gavin, dadas las circunstancias. Si hubieran estado delante de cincuenta nobles versados en relaciones

internacionales y respetuosos con la diplomacia, podría haber sido suficiente. Rask Garadul exigiría una reparación de índole monetaria, reconociendo así que se había tratado de un error involuntario y comprensible, defendiendo su derecho a la indignación, y Gavin saldría implícitamente airoso. Limpio y elegante.

Pero Rask Garadul era joven y nuevo en el trono. No estaba delante de ningún grupo de nobles, sino de sus hombres. Se daba cuenta de que estaba perdiendo, pero con los cadáveres ensangrentados apilados a su alrededor y sus soldados observándolo de reojo, no creía que pudiera permitirse el lujo de salir derrotado.

—No me digas que has recorrido varios cientos de leguas tan solo para patrullar nuestro reino en busca de bandidos. Y sin anunciar tu visita, además. Cualquiera pensaría que has entrado en nuestro territorio a escondidas, al amparo de la oscuridad, como un espía cualquiera.

Ah, tampoco era estúpido. Si tu camino conduce a la derrota, elige otro, y rápido. De reojo, Gavin miró de nuevo al muchacho para ver cómo estaba. No demasiado bien. Se diría que estaba temblando, aterrado. Solo tenía ojos para Rask Garadul. ¿O sería la rabia lo que lo estremecía?

—¿Un espía? —repuso con jovialidad Gavin—. Qué aburrido. No, no, no. Hay personas que se encargan de esas labores. Uno no lo hace en persona. Hace tiempo suficiente que sois rey como para saberlo, sin duda.

—¿Qué haces aquí? —preguntó el rey Garadul. Una vez más, tremendamente grosero si hubieran estado en la corte de cualquiera de las capitales de las Siete Satrapías. Gavin miró de soslayo al muchacho, y supo que estaba perdido. Podría marcharse; después de todo, era el Prisma, y ni siquiera matar a treinta de los Hombres Espejo de Garadul bastaría para justificar ni su encarcelamiento ni su ejecución. Y menos en unas circunstancias tan cuestionables. Rask no se arriesgaría a que las satrapías se uniesen en contra de Tyrea. Matar a un sátrapa sería una ofensa indignante; matar al Prisma, imperdonable. Pero Rask sentía que estaba perdiendo, y se proponía que Gavin pagara por ello. Le haría tanto daño como fuera capaz.

Gavin quedaría en libertad; el muchacho perdería la vida.

—Vi humo —dijo Gavin—. Uno de mis cometidos al servicio de las Siete Satrapías es encargarme de los engendros de los colores. Vine a ayudar.

—¿Qué haces en nuestro reino?

—No sabía que hubierais cerrado las fronteras. Lo cierto es que ni siquiera sabía de la existencia de este nuevo «reino». —Era evidente que toda pretensión de estar manteniendo una educada conversación entre vecinos razonables y desinteresados, pretensión que era el pilar del arte de la diplomacia, había volado en pedazos, de modo que a fin de desviar la atención, Gavin se propuso pisotear sin miramientos los añicos—. ¿Acaso ocultáis algo, rey Garadul?

—Eres de Rekton, ¿no es así, chico? —preguntó el rey Garadul. No pensaba jugar

según las reglas de Gavin—. ¿Cómo te llamas? ¿Quién es tu padre?

—Me llamo Kip. No tengo padre. Como la mayoría. No desde la guerra. —Sus palabras traspasaron las entrañas de Gavin como un flechazo. Se había permitido olvidarlo. La Guerra del Falso Prisma había arrasado docenas de pequeñas ciudades como esta. Todos los hombres, desde los muchachos aún sin sombra de bigote hasta los ancianos que empleaban sus lanzas a modo de cayados, habían sido obligados a enrolarse en uno u otro bando. Y Dazen y él los habían enfrentado a algunos de los trazadores más poderosos del mundo. Como troncos en el aserradero.

—¿Qué hay de tu madre, entonces? —insistió el rey Garadul, irritado.

—Se llamaba Lina. Ayudaba en un par de posadas.

A Gavin se le paró el corazón. Lina, la chiflada que le había enviado aquella nota, había muerto. ¿Se suponía que este muchacho, este chiquillo atemorizado, era su hijo? El único superviviente de una ciudad reducida a cenizas, y la única persona capaz de complicarle la existencia a Gavin. Si este creyera en Orholam, pensaría que el dios intentaba gastarle una broma cruel.

—Lina, sí, creo que así se llamaba esa ramera —dijo el rey Garadul—. ¿Dónde está?

—¡Mi madre no era ninguna ramera! ¡Y la mataste tú! ¡Asesino! —El muchacho parecía estar al borde del llanto, aunque Gavin no sabía si de rabia o de dolor.

—¿Muerta? Me robó una cosa. Llévanos a tu casa, y como no la encontremos, trabajarás para mí hasta que la hayas pagado.

Rask Garadul no iba a permitir que el muchacho saldara la deuda de su madre haciendo recados. A Gavin no le cabía la menor duda de que Rask estaba mintiendo acerca de todo ese asunto. Era una simple excusa para llevarse al muchacho; quien, si Rask era rey, era uno de sus súbditos. Lo más probable era que Rask lo matara delante de Gavin, tan solo para salvar el orgullo. El muchacho no significaba nada. Podría haber sido un perro o una manta con adornos, por lo que a Rask respectaba. Se había convertido en una moneda de cambio. Una parte de Gavin se sentía repugnada, mientras que otra disfrutaba con la ironía.

Conque poniéndome entre la espada y la pared, ¿eh? ¿Crees que no puedo salir de esta? Juguemos.

—El muchacho viene conmigo —dijo Gavin.

Rask Garadul esbozó una sonrisa desagradable. Una mella le separaba los incisivos. Parecía un bulldog enseñando los dientes más que una persona sonriendo.

—¿Vas a arriesgar la vida por este ladrón? Entréganoslo, Prisma.

—¿O qué? —preguntó Gavin en un alarde de cortesía, con franca curiosidad, como si realmente le importara. Las amenazas tendían a marchitarse cuando uno las exponía a la luz, desnudas.

—O mis hombres dirán que se produjo un terrible malentendido. No sabíamos

que el Prisma estaba aquí. Si hubiera anunciado su visita. Si no hubiera sido víctima de una confusión y atacado a mis soldados. Nos limitamos a defendernos. Solo después de su lamentable muerte nos dimos cuenta de nuestro error.

Los labios de Gavin dibujaron una mueca. Se tapó la boca con un puño para disimular su sonrisa.

—No, Rask. Hay una razón por la que no viajo con Guardias Negros: no los necesito. Eras un simple mocoso cuando estalló la Guerra del Falso Prisma, de modo que es posible que no recuerdes de qué soy capaz, pero seguro que algunos de tus hombres sí. Son esos que parecen tan nerviosos. Si tus hombres atacan, te mataré. La Blanca se enfadará conmigo durante uno o dos meses. Será un escándalo diplomático, sin duda, ¿pero realmente crees que a alguien le importa lo que le ocurra al rey de Tyrea? «Rey», no sátrapa, y por tanto rebelde. Lo único que nos exigirán será la garantía de que a ellos no vaya a ocurrirles lo mismo. Haremos promesas, formularemos disculpas y subvencionaremos los estudios de todos los jóvenes de Tyrea durante unos cuantos años, y se acabó. Te garantizo que tu sucesor será menos beligerante.

Rask hizo ademán de querer decir algo, pero Gavin no estaba dispuesto a permitírselo.

—Supongamos por un momento que, por casualidad, llegaras a matarme sin morir a tu vez. Sé lo que haces aquí: saquear una ciudad para crear un ejército. Fundar tu propia Cromería. La cuestión es: ¿crees que estás listo, ahora mismo, para ir a la guerra? Porque si regreso ahora, armado únicamente con palabras, es posible que el Espectro no me crea. Pero si me matas, ese será el testimonio más elocuente que nadie podría formular. ¿Y crees realmente que tu versión de lo ocurrido es la única que circulará por ahí? Eres un monarca muy joven, ¿verdad? Y hete aquí, hablando de espías hace tan solo unos instantes.

El silencio se extendió entre ellos como unas manos heladas. Por lo que a duelos de retórica se refería, Gavin había ganado con más contundencia que nunca.

—El muchacho es súbdito mío y un ladrón. Se queda. —El cuerpo entero de Garadul temblaba de furia. No estaba poniendo a prueba el farol de Gavin. Se negaba a perder, eso era todo.

Pero Gavin no estaba tirándose ningún farol. En nueve de cada diez casos, supongo que podría matar hasta al último de estos soldados y trazadores, en función del talento de estos últimos. Y seguro que lograría escapar sin nada más que las cejas chamuscadas. Proteger al muchacho durante semejante batalla era harina de otro costal. ¿Qué era preferible, castigar al culpable o que sobreviviera el inocente?

Y no todas las Siete Satrapías estarían tan predispuestas a perdonar como él sugería.

—No es ningún ladrón —dijo, intentando desviar la conversación de la

bifurcación del «yo gano, tú pierdes»—. No posee nada más que la ropa que lleva puesta. Hiciera lo que hiciese su madre, él no tiene nada que ver con ello.

—Nada más fácil de comprobar, ¿no es así? —repuso Rask—. Registradlo.

A juzgar por su expresión, parecía que Kip sí que era un ladrón. Increíble. ¿Dónde escondía lo que fuese que había robado? ¿Entre las lorzas?

—¡No! ¡Es lo último que me dio! —Gavin reconoció de inmediato la ferocidad que impregnaba la voz del muchacho, antes incluso de que los iris de Kip se inundaran de jade. El chiquillo se disponía a atacar al rey Garadul, a sus Hombres Espejo y a sus trazadores. Muy valiente, pero aún más estúpido.

Los trazadores del rey Garadul también se habían dado cuenta.

Gavin levantó la mano izquierda en un arco fugaz para formar un muro de luxina roja, verde, amarilla y azul entrelazada entre Kip y los hombres del rey Garadul. Con la mano derecha trazó una cachiporra azul y golpeó a Kip en la nuca. El muchacho se desplomó. Únicamente Karris, pensó Gavin, podría haber sido más rápida.

Una bola de fuego de luxina roja de uno de los trazadores de Garadul se estrelló contra la pared y siseó al hundirse en el escudo de Gavin, apagada al instante.

Todos los demás estaban petrificados. Gavin soltó el escudo. Unos cuantos Hombres Espejo contemplaban de nuevo los cadáveres de sus camaradas, pensando tal vez que sus muertes no se debían a ningún golpe de suerte. Solo Rask Garadul parecía impertérrito. Desmontó, se acercó al muchacho inconsciente y lo cacheó sin miramientos.

Rask Garadul sacó un fino estuche de palisandro que estaba encajado en el cinturón de Kip. Lo abrió una rendija, dirigió una sonrisita de satisfacción a Gavin y se guardó la caja en el cinto. Regresó junto a su caballo y volvió a montar.

—Un ladrón y asesino en potencia. Gracias por la ayuda prestada para frustrar el atentado, noble Prisma. —El rey Garadul apuntó a Kip con el dedo y dijo a sus hombres—: Creo que ese árbol será capaz de soportar el peso. ¿Te quedarás para asistir a la ejecución, Gavin?

De modo que es así como acaba. Este es el precio de mis pecados.

—No se ha producido ningún atentado contra vuestra vida, rey Garadul. Ambos lo sabemos. El muchacho ni siquiera ha llegado a trazar. Me he limitado a disciplinarlo como alumno de la Cromería por considerar el trazo sin permiso. Tenéis la caja y ya habéis ejecutado a la supuesta ladrona, su madre. Un castigo riguroso, sin duda, pero esta es vuestra satrapía… vuestro «reino», quiero decir. Es evidente que él no sabía nada, tan solo que su madre le había hecho un regalo. Cualquier autoridad que tengáis sobre él palidece en comparación con la mía.

—Es mi súbdito, y por consiguiente me pertenece y puedo hacer con él lo que me plazca.

A Gavin solo le quedaba una carta.

—Antes me preguntasteis por qué había venido a esta letrina maloliente que llamáis reino —dijo—. Kip es el motivo. Mi autoridad sobre él es mayor que la vuestra. Es mi bastardo.

Los ojos de Rask Garadul se tornaron inexpresivos, y Gavin supo que había ganado. Nadie proclamaría públicamente semejante deshonra si no fuera verdad. Los mismos ojos le dijeron también, antes incluso de que el hombre abriera la boca, que tendría que matar a Rask Garadul. Pero no hoy.

—Tu tiempo se ha agotado —declaró Rask Garadul—. El tuyo y el de la Cromería. Estás acabado. La luz no puede ser encadenada. Escucha con atención, Prisma: Recuperaremos lo que nos habéis robado. Los horrores de vuestro reinado tocan a su fin. Y cuando todo termine, yo estaré allí para verlo. Lo juro.

18

Karris condujo la batea corriente abajo hasta doblar un recodo y perderse de vista. No creía que los soldados se hubieran percatado de su marcha, de modo que dejó la embarcación en la orilla opuesta del río y buscó una colina desde la que poder ver a Gavin. Ascendió por la ladera agazapada. Entre ellos mediaban varios árboles, arbustos y hierba alta. Ideal. Algo menos ideal era la distancia. Ciento veinte pasos. Su puntería era excelente, pero el arco que llevaba consigo era un simple recurvado, no largo. Práctico y portátil, muy exacto hasta los setenta pasos. Ciento veinte era otro cantar. Desempolvó el ábaco mental. Debería contemplar un margen de error de cuatro pies, y podía disparar en rápida sucesión. Si el sátrapa Garadul se quedaba quieto, podría disparar cuatro flechas en cuestión de segundos, corrigiendo sus errores sobre la marcha. Era aceptable. Mejor, cuando menos, que el resto de sus opciones. Se retiró de lo alto de la colina y armó el arco, comprobó las remeras y las puntas de las flechas, y se arrastró de nuevo hasta la posición elegida, furtiva y letal.

Karris se tranquilizó al ver que Gavin y el sátrapa conversaban durante varios minutos. Hablando, Gavin era capaz de engatusar a cualquiera, salvo posiblemente a la Blanca. Aunque Gavin se erguía rodeado de las montañas de cadáveres de los hombres de Rask Garadul, lo más probable era que a estas alturas fuese el sátrapa quien estuviera buscando la manera de compensar a Gavin por las molestias que hubiera podido ocasionarle.

Cerciorándose de que aún podía ver a Gavin y de que sus armas estaban a mano, Karris abrió el petate. La Blanca le había dicho que no leyera sus órdenes antes de partir con rumbo a Tyrea, de modo que Karris las había dejado en el fondo de la mochila, bajo una muda de ropa limpia, anteojos de repuesto, utensilios de cocina, un puñado de bengalas y granadas; gracias a Orholam que estas no habían explotado cuando se cayó durante la reyerta, pero valía la pena correr el riesgo por ellas. Extrajo la nota doblada. Como ocurría siempre cuando se trataba de órdenes confidenciales, estaban escritas en el papel más fino posible, cubierto de inscripciones el exterior para que la hoja no delatara su contenido con tan solo ponerla al trasluz. El sello contenía un sencillo detonante sortílego: quien se limitara a romperlo provocaría la unión de dos contactos de luxina, y se produciría un fogonazo, pequeño pero instantáneo. Eso no significaba que fuera a prueba de tontos, por supuesto; cualquier trazador meticuloso podría desmontarlo, y cualquiera, trazador o no, podría limitarse a recortar el sello, pero a veces las precauciones más sencillas daban resultado allí donde fracasaban los planes más concienzudos.

Karris echó un vistazo a Gavin. Seguía hablando. Bien.

Tras trazar un poco de verde de la hierba en la que estaba sentada, desarmó la trampa del sello. Gavin le había pedido que no creyera lo que decía la nota, redactada

por la Blanca en persona. Pero ¿quién era más probable que la engañara? Gavin, diez veces de cada diez. La idea le revolvió el estómago. No, estaba adelantando acontecimientos. Pensó en guardar la nota; podía ocuparse de eso más tarde.

Pero sus órdenes guardaban relación con Tyrea, tal vez incluso con el sátrapa Garadul, al cual tenía ahora a la vista. Quizá las órdenes fuesen que lo matara, o asegurarse de que nadie lo hiciera. Debía averiguarlo ahora mismo.

Abrió la nota. La letra de la Blanca era un poco temblorosa, pero aún expresiva y elegante. Karris tradujo automáticamente el sencillo código: «Por mucho que el púrpura sea el nuevo color, a todos nos sería grato conocer las nuevas tendencias». Infiltrarse e investigar qué se proponía Garadul. Las Siete Satrapías y la Cromería recelaban de las intenciones del nuevo sátrapa.

La última S incluía una filigrana para comunicarle que el código oficial había concluido, pero la nota continuaba: «También tengo noticias de un muchacho de quince años que vive en la ciudad de Rekton. Su madre asegura que es de G. Si se presenta la ocasión, averigua lo que puedas. Me encantaría conocerlos». Gavin tenía un bastardo en Rekton. Llevar a la madre y al hijo a la Cromería.

Karris miró a Gavin a tiempo de ver cómo trazaba una cachiporra y la estrellaba en la nuca del muchacho. Podría haber sido gracioso o alarmante, si no fuera porque Karris se sentía como si también ella acabara de recibir un mazazo. Observó, estupefacta, que Gavin erigía una muralla de luxina, repelía un ataque y continuaba hablando sin perder la compostura.

Estaba tan asombrada que no cargó el arco, ni llegó a levantarlo siquiera. Estaban en Rekton. El muchacho sabía trazar. Era demasiada casualidad. Había sido ella la que insistió para que Gavin desviara el ingenio volador hacia aquí. La sobrevino un escalofrío. Su presencia en ese lugar obedecía ni más ni menos que a la intervención de Orholam. Karris estaba segura de que la deidad no sentía el menor interés por ella. Era demasiado insignificante. Así pues, ¿qué era esto? ¿Una prueba para Gavin?

Quince años de edad. Hijo de perra. Ese chiquillo había sido concebido cuando Gavin y ella estaban prometidos.

Gavin cogió al muchacho en volandas, con esfuerzo (el joven era alto y rollizo), y se lo cargó al hombro. A continuación encaminó sus pasos hacia el río, con aire de absoluta despreocupación. Realmente pensaba alejarse del sátrapa sin más, dejando a treinta de sus guardaespaldas muertos tras él. Gavin era tan audaz, imparable e inconmovible como de costumbre. Era como si las reglas que gobernaban al común de los mortales no surtieran el menor efecto sobre él.

Jamás lo habían hecho.

Por un peligroso momento Karris volvió a tener dieciséis años, despojada de todo cuanto conocía hasta entonces, de todas las personas a las que había amado. Había llorado aquel día, había llorado hasta comprender que nadie iba a acudir a consolarla.

Había trazado rojo para solazarse en su calor y su furia. Había trazado tanto rojo que había estado a punto de costarle la vida. Hoy, ni siquiera necesitaba trazar. La furia se apoderó de ella en un abrir y cerrar de ojos. «No creas lo que digan tus órdenes», le había recomendado Gavin. Claro que sí. Embustero. Malnacido.

Por eso le había pedido la Blanca que no abriera sus órdenes de inmediato. Quería que los ánimos de Karris se aplacaran antes de enfrentarse a Gavin. Que no causara problemas.

Qué bonito, comprobar que las dos personas más importantes de su vida estaban manipulándola.

Gavin trazó una trainera en el río y depositó al muchacho en su interior. Embarcó sin prisa, dejando que lo arrastrara la corriente, sin mirar por encima del hombro ni tan siquiera una vez. Así pues, debía de haber estado cerca. Estaba tratando al sátrapa Garadul como si este fuera un perro al que podría provocar con el mero contacto visual. En fin, Karris sabía perfectamente lo que era ser tratada como un perro, ¿verdad?

Antes de darse cuenta se había puesto en pie y se dirigía hacia el río con largas zancadas. Misteriosamente, los anteojos habían encontrado solos el camino hasta su nariz. Si el sátrapa Garadul no estuviera a tan solo doscientos pasos de distancia, Karris pensó que habría arrojado una bola de fuego contra la cabeza de Gavin, que en esos momentos dobló un recodo del río y reparó en su expresión.

Palideció. Y, por una vez, no dijo nada.

Karris se quedó temblando en la ribera mientras la pequeña embarcación continuaba acercándose.

A Gavin no le hizo falta preguntar si había leído las órdenes; la respuesta era evidente.

—Monta —dijo—. Si aún tienes esa capa negra, tápate con ella. Será mejor que no te vean la cara.

—Vete al infierno. A partir de aquí viajaré sola —repuso Karris.

Gavin extendió una mano y, con un proyectil de luxina verde, practicó un boquete del tamaño de un puño en la batea de Karris.

—¡Que montes! —le ordenó—. El rey Garadul llegará de un momento a otro.

—¿«Rey»? —Karris trazó luxina verde para reparar los desperfectos. Su actitud era pueril e ilógica, y maldijo a Gavin por conseguir que fuese ella quien pareciera poco razonable. Lo odiaba. Lo aborrecía con una pasión que eclipsaba todo lo demás. Que vinieran los jinetes a por ella si se atrevían.

—Ha renunciado a la Cromería, al Prisma, a las Siete Satrapías y al mismísimo Orholam. Se ha coronado rey. —Gavin hizo un gesto en dirección a la batea. Cientos de diminutos misiles salieron disparados de su mano, se clavaron en la madera a lo largo y ancho de la embarcación y estallaron al unísono. Los bañó una lluvia de

astillas y serrín—. Dame una bofetada y acabemos de una vez, pero sube el trasero a la barca.

Tenía razón. Karris montó en la trainera. Este no era el momento. Revolvió el petate en busca de su capa y se la echó por encima, poniéndose la capucha a pesar del calor. El muchacho seguía sin recuperar el sentido. Gavin no esperó más; en cuanto Karris hubo embarcado, trazó los remos y los escálamos. Se adentraron en el agua, y la trainera aceleró casi de inmediato. Al mirar atrás, a Karris no le sorprendió ver que una docena de jinetes coronaban una colina, en pos de ellos.

Pero la persecución estaba abocada al fracaso. El terreno que flanqueaba el río era abrupto y la trainera de Gavin era veloz. Gavin y Karris navegaron en silencio, incluso cuando se adentraron en un largo tramo de aguas embravecidas. Karris ayudó a ensanchar la plataforma con luxina roja, flexible, y verde, más rígida, confiriéndole una quilla más elevada. Gavin trazó luxina naranja viscosa en el fondo para deslizarse sobre las rocas que se interponían en su camino.

En cuestión de media hora, era indudable que estaban a salvo. Sin embargo, Karris se obstinó en su silencio. ¿Cuántas veces podía hacerte tanto daño una persona? Ni siquiera era capaz de mirarlo. Estaba furiosa consigo misma. Parecía haber cambiado tanto después de la guerra. La ruptura del compromiso por su parte la había dejado sin nada. Karris había desaparecido durante un año después de aquello, y Gavin se había mostrado exultante cuando regresó. Había respetado su distanciamiento, nunca decía nada sobre los escarceos amorosos con los que Karris intentaba expulsarlo de sus pensamientos. De alguna manera, eso la enfurecía más todavía. Pero con el paso del tiempo se había visto atraída de nuevo por el halo de misterio que lo envolvía, seducida de forma paulatina por ese hombre que parecía cambiado en cuerpo y alma por la guerra.

¿Cuántos hombres vuelven de la guerra convertidos en mejores personas?

Ninguno, por lo visto.

¿Y cuántas mujeres aprenden de sus errores?

Esta no.

El río se unió a uno de sus afluentes y se ensanchó considerablemente. El lugar que ocupaba Karris en la proa, atenta a las rocas, se volvió innecesario. Hacía un día precioso. Se quitó la capa para disfrutar de los rayos de sol; la caricia de Orholam, le decía su madre cuando era niña. Ya.

—Se rumorea que hay bandidos en este río, y que asaltan a todo el que se cruza en su camino —observó de pasada Gavin—. A lo mejor nos los encontramos y puedes matar unos cuantos.

—No quiero matar bandidos —repuso en voz baja Karris, sin mirarle a los ojos.

—Vaya, como tenías esa expresión…

Karris levantó la cabeza y sonrió con dulzura.

—No quiero matar bandidos. Quiero matarte a ti.

19

—Ah. —Gavin carraspeó.

El muchacho se agitó y se sentó de golpe. Puede que escuchar «quiero matarte» no fuese la mejor manera de despertarse después de que hubieran arrasado tu ciudad. Gavin enarcó una ceja en dirección a Karris. ¿Es imprescindible que hagas esto ahora?

La mujer resopló y se giró mientras el muchacho gemía y se frotaba la cabeza. Miró a Karris, pero esta se mantuvo de espaldas a él. Se atareó desmontando el arco y guardándolo en su funda. El muchacho volvió los ojos azul marino hacia Gavin. Interesante, con su piel broncínea y sus rizos apretados. Los ojos azules eran de ese color porque eran los más profundos, y por tanto los más sensibles y receptivos a la luz. Distaba de ser el único criterio, pero las personas con los ojos azules gozaban de una representación desproporcionada entre los trazadores más poderosos. A mayor cantidad de luz que emplear, más energía que consumir.

En estos momentos, esos ojos tan profundos estaban entrecerrados a causa del dolor. El coscorrón de Gavin, al parecer, había dejado al muchacho con una bonita jaqueca.

—Me salvaste —dijo Kip.

Gavin asintió en silencio.

—¿Quién eres? —preguntó el muchacho.

Directo al grano, ¿eh? Karris se dio la vuelta para ver cómo se las apañaba Gavin. Cruzó los brazos.

Gavin dejó de remar.

—Esta es la noble Karris Roble Blanco, quien, pese a las cómicas combinaciones que yuxtaponen a veces su nombre, el color de su piel y su título, es miembro de la Guardia Negra. —La expresión enfurecida de Karris no se alteró en absoluto. Al parecer, los viejos chistes seguían sin tener gracia—. Y yo… —Había presentado a Karris primero a fin de concederse un momento para pensar. No había funcionado. Cinco años y otros tantos propósitos por delante, Gavin. Esta podría ser tu última oportunidad.

El muchacho estaba inconsciente cuando Gavin anunció su paternidad. No sabía nada. No necesitaba saberlo. Sería mejor que no lo supiera, por varios motivos. Pero mejor aún sería que no se enterara por boca de Karris, en un ataque de rabia. Este muchacho no era su hijo, pero sin la guerra que habían librado Gavin y Dazen (la Guerra de los Prismas o la Guerra del Falso Prisma, según el bando en el que hubiera combatido uno), ninguno de los niños de Rekton y un centenar de otras poblaciones carecería ahora de padre. Gavin fantaseó de nuevo por un momento acerca de contarle a Karris todo cuanto desconocía, y que decidiera la suerte. Pero aunque

Karris no se creería una verdad a medias, tampoco podría soportarla toda.

Al menos esta mentira le daría un padre a un huérfano. Le devolvería algo a un muchacho que lo había perdido todo. A Gavin no debería importarle, pero así era.

—Soy el Prisma Gavin Guile. Soy… eres mi hijo natural.

El muchacho lo miró como si no entendiera lo que Gavin acababa de decir.

—Estupendo —dijo Karris—. ¿Por qué no se lo sueltas todo de golpe? ¿Por qué no piensas un poco, Gavin? Te juro que eres más impulsivo de lo que nunca fue Dazen.

¿Impulsivo? le dijo la sartén al cazo. Gavin decidió hacer oídos sordos a las palabras de Karris y se limitó a observar al muchacho. Acababa de reconocer que la había engañado hacía años, que después había mentido al respecto, y que luego, hacía tan solo una hora, había vuelto a mentir. Karris exhibía una rabia glacial que no iba con ella. La furia abrasadora era más de su estilo.

El muchacho la observó de reojo, desconcertado por su enfado, y desvió la mirada. Aún tenía los párpados entornados, aunque Gavin no sabía hasta qué punto se debía al dolor de cabeza provocado por el golpe en la nuca, al mareo provocado por el trazo o a la confusión provocada por el brusco giro de los acontecimientos.

—¿Que eres qué? —preguntó Kip.

—Eres mi hijo natural. —Por el motivo que fuese, le costaba demasiado decir «soy tu padre».

—¿Y apareces ahora? —Una mezcla de incredulidad y desesperación se cinceló en las facciones del muchacho—. ¿Por qué no llegaste ayer? ¡Podrías haber salvado a todo el mundo!

—Desconocía tu existencia hasta esta misma mañana. Y acudimos tan pronto como nos fue humanamente posible. —Antes, incluso—. Si tu ciudad no hubiera estado ardiendo, ni siquiera nos habríamos detenido.

—¿No sabías que existía? ¿Cómo es posible? —preguntó Kip, quejumbroso.

—¡Basta ya! —rugió Gavin—. ¡Ya estoy aquí! Te he salvado la vida, tal vez a costa de una guerra que producirá diez mil huérfanos más. ¿Qué más quieres?

Kip se encogió y se hizo un ovillo.

—Increíble. Serás alcornoque —dijo Karris—. Te dan un hijo y lo primero que haces es gritarle. Eres un verdadero valiente, Gavin Guile.

Era todo tan desproporcionado que Gavin apretó los puños con fuerza, desbordado por la justicia, la injusticia y la locura de esta vida que había elegido.

—¿Quieres darme lecciones sobre el valor? ¿Tú, la mujer que huyó de una noble casa para convertirse en una Guardia Negra? Intentar matarse volcándose en el trabajo o abusando de la magia no es valor, Karris, sino cobardía. ¿Qué esperas de mí? ¿Quieres que traiga de vuelta a tus difuntos hermanos?

Karris le pegó una bofetada.

—No —dijo—. No vuelvas a…

—¿Hablar de tus hermanos? Eran unas víboras. Todo el mundo suspiró aliviado cuando Dazen los mató. Lo mejor que hizo nunca fue matarlos, y lo mejor que hicieron ellos fue morir.

Los ojos de Karris se inundaron de rojo, y la luxina se extendió por toda su piel en un instante. Gavin sintió una punzada de temor, aunque no por sí mismo. Podía soportar todo lo que le echara. Pero cada vez que alguien trazaba en grandes cantidades, aceleraba el momento de su propia muerte. Y concedían más control sobre ellos a su color. Cuando conoció a Karris, sus ojos verdes como el jade solo contenían unos diminutos destellos de rubí. Ahora, incluso en reposo, cuando no estaba trazando, esas estrellas rojas dominaban el verde.

Pero Karris no atacó.

—Aprendo despacio —dijo—, pero por fin lo he entendido. Es la última vez que me traicionas, Gavin. —Fue como si escupiera su nombre—. Me…

—¡Maldita cabezota! Te quiero, Karris. Siempre te he querido.

Fue como si el viento escapara de sus velas durante unos pocos latidos. La luxina roja se retiró de las puntas de sus dedos. Pero luego, cuando Gavin comenzaba a alimentar alguna esperanza, Karris dijo:

—¿Cómo te atreves? Eres increíble… eres… eres… Gavin Guile, lo único que he obtenido de ti es muerte y tristeza. ¡Hemos terminado! —Agarró su petate y saltó por la borda.

Gavin estaba tan asombrado que no acertó a decir nada. Vio a Karris alcanzar la orilla a nado y salir del agua con el petate. Podía viajar a Garriston sin él, por supuesto, y aún llegaría antes de lo que esperaba su contacto. Los bandidos seguían constituyendo un problema, desde luego, y cualquier viajera solitaria sería una víctima tentadora.

Si los bandidos se confiaban por ese motivo, tendrían suerte de salir con vida del encuentro. Pero todo el mundo debía dormir alguna vez. Karris estaba siendo impulsiva, pero nada de lo que pudiera decir Gavin cambiaría las cosas. No hasta dentro de mucho. Por eso la Blanca había intentado organizarlo para que él no estuviera presente cuando ella averiguara lo de su bastardo. Podría ir detrás de ella, pero no serviría de nada. Con su temperamento, solo conseguiría empeorar la situación.

Cinco propósitos, y ni siquiera he escupido toda la verdad.

Kip estaba ovillado en un rincón, intentando pasar inadvertido. Levantó la cabeza y sus ojos se cruzaron con los de Gavin por un momento.

—¿Qué estás mirando? —le espetó Gavin.

20

Aunque jamás había trazado ni una gota de azul, Karris siempre había poseído cierta afinidad por las que se consideraban virtudes azules. Le gustaba tener un plan. Le gustaba el orden, la estructura, la jerarquía. Incluso de niña, le gustaban las normas de la etiqueta. Asistir a una cena pariana oficial y conocer la función exacta hasta de la última cucharilla diminuta y el último cascanueces, saber cuántas veces había que sacudirse el exceso de agua de los dedos tras lavarse las manos en el cuenco de agua entre el primer y el segundo plato, y saber sin sombra de duda dónde había que dejar el urum de tres dientes para indicar a los esclavos que se había terminado de comer le reportaba algo parecido a la paz. Posar la copa a medio camino del divisor lateral significaba que querías otra media copa de vino, ni más ni menos. Encima del vertical significaba que te gustaría cambiar del blanco al tinto. Señas y contraseñas. La llamada del luxiat y la respuesta de la congregación. Le encantaba bailar y conocía casi todas las danzas de las Siete Satrapías. Le encantaba la música y sabía tocar el gemscorno o acompañarse a la psantria mientras cantaba. Pero nada de todo cuanto sabía le servía ahora de nada. No había estructura, ni jerarquía, ni orden que pudiera guiarla.

Se suponía que aún debía estar en un barco. Se suponía que debía reunirse con un espía de la Cromería antes de adentrarse tanto en Tyrea. Se suponía que dicho espía debía conducirla río arriba hasta el ejército del rey Garadul y proporcionarle una cobertura que la ayudase a entrar en dicho ejército sin perder la vida en el intento. En vez de eso, estaba empapada de agua, sola, y a menos de una jornada a pie del ejército en cuestión, sin contactos, ni mapas, ni instrucciones, ni plan. No hacía ni cinco minutos que Gavin y su bastardo se habían perdido de vista río abajo.

Me estoy volviendo impulsiva. El rojo está destruyéndome.

Karris escurrió el agua de su pesada capa de lana negra y empezó a buscar un sitio donde acampar. La ladera estaba poblada de eucaliptos que inundaban el aire con su fragancia y se confabulaban con los altos pinos para bloquear los implacables rayos del resplandeciente ojo de Orholam. Le llevó apenas unos minutos encontrar el lugar adecuado, disimulado en gran parte por la maleza. Reunió madera y formó una pequeña pirámide con ella. No se molestó en recoger ramitas para encender el fuego: ser roja tenía sus ventajas. Pero sí que miró con atención a su alrededor durante varios minutos antes de sacar los anteojos del bolsillo interior de una de sus mangas. Estaba sola. Trazó un fino hilo de luxina roja en la base de la pirámide.

Aun esa módica cantidad de rojo bastó para avivar los rescoldos de su furia. Mientras guardaba las lentes rojas y verdes pensó en aplastar la insolente sonrisa de Gavin. «¿Te quiero?» ¿Cómo se atreve?

Sacudió la cabeza y estiró un dedo, expulsando luxina roja desviada a propósito,

desembarazándose del exceso. Como ocurría con toda la luxina trazada de forma imperfecta, se descompuso enseguida, desprendiendo una fragancia mixta: el olor a resina que compartía toda la luxina y el característico aroma a hojas de té secas y tabaco de la roja en particular.

Sacó una piedra de pedernal y el cuchillo en vez de limitarse a trazar subrojo para producir la chispa. Empezaba a acusar el frío, de modo que encendió el fuego como una simple mortal.

«Te quiero.» Malnacido.

Mientras se secaba su ropa, se puso el atuendo de repuesto que guardaba en la bolsa impermeable. Por suerte, la moda tyreana se había vuelto más práctica en los últimos quince años. Si bien en entornos sociales o urbanos las mujeres lucían vestidos largos hasta las pantorrillas o los tobillos, con cinturón y acompañados a menudo de un chal o una chaqueta completa para la noche, durante los viajes y en el campo preferían los pantalones de lino masculinos, aunque con camisas más largas que las de los hombres por recato, por fuera del pantalón pero ceñidas por un cinturón, como una túnica. Según le había explicado el comandante Puño de Hierro, al terminar la Guerra del Falso Prisma no había hombres ni muchachos suficientes para recolectar las naranjas ni otras frutas. Las jóvenes que se unían a los cosechadores acortaban sus faldas a fin de que estas no las entorpecieran al subir y bajar tantas veces de las escalerillas de mano. Resultaba evidente que alguien se había quejado. Era poco probable que fuesen los chicos que sujetaban las escaleras.

De ahí la afición a los pantalones.

A Karris le gustaba la ropa. Estaba acostumbrada a vestir prendas masculinas debido a su adiestramiento en la Guardia Negra, y aunque el lino holgado no acompañaba sus movimientos con la misma elegancia ni era tan suave como el uniforme de la Guardia Negra, elástico e imbuido de luxina, tampoco estaba tan mal. Además, camuflaba sus curvas mejor que el ceñido atuendo de la Guardia Negra. Ningún hombre se atrevería ni tan siquiera a silbar al paso de una Guardia Negra en los Jaspes, aun a pesar de la sutil ostentación de una figura que se había ganado a pulso. Pero una mujer que viajaba sola en un territorio lejano no debería tentar más de lo necesario a la suerte.

Mientras la pequeña fogata ardía briosa, Karris se distrajo eligiendo sus armas con suma meticulosidad. El yatagán permanecería oculto y accesible dentro de su mochila cuando la capa negra estuviera seca y enrollada de nuevo. Sujetó un bich’hwa, un «escorpión», a uno de sus muslos por debajo del pantalón. Se trataba de un arma cuyas anillas de hierro encajaban en los dedos, dotada de cuatro garras con las que asestar zarpazos y de una daga, la cola del escorpión, para apuñalar. No podría acceder a ella tan rápido, pero siempre había sido partidaria de portar más armas de las que se apreciaban a simple vista. Se guardó otro cuchillo largo en el

cinturón. Sus bifocales fueron a parar al petate. Pesaban demasiado como para esconderlos en estas mangas tan largas y vaporosas sin llamar la atención. Eso la dejaba con las fundas oculares. Las fundas, unas lentes surcadas de franjas horizontales rojas y verdes, encajaban en las cuencas oculares, lo más cerca posible de los ojos. Un fino reborde de luxina roja adherente garantizaba que las lentes no se cayeran; de hecho, si no tenía cuidado, podría arrancarse la mitad de las cejas al quitárselas. La luxina roja adherente estaba protegida por una pequeña franja de luxina amarilla sólida que había que arrancar antes de aplicar las fundas a los ojos.

A pesar de que las fundas oculares le habían salvado la vida en más de una ocasión, a Karris no le gustaban. Las largas pestañas naturales, un bonito complemento en el Baile de los Señores de la Lux, perdían su atractivo cuando se llevaba una lente a tan escasa distancia del ojo.

Karris ocultó las fundas en un collar compuesto de grandes piedras multicolores, ninguna de ellas lo suficientemente cristalina o interesante como para sugerir que el collar podía tener algún valor. Las fundas se cerraron con un chasquido alrededor de un eslabón y se mezclaron con las demás piedras. Llevaba otro par de fundas encajado bajo la hebilla del cinturón.

Estoy demorándome, pensó.

En su situación actual, solo tenía dos opciones. Podía dirigirse corriente abajo y reunirse con su contacto en Garriston para luego remontar el río, o podía intentar infiltrarse en el ejército del rey Garadul por sus propios medios. Navegar río abajo supondría una pérdida de tiempo, pero aun así llegaría con demasiada antelación. También debía tener en cuenta la amenaza de los bandidos. Su contacto debía de conocer la mejor manera de evitarlos en el camino de vuelta, pero eso no le serviría de nada mientras descendiera por el río. Viajar sola supondría intentar unirse a un ejército hostil sin la menor carta de presentación. Y ahora que Gavin había suscitado las iras del rey Garadul, el monarca sabía que la Cromería ya había enviado aquí al menos un trazador, por lo que sin duda recelaría doblemente de cualquier forastero que apareciera sin avisar.

De hecho, lo más probable era que el espectáculo que había organizado Gavin en Rekton hubiera convertido su misión en una tarea imposible. A buen seguro había tyreanos tan pálidos como ella, pero su acento la delataba, y era una trazadora. En un campamento suspicaz, toda ella proclamaría a gritos que era una espía. Las órdenes de la Blanca no contemplaban en ningún momento las circunstancias a las que se enfrentaba ahora. Era como asistir a lo que uno creía que era una elegante cena pariana con sus reglas y descubrirse rodeado de alborotadores piratas ilytianos devorando pez globo. También eso tenía sus reglas, y si uno las incumplía, terminaría engullendo un trocito de carne impregnado de veneno que lo sumiría en diez minutos de espantosa agonía, al término de los cuales estaría muerto.

Karris no sabía cuáles eran las reglas allí.

Gavin, por supuesto, se zamparía tan tranquilo el condenado pescado entero, y de alguna manera, milagrosamente, sobreviviría. Todo era un paseo para Gavin. Nunca había tenido que esforzarse por nada. Nacido con un talento monumental, hijo de un padre tan adinerado como manipulador, siempre había obtenido cuanto se proponía. Ni siquiera las reglas intrínsecas al papel de Prisma lo constreñían; viajaba de un confín de las Siete Satrapías a otro sin tan siquiera una escolta de la Guardia Negra cuando no quería compañía. Y ahora cruzaría el mar Cerúleo en cuestión de horas. Por el amor de Orholam, podía volar.

Fuera de mi cabeza, embustero. No quiero saber nada de ti.

Las líneas no encajaban. Las cucharillas habían desaparecido, y los urums tenían mil dientes en vez de tres. Pues bien, Karris no pensaba irse a casa. No iba a quedarse esperando a que un hombre viniera a tomarla de la mano y la introdujera en el campamento de Garadul. No fracasaría. Había más de una manera de descubrir cuáles eran los planes del rey Garadul.

No sospechaba siquiera de qué podía tratarse, como es lógico, pero se proponía averiguarlo. En cuanto a su situación actual, recordó algo que solía decir su hermano Koios antes de que las llamas se cobraran su vida: «Cuando no sepas qué hacer, sé justa y haz lo que tengas delante. Pero no necesariamente lo que tengas justo delante».

La ciudad de Rekton había ardido hasta los cimientos. Había un superviviente. Quizá hubiera más, en cuyo caso estarían desesperados por recibir ayuda y posiblemente también protección. Karris podía proporcionarles ambas cosas.

Y si eso conllevaba freír a algún majadero con una bola de fuego del tamaño de una cabaña, miel sobre hojuelas.

21

Parecía que estuvieran volando río abajo. Kip no había viajado tan rápido jamás en toda su vida. Y el Prisma no decía ni palabra, sumido en su mal humor. Durante la mayor parte de la tarde, Gavin Guile se enfrascó en la dirección de lo que la trainera empleaba a modo de remos; en ocasiones semejaba una escalerilla, a veces el fuelle de una fragua, luego unas palas, después una cinta rodante. Gavin accionaba el mecanismo hasta que lo vencía el cansancio, los espasmos se apoderaban de sus músculos y su fina camisa quedaba empapada de sudor. A continuación trazaba, los remos adoptaban otra forma para dar un respiro a sus músculos extenuados, y reanudaba la marcha.

Cuando Kip por fin se atrevió a hablar, dijo:

—Señor, esto… me quitó el estuche. —No tenía la menor intención de preguntar por Karris Roble Blanco ni por las palabras de Gavin. Ni ahora, ni nunca.

Gavin miró a Kip con los labios apretados. El muchacho se arrepintió inmediatamente de haber abierto la boca.

—Era eso o tu vida.

Kip dejó pasar un momento antes de decir:

—Gracias, señor. Por salvarme. —Parecía mejor opción que replicar: ¡Pero era mío! ¡Era lo último, lo único, que me dio mi madre!

—De nada —dijo Gavin. Volvió a mirar río arriba, a todas luces con la cabeza en otra parte.

—Ese hombre, es el responsable de la muerte de mi madre, ¿verdad?

—Sí.

—Creía que ibais a acabar con él allí mismo. Pero os contuvisteis.

Gavin lo observó de soslayo, sopesándolo. Su voz sonó distante cuando dijo:

—No estaba dispuesto a permitir que muriera el inocente para poder matar al culpable.

—¡Esos hombres no eran inocentes! ¡Asesinaron a todas las personas que conocía! —Las mejillas de Kip se surcaron de lágrimas. El muchacho se sentía destrozado, rendido, acabado.

—Me refería a ti.

Eso dio que pensar a Kip, pero sus emociones seguían formando una vorágine inconexa. Su presencia había impedido que Gavin matara al rey Garadul. No sabía con qué palabras podría expresar los sentimientos que le inspiraba esa revelación. Había vuelto a decepcionar a su madre. Su incompetencia había obstaculizado su venganza.

Lo arreglaré, madre. Por mi alma. Acabaré con él. Lo juro.

Dejaron atrás media docena de pequeñas aldeas, y docenas de embarcaciones.

Alimentado por sus afluentes, el río se ensanchó. Pero Gavin solo se detuvo una vez para comprar un pollo asado, pan y vino. Lanzó los alimentos a Kip.

—Come. —A continuación reanudaron la marcha. Gavin no probó bocado. No hablaba ni aminoraba siquiera al cruzarse con algún pescador, sobresaltado por su aparición.

Kip no se atrevió a romper el silencio hasta que el sol se hubo puesto y Gavin volvió a cambiar los remos.

—¿Puedo ayudar… señor?

El Prisma le dirigió una mirada calculadora, como si ni siquiera se le hubiese pasado por la cabeza que el muchacho pudiera echarle una mano. Pero cuando habló, dijo:

—Te lo agradecería de veras. Ven, ponte aquí y limítate a caminar. —Él había estado corriendo—. Puedes usar estos remos para ayudarte si quieres. Gira bajando la pala del lado hacia el que quieras torcer. La de babor para ir a babor y la de estribor para ir a estribor, ¿entendido?

—¿Babor está a la derecha?

—No, a la izquierda.

Kip pestañeó. Esto…

—¿Babor no está a la izquierda?

—Solo si miras a popa.

La expresión de Kip debía de reflejar el pánico que lo atenazaba, porque Gavin soltó una risita.

—No te preocupes. Camina hasta que estés demasiado cansado, o si nos encontramos con rápidos o bandidos. Yo voy a echar una cabezada. —Gavin se sentó en el sitio de Kip y atacó los restos de pollo y de pan. Se quedó mirando mientras Kip se esforzaba por imprimir una velocidad medianamente aceptable a la trainera. El muchacho viró un par de veces (en realidad era muy fácil) y miró a Gavin para ver qué opinaba de sus progresos, pero el Prisma ya se había quedado dormido.

La medialuna resplandecía justo sobre sus cabezas cuando anocheció y Kip empezó a caminar. Aun impulsado tan solo por las piernas de Kip, la trainera era rápida. Gavin había estrechado aún más el casco cuando se marchó Karris, por lo que la embarcación parecía sobrevolar el agua más que cortarla. El nerviosismo atenazó a Kip durante los primeros compases del viaje. Estaba seguro de que se tropezarían con los bandidos al doblar el siguiente recodo, y de que el Prisma no se despertaría a tiempo. Pero la cadencia impuesta por el balanceo de la trainera, el vaivén de las olas y el silencio de la noche no tardó en sosegarlo.

Un búho ululaba a lo lejos; pequeños murciélagos describían picados y contrapicados en el aire, devorando los insectos que volaban muy por encima de las aguas mientras las truchas saltaban para dar cuenta de los que volaban demasiado

bajo. La trainera asustó a una garza real, cuyas grandes alas azules la impulsaron al firmamento nocturno.

Kip se rindió gradualmente a la placidez de la noche. La superficie del río se tornó lisa como un espejo en el que se miraran las estrellas. Vio patos acurrucados en la ribera, con la cabeza escondida bajo el ala. Miró de nuevo al hombre que supuestamente era su padre.

Gavin Guile era musculoso y, pese a sus anchos hombros, tan esbelto como gordo era Kip. El muchacho se esforzó por encontrar algún parecido, cualquier atisbo de que eso pudiera ser cierto. Gavin tenía la piel más clara que él; parecía una mezcla de ruthgari, con sus ojos verdes o castaños, sus cabellos morenos y su tez olivácea, y de bosquesangriento, con sus ojos azul aciano, sus llameantes cabellos rojizos y su palidez cadavérica. El pelo de Gavin era del color del bronce bruñido, y sus ojos, ni que decir tiene, hacían justicia a su condición de Prisma. Cuando trazaba adoptaban el color que estuviera usando en ese momento, y podían cambiar en un instante. Cuando no estaba trazando, los ojos de Gavin relucían como auténticos prismas, y cada diminuto destello derramaba por sus iris una cascada de nuevos colores. Eran los ojos más desconcertantes que Kip hubiera visto en su vida. Ojos capaces de intimidar a un sátrapa y de robar el aliento a una reina. Los ojos del Elegido de Orholam.

Los ojos de Kip presentaban un azul anodino que, lejos de favorecerlo, resaltaban su condición de mestizo. Tal vez corriera sangre del Bosque de Sangre por sus venas. Los tyreanos, como la gran mayoría de las razas, tenían los ojos oscuros. El cabello de Kip era tan moreno como el de un tyreano, pero no liso ni ondulado, sino poblado de apretados rizos que podrían pertenecer a cualquier pariano o ilytiano. Suficiente para señalarlo como la rareza que era, pero a todas luces insuficiente para declararlo vástago de este hombre. Cierto era que su madre tampoco había poseído nunca los rasgos de una tyreana, lo que tan solo complicaba las cosas. Había sido más morena que cualquiera de ellos, con rizos diminutos y ojos de avellana. Kip intentó imaginarse el aspecto que podría tener el fruto de la unión entre su madre y este hombre, pero no lo consiguió. Nadie podía predecir el aspecto que tendrían los cachorros de dos perros callejeros. Quizá lo viera si no estuviese tan gordo. Quizá no fuera nada más que una broma cruel. Una mentira.

El Prisma. ¿El Prisma en persona? ¿Cómo podía ser el padre de Kip alguien así? Había dicho que ni siquiera conocía la existencia de Kip. ¿Cómo era posible tal cosa?

La respuesta era evidente. Había ocurrido durante la guerra. El ejército de Gavin se había enfrentado al de Dazen no muy lejos de Rekton. Al cruzar la ciudad, Gavin había conocido a Lina. Él era el Prisma y se dirigía a lo que muy bien pudiera ser su muerte. Ella era una muchacha joven y guapa cuya ciudad había sido arrasada. Había compartido su cama. Después él se había ido para matar a su hermano, tal vez a la

mañana siguiente, y en las postrimerías de la guerra, las labores de reconstrucción y los esfuerzos por sofocar el resto de la rebelión, reforzar las antiguas alianzas e imponer la paz, lo más probable era que jamás hubiera vuelto a pensar en ella. Aunque lo hubiera hecho, Tyrea no era el lugar más amigable ni seguro para el Prisma por aquel entonces. Se había aliado con Dazen, el hermano malvado, y de resultas había sido tratado con extrema crueldad.

O puede que Gavin hubiese violado a Lina. Aunque eso no tenía sentido. ¿Por qué reconocería su paternidad un violador? Sobre todo teniendo en cuenta lo mucho que evidentemente le había costado a Gavin hacerlo.

Kip podía imaginarse a su madre, embarazada, soltera, abandonada en medio de las ruinas de Rekton. Su primer impulso sería escapar, por supuesto. Kip habría sido su única esperanza. ¿Qué haría? ¿Viajar sola hasta Garriston, desde donde los vencedores controlaban Tyrea? No le costaba ningún esfuerzo imaginárselo. Su madre, presentándose ante algún gobernador, exigiendo ver a Gavin Guile porque portaba a su bastardo en el vientre. Habría tenido suerte si llegó hasta un gobernador con esa historia. De modo que la expulsarían, desvanecida toda esperanza de disfrutar de algo bueno o fácil en la vida.

Cuando mirara a Kip, no vería sus decisiones equivocadas, tan solo la «traición» de Gavin y su decepción. Kip era un sueño aplastado.

Al cabo de media hora, Kip empezó a acusar el cansancio. Le ardían los brazos. Pensó en cómo Gavin había corrido casi sin descanso durante horas. La idea de despertar al Prisma tan pronto le daba vergüenza. Siempre se había agotado enseguida, pero si superaba la fatiga inicial era capaz de aguantar lo que fuera.

No iba a despertar al Prisma. De ninguna manera. Que repusiera fuerzas. Se había ganado eso, al menos. Kip continuaría hasta que Gavin se despertara por sí solo. Aunque muera en el intento, se juró para sus adentros.

La promesa le sentó bien. Él era insignificante. No era nada. Pero podía concederle una noche de plácido sueño al mismísimo Prisma. Podía hacer algo. Podía marcar una diferencia, pequeña, pero aun así mayor que cualquier otra cosa que hubiera hecho en su vida.

Reanudó la marcha. El Prisma le había salvado la vida ese día. ¡El Prisma en persona! Gavin había plantado cara al rey Garadul. Había matado a una veintena o más de los Hombres Espejo del monarca, y había escapado indemne. Era posible que Kip lo hubiera puesto todo en peligro intentando atacar al rey. ¿Cómo se podía ser tan estúpido? Con todos aquellos trazadores presentes, ¿se imaginaba que podría rozar siquiera al monarca? ¡Menudo imbécil!

Aunque la noche era fría, Kip no tardó en estar empapado de sudor. De caminar a buen ritmo había pasado a arrastrar los pies, pero aun así seguía impulsando la trainera más deprisa que un caballo de tiro.

Estaba tan absorto en el ejercicio que se plantó en el campamento antes de darse cuenta. Había tal vez una docena de hombres sentados alrededor de una fogata, bebiendo y riendo mientras uno de ellos tocaba un laúd desafinado. Kip siguió caminando, con el cerebro tan embotado que tardó en comprender lo que estaba a punto de suceder. Todos los hombres estaban armados, incluido aquel que parecía estar montando guardia; aquel que sostenía una ballesta amartillada apoyada en el hombro.

Kip pensó en susurrar algo para despertar a Gavin, pero se encontraban tan cerca que cualquier sonido capaz de alertar al Prisma podría transmitirse por las aguas hasta el ballestero erguido al filo del círculo de luz de la fogata, con el cuerpo vuelto hacia el río pero la cabeza girada hacia sus camaradas.

La trainera emitía apenas un suave siseo al deslizarse sobre el agua. Seguro que el brioso crepitar de las llamas de los bandidos bastaría para disimularlo. Los bandidos habían bloqueado parcialmente el río, con diques de rocas a ambos lados. Encima de ellos habían tendido tablas de madera para construir una pasarela con tan solo una diminuta abertura en el centro. Cualquier embarcación que intentara cruzar por allí estaría al alcance cuando menos de sus lanzas.

Kip podría soltar los remos y sacudir a Gavin, pero ¿qué podía hacer este? Era de noche. El Prisma no dispondría apenas de luz. Tal vez si Kip lo hubiera despertado antes. Ahora era demasiado tarde. Casi con toda seguridad, había firmado su sentencia de muerte. Tendría que buscar la brecha que separaba los diques y encomendarse al azar.

Orientó la trainera hacia la abertura y reprimió un gritito cuando, en el último segundo, la luz de la luna hendió las aguas y reveló la última trampa de los bandidos: en el lecho del río había un poste, recio y ahusado, cuya punta rozaba apenas la superficie del agua. Quien intentara cruzar la brecha se encontraría encallado, con un boquete en el casco.

El casco de luxina de la trainera acarició el poste y lo dejó atrás, deslizándose.

Kip lanzó una mirada de reojo al ballestero mientras la embarcación se escurría entre los dientes de la trampa de los bandidos. El hombre contaba pocos años más que él. Estaba riéndose de buena gana, con una mano extendida hacia uno de sus compañeros, pidiéndole un odre de vino.

Kip pasó entre los diques. El ballestero se giró, sacudiendo la cabeza, y se quedó de piedra al ver a Kip. En la oscuridad, la luxina traslúcida debía de resultar poco menos que invisible para la visión nocturna del centinela, descompensada por el resplandor de las llamas. Lo que veía era un chico rollizo que pasaba de largo, veloz, sobre la superficie del río. Imposible.

Kip sonrió y saludó con la mano.

El centinela levantó una mano y la agitó a su vez. Se quedó paralizado. Volvió a

mirar a sus camaradas, sentados alrededor del fuego. Abrió la boca para dar la voz de alarma, pero no logró emitir ningún sonido. Se giró de nuevo hacia el río y buscó a Kip.

Kip seguía estando al alcance de la ballesta. Lo sabía, pero no aceleró, a pesar de que en estos momentos tenía energías de sobra. Cualquier movimiento podría asustar al centinela.

Este escudriñó las tinieblas intensamente, sin perder de vista al fantasma que se desvanecía ante sus ojos, en silencio. Se frotó la frente con gesto de consternación, sacudió la cabeza y volvió a girarse hacia sus compañeros. Kip empezó a correr entonces, no mucho, pero transcurrido un minuto aproximadamente la trainera había avanzado ya cien pasos río abajo. Kip volvió a caminar. Sonrió. Quizá hubiera cometido un error estúpido, pero lo había resuelto sin tan siquiera despertar al Prisma.

No sabía cuánto tiempo llevaba caminando. Intentaba no perder de vista la orilla, pero el cansancio se había instalado en sus huesos. Dejó atrás campamentos más pequeños; pertenecientes a más bandidos o a inocentes viajeros, no lo sabía. Pero cada vez que veía uno, aminoraba el paso hasta comprobar que todo el mundo estuviera dormido. Puso en práctica incluso una vez más el truco de desenfocar la mirada, lo que le permitió distinguir las siluetas tendidas de varias personas que jamás habría descubierto de otra manera, pero no vio más centinelas.

El horizonte tardó lo que parecían mil años en comenzar a clarear. Kip sentía las piernas en llamas, al igual que los pulmones. Tenía los brazos entumecidos, pero se negaba a parar. Aun arrastrando los pies, la trainera seguía avanzando dos veces más deprisa que cualquier batea.

Por fin, el sol despuntó sobre las montañas. Como siempre, la claridad llegó antes de que el astro terminara de escalar las cimas de las Karsos para anunciar el amanecer. Y el Prisma seguía sin despertar. Kip no pensaba dejar de caminar. Ahora no. Llevaba andando toda la noche. Seguro que el Prisma abría los ojos de un momento a otro y veía lo que Kip había hecho. Se sentiría impresionado. Miraría a Kip con otros ojos. Kip sería algo más que un estorbo, una lacra, un bastardo al que reconocer discretamente antes de repudiarlo.

El Prisma se agitó, y el corazón de Kip dio un respingo. Pero el hombre volvió a acomodarse, su respiración se acompasó una vez más. Desesperado, Kip dirigió la mirada al sol naciente. ¿Tendría que esperar hasta que el Prisma recibiera la luz de frente en la cara? Para eso faltaba al menos una hora. Kip tragó saliva con dificultad. Tenía la lengua seca e hinchada, áspera como el papel de lija. ¿Cuánto hacía que no bebía nada? Un río entero a sus pies, y se moría de sed.

Necesitaba beber. Debería haberlo hecho mucho antes. Si no bebía algo, se desmayaría. El odre de vino del Prisma estaba a menos de un paso de distancia. Kip dejó de caminar. Le temblaban las piernas. No sentía los pies, pero comenzaron a

dolerle cuando la sangre comenzó a afluir a ellos de nuevo. Se apartó del mecanismo de los remos y avanzó un paso en dirección al pellejo.

O lo intentó. Se le enredaron los pies entumecidos y se inclinó hacia delante; consiguió girarse en el último momento para no aplastar al Prisma. Golpeó la borda de la trainera con el hombro y, de repente, todo lo que esta tenía de positivo se transformó en negativo. La estrecha quilla que había permitido que la embarcación sorteara la trampa de los bandidos ahora reducía su estabilidad. El estilizado diseño del casco que les había permitido deslizarse sobre las rocas propiciaba que cualquier brusco cambio de peso resultara catastrófico.

Kip se encontró con la mirada fija en el río a cuatro pulgares de distancia; al instante siguiente, el casco entero se dio la vuelta. Kip cayó de cabeza. Y sin embargo, a pesar del agua que se cerraba sobre sus oídos, de los desenfrenados aspavientos de sus estúpidas y torpes extremidades, y del estrépito con que el resto del casco golpeó el agua, de alguna manera tuvo la certeza de haber oído un grito sobresaltado.

El agua era acogedora. Kip estaba tan abochornado que decidió dejarse morir y acabar de una vez. Acababa de tirar al Prisma al río. ¡Orholam misericordioso!

Ahora sí que se sentirá impresionado, Kip.

Sus pulmones comenzaron a arder en ese momento, y la idea de morir discretamente para eliminar una ignominiosa lacra de la creación perdió todo su atractivo. Kip pataleó débilmente. Sus piernas decidieron que ese era el momento perfecto para sufrir un calambre, y ambas sufrieron un espasmo a la vez. Aleteó en el agua como una avecilla impotente, consiguió aspirar una bocanada de aire y se hundió nuevamente de golpe. Una parte de él sabía que podía flotar. No hacía ni un día que había flotado durante leguas río abajo, pero el pánico lo atenazaba con firmeza en sus garras. Agitó los brazos, inspiró antes de tiempo y se le llenó la boca de agua.

Le dolía la cabeza. Por Orholam, era como si alguien intentara arrancarle todos los cabellos.

Escupió y resopló. ¡Aire! ¡Aire dulce, precioso! Alguien lo había agarrado del pelo y lo había sacado del agua. Tosió dos veces más antes de abrir los ojos por fin.

El Prisma estaba guiñándole un ojo… no, no era eso. El Prisma pestañeaba en un intento por sacudirse de encima el agua que Kip acababa de escupirle a la cara.

Que me muera ahora mismo.

El hombre aupó a Kip hasta el casco, más ancho ahora, dotado de una quilla mucho más estable que antes. Kip hundió la barbilla en el pecho y se frotó los brazos y las piernas hasta que recuperaron la movilidad. El Prisma estaba en pie delante de él, esperando. Kip tragó saliva, hizo una mueca y se dispuso a encajar las iras del hombre. Levantó la cabeza con expresión compungida.

—Me encanta nadar por las mañanas —dijo Gavin—. No hay nada más vivificante. —Y a continuación, esta vez sí, le guiñó un ojo.

22

Dazen Guile despertó lentamente, bombardeados sus sentidos por la incapacitante insulsez azul de su calabozo. Tres topetazos, tres siseos, y su desayuno aterrizó en el suelo de la celda. Sin hacer caso del frío que le atenazaba las articulaciones, ni de la rigidez y el dolor generalizados tras dormir en el suelo de luxina azul con tan solo una fina manta, se sentó y cruzó los brazos.

El cadáver silbaba desafinadamente, sentado con la espalda apoyada en la pared opuesta, moviendo la cabeza al compás de una melodía inexistente.

La locura del azul era metódica. Un giist comprendería todos los matices de la prisión de Gavin. Pero cada vez que Dazen se hundía en la locura, le asaltaba el temor de no ser capaz de volver a salir de ella. La última vez que lo intentó debía de haber sido años atrás. Desde entonces había trazado un montón de azul. Descender nuevamente al azul por voluntad propia bien pudiera equivaler a elegir la aniquilación.

—Dazen —dijo el cadáver—. Esta mañana eres Dazen, ¿verdad? —Era uno de los ardides favoritos del muerto, fingir que el loco era Dazen—. No estarás pensando en volverte giist, ¿verdad?

Odiaba a su hermano por hacerle esto, por forzar esta decisión. Pero su odio estaba exento de pasión. Era un hecho desnudo, tanto como sus propias extremidades, despojado de misterio.

Basta. Antes el olvido elegido por voluntad propia que esta interminable tortura elegida por su hermano.

Dazen trazó azul como si estuviera inhalando una honda bocanada de aire. Sus uñas adoptaron ese tinte aborrecible, sus manos, sus brazos. Se propagó por su pecho como un cáncer helado, aplacándolo. El mismo odio que sentía se transformó en una curiosidad, un misterio, algo tan irracional y poderoso que no podía cuantificarse y comprenderse, tan solo percibirse aproximadamente. El azul impregnó todo su cuerpo.

—Mala idea —dijo el cadáver—. No creo que salgas de esta. —Empezó a hacer malabarismos con unas diminutas esferas de luxina azul. Ya era capaz de controlar cinco. Cuando Dazen lo conoció, el muerto ni siquiera era capaz de manejar tres a la vez.

Ahora que la pasión había dejado de velar su escrutinio, Dazen podía apreciar mejor la celda. Su hermano era un genio. ¿Qué había dicho después de encerrarlo? «Construí este calabozo en un mes. Dispones del mismo tiempo para escapar de él. Tómatelo como una prueba.» Rememoraba esas palabras siempre que se daba por vencido. Era una confesión de imperfección. Se podía escapar de la celda. Existía un punto flaco; tan solo debía encontrarlo.

—El punto flaco no está en la piedra infernal —observó el cadáver—. ¿No te lo había dicho ya? Te respeta demasiado. No tendrá unos pocos pulgares de profundidad, sino dos pasos.

Por un instante fugaz percibió una emoción humana al filo de su consciencia. Pérdida… furia por cómo había restregado aceite y orines durante años, años de degradación, en vano. A su hermano no le interesaba vejarlo. Ese no era su estilo. Tanto esfuerzo, para nada. Jugueteó con esos sentimientos como si tuviera una piedrita extraña en las manos, y a continuación los arrojó lejos de sí. Solo empañaban su visión.

Había algo justo delante de sus narices y no conseguía verlo. Tenía que tratarse de algo obvio, algo que tan solo requería que abordara el problema desde otro ángulo. A su hermano siempre se le había dado bien esa forma de pensar.

—Quizá la única pregunta sea: ¿vas a hacer esto al estilo de Gavin, o al de Dazen? —preguntó socarrón el cadáver, con una sonrisita burlona. Cuando sonreía así, a Dazen le daban ganas de machacarle la cara.

Pero puede que estuviera en lo cierto. Esa era la trampa: intentar hacer esto al estilo de Gavin. Si lo hacía al estilo de su hermano, solo conseguiría hundirse más todavía.

Apoyó las manos inundadas de luxina en el suelo, sintiendo el perfil de toda la estructura. La celda estaba sellada, como era lógico, endurecida y protegida contra la burda manipulación mágica, pero igual que ocurriera antes, notó algo distinto hacia el sur. No es que supiera con seguridad cuál era el sur, se había limitado a decidir que el área que parecía distinta sería su sur, su brújula. Ahí era donde aparecía su hermano cuando venía a verlo. Hacía mucho que no recibía ninguna visita, pero detrás de las paredes de luxina azul había una habitación a la que Gavin acudía cuando quería echar un vistazo a su hermano, cerciorarse de que todavía estaba encerrado, a buen recaudo y lejos del mundo, sufriendo aún tanto como esperaba.

Ese debía de ser el punto débil. Ahí la luxina tenía que ser más delgada, más simple, para que Gavin pudiera manipularla a fin de ver a través de ella. Estaría protegida, por supuesto, pero Gavin no podía haber pensado en todo. Solo había dispuesto de un mes.

Sin embargo, todas las pruebas con fuego de Dazen habían sido un fracaso. La luxina roja era inflamable, así que había pensado que podría trazar luxina roja si se cortaba. Y así era, pero muy poca. No serviría de nada a menos que consiguiera hacerla arder. El fuego le proporcionaría todo un espectro luminoso con el que trabajar, y lograría escapar. Pero no tenía nada con lo que provocar una chispa. Intentar extraer calor de su propio cuerpo casi dio resultado, o al menos creía que había estado cerca, aunque estuvo a punto de matarse la última vez, aterido.

Era sencillamente imposible. Moriría aquí abajo. No podía hacer nada.

Trazó una maza y, con un alarido, la descargó contra la pared. La herramienta, como no podía ser de otra manera, saltó en mil pedazos. El golpe no dejó ni tan siquiera un rasguño en la superficie.

Dazen se frotó la cara. No, la desesperación era su peor enemigo. Debía ahorrar fuerzas. Mañana restregaría la concavidad un poco más. Tal vez mañana fuese el día.

Sabía que no tenía la menor posibilidad, pero se aferró a esa mentira.

En la pared, el cadáver soltó una risita.

23

—Tenemos que hablar acerca de tu futuro —dijo Gavin—. Tienes varias opciones.

Kip miró al Prisma a través del fuego que los separaba. La oscuridad se cernía veloz sobre su islote. Kip había dormido durante horas, al parecer, se había perdido Garriston por completo y solo había despertado cuando la embarcación dio una sacudida al golpear la arena, ya de noche.

—¿Cuánto tiempo me queda de vida? —preguntó Kip. Estaba malhumorado, hambriento, y empezaba a comprender algunas de las consecuencias de lo ocurrido en los dos últimos días.

—Solo Orholam conoce la respuesta. Yo no soy más que su humilde Prisma —dijo Gavin, con una sonrisa traviesa aleteando en los labios. Tenía la mirada perdida en la oscuridad.

—Ya sabes a qué me refiero. —Las palabras de Kip sonaron más ásperas de lo que pretendía. Todas las personas que conocía habían muerto, y él iba a convertirse en un trazador verde. Había visto su futuro en el engendro de los colores: muerte, o locura y después muerte.

Gavin fijó la mirada de golpe en Kip. Hizo ademán de decir algo, pero se contuvo.

—Cuando uno traza —habló al fin—, su cuerpo cambia, y el cuerpo interpreta ese cambio como una herida. La restañará en la medida de lo posible, pero es una batalla perdida de antemano, como luchar contra los estragos de la edad. La mayoría de los trazadores varones consiguen llegar a los cuarenta. La media de edad de las mujeres es de cincuenta años.

—¿Significa eso que la Cromería nos mata o nos vuelve locos?

Las facciones de Gavin se endurecieron.

—Te estás poniendo emocional. Creo que no estás preparado para esto.

—¿Que no estoy preparado? —Gavin tenía razón, y Kip lo sabía. Tenía los nervios de punta. Debería cerrar el pico, pero no pudo contenerse—. No estaba preparado para que asesinaran a todas las personas que conocía. No estaba preparado para empalar a unos jinetes y saltar por una cascada. Las palabras no significan nada. ¿Qué pasa? ¿Tenemos que suicidarnos cuando dejamos de ser útiles? —¿Por qué gritaba? ¿Por qué estaba temblando? Orholam, había jurado por su alma que mataría a un rey. ¿Habría perdido ya la razón?

—Algo por el estilo.

—¿Es eso o convertirse en un engendro de los colores?

—Correcto.

—Bueno, en tal caso ya hemos hablado acerca de mi futuro —dijo con amargura Kip. Sabía que se estaba comportando como un mocoso malcriado, pero no podía

evitarlo.

—No me refería a eso, y tú lo sabes —repuso Gavin.

—¿Quién te dice lo que yo sé o dejo de saber, «padre»?

Fue como ver saltar un resorte. En un abrir y cerrar de ojos, el Prisma pasó de estar sentado frente a Kip, al otro lado de la fogata, a plantarse delante del muchacho con un brazo amartillado. Kip golpeó la arena antes de darse cuenta, con la cabeza resonando debido al manotazo de Gavin y el trasero arañado por el tronco del que acababa de caerse, sin respiración a causa del impacto.

—Has vivido un infierno, de modo que he sido más tolerante contigo que con nadie en toda mi vida. ¿Querías encontrar mi límite? Pues bien, ahí lo tienes.

Kip rodó hasta ponerse boca arriba mientras recuperaba el aliento. La humedad que le rodeaba las comisuras de los labios se había cubierto de arena. Se limpió con el dorso de la mano. No era sangre, solo saliva.

—¡Por las pelotas de Orholam! —dijo—. ¿Sabes lo que he encontrado? ¡Un límite! ¡Soy el mayor descubridor desde Ariss el Navegante!

Gavin se estremeció; su rostro se convirtió en una máscara. Giró los hombros y torció el cuello a un lado y al otro, obteniendo sendos chasquidos. Aunque estaba de espaldas al fuego, Kip vio las espirales de luxina roja que se arremolinaban en sus ojos.

—¿Qué vas a hacer? ¿Pegarme? —preguntó Kip. Solo era dolor.

A veces Kip se aborrecía por cómo veía la debilidad. El Prisma lo amenazaba y lo primero que veía Kip era la vacuidad de la amenaza. Gavin no le daría ninguna paliza por el sencillo hecho de que era un buen hombre y Kip estaba indefenso.

Por un momento la expresión de Gavin se ensombreció hasta tornarse asesina, pero a continuación se redujo a meramente intensa. La más fugaz de las sonrisas destelló en su mirada.

—Respira hondo —dijo con voz queda.

—¿Qué?

El Prisma agitó con suavidad una mano en el aire, como si estuviera espantando una mosca. Una gota de luxina roja salió disparada de sus dedos y salpicó los labios de Kip. El muchacho cogió aire por la nariz antes de que la luxina se extendiera y se la tapara también. A continuación le envolvió la nuca, se propagó por su coronilla y se solidificó. Tan solo los ojos de Kip permanecían al descubierto; tenía la nariz y la boca tapadas, bloqueadas por completo. No podía respirar.

—Me recuerdas a mi hermano —dijo Gavin—. Nunca podía derrotarlo si se crecía. Y cuando lo conseguía, me felicitaba con una condescendencia que hacía que me preguntara si no me habría dejado ganar. ¿Ves las rendijas en las cosas? Bien. Eso demuestra que eres un Guile. Toda nuestra familia comparte ese don. Incluido yo. Piensa en esto, Kip: tengo un montón de problemas que podrían esfumarse si dejara

esa máscara en tu cara hasta que murieses. Deberías pensártelo dos veces antes de emplear la conciencia de un hombre en su contra. Podrías descubrir que carece de ella.

Kip escuchó, conservando las fuerzas contra el pánico creciente, seguro de que cuando Gavin terminara de hablar le quitaría la luxina de la cara. Pero Gavin terminó de hablar y no le quitó la máscara. El estómago de Kip dio un vuelco cuando su diafragma intentó absorber más aire, cuando se contrajo para expeler el aire viciado que tenía dentro. Nada.

Se llevó las manos al cuello, intentando encontrar el borde donde la luxina tocaba la piel. Pero la línea era muy fina, la luxina estaba adherida a la piel. No podía introducir las uñas por debajo. Tanteó alrededor de su cabeza, sus ojos. Si clavaba las uñas en la piel que le rodeaba los ojos, más suave, podría levantar el filo de la máscara y meter un dedo debajo. Se le nublaba la vista. Miró a Gavin, implorante, convencido de que el hombre reaccionaría ahora.

Gavin lo observaba sin apiadarse de él.

—Si lo único que vas a respetar es la fuerza, Kip, primero, eres imbécil, y segundo, has encontrado a la persona adecuada.

El pánico lo dominó por completo. Tendría que haberlo sabido. Kip pataleó, intentó gritar, arañó el fino borde de luxina alrededor de sus ojos, pero apenas si lo había tocado cuando se agotó la fuerza que aún conservaba en las manos. Tendría que haber sabido que no podía confiar…

24

Tras toda una jornada de viaje, el anochecer encontró a Karris cruzando un bosque desde el que se divisaba el intenso y monótono resplandor de Rekton a lo lejos. La oscuridad se había asentado ya, al igual que el aire frío en la maleza. Su dominio del subrojo le permitía utilizar la visión nocturna, pero esta distaba de ser perfecta; en las noches iluminadas por la luna, como hoy, prefería alternar entre ambos tipos de vista. La luz que quedaba por debajo del espectro visible era imprecisa y dificultaba el reconocimiento de los matices. Incluso los rostros se reducían a simples manchas de calor salpicadas de zonas más o menos brillantes, y distinguir las expresiones y los gestos más sutiles, o incluso identificar una cara a cierta distancia, no siempre era tarea sencilla.

El resplandor significaba que Rekton aún seguía ardiendo. Karris rodeó lentamente la ciudad mientras ascendía por la última colina. Evitó la carretera mientras, a la luz plateada de la luna, admiraba la cascada que se erguía justo al pie de la ciudad. Le extrañaba no haber visto a nadie circulando por la carretera en todo el día. Si nadie escapaba de Rekton corriente abajo, eso podría significar que no había supervivientes. Pero también resultaba extraño seguir el río entre las tierras cultivables y no cruzarse con más asentamientos. Había visto naranjales que a todas luces no recibían la menor atención desde la guerra, aunque seguía produciendo frutos. Estos eran tan escasos como frondosos y caóticos los árboles, que crecían aleatoriamente en comparación con los cuadros con escenas de la cosecha que conocía Karris, pero seguían en pie. Le costaba creerlo, con el precio que alcanzaban las naranjas de Tyrea, más pequeñas pero también más dulces y jugosas que las atashianas; las naranjas parianas no tenían ni punto de comparación. ¿Nadie había reclamado estas tierras después de la guerra?

¿Realmente habían muerto tantas personas en la Batalla de la Roca Hendida que incluso ahora, dieciséis años después, la tierra seguía estando en barbecho, entregando sus frutos tan solo a los ciervos y los osos?

Karris no vio ningún cadáver hasta que entró sigilosamente en la ciudad, aún humeante, envuelta en su capa negra con capucha. Estaba siguiendo la carretera principal, de empedrado homogéneo y cuidado, señal, en opinión de Karris, de que el lugar estaba bien gobernado. Un cuerpo calcinado yacía en medio de la calle, bocabajo, con un brazo extendido, apuntando con un dedo al interior de la ciudad. Tan solo la mano y el dedo estirado habían escapado de las llamas. Le faltaba la cabeza.

No había visto ningún incendio parecido desde la guerra. Durante el conflicto, los ejércitos se habían enfrentado varias veces en zonas donde los cadáveres no podían recibir sepultura y el combustible natural para las piras funerarias escaseaba. Había

que eliminar los muertos para no perder aún más soldados por culpa de la enfermedad, de modo que los trazadores rojos rociaban los cadáveres con un rápido chorro de gelatina roja. Estas capas improvisadas, aun trazadas descuidadamente, podían prenderse enseguida. Problema resuelto. Sin embargo, la incineración no era completa. Si los cuerpos se quemaban individualmente, en vez de en montones, los esqueletos sobrevivían a las llamas. Si el trazador no era meticuloso, había partes del cuerpo que no podían reducirse por completo a huesos carbonizados. Los costillares y las calaveras acababan repletas de carne humeante; suficiente en tiempos de guerra cuando había que eliminar los restos del adversario para evitar la propagación de enfermedades, pero no para los compatriotas de uno.

Aunque el rey Garadul no había combatido en esa guerra, estaba imitando sus peores prácticas; con su propia gente.

Como sospechaba, la mano extendida condujo a Karris hasta más cadáveres. Al principio yacían muy espaciados entre sí, después uno cada treinta pasos, cada veinte, cada diez. Todos estaban decapitados. Los cuerpos flanqueaban ahora la carretera principal formando una hilera compacta frente a las ruinas humeantes de hogares y comercios. El calor había agrietado los cuidados adoquines, surcados de extrañas huellas. Karris tardó en comprender de qué se trataba, pero al acercarse su significado se tornó evidente: eran las marcas que habían dejado los cadáveres arrastrados, franjas de sangre seca dibujadas por los cuerpos sin cabeza transportados desde la plaza.

Se detuvo en medio del humo y la carnicería antes de doblar la esquina que habría de llevarla a la plaza de la ciudad. Desenvainó la espada corta, pero no se puso las gafas. Si había una trampa, estaría aquí, pero había calor y rojo en abundancia para permitirle luchar por medios mágicos, llegado el caso. Aunque su objetivo no fuera infiltrarse sin que la vieran, no había necesidad de anunciar su condición de trazadora a menos que fuese imprescindible. Llegado el momento, las llamas hablarían por ella.

Karris dobló la esquina.

Orholam misericordioso.

No habían quemado las cabezas, sino que las habían amontonado en el centro de la plaza de la ciudad, conservadas en un envoltorio de luxina amarilla y azul. Ojos vidriosos, rostros mutilados, regueros de sangre que manaban desde lo alto en macabra imitación de las pirámides de champán del Baile de los Señores de la Lux. Karris se esperaba algo así después de ver todos esos cadáveres decapitados, pero esperarlo no era lo mismo que verlo. La sobrevino una arcada. Se giró y apretó las mandíbulas con fuerza, pestañeando un par de veces seguidas, como si sus párpados pudieran borrar el horror de sus ojos. Paseó la mirada por el resto de la plaza mientras se le asentaba el estómago.

Si Gavin hubiera visto esto, habría matado al rey Garadul. Tan inexorable como el

mar, tan implacable como Orholam, habría perseguido hasta al último de estos monstruos. A pesar de lo que hubiera hecho durante la guerra y antes, a pesar de cómo se había portado con ella, desde la Guerra del Falso Prisma Gavin había recorrido las Siete Satrapías impartiendo justicia. En dos ocasiones había hundido sendas flotas piratas ilytianas, había ejecutado al rey bandido de los Demonios de Ojos Azules, había luchado por la paz cuando estalló la guerra una vez más entre Ruthgar y el Bosque de Sangre, y había llevado al Carnicero de Ru ante la justicia. Aparte de los tyreanos, todo el mundo lo amaba. Y su venganza habría sido temible en este escenario, aun por los tyreanos. Jamás hubiera tolerado algo así.

La mayoría de los edificios eran montañas de escombros humeantes al gris que antecedía al amanecer. Aquí y allá se erguían paredes solitarias, abrasadas, ennegrecidas y aisladas de sus compañeras derrumbadas. La residencia de la alcaldesa, si eso es lo que era (se trataba del edificio más grande que había visto en los alrededores, con una escalinata que daba a la misma plaza), había quedado irreconocible por completo. Los soldados la habían arrasado; no quedaba piedra sobre piedra.

Pero la plaza en sí se veía inmaculada. Todos los restos calcinados habían sido empujados a las calles que desembocaban en ella o tirados sin contemplaciones al río, cuyo canal delimitaba la plaza al oeste. El rey Garadul no quería que nada distrajera a los visitantes de su macabro trofeo. Karris se armó de valor y volvió a contemplar la pirámide de cabezas humanas. Todas las marcas del suelo, todas las franjas sanguinolentas conducían aquí. Todos los cadáveres (Karris esperaba que ese fuera su estado cuando llegaron aquí) habían sido decapitados en esta plaza para que la pirámide estuviera lo más bañada de sangre posible. Era una exhibición; el rey Garadul quería que todo apuntara a este horror.

La pirámide era más alta que Karris. Las cabezas de la cima, la cúspide de la pirámide, eran cabezas de niños: muchachos y muchachas de mejillas regordetas con cintas y lazos en el pelo.

Karris no vomitó. Había algo en todo esto que la dejaba fría. A juzgar por sus edades, esos niños podrían haber sido suyos. Se descubrió contando las cabezas. Había cuarenta y cinco en la base, y la pirámide era tan ancha como alta, construida con precisión matemática. Las cabezas de los niños eran más pequeñas, y resultaba imposible saber si la pirámide era maciza o si estas cabezas se habían apilado alrededor de una pirámide más pequeña hecha de otra cosa. Los dedos de Karris se movieron mientras movía mentalmente las cuencas de un ábaco, empujándolas a derecha e izquierda.

Si la pirámide era maciza, contendría alrededor de un millar de cabezas.

Un escalofrío helado recorrió su piel, heraldo de una nueva arcada. Apartó la mirada. Eres una espía, Karris. Tu cometido consiste en averiguar cuanto sea

relevante. Respiró hondo y examinó una de las esquinas inferiores de la pirámide, para después recorrer el canto de la figura con la mirada. Estaba formada de múltiples capas de luxina de distintos colores. El rey Garadul quería que esto durase años. Alguien podría atacar la pirámide con un martillo de picapedrero, y tal vez conseguiría resquebrajarla, pero no la derribaría. Enterrar estas cabezas, eliminar este monumento execrable, era tarea imposible.

La habilidad invertida sugería que el rey Garadul tenía acceso a un número indeterminado, tal vez muy abultado, de trazadores aptos y capaces. Mala noticia. Karris había oído a Gavin expresar la sospecha de que el rey Garadul se proponía fundar una supuesta academia a fin de formar a sus propios trazadores lejos de la supervisión de la Cromería. Esto demostraba sin lugar a dudas que Gavin estaba en lo cierto.

—Malnacido —masculló Karris. No sabía si se refería a Garadul o a Gavin. ¿Cómo podía ser tan estúpida? ¿Tenía delante una montaña de cabezas y estaba tan furiosa con Gavin como con el monstruo que había hecho esto? ¿Porque se había acostado con una fulana durante la guerra?

Aunque pareciera una locura, incluso después del inmenso incendio que le había arruinado la vida y acabado con las de sus hermanos, Karris se había sentido más que tentada de pasarse al bando de Dazen por aquel entonces. Siquiera para escuchar su versión de los hechos. Puede que Gavin lo supiera.

O puede que fuese el sentimiento de culpa provocado por su aventura lo que llevó a Gavin a romper su compromiso justo después de la guerra.

De modo que había sido infiel. Bienvenida a la suerte que compartían todas las mujeres que se enamoraban de grandes hombres. Que ella supiera, solo había sido una noche de debilidad en vísperas de la batalla definitiva, una belleza se había arrojado a sus brazos y él no había podido negarse, solo esa vez.

Ya. Pero que ella supiera, la misma debilidad podría haberse repetido todas las noches.

Hace años de aquello, Karris. ¡Años! ¿Cómo se ha comportado Gavin desde que terminó la guerra?

¿Aparte de romper nuestro compromiso y dejarme sin nada?

¿Cómo se ha portado contigo en los últimos quince años?

Decentemente. Maldito sea. Mentiras y secretos al margen. ¿Qué había dicho? «No espero que lo entiendas, o que me creas incluso, pero te juro que lo que pone en esa nota no es verdad.» Había algo en todo ello que le remordía la conciencia. ¿Qué sentido tendría elaborar una mentira?

La dirección del viento cambió y cubrió la plaza abierta de humo. Karris tosió y sintió que se le irritaban los ojos. Pero cuando terminó de toser, le pareció oír un crujido.

Otro, y entonces, a un bloque de distancia, una chimenea se desplomó sobre los restos carbonizados de una casa. El amanecer era rojo; un efecto fruto del humo y los espectros, no un espejo celestial de toda la sangre aquí derramada.

Karris comenzó a registrar la ciudad en busca de supervivientes mientras estimaba los daños. Sé justa, haz lo que tengas delante. La ciudad no había ardido fácilmente. Los edificios eran de piedra, aunque con soportes de madera, y los árboles eran verdes, ya fuese debido al riego manual (el río atravesaba la ciudad de lado a lado) o a que sus raíces eran lo bastante profundas. Pero hasta la última estructura del centro urbano había quedado reducida a cenizas. Eso significaba trazadores rojos.

Debían de haber recorrido el interior de todos los edificios, rociando todas las vigas de madera con luxina roja.

Durante las dos horas que empleó buscando entre los escombros esparcidos por las calles, en ocasiones Karris se vio obligada a rodear bloques enteros. Aunque se cubrió el rostro con un pañuelo mojado, seguía sintiéndose mareada y tosía con frecuencia. No encontró nada más que cadáveres y unos cuantos perros que gañían plañideros. Se habían llevado todas las reses. La iglesia de la ciudad había sido el escenario de una pequeña contienda. Frente a sus puertas yacía el cuerpo de un luxiat, decapitado como los demás. A Karris no le costó imaginárselo amonestando a los soldados, intentando proteger a aquellos de sus feligreses que buscaban santuario entre las paredes del templo. Dentro encontró podaderas, un hacha, cuchillos, un par de machetes, una espada rota y más cadáveres sin cabeza. Y sangre seca y quemada por todas partes. Las vigas estaban chamuscadas pero no se habían incendiado. Obra de un trazo descuidado, quizá, o del temor religioso, o del hecho de que las vigas de duramen, importadas de los desiertos del sur de Atash, fueran tan antiguas y densas.

Los bancos, sin embargo, y los cadáveres habían ardido. Karris se sentía aturdida, bien a causa del humo que había inhalado o de su creciente insensibilidad a la acumulación de muerte y sufrimiento. Al fondo de la iglesia, detrás de las escaleras, encontró a una joven familia; el padre rodeaba con los brazos a la mujer, que guarecía a un niño entre los suyos. Los soldados no habían dado con ellos. Habían perecido los unos en brazos de los otros a causa del humo. Karris los auscultó minuciosamente, atenta al menor indicio de pulso en sus cuellos. El padre, muerto. La madre, una muchacha todavía adolescente, muerta. Karris tomó por fin en sus brazos al bebé envuelto en las mantas, un varón. Musitó una plegaria entre dientes. Pero Orholam hizo oídos sordos; el pecho diminuto no albergaba ningún aliento.

Karris se tambaleó. Tenía que salir de allí. Dejó el cadáver del bebé encima de la mesa más próxima, tan solo para descubrir que se trataba del altar. Recorrió el pasillo principal de la iglesia a trompicones, dejando atrás bancos humeantes a izquierda y derecha; las imágenes de otra época, de otro bebé sacrificado, se confundían con los

horrores que se desplegaban ante sus ojos.

Ya casi había llegado a la salida cuando el suelo se hundió bajo sus pies.

25

—Tienes que tomar unas cuantas decisiones, Kip —dijo Gavin.

Que él supiera, Kip apenas si llevaba consciente unos segundos; minutos contados, a lo sumo. Aún era de noche, las estrellas destellaban glaciales sobre su cabeza; a pesar de haber caído muy cerca del fuego, había querido la suerte que este no le quemara la ropa. La asfixiante máscara de luxina roja se había esfumado, aunque su piel conservaba una fina capa de áspero polvillo arenoso.

—¡Te mataré! —dijo Kip. No podía confiar en nadie. Todos eran unos embusteros. Todo el mundo se preocupaba tan solo de sí mismo. Como de costumbre, el miedo que crecía en su interior avivaba su ira, feroz, abrasadora e incontrolable. Se sentó y traspasó al Prisma con la mirada. El hombre lo observó fríamente, sin dar muestras de arrepentimiento, meramente curioso por ver qué hacía Kip a continuación, haciendo oídos sordos a sus palabras. Kip se preguntó si podría utilizar el fuego para conjurar unas gigantescas lanzas verdes con las que empalarlo.

Muy listo, Kip. En medio de solo Orholam sabe dónde, ¿estarías dispuesto a matar a tu guía? ¿Por qué? ¿Por no tolerar tus chiquilladas?

No te lo tomes como una traición, Kip, sino como una lección. Kip se estremeció. Realmente había pensado que Gavin se disponía a asesinarlo. Y esa era la cuestión. No había dejado a Gavin otra elección más que demostrarle que no podía ser manipulado, no por un crío. No solo era mayor que Kip, también era más inteligente, estaba más curtido y tenía más experiencia que él, y exigía respeto.

Lo cual era… justo.

Pero eso no impidió que Kip sufriera un estremecimiento. Siquiera por unos segundos, había llegado a creer que se moría, y no había podido hacer nada al respecto. Pero esta era la única persona que podía enseñarle cómo no volver a sentirse impotente. Este era el hombre que podía enseñarle cómo vengar a su madre y a Rekton. ¿Y Kip pensaba quedarse sentado con la boca cerrada, enfurruñado?

Con toda la dignidad que fue capaz de reunir, Kip volvió a sentarse en el tronco. Le temblaban las piernas, pero consiguió acomodarse sin ponerse aún más en evidencia.

—Lo siento —murmuró, rehuyendo la mirada del Prisma. Carraspeó para aclararse la voz—. ¿Qué decisiones?

Notó que Gavin se sorprendía un poco, complacido al ver que Kip renunciaba a seguir luchando, pero el hombre lo dejó correr.

—Eres mi hijo natural, Kip. Eso conlleva algunas consecuencias. Para ti. —Kip observaba con atención el rostro de Gavin. Pronunció las palabras «mi hijo natural» sin torcer el gesto, sin entornar siquiera los párpados. Kip se preguntó si habría practicado para poder decirlo con tanta indiferencia. Había visto una muestra de lo

que proclamar su paternidad le había costado a Gavin, y aun así el hombre lo reconocía sin tan siquiera arrugar la nariz ante la ignominiosa existencia de Kip. Debía de estar representando un papel (¿a quién le gustaría descubrir que había engendrado un bastardo?), pero si así era, lo representaba por el bien del muchacho.

Gavin era mejor persona de lo que Kip jamás hubiera creído posible.

—Que te conozcan como mi hijo ilegítimo tendrá su precio —prosiguió Gavin—. Aunque no te hayas criado entre algodones, quienes detestan a los privilegiados te detestarán también a ti. No has recibido ninguna educación especial, pero quienes sí la han recibido te despreciarán si demuestras saber menos que ellos. Si te reconozco, atraerás todo tipo de amistades indeseadas. Los que me envidian y me odian rara vez se atreven a meterse conmigo, Kip, soy demasiado poderoso, demasiado peligroso. Pero se meterán contigo. No es justo, pero así son las cosas. Te someterán a un escrutinio incesante, y tanto tus logros como tus fracasos tendrán repercusiones inimaginables en estos momentos. Mi padre podría decidir no reconocerte. Otros intentarán demostrar que eres un impostor. Otros intentarán utilizarte en mi contra. Y aun otros buscarán tu amistad con la esperanza de que eso les ayude a ganarse mi favor. Las falsas amistades son un veneno contra el que me gustaría protegerte.

Ya es demasiado tarde para eso. Kip pensó en Ram. Ram, que siempre estaba al mando, al que siempre le gustaba restregarle su inferioridad en las narices a Kip, alegando que era una broma inocente. Ram, del que Isa se había enamorado. Ram, muerto, tendido de bruces con una flecha en la espalda.

—¿Y cuáles son mis opciones? —preguntó Kip—. Soy lo que soy.

Gavin se acarició el puente de la nariz.

—Podrías hacerte pasar por un estudiante más, por ahora. Más adelante, a tu elección, te reconoceré públicamente. Así dispondrás de tiempo para aclimatarte a tu nuevo entorno, para saber quiénes son tus verdaderos amigos.

—¿Engañándoles?

—A veces es preciso mentir a nuestros amigos —le espetó Gavin. Hizo una pausa —. Mira, solo quería darte la opción…

—No, perdona. No… no estoy enfadado contigo. Mi madre… ¿Recuerdas cómo era? Quiero decir, antes de que yo naciera.

Gavin movió los labios. Se los humedeció con la lengua. Sacudió la cabeza.

—No me acuerdo de ella, Kip. En absoluto.

De modo que no había sido lo que se dice un flechazo. El vacío de Kip se intensificó. No tenía familia.

—Eres el Prisma. Supongo que muchas mujeres querrán estar contigo.

—Estábamos en guerra, Kip. Cuando uno espera morir en el momento menos pensado, lo último que se le pasa por la cabeza es el efecto que podrían tener sus actos sobre los demás dentro de diez años. Cuando has visto cómo caen los amigos a

tu alrededor, hacer el amor consigue que te sientas vivo. El vino y el licor fluían en abundancia, y no había nadie capaz de frenar a un joven impulsivo que tenía la mala suerte de ser el Prisma. Pero eso no es excusa. Lo siento, Kip. Lamento que mi desconsideración te haya provocado tanto sufrimiento.

De modo que mi madre pasó una noche contigo, y depositó todas sus esperanzas en esa circunstancia. Seguro que había conspirado y se había abierto paso a codazos entre una docena de mujeres más que dispuestas a compartir la cama del Prisma, a Kip no le cabía la menor duda. ¿Y por eso había dejado que sus años se tiñeran de amargura?

Con el corazón en un puño, Kip se rió sin la menor sombra de humor. Con todas las veces que había soñado con quién podría ser su padre, jamás se había atrevido a imaginar que pudiera tratarse del mismísimo Prisma. Pero en sus sueños, era una emergencia lo que había reclamado a su padre. Los había abandonado porque no le quedaba más remedio. Sin embargo, los amaba a su madre y a él. Los extrañaba. Quería regresar, y lo haría algún día. Gavin era un buen hombre, pero no sentía nada por Lina. Ni por Kip. Estaba dispuesto a cuidar de él porque era respetuoso con el deber. Era un hombre decente. Pero no le profesaba ningún cariño. No le ofrecía ninguna familia. Kip estaba solo, aislado tras una reja entre cuyos barrotes atisbaba todo cuanto jamás podría ser suyo.

Era como recibir un regalo extraordinariamente exótico cuando lo único que anhelabas era algo de lo más común. Aun así, ¿cómo podía ser tan ingrato? ¿Se lamentaba? ¿Se compadecía… porque su padre era el Prisma?

—Lo siento —dijo Kip. Fijó la mirada en sus uñas, estropeadas a causa de la luxina—. No es justo. Mi madre tenía… problemas. Supongo que quería tenderte una encerrona presentándose conmigo. —Kip no era capaz de mirar a Gavin a los ojos. Lo abrumaba la vergüenza. ¿Cómo pudiste ser tan estúpida, madre? ¿Tan mezquina? —. No te mereces esto. Me salvaste la vida, y he sido… un ingrato. —Parpadeó, pero no consiguió detener por completo las lágrimas—. Puedes abandonarme en cualquier sitio… bueno, menos en una isla desierta, a ser posible.

Gavin sonrió brevemente antes de ponerse serio de nuevo.

—Kip, tu madre y yo hicimos lo que hicimos. Te agradezco que intentes protegerme de las consecuencias de mis actos, pero no supones ninguna carga para mí. Que hable la gente. Me trae sin cuidado. ¿Entendido? —Exhaló un suspiro—. Además, el único daño que me preocupaba ya está hecho.

Kip tardó un segundo en comprenderlo. ¿Que el daño ya estaba hecho? Nadie sabía siquiera de su existencia.

Excepto Karris. A eso se refería Gavin. Kip había provocado una ruptura con la única persona en el mundo que le importaba a Gavin. Lo que pretendía tranquilizar la conciencia de Kip lo golpeó en su punto más débil. Su madre le había hecho sentir

culpable por el mero hecho de existir durante más tiempo del que podía recordar. Había arruinado su vida al nacer. Había arruinado su vida con sus exigencias. Había conseguido que la gente la mirara por encima del hombro. La había apartado de todas las cosas que podría haber hecho. Intentó bloquear las palabras que resonaban dentro de su cabeza. No lo decía en serio. Quería a Kip, aunque nunca lo expresara con palabras. No sabía cuánto daño le hacía.

Pero Gavin era un buen hombre. No se merecía esto.

—Kip. ¡Kip! —Gavin esperó hasta que Kip levantó la cabeza—. No te abandonaré.

Visiones de un armario cerrado con llave, gritando, desgañitándose, sin obtener ninguna respuesta.

—¿Hay algo de comer? —preguntó Kip, pestañeando—. Me siento como si llevara una semana sin probar bocado. —Se palpó el pecho. Podía sentir cómo sobresalían las costillas.

Gavin sacó una ristra de salchichas de su petate, cortó una (¿solo una?) y se la lanzó a Kip.

—Mañana empezarás en la Cromería.

—¿Oomowwow? —repuso Kip, con la boca llena.

—Voy a compartir un secreto contigo —dijo Gavin—. Puedo viajar más deprisa de lo que nadie sospecha.

—¿Puedes desaparecer y materializarte en otro lugar? ¡Lo sabía!

—Hum, no. Pero puedo hacer que una barca vaya realmente deprisa.

—Oh, eso es… asombroso. Una barca.

Gavin parecía desconcertado.

—La cuestión es que no quiero que nadie sepa lo rápido que soy. Se avecina una guerra, y si quiero sacarla a la luz, tendré que hacerlo por sorpresa. ¿Entendido?

—Desde luego —respondió Kip.

—Entonces necesito que me digas qué quieres. Me encargaré de unos cuantos asuntos durante tu iniciación.

—¿Mi iniciación?

—Unas pruebas sin importancia que determinarán el resto de tu vida. Llegas tarde, no obstante, los demás alumnos ya han empezado, así que tendremos que prescindir de ceremonias. Después de la iniciación podrás quedarte y recibir tu formación.

A Kip se le formó un nudo en la garganta. ¿Abandonado en una isla desierta, sin conocer a nadie y sin apenas tiempo para prepararse para una prueba que habría de determinar el resto de su vida? Por otro lado, la Cromería era donde aprendería la magia que necesitaba para matar al rey Garadul.

—¿Cuál es la otra opción?

—Acompañarme.

Era la luz al final de un túnel. El corazón de Kip dio un vuelco en su pecho.

—¿Y qué vas a hacer?

—Lo que mejor se me da, Kip. —Gavin fijó la mirada en el firmamento; sus iris eran espirales arco iris. Esbozó una sonrisa que no se reflejó en sus ojos. Cuando habló, su voz era tan fría y distante como la luna—. La guerra.

Kip tragó saliva con dificultad. A veces, al observar a Gavin, tenía la impresión de estar mirando entre los árboles, atisbando fragmentos de un gigante que cruzaba el bosque con grandes zancadas, arrollándolo todo a su paso.

Los ojos de Gavin se posaron en Kip una vez más. Sus facciones se suavizaron.

—Lo que básicamente consiste en organizar tediosas reuniones para convencer a unos cobardes de que se gasten el dinero en algo más que fiestas y trapos bonitos. —Sonrió de oreja a oreja—. Me temo que es posible que ya me hayas visto realizar más magia que la mayoría de mis soldados en toda su vida. —Se le empañó la mirada—. Bueno, eso no es del todo cierto. Pareces desconcertado.

—No tiene mucho que ver con lo que acabas de decir, pero… —Kip dejó la frase en el aire. Ahora que la pregunta ya casi había escapado de sus labios, se le antojaba tremendamente ofensiva—. ¿A qué te dedicas?

—¿Como Prisma?

—Sí. Hum, señor. Quiero decir, sé que eres el emperador, pero no parece…

—¿Que nadie me haga caso? —Gavin se rió—. A mí también me da esa impresión. La verdad sin tapujos es que los Prismas vienen y van. Generalmente cada siete años. Los Prismas adolecen de los mismos defectos que el común de los mortales, y los grandes cambios de poder cada septenio pueden tener efectos devastadores. Si un Prisma lo arregla de tal modo que los miembros de su familia gobiernen todas las satrapías, y el siguiente Prisma intenta hacer lo mismo, la sangre puede llegar al río muy pronto. Los Colores, en cambio, los siete miembros del Espectro, a menudo ostentan sus cargos durante décadas. Y por regla general son muy inteligentes, así que los Prismas han pasado a delegar sus tareas cada vez más con el paso del tiempo, entregándose a labores religiosas para ocupar su tiempo. El Espectro y los sátrapas gobiernan juntos. Cada satrapía posee un Color del Espectro, y cada Color supuestamente obedece las órdenes de su sátrapa. En la práctica, los Colores a menudo se convierten en cosátrapas extraoficiales. Las maniobras entre el Color y el sátrapa, y entre todos los Colores y la Blanca, y entre todos los Colores y la Blanca contra el Prisma, contribuyen a mantener el orden. Todas las satrapías pueden hacer lo que les plazca en su casa, siempre y cuando no haga enfadar a otra satrapía y mantenga el tráfico comercial activo, por lo que todo el mundo procura que los demás no se desmanden. En realidad no es tan simple, claro está, pero basta para hacerse una idea.

Parecía suficientemente complicado.

—¿Pero durante la guerra…?

—Fui designado prómaco. Mi autoridad era absoluta en tiempo de guerra. La posibilidad de que el prómaco decida que la «guerra» dure eternamente es algo que pone nerviosos a todos.

—Pero ¿abdicaste? —Kip se dio cuenta de que era una pregunta absurda.

Gavin, sin embargo, esbozó una sonrisa.

—Y para pasmo de todos, aún no me han asesinado. La Guardia Negra no protege solo a los Prismas, Kip. También protege al mundo de nosotros.

Por Orholam. El mundo de Gavin sonaba más peligroso que el que Kip acababa de dejar atrás.

—Entonces, ¿me enseñarás a trazar? —preguntó. Era todo cuanto se podía pedir. Aprendería lo que necesitaba aprender y no estaría solo en ninguna isla desconocida. Además, ¿quién más indicado para enseñar a trazar que el mismísimo Prisma?

—Por supuesto. Pero antes tenemos que ocuparnos de un par de asuntos.

Kip dirigió una mirada cargada de anhelo a la ristra de salchichas que Gavin sostenía aún en la mano.

—Espero que comer bien sea uno de ellos.

26

Al mediodía siguiente, Kip se había tragado ya por completo sus palabras acerca de la barca. Volaban sobre las olas a una velocidad de vértigo; Gavin había trazado un armazón cerrado mientras mascullaba algo acerca de las mujeres y sus ideas, de modo que ahora, a pesar del viento huracanado que los envolvía, podían hablar.

—Así que has usado el verde —dijo Gavin, como si para él fuera lo más normal del mundo estar inclinado hacia delante, con la piel roja en su totalidad, sujetos con correas los pies, engarfiados los dedos de las manos en torno a dos postes azules traslúcidos, arrojando grandes tapones de luxina roja al agua, sudando profusamente, con los músculos agarrotados—. Es un buen color. Todo el mundo necesita trazadores verdes.

—Creo que también puedo ver el calor. Y maese Danavis decía que soy un supercromado.

—¿Cómo?

—Maese Danavis era el tintorero de la ciudad. A veces le echaba una mano. Le costaba encontrar los rojos que le gustaban al marido de la alcaldesa.

—¿Corvan Danavis? ¿Corvan Danavis vivía en Rekton?

—S-sí.

—¿Delgado, de unos cuarenta años, bigote con cuentas ensartadas, pecoso, algo pelirrojo?

—No tenía bigote —respondió Kip—. Pero por lo demás, sí.

Gavin maldijo entre dientes.

—¿Conoces a nuestro tintorero? —preguntó con incredulidad Kip.

—Por así decirlo. Luchó contra mí en la guerra. Siento más curiosidad por tu habilidad para ver el calor. Dime cómo lo haces.

—Maese Danavis me enseñó a percibir lo que acecha en la periferia del campo visual. A veces, cuando lo hago, la gente brilla. Sobre todo la piel que está al descubierto, las axilas y… ya sabes.

—¿La entrepierna?

—Eso. —Kip carraspeó.

—Que me cieguen —dijo Gavin. Soltó una risita.

—¿Qué? ¿Qué significa eso?

—Lo averiguaremos más adelante.

—¿Más adelante? ¿Cuándo, dentro de uno o dos años? ¿Por qué me hablan todos los adultos como si fuera un estúpido?

—Tienes razón. A menos que seas un bicho realmente raro, lo más probable es que seas un bicromo discontiguo.

Kip parpadeó. ¿Un qué de qué?

—He dicho que no soy estúpido. Otra cosa es que sea un ignorante.

—Y me refería a más adelante, hoy mismo.

—Ah.

—Se dan dos casos especiales en el trazo… bueno, en realidad hay un montón de casos especiales. Condenado Orholam… nunca he intentado enseñar lo básico. ¿Alguna vez te has preguntado si eres la única persona real en el mundo, si todo y todos los demás solo existen en tu imaginación?

Kip se ruborizó. En su hogar, había llegado a intentar incluso dejar de imaginar a Ram, con la esperanza de que el muchacho desapareciera como por arte de magia.

—Supongo que sí.

—Pues bien, es uno de los primeros coqueteos con el egoísmo de una mente pueril. Con perdón.

—Perdonado. —Puesto que no tengo ni idea de qué acabas de decir.

—Se trata de una idea atractiva porque valida tu importancia, te permite hacer lo que te salga de las narices y no se puede refutar. Enseñar a trazar se topa con el mismo problema. Partiré de la base de que aceptas que las demás personas existen.

—Vale. No me gusta darme sermones a mí mismo —dijo Kip. Sonrió.

Gavin entornó los párpados en dirección al horizonte. Había improvisado dos lentes separadas por un brazo de distancia, montadas en el dosel de luxina, que le permitían escudriñar las aguas. Debía de haber visto algo, porque de improviso viró el deslizador a la izquierda… ¡a babor! Viró el deslizador a babor.

Cuando retomó el hilo de la conversación, parecía haberse perdido la pulla de Kip.

—En fin, ¿por dónde íbamos? Ah. Enseñar a trazar tiene el inconveniente de que el color existe, es algo ajeno a nosotros, pero solo lo conocemos gracias a nuestra experiencia con él. Nadie sabe por qué, pero algunas personas, los subcromados, son incapaces de distinguir el rojo del verde. Otros subcromados no pueden diferenciar entre el azul y el amarillo. Evidentemente, cuando informas a alguien de que no puede ver un color que no ha visto nunca, es posible que no te crea. Todos los que le aseguran que el rojo y el verde son colores distintos podrían haberse confabulado para gastarle una broma cruel. O deberá aceptar la existencia de algo que no verá jamás. Te ahorraré las implicaciones teológicas. En pocas palabras, si existen hombres con deficiencias cromáticas… casi siempre son hombres, dicho sea de paso… ¿por qué no habría de haber quienes sean excepcionalmente sensibles al color, supercromados? Y resulta que los hay. Pero se trata de mujeres, en su mayoría. De hecho, aproximadamente la mitad de las mujeres son capaces de percibir una gama de colores extraordinaria. En el caso de los varones, solo uno de cada diez mil puede presumir de lo mismo.

—Espera, entonces, ¿los hombres llevan siempre las de perder? ¿Ciegos a los

colores en mayor proporción y realmente buenos en verlos con menos frecuencia? No es justo.

—Pero podemos levantar más peso.

—Ya —refunfuñó Kip—, y mear de pie, ¿no?

—Muy útil si se está rodeado de hiedra venenosa. Recuerdo una misión en la que me acompañó Karris… —Gavin soltó un silbido.

—No —dijo Kip, horrorizado.

—¿Crees que estaba enfadada conmigo cuando la viste en el río? De alguna manera, también aquella vez tuve yo la culpa. —Gavin esbozó una sonrisa traviesa—. En cualquier caso, volviendo al tema que nos ocupaba, la mayoría de nosotros podemos percibir la gama de colores normal. Hummm, menuda tautología.

—¿Qué?

—Quizá haya llevado la digresión demasiado lejos. Ver un color no equivale a ser capaz de trazarlo. Pero si no puedes ver un color, lo trazarás mal. Así que los hombres no son tan precisos trazando ciertos colores como las mujeres supercromadas, que son la mitad de ellas. La fuerza de voluntad puede subsanar muchos errores, pero lo ideal es reducirlos al mínimo. Esto es de vital importancia si te propones construir un edificio de luxina que no quieras que se desplome sobre tu cabeza.

—¿Se pueden construir edificios de luxina?

Gavin hizo oídos sordos a la pregunta de Kip.

—Los casos especiales a los que me refería al principio son el subrojo y el supervioleta. Si puedes ver el calor, Kip, es muy probable que también puedas trazarlo.

—¿Insinúas que puedo conjurar llamas así, como… ¡fuoosh!? —Kip barrió el aire con un ademán grandilocuente.

—Pero tienes que decir «¡fuoosh!» cuando lo intentes —se rió Gavin.

Kip volvió a sonrojarse, aunque el Prisma no pretendía zaherirlo con sus carcajadas. Se sentía tan solo ridículo, más que como un imbécil. El Prisma resultaba temible en ocasiones, igual que ocurría con maese Danavis, pero ninguno de los dos parecía mezquino. Ninguno de los dos parecía malo.

—Y eso sería muy extraño —continuó Gavin—, porque has trazado verde. —Por su expresión, parecía que estuviera esforzándose por dilucidar la forma más adecuada de explicar algo—. ¿Alguna vez has visto un arco iris?

—¿Un arco qué? —repuso Kip, con cara de cordero degollado.

—Era una pregunta retórica, listillo. El orden de los colores es supervioleta, azul, verde, amarillo, naranja, rojo y subrojo. Por lo general, los bicromos abarcan un arco más amplio. De modo que trazan supervioleta y azul, o azul y verde, o verde y amarillo. Los policromos, mucho más escasos, pueden trazar verde, amarillo y

naranja. Los trazadores que trazan colores no contiguos son raros. Karris, por ejemplo. Puede trazar verde, pero no amarillo ni naranja; principalmente traza rojo y subrojo.

—De modo que es policroma.

—Casi. A Karris le cuesta trazar subrojo de forma sostenida… es lo que llaman cristales de fuego. Los cristales de fuego no duran mucho porque reaccionan al aire, pero… da igual. La cuestión es que le falta poco para ser policroma, y eso cuenta.

—Seguro que eso la hace feliz —dijo Kip.

—Mirándolo por el lado positivo, no le hubieran permitido ingresar en la Guardia Negra si fuera policroma… los policromos son demasiado valiosos… y la presión para que engendrara descendencia sería mayor. Fuera como fuese, se trata de un caso excepcional, lo que se denomina un bicromo discontiguo. Discontiguo porque los arcos no se tocan. Bicromo porque son dos. ¿Lo ves? Trazar se rige por la lógica. Menos cuando no lo hace. Por ejemplo: ver el subrojo equivale a ver el calor, de modo que ver el supervioleta debería equivaler a ver el frío, ¿correcto?

—Correcto.

—Pero no es así.

—Oh —dijo Kip—. Bueno, tiene sentido, supongo. —Solo que no lo tenía.

—Me dan ganas de alborotarte los cabellos —bromeó Gavin.

Kip soltó un gruñido por toda respuesta.

—Entonces, ¿cuál es el plan?

—Hay un islote que utilizamos como depósito de munición. Lo une a la Cromería un túnel secreto, tanto que si le revelaras su existencia a alguien, la Cromería te perseguiría y te ejecutaría. —Lo dijo en tono jovial, pero a Kip no le cupo la menor duda de que hablaba en serio.

—¿Y por qué me lo cuentas? Se me podría escapar.

—Porque ya he compartido contigo un secreto que considero más importante… la existencia de esta embarcación. Solo que si se te escapa este secreto ante nuestros enemigos, es posible que la Cromería no haga nada. Sin embargo, si nos traicionaras intencionadamente, también podrías revelarles la existencia del túnel de evacuación. De modo que ahora, si me traicionas, estarás traicionando también a la Cromería al completo. Y te aseguro que te buscarán allí donde estés y te matarán sin contemplaciones.

Kip sintió un escalofrío. Gavin era afable y simpático. Kip estaba seguro de que le caía bien, pero en los círculos en los que se movía Gavin, podía caerte bien alguien y aun así tener que ejecutar a esa persona. La indiferencia con que Gavin se preparaba para la posible traición de Kip denotaba que ya le habían engañado antes, y que lo habían pillado desprevenido. Gavin no era de los que incurrían dos veces en esa clase de errores.

—Atracaré en el islote y te dejaré en un bote con rumbo a la isla principal. Enviaré un Guardia Negro a buscarte para que te conduzca ante el Trillador. Dentro de unos días me acompañarás a donde yo decida que debamos ir y empezaré a enseñarte a trazar.

Kip apenas si oyó la última parte, no obstante.

—¿El «Trillador»?

27

Karris cayó tan solo unos pocos pies a través del suelo antes de golpear algo blando. Su pierna izquierda se hundió hasta la rodilla mientras el resto de su cuerpo seguía precipitándose al interior del sótano. Lo que fuera que retenía su pierna aguantó, de modo que se quedó colgando bocabajo y el resto de su cuerpo impactó contra el costado de algo parecido a un enorme huevo rojo cuyo interior gelatinoso estaba recubierto por una fina corteza. Se estrelló contra él, rompió el lateral y se hundió en una masa de luxina roja. La sacudida la desenganchó, y se cayó en un suelo de piedra.

Como dictaba su adiestramiento, descargó la mano derecha con fuerza hacia abajo; la conmoción del impacto contra el suelo fue dolorosa, siempre lo era, pero el manotazo alivió la presión de otras partes de su cuerpo más vulnerables y le permitió dirigir el último tramo de la caída. Rodó por el suelo en vez de aterrizar sobre su cabeza.

Se incorporó de un salto en un instante, metió la mano en su petate y, tras cerrar los dedos en torno a la estilizada empuñadura del yatagán, sacó el arma de la mochila. La única luz que había en la cámara provenía del boquete que acababa de practicar en el techo. Seguían cayendo trozos de madera por el agujero. El gigantesco huevo rojo relucía a la inesperada claridad, rodeado del polvo que, levantado por la caída de Karris, se arremolinaba en la columna de luz. La estancia entera, de unos veinte por treinta pasos, apestaba a humo y luxina roja quemada, lo cual resultaba extraño, ya que por lo general la luxina roja se consumía limpiamente. Puestos a ello, todas las superficies que desvelaba la débil luz parecían estar cubiertas de luxina ennegrecida.

Pero era el enorme huevo lo que acaparaba toda la atención de Karris. Medía al menos siete pies de alto, y la capa de hollín que lo recubría era perfectamente uniforme salvo allí donde Karris la había roto. La fisura rezumaba ahora una luxina roja viscosa como la brea. Media docena de mangueras se extendían desde el huevo en todas direcciones y se perdían de vista en el techo, ennegrecido a su vez.

Los cadáveres calcinados de una docena de los soldados del rey Garadul yacían desperdigados por la habitación.

—¿Qué demonios? —murmuró Karris. Levantó la espada, dispuesta a partir el huevo.

Este, sin embargo, explotó antes de que lo tocase siquiera. Una gran sección de la parte delantera voló contra ella; el cascarón ennegrecido se hizo añicos contra su brazo izquierdo amartillado, su pecho, su estómago y sus piernas. Sorprendida con un pie en el aire, perdió el equilibrio. Trastabilló y sintió más que vio una forma que, de espaldas, salía disparada del interior del huevo en medio de la lluvia de fragmentos.

En vez de intentar mantenerse erguida, Karris se impulsó mientras caía y rodó hacia delante, replegó el yatagán contra su cuerpo para no ensartarse por accidente, y

atacó. No había vacilación posible. Puño de Hierro le había inculcado esa lección durante años: ante una agresión, debes contraatacar de inmediato. La rapidez de esa acción constituía a menudo la única ventaja de la que disponías. Sobre todo si eras menuda. Sobre todo si eras mujer. Sobre todo si no llevabas puestas las gafas y el otro trazador sí.

El agresor de Karris había retrocedido hasta tropezar con la pared. Unos sinuosos anillos de luxina roja parecidos a nudos gigantes le envolvían las manos. Karris conocía esa construcción. Si uno sabía cómo, era posible contener luxina extra abierta fuera del cuerpo. Esos nudos de luxina abierta podían adoptar la forma que uno quisiera y, sostenidos en las manos, era posible manipularlos a voluntad. La postura del hombre denotaba experiencia en combate: el costado izquierdo vuelto hacia Karris, la mano derecha en alto y amartillada, la rodilla derecha muy flexionada, sosteniendo la mayor parte de su peso. Aun con la rapidez de trazo de Karris y la cantidad de luxina roja presente que le inundaba los ojos de reflejos escarlatas, preparar un ataque seguía requiriendo su tiempo, y el hombre partía con ventaja. La única esperanza de Karris era acortar la distancia que los separaba antes de morir.

El desconocido extendió la mano izquierda a baja altura y barrió el aire de derecha a izquierda. El suelo se cubrió de luxina roja para frenar a Karris. Esta se esperaba algo así y sorteó los parches pegajosos saltando entre ellos. El hombre impulsó la mano derecha hacia delante tres veces en veloz sucesión. Tres bolas, cada una de ellas del tamaño de un puño, salieron disparadas de derecha a izquierda. Karris esquivó la primera y la segunda, pero la tercera la alcanzó cuando hubo de saltar nuevamente de lado para evitar otro parche pegajoso en el suelo. Se estrelló con violencia en las costillas de su lado izquierdo y estalló en pedazos. Karris rodó con la fuerza del impacto, giró hasta adoptar la postura deseada y lanzó una estocada con el yatagán.

El trazador respondió al descenso de la espada con una capa tras otra de luxina roja. La luxina contenida, incluso la roja, era susceptible de adquirir cierto grado de rigidez mediante la voluntad del trazador, y aún más si estaba entretejida, pero no había luxina roja capaz de detener el acero. Era como enfrentar un escudo de agua a una espada.

Sin embargo, no se trataba de una pizca de luxina roja contenida. No fue como hundir una espada en el agua. Fue más bien como encontrarse al pie de un dique cuyas compuertas acabaran de abrirse. Solo era agua, pero su velocidad y su volumen bastarían para elevar a una persona por los aires. Del mismo modo, la luxina roja que golpeó Karris la frenó, continuó frenándola, y por último la obligó a detenerse por completo.

El semblante del trazador rojo palideció al abandonarlo la luxina. A continuación, su cuello y su pecho recuperaron su tono natural mientras continuaba el torrente.

Después, sus hombros musculosos; todo su cuerpo estaba quedándose sin luxina, desde los ojos a las extremidades. Ambos se percataron de ello a la vez.

Karris interrumpió su ataque al mismo tiempo que él. Fintó a la derecha del trazador, esperando encontrarse con más luxina roja, y asestó un golpe demoledor. El yatagán restalló contra algo sólido, pero no vio ninguna espada. Era imposible que el hombre hubiera desenvainado una sin que ella se percatara, aun en la penumbra que los envolvía.

Sin titubear, levantó el yatagán y lo proyectó en un arco descendente contra la cabeza del hombre. El arma se detuvo con un tañido cuando el trazador alzó las manos formando una V.

El hombre la empujó con fuerza hacia atrás y la siguió, manteniéndose pegado a ella. La columna de luz que atravesaba la penumbra de la habitación iluminó sus manos y lo que sostenía en ellas cuando gritó:

—¡Basta! Maldita sea, detente un momento.

El trazador empuñaba una pistola en cada mano, cruzadas; los cañones retenían el yatagán de Karris preso entre ellos. Su pistola derecha apuntaba al ojo derecho de Karris, la izquierda a su ojo izquierdo. Karris tenía los cuchillos y el bich’hwa, por supuesto, pero de ninguna manera conseguiría desenfundar cualquiera de ellos antes de que el hombre apretara el gatillo.

Las pistolas que la observaban fijamente eran de diseño ilytiano. La renuncia a la magia por parte de Ilyta significaba que sus herramientas mundanas fueran generalmente las mejores. En cuestión de pistolas, sin embargo, seguía siendo aleatorio. Las pistolas de este trazador eran de espoleta. El mecanismo eliminaba la necesidad de mantener una mecha encendida, pero al menos en una de cada cuatro ocasiones los percutores de pedernal no lograban prender la carga de pólvora.

Por desgracia, ambas pistolas eran de dos cañones, y los cuatro percutores estaban amartillados. Karris intentó calcular las probabilidades; ¿fallarían los cuatro disparos una de cada dieciséis veces o una de cada doscientas cincuenta y seis? Se le encogió el corazón. No pensaba apostar con esas cifras en contra, ni aunque fuera una de cada dieciséis.

De modo que tocaba dialogar.

—¿Qué trazas? —preguntó el hombre, apremiante.

—No sé a qué te refieres…

—¿¡Que qué trazas!? —El hombre tiró el yatagán al suelo de un capirotazo y apoyó una pistola entre las cejas de Karris. La oscuridad le impedía ver sus iris, pero no tardaría en averiguarlo por sus propios medios, en cualquier caso, así que Karris respondió:

—Verde. Verde y rojo.

—Pues traza una escalera y salgamos de aquí. ¡Vamos!

En otras circunstancias, a Karris podría haberle irritado la presteza con que obedeció, pero las gafas le cubrieron el rostro en un instante y se giró hacia la luz. Todo lo que había en la cámara estaba cubierto o bien de luxina roja abierta, o bien de luxina roja cerrada, abrasada y carbonizada. Por fin encontró una viga de duramen en el templo que reflejaba una luz blanca lo suficientemente pura como para trazar un verde compacto.

Mientras su cuerpo se inundaba de verde, comprendió por qué el trazador tenía tanta prisa. Esta cámara estaba repleta de luxina roja. No debería haber tardado tanto en darse cuenta. La estancia tenía dos entradas, y los soldados muertos, aun calcinados, no habían muerto abrasados; la luxina roja había resistido, cubriéndolo todo en vez de reduciéndolo a cenizas como debería.

Y todavía resistía. La habitación estaba llena de luxina roja, tanto reciente como antigua. Se encontraban encerrados en un polvorín.

Un banco en llamas se desplomó, derramando relucientes ascuas humeantes en dirección al agujero. Otro se tambaleaba al filo del boquete, presagiando la inminente conflagración.

Karris corrió hacia delante proyectando luxina verde contra el suelo, lo bastante densa como para aguantar su peso. Trazó lo que a efectos prácticos era una escalera tan estrecha que los peldaños solo eran lo bastante anchos para apoyar sus pies, solo lo suficientemente resistente para aguantar su peso si ponía toda su fuerza de voluntad. Pero solo debía durar dos segundos mientras salía corriendo… y lo hizo. Corrió, corrió y corrió, veloz como un gamo, dio una voltereta y aterrizó en el suelo de la iglesia. Sintió que una sección del piso cedía y se desplomaba en el interior de la cámara, de modo que volvió a rodar y siguió corriendo en dirección a la puerta principal abierta. Toda esa luxina roja almacenada en el sótano significaba que el edificio entero podría…

¡Whoomp!

La explosión provocó que el suelo se estremeciera bajo los pies de Karris. La sacudida se produjo justo cuando estaba impulsándose, y la propulsó como un resorte. Las bostezantes puertas abiertas de la iglesia se ensancharon más aún y Karris se elevó por los aires, arrojada hacia delante. Por un momento pensó que conseguiría transponerlas y aterrizar ilesa en el exterior, pero la explosión la había lanzado hacia arriba… demasiado alto. El dintel de duramen de la puerta acudía raudo a su encuentro. Karris lo golpeó con el torso, y lo atravesó. La madera, debilitada por las llamas, cedió tras solo un instante, pero este se prolongó lo suficiente como para que Karris describiera un giro vertiginoso, cabeza abajo, tan deprisa que perdió la cuenta de las vueltas que dio.

En un abrir y cerrar de ojos estaba resbalando por los adoquines y la grava, sin saber muy bien si había perdido el conocimiento por un segundo ni cómo había

llegado hasta el suelo.

Se giró, haciendo oídos sordos a las airadas protestas de la mayor parte de su cuerpo, y dirigió la mirada a la mutilada puerta principal de la iglesia.

Una gigantesca serpiente carmesí, llameante, asomó la cabeza por el frontispicio. No, no se trataba de ninguna serpiente, sino de una columna de luxina pura, incandescente, tan ancha como las espaldas de un hombre fornido. A continuación la serpiente vomitó, y apenas un poco más deprisa de lo que el fuego podía devorar la luxina roja inflamable, el trazador salió disparado de la iglesia, el fuego y la luxina.

Aterrizó no muy lejos de Karris, y con mucha más gracia, rodando para reducir la velocidad hasta ponerse en pie al final de la pirueta. Observó las calles en todas direcciones y, al no ver a nadie, se permitió serenarse parcialmente. Cuando lo hizo, no obstante, Karris vio que una fatiga abrumadora se asentaba en todo su ser. Trazar tanta magia como acababa de ver lo había dejado en apariencia tan maltrecho como se sentía ella, pálido como un cadáver y tambaleante.

—En marcha —dijo el trazador—. Creo que todos los soldados de Garadul se han ido ya, pero si no, llegarán enseguida después de lo que acabas de hacer. Tenemos que irnos.

Karris se incorporó, trastabilló, y se habría desplomado si el hombre no la hubiese sujetado.

—¿Quién eres?

—Me llamo Corvan Danavis —se presentó el trazador—. Y si no me falla la memoria, tú eres Karris Roble Blanco, ¿verdad?

—¿Danavis? —preguntó Karris. Por Orholam, cómo le dolía todo—. Estabas con Dazen. Un rebelde. Puedo apañármelas sola, gracias. —Se sacudió de encima las manos del hombre, se inclinó de manera brusca a un costado, después al otro, y se derrumbó. El trazador se quedó mirándola, cruzado de brazos, sin hacer el menor ademán de agarrarla. Karris golpeó el suelo con un hombro y el mundo empezó a difuminarse.

Tuvo tiempo de ver cómo se acercaban las botas de Corvan. Seguro que la dejaba allí para que la encontraran los soldados. Le estaría bien empleado. Estúpida cabezota.

28

La arenera que trazó Gavin cuando aún faltaban cinco leguas para la isla del Pequeño Jaspe tenía como modelo una que había visto emplear a un trazador rebelde aborneano, con los costados elevados y el fondo llano, la proa puntiaguda y la quilla achatada. Era más estable y mucho menos veloz que las traineras preferidas por Gavin, pero de eso se trataba. Pocos trazadores se atrevían a usar un deslizador en el océano, porque para ello había que estar dispuesto a darse más de un chapuzón. Eso conllevaba el confiar en ser capaz de salir del agua solamente trazando, y no muchos trazadores podían o querían nadar entre olas embravecidas y trazar al mismo tiempo.

La habilidad (o la temeridad) de Gavin generalmente volvía reconocible de inmediato su silueta en mar abierto. Era algo que quería evitar en esos momentos. De ahí la arenera.

Kip se mostraba huraño, preocupado por el Trillador y la reticencia de Gavin a contarle nada sobre él.

En cuestión de un par de leguas se cruzaron con dos galeras mercantes y una galeaza. En todas las ocasiones, los segundos de a bordo los observaron con ayuda de un catalejo, repararon tanto en el desaliñado atuendo de Gavin como en la ausencia de banderines de auxilio, y ordenaron pasar de largo sin decir palabra. La brisa que soplaba ese día concedía un descanso a los marineros mientras los galeotes se afanaban en los bancos de remos. Cada vez que se encontraban con un barco, Gavin saludaba jovialmente con la mano al distinguir los destellos del catalejo y continuaba remando a su vez.

Lo que la gente denominaba la Cromería se componía en realidad de dos islas: el Pequeño Jaspe, sede de la Cromería propiamente dicha, y el Gran Jaspe, donde confluían embajadas, haciendas, comercios, establos, tabernas, prostíbulos, cárceles, fonduchas, viviendas, almacenes, cordeleros, fabricantes de velas, remeros, pescadores y esclavos convictos, amén de una nutrida población de desvalijadores, estafadores y soñadores.

El Gran Jaspe poseía dos grandes puertos naturales: uno al este, el cual proporcionaba refugio a las embarcaciones durante la estación oscura; y otro al oeste que se utilizaba durante la estación luminosa, cuando las tormentas llegaban procedentes de oriente. A medida que la isla crecía en número de habitantes e importancia, se habían construido rompeolas a ambos lados para que los puertos pudieran utilizarse durante todo el año. Después de varias ocupaciones, que si bien nunca habían tocado la Cromería sí habían purgado el Gran Jaspe a sangre y fuego, se había erigido un muro que rodeaba toda la isla. De treinta pasos de grosor y veinte de alto, ahora lo utilizaban sobre todo los ordenanzas de la ciudad para descubrir e impedir delitos en las calles.

El objetivo de Gavin era el Pequeño Jaspe, pero no podía atracar en su único muelle, el más pequeño de los dos, sin llamar la atención de los espías de cada una de las Siete Satrapías. Incluso Tyrea tendría un espía atento a la llegada de quienes fueran lo suficientemente importantes como para fondear sin disimulo en esas aguas. De modo que pasó remando entre las dos islas. Entre las fauces del muelle con forma de U del Pequeño Jaspe se encontraba la isla de los Cañones. Su guarnición se componía de veinte hombres a lo sumo, y siempre había dos trazadores de guardia, supuestamente debido a los peligros que conllevaba atracar en la isla cuando había algo de marejada y soplaba incluso la brisa más ligera. Se trataba de un destino aborrecible del que no escapaban ni siquiera los Guardias Negros. Se creía que la Blanca restringía las listas a los guardias de la Cromería de mayor graduación para poder dar lecciones de humildad a una clase de hombres y mujeres que solían hacer gala de una pizca de temeridad más de lo aconsejable.

Y en efecto, la Blanca y el Negro empleaban las asignaciones a la isla de los Cañones como castigo, pero solo para los soldados de confianza. La ficción funcionaba mejor si contenía un ápice de verdad. Cuando otros soldados intercambiaban sus destinos (te hago el turno en la isla de los Cañones la semana que viene si tú me haces la ronda este fin de semana), el comandante de guardia anotaba los nombres de todos los implicados. A continuación esas personas eran vigiladas de cerca cuando estaban de servicio, y aún más de cerca después. No era ningún secreto que había espías infiltrados en la isla, lo que era relevante a efectos estratégicos por razones puramente mundanas, pero todavía nadie (al menos eso creía la Blanca) había descubierto cuál era la verdadera importancia de la isla de los Cañones.

Envuelto en el rugiente oleaje de la pleamar, Gavin condujo la arenera hacia la parte posterior de la isla. Los numerosos remos trazados le conferían un control muy superior al que hubiera podido ejercer sobre una barca corriente, pero seguía siendo complicado ponerse a la par con los rodillos implantados tiempo atrás para que las embarcaciones pudieran ser remolcadas y puestas a salvo incluso durante los temporales más feroces. Los habían visto, como cabía esperar, y dos Guardias Negros (siempre eran Guardias Negros los encargados de patrullar las aguas) salieron a recibirlos.

Los hombres, imponentes hermanos de piel negra como el carbón, reconocieron a Gavin de inmediato. Ambos levantaron una mano; no a modo de saludo, sino para ofrecer a Gavin un blanco fijo. El Prisma disparó supervioleta a las dos manos, lo dejó allí anclado, y a continuación desplegó un cable de luxina verde a lo largo de ese hilo estable. Como si fuera una cuerda, la luxina se enroscó en las manos de los guardias fornidos. Gavin sujetó los extremos restantes al cuerpo de la barca con dos pegotes de luxina roja. Los hombres tiraron de él con pericia. La arenera traqueteó al salir de las olas para asentarse torpemente en los rodillos y deslizarse con suavidad

rampa arriba.

El comandante Puño de Hierro, el mayor de los hermanos, fue el primero en hablar, como siempre.

—Señor. —Su mirada se posó fugaz en los jirones de ropa de Gavin. Ese «señor» era su lacónico equivalente a: Por supuesto que te reconozco, pero si se supone que esto es un disfraz, soy lo bastante listo como para no estropearlo. ¿Cómo quieres que te llamemos hoy?

—Necesitaré que un Guardia Negro conduzca a Kip a la Cromería, comandante. Le he hablado de la existencia del túnel de evacuación, por cierto, así que no lo pierda de vista.

Los dos hombres encajaron sus palabras en reprobatorio silencio.

—Tendremos que esperar a que baje la marea antes de… —comenzó Puño Trémulo.

—Inmediatamente —insistió Gavin, sin levantar la voz—. Debe ver al Trillador. No corre prisa, puede esperar a mañana. Informad del resultado a la Blanca. Decidle que Kip es mi… sobrino.

Puño de Hierro enarcó una ceja mientras Puño Trémulo abría los ojos de par en par. Kip, por su parte, parecía afligido.

Gavin miró al muchacho, cuya expresión se tornó cohibida de improviso.

—Nos veremos mañana —dijo Gavin—. Lo harás bien. Después de todo, llevas mi sangre en las venas. —Sonrió.

Kip no logró disimular su sorpresa.

—¿Quieres decir que no vas a… decir que no soy tu, hum, bastardo? —El propio Kip parecía desconcertado con tantas negaciones.

—No, no, no. ¡No voy a repudiarte! Cuando digo «sobrino», todo el mundo sabe lo que significa. Suena más diplomático, eso es todo. Y conviene ser diplomático a la hora de tratar con la Blanca.

Puño de Hierro tosió. Sabía toser con mucha elocuencia.

Gavin le dirigió una miradita elocuente a su vez. Puño de Hierro se arregló el ghotra, el turbante pariano de cuadros, como si no se hubiera dado cuenta.

—Pero ¿cómo sabrá la gente que en realidad no soy tu sobrino? —preguntó Kip. Seguía aferrado al remo de luxina que Gavin había trazado para él.

—Porque harán una pausa como si fuera un tema delicado y no dirán tu apellido. «Este es Kip, el… sobrino de lord Prisma», y no, «Este es Kip Guile, el sobrino de lord Prisma». ¿Lo ves?

Kip tragó saliva con dificultad.

—Sí, señor.

Gavin contempló la torre del Prisma al otro lado de las olas. Detestaba pasar la noche fuera. Su esclava de cámara, Marissia, teñiría el pan y se lo lanzaría al

prisionero por el tobogán, sabía que podía confiar en ella. Pero no era lo mismo que hacerlo personalmente. Volvió a mirar al atemorizado muchacho.

—Haz que me sienta orgulloso de ti, Kip.

29

Con algo parecido al pánico, Kip vio cómo el Prisma surcaba las olas. Gavin tenía tal control de todo, era tan valiente, y ahora lo había abandonado. Con dos gigantes con caras de pocos amigos.

Cuando Gavin por fin se perdió de vista, Kip se giró para observar a los hombres. El de aspecto más feroz, Puño de Hierro, estaba poniéndose unas gafas azules cuyas grandes lentes ovaladas se ceñían alrededor de sus ojos. Ante la atenta mirada de Kip, la luxina azul envolvió al hombre, aunque resultaba casi invisible contra su piel negra como el carbón. El blanco de sus ojos ya parecía azul visto a través de las lentes, por lo que no fue hasta que la piel bajo sus uñas se volvió azul como el hielo que Kip tuvo la certeza de que no eran imaginaciones suyas que el Guardia Negro estuviera trazando.

—Agarra una cuerda —ordenó Puño de Hierro a su hermano—. Con flotador. —Puño Trémulo los dejó a solas.

»No sé por qué te ha confiado el secreto de esta isla —dijo Puño de Hierro—, aunque seas su… sobrino. Pero ahora que lo sabes, debes guardarlo como el resto de nosotros, ¿entendido?

—Lo hizo para que, si lo traiciono, hombres como tú me maten por él —dijo Kip. ¿Es que no iba a aprender nunca a tener el pico cerrado?

La expresión de sorpresa que aleteó en las facciones de Puño de Hierro no tardó en ser remplazada por una sonrisa.

—Todo un estratega, nuestro «amigo» —dijo—. Y un muchachito con hielo en las venas. Qué apropiado.

Ese «nuestro amigo» indicó a Kip que aquí ni siquiera iban a pronunciar el nombre del Prisma, aun ahora, con el viento restallando a su alrededor y la posibilidad de que alguien estuviera escuchando a hurtadillas reducida a cero. Era esa clase de secreto.

—La historia es que tú y tu maestro, un escriba, salisteis a bordo de la barca de un amigo para… hummm.

—¿Estudiar los peces de la zona? —sugirió Kip.

—Puede servir —dijo Puño de Hierro—. No contaba con el oleaje y carecía de experiencia en alta mar. Intentó llegar aquí en busca de refugio. Vuestra arenera zozobró y él desapareció bajo las olas. A ti te sacamos del mar.

—Ah, para explicar por qué no está aquí si alguien nos vio acercarnos —dijo Kip.

—Correcto. Agárrate.

Kip sostenía un remo de luxina erguido entre Puño de Hierro y él, pero no entendió a qué se refería el gigante hasta que ya casi era demasiado tarde. Con un golpe seco, Puño de Hierro proyectó una mano a través de la luxina; la detuvo tan

cerca de Kip que este dio un respingo. Apenas si notó cómo la luxina se desmenuzaba entre sus dedos. Sintió el repentino impulso de orinar.

—No sé si has dado motivos a tu progenitor para que sospeche de ti —dijo Puño de Hierro—. Pero si lo traicionas, te arrancaré los brazos de cuajo y te daré una paliza con ellos.

—Qué suerte que esté tan gordo —repuso Kip.

—¿Cómo? —Incrédulo.

—Tengo los brazos blanditos. —Kip sonrió de oreja a oreja, pensando que Puño de Hierro bromeaba. La expresión pétrea, impasible y asesina del gigante hizo que su sonrisa se resquebrajara y desintegrara como la luxina.

—La grasa también te ayudará a flotar. Métete en el agua —dijo una voz glacial a su espalda.

Kip respingó. Ni siquiera había oído acercarse a Puño Trémulo. El hombre transportaba un tronco hueco cubierto de cuerdas anudadas y entrelazadas. La madera incluía también varias asas talladas, para que resultara sencillo arrojarla al mar. Un nadador podría recoger entonces tanta cuerda como necesitara.

Puño Trémulo entregó el tronco a Kip y Puño de Hierro hizo tañer con fuerza una campana.

—¡Hombre al agua! —gritó Puño de Hierro—. ¡Hay dos hombres en el agua!

—En marcha —dijo Puño Trémulo—. Y será mejor que te empapes bien. Date prisa. Llegará ayuda enseguida.

Kip se aferró al tronco hueco y descendió corriendo por la rampa entre los rodillos. La primera ola lo derribó limpiamente de espaldas. Se golpeó la cabeza con uno de los grandes rodillos de madera y vio las estrellas. El agua lo cubrió de inmediato.

El frío lo conmocionó al principio. Uno se acostumbraba enseguida a la temperatura del agua en el mar Cerúleo, relativamente templado, pero Kip no dispuso ni tan siquiera de unos momentos. Jadeó e inhaló agua salada cuando otra ola le pasó por encima. Mientras tosía para despejar los pulmones, agitando los brazos como un ave herida, sintió que la resaca tiraba de él. ¿Dónde estaba el tronco? Lo había soltado. Se había perdido.

Alguien estaba gritando, pero el clamor de las olas le impedía entender las palabras. Aunque el agua solo se elevaba a un paso de altura, bastaba para obstaculizarle la vista. Se giró en redondo.

Una campana tañía y tañía. Kip se volvió en su dirección, y a pesar de las olas, distinguió la imponente silueta de la isla de los Cañones. No dejaba de alejarse. Comenzó a nadar. Una ola cayó sobre él como un mazazo, lo sumergió y lo volteó bajo el agua. Pataleó y pataleó, intentando no sucumbir al pánico. Sin conseguirlo. Le faltaba el aliento. Por Orholam, iba a morir. Pataleó una vez más, desesperado.

Subió a la superficie como un corcho, pero estaba desorientado de nuevo.

El pánico aflojó su presa. Sin saber cómo había logrado soslayar la resaca, y ahora las olas lo empujaban hacia la isla de los Cañones, aunque no hacia la rampa. Se dirigía a las rocas. Nadó vigorosamente de costado, hacia el sonido de la campana.

Ascendía con una de las olas cuando vio algo imposible. Puño de Hierro, con una cuerda amarrada al pecho, estaba corriendo… por el aire. Llevaba puestas unas gafas azules y tenía las manos apuntadas hacia abajo. Estaba arrojando luxina azul a sus pies, corriendo a gran velocidad, creando una plataforma para sostenerlo sobre la marcha.

Ante la atónita mirada de Kip, la plataforma de luxina azul, anclada de alguna manera a la isla de los Cañones, se partió con un crujido ensordecedor y empezó a hundirse entre las olas. Puño de Hierro dio un salto mientras la plataforma se desplomaba, liberando la luxina y ejecutando una zambullida perfecta.

Salió a la superficie justo al lado de Kip, con las gafas y el ghotra arrancados por las olas, y aferró a Kip con un brazo. A continuación, los hombres de la orilla empezaron a recoger la cuerda tan deprisa como podían. En menos de un minuto, Kip y el gigante subían por la rampa con paso tambaleante. Bueno, Puño de Hierro subía a grandes zancadas, con una mano engarfiada en la camisa de Kip para impedir que este se cayera, y el muchacho trastabillaba con las piernas desnudas convertidas en gelatina.

—No hemos podido rescatar a tu maestro, hijo. Lo siento —dijo Puño de Hierro. Una docena de soldados habían confluido en el estrecho pórtico del acceso trasero a la isla de los Cañones. Uno de ellos echó una manta por encima de los hombros de Kip—. Conducid adentro a este muchacho y cuidad bien de él —ordenó Puño de Hierro—. Debo atender unos asuntos en el Gran Jaspe. Lo llevaré conmigo e informaré a la familia. Diez minutos.

Mientras los soldados se llevaban a Kip, este oyó que Puño de Hierro mascullaba entre dientes:

—Maldita sea, eran las mejores gafas azules que tenía.

30

Liv Danavis cruzaba con paso rápido el Tallo de Azucena, el puente de luxina que conectaba la Cromería en la isla del Pequeño Jaspe con los mercados y los hogares de la isla del Gran Jaspe, intentando ignorar la tensión que le agarrotaba los hombros. Llevaba puesto un recio pantalón de lino y una capa para resguardarse del viento helado de la radiante mañana, llevaba el cabello oscuro recogido en una coleta, y aún conservaba puestos los mismos zapatos de cuero, sin tacones, que llevaba cuando llegó por primera vez a la Cromería, aterrada, con catorce años. Siempre había sentido la tentación de ponerse sus mejores galas cuando la llamaban, pero siempre se había resistido. Su adinerada e imperiosa preparadora conseguiría que se sintiera como una pordiosera sin importar cómo vistiese, de modo que prefería mostrarse desafiante. Si Dazen Guile hubiera ganado la Guerra de los Prismas, Liv sería lady Aliviana Danavis, hija del condecorado general Corvan Danavis. Su condición de tyreana sería un distintivo honorífico. No le debería nada a nadie. Pero Dazen había sido abatido, y quienes le juraron lealtad habían caído en desgracia; el padre de Liv había escapado por los pelos del verdugo pese a gozar de más estima que ningún otro general de cualquiera de los dos bandos. De modo que ahora era lisa y llanamente Liv Danavis de Rekton, la hija del tintorero. Y Ruthgar la poseía en propiedad. ¿Y qué? No la asustaba que la llamaran.

No mucho.

Aunque había pasado los tres últimos años en las islas de Jaspe, Liv no visitaba el Gran Jaspe a menudo. Las otras muchachas acudían todas las semanas para escuchar a los juglares, saborear platos que no hubieran salido de los fogones de la Cromería, conocer chicos que no fuesen trazadores y beber más de la cuenta tras los exámenes. Liv no podía permitirse nada de todo eso, ni quería apelar a la caridad de nadie, así que se mantenía al margen, alegando tener que practicar o estudiar.

La ventaja era que aún no se había vuelto inmune a las maravillas del Gran Jaspe. La isla entera estaba atestada de edificios, pero nada era aleatorio, al contrario que en su antiguo hogar o en Garriston. Las estructuras de estuco blanco resplandecían cegadoras al sol, elevándose en terrazas escalonadas por la distribución natural del terreno. Predominaban las formas geométricas: hexágonos y octágonos rematados por cúpulas. Todos los edificios cuyo tamaño lo justificaba (y muchos que no) lucían una cúpula, y estas eran de todos los colores del arco iris. Cúpulas azules del color del mar Cerúleo, cúpulas de oro batido en los hogares de los ricos, cúpulas de cobre que se tornaban gradualmente verdes y se bruñían todos los años para que volvieran a relucir el Día del Sol, cúpulas pintadas del color de la sangre, cúpulas recubiertas de espejos. Pero la belleza no se restringía a las cúpulas, sino que se extendía también a las puertas. Era como si toda la irrefrenable personalidad de los jasperitas se rebelara

contra el conformismo de sus paredes blancas y sus cúpulas uniformes, pero solo en la decoración y el diseño de sus puertas. Maderas exóticas, diseños cincelados de todos los rincones de las Siete Satrapías y más allá, puertas en apariencia talladas en madera viva con hojas que aún crecían del Pueblo de los Árboles, arcos de herradura tyreanos, escaques parianos, portales inmensos en edificios humildes, portezuelas minúsculas en estructuras colosales.

Pero no menos icónicas que las cúpulas de colores y las relucientes paredes blancas del Gran Jaspe eran las Mil Estrellas. Todas las calles se extendían perfectamente rectas, y en todas las intersecciones se alzaba un par de arcos angostos, muy finos, imposiblemente esbeltos sobre sus patas blancas, de al menos diez pisos de altura, que confluían muy por encima del cruce en una bóveda de arista. Montado sobre eslabones giratorios en el pináculo de dicha bóveda se encontraba un espejo redondo, sumamente pulido, inmaculado, tan alto como una persona. Debido a la distribución especial de las calles, en cuanto el sol conquistaba el horizonte, la luz se podía dirigir a cualquier parte.

Hacía tiempo, los constructores dijeron: En esta ciudad no habrá ninguna sombra que escape al ojo de Orholam. En ninguna otra parte del mundo duraban tanto los días como en el Gran Jaspe.

Su función original, deducía Liv, había sido aumentar el poder de los trazadores de la isla. En otras ciudades densamente pobladas, tarde o temprano los edificios eclipsaban el sol. Eso no solo imprimía un halo sombrío a la ciudad, sino que aumentaba la vulnerabilidad de los trazadores que pasearan por sus calles. Aquí las distancias que mediaban entre los edificios estaban calculadas al detalle, en función de su altura y su anchura, lo que formaba pozos de luz naturales, pero con las Mil Estrellas, un trazador podía disponer de tanta energía como fuese capaz de controlar durante más horas que en ninguna otra parte.

El Día del Sol, hasta la última de las Mil Estrellas se convertía en esclava del Prisma. Adondequiera que lo llevasen sus pasos, todos los espejos giraban para iluminarlo. Evidentemente, algunos edificios bloqueaban los rayos de luz, pero daba igual dónde estuviera, aun en las zonas más pobres, había al menos un puñado de vías sin obstruir. De hecho, antes de que se aprobara la construcción de cualquier edificio, sus planes debían superar una inspección para garantizar que no interferiría con las Mil Estrellas. Solo unos pocos habían conseguido burlar las normas, como el palacio de Guile.

Por supuesto, pensó Liv, las leyes no se aplican por igual a los obscenamente ricos. Jamás. Aquí no.

A todos los principados de la ciudad se les permitía decidir cómo querían emplear sus estrellas cuando no fueran necesarias con fines defensivos, de seguridad o religiosos. Algunos movían las estrellas según un horario estricto, formando un reloj

luminoso fácilmente visible para todos los habitantes del distrito.

Hoy era día de mercado en las Embajadas, el primer principado que cruzó Liv. Habían acoplado unas difusas lentes amarillas a la mitad de sus estrellas, bañando de luz animada toda una gran plaza. Media docena de trazadores amarillos sin gafas, contratados especialmente para la ocasión, hacían malabarismos con agua brillante, luxina amarilla líquida. En el aire explotaban dragones, grandes surtidores de luxina amarilla, vaporosa y resplandeciente, se elevaban por los aires, atrayendo un gran número de personas al mercado. La otra mitad de las estrellas, equipadas con lentes de todos los colores, giraban en grandes círculos alrededor de la plaza produciendo un efecto vertiginoso.

Liv compadecía a los monos de las torres (esclavos menudos, por lo general niños) que tuvieran que trabajar las cuerdas ese día. Entre los esclavos, recibían un trato cordial, incluso un sueldo digno, pues el servicio que prestaban a los guardianes de las estrellas se consideraba importante, técnicamente complejo, hasta sagrado, pero se pasaban un día tras otro en parejas en los ejes estrechos, uno oteando y otro accionando las cuerdas con dedos ágiles, trabajando a menudo desde el primer destello del amanecer hasta la noche cerrada sin descanso salvo para intercambiar los puestos. Cuando el Prisma o un supervioleta viajaban y necesitaban utilizar las estrellas, podían hacerlo sin necesidad de intermediarios, por medios sortílegos. Pero cualquier aplicación mundana requería los servicios de los monos.

Distraídamente, Liv contempló la posibilidad de tocar una de las líneas de control supervioletas tendidas en la calle y tomar el mando de una estrella, tan solo para sembrar un poco de caos en la fiesta de los ricachones. Esa era la ventaja de ser supervioleta. Nadie podía saber que estabas trazando a menos que pudiera ver el supervioleta a su vez.

Aun así, tampoco sería la primera estudiante en hacer algo parecido. Las bromas de ese tipo recibían un castigo fulminante y severo.

Las mariposas se resistían a abandonar el estómago de Liv. A pesar del bullicio del gentío madrugador, los gritos de los mercaderes, los cantos de los juglares y el crepitar de los fuegos artificiales de agua brillante, nada podía distraerla de su inminente reunión.

La Encrucijada era una casa de kopi, restaurante, taberna, la posada más cara de los Jaspes y, con tan solo bajar unas escaleras, supuestamente también un burdel no mucho más asequible. Gracias a su ubicación en el centro del distrito de las Embajadas resultaba idóneo para todos aquellos diplomáticos, espías o comerciantes que tuviesen asuntos que tratar con los distintos órganos del gobierno y los trazadores que acabaran de cruzar el Tallo de Azucena, puesto que el edificio que contenía la Encrucijada era una antigua embajada. La de Tyrea, para ser exactos. Liv se preguntó si su preparadora lo habría elegido por ese mismo motivo, o tan solo porque sabía que

era demasiado caro para Liv.

Liv subió la majestuosa escalera que conducía a la segunda planta, donde se hallaba la casa de kopi. Una bella recepcionista la saludó con una sonrisa deslumbrante. La Encrucijada disponía del mejor equipo de empleados de la ciudad: hasta el último hombre, mujer y esclavo de mesa era tan atractivo como impecable su atuendo e intachable su profesionalidad. Liv siempre había sospechado que aquí los esclavos ganaban más que ella. Aunque eso no era difícil. En realidad, era la primera vez que Liv entraba en ese lugar.

—¿En qué podemos serviros hoy? —preguntó la recepcionista—. Disponemos de unas mesas encantadoras junto a la ventana del sur. —Refinadamente, evitó fijarse demasiado en el mediocre atuendo de Liv.

—Una mesa privada, a ser posible. Estoy esperando a una… amiga de la embajada ruthgari, Aglaia Crassos.

—Por supuesto, me encargaré personalmente de indicarle el camino. —El personal de la Encrucijada conocía a toda la gente que merecía la pena conocer por su nombre—. ¿Necesitaréis que silenciemos la mesa?

¿Silenciar? Ah. Liv entornó los párpados para ver el supervioleta. Por supuesto. Se le había olvidado; también había oído hablar de eso. Un tercio de las mesas del establecimiento estaban encerradas en burbujas supervioletas. Las burbujas tenían agujeros, por supuesto, de lo contrario los clientes se asfixiarían en su interior, de modo que el sonido no se podía amortiguar por completo, pero sin duda garantizaba que espiar una conversación fuera mil veces más difícil. Algunas de las burbujas disponían incluso de pequeños ventiladores supervioletas que las abastecían de aire fresco. Lo cual, comprendió Liv, era eminentemente práctico. Los comensales que habían optado por una burbuja pero no por el ventilador parecían incómodos a causa del calor.

Liv iba a jugársela y apostar a que los ventiladores estaban disponibles a cambio de un pequeño suplemento adicional.

Ahora que miraba, se dio cuenta de que la recepcionista era una trazadora supervioleta a su vez; el halo de sus pupilas cubría apenas una tercera parte del iris. No era de extrañar que Liv no se hubiera percatado enseguida. Cuando un trazador supervioleta se adentraba demasiado en su senda, el color de sus ojos comenzaba a filtrarse en el espectro visible, produciendo un suave tinte violeta difícil de ver en los ojos castaños pero que volvía los ojos azules asombrosamente bonitos. Algo de lo que Liv no disfrutaría jamás, con sus insulsos ojos marrones.

—De hecho… —dijo Liv. Giró su capa para que la mujer pudiera ver el dorso. Era corriente que los supervioletas tejieran un diseño añadido en su atuendo para que otros supervioletas pudieran identificarlos.

Las pupilas de la recepcionista se transformaron en cabezas de alfiler en un abrir

y cerrar de ojos tras echar un vistazo a la capa de Liv.

—Muy elegante. Los supervioletas están invitados a trazar su propio sistema de insonorización. Avisadnos tan solo de que vais a silenciaros durante vuestra visita para evitar que el servicio cometa algún error.

La mujer condujo a Liv hasta una mesa junto a las ventanas que daban al sur, abiertas para permitir el paso de la claridad natural. Había sol en abundancia en el triforio (los arcos y los contrafuertes sostenían con facilidad todo el peso del tejado, por lo que las ventanas de la segunda planta se extendían desde el suelo hasta el techo), pero una de las desventajas de ser supervioleta era que las ventanas gruesas como las que había allí entorpecían la captura de la luz. Cualquier trazador experto podría seguir usando su magia, pero tardaría más y algunos trazadores terminaban padeciendo jaquecas.

Liv se sentó y observó cómo trabajaba el personal, zigzagueando ágilmente entre las mesas, evitando las que estaban rodeadas por burbujas supervioletas. Un sirviente joven y esbelto de rizos muy cortos y sonrisa irresistible se acercó a su mesa, deteniéndose justo al filo de la burbuja que estaría allí si ella hubiera trazado alguna. Debía de contar tan solo unos pocos años más que ella, y era devastadoramente apuesto. Su chaqueta, de corte experto, realzaba la nervuda musculatura oculta tras ella.

Sin saber muy bien cómo, Liv se las apañó para pedir. Solo un kopi. Que sin duda costaría todo un danar. Cuando el muchacho se lo trajo, humeante y oscuro como la piedra infernal, y le dedicó una seductora sonrisa, Liv decidió que el kopi definitivamente valía un danar. Tal vez más.

Su buen humor se marchitó cuando vio a Aglaia Crassos subiendo por la escalera con su habitual paso estirado. La veinteañera ruthgari era, por lo que Liv había podido averiguar, la menor de las hijas de una familia importante. Poseía la preciada melena rubia, extraordinariamente rara, de los ruthgari, pero aparte de eso no era ninguna belleza. Tenía los ojos azules que eran un desperdicio en quienes no trazaban, las facciones estiradas y equinas, y una nariz enorme. Estacionada en la embajada ruthgari para obtener algo de experiencia política antes de casarse con un prometido al que aún no conocía de la ciudad de Rath, siempre había actuado como si fuera demasiado buena para adiestrar a Liv. Incluso había llegado a decirle a Liv que ser asignada a su caso había sido un castigo por cierta indiscreción cometida con el hijo del embajador atashiano. Por lo general, adiestraba a bicromos, policromos y espías de verdad.

Aglaia vio a Liv y se encaminó de frente hacia ella, saludando con la mano a unos pocos clientes y guiñando el ojo en una ocasión.

—Aliviana —dijo Aglaia, plantándose ante su mesa—, qué… activa pareces esta mañana. —La pausa hablaba por sí sola. El desvergonzado escrutinio, como si

realmente intentara encontrar algo positivo que añadir. En cualquier otra mujer, podría haber sido un accidente.

¿Así que quieres jugar? Estupendo.

—Qué alegría verte, Aglaia. La malicia ruin te sienta tan bien —dijo Liv. Ups.

Aglaia abrió los ojos de par en par momentáneamente, antes de responder con una risita fingida:

—Siempre tan aguda como un puñal, ¿verdad, Liv? Eso es lo que me gusta de ti. —Se sentó enfrente de Liv—. ¿O es que tu estupidez te impide comprender la gravedad de tu situación?

Mi padre me advirtió que no viniera aquí. Tiburones y demonios marinos, dijo. Debería haberle hecho caso. Estoy irritando a la mujer que tiene mi futuro en sus manos.

—Lo… —Liv se pasó la lengua por los labios secos, como si las palabras de sumisión necesitaran ayuda para deslizarse entre ellos—. Lo siento. ¿En qué puedo serviros, ama?

La mirada de Aglaia se iluminó.

—Repítelo.

Liv titubeó, apretó la mandíbula. Se obligó a tranquilizarse.

—¿En qué puedo serviros, ama?

—Traza una burbuja.

Liv trazó la burbuja insonorizada, con ventilador incluido.

—Qué jovencita tan orgullosa eres, Liv Danavis. La próxima vez que celebre una fiesta, tendré que acordarme de encargarte que sirvas la comida. O tal vez que limpies los orinales.

—Ay, me encantaría limpiar orinales. Tanto como contarles a todos mis amigos que aún no hayan firmado ningún contrato lo bien que tratan los ruthgari a sus trazadores —repuso Liv.

Aglaia se carcajeó. Lo cierto era que tenía una risa sumamente desagradable.

—Bien jugado, Liv. Era una amenaza sin fundamento, y merecía que me estallara en la cara. Eres de Rekton, ¿verdad?

Liv se puso en guardia de inmediato. ¿Aglaia había dejado correr un insulto? No le hubiera extrañado que, tras poner de manifiesto lo vano de su amenaza, Aglaia contraatacara con otra más contundente; lo cierto era que tenía varias a su disposición. Que no lo hiciera debería alegrar a Liv. No era así.

—Sí —reconoció Liv. No tenía sentido mentir. Nada salía de Rekton. Además, Aglaia tendría un historial en el que constaría la procedencia de Liv. Estaba en su contrato—. Es una ciudad pequeña. Intrascendente.

—¿Quién es Lina?

¿Cómo?

—Es una criada. Katalina Delauria. Trabaja de lo que puede. —Una adicta, una desgracia, y una pesadilla de madre. Pero no hacía falta que Aglaia supiera todo eso, y Liv no tenía ninguna intención de decir nada negativo acerca de sus paisanos.

—¿Familia?

—Ninguna —mintió Liv—. Se estableció en Rekton después de la guerra, igual que mi padre.

—Entonces, ¿no es tyreana?

—¿Quieres decir de origen? No lo sé. Tal vez tenga sangre pariana o ilytiana —respondió Liv—. ¿Por qué?

—¿Cuál es su aspecto?

Demasiado flaca, con los ojos inyectados en sangre y la dentadura estropeada de tanto fumar cencellada.

—Alta, pelo largo muy rizado, piel de caoba, deslumbrantes ojos castaños. —Ahora que Liv lo pensaba, entraba dentro de lo posible que Lina hubiera sido una verdadera belleza alguna vez.

—¿Y Kip? ¿Quién es?

Ah, diablos, pillada.

—Esto, su hijo.

—Vaya, así que sí que tiene familia.

—Pensé que te referías a si tiene familia en Rekton.

—Ya —dijo Aglaia—. ¿Cuántos años tiene Kip?

—Ahora quince, supongo. —Kip era simpático, aunque la última vez que Liv estuvo en casa saltaba a la vista que el muchacho bebía los vientos por ella.

—¿Cuál es su aspecto?

—¿Por qué quieres saber todo esto? —preguntó Liv.

—Contesta a la pregunta.

—Hace tres años que no lo veo. Habrá cambiado un montón. —Liv levantó las manos, pero Aglaia no se dio por vencida—. Algo regordete. Un poco más bajo que yo, la última vez que lo vi…

—¡Por el amor de Orholam, niña, sus ojos, su piel, su pelo!

—¡Es que no sabía lo que querías!

—Pues ya lo sabes —dijo Aglaia.

—Ojos azules, piel normal, menos morena que la de su madre. El pelo rizado.

—¿Mestizo?

—Supongo. —Aunque Liv no se imaginaba cuáles podían ser las mitades que lo componían. ¿Pariano y atashiano? ¿Ilytiano y bosquesangriento? ¿Algo más? Fuera lo que fuese, seguro que no se trataba de simples mitades. «Mestizo» era una descripción mezquina, no obstante, y a todas luces injusta. Las familias más respetadas y todos los nobles de las Siete Satrapías se casaban entre ellos mucho más

a menudo que la plebe, pero nadie los llamaba mestizos por ello.

—Conque ojos azules. Qué interesante. En tu ciudad no abundan los ojos azules, ¿verdad?

—Mi padre tiene los ojos azules. Se encuentran algunos entre quienes se asentaron allí después de la guerra, pero no, somos como el resto de Tyrea.

—¿Es trazador?

—Por supuesto que lo es. Mi padre es uno de los trazadores rojos más…

—Tu padre no, estúpida. Kip.

—¿Kip? ¡No! Bueno, al menos no la última vez que lo vi. Tendría doce o trece años por entonces.

Aglaia se reclinó contra el respaldo de la silla.

—Debería dejarte dando tumbos a tientas en la oscuridad después de la actitud que has demostrado hoy, pero seguro que estropearías las cosas más todavía. Tengo una misión para ti, Liv Danavis. Resulta que mi castigo de tener que cargar contigo era un regalo de Orholam disfrazado. Hemos interceptado una carta que esa mujer, Lina, escribió al Prisma.

—¿Que hizo qué?

—En ella afirmaba que Kip es su bastardo.

Era tan absurdo que a Liv se le escapó una carcajada. La expresión de Aglaia indicaba que no estaba bromeando.

—¡¿Qué?!

—Decía que se moría, y que quería que Gavin conociera a su hijo, Kip. No sabemos si es la primera vez que se comunican. Pero no pedía nada, ni lo amenazaba. Kip tiene la edad adecuada, y los ojos de Gavin eran azules antes de que se convirtiera en el Prisma. El resto no demuestra nada, pero la nota estaba escrita como si fuera verdad. Como si Gavin la conociera. —Aglaia esbozó una sonrisa—. Liv, voy a darte la oportunidad de obtener una vida mejor, y espero que no haga falta decirte que ya puedo proporcionarte una vida mucho peor, si así lo decido. Has demostrado ser una supervioleta y una amarilla marginal. Por razones evidentes, tu patrocinador decidió no entrenarte como bicroma.

Sí, Liv lo sabía de sobra. Se esperaba de un bicromo que se ciñera a un estilo determinado, so pena de perjudicar la reputación del patrocinador y su territorio. Y el amarillo era tan difícil de trazar bien que muy pocos de los que entrenaban con él aprobaban el examen final. De modo que patrocinar a un bicromo amarillo suponía una inversión enorme, con escasas posibilidades de recuperarla. El patrocinador de Liv había fingido que no era bicroma para ahorrarse el dinero. Injusto, pero no había nadie dispuesto a levantar la voz por los tyreanos.

—He aquí tu misión, niña. Lo he arreglado para que tu clase sea la siguiente en recibir la instrucción personal del Prisma. Gánate su confianza…

—¿Quieres que espíe al Prisma? —preguntó Liv. La mera idea era casi… blasfema.

—Eso es lo que queremos. Quizá te pida información acerca de su hijo y de esa mujer, Lina. Aprovecha la ocasión. Vuélvete indispensable para él. Conviértete en su amante. Lo que haga falta con tal…

—¿Qué? ¡Pero si tiene dos veces mi edad!

—Lo cual sería espantoso… si tú tuvieras cuarenta años. Pero no los tienes. No es como si estuviéramos hablando de alguien anciano y decrépito. Dime la verdad, ya has soñado con que él te arrancaba la ropa, ¿verdad?

—¡No, de ninguna manera! —Lo cierto era que solamente sentía admiración por él. Como todas las chicas. Pero para Liv se trataba de algo demasiado abstracto. Platónico.

—Oh, qué santa estás hecha. O qué embustera. Te garantizo que todas las mujeres de la Cromería con sangre en las venas han soñado con ello. No importa. Lo harás a partir de ahora.

—¡¿Quieres que lo seduzca?!

—Es la forma más sencilla de estar en la habitación de un hombre mientras duerme. Si se despierta mientras registras su correspondencia, puedes fingir que te devoran los celos y decir que estás buscando las cartas de alguna otra amante. Lo cierto es que me trae sin cuidado cómo te acerques a él, pero seamos sinceras: ¿qué podrías ofrecerle tú al Prisma? ¿Conversaciones inteligentes? ¿Alguna revelación? Lo dudo. Por otra parte, eres bonita, para ser tyreana. Eres joven, no demasiado brillante, aún menos culta, poco poderosa, ni erudita, ni poetisa, ni cantante. Si consigues acercarte a él por cualquier otro medio, estupendo. Me limito a apostar sobre seguro.

Era la forma más demoledora de llamar bonita a alguien que Liv hubiera oído en su vida.

—Olvídalo. No pienso prostituirme por ti.

—Tanta integridad me conmueve, pero no puede calificarse de prostitución si se hace por placer, ¿verdad? Ya lo has visto. Es divino. Así que te llevas los beneficios añadidos. Puedes gozar de él, puedes solazarte en los celos de todas las mujeres, obtendrás todo cuanto tenemos que ofrecer…

—No quiero nada más de vosotros.

—Deberías haberlo pensado antes de firmar el contrato. Pero eso es agua pasada. Liv, si consigues aunque sea tan solo una cita a solas con Gavin Guile, te formaremos como bicroma. Gánate su confianza, y aumentaremos todavía más la recompensa. Pero escúpeme a la cara y toda tu vida se convertirá en piedra infernal. Tu contrato me otorga plenos poderes, y los utilizaré.

La oferta de formar a Liv como bicroma parecía tremendamente generosa a cambio de una simple cita con el Prisma, pero la lógica que había detrás de ello era

evidente. Aunque un Prisma podía hacer lo que le placiera, acostarse con una monocroma tyreana sería reprobable, una muestra de mal gusto. Degradante. Una bicroma, por otra parte, al menos gozaba de cierta reputación. Lo cierto era que la oferta no dejaba de ser generosa, y podría avivar las sospechas de Gavin, pero el premio (plantar una espía a la vera misma del Prisma) era tan suculento que los ruthgari estaban dispuestos a correr el riesgo. Necesitaban que Liv dijera que sí.

—Además —concluyó Aglaia—. Si eres más lista de lo que me imagino que eres, podrás averiguar por tus propios medios quién dio la orden de incendiar Garriston. Podrías averiguar quién es el responsable de la muerte de tu madre.

31

Gavin había dado caza a cientos de engendros de los colores, y este no le daba buena espina.

La locura se manifestaba de forma distinta en cada uno de ellos, pero los engendros azules siempre se recreaban en el orden. Les encantaba la solidez de la luxina azul. La mayoría de ellos intentaban reconstruirse a sí mismos con ella. Hasta el último de ellos creía que podría escapar de la locura si era lo suficientemente cuidadoso, lo suficientemente listo, y calculaba de antemano cada uno de los pasos. Pero ¿qué hacía un engendro azul cruzando el desierto más rojo de las Siete Satrapías?

Rondar Wit había sido destinado a una de las ciudades costeras más pequeñas de Ruthgar. Casado y con cuatro hijos, jamás le había dado problemas a su patrón, quien había esperado dos semanas antes de denunciar la desaparición de Rondar; a nadie le gustaba pensar que su amigo podría haberse vuelto loco.

Gavin atravesaba penosamente el desierto. Había realizado una breve parada en la costa para visitar a sus contactos, se había vestido de rojo de pies a cabeza y se había aprovisionado de armas, y aun así estimaba que alcanzaría al engendro antes del anochecer. Sin embargo, estaba rendido. Deslizarse era rápido, pero le dolían los brazos, los hombros, el estómago y las piernas. Sentía tambalearse su fuerza de voluntad. No se mareaba por mucho que trazara, pero el cansancio era inevitable.

A punto de coronar una duna, se detuvo para que su silueta no lo delatara y trazó un par de lentes alargadas. Seguir la pista de los azules era tarea sencilla, por lo general, porque daba igual lo listos que fueran, la mayoría no podía soportar la falta de lógica. Si uno adivinaba cuál era su destino, podría deducir que seguirían la ruta más eficiente para llegar a él. Gavin no tenía ni idea de adónde se dirigía este, pero estaba siguiendo la costa. A menos que su objetivo estuviera próximo, Gavin estaba dispuesto a asumir que el giist continuaría descendiendo por la línea del litoral, manteniéndose lo suficientemente lejos del agua como para evitar las granjas y las ciudades. Claro que este engendro había cometido un error al salir de las arenas demasiado cerca de la costa a fin de ganar tiempo y rápido acceso al agua, y lo había avistado un muchacho encargado de un rebaño de reses huesudas, como todas las de los nómadas del desierto. El pastor había informado a su padre, y este se lo había contado a todo el mundo, incluido el contacto de Gavin.

Durante unos días, el engendro intentó poner toda la tierra de por medio posible entre los pastores y él.

De modo que Gavin se entregó a la intuición, trazando azul para ayudarse a pensar como uno de ellos. Suponiendo que el engendro azul no dispusiera de un caballo que el muchacho no hubiera visto (y los caballos aborrecían a los engendros

azules, por lo general), el ritmo al que podía cruzar ese desierto una persona era, por fuerza, limitado. Gavin había pasado por aquí antes, y aunque no conocía el terreno como la palma de su mano, había varios puntos en los que uno debía decidir si quería seguir la carretera de la costa o tomar la ruta comercial que atravesaba las Tierras Agrietadas. Y había lugares en los que las Tierras Agrietadas eran tan abruptas y traicioneras que la ruta comercial se volvía indiscernible. Gavin no tenía la menor intención de elegir entre la una o la otra. Se apostó en uno de los lugares donde las carreteras confluían y divergían.

Y esperó. Se sacó los faldones de la camisa, la retorció, se abrochó los botones saltándose un ojal y volvió a metérsela debajo del pantalón. Y siguió esperando. Trazó cristales de fuego de subrojo para eliminar el calor de su cuerpo, observando cómo los diminutos cristales adquirían forma, crepitaban y se apagaban. Cada diez minutos, ascendía penosamente por la cara de la inmensa duna hasta coronarla para asomar la cabeza y otear el desierto.

Cuando el sol comenzaba a ponerse, distinguió el resplandor delator. Olvidados sus dolores, volvía a ser un halcón volando en círculos, aguardando a que la marmota se alejara lo suficiente de su madriguera. Sintió el mismo espasmo de furia negra que lo asaltaba siempre. Debería matarlo, exterminarlo instantáneamente, y no escuchar sus mentiras, sus justificaciones, su demencia altanera.

No, esta vez necesitaba escuchar primero.

La piel del giist estaba cubierta de capas de luxina azul. No se trataba de una simple armadura: era un caparazón. La cromaturgia cambiaba a las personas, pero los engendros azules sucumbían a la seducción de las perfecciones de la magia. Aspiraban a trocar su piel en luxina. Este había llegado más lejos que la mayoría. Tenía talento, así pues, por no mencionar que era meticuloso y tal vez incluso brillante. Conservaba el pantalón y la camisa azules, aunque ambos se veían mugrientos y, contradiciendo la personalidad de un azul, desgarrados. De modo que creía haberse desembarazado casi por completo de la necesidad de vestirse, pero los peligros de la exposición al desierto o la posibilidad de necesitar un ápice más de azul para trazar habían convencido a la criatura de que debía conservar su atuendo un poco más. Lo verdaderamente prodigioso (u horroroso, según cómo se mirara), sin embargo, era su rostro.

La luxina azul se insinuaba a flor de piel. Gavin lo había visto antes. El proceso debía llevarse a cabo despacio y con cuidado para no provocar infecciones ni rechazo, pero una vez comenzado tenía que culminarse cuanto antes. La piel perdía sensibilidad y empezaba a morir en cuanto se separaba del cuerpo, por lo que el engendro comenzaba a perder tiras de pellejo putrefacto. Este tenía la frente abierta, revelando un azul zafirino bajo los jirones de piel necrótica. Había trazado unas cubiertas azules para los ojos que se arqueaban desde la frente hasta los pómulos en

una cúpula sólida, por lo que a efectos prácticos era como si llevara puestas unas gafas azules en todo momento, pero el resultado le confería el aspecto de un insecto de saltones ojos azules. Gavin siempre había pensado que esa era una de las peores torturas que los giists que intentaban recrearse se infligían a sí mismos. Si toda tu piel moría, tus párpados morían también. Aunque pudieras trazar una fina membrana azul cada vez que necesitaras limpiarte los ojos (y tenía que ser luxina azul contenida, porque frotarse los ojos desnudos con cristal azul nunca era buena idea), aunque soportaras algo así, nunca podías cerrar los ojos para dormir. E incluso los engendros necesitaban dormir.

Al cabo de una hora, cuando el sol acariciaba ya el horizonte, pintando el desierto de arrebatadores colores, Gavin se puso las gafas rojas prestadas, se embozó en la capa roja, partió una bengala de magnesio y se plantó delante del giist.

El engendro azul se convulsionó. Los azules detestaban las sorpresas, detestaban no haber previsto algo, detestaban que interrumpieran sus planes. Pero también eran difíciles de interpretar, la perfección azul de un rostro de luxina evitaba la expresión facial de las emociones al mismo tiempo que la magia que corría por sus venas aniquilaba lentamente su capacidad para sentirlas.

Pero la sorpresa solo duró un momento. El giist corrió de frente hacia Gavin, encendida de azul su piel, llameando literalmente sus ojos saltones, iluminados de luz azul reflectante desde el interior. Gavin arrojó la bengala de magnesio a la arena frente a él y abrió de par en par su capa roja, separando las piernas y plantando firmemente los pies en la cara de la luna mientras el giist embestía.

La mano de Gavin pasó como una exhalación por encima del arnés de las armas, y unos diminutos dedos de luxina roja desenfundaron todas las dagas al unísono. Mientras daba una zancada adelante con el pie izquierdo trazó una docena de delicados cañones a lo largo de su brazo. A continuación, su brazo derecho se impulsó hacia delante con toda la energía acumulada en su cuerpo añadida a su fuerza de voluntad. La docena de pequeñas dagas se convirtieron en proyectiles de acero que surcaron el aire a una velocidad cegadora, en rápida sucesión.

Un escudo azul brotó del brazo izquierdo del engendro y se agigantó para interceptar la llamarada que esperaba de un trazador rojo armado con una bengala de magnesio. En lugar de eso, las dagas de acero impactaron con el mismo sonido que produciría el granizo sobre un tejado de latón. El escudo se cubrió de mellas, se agrietó, se partió y se abrió de par en par. Las tres últimas dagas surcaron el aire sin impedimento. La primera le golpeó en la mejilla y rebotó en el caparazón. La siguiente solo cortó el aire junto al cuello del engendro, y la última se hundió en su hombro.

El giist había iniciado ya el contraataque, no obstante. Proyectó el puño derecho hacia delante y cinco enormes lanzas se materializaron en el aire alrededor de su

mano antes de buscar el estómago de Gavin en paralelo; aunque saltara a izquierda o derecha, seguiría empalándose en alguna de ellas.

Gavin hizo trampas, naturalmente. Trazó una plataforma bajo la arena para disponer de una superficie sólida desde la que impulsarse y saltó duna abajo, girando en el aire y aterrizando en una gran avalancha que se precipitó por la cara de la duna.

El giist giró sobre los talones, renunció a las lanzas de luxina y trazó una gran espada azul en su lugar. Al ver que Gavin había perdido los anteojos durante su maniobra, una sonrisa aleteó en sus labios. La daga de Gavin le había abierto la mejilla, de la que colgaba un jirón de piel oscilante, perpendicular al suelo, en el que se apreciaba un entramado de vasos sanguíneos y luxina azul, si bien esta aparecía resquebrajada y rota en el punto del impacto, rezumantes de sangre los capilares. La daga incrustada en su hombro izquierdo parecía entorpecer sus movimientos, pero la herida distaba de ser letal.

—Rojos —dijo el giist con voz ronca, como si hiciera tiempo que de su garganta no brotaba el menor sonido—. Tan impulsivos. ¿Creías que podrías derrotarme sin ayuda tan solo porque haya llegado el ocaso al desierto?

Gavin lanzó una mirada de soslayo a sus gafas, tendidas en la arena duna arriba. El giist lo vio y asestó un tajo con su montante. La hoja se estiró sobre la marcha, cubriendo los cinco pasos de distancia, y redujo los anteojos rojos a añicos antes de recuperar su longitud original.

—Deberíais dejar el asesinato de Desencadenados a vuestro Prisma —dijo el engendro.

¿«Desencadenados»?

—Nos dijeron que el Prisma era demasiado importante para ti —repuso Gavin—. Nos dijeron que deberíamos ser capaces de encargarnos de un engendro azul en medio del desierto. Nos dijeron que Rondar Wit no era tan poderoso.

El giist se rió.

—¿Se supone que debería enfurecerme por eso? Ya no soy Rondar. El imperio del Prisma se desmorona a tu alrededor, esclavo. Únete a nosotros. Descubre la libertad. Te quedan, ¿qué, tal vez cinco años? No mucho, ni siquiera para un trazador en su mundo. ¿Por qué morir por un falso dios? ¿Por qué morir por sus mentiras? ¿Por qué morir?

¿El giist intentaba reclutarlo? Esto era nuevo. Gavin mantuvo los párpados entornados. Cuanto menos viera sus ojos el giist, menos probabilidades tendría de fijarse en lo extraños que eran.

—¿Un falso dios? —preguntó Gavin. ¿Inmortalidad?

Una membrana viscosa de luxina azul contenida barrió el interior de los ojos de insecto del engendro, de dentro afuera. Parpadeando.

—No me digas que crees en Orholam. ¿Tanto te han corrompido? ¿Hasta ese

extremo llega tu estupidez? Si Orholam elige personalmente al Prisma, como afirma la Cromería desde tiempos de Lucidonius, ¿cómo es posible que surgieran dos Prismas en una generación? ¿O eres acaso uno de esos cobardes mentales que prefiere encogerse de hombros y decir que es un misterio, de esos que dicen que los caminos de Orholam son inescrutables?

Que un engendro de los colores huyera era una cosa: ni siquiera los azules eran inmunes a la cobardía. Pero atacar al mismísimo Orholam era una herejía que atentaba contra los mismísimos cimientos del mundo. Al tachar a Orholam de fraude y decir que los poderosos debían de saberlo, la Cromería se transformaba en una fábrica de mentiras, un opresor que se aprovechaba de ti, no un amigo que necesitaba tu ayuda para desempeñar su sagrado deber.

—Hace años que no creo en Orholam —dijo Gavin, sin faltar a la verdad—. Pero ¿por qué cambiar una superstición por otra?

El giist observó de reojo la camisa de Gavin y vio que los botones no estaban abrochados correctamente. Bien. El tiempo que se pasara mirando sus botones era tiempo que no pasaba mirándolo a los ojos.

—La finalidad de dejar de creer en mentiras es poder creer en la verdad, no renunciar a la fe. El rey Garadul tiene… —Dejó la frase flotando en el aire mientras observaba a Gavin con suspicacia. Encajando las piezas.

—El rey Garadul… ¿es él quien dirige a los Desencadenados? —preguntó Gavin.

—¿Quién eres? —quiso saber el engendro—. No estás nervioso. Y deberías estarlo. —Se arrancó la daga del hombro, selló la herida y arrojó el arma lejos de sí. Extrajo de la bolsa harapienta una larga pistola de mecha con la culata redondeada, y comenzó a cargarla con movimientos extraños, rápidos pero distraídos, característicos de algunos espectros azules. Usaba la luxina azul como si fuera una extensión de sus manos. Baqueta de luxina azul, dedos de luxina azul para sostener la mecha lenta, luxina azul para sacar el cuerno de pólvora y una bola de plomo. Recogió de la arena la bengala de magnesio, encendida todavía, y la levantó para prender la mecha—. Estúpido, impulsivo trazador rojo —dijo el giist, sin dejar de contemplar de reojo los botones desparejados de la camisa de Gavin—. Deberías emplear la paga extra en comprar bengalas de tu color.

—Eso he hecho.

La mirada del giist saltó de la bengala blanca a los ojos de Gavin. A pesar de las protuberancias que cubrían los ojos del engendro y de la rigidez que imponía la luxina a sus facciones, Gavin vio que la comprensión se asentaba en todas y cada una de las líneas de su cuerpo.

Antes de que pudiera moverse, Gavin saltó hacia delante con un alarido enloquecedor.

Pillado por sorpresa, el engendro perdió la concentración; la mano de luxina que

sostenía la bengala de magnesio se desintegró, y la tea llameante cayó al suelo. El giist, sin embargo, no se había olvidado del montante ni de la pistola. Se dispuso a ensartar a Gavin con la espada al tiempo que levantaba el cañón del arma de fuego.

Gavin trazó dos bastones de esgrima de luxina azul, uno para cada mano, y apartó la espada de su camino. Separó las manos del giist. Dejó que los bastones se desintegraran y volvió a trazar. Una fina hoja azul brotó de su palma. Avanzó un paso, penetrando en la guardia del engendro azul mientras el percutor de la pistola emitía un chasquido y caía sobre la mecha. Golpeó el pecho del giist con la hoja y la palma; el caparazón cedió con un crujido. Gavin se deshizo de los restos de luxina azul sacudiendo los brazos y conjuró en cada mano los subrojos más abrasadores que era capaz de soportar. Las llamas se arremolinaron alrededor de sus puños apretados.

La pistola rugió y salió volando por los aires, inofensiva, lejos de la mano del giist.

El engendro trastabilló de espaldas, pero Gavin acortó la distancia una vez más. Asestó dos rápidas puñaladas, una contra el ojo derecho del giist, con la mano izquierda, y otra contra su ojo izquierdo, con la diestra. Las abultadas lentes azules se agrietaron, se fundieron, liberando un chorro de resina y vapores arcillosos. Todo ocurrió tan deprisa que el engendro azul no pudo ofrecer resistencia. Los azules tardaban en reaccionar cuando descubrían que sus presuposiciones estaban equivocadas.

Herido, el giist se hundió, se sentó, intentó incorporarse, y por fin se desplomó en la arena. Pese a sus sólidos ojos azules sin párpados, pese a la piel abrasada y el entramado de luxina azul visible en el corte de su mejilla, a Gavin de pronto le pareció humano una vez más.

La confusión en esos ojos con el halo roto.

La sangre roja, muy roja, que se derramaba por su pecho.

Inesperadamente, la figura se parecía más a un hombre que al monstruo que Gavin había descubierto cerniéndose sobre la cama de Sevastian hacía tantos años, rota la ventana a su espalda, con la luz reflejada en la piel azul y la sangre roja.

Gavin aspiró entrecortadamente una bocanada de aire. Esta vez lo había detenido. No había muerto ningún inocente. Y aún le quedaba una merced por conceder, no porque Rondar Wit lo mereciera, sino a pesar de ello.

—Has cumplido sobradamente, Rondar Wit. Tu servicio no caerá en el olvido, pero tus errores quedan tachados, olvidados, borrados. Te doy la absolución. Te doy la libertad. Te…

—¡Dazen! —aulló el giist, con los dedos engarfiados sobre la herida, estremeciéndose.

El sobresalto de Gavin provocó que interrumpiera el rito funerario.

—Dazen nos guía, y el Príncipe de los Colores es su férrea mano derecha. —El

giist se rió. Sus agrietados labios azules se salpicaron de sangre.

—Dazen está muerto —dijo Gavin, con una desagradable sensación en la boca del estómago.

—Nadie puede encadenar la luz, Prisma. Ni siquiera tú. Tú eres el hereje, no… —La oscuridad de la muerte se cerró por fin sobre el giist.

32

Kip apenas si tuvo tiempo de quitarse la mugre con unas toallas, ponerse unos pantalones de soldado y una camisa seca, calzarse unas botas recias (todo de su talla, asombrosamente; allí, al parecer, estaban acostumbrados a los reclutas de gran tamaño) y plantarse delante del fuego antes de que apareciera Puño de Hierro. Aparte de tener húmedo aún el pelo rizado, nada indicaba que el oficial acabara de salir del océano. Lucía un uniforme gris reglamentario como el de Kip, aunque con una estrella dorada de siete puntas y dos galones en la solapa, mientras que el atuendo del muchacho carecía de distintivos.

—Arriba —dijo Puño de Hierro.

Kip se puso de pie, frotándose los brazos en lo que parecía un vano intento por entrar en calor.

—Creía que eras comandante de la Guardia Negra. ¿Por qué llevas puesto un uniforme de capitán?

Puño de Hierro enarcó una ceja en un gesto casi imperceptible.

—Así que conoces los rangos de la Cromería.

—Maese Danavis me enseñó todas las graduaciones de las Siete Satrapías. Pensaba…

—Muy bonito. ¿Tienes todas tus pertenencias? —preguntó Puño de Hierro.

Kip frunció el ceño ante la interrupción, el desdén y el concepto de «pertenencias».

—No poseo nada. Tampoco tenía gran cosa, para empezar, y…

—Entonces la respuesta es un sí —dijo Puño de Hierro.

De modo que así iban a ser las cosas.

—Sí —respondió Kip—. Señor. —Se contuvo para no imprimir demasiado sarcasmo al «señor», pero Puño de Hierro lo miró intensamente, sin que su sempiterna ceja arqueada denotara el menor rastro de diversión. Era realmente grande. No solo alto, ni tan solo realmente alto. Era una mole de músculos. Intimidante. Kip apartó la mirada. Carraspeó, azorado—. Siento que tuviera que lanzarse al agua para rescatarme. Siento que perdiera las gafas por mi culpa. Se las pagaré, lo prometo.

De pronto, horrorizado, Kip sintió que se le anegaban los ojos de lágrimas. ¡Por Orholam, no! Pero la emoción era tan irresistible como la marea. Se le encogió el estómago cuando intentó reprimir los sollozos, pero estos escaparon de todas maneras. Estaba harto de ser tan débil. Era el niño que ni siquiera podía sostener la cuerda que alguien dejaba en sus manos. Era incapaz de hacer nada. No había salvado a Isa cuando esta lo necesitaba. No había salvado a su madre. No había salvado a Sanson. Era un pusilánime, un imbécil. A la hora de la verdad, siempre sucumbía al

pánico. Todas las críticas de su madre estaban fundadas.

Media docena de expresiones alteraron las facciones de Puño de Hierro en rápida sucesión. Levantó con torpeza una mano, la bajó, volvió a levantarla y dio una palmadita en el hombro de Kip. Carraspeó.

—Puedo encargar otro par.

Kip empezó a reír y a llorar a la vez, no porque Puño de Hierro hubiera dicho algo gracioso, sino porque el gigante pensaba que Kip estaba llorando por sus gafas.

—Eso está mejor —dijo Puño de Hierro. Golpeó el hombro de Kip con el canto del puño en lo que el muchacho supuso que pretendía ser un gesto amistoso, solo que le hizo daño. Kip se frotó el hombro y se rió y lloró aún con más fuerza.

—En marcha —dijo Kip, retirándose antes de que Puño de Hierro pudiera volver a descargar uno de sus pesados homónimos sobre su hombro y se lo hiciera fosfatina.

Las cejas de Puño de Hierro se enarcaron momentáneamente en una expresión de alivio.

—Casi peor que lidiar con una mujer, ¿eh? —dijo Kip.

Puño de Hierro se detuvo en seco.

—¿Cómo…? —dejó la frase flotando en el aire—. Eres un Guile, ¿verdad?

—¿A qué te refieres?

—En marcha —dijo Puño de Hierro, en un tono que no admitía discusión. Kip no vaciló. No estaba seguro de cómo reaccionaría Puño de Hierro si no obedecía, pero el conocimiento era un proceso lógico. El miedo era más rápido.

Una vez en la calle vio que habían colocado otro bote en la rampa. Se frotó los brazos pegajosos y contempló fijamente el mar. La marea estaba avanzada y embravecida, y las olas rompían con fuerza contra las rocas de la isla de los Cañones. Esa barca no le inspiraba la menor confianza. Parecía menos estable aún que la arenera. Y era más pequeña. Kip sintió que le daba un vuelco el estómago.

—¿Comandante? —dijo uno de los hombres—. ¿Está seguro? Preferiría no salir con este tiempo, aun en compañía de marineros expertos. Sobre todo si piensa seguir la ruta más larga.

Kip no vio la mirada que cruzaron ambos hombres, pero poco después oyó que el soldado decía:

—Sí, señor.

La isla de los Cañones se erigía en medio de las aguas que discurrían entre el Pequeño y el Gran Jaspe. La bahía del Pequeño Jaspe, protegida por un rompeolas, era un remanso, pero para llegar a su destino, que se encontraba en la dirección opuesta, Kip y Puño de Hierro debían rodear el Gran Jaspe en sus tres cuartas partes.

—¿No vamos a la Cromería? —preguntó Kip. Podía distinguir las cúspides de unas torres de colores, visibles tan solo parcialmente sobre la escarpada silueta de la isla de los Cañones—. ¿Por qué no fondeamos en su bahía? Está más cerca.

—Porque vamos a dar un rodeo —fue la respuesta de Puño de Hierro. Indicó a Kip con un gesto que subiera y le entregó un remo.

Los hombres les dieron un empujón, y Puño de Hierro comenzó a remar con ahínco. Kip hizo todo lo posible por mantener el ritmo del gigante, pero casi enseguida empezaron a escorarse hacia el costado del muchacho. Puño de Hierro no dijo nada; se limitó a cambiar de lado y a dar unas cuantas paladas vigorosas en el costado de Kip hasta que se enderezaron, tras lo cual regresó a su lado. Guiados por el comandante, cortaban las olas. Kip tenía el corazón constantemente en un puño. Las olas de tres a cuatro pies de altura dieron paso a olas de cinco a seis pies.

Puño de Hierro izó la pequeña vela cuando habían cubierto un tercio de la distancia.

—Mantennos rectos —ladró mientras manipulaba los cabos. Kip se sentía como un pollo sin cabeza, aleteando torpemente de un lado de la barca a otro, avanzando con parsimonia, escalando las olas con una sacudida y precipitándose en picado al otro lado.

»¡Abajo! ¡Agáchate! —exclamó Puño de Hierro. Kip se tiró al suelo justo cuando el viento cambiaba de dirección y la vela oscilaba de un lado a otro de la embarcación. La botavara cortó el aire sobre su cabeza. Tensó los cabos con tanto ímpetu que Kip pensó que debía de estar a punto de partirse.

Por Orholam, me podría haber arrancado la cabeza.

El bote se escoró con violencia, aun con tan solo un tercio de la vela izada, y dio un salto hacia delante. Kip acababa de ponerse de rodillas, y el inesperado movimiento provocó que se cayera de espaldas, chapoteando en el agua fría y sucia del fondo de la embarcación.

—¡El timón! ¡Coge el timón! —ordenó Puño de Hierro.

Kip agarró el timón y lo sostuvo firme durante largo rato, aunque la barca se había desviado de la dirección adecuada del viento y embestía las olas demasiado escorada. Parpadeó para quitarse el agua salada de los ojos. Empuja el timón hacia allí, gira sobre ese pivote, el bote se mueve… Lo tengo.

La ola siguiente se coló en parte por encima de la borda cuando Kip empujó el timón con fuerza a babor. Una inesperada ráfaga de viento provocó que la barca se hundiera más aún en el agua; se elevaron de un salto al escapar de la presa asesina de la ola.

Kip profirió un grito de júbilo mientras aceleraban, cabalgando las olas, embistiéndolas ahora como un ariete en lugar de estar simplemente a su merced. Pero Puño de Hierro no compartía su efusividad. Observaba el firmamento de reojo. Izó la vela una vez más, y la embarcación ganó aún más velocidad, inclinándose tanto a babor que Kip pensó que iban a volcar.

Recibieron el viento de popa cuando llegaron a la cara oeste del Gran Jaspe. Era

como si estuvieran volando.

Puño de Hierro no dejaba de lanzar miraditas subrepticias al sur, pero los negros nubarrones parecían estar disgregándose más que acumulándose, y cuando se guarecieron del viento a la sombra del Gran Jaspe, la expresión del comandante indicó a Kip que el peligro había pasado.

—Nuestro destino es un pequeño embarcadero, ahí enfrente —observó Puño de Hierro mientras desplegaba la vela al máximo.

Así, Kip maniobró entre galeras y galeazas, corbetas armadas con un solo cañón montado sobre un eje, y galeones con quince cañones por banda. Mantuvieron las distancias para no interferir con la constante afluencia de barcos que entraban y salían de la bahía, ni con las lanchas llenas de marineros que se dirigían a la orilla.

—¿Siempre es así? —preguntó Kip.

—Siempre —respondió Puño de Hierro—. La bahía es demasiado pequeña, de modo que para dar cabida al número de embarcaciones necesario para que funcione el comercio existe un elaborado sistema para determinar quién entra primero. Funciona… —Miró de reojo en dirección a un capitán que estaba maldiciendo a voz en grito al controlador portuario plantado frente a él en la cubierta del barco, ábaco en mano. El controlador soportaba la lluvia de improperios sin inmutarse—. La mayoría de las veces.

Mientras Kip viraba como un poseso para esquivar las otras embarcaciones en deferencia a un misterioso código de etiqueta marítima que no alcanzaba a comprender, el muchacho solo podía entrever la ciudad que cubría el Gran Jaspe. Pero al parecer, la cubría por completo. Al pie de la orilla se elevaba una muralla que ceñía toda la isla, extendiéndose durante leguas, pero ni siquiera ella lograba ocultar la ciudad erigida sobre dos colinas. Aparte de unos pocos parches verdes (¿Jardines? ¿Parques? ¿Mansiones rodeadas de césped?), había edificios por todas partes. Altas cúpulas bulbosas de todos los colores, hasta donde alcanzaba la vista. Y gente, más gente de la que Kip hubiera visto en su vida.

—Kip. ¡Kip! ¡A babor! Quédate boquiabierto más tarde.

Kip se obligó a apartar la mirada de la isla y giró a babor justo a tiempo de evitar la colisión con una galeaza. Pasaron de largo bajo la fulminante mirada de su segundo de a bordo, un hombre de cabellera enredada que parecía dispuesto a escupirles hasta que reparó en sus uniformes. El salivazo fue a parar a la cubierta del barco.

Continuaron remando mar adentro hasta empezar a rodear la cara oriental de la isla.

—Entra aquí —dijo Puño de Hierro. Kip puso rumbo a un pequeño embarcadero en el que había unos cuantos botes de pesca amarrados. Tras desembarcar, encaminaron sus pasos hacia la muralla. Kip intentó que no se le desencajara la mandíbula ante la imponente construcción, la mayor obra construida por la mano del

hombre que hubiera visto en su vida.

Andando a zancadas, Puño de Hierro se acercó a la puerta. Los guardias apostados frente a ella se mostraron confusos ante su aparición.

—¿Capitán? —Con la mirada desorbitada de asombro, ensayaron un brusco saludo marcial—. ¡Comandante!

Se abrió una puerta más pequeña, integrada en el conjunto del pórtico, y Puño de Hierro la transpuso saludando a los hombres con sendos cabeceos. La ciudad que se extendía al otro lado era tan inabarcable que Kip se sintió abrumado. Pero lo primero que notó fue el olor.

Puño de Hierro debía de haberse fijado en su expresión.

—¿Esto te parece malo? Deberías visitar una ciudad sin alcantarillado.

—No —dijo Kip, mientras paseaba la mirada por los cientos de personas que llenaban las calles, los edificios de tres y cuatro plantas que se alzaban por doquier, las calzadas de adoquines entre los que discurrían surcos de un palmo de ancho—. Es solo que hay tantos. —Y los había. Cerdo guisado, especias que Kip no conocía, pescado fresco, pescado podrido, un leve tufo a excrementos humanos y la pestilencia de las heces de los caballos y las reses; y, por encima de todo, el olor de hombres y mujeres que hacía tiempo que no se bañaban.

El gentío abría paso de forma natural a Puño de Hierro, y Kip seguía su estela, intentando no tropezar con nadie mientras observaba de reojo todas las caras. Algunos hombres se cubrían la cabeza con ghotras, igual que Puño de Hierro, pero también lucían mantos a cuadros de vivos colores. Los atashianos lucían sus impresionantes barbas: cuentas, trenzas, secciones naturales, y más cuentas y trenzas. Había mujeres de Ilyta con vestidos de varias capas y zapatos que eran casi como zancos y les conferían toda una mano extra de altura. Y un caos de colores lo dominaba todo. Todos los colores del arco iris, combinados de todas las formas posibles. Puño de Hierro miró a Kip por encima del hombro, sonriendo.

—Los soldados de la puerta —dijo el muchacho, intentando desviar la atención de Puño de Hierro para que no lo tomara por un pueblerino—. No eran tus hombres.

—No.

—Pero te reconocieron, aunque tú no los reconociste a ellos, y se pusieron muy nerviosos al verte.

Puño de Hierro miró otra vez a Kip y frunció el ceño.

—¿Cuántos años has dicho que tenías?

—Quin…

—El comandante —lo interrumpió Puño de Hierro. Como si eso lo explicara todo. Esbozó una mueca mientras Kip apretaba el paso para situarse a su altura—. Tú eres el genio. Demuéstralo.

¿Genio? Nunca me he comportado como si creyera que lo soy. Pero eso era una

distracción. Se trataba de una prueba. De hecho, Kip se dio cuenta de que Puño de Hierro llevaba poniéndolo a prueba desde el principio. Dejarlo al mando del timón había sido una prueba, para ver qué hacía, cuánto tardaba en averiguar su funcionamiento, y si se quedaba paralizado. Kip ni siquiera tenía muy claro si había conseguido salir airoso.

Puño de Hierro era un comandante. Un comandante, el comandante. El comandante. Oh. Oh, cielos.

—Solo hay una compañía de Guardias Negros, ¿verdad? —preguntó Kip.

Como la mayoría de las expresiones de Puño de Hierro, esta fue rápida y efímera: el blanco de los ojos alrededor de los iris oscuros visible por completo durante una fracción de segundo, una mueca sutil a modo de cobertura.

—No está mal, supongo, a pesar de lo evidente de la pista.

—De modo que eres el único comandante de la principal compañía de élite de la Cromería. ¿Eso te convierte en general o algo así?

—Algo así.

—Oh —dijo Kip—. Eso significa que debería sentirme aún más intimidado, ¿eh?

Puño de Hierro soltó una carcajada.

—No, creo que en ese sentido lo estás haciendo muy bien. —Sonrió.

—¿Qué hacías montando guardia en esa roca?

—Es algo más que una simple roca.

Visto así, tenía cierto sentido. La Guardia Negra debía proteger a los habitantes más importantes de la Cromería, y un túnel de evacuación secreto era la clase de cosa que uno querría vigilar personalmente.

—Aun así —dijo Kip.

Llegaron a una avenida mucho más amplia, y Puño de Hierro, el comandante Puño de Hierro, se adentró en ella y encaminó sus pasos hacia el oeste, la dirección opuesta que seguía la mayor parte del tráfico. Exhaló un suspiro.

—No es un cometido envidiable, de modo que en ocasiones se utiliza como castigo. Digamos que últimamente le he dado motivos a la Blanca para no estar muy contenta conmigo.

—O se trata de una tapadera —dijo en voz baja Kip— para poder ir y controlar el mantenimiento del túnel.

—Solo que un túnel es… un túnel. No compliques las cosas más de lo necesario, pequeño Guile.

¿Eh?

—Oh. —Puño de Hierro podría llegar desde el lado de la Cromería para cerciorarse de que el túnel funcionaba. No necesitaba viajar hasta la isla en barca para eso. Menudo genio estoy hecho. Azorado, Kip se apresuró a hacer otra pregunta, y eligió la que sabía que no debería formular—. ¿Y qué hiciste para que se enfadara

contigo? Ya sabes.

—¿La Blanca?

—La Blanca.

Puño de Hierro se detuvo ante una casita coronada por una cúpula de cobre oxidado, abrió la cerradura de la puerta e indicó a Kip que entrara.

—En la cocina hay galletas, queso y aceitunas. La letrina queda a la izquierda. La cama, al final del pasillo. No salgas de aquí hasta que venga a buscarte mañana al amanecer.

—Pero si hemos bregado con esas olas tan enormes en vez de esperar, me… me imaginaba que iríamos a la Cromería sin más dilación.

—Yo iré a la Cromería sin más dilación.

—¿Mientras yo me paso el día entero aquí sentado?

—Cuando veas lo que tienes que hacer mañana, te alegrarás de haber podido reponer fuerzas. —Puño de Hierro se dispuso a marcharse.

—Pero ¿qué… qué vas a hacer?

—Voy a hacer las paces con la Blanca.

Kip frunció el ceño mientras se cerraba la puerta. Oyó un chasquido. Estaba encerrado.

—Estupendo —dijo para la puerta cerrada—. Esperaré aquí. Hace tiempo que no ejercito los pulgares. —Sin dejar de refunfuñar, buscó las aceitunas y el queso. Diez minutos después estaba roncando.

33

Karris despertó al abrigo de un cobertizo con las paredes hechas de ramas y una capa de vestir por todo techo. Era o bien el ocaso o el amanecer. Supuso que lo último, por el rocío que cubría el suelo. Se auscultó con eficiencia marcial, experimentando con las extremidades y los dedos en un intento por estimar su potencial de movimientos, tanto bruscos como pausados. Los dedos funcionaban como debían, tanto los de las manos como los de los pies, pero tenía todo el costado izquierdo magullado. No solo debía de haber atravesado el marco de la puerta con el torso, sino que habría aterrizado también sobre ese costado, porque le dolían la espinilla y la rodilla, presentaba arañazos de grava en la cadera, sentía como si alguien hubiera confundido su pecho con un saco de entrenamiento lleno de serrín y se hubiera dedicado a darle puñetazos durante una hora, y el hombro… por Orholam, el hombro. Podía respirar sin demasiado dolor, no obstante, lo que esperaba que significase que no tenía ninguna costilla rota, y todavía podía mover el brazo, aunque al hacerlo se debía esforzar para no desmayarse.

Tampoco su costado derecho había escapado ileso. Unos largos arañazos de grava le cruzaban el brazo derecho y el estómago, lo más probable era que tuviera otros a juego en la espalda, y solo Orholam sabía por qué le dolía tanto el cuello. Se había machacado todos los dedos del pie derecho (tampoco se acordaba de eso), y tenía el ojo izquierdo hinchado; no tanto como para bloquearle la vista, pero sí lo suficiente como para no pasar inadvertido. También tenía un arañazo en la frente, una bonita colección de chichones en la cabeza y… ¿qué diablos, un corte justo en la punta de la nariz?

No, no se trataba de un corte. Era un grano. Incre… ¿Un grano? ¿Ahora? Orholam me odia.

Alguien había embadurnado hasta el último de sus cortes y rasguños con algún tipo de ungüento que olía a bayas y agujas de pino. Alguien carraspeó.

—Hay más linimento a tu derecha. Atendí los cortes más… más visibles.

Lo que Karris tradujo como que Corvan no la había desnudado.

—Gracias —refunfuñó—. ¿Qué ha pasado?

—¿Aparte de lo evidente? —preguntó Corvan, lacónico.

—En la iglesia, en la cámara subterránea. Nunca he visto una luxina roja que no ardiera limpiamente. Si la trazaste mal, debería haberse evaporado en vez de formar una corteza. ¿Y qué era esa cosa en la que estabas metido? —Karris se sentó e hizo una mueca. También le dolía el tobillo. Ay, ¿cuándo se había torcido el tobillo? Lo ignoró e intentó recordar todo cuanto sabía acerca de Corvan Danavis. Era un rebelde, por supuesto, pero antes de aliarse con Dazen también había sido el vástago de una de las familias ruthgari más influyentes. Durante casi cien años, la relación

entre Ruthgar y el Bosque de Sangre se había caracterizado por la paz, habían sido los aliados más inseparables. Las familias nobles de Ruthgar se habían casado con las familias más importantes de bosquesangrientos, lo que dejaba en su posesión terrenos a ambos lados del Gran Río. Otros pueblos habían empezado a referirse a sus tierras como si fueran una sola, fundiendo las Llanuras Verdegueadas y el Bosque de Sangre bajo el denominador común del Bosque Verde. El Pecado de Vician había puesto fin a eso, y durante una generación previa a la Guerra del Falso Prisma, los territorios llegaron a conocerse como las Llanuras de Sangre. Si algo positivo había salido de la Guerra del Falso Prisma, era que había proporcionado a Gavin la influencia necesaria para acabar de una vez por todas con la inagotable sucesión de pequeñas disputas que enfrentaban a Ruthgar y el Bosque de Sangre.

Corvan era un producto de ese conflicto. Nacido en el seno de una familia guerrera, con un exagerado número de hermanos (¿ocho? ¿diez?), era, le parecía recordar a Karris, el último que quedaba con vida de ellos. Karris lo recordaba a duras penas de antes de la Guerra del Falso Prisma. Solo era otro ruthgari de rancia estirpe que, de la noche a la mañana, se había encontrado en la ruina con poco más que las bonitas armas que portaba y los elegantes ropajes con que se cubría. También era un monocromo, por lo que sus posibilidades de reclamar riquezas en cualquier otro lugar eran muy remotas. Cuando estalló la guerra, se unió al bando de Dazen de inmediato, como tantos otros jóvenes nobles desposeídos sin nada que perder.

Karris contaba quince años de edad por aquel entonces y no lograba acordarse de Corvan en absoluto. Lo cual, supuso, no tenía nada de sorprendente, dada toda la atención que había recibido de los hermanos Guile. Había sido un simple consejero durante gran parte del conflicto, pero hacia el final de la guerra Dazen lo nombró general. Karris había oído al comandante Puño de Hierro relacionar ese hecho con la victoria de Gavin; sin llamar incompetente a Corvan Danavis, sino todo lo contrario. El comandante Puño de Hierro había dicho que si Corvan Danavis hubiera sido general desde el principio de la contienda, los ejércitos de Gavin ni siquiera habrían llegado a la Batalla de la Roca Hendida. Puño de Hierro había dicho también que si el general Danavis no se hubiera rendido incondicionalmente después de la Roca Hendida, aún podría haber guerrillas luchando en la mitad de las Siete Satrapías. La gracia en la derrota de Corvan había convencido a sus hombres para irse a casa.

Karris hundió los dedos en el cuenco de ungüento y miró a Corvan, que parecía desconcertado. Empezó a levantarse la camisa larga con los dedos pringados de ungüento, y el hombre por fin captó la indirecta. Carraspeó y se dio la vuelta. Karris untó el linimento con cuidado en los arañazos que tenía en el pecho, despacio, dándose tiempo para pensar.

Con su historial, Karris esperaba que Corvan Danavis fuera un anciano encorvado, pero este hombre tendría unos cuarenta años. Sus mejillas afeitadas, salvo

por la barba de uno o dos días, mostraban una piel más clara que la de la mayoría de los tyreanos pero mucho más oscura que la de los pálidos bosquesangrientos, aunque salpicada de pecas. Tenía los ojos azules, lo cual no era de extrañar, con la ridícula cantidad de rojo que había sido capaz de trazar. Los halos de luxina solo cubrían la mitad de sus iris; menos incluso que los de Karris, a pesar de que probablemente era doce o quince años mayor que ella. Había quizá reflejos rojizos también en su pelo oscuro, ondulado en vez de rizado. El general era célebre por su bigote rojo, el cual mantenía recortado salvo en las guías que colgaban por debajo de su barbilla, donde había atado cuentas rojas y doradas. Quizá este fuera otro Corvan Danavis, o alguien que había adoptado su nombre con la esperanza de beneficiarse de la buena reputación del general.

—Se nos echaron encima antes de darnos cuenta de lo que ocurría —dijo Corvan —. Había aconsejado a la aldea que enviara uno o dos muchachos para las levas pero ni siquiera yo esperaba esa clase de retribución. El rey Garadul no vino para darnos una lección, sino para dársela al resto de Tyrea. Solo he conocido a otra persona como él. —El general Delmarta, el Carnicero de Ru, supuso Karris.

—¿Viste la pirámide? —preguntó Karris, girándose de nuevo hacia él.

Corvan Danavis se quedó muy quieto. La comisura de sus labios se curvó en una mueca por un instante fugaz. Pero la mirada que volvió hacia Karris era fría, controlada. No había el menor rastro de luxina roja reciente en sus ojos, lo cual denotaba un control asombroso para tratarse de un trazador de su edad.

—Recogí a los que pude y los llevé a la iglesia. —¿Esperaba que los hombres de Garadul respetaran el terreno consagrado?—. Era el edificio menos inflamable de la ciudad —dijo Corvan, respondiendo a la pregunta no formulada—. Luchamos, y perdimos. Los Delaria y los Sworrin no consiguieron abrir la puerta del sótano, y yo estaba demasiado ocupado peleando. Tal vez no debería haber luchado en absoluto. Creo que la cromaturgia sencillamente atrajo más soldados. Nos abrumaron. Me retiré escaleras abajo.

—¿Solo?

El hombre pareció sorprenderse ante la pregunta.

—Todos los demás estaban muertos —dijo.

Salvo una joven familia, a menos de diez pasos de la escalera. ¿Habría peleado Corvan de veras, o se habría retirado inmediatamente escaleras abajo, cerrando la puerta a su espalda y condenando a los habitantes de la ciudad a una muerte llameante? Los soldados se habían llevado a sus muertos, y los incendios habían oscurecido la mayor parte de las pruebas de la batalla en el templo, así que Karris no podía saberlo con certeza.

—Ahora es cuando me explicas cómo usaste la luxina más inflamable para escapar de un incendio —dijo Karris.

—¿Sabes por qué soplas sobre una llama cuando haces una fogata? —preguntó Corvan. No esperó a que Karris respondiera—. Porque el fuego necesita respirar. Soy monocromo, noble Roble Blanco. Tenemos que ser más creativos que los casi policromos como tú.

—Explícame tan solo cómo lo hiciste —dijo Karris. ¿Cómo sabía que era casi una poli? Todavía no había decidido si era posible que él fuese el general Danavis. ¿En este lugar olvidado de la mano de Orholam? ¿Y de una familia del Bosque de Sangre? Los ojos y las pecas hablaban de herencia de bosquesangriento, pero ¿y la piel? Por supuesto, se había criado en el seno de una familia noble, una familia que criaba a sus hijos para la guerra. La combinación perfecta para un trazador guerrero era piel negra con ojos azules. Incluso la piel de caramelo era preferible a la piel pálida de los bosquesangrientos para dar a un guerrero una fracción de segundo extra antes de que sus adversarios supieran qué color estaban trazando. Así que era posible. Las familias nobles sin duda casaban a sus hijas e hijos por razones menos altruistas. Temer que tus descendientes no parecieran oriundos de su propia tierra podía bajar puestos en la lista de prioridades cuando la supervivencia estaba en juego.

—Cuando bajé las escaleras —continuó Corvan—, sabía que vendrían a por mí, de modo que recubrí todas las superficies con luxina roja. Sellé la habitación por completo y me embadurné también de luxina. Cuando llegaron los soldados, cerré la puerta tras ellos y lo incendié todo. La conflagración devoró el aire de la habitación, y tanto el fuego como los soldados murieron. —Así que por eso la luxina roja tenía una costra en vez de haberse consumido limpiamente. Carecía de aire.

—¿Y los tubos? —Karris había chocado con unos tubos al caer.

—Conducían al exterior. Para permitirme respirar.

—¿Por qué no te fuiste después de matarlos?

El hombre la miró con dureza.

—Porque tenía que esperar hasta que se consumiera el último rescoldo, si no podría provocar que explotara la habitación. Como tal vez notaras cuando entraste acompañada de ascuas y la habitación entera saltó por los aires.

Oh.

—¿Por qué está reuniendo un ejército el rey Garadul? —dijo Karris—. ¿Por qué ahora?

—Para reafirmarse a sí mismo, me imagino. Nuevo rey como es, querrá demostrar que es duro. ¿Necesita más excusas? Rask Garadul siempre ha sido un malnacido chiflado.

—Si realmente eres Corvan Danavis, acabas de mentirme —dijo Karris. Un general de la talla de Corvan profundizaría en las posibles estrategias de Rask. Un general con el historial de éxitos de Corvan habría descubierto ya una docena.

Corvan hizo una pausa, y asombrosamente a Karris le pareció que parecía

complacido.

—Así que la pequeña Karris Roble Blanco ya es toda una mujercita —dijo Corvan—. Se unió a la Guardia Negra, y ahora es una espía de la Cromería.

—¿De qué estás hablando? —dijo Karris. Se sentía como si acabaran de darle un puñetazo en el estómago.

—La única pregunta es: ¿quién quiere matarte a ti, Karris? No solo levantas más sospechas en Tyrea que yo, con los cabellos claros y la piel aún más clara, pero ¿precisamente tú? ¿Te enviaron a ti? ¿Aquí?

—¿Por qué no debería estar aquí? Vine a investigar los rojos del desierto del sur…

—En serio, Karris. No nos insultes a ambos. Como mínimo, soy enemigo de tu enemigo. Estás aquí por información. Te la daré, pero no si me mientes. Si te enfrentas a estas personas sin preparación, morirás.

Podría haberla matado en la iglesia, comprendió Karris. O podría haberla abandonado y dejar que la matara el fuego. Pero Corvan tenía fama de caballero, incluso entre sus adversarios, y ella necesitaba saber lo que él sabía. Levantó las manos abiertas, dándose por vencida. Hizo una mueca. Ay, el brazo izquierdo estaba matándola.

—¿Por qué no puedo estar aquí? —preguntó.

—¿Tienes la menor idea de lo que pasó con todos los hombres y mujeres que combatieron al lado de Dazen? —preguntó Corvan.

—Se fueron a casa.

—Siempre es difícil volver a casa para los perdedores. Los ejércitos de Dazen eran desorganizados. Un hatajo de indeseables, y un puñado de hombres buenos que habían sido agraviados.

—Como tú —interpuso sarcásticamente Karris.

—Esto no va de mí. La cuestión es que muchos de nosotros no podíamos ir a casa. Algunos se dirigieron a Puerto Verde; los aborneanos acogieron a algunas comunidades poco numerosas, y los ilytianos aseguraron estar dispuestos a aceptar a todo el mundo. Pero lo único que alguien obtuvo de ellos fue una oreja recortada.

Karris se estremeció. Así marcaban los ilytianos a los esclavos. Calentaban unas tijeras de esquilar al rojo y cortaban la oreja izquierda del esclavo casi por la mitad. El tejido cicatricial impedía que la oreja se recompusiera y hacía fácil identificar a los esclavos.

—Algunos de nosotros tuvimos más suerte —dijo Corvan—. Nuestros ejércitos deambularon de un lado a otro de esta tierra durante meses, y la gente de aquí no tenía motivo para sentir simpatía por ningún bando. Arrasamos aldeas enteras. Las que sobrevivieron solo tenían niños pequeños, ancianos y unas pocas mujeres. La mayoría de las ciudades aborrecían a los soldados, y donde los antiguos soldados

intentaban instalarse por la fuerza, el padre de Rask, el sátrapa Perses Garadul, los exterminaba. Pero unas pocas ciudades comprendieron que si esperaban reconstruirse algún día, necesitaban hombres. La alcaldesa de Rekton fue una de esas personas. Escogió doscientos soldados y nos permitió quedarnos, y eligió bien. Unas pocas ciudades vecinas hicieron lo mismo. Otros hombres, por supuesto, se convirtieron en bandidos, y ni siquiera Perses Garadul pudo darles caza a todos.

—¿Cómo conseguiste asentarte? —preguntó Karris—. Como general, eras más responsable que la mayoría por lo ocurrido en esta región.

—Mi esposa era tyreana. Nos habíamos casado unos pocos años antes de que estallara la guerra. Estaba en Garriston cuando… cuando se incendió. Uno de sus criados sobrevivió y salvó a nuestra hija y me la trajo. Así que tenía una niñita de un año, y la alcaldesa se apiadó de mí. El caso es que la gente de los alrededores recuerda la guerra de forma ligeramente distinta a la gente de Gavin.

Lo cual no era sorprendente, considerando que eran quienes peor parados habían salido.

—La recuerdan como una riña por una mujer —dijo Corvan, sucinto.

—¡Eso… eso es ridículo! —balbució Karris. Orholam misericordioso.

—Eres la musa favorita de los artistas de la zona. No es que haya muchos con talento, pero la belleza de piel clara y exótica de cabello llameante todavía inspira éxtasis en los artistas buenos y malos. Aunque la mayoría de los hombres no se atreverían a creer que seáis la misma mujer… sueles ser retratada con un vestido de novia, a veces hecho jirones… Rask sin duda posee cuadros de artistas con talento que te han visto realmente.

—No fue así —dijo Karris.

—Pero hace una buena historia.

—¿Una «buena» historia?

—Buena en el sentido de trágica. Buena en el sentido de interesante. No buena con un final feliz. —Corvan carraspeó—. Me cuesta creer que no lo supieras.

—En los Jaspes ya casi no quedan tyreanos. Y últimamente nadie habla mucho conmigo.

Corvan parecía estar a punto de responder, pero se mordió la lengua. Por fin, dijo:

—Así que la pregunta es: ¿quién te enviaría a ti a nuestro nuevo rey Garadul, sabiendo que este sin duda te reconocería, y qué esperaba conseguir dejándote a su merced?

La Blanca. ¿La Blanca me ha traicionado? ¿Por qué?

34

Había sido una mañana muy larga. Gavin había despertado dolorosamente temprano para llegar a la costa al amanecer, y luego había salido volando en deslizador tan pronto como pudo trazar los primeros rayos de sol. A continuación había ido en barca a la isla de los Cañones; el desagradable y claustrofóbico viaje por el túnel de evacuación lo había dejado sucio, sudoroso, dolorido y falto de sueño. Pero no tenía más remedio que obligarse a seguir adelante; no después de lo que le había revelado el engendro de los colores.

El túnel desembocaba en la Cromería, en una despensa en desuso que había en el sótano, tres plantas bajo tierra. Había un sencillo armario montado al fondo de una de las habitaciones, y una puerta oculta al fondo de ese armario. Gavin cogió un quinqué de un gancho, giró el pedernal y se alegró al ver que prendía de inmediato. Liberó la luxina que había estado conteniendo en dos charcos que se disolvieron rápidamente en el suelo (no había necesidad de aterrorizar si se tropezaba con alguien) y se introdujo en el armario.

La puerta secreta se cerró con suavidad a su espalda. Abrió la puerta del armario. Un palmo, luego se detuvo, bloqueada. Con la luz de la lámpara entrando solo por la pequeña rendija, no podía ver cuál era el problema. Metió la mano por la rendija en la oscuridad. La madera pulida recibió sus dedos, suave y recta, luego más, justo encima. Sillas.

Bueno, ese era el problema de tener una puerta supersecreta oculta en una despensa en desuso, ¿no? A veces la gente se percataba de que estaba vacía y pensaba que debería emplearse para almacenar cosas.

Con un suspiro, Gavin dejó la lámpara en el suelo y apoyó el hombro en la puerta. Empujó con fuerza, con más fuerza. La puerta se deslizó otro palmo o dos mientras las sillas apiladas se movían, y se atascaban. Miró de reojo a la lámpara, trazó una varita verde y adosó un pegote de luxina roja al extremo. Encendió el rojo con subrojo e introdujo la fina antorcha por la abertura, sosteniéndola en alto, y después metió la cabeza.

La sala entera estaba repleta de muebles, como si media docena de aulas y comedores se hubieran desalojado y lo hubieran puesto todo allí. Orholam bendito. Gavin maldijo en voz baja. La única zona despejada estaba al nivel del suelo. La única forma de salir era entre las patas de las sillas y las mesas.

No le quedaba otro remedio. A menos que Gavin quisiera empezar un fuego, trazar cantidades enormes y arrasar todo el contenido de la habitación para poder salir andando sin más (lo cual no sería el colmo de la discreción), tendría que barrer el suelo con el cuerpo. Estupendo. Dejó que la antorcha de luxina se desintegrara y empezó a gatear.

Diez minutos después se incorporó. No intentó sacudirse el polvo de la ropa. No tendría mucho sentido. La acumulación de suciedad era tal que, sumada a los suelos húmedos, el sudor y la polvareda levantada por las sillas y las mesas sobre su cabeza, había quedado completamente embarrado. Escuchó en la puerta durante todo un minuto, pero no oyó nada.

Tras salir al pasillo de puntillas, cerró la puerta a su espalda. Apagó el quinqué de un soplido; los pasillos estaban brillantemente iluminados. Incluso tres niveles por debajo del mar, se esperaba de las cerezas (los alumnos trazadores de rojo de segundo a cuarto grado) que mantuvieran las lámparas provistas de luxina roja. La despensa, prudentemente, se había emplazado casi al final de uno de los pasillos más largos. Gavin se agachó para entrar al fondo del elevador, a pocos pasos de distancia.

Los elevadores debían abastecer a toda la Cromería, lo que significaba que debían controlarlos los esclavos o los tenues, los alumnos más nuevos. De modo que eran enteramente mecánicos. Cuando alguien montaba en el elevador, una báscula indicaba cuántos contrapesos se necesitaban. Si un trazador decidía usar menos contrapesos, tendría que encaramarse a la cuerda, aunque levantando tan solo una fracción de su peso. Si usaba más contrapesos de los indicados en su caso particular, detenerse en la planta correcta podría ser complicado. Un elevador central se ocupaba de los cargamentos realmente pesados y movía clases enteras, mientras que estos elevadores secundarios se reservaban para cargas más pequeñas. Adicionalmente, cada cubículo disponía de numerosas rendijas y cuerdas para que los embajadores no tuvieran que esperar mientras docenas de tenues se dirigían a clase.

Gavin agarró la penúltima cuerda. El sigilo le impedía coger la última, aunque si alguien lo veía y lo reconocía, se preguntaría por qué no viajaba en el elevador reservado para alguien de su rango, por lo que la discreción de ambos métodos seguía estando en entredicho. Trazó un freno, bajó la palanca para doblar su peso y dio una patada al seguro.

Salió disparado hacia arriba a gran velocidad. Aunque partía de las profundidades de la tierra, los elevadores estaban brillantemente iluminados. En lo alto de cada rampa había huecos a los lados, y montados en ellos, unos espejos de Atash sumamente pulidos proyectarían luz natural rampa abajo mientras el sol bañara esa cara del edificio. Ajustar los espejos cada pocos minutos era otra divertida tarea para los tenues, que todas las noches debían devolver todos los contrapesos a su sitio. Gavin aún recordaba cuando debía hacerlo él mismo. Sin embargo, no era lo que se dice un recuerdo especialmente agradable.

El elevador no llegaba hasta su cámara, casi en lo alto de la Cromería, por supuesto. Eso sería demasiado conveniente; o, como preferían decir los Guardias Negros, inseguro. No había motivo para dar a los asesinos una ruta directa hasta el Prisma o cualquier otro personaje importante. En vez de eso, tras ascender a gran

velocidad hasta la mitad de la Cromería, dejando atrás a alumnos, magísteres, siervos y esclavos tan rápido que a nadie le daba tiempo a ver quién tenía tanta prisa, Gavin accionó el freno.

Se detuvo en lo alto de la rampa y salió enfrente de la estación de guardia que protegía esa planta. Había cuatro hombres allí, guardias normales, no Negros, y todos ellos levantaron la mirada de su partida de dados con expresión culpable. Aparentemente no habían notado el silbido de la cuerda demasiado tarde. Se quedaron boquiabiertos al verlo: Gavin Guile en persona, empapado de sudor y cubierto de mugre, allí.

—Os propongo una cosa —dijo Gavin mientras guardaba el freno en su cinturón —. Si vosotros no mencionáis esto, yo tampoco. —Lanzó una miradita elocuente a los dados y los naipes que cubrían la mesa. Vigilar el ascensor en un piso tan elevado tenía que ser aburrido, pero al señor de la lux Negro no le complacería descubrir que sus soldados apostaban estando de servicio.

Cuatro cabezas asintieron como una sola. Gavin montó en el siguiente elevador, justo adyacente al que acababa de dejar, y adoptó su posición acostumbrada. Esta vez eligió una velocidad más clemente.

Había dos Guardias Negros vigilando el elevador en ese nivel, y estos hombres no estaban jugando a los dados. Apenas si pestañearon siquiera. Ambos empuñaban sendas lanzas, tenían las rodillas ligeramente flexionadas, y las gafas puestas.

Cuando los Guardias Negros estaban de servicio, estaban de servicio.

Los hombres saludaron con porte marcial y se golpearon bruscamente los hombros con las lanzas, antes de regresar a su posición inicial. Gavin pasó junto a ellos y entró en la habitación. Un poco de supervioleta abrió todas las persianas, proporcionándole luz. Tiró de una cadena de servicio que había junto al escritorio y encaminó sus pasos a la bañera. La jornada del día se iba a caracterizar por los encuentros diplomáticos, pero, lo más importante, se proponía visitar a su hermano, y de ninguna manera pensaba presentarse ante Dazen hecho unos zorros. Podría interpretarlo como un signo de debilidad. Abrió el grifo, probó el agua y la calentó con subrojo.

Estaba empezando a quitarse la ropa cuando se abrió la puerta y entró Marissia, su esclava de cámara. Había sido capturada durante la guerra entre Ruthgar y los bosquesangrientos. Como la mayoría de los de su pueblo, tenía el pelo rojo, pecas, y unos ojos verdes como el jade. Karris poseía rasgos característicos del Bosque de Sangre. Gavin nunca había pensado que fuera causalidad que su esclava de cámara fuera una muchacha joven y guapa del Bosque de Sangre. La Blanca esperaba, sin duda, aplacar algunos de sus apetitos que habían causado tantos problemas antes de la guerra. La chica era virgen incluso cuando entró a su servicio, hacía diez años, lo que significaba que los ruthgari que la habían capturado sentían más interés por el oro que

por la carne.

Marissia le ayudó a quitarse la ropa sucia y la apiló para llevársela a la lavandería. Gavin se metió en la bañera.

—Tengo mensajes para vos —dijo la muchacha—. ¿Estáis listo para escucharlos?

Gavin extendió una mano, indicándole que esperara, y suspiró mientras se introducía en el agua caliente. Mensajes, exigencias, apenas un minuto para pensar.

—Convoca una reunión del Espectro al completo. ¿Cuándo crees que será lo antes posible, Marissia?

Marissia ya había aflojado los lazos de su vestido, que levantó ahora con la combinación por encima de su cabeza y dejó doblado al lado de la bañera. Si había una habilidad que Marissia no había aprendido a dominar en los diez años que llevaba al servicio de Gavin era fingir que el resto del mundo cesaba de existir cuando cabía la posibilidad de hacer el amor con él. Se bañaría con Gavin, le haría el amor si este así lo quería, pero no permitiría que se le mojara el pelo, y después recogería el vestido perfectamente doblado, se lo pondría en un abrir y cerrar de ojos y pasaría a su siguiente quehacer. Marissia poseía muchas virtudes, pero la capacidad de abandonarse al momento no se contaba entre ellas.

—Los Señores de la Lux Azul y Amarillo están hoy en el Gran Jaspe —dijo la mujer mientras cogía un paño y jabón—. El Amarillo tiene familiares de visita y está escondido en una de las tabernas. El Negro está trabajando en su libro mayor y maldiciendo a todo el mundo en una legua a la redonda, y el Rojo probablemente esté en las cocinas. Que yo sepa, los demás se encuentran en sus lugares acostumbrados en el Pequeño Jaspe.

Pese a su incuestionable hermosura (la Blanca evidentemente la había elegido porque se parecía a Karris), lo más asombroso de Marissia era su asombrosa eficiencia. Lo sabía todo, y siempre tenía sus conocimientos en la punta de la lengua. Gavin se había esmerado para ganarse su lealtad incondicional, sabiendo que no había forma de mantener la existencia de su prisionero a escondidas de esta esclava de cámara, no eternamente, aun con la seguridad de que la Blanca la había enviado para espiarlo.

Las opciones de Gavin eran sencillas: dejar que una sucesión de esclavas de cámara desfilara por sus aposentos y librarse de ellas de forma rápida, con la esperanza de que no les diera tiempo a descubrir su secreto, o ganarse completamente la lealtad de una. A Karris no le gustaba Marissia, pero la ignoraba. Hubiera sido diez veces peor si Gavin tuviera una esclava de cámara nueva todos los meses; a la larga, así solo conseguiría que un espía de cada familia noble tuviera ocasión de registrar su habitación e informara a todas las satrapías de los detalles más íntimos sobre su persona.

Además, necesitaba que alguien tirara el pan por el tobogán cuando él se

ausentaba.

Empero, la Blanca había demostrado un gusto impecable al elegir a Marissia. Aunque su cuerpo era casi tan familiar como el suyo después de diez años, seguía siendo un placer ver sus curvas esbeltas. Se deslizó en la bañera a su lado, sosteniendo jabón y un paño, y empezó a lavarle la espalda y los hombros.

—Esta noche, entonces, después de cenar. Dile a la Blanca que me gustaría verla dentro de una hora.

—Sí, lord Prisma. ¿Algo más antes de que os dé el mensaje?

—Adelante.

—Vuestro padre desea hablar con vos.

Gavin rechinó los dientes.

—Tendrá que esperar. —Levantó un brazo mientras Marissia le frotaba la axila.

—Y la Blanca desea recordaros que prometisteis dar clase a la cohorte de supervioletas a vuestro regreso.

—Oh, diablos. —¿Cómo se había enterado de su regreso?

—¿Queréis que os lave el pelo, lord Prisma?

Nada le apetecía más que disfrutar de Marissia y relajarse en un baño caliente hasta el anochecer, pero debía hacer una cosa antes de hablar con la Blanca, antes de reunirse con todo el Espectro, y definitivamente antes de hablar con su padre.

—No hay tiempo —dijo en un intento por reprimir la creciente sensación de pánico, ignorando la opresión en su pecho ante la perspectiva de lo que debía hacer.

Marissia le enjabonó el pecho, cálido y resbaladizo su cuerpo contra su espalda. Suave, reconfortante. Era casi suficiente para relajarlo. Marissia besó el punto en su nuca que siempre le hacía estremecer, y deslizó las uñas por su pecho espumoso, su estómago, más abajo. Le besó el cuello de nuevo, titubeó. Había una pregunta implícita en esa pausa.

Gavin emitió un ruidito quejumbroso.

—No, tampoco hay tiempo para eso. —¿Cuán bien lo conocía Marissia? A menudo, cuando apremiaban las reuniones u otros deberes, siempre había tiempo para eso.

¿A menudo? Casi siempre.

Marissia lo apretó debajo del agua, vaciló un momento más, como diciendo: Vuestros labios dicen que no, pero alguien más dice sí, sí, por favor. Pero luego le besó el cuello otra vez, un piquito nada más, y empezó a aclararle el jabón del cuerpo.

—Os he añorado enormemente, lord Prisma —dijo en voz baja. Terminó y salió de la bañera—. Os prepararé la ropa —añadió mientras se secaba someramente y se anudaba la toalla a la cintura antes de dirigirse a un armario para seleccionar el atuendo de Gavin.

Este la observó con anhelo. Sacudió la cabeza para salir de su ensimismamiento.

No podré abrocharme los pantalones como siga así.

Después de que Marissia eligiera la ropa, volvió a la bañera mientras Gavin se ponía de pie, pero él la alejó con un gesto. Hoy podía secarse sin ayuda. Marissia se secó el cuerpo entero y se vistió en el tiempo que tardó Gavin en secarse el pecho. Salió de la estancia.

Tras vestirse, Gavin abrió el pequeño armario de servicio, levantó con cuidado un montón de sábanas dobladas que había encima de la balda, y lo llevó a otro armario donde volvió a apilarlo todo escrupulosamente. A continuación levantó las baldas y las deslizó en un hueco en la otra punta de la sala. El resultado era un espacio abierto en un armario que apenas le llegaba a la altura del pecho. El proceso era lento, pero la cuestión era que nadie descubriera jamás su secreto. Si alguien se presentaba en su ausencia, la habitación debía parecer sencillamente vacía. Si registraban el cuarto, no debían encontrar nada que pareciera fuera de lo normal. El tiempo extra y los inconvenientes merecían la pena.

Gavin trazó una tabla azul y verde a sus pies, tan ancha como sus hombros, con un agujero en el centro. Luego, tras encajar una bengala de magnesio en el cinturón y aferrar la tabla con una mano, se agachó y entró en el armario. Cerró la puerta a su espalda. El suelo chasqueó a sus pies. A fin de disimular la trampilla, había diseñado el suelo para que no se abriera a menos que la puerta estuviera cerrada. Encorvado, encontró el gancho y tiró hacia arriba, lo pasó por el agujero en la tabla y lo envolvió alrededor del cinturón. Soltó la tabla y deslizó los pies en las ranuras que había encima de ella. Su diseño se basaba en los elevadores de la torre, pero simplificado porque no había nadie que lo operara, ni espacio para los contrapesos. Se trataba básicamente de unas cuantas cuerdas tendidas en la oscuridad y una polea montada en lo alto.

Ahora venía la parte más aterradora. Gavin se acercó un poco más a la abertura del suelo… y se desplomó como una piedra en la oscuridad.

La polea silbó, pero sus estridentes protestas desaparecieron en cuestión de momentos mientras Gavin se precipitaba al vacío. No había resistencia en absoluto. Caía cada vez más deprisa. Sacó la bengala de magnesio azul y la rompió contra una pierna. El hueco del elevador, que él mismo había excavado en el corazón de la Cromería, medía apenas un paso y medio de ancho. No había nada que ver salvo piedra cortada lisa y la cuerda, con un lado silbando hacia arriba y el otro descendiendo veloz al mismo tiempo que Gavin.

Tendió la mano hacia el freno de la cuerda en su cinturón, pero el movimiento inclinó la tabla sujeta a sus pies, provocando que uno de sus cantos tocara la pared. La fricción tiró de él hacia arriba y lo estrelló contra la roca al otro lado. El freno escapó dando vueltas de sus dedos… y aterrizó encima de la tabla. Intentó agarrarlo. Falló. Levantó las rodillas y, deslizando la espalda por la pared lisa, agarró el freno.

Mientras se incorporaba con suma lentitud, cogió el gancho, unió la tabla al freno y lanzó este contra las cuerdas silbantes. Apretó el freno, plenamente consciente de que si no frenaba enseguida golpearía el fondo del pozo a una velocidad increíble, pero si frenaba demasiado deprisa se podría romper la tabla… o sus piernas.

Con las rodillas temblorosas a causa del esfuerzo por intentar permanecer en pie mientras deceleraba rápidamente, pasó junto a cinco franjas blancas pintadas en todas las paredes del pozo. Era la advertencia de que casi había llegado al fondo. Un momento después dejó atrás cuatro franjas blancas. Aún demasiado deprisa. Tres. Dos.

Vale, no está tan mal. Una más.

Golpeó el suelo con un topetazo sorprendentemente seco. Su reacción natural fue intentar rodar con el impacto… lo que no dio resultado, puesto que la cuerda atirantada no le dejaba margen de maniobra. Rodó de espaldas y se cayó encima de la bengala de magnesio. Su camisa comenzó a arder al instante.

Gavin se levantó de un salto con un chillido. Afortunadamente, la camisa no se había quemado entera. Examinó las furiosas marcas rojas que le cruzaban las costillas. Dolorosas, pero poco graves. Se desenganchó del elevador.

La cámara que había en el fondo del elevador solo medía cuatro pasos de lado. Gavin no veía nada. A la luz azul de la bengala de magnesio, caminó hasta una pared azul que se volvió traslúcida al contacto, pero detrás de ella no había nada. Todavía no. Despacio, muy lentamente, la cámara del otro lado se elevó de su lugar de reposo y empezó a girar con exasperante parsimonia.

Esta era la mayor obra de Gavin. La había construido en el plazo de un mes frenético, volcando todos sus conocimientos en ella. Pero siempre que conjuraba la cámara, se le encogía el corazón. Y hoy también. La lentitud de la elevación y rotación de la cámara era necesaria para que el hombre de su interior nunca supiera que estaba moviéndose.

Por otro lado, dejaba a Gavin con cinco minutos sin nada que hacer salvo esperar. Seguro que hoy estaba desierta. Orholam bendito. Gavin sintió una opresión en el pecho. Le costaba respirar. La cámara era demasiado pequeña. No había aire. Respira, Gavin, respira. Aférrate a esa máscara de indiferencia.

Por fin, la traslucidez reveló el orbe pulido del interior del calabozo. Frente a Gavin había un hombre muy parecido a él, aunque más delgado, menos musculoso, más sucio, y con el pelo más largo.

—Hola, hermano —dijo Gavin.

35

—Así —dijo Puño de Hierro— es como deberías conocer la Cromería. Con la marea alta y al amanecer. —Había llegado antes de que saliera el sol, despertando a Kip con la desconcertante sensación de no saber si era de día o de noche. Solo lentamente había sido capaz Kip de orientarse mientras el comandante lo empujaba por las calles, menos pobladas, coronando por fin la colina—. Lo llaman la Azucena de Cristal —dijo Puño de Hierro—. Un nombre bastante más suave del que se merece, pero el acero no es transparente, ¿verdad?

Al coronar la colina, a primera vista, la Cromería efectivamente se parecía un poco a una flor. Seis torres en un hexágono rodeaban una torre central. Puesto que el Pequeño Jaspe se alzaba en altitud de sur a norte, las torres más alejadas de Kip se elevaban más, aunque todas tenían la misma altura desde la base a la cúspide. Y cada torre era completamente transparente en su cara sur. Completaba la extraña imagen floral un puente, si se podía llamar así.

El puente que cruzaba el océano entre el Gran Jaspe y el Pequeño Jaspe era verde, como el tallo de una flor, dirigiéndose directamente a las torres llameantes y las murallas bulbosas que en realidad se descolgaban en vertical. Pero no solo el puente era verde, sino que no se sostenía sobre la nada. Yacía en la superficie del agua. Tampoco flotaba, porque no se movía con las olas, y el mar era encrespado a un lado y mucho más plácido al otro.

—¿Por qué verde? —preguntó Kip, mientras intentaba poner en marcha su cerebro—. ¿El verde no era flexible?

—Es azul reforzado con amarillo. Solo parece verde —dijo Puño de Hierro, reanudando su paseo hacia el puente. Kip apretó el paso para mantener el ritmo con dificultad, boquiabierto, evaporado todo su cansancio.

—¿Amarillo? —preguntó Kip—. ¿Cómo funciona eso? El Pr… esto, mi tío no me ha contado nada del amarillo.

Puño de Hierro escudriñó a Kip, pesada como una maza su mirada. No respondió, ni siquiera cuando Kip cerró la boca y caminó en silencio a su lado, mirando expectante al gigante pero sin molestarlo.

Por fin, Puño de Hierro observó a Kip de reojo.

—¿Tengo cara de magíster?

—Solo supuse que como luchador no vales gran cosa sin tus gafas azules —dijo Kip. ¡Calla, cretino! No—. Así que haríamos bien en darte otra utilidad.

La cabeza del comandante de la Guardia Negra restalló hacia Kip. Kip tragó saliva con dificultad. Te mereces que te aplaste el cráneo, Kip. Lo estás pidiendo a gritos.

Una sonrisita renuente se extendió lentamente por las facciones del comandante.

Soltó una carcajada.

—Cuando Orholam reparte los cerebros, los primeros tienen que ponerse al final de la cola para el sentido común, ¿eh?

—¿Qué? —preguntó Kip—. Oh.

Aguardó pacientemente, esperando que su chiste le granjeara alguna respuesta sobre la luxina amarilla, pero Puño de Hierro lo ignoró. La perversa sonrisita de su rostro indicaba a Kip que sabía que este aguardaba una respuesta y solo estaba mordiéndose la lengua porque no quería empezar otra conversación. Pero Puño de Hierro no iba a proporcionarle el placer de obtener una respuesta. Fuerza fofa se topa con masa inamovible.

En cuestión de minutos, no obstante, habían llegado al Tallo de Azucena (o mejor dicho, a su interior), y Kip olvidó lo que fuera que había preguntado. El puente estaba completamente cerrado, aunque con una luxina azul tan fina que era casi tan incolora como el cristal. Pero bajo sus pies, el puente refulgía. Kip miró a Puño de Hierro.

—Da igual lo a menudo que me mires, sigo sin ser un magíster —dijo el gigante.

—¿Y un guía?

—Tampoco.

—¿Un anfitrión cortés?

—Uh-uh.

¿Un cretino? La boca de Kip realmente se abrió para decirlo cuando notó de nuevo cuán densamente musculosos eran los brazos de Puño de Hierro. Cerró la boca abierta y frunció el ceño.

—¿Ibas a decir algo? —preguntó Puño de Hierro.

—Tu nombre —dijo Kip—. ¿Es común entre los parianos?

—¿Puño de Hierro? Que yo sepa, soy el único.

—No es eso lo que… —Ah, estaba bromeando.

Puño de Hierro sonrió.

—¿Te refieres a adoptar un nombre descriptivo? Muy común. Algunos usan nuestra antigua lengua, pero la gente de la costa… mi gente… usa palabras comprensibles para los forasteros. Pero los ilytianos lo hacen también. En menos grado, la Cromería entera lo hace. Gavin Guile casi nunca es llamado emperador Guile o Prisma Guile. Es sencillamente el Prisma. Orea Pullawr es solamente la Blanca. Mucha gente cree que los nombres sin significado son los verdaderos enigmas.

—Nombres sin significado. ¿Quieres decir como Kip?

Puño de Hierro enarcó una ceja. Encogió los hombros.

Muchas gracias.

El gentío que se dirigía a pasar el día al Pequeño Jaspe ni siquiera parecía reparar en el milagro bajo sus pies. El puente medía unos veinte pasos de ancho y trescientos

de largo de una orilla a otra. La superficie estaba ligeramente texturada, pero eso apenas si interfería con su transparencia, aparte de algo de polvo. Kip podía ver el agua justo bajo sus pies, ni a un pie de distancia, abombándose con cada ola y combándose entre ellas. Estaba en el lado del puente con la mar embravecida, además; aparentemente aquí el tráfico viajaba por la derecha, al contrario que en casa, por lo que las olas chocaban con la luxina justo al lado de Kip. Tras haber sido arrastrado y vapuleado por esas mismas olas, estaba algo más que nervioso. Nadie más parecía darle la menor importancia.

Entonces, aproximadamente cuando Kip y Puño de Hierro llegaban al centro del puente, Kip vio una ola monstruosa que se acercaba. Justo a la altura del puente, cavidad chocó con cavidad, pico chocó con pico, y la ola se cernió gigantesca; su altura era fácilmente el doble que el puente. Kip se preparó y respiró hondo.

No se dio cuenta de que había cerrado los ojos con fuerza hasta que oyó las risitas contenidas de Puño de Hierro. Los abrió cuando el último rastro de agua se deslizaba por el interior del tubo, inofensivo. El puente no había gruñido, no había temblado, ni siquiera había reaccionado ante la violencia de la ola que acababa de pasarle por encima.

Unos pocos viandantes sonrieron con picardía. Al parecer esta era la clase de chiste que nunca perdía la gracia.

—¿Es por esto que…? —tartamudeó Kip mientras se acordaba de usar el término apropiado—. ¿Es por esto que mi tío quería que entrara por aquí?

—Parte de la razón, estoy seguro. Cada vez que tenemos que bregar con un rey recalcitrante, o sátrapa, o reina, o satrapesa, o lord pirata, nos aseguramos de que crucen con la marea alta. Es un bonito recordatorio de con quién están tratando.

¿«Bonito» recordatorio?

La siguiente ola también arrolló el puente, y pronto incluso las concavidades entre las olas eran más altas que el fondo del puente. Para cuando Kip y Puño de Hierro salieron de él, estaba medio sumergido en el mar. Increíble. Kip no se había criado en el mar, pero incluso él sabía que era inusual que la marea subiera tan duro y alto y rápido. Hizo que se preguntara si no habría magia de por medio. Y en todo momento, el puente ni siquiera se estremeció. Menudo recordatorio.

El puente se curvó hacia arriba antes de depositarlos en la orilla, por supuesto, pero cuando lo hizo Kip por fin pudo empezar a prestar atención a la Cromería.

Las dos primeras torres, a la derecha y la izquierda conforme uno salía al Pequeño Jaspe, estaban más juntas que las dos torres del fondo, bien para ayudar a fortalecer el muro junto a la inmensa puerta donde era más probable que fuera atacada o…

Oh. Es todo por la luz.

En cuando Kip comprendió eso, todo lo demás tuvo sentido. La Cromería entera estaba diseñada para maximizar la exposición a la luz del sol. Construir en pendiente

significaba que podía llegar más sol a los niveles inferiores de las torres septentrionales y el patio. Levantar las dos primeras torres del hexágono más juntas significaba que no proyectaban sombra sobre las torres del fondo. Las murallas «de cristal» y los laterales septentrionales de cada una de las torres posibilitaban que todas las habitaciones con vistas al norte recibieran tanta luz solar como necesitasen, mientras que las habitaciones del sur tenían paredes opacas más propicias para la intimidad y el confort. Kip se imaginó que quienes tuvieran un miedo paralizador a las alturas lo pasarían mal en algunas de las habitaciones de la Cromería; minimizando su planta, y añadiendo a la forma de azucena llameante, todas las torres excepto la central se inclinaban hacia fuera. Tampoco era ninguna casualidad; pese a la inclinación, todas las plantas eran horizontales. Quizá fuera que la Cromería necesitaba más espacio del que había disponible en la isla, así que la única forma de obtener más espacio era hacer que las torres se extendieran más allá de la isla. Quizá fuera sencillamente porque podían.

Bien por apoyo o por conveniencia, había un entramado de pasarelas traslúcidas entre cada torre y sus vecinas. Rodeando la torre central, medio camino hacia arriba, una pasarela clara conectaba con la torre en dos puntos y radiaba a cada una de las otras torres a su vez. Kip podía ver que esas pasarelas cerradas estaban repletas de personas caminando entre las torres. Sin duda era mucho más rápido, si tenías negocios en lo alto de cada torre, ser capaz de viajar directamente en vez de caminar todas las escaleras abajo, cruzar el patio central y volver a subir todo el camino. Pero el efecto visual seguía estando presente. El aire alrededor de la torre central, como el estilo de una flor, se mantenía despejado y prominente.

—Cada color tiene su propia torre —dijo Puño de Hierro.

—Pensaba que no eras un guía —dijo Kip antes de poder evitarlo. Parpadeó. Si no sintiera tanta aversión por el dolor, se mordería físicamente la lengua para darse un recordatorio a sí mismo.

Puño de Hierro se limitó a quedarse mirándolo.

—Lo siento —dijo con voz chillona Kip. Carraspeó y dijo, con voz más profunda —: Quiero decir, lo siento.

Puño de Hierro seguía mirándolo, inexpresivo.

—Déjame adivinar —dijo Kip, retorciéndose, deseoso de desviar la intensa mirada de Puño de Hierro. Apuntó con un dedo a la izquierda de la puerta a la que se dirigían y trazó un círculo en el aire, en el sentido del desplazamiento del sol por el firmamento—. Subrojo, rojo, naranja, amarillo, verde y azul. —La azul era la última, justo a la derecha de la puerta.

—Tienes dotes de deducción —reconoció a regañadientes Puño de Hierro.

—Entonces ¿por qué se agachan los supervioletas encima de la valla? —preguntó Kip.

—¿Cómo dices? —El timbre de Puño de Hierro se elevó una octava.

—Ya sabes —dijo Kip. ¿Qué?

Puño de Hierro enarcó la ceja derecha.

—Como si se dispusieran a recibir una azotaina.

—Esa expresión no significa lo que tú crees —repuso Puño de Hierro.

Kip abrió la boca para preguntar qué era lo significaba entonces, pero saltaba a la vista que el comandante no pensaba decirle nada.

—Nunca hay supervioletas suficientes para llenar una torre entera, y los supervioletas trazan mejor desde las alturas. Las propiedades de la luz se adecuan mejor a su estilo, sin olvidar que la mayor parte de sus cometidos vienen dictados directamente por la Blanca. Por eso ocupan la Torre del Prisma, cerca de la cúspide.

Se acercaron a las grandes puertas rodeados de cientos de personas que acudían a sus puestos de trabajo o venían a hacer negocios. Las puertas estaban recubiertas de oro batido, pero estaban abiertas, de modo que Kip solo pudo atisbar la escena y las figuras labradas en ellas. Las murallas, no obstante, eran un prodigio por derecho propio. Resultaba evidente que su componente principal era la luxina azul, si bien no había un tono dominante, y al parecer debía mezclarse con luxina amarilla. ¿A fin de volverla más resistente? Esa debía de ser la explicación, puesto que todo el puente estaba construido con esa combinación. Pero todas las caras del hexágono eran distintas. Había vetas azules, amarillas y verdes por doquier, aun sin tener en cuenta las torres. Mientras que la cara septentrional de cada una de las torres era lo más transparente posible para maximizar la exposición al sol, las demás estaban diseñadas de modo que incluso un profano en la materia podría reconocer a quién pertenecía cada edificio. A juzgar por las apariencias, el afán de alardear también representaba un papel importante.

Todas las superficies de la torre azul estaban talladas como las de un zafiro gigantesco, por lo que la torre entera emitía destellos desde un millar de facetas sin importar desde qué ángulo la observara uno. La torre subroja, sobre su base de azul, amarillo y verde entrelazados, parecía que estuviera ardiendo. Las ilusorias lenguas de fuego recorrían la luxina en vertical durante diez o veinte pies, y las chispas y las llamaradas en ocasiones alcanzaban alturas aún mayores. El resto de la torre daba la impresión de ondular como el aire alrededor de una hoguera.

Kip tropezó al entrar en el patio central. Bajó la mirada a sus pies. Unos surcos recorrían el suelo en un amplio arco que conectaba ambas hojas. Pero las puertas que Kip acababa de cruzar no eran correderas, sino que se abatían sobre sus goznes como cualquier otra. Desconcertado, interrogó con la mirada a Puño de Hierro, que dijo:

—Una flor de cristal.

—¿Eh?

—¿Qué hacen las flores?

—¿Oler bien?

—Eh…

Puño de Hierro parecía estar disfrutando con su confusión.

—Con respecto al sol.

—¿Se abren?

—¿Y cómo funcionaría eso con un conjunto de edificios?

Tras devanarse los sesos durante unos instantes, Kip se dio por vencido.

—De ninguna manera —dijo Puño de Hierro.

—Oh. Entonces…

—Prueba otra vez.

—¿Es que nunca respondes directamente a ninguna pregunta?

—Solo ante mis superiores. —Lo cual, comprendió Kip, era una respuesta directa. Arrugó la nariz, demasiado intimidado por Puño de Hierro como para señalarlo, pero la sonrisa que aleteaba en las comisuras de los labios del gigante le indicó que este ya se había percatado—. Las flores siguen al sol desde la mañana a la noche —concluyó Puño de Hierro, tal vez a modo de disculpa.

Kip volvió a contemplar los surcos mientras Puño de Hierro y él se dirigían al edificio central. La carretera se ensanchaba antes de llegar a la puerta; tanto que la mayor parte de ella sencillamente colindaba con el muro formando una amplia medialuna.

—¿Insinúas que el edificio entero se mueve? —Kip comprendió que era la única explicación posible. Si la cara septentrional de todos los edificios era transparente, solo podrían aprovechar el sol al máximo a mediodía, pero si el conjunto al completo giraba, obtendrían toda la luz posible desde el amanecer al anochecer. Aun así… ¿todo? ¡Imposible!

—Ya hemos llegado —anunció Puño de Hierro.

Kip volvió a mirar al frente cuando se detuvieron ante un enorme portal plateado, tan desprovisto de adornos como excesivo era todo lo demás.

Había dos guardias a ambos lados de la puerta, vestidos con sendas armaduras de espejo completas. Cada uno de ellos llevaba una espada y sostenía un mosquete de mecha casi tan alto como él.

—Comandante Puño de Hierro —saludaron al unísono.

—Por fin. —Puño de Hierro empujó a Kip al interior del edificio—. Estás a punto de conocer al Trillador.

36

Los encuentros con Dazen siempre constituían un ejercicio de engaño.

La opresión que sentía Gavin en el pecho no se alivió al ver a su hermano. Debería haberlo matado hacía años. Qué fácil habría sido. Qué fácil podría serlo aún. Lo único que tenía que hacer era dejar de arrojar pan por la rampa. Así de fácil, su problema desaparecería. Pensaba en ello todas las mañanas, tras pasar las noches en vela. Pero era su hermano. Si no había acabado con él en el fragor de la batalla, ¿cómo sería capaz de asesinarlo a sangre fría?

Siete años, siete propósitos.

En tres ocasiones había añadido «contárselo todo a Karris» en la lista. No solo que la quería. También esto. Que Dazen no había perecido, que estaba aquí. Que muchas de las cosas que creía eran mentiras. Se merecía saberlo; pero no debía enterarse jamás. Porque si se enteraba, podría llevarlos a reconciliarse y vivir felices para siempre; o podría desencadenar otra guerra que arrasaría las Siete Satrapías.

—Hola, hermano —repitió Gavin. El aire le acariciaba la piel con dedos helados; el olor de la resina y la piedra lo impregnaba todo. Se preparó para encajar la respuesta. Después de todo, su hermano también era un Guile. Y al contrario que Gavin, no tenía nada en lo que pensar salvo qué le diría a Gavin cuando volviera a visitarlo. Eso y, por supuesto, en cómo escapar. Después de dieciséis años, cualquiera se habría dado por vencido, pero no un Guile. Ese era su legado: una fe absoluta e irracional en su superioridad sobre todos los demás. Gracias, padre.

—¿Qué quieres? —preguntó Dazen, con voz ronca por la falta de uso.

—¿Sabías que, durante la guerra, engendré un bastardo? Lo descubrí hace apenas cosa de un mes. Me sorprendí como el que más, pero en el transcurso de una guerra pueden pasar muchas cosas, ¿verdad? Karris se enfureció, como cabía esperar. Se negó a compartir mi cama durante tres semanas, pero, en fin… hacer las paces con Karris siempre resulta tan placentero que casi me dan ganas de pelearme con ella. —Levantó la cabeza y se permitió esbozar una sonrisa fugaz ante la intimidad del recuerdo.

Acumular una capa de mentiras sobre otra cuando se hablaba con un Guile era fundamental. Con el paso de los años, en el transcurso de sus conversaciones con Dazen, Gavin había ido forjando una vida alternativa. Karris y él estaban casados, pero no tenían descendencia; esta espinita en el costado constituía asimismo una incesante fuente de discordia con Andross Guile, a quien nada le gustaría más que Gavin se olvidara de Karris y buscase una mujer capaz de proporcionarle herederos. Dejaba caer estos detalles con cuentagotas, a regañadientes, obligando a su hermano a esforzarse por desenterrarlos. El paso siguiente consistía en filtrar más información para ver cómo reaccionaba Dazen ante la sarta de mentiras, si con perplejidad o con

desdén.

Una sonrisa desagradable se cinceló en los labios de Dazen.

—Vaya, ¿con quién? ¿Sabes siquiera cómo se llama? ¿Ha presentado pruebas?

Estaba dando palos de ciego, esperando que Gavin le ofreciera algo a cambio de nada. Y si Gavin le daba lo que quería, sospecharía.

—La cara del muchacho habla por sí sola —continuó Gavin, sin inmutarse—. Es la viva imagen de Sevastian.

Dazen palideció.

—No te atrevas a involucrar a Sevastian en tus embustes, monstruo.

—Hemos adoptado al muchacho. Se llama Kip. Buen chico. Listo. Con talento. Un poco torpe, pero se le pasará con la edad.

—No te creo. —Dazen parecía mareado. Tal vez no lo creyera, pero le faltaba poco—. ¿Quién es la madre?

Gavin se encogió de hombros, como si no tuviera importancia.

—Lina.

—¡Mentira! —Dazen profirió un rugido y descargó un manotazo contra la luxina azul que los separaba—. ¡Karris no aceptaría jamás al bastardo de esa ramera! —Su furia era sincera; tras dieciséis años inmerso en balsámica luz azul, sería incapaz de fingir una reacción tan profunda, explosiva e instantánea.

Lo cual le decía a Gavin tres cosas. Pero para alcanzar algunos propósitos conviene dar un rodeo.

—Tenía una caja de palisandro —dijo—, más o menos así de larga. ¿Sabes qué contenía?

La expresión que se reflejó en las facciones de Dazen indicó a Gavin que había cometido un error. La cabeza echada hacia atrás en actitud sorprendida, seguida de confusión, después esperanza, y por último risa. Su regocijo también era sincero. Dazen no podía parar de reír, sacudiendo la cabeza, prolongando las carcajadas ahora, recreándose en ellas. Se apoyó en la luxina azul que mediaba entre ellos, pero con naturalidad, confiado.

—Esto es lo que me molesta más que ninguna otra cosa —dijo—. Más que tu traición. Más que tus asesinatos. Más que tu crueldad al encarcelarme en vez de limitarte a matarme. Más que el que me robaras a Karris. Más que todo lo demás junto. ¿Cómo es que nadie se ha dado cuenta todavía?

—No vamos a pasar por esto otra vez, difunto —repuso Gavin—. Si no quieres negociar, de acuerdo. Me iré.

—Te ofrezco un trato. Déjame oírlo, y te contaré todo lo que sé sobre la daga.

¿Daga? Dazen había soltado ese anzuelo a propósito. Mierda. Gavin había pasado algo por alto. Sintió una opresión en el pecho, al tiempo que se le cerraba la garganta. Si respirar era difícil, aún más lo era mantenerse impasible.

Aquí no había nadie. Nadie que pudiera escuchar a hurtadillas si lo decía en voz alta. No se trataba de ninguna novedad. No perdería nada cambiando información nueva por vieja. En su fuero interno, sin embargo, no estaba tan seguro.

Gavin se humedeció los labios.

—Me llamo Dazen Guile, y te robé la vida.

—¿Cómo lo hiciste, Dazen? ¿Cómo es posible que nadie se diera cuenta?

Me puse tu ropa antes de salir de entre las llamas que envolvían la Roca Hendida. Tenía el rostro hinchado a causa de nuestra pelea. Ya había copiado tu cicatriz y me había cortado el pelo igual que tú. Me limité a empezar a impartir órdenes, y tus seguidores se convirtieron en los míos.

—Me limité a comportarme como un cretino engreído, y todos supusieron que se trataba de ti —respondió con simulada indolencia.

El prisionero se rió, ignorando la última parte.

—Bueno, algo es algo. ¿A que resulta agradable? Dicen que la confesión es buena para el alma.

Dazen (¡Gavin!) gruñó:

—Y ahora… acerca de esa daga.

—Es mi venganza, hermanito —dijo el prisionero—. Es la dulce canción de la victoria. Es la picadura en la noche. La arena en tus huesos. Insomnio y terror. Es tu muerte y mi libertad, Dazen. Es el fin de todas tus mentiras.

—Las tuyas, en cambio, parece que no han hecho más que empezar —replicó Gavin, con una mueca. Su hermano mentía. Seguro. Tan solo intentaba llenarle la cabeza de dudas. Tal vez su cuerpo estuviera encadenado, pero no su mente. Confinado, pero no indefenso.

El auténtico Gavin se carcajeó.

—No, verás, lo mejor de todo es que no me hace falta mentir. ¿Qué piensas hacer, hermanito? No tienes agallas para dejar que me muera de hambre. No, lo verás venir. La muerte desenvainará tu espada y tú te quedarás petrificado en el sitio. Ese ha sido siempre tu estilo. —Se volvió a reír—. No tengo nada más que decirte. Puedes retirarte.

Dazen se estremeció. Cada palabra de su hermano sacaba a la luz un nuevo recuerdo enterrado. Aquella ocasión en que Rodin, el hermano mayor de Karris, había jurado dar una paliza a Dazen y este se había quedado inmóvil, a la espera, sin creer realmente que Rodin hablara en serio hasta que fue demasiado tarde. Los espantosos sueños que asaltaban a Dazen de pequeño, por los que Gavin se burlaba de su hermano pequeño. Incluso la orden de retirarse, algo que Dazen siempre había detestado. Que Orholam lo maldijera, Gavin siempre había sabido encontrar las rendijas en su armadura. Dazen sacudió la cabeza.

No, ahora él era Gavin. La máscara debía ser absoluta, aun en sus propios

pensamientos. En todo momento. Dazen pertenecía a otra vida. Ahora «Dazen» era el despojo humano prisionero al otro lado de la pared de luxina. Dazen era el malnacido sin fuerzas que intentaba enfurecer a Gavin para que este lo matara en un ataque de ira. Eso era todo. El prisionero estaba aterrado y desfallecido. Era una sombra. Intentaba que Gavin pusiera fin a su vida porque era incapaz de reunir el valor necesario para suicidarse. Nada más que eso.

El hombre que Gavin había sido una vez no hubiera tenido ningún reparo en asesinar al prisionero. La guerra había acabado con la compasión de Dazen, a quien le entusiasmaba el entrechocar de las armas, el salpicar de la sangre. Dazen disfrutaba controlando a sus semejantes. Dazen aplastaría a todo aquel que se interpusiera en su camino. Ahora, convertido en Gavin, se negaba a recuperar las antiguas costumbres. Se negaba a dar esa satisfacción a su hermano.

—Bueno —dijo Gavin—. Ha sido un placer, como siempre, pero se hace tarde. —Era apenas mediodía, por supuesto, pero le gustaba que el verdadero Gavin se preguntara cuán desorientado estaba realmente ahí abajo—. Además, Karris se siente fogosa esta noche. Me obligó a prometer que la haría esperar. —Eso es por engañarla y legarme el desaguisado, malnacido—. Así que buenas noches, «Dazen».

—Tus mentiras empiezan a desmoronarse, Dazen —dijo el prisionero—. No dejas de preguntarte quién sabe la verdad, y cómo conspiran contra ti. Que tengas dulces sueños.

—Hay cosas peores que despertar de una pesadilla y encontrarse en los brazos de la mujer que amas. Por ejemplo, despertar en una celda. Dulces sueños para ti también, hermano. —Al contacto de la mano de Gavin, el cristal se oscureció, y una vez más la celda comenzó su lenta, muy lenta rotación descendente.

Gavin se apoyó en la pared helada en un intento por sosegar su corazón desbocado. No había perdido nada; antes bien, había aprendido un par de cosas de su hermano. Para empezar, era cierto que había engañado a Karris. Kip era el bastardo de Gavin. En segundo lugar, Gavin conocía a la madre de Kip, y no se trataba de ninguna prostituta. En tal caso, habría dicho: «Karris no aceptaría jamás al bastardo de una ramera». Sus palabras, en cambio, habían sido: «Al bastardo de esa ramera», lo que sugería que el término pretendía ser denigrante, más que descriptivo. Por último (a menos que fuera muchísimo más listo de lo que Gavin creía, lo cual tampoco era descabellado), el verdadero Gavin seguía sin recibir información del exterior.

Por ese motivo Gavin había enunciado todos sus engaños en pasado: El hallazgo de Kip. Un mes sin compartir la cama con Karris, decisiones tomadas acerca de la educación del muchacho. Si alguien estuviera filtrándole información, la disparidad cronológica confundiría al prisionero, quien no esperaría que fuera mentira puesto que no parecía tener ninguna finalidad. Gavin no esperaba que su hermano expresara

su desconcierto de viva voz, ni mucho menos, pero sí esperaba verlo en sus ojos. Estos no le habían revelado nada.

De modo que Dazen no estaba recibiendo información del exterior, lo que significaba que no estaba confabulado con ese tal «Príncipe de los Colores», quienquiera que fuese. Así que el Príncipe de los Colores se limitaba a reformular la Guerra de los Prismas para incitar a la insurrección. Todo el mundo creía que Gavin había vencido, y como al Príncipe de los Colores no le gustaba el rumbo que habían tomado las cosas, fingía haberse aliado con el hermano perdedor… aunque en realidad no tenía ninguna prueba de que este, efectivamente, seguía con vida. El Príncipe de los Colores, por consiguiente, no era ningún fanático al corriente de la verdad, sino un simple oportunista embustero.

Lo que significaba que solo podía estar en un sitio: Tyrea. O bien el rey Garadul era el Príncipe de los Colores en persona, o bien ambos guardaban alguna relación.

Gracias, hermano. Me has sido de mucha utilidad. Y eso que mentir se te daba mejor que a mí.

Pero cuando la prisión encajó por fin de nuevo en su sitio, comprobó y volvió a comprobar toda su cromaturgia. No había nada fuera de lugar. Y sin embargo, mientras ascendía por el pozo y salía de la noche eterna que había creado para su hermano allí abajo, se estremeció. Estaba igual de atrapado que Gavin.

Podría dejar de darle de comer. Ni siquiera tendría que hacer nada. Podría tomarme unas vacaciones y decirle a Marissia que no arrojara más pan teñido por la rampa en mi ausencia. Sencillamente… se moriría.

Se acordó de aquella ocasión en que, siendo ambos pequeños, Dazen se encaramó a un limonero para demostrar que podía hacer lo mismo que su hermano mayor… y se cayó. Pensaron que se había roto el tobillo. Gavin lo había llevado en brazos a casa. Una nimiedad, para un adulto, pero el esfuerzo había dejado a Gavin llorando. Sin embargo, se negó a darse por vencido. Su hermanito jamás lo había olvidado.

Y ahora su hermanito se proponía asesinarlo a sangre fría, sin tan siquiera reunir el valor necesario para mirarle a los ojos mientras lo hacía.

Basta. Todo el mundo sabe que tu hermano está muerto. Solo te conocen a ti. Además, tienes que mantener la calma. Tienes que informar a los miembros del Espectro de que has provocado una guerra. Y después tienes que convencerlos para que se pongan de tu parte.

No es imposible. Siempre y cuando la Blanca esté de buen humor.

A no ser que…

Oh, Gavin Guile, a veces te enfrascas demasiado en el juego, ¿verdad? Sonrió para sus adentros. Siete años, siete objetivos. Un premio imposible. Un pequeño fracaso podría dar pie al mayor de sus triunfos.

De nuevo en su cuarto, Gavin estaba volviendo a colocarlo todo en su sitio para

disimular una vez más la puerta del armario cuando alguien llamó imperiosamente a la puerta, que se abrió de inmediato. La Blanca irrumpió en la habitación mientras Gavin cerraba el armario de golpe.

—¡Qué alegría volver a veros, lord Prisma!

Gavin era dolorosamente consciente del desorden que lo rodeaba y de la quemadura en la espalda de su camisa; una quemadura que no sabría cómo explicar si la Blanca reparaba en ella.

—Lo mismo digo, alteza —repuso con una sonrisa—. Justo la persona con quien quería hablar. ¿Si pudiéramos reunirnos dentro de unos instantes, tal vez en vuestros aposentos?

Orea Pullawr lo fulminó con la mirada.

—Me temo que eso tendrá que esperar. Te aguarda una clase. Una clase que me prometiste dar. —Arrugó la nariz—. ¿Has quemado algo aquí dentro?

—Hum, ¿sí? —respondió Gavin. Sonó como una pregunta. Maldición.

—«Hum, ¿sí?»

Gavin carraspeó.

—Sí.

La Blanca aguardó.

Gavin no dijo nada más.

—De acuerdo, muy bien. Dejémoslo estar. Pensaba que te habías ido para encargarte de ese engendro de los colores.

Ah, estaba enfadada porque creía que Gavin había descuidado una misión cuyo abandono podría provocar la muerte de varias personas. Puesto que se trataba de un azul, habría tenido la certeza de que Gavin partiría sin dilación. Y no sabía por qué había convocado al Espectro. A la Blanca no le gustaba que la mantuvieran en la ignorancia.

—Considéralo arreglado —dijo Gavin. Lo cual ella interpretaría como un intento por su parte de apaciguarla, pero en honor a la verdad, Gavin no sabía cómo ocultarle la existencia del deslizador.

Tras enseñárselo al muchacho y a Karris, no esperaba que el secreto siguiera siéndolo durante mucho más tiempo, pero esa conversación sería de altura, y ahora no se sentía con fuerzas para mantenerla.

La Blanca enarcó las cejas, como diciendo: ¿Vas a ordenarme que me retire? ¿A mí?

A Gavin se le ocurrió una idea.

—¿Es una clase de supervioletas?

La Blanca asintió con la cabeza, suspicaz.

—En esa clase hay una chica de Tyrea, ¿verdad? ¿Alivia?

—Aliviana Danavis, de Rekton.

Así que no le había fallado la memoria. Una chica de la ciudad de Kip. Perfecto.

Titubeó. Kip había dicho que Corvan estaba allí, pero…

—Supongo que no guardará ninguna relación con…

—Es la hija del general Danavis, de hecho.

Gavin dejó que la consternación se redujera a moderada sorpresa en sus facciones, como si acabara de enterarse de alguna catástrofe trivial acontecida en las antípodas. Había oído antes que la muchacha se apellidaba Danavis, pero supuso que el parentesco sería lejano, a lo sumo. ¿La mismísima hija de Corvan? ¿Y qué hacía este viviendo en la misma ciudad que el bastardo de Gavin? ¿Casualidad? En tal caso, se trataba de una de las gordas.

Fuera como fuese, era algo que requería la atención de Gavin, y de inmediato.

—Vaya. Tienes razón, tengo que ir a dar esa clase. Es mi sacrosanto deber. —Malabarismos, siempre haciendo malabarismos.

—Nunca me fío de ti cuando te pones tan servicial —dijo la Blanca.

Gavin esbozó la sonrisa más cándida e insulsa de que fue capaz.

37

En opinión de Kip, la primera planta de la Torre del Prisma parecía una selva infestada de bancos, escritorios, carteles, colas de espera y escribanos. Saltaba a la vista que todos los asuntos de la Cromería pasaban por esa sala. Había filas para los comerciantes que esperaban firmar contratos para suministrar víveres, filas para los comerciantes que esperaban entregar los víveres contratados, filas para cualquier otro tipo de transacción comercial que a Kip se le pudiera ocurrir, filas para la presentación de quejas provocadas por los residentes de la Cromería, filas para desempleados en busca de ocupación, filas para la resolución de disputas acontecidas en el Gran Jaspe. Había incluso filas para los nobles, si bien esas estaban atendidas por más escribanos que ninguna otra. Imperaba en la sala un incesante murmullo de actividad, pero a pesar del bullicio, era evidente que la Cromería funcionaba como un molino bien engrasado. La gente se mostraba impaciente pero no irritada, aburrida pero no huraña.

El comandante Puño de Hierro condujo a Kip hasta una mesa atendida por un solo escribano ante la cual no había ninguna cola.

—Los demás oscuros del año ingresaron hace semanas.

—¿Oscuros?

—Así llaman a los de tu clase. Extraoficialmente. Oficialmente, aspirantes: quieres formar parte de la Cromería, pero aún no lo has conseguido. Ergo, eres un oscuro. Oscuros, tenues, espejeos, destellos, centellas. Pero no hace falta que memorices todo eso ahora mismo.

Kip abrió la boca, pero la volvió a cerrar sin decir nada. También Puño de Hierro guardó silencio hasta que llegaron a la mesa. El escribano, que hasta ese momento parecía estar soñando despierto, se sentó recto en la silla al ver al comandante Puño de Hierro.

—¿Sí, comandante? ¿En qué puedo ayudarle?

—Traigo un aspirante para su examen inmediato.

—Inmediato quiere decir…

—Ahora mismo.

La nuez del escribano dio un respingo.

—Sí, comandante. ¿El nombre del aspirante?

—Kip. Kip Guile —respondió Puño de Hierro.

El escribano cogió su pluma, empezó a escribir, llegó hasta la mitad del nombre y se quedó petrificado.

—¿Guile quiere decir…?

—Quiere decir que no hace falta que hables tan alto. ¿Algún problema? —preguntó Puño de Hierro.

—No, señor. Iré a hablar con mis superiores. Puede pasar a la sala de exámenes. Estoy seguro de que los examinadores llegarán enseguida. —Con un cabeceo sucinto, el escribano se levantó y se dirigió corriendo a uno de los despachos del fondo.

—Entiendo el resto, pero ¿qué es un espejeo? —preguntó Kip mientras subían juntos las escaleras. Se pisó la pernera del pantalón cuando se disponía a montar otro escalón, y a punto estuvo de caer de bruces. Carraspeó y se recogió los dobladillos. La vida sería mucho más fácil si tuviera cintura.

—Es el reflejo de la luz en el agua —explicó Puño de Hierro.

Ah, conque oscuro, tenue, espejeo, destello, centella. Una progresión lumínica.

—Ahora, silencio —dijo Puño de Hierro—. Se supone que este es un momento solemne. Entra en la sala y no digas nada hasta que acabe el examen. ¿Entendido?

Kip estuvo a punto de contestar en voz alta, pero se contuvo a tiempo y asintió con la cabeza. Esto podría ser más complicado de lo que pensaba. Puño de Hierro indicó la puerta con un ademán, y Kip transpuso el umbral. Puño de Hierro cerró la puerta detrás de él.

La habitación era completamente anodina. Una de las paredes se curvaba ligeramente hacia dentro, por lo que Kip dedujo que se trataba del lateral de la torre. Aparte de esa irregularidad, la sala consistía en un cuadrado de diez pasos de lado dominado por la piedra blanca, con una mesa y una silla de madera. La iluminación provenía de un extraño cristal blanco integrado en la pared, parecido a los que Kip había visto en todos los pasillos e incluso, ahora que lo pensaba, en la inmensa sala de las colas de espera que había en la planta baja. Kip se dejó caer en la silla. La semana había sido agotadora. ¿Era ayer tan solo cuando estaba deslizándose sobre las olas, cuando había intentado ahogarse, cuando había intentado navegar? ¿Era hacía apenas unos días cuando…? No, Kip no quería pensar en ello. Demasiado doloroso. Demasiado abrumador. Le sobrevendría el llanto de nuevo si no tenía cuidado.

Llevaba varias horas esperando cuando oyó un furioso intercambio de palabras en el pasillo, amortiguado por la puerta. Puño de Hierro, sin duda, abroncando a alguien. Kip tragó saliva con dificultad. Aunque ardía en deseos de levantarse y escuchar a hurtadillas sabía que, con la suerte que tenía, la puerta se abriría de golpe en cuanto llegara hasta ella.

Fuera cual fuese el motivo de la discusión, esta acabó tan pronto como había empezado. La puerta permaneció cerrada. Kip esperó. Y esperó. El cansancio empezaba a hacer mella en él, comenzaban a caérsele los párpados, cuando la puerta se abrió de golpe.

Un hombre de unos treinta años, con unos anteojos rojos que colgaban del cordón, también rojo, que le rodeaba el cuello, entró con paso airado. Saltaba a la vista que estaba furioso. Así pues, no debía de haber ganado el debate.

—¡En pie los oscuros! —rugió.

Kip se levantó de un salto. La silla resbaló hacia atrás, tropezó con sus piernas y cayó con estrépito al suelo. Kip se encogió, sonrió tímidamente a modo de disculpa y recogió la silla.

El hombre, con los labios convertidos en una apretada línea blanca, continuó observándolo fijamente. Tenía la nariz ganchuda y la piel olivácea de los atashianos, si bien no lucía barba, pero lo que acaparó la atención de Kip fueron los ojos, cuyos iris castaños contenían un círculo ininterrumpido de rojo intenso y estaban veteados de franjas escarlatas como rayos de sol. Kip dejó la silla tal y como estaba, miró al hombre y no encontró nada, ni el menor atisbo de lo que esperaba.

Kip se apartó de la silla. La mirada del hombre lo cubrió como un baño de odio fundido.

—Lo siento —musitó Kip, a la defensiva.

—¡Los oscuros no hablan! Ignorante escoria tyreana.

—Oh, bésame las nalgas sebosas —dijo Kip. Ups.

Cerró los ojos con fuerza para maldecirse, por lo que ni siquiera vio venir el golpe. Un puño se estrelló en su mentón, y antes de darse cuenta estaba tendido en el suelo, con la boca llena de sangre.

Kip tardaba en enfurecerse. Por lo general. Pero se puso en pie casi tan deprisa como había caído, y la rabia estaba allí, envolviéndolo todo. Todas las personas que conocía habían muerto. Todo lo que le importaba había desaparecido. Le traía sin cuidado que el trazador lo hiciera pedazos.

Pero al incorporarse de un salto, vio la luz que anidaba en los ojos del hombre. ¡Hazlo!, decían. Dame la excusa que necesito. Saldrás disparado de la Cromería antes de darte cuenta.

Y así de fácil, la ira de Kip se encauzó por canales más familiares, y recuperó el control. Sonaron pasos en el pasillo.

—Bueno —dijo Kip—. Tenemos materia prima con la que trabajar. Como beso ha sido un poco torpe, pero tu nerviosismo es comprensible. Seguro que con esa cara tan fea no es fácil adquirir práctica. Pero dije que me besaras las nalgas sebosas. Las nalgas. No las mejillas. —Hizo un gesto—. No es lo mismo. Prueba otra vez, y ahora pon más empeño.

Las facciones del trazador dieron paso de la incredulidad a la rabia. Dio un paso adelante y, justo cuando se abría la puerta, enterró un puño en el estómago de Kip. El trazador, distraído por la interrupción, no imprimió toda la fuerza deseada al golpe, pero Kip se dobló por la mitad como si se tratara del asalto más violento que hubiera recibido en su vida. Se desplomó hecho un ovillo, tosiendo sangre y jadeando sin aliento.

—¡Magíster Galden! En el nombre de Orholam, ¿qué ocurre aquí?

El trazador que había golpeado a Kip dijo:

—Me… Me… ¡Me desafió!

—¿Y por eso tenía que pegarle? ¿Como hacen los salvajes? Salga de aquí. ¡Largo! Me encargaré de usted más tarde.

El magíster Galden se giró y observó a Kip desde lo alto.

—No me olvidaré de esto. Te encontraré algún día, cuando no haya…

—Juro por Orholam que como vuelvas a abusar de tu autoridad y amenaces a un alumno en mi presencia, Jens Galden, te arrancaré los colores y te enviaré al Pequeño Jaspe en menos de una hora. Ponme a prueba. Te lo suplico.

El magíster Galden parecía completamente sobrecogido. Como si toda su vida hubiera empezado a desmoronarse a su alrededor sin previo aviso.

Esa mezcla de vergüenza y dolor podía transformarse en rabia con asombrosa facilidad.

A veces Kip se asustaba a sí mismo. El magíster Jens Galden se interponía entre él y el hombre que acababa de cruzar la puerta. Kip no podía ver al recién llegado, ni este podía verlo a él. Lo único que tenía que hacer era dedicar a Jens Galden una gran sonrisa triunfal y dejar su estómago desprotegido. El magíster perdería los estribos (Kip era un experto en ese sentido) y le daría una patada. Kip solo tenía que dejar el estómago expuesto, invitador. Jens le agrediría, y lo perdería todo.

¿Y por qué, Kip? ¿Por tener malas pulgas y ser un cretino? Kip titubeó. El hombre le había enfurecido, pero eso era demasiado.

Pero si Kip no sonreía, tendría un enemigo. Un enemigo al que podría destruir ahora mismo.

Adondequiera que fuese ese razonamiento, no le dio tiempo a seguirlo hasta su conclusión final. El momento se esfumó. Jens Galden giró sobre los talones y salió de la sala con un gruñido. Kip se quedó tendido en el suelo, lacerada aún la cara interior de los labios, sangrando y dolorido. Había hecho lo correcto; esperaba que no tuviera que vivir para lamentarlo.

Se levantó sin ayuda. El hombre que lo había salvado había asomado la cabeza al pasillo tras la partida del magíster Galden.

—Arien —dijo—, necesito que lleves a cabo el examen.

—Señor de la lux —repuso una voz femenina—, no soy examinadora.

—¡Y yo no quiero esperar mientras buscan a otro! —respondió con aspereza—. Debo reunirme con el Prisma dentro de media hora. Tenemos que empezar ya.

El señor de la lux regresó al interior de la sala. Era un hombre alto, vestido con el pantalón y el jubón de los ilytianos pese a tener la piel olivácea como Jens Galden en vez de negra. Estaba quedándose calvo; las canas veteaban sus cabellos morenos y ondulados, que se descolgaban hasta la mitad de su espalda. Debía de contar unos cincuenta años, estaba en buena forma, y lucía una pesada capa de lana negra con bordados de hilo de oro que formaban un intrincado entramado. Tenía los dedos

cargados de grandes sortijas de oro incrustadas de joyas con todos los colores del espectro, inusitadamente colocadas entre los nudillos, en el centro de cada dedo, en vez de más cerca de la mano. Pero Kip estaba aprendiendo a mirar a la gente a los ojos, y lo más llamativo de los ojos del señor de la lux era que parecían normales. Eran verdes; ningún color extraño veteaba sus iris.

El señor de la lux sonrió.

—No —dijo—, no soy trazador. Es habitual que el Negro no lo sea. Me llamo Carver Negro. Señor de la lux Negro, a efectos prácticos. —El nombre no sonaba atashiano, de modo que tal vez fuera ilytiano, pero Kip supuso que ese hombre podría haberse criado tanto aquí como en cualquier otro lugar. El comercio y los movimientos migratorios eran costumbres extendidas entre muchas naciones, aunque Tyrea no fuese una de ellas.

Kip abrió la boca para decir algo, se detuvo y se señaló los labios.

—Sí —dijo el señor de la lux—. Puedes hablar. Comenzaremos enseguida, en cuanto Arien esté preparada.

—Hum, encantando de conocerle, señor de la lux Negro. Me llamo Kip.

—¿Y tú, magíster? ¿Estás lista?

—Sí, señor de la lux —respondió la aludida. Se sentó en la silla, y el Negro se quedó de pie junto a la mesa. Kip se colocó frente a él.

La magíster Arien era menuda y delgada, risueña y bonita pese al nerviosismo que le producía la presencia del Negro. Miró a Kip como si deseara que superase la prueba. Kip se esforzó por impedir que sus ojos naranjas lo cohibieran.

—Aspirante —dijo la mujer—, voy a colocar encima de la mesa una serie de fichas de colores, de un tono a otro. Tendrás que ordenarlas. —Sonrió de repente—. Empezaremos por lo fácil.

Sin más dilación, abrió la bolsa que tenía apoyada en el regazo, revolvió las fichas por unos instantes, y sacó una negra y una blanca. Las dejó en los bordes de la mesa. A continuación extrajo una docena de tarjetas de distintos tonos de gris. Kip no tardó nada en ordenarlas de más clara a más oscura.

Sin decir nada, Arien consultó el dorso de las fichas, anotó algo en una hoja de pergamino, barrió las tarjetas de encima de la mesa y volvió a guardarlas en la bolsa. A continuación desplegó una serie de fichas marrones, desde el cardo al sepia. Esta vez le costó un poco más, pero Kip no tardó mucho en reordenar las tarjetas.

La prueba se repitió con los azules, los verdes, los amarillos, los naranjas y los rojos. Después de que Kip ordenara estos últimos a la perfección, Arien sacó una bolsa negra, comprobó atentamente los dorsos de las fichas (interponiendo una mano para que Kip no pudiera ver nada) y distribuyó otra serie de rojos, con la salvedad de que este grupo se componía del doble de fichas, por lo que las gradaciones de color eran mucho más sutiles. Escarlatas, bermellones, fresa, frambuesa, cereza. Kip las

ordenó y solo tuvo problemas con una. El color del borde de esa tarjeta era ligeramente más oscuro que el color de su cara. Al final decidió colocarla según el color de la cara.

La mujer dio la vuelta a las fichas, y Kip vio que había puesto la tarjeta número catorce entre el nueve y el diez. Arien le guiñó un ojo en actitud comprensiva, como si Kip lo hubiera hecho mejor de lo esperado, pese a haber fracasado.

—Eso no está bien —dijo Kip.

—¡Silencio! —dijo el señor de la lux Negro—. Sé que no conoces nuestras costumbres, aspirante, pero está prohibido hablar durante el examen.

—Pero es que está mal —insistió Kip.

—Te lo advierto.

Kip levantó las manos a modo de muda protesta.

El señor de la lux Negro exhaló un suspiro.

—¿Magíster? —preguntó—. Lo habitual es que las protestas se tengan en cuenta una vez finalizados los exámenes, pero parece que hoy nada va a salir como debería. Su veredicto, por favor.

Arien volvió a girar las fichas tal y como Kip las había alineado. Carraspeó, titubeante.

—Señor de la lux, lo siento, pero no soy una supercromada. Es lo que intentaba decirle. Soy incapaz de ver la diferencia. La tabla dice que…

—La validez de la tabla es lo que está en entredicho. —El señor de la lux Negro se rascó un ojo con un dedo—. La mitad de las mujeres son supercromadas y yo tenía que elegir… Da igual. Vaya a buscar un supercromado, magíster.

—Sí, señor de la lux —respondió mansamente la mujer.

Cuando se fue, los ojos verdes del señor de la lux volvieron a posarse sobre Kip.

—¿Quién eres en realidad? ¿Por qué estás examinándote hoy? ¿A qué viene este tratamiento especial? ¿De dónde has salido?

—Vengo de Tyrea, señor. El rey Garadul arrasó mi…

—¿Rey? ¿Qué significa esto?

La puerta se abrió en ese momento. La magíster Arien regresó seguida de una mujer que parecía un espantapájaros. Era casi tan alta como el señor de la lux Negro, espigada como una vela, con la piel morena descolorida, huesuda y arrugada; llevaba el pelo crespo muy corto, con tan solo unos pocos hilachos de algo más oscuro adherido a las puntas; los destellos naranjas y rojos que le salpicaban los iris casi hasta el borde eclipsaban el caoba natural de sus ojos.

—Ama Kerawon Varidos —dijo el señor de la lux Negro—, lamento molestaros. —Miró a Arien de soslayo.

—Estaba en el pasillo. Me preguntó qué estaba haciendo —se disculpó la magíster.

—Casi me arrolla. ¿Qué significa esta prueba? —preguntó la anciana. Las fichas estaban tumbadas boca arriba, tal y como Kip las había dejado—. ¿Cómo las ha ordenado el aspirante?

Silencio. El ama miró del señor de la lux Negro a la magíster Arien.

—Las colocó así —dijo Arien.

—De modo que es una rareza de su género. ¿Hemos terminado?

—La tabla dice que el orden debería ser este —dijo la magíster Arien. Giró las tarjetas e indicó los números del anverso.

—¿Me pides que distinga los cromos rojos más sutiles y crees que no sé leer? —preguntó con aspereza el ama Varidos.

La magíster Arien adoptó una expresión aterrada. Abrió la boca y volvió a cerrarla sin pronunciar palabra.

El viejo espantapájaros cogió la ficha número catorce con sus garras sarmentosas. Le dio la vuelta y contempló los filos.

—Destituid a la examinadora de su cargo —dijo—. Esta ficha ha estado expuesta al sol. Se ha desteñido. El color está mal. El chico es un supercromado. —Se giró hacia Kip—. Enhorabuena, bicho raro.

—¿Bicho raro? —dijo Kip.

—Es idiota, ¿verdad? Lástima.

—¿Cómo? —preguntó Kip. Aún no había averiguado qué significaban los títulos de todos los presentes, y menos todavía qué se suponía que debía hacer con todo esto.

—¡Kip, no puedes hablar! —exclamó la magíster Arien.

—Se trata de una norma para evitar que se hagan trampas —dijo el señor de la lux Negro—, cuando hay cientos de aspirantes en la misma sala.

—Ha llegado hoy —explicó la magíster Arien al ama Varidos—. El Prisma en persona ordenó que se examinara de inmediato. No conoce todas las reglas.

—Continuad con la prueba —ordenó el ama.

Kip y la magíster Arien miraron de reojo al señor de la lux Negro. Kip supuso que, técnicamente hablando, el señor de la lux era la máxima autoridad presente en la sala, pero el hombre se limitó a encogerse sutilmente de hombros, como si no valiera la pena discutir por algo así. Adelante, indicó con un gesto.

La magíster Arien volvió a sentarse, sacó unas tenacillas, y las usó para distribuir otra docena de fichas; solo que estas eran todas del mismo color rojo oscuro. Kip pestañeó. La magíster Arien le entregó las tenazas. Hum, ¿gracias?

Kip alargó una mano hacia una de las fichas, y entonces lo comprendió. Podía sentir el calor que irradiaban. ¿Se esperaba de él que distinguiera las diferencias en el calor? Observó las tarjetas intensamente, como si pudiera arrancarles la verdad sin más herramienta que su fuerza de voluntad.

Los minutos se desgranaban con parsimonia. Kip empezó a soñar despierto. Se

preguntó si Liv Danavis estaría aquí. Oh, no, tendría que contárselo todo.

Hola, Liv, me alegro de verte. Tu padre está muerto.

Estupendo. Kip pensó en las llamas atronadoras que habían devorado su ciudad, en aquel trazador y su aprendiz, arrojando bolas de fuego. Pensó en la catarata por la que había saltado, en la travesía río abajo envuelto en la oscuridad más absoluta, en cómo había relajado los ojos para ver con más precisión que si los concentrara directamente. Oh, Orholam, sí que soy idiota.

—Vale, suficiente —dijo el señor de la lux Negro.

—¡No, esperad! ¡Esperad! Es solo… es solo… —Kip volvió a contemplar fijamente las fichas. ¡Relajaos, ojos, vamos! Dejó que su concentración se expandiera y, de pronto, lo vio todo claro. Valiéndose de las tenacillas, ordenó todas las tarjetas en el lugar adecuado, de más caliente a meramente tibia. ¿Era esto lo que le había estado enseñando maese Danavis? El viejo tintorero nunca había dado a entender que lo que le enseñaba a Kip no fuera normal. Increíble.

Kip sintió un vacío en su interior al acordarse del tintorero. Maese Danavis siempre se había portado bien con él. Se inventaba recados que probablemente podría haber hecho más rápido él mismo tan solo para darle algo de dinero a Kip. Y había sido asesinado, como el resto de Rekton.

Kip esperaba que maese Danavis se hubiera llevado unos cuantos malnacidos a la tumba.

—¿Hemos terminado ya? —preguntó, desabrido. Quería estar a solas. Se sentía demasiado cansado, sus emociones eran erráticas, la realidad de lo que había sucedido en Rekton intentaba asaltarlo y abrumarlo ahora que tenía un segundo de respiro, sin tener que huir de soldados o bandidos, y sin que nadie le arrojara una lluvia de proyectiles mágicos.

—No —dijo el viejo espantapájaros—. No te molestes, niña —se dirigió a Arien, que solo había dado la vuelta a la mitad de las fichas—. Las ha acertado todas. Enséñale las supervioletas.

La magíster Arien retiró las tarjetas calientes con una mirada de soslayo al señor de la lux Negro, que permanecía impertérrito. A continuación sacó el último juego de fichas, todas del mismo violeta intenso.

Relajar los ojos para ver un lado del espectro, así… Kip concentró la mirada tanto como le fue posible, y los colores se dividieron. Alguien había escrito una letra en cada una de las tarjetas. Juntas, decían: «¡Bien hecho!».

Kip se rió mientras las ordenaba.

La magíster Arien miró al ama Varidos.

—¿Por qué me miras, niña tonta? —preguntó la anciana—. No puedo ver los supervioletas. Estoy en la otra punta del espectro.

La muchacha se sonrojó y dio la vuelta a las fichas. El orden era correcto.

—Enhorabuena, muchacho —dijo el ama Varidos—. Puedes ser el jardinero de algún sátrapa.

—¿Qué? —preguntó Kip.

—Es una de las utilidades para quienes saben combinar los colores, y un ascenso para ti, tyreano.

La puerta se abrió y el comandante Puño de Hierro entró en la sala.

—¿Qué es esto?

—Acabamos de terminar el examen del aspirante —dijo la magíster Arien—. ¡Es un supercromado de espectro completo!

—¿Estás malgastando su tiempo con fichas? Me da igual qué colores puede ver, lo importante es qué puede trazar. ¿Dónde está el idiota del examinador con el que empecé? Le dije que sometiera a Kip al Trillador.

—¿Vas a someter al Trillador a un aspirante sin preparación? —preguntó el ama Varidos.

—Un momento, ¿el Trillador no era esto? —preguntó Kip.

—¿Te sientes trillado? —preguntó Puño de Hierro.

—¿Vas a someter al Trillador a un aspirante sin preparación? —insistió el ama.

—Se irá por la mañana. El Prisma exige conocer sus habilidades antes de partir.

—Esto es sumamente irregular —dijo el ama—. ¿Quién es este chico?

—Que estoy aquí —protestó Kip, irritado.

—Regular o irregular, da lo mismo —dijo Puño de Hierro—. ¿Podéis llevar a cabo el examen esta magíster y tú o no?

—¿Yo? —preguntó la magíster Arien, alarmada—. No creo que…

—Podemos hacerlo… —empezó el ama.

—Bien, en tal caso… —dijo Puño de Hierro.

—… pero antes exijo saber quién es.

—¡Que estoy aquí! —dijo Kip.

—No te atrevas a levantarme la voz, mocoso —dijo el ama, apuñalando el aire frente a su nariz con una zarpa huesuda.

—¿Quién eres, muchacho? —preguntó con voz queda el señor de la lux Negro, mientras los ánimos continuaban caldeándose.

—Creo que preferiría no ayudar con el Trillad… —estaba protestando Arien.

—No estás en condiciones de exigir nada, ama… —estaba diciendo Puño de Hierro a la anciana.

—¡Me llamo Kip Guile! —exclamó Kip—. Soy el hijo bastardo de Gavin Guile, Kip.

Silencio.

La mirada de Kip saltó de un rostro a otro. El señor de la lux Negro parecía sencillamente consternado. La magíster Arien parecía abrumada, al borde del llanto.

El comandante Puño de Hierro parecía contrariado. El ama Varidos parecía curiosamente complacida.

—Ah —dijo—. En tal caso comenzaremos el Trillador de inmediato. Niña —ordenó a Arien—, prepara la sala. Llama a los examinadores. —Miró a Kip—. Parece que no vas a ser jardinero, después de todo.

Que te den, dijo Kip. Pero solo para sus adentros.

38

Liv Danavis subió los últimos escalones hasta lo alto de la Cromería sin dejar de mirar a su alrededor, hecha un manojo de nervios. Encabezaba la breve columna compuesta por sus compañeros de clase, tambaleándose a causa de la silla con la que cargaba en volandas para evitar que tropezara con la empinada escalera. Al principio pensó que la plataforma estaba desierta, pero entonces lo vio. Su objetivo. Su última oportunidad.

El Prisma estaba de pie al filo mismo del edificio, inclinado hacia el vacío, mirando al este, más allá de la torre roja, estudiando los barcos que salpicaban la bahía de Zafiro. Aunque Gavin Guile contaba literalmente el doble de años que Liv a sus diecisiete, su figura se recortaba apolínea al sol del atardecer. Una V pronunciada desde los anchos hombros al talle, los brazos musculosos allí donde las mangas se agitaban con el mismo viento que hacía ondear sus cabellos cobrizos. Poseía esa extraña combinación tan infrecuente incluso entre las casas más nobles de las Siete Satrapías: el pelo rojo y, en lugar de las pecas que lo señalarían como bosquesangriento, la piel muy bronceada. ¿Sería verdad? ¿Era posible que ese hombre fuese el padre de Kip?

—¡Liv! ¡Muévete! —siseó Vena.

Liv se sobresaltó. Se había detenido justo en lo alto de las escaleras, bloqueando el paso del resto de la clase. Se apresuró a reanudar la marcha, ruborizándose. Sabía que no auguraba nada bueno el que Vena, siempre tan indiferente, se oliera algo. Estupendo. Liv pagaría por esto. Si la magíster Goldthorn no se encargaba de ello, sin duda lo harían algunas de sus compañeras de clase menos simpáticas.

Cuando las seis muchachas ocuparon sus puestos (no había chicos en la clase), el Prisma reparó en su presencia. Se apartó del filo de la torre y encaminó sus pasos hacia el grupo de alumnas. Al igual que cuando se sentaban en su aula habitual (si bien los días de memorizar un libro tras otro por suerte ya quedaban atrás), Liv estaba en la segunda fila, sumando su Pobreza a la Artista Indiferente de Vena y a la Hija de un Mercader de Segunda de Arana. Las muchachas que de alguna manera se las apañaban para encarnar la belleza, la riqueza, la influencia, la nobleza, la elegancia y el talento en tan solo tres cuerpos se habían sentado en primera fila, como exigían siempre. La magíster Goldthorn, apenas tres años mayor que sus discípulas, bailaba al son que marcaban esas muchachas.

Gavin Guile se plantó ante la clase.

—Salve, discípulas —dijo. Era el saludo tradicional de los profesores.

—Salve, magíster —respondieron al unísono, sin pararse a pensar si deberían dirigirse a él por otro título. Después de todo, era el Prisma.

—Bueno —dijo este, con una sonrisa ladeada. Por Orholam, qué guapo era—.

Hoy soy un simple magíster. Y vosotras, simples espejeos.

—Destellos —matizó Liv, antes de darse cuenta.

Se hundió en la silla mientras la magíster Goldthorn siseaba y todas sus compañeras la observaban fijamente, incrédulas. ¡A quién se le ocurre corregir al Prisma! Si se le antojaba afirmar que arriba era en realidad abajo, todos deberían asentir con una sonrisa. Pero no parecía molesto. Se limitó a observar fijamente a Liv durante un momento interminable con sus inquietantes ojos prismáticos.

—Ah, sí —dijo—. Bueno, puesto que sois alumnas avanzadas, supongo que querréis hacerme algunas preguntas. ¿Cómo te llamas?

—¿Yo? —preguntó Liv. Por supuesto que se refiere a mí, está mirándome directamente—. Hum, Liv.

—¿Humliv?

El rubor de Liv se intensificó.

—Aliviana. Liv. Liv Danavis. —¿Había añadido eso último con la esperanza de llamar su atención? ¿De lo contrario no habría dicho sencillamente Liv? ¿Intentaba congraciarse con él, tal y como deseaban sus amos ruthgari?

—Bien hecho —susurró la Belleza de la primera fila—. A la tercera va la vencida.

—¿Emparentada con el general Danavis?

Liv tragó saliva.

—Sí, señor. Es mi padre. —Ya estás vendida. Buen trabajo, Liv.

—Era un buen hombre. —El Prisma lo dijo como si de veras respetara a quien había sido responsable de la muerte de tantos de sus hombres.

—Era un rebelde. —Liv no pudo evitar que su voz se tiñera de amargura. Amargura ante el hecho de que su padre lo hubiera perdido todo en la guerra, incluida su madre. Amargura ante el hecho de que ella siempre fuera a ser diferente. Amargura ante el hecho de que su padre no hablara nunca de la Guerra del Falso Prisma, ni intentara siquiera justificarse por haber combatido en el bando equivocado.

—Y no muchos rebeldes eran buenos hombres, lo que hace que tu padre sea aún más especial. ¿Tienes alguna pregunta, Aliviana?

Se esperaba de todas las estudiantes que hubieran preparado sus preguntas de antemano, pero la Belleza, la Riqueza y la Influencia de la primera fila solían acaparar todo el tiempo de la clase con algún trazador importante, de modo que Liv no contaba con disponer de ninguna ocasión para plantear sus dudas. Titubeó.

—Yo tengo una pregunta —dijo la Belleza. Ana, como se llamaba en realidad, se inclinó hacia delante con avidez y cruzó los brazos bajo los senos. La temperatura era razonablemente agradable en lo alto de la Cromería, pero Ana debía de estar aterida, habida cuenta de lo escaso de la tela con que se cubría. Los magísteres varones rara vez pasaban por alto la combinación de belleza natural, faldas cortas y escotes

generosos de Ana.

—Espera, tengo una pregunta —dijo Liv. Ya había desvelado que era la hija de Corvan Danavis. La única forma de volverse más interesante a sus ojos (y aumentar las sospechas de que era una espía) pasaba por declarar que era oriunda de Rekton y conocía a Kip.

Y la única salida consistía en ir aún más allá. Mucho más allá. Orholam misericordioso, por favor…

—Sí, Liv —dijo Gavin. Pero sin mirarla. Inexpresivo, observaba fijamente a Ana. Bajó la mirada al escote realzado, la subió a los ojos de la muchacha, y sacudió la cabeza. Tan solo una fracción. Sí, ya veo. No, no me hace gracia.

Ana palideció. Cabizbaja, irguió los hombros y se revolvió en la silla para alisarse la falda. Gracias a Orholam que Liv estaba en la fila de atrás, porque no pudo reprimir una sonrisa, a pesar de todo.

—¿Liv? —preguntó Gavin, cuyos ojos prismáticos se clavaron en ella. Hipnotizadores.

La muchacha carraspeó.

—Me preguntaba si podría hablarnos de las aplicaciones prácticas de la bicromancia del amarillo y el supervioleta.

—¿Por qué?

Liv se quedó petrificada. Sus plegarias habían sido escuchadas. Una oportunidad.

—¿Qué tal si hablamos mejor de la bicromancia del supervioleta y el azul? —intervino la magíster Goldthorn—. Es mucho más común. Tres de mis discípulas son bicromas. A Ana, aquí presente, le falta poco para ser policroma.

Gavin ni siquiera se dignó mirar en su dirección.

Liv jamás hubiera creído posible que este momento llegaría algún día. Llevaba tanto tiempo atrapada en esta clase, con estas chicas. Un año más y habría terminado. De hecho, su dominio del trazo era tal que podría presentarse al examen final ahora mismo y aprobaría sin problemas. Si no lo hacía era porque no la esperaba nada halagüeño cuando terminara. Un trabajo tedioso descodificando comunicados oficiales no confidenciales para el noble ruthgari que poseía su contrato. Ni siquiera le confiarían los comunicados secretos. Daba igual que hubiera sido un bebé de pecho durante la guerra y no profesara ninguna lealtad a la causa rebelde. Seguía siendo tyreana, y eso bastaba para condenarla a los ojos de la Cromería.

Cada una de las Siete Satrapías debía responsabilizarse de los costes de matriculación de sus estudiantes. Se trataba de una inversión que todas las satrapías afrontaban gustosas porque los trazadores desempeñaban un papel crucial en la economía, el ejército, la construcción, las comunicaciones y la agricultura. Pero Tyrea no tenía nada. Los corruptos gobernadores extranjeros de Garriston enviaban una miseria todos los años. La mayoría de los jóvenes que salían de Tyrea debían pagarse

los estudios por sus propios medios. Puesto que la fortuna de los Danavis había sido saqueada durante la guerra, Liv había tenido que entrar al servicio de una mecenas ruthgari tan solo para poder quedarse en la Cromería.

Si Liv fuera natural de cualquier otra satrapía, su embajador habría obligado a su patrocinadora a pagar los gastos de su formación como bicroma so pena de rescindir el contrato. Pero ya no había ningún embajador tyreano. Existía un fondo de emergencia oficial para «casos de precariedad» como el suyo, pero hacía tiempo que se había convertido en una cartera de sobornos con la que los burócratas recompensaban a sus favoritos. Tyrea no tenía voz, ni presencia.

—Liv lo pregunta porque es una bicroma de amarillo y supervioleta —dijo Vena.

Gavin se giró hacia ella. Vena era una artista y vestía como tal. El pelo corto como un chico, esmeradamente revuelto, montones de joyas, y ropa confeccionada por ella misma. La mitad de las veces uno ni siquiera sabía a qué región pertenecía el estilo que estuviera copiando en esos momentos, si es que pertenecía a alguna. Pero si bien no era guapa, siempre llamaba la atención y (en opinión de Liv, al menos) su aspecto era espectacular. Ese día Vena había elegido un vestido vaporoso de su invención, cuyo dobladillo con bordados plateados recordaba a los diseños zoomórficos del Pueblo de los Árboles. Los diseños del espectro visible encontraban su ingenioso reflejo en el supervioleta.

—Qué jovencita tan prodigiosa —dijo Gavin, dirigiéndose a Vena—. Y buena amiga. Me encanta tu vestido. —Mientras las mejillas de Vena se teñían de carmesí, Gavin se giró hacia Liv—. ¿Es eso cierto?

—No, no lo es —terció la magíster Goldthorn—. El Trillador de Liv no arrojó resultados concluyentes, y desde entonces no ha exhibido ningún talento añadido.

Liv sacó la lente amarilla agrietada (un monóculo, en realidad) que había comprado en secreto hacía dos años. La sostuvo en alto, guiñó un ojo para mirar a través y se concentró en la piedra blanca de la Torre del Prisma. Instantes después, el cuenco que había formado con las manos ahuecadas se llenó de luxina amarilla.

Se agitaba como si fuera agua. El estado natural de la luxina amarilla era líquido. Se trataba de la más inestable de todas, sensible no solo a la luz sino también al movimiento. En condiciones idóneas, podía emplearse sobre todo para dos cosas: mantenida en su forma líquida a fuerza de voluntad, producía unas antorchas excelentes. O si no, contenida en una fina lámina sellada, podía proporcionar luz gradualmente a otros tipos de luxina, conservando sus propiedades del mismo modo que la lanolina o la cera de abejas rejuvenecían el cuero.

Liv arrojó el líquido a un lado. Ni siquiera llegó a tocar el suelo, sino que provocó un fogonazo de luz amarilla pura en el aire.

—¡Semejante desfachatez! —balbució la magíster Goldthorn—. Está prohibido trazar…

—Está prohibido —la atajó Gavin— dilapidar los dones que nos concede Orholam. ¿Eres de Tyrea, Aliviana?

La magíster Goldthorn se mordió la lengua. Nadie interrumpía al mismísimo Prisma, y menos dos veces.

—Sí —respondió Liv—. De una pequeña ciudad que no queda muy lejos de la Roca Hendida, de hecho. Rekton.

Los ojos del Prisma parecieron relampaguear por un segundo, pero podrían haber sido imaginaciones de Liv, porque dijo:

—¿Cuánto tardaste en tirar de la cuerda de trillado?

—Dos minutos y cinco segundos —respondió la muchacha. Se consideraba una marca impresionante.

El Prisma la observó intensamente, pero su expresión se suavizó cuando dijo:

—Tan obstinada como tu padre, ya veo. Yo superé el primero a duras penas. Bien hecho. Así que… supervioleta y amarillo. Observa. —Extendió las manos.

Las pupilas de todas las muchachas se redujeron a diminutas cabezas de alfiler. La luxina supervioleta era indetectable a simple vista. Ni siquiera una mujer capaz de trazar supervioleta lo vería a menos que supiera dónde buscar.

—Vuestras lecciones normales habrán cubierto… sin duda hasta el hartazgo… la redacción de misivas con luxina supervioleta.

Y tanto. La invisibilidad del supervioleta era el motivo por el que sus trazadores se empleaban en las comunicaciones. Pero además de eso, todas las satrapías investigaban el cifrado y la mejor manera de acumular, tergiversar y ofuscar los mensajes escritos con supervioleta, encerrándolos en frágiles bucles susceptibles de destruirse si los manipulaba alguien que desconocía la forma exacta de abrirlos y leerlos. Era entretenido, durante algún tiempo. Pero hacía mucho, muchísimo tiempo que había dejado de serlo.

—¿Sabéis para qué es genial el supervioleta? —preguntó Gavin—. Para poner la zancadilla a la gente. —Todas las chicas de la clase sonrieron con expresión de culpabilidad. Todas lo habían hecho en uno u otro momento—. No, en serio. Las travesuras nos descubren aplicaciones de los colores que a nadie se le habían ocurrido antes. Se necesita un poco de picardía para pasar a la historia. El supervioleta sellado no es tan resistente como el verde o el azul, pero no pesa casi nada, ¡y por el amor de Orholam, es invisible! —Gavin trazó un huevo supervioleta hueco del tamaño de su mano. Una mueca fugaz se cinceló en sus rasgos, como si le doliera algo—. Lo más peliagudo, Liv, es entender cómo libera su poder el amarillo. Ahora, dentro de este huevo, trazamos líquido de ese color. —Lo hizo—. Lo más importante es no dejar absolutamente nada de aire dentro del recipiente. Tiene que ser macizo. —Lo cerró mientras miraba a las chicas, sin prestar atención. Sin darse cuenta, había dejado una burbuja de aire dentro del huevo.

»Si es macizo, completamente hermético, aunque se sacuda…

Liv levantó una mano y abrió la boca, pero fue demasiado lenta.

Gavin sacudió el huevo, que explotó con un destello cegador.

Todos se tiraron al suelo.

Antes incluso de abrir los ojos, Liv oyó a Gavin reírse. ¿Se había vuelto loco? Al levantar la cabeza, vio que el Prisma ni siquiera se había despeinado.

—Ahora bien —dijo Gavin—. Si ese huevo hubiera estado hecho de luxina azul, la metralla nos habría hecho trizas a todos. Pero como todas sabéis en vuestra cabeza… ya que no en vuestro corazón ni en vuestra carne, al parecer… el supervioleta sellado se disuelve con facilidad. Lo cual no carece de utilidad. —Con una rapidez y una facilidad que asombró a Liv, trazó otro huevo y lo llenó de luxina amarilla líquida.

»Levantaos —dijo a la clase. Ana estaba llorando en silencio. Se había arañado una rodilla al caer y estaba sangrando. Le estaba bien empleado por llevar una falda tan corta. Las demás muchachas se incorporaron, enderezaron sus sillas y se sentaron. Ana se quedó en el suelo—. Levántate —le ordenó Gavin—. Dentro de unos meses serás una trazadora. ¿Quieres comportarte como una mujer? Ni siquiera estás preparada para actuar como una persona adulta.

Las palabras del Prisma zahirieron a Ana con más violencia que a nadie, pero todas las integrantes de la clase sintieron sus latigazos. Liv pensó que lo mismo podría aplicarse tanto a ella como a Ana. Apartó la mirada de esta, comprendiendo cuán fácil sería estar en su lugar en estos momentos. Sintió una momentánea punzada de compasión por su compañera, seguida de una oleada de irritación. Ana siempre le había hecho la vida imposible.

Gavin no tardó en desviar su atención de Ana. Arrojó un hilo de supervioleta al cielo. Era tan liviano que el viento lo atrapó y lo arrastró hacia el oeste, lejos de la torre, pero mientras el Prisma mantuviera la luxina abierta y continuara trazando, podría enviarla cada vez más arriba a gran velocidad. Así lo hizo. A continuación, acercó el huevo amarillo al hilo de luxina, lo sujetó con unos nudos y lo lanzó por los aires. La fuerza del retroceso empujó su mano derecha violentamente hacia abajo.

El huevo recorrió la línea invisible a gran velocidad, siguiendo una trayectoria curva mientras se elevaba sobre la torre. En la cúspide, a doscientos pies de altura, explotó con un estallido atronador. Liv oyó exclamaciones de asombro y sorpresa procedentes del patio, a lo lejos.

—Ahora, imaginaos que lanzara eso contra un destacamento de caballería al galope. No mataría a nadie directamente, pero a los caballos les gustan las cosas que explotan en su cara tanto como a las niñas remilgadas.

El repentino silencio consiguiente se tiñó de caras pálidas y mejillas sonrojadas.

—Hay otro par de usos especiales que se le pueden dar al supervioleta en el trazo

bicolor. ¿Alguien? —preguntó Gavin.

Ana levantó la mano con timidez. El Prisma asintió con la cabeza.

—¿El control a distancia?

—Correcto. Hay que dejar el canal supervioleta abierto, y cuanto más larga sea la línea, más dificultad entrañará su control. Es como hacer malabares sin poder ver las bolas. Pero… —Un remolino de color centelleó en sus ojos, y en sus manos extendidas apareció una bola roja, una amarilla, una verde, una azul y una naranja. (Liv vio que volvió a torcer el gesto, como si acabara de sufrir un tirón en la espalda.) A continuación empezó a hacer malabares con ellas. Todas las muchachas, incluso la magíster Goldthorn, contuvieron la respiración. Primero, porque las propiedades de las bolas no eran las que cabría esperar. La de color naranja era viscosa y resbaladiza. La roja, pegajosa. La amarilla, líquida. Y en segundo lugar, por supuesto, porque ver cómo alguien hacía malabarismos con cinco lo-que-fuese suscitaba el asombro de cualquiera.

Oh. Liv lo pilló. Todas las bolas estaban recubiertas de una finísima película de luxina azul, llena de luxina de otro color.

Gavin cerró los ojos y siguió haciendo malabarismos. Imposible. ¿Estaba pavoneándose? No… sí, pero también estaba enseñándoles algo.

—Ah —dijo Liv, complacida.

—Alguien lo ha entendido. —Gavin abrió los ojos—. ¿Cómo puedo hacer malabares con los ojos cerrados?

—Eres el Prisma. Para ti nada es imposible —murmuró alguien.

—Gracias, llevaba el día entero sin que nadie me besara las posaderas, pero no.

¡¿De veras acababa de decir eso?!

—No estás haciendo malabares —dijo Liv, la primera en recuperarse.

Gavin alejó las manos de las bolas danzarinas, que siguieron dibujando la misma trayectoria intrincada en el aire. Todas las alumnas entornaron los párpados y vieron el hilo de luxina supervioleta que conectaba las bolas. Estas se limitaban a seguir la pista invisible.

—Eso es. Si se presenta una explicación visible, por asombrosa que parezca, podrá ocultarse un fenómeno invisible delante de las narices de cualquiera. Ese es el poder de la luxina supervioleta. Escucha, Aliviana, ¿te importaría hacerme un favor?

—Claro que no.

El Prisma sonrió.

—Bien. Te tomaré la palabra. —Se dio la vuelta. Había una mancha oscura en la espalda de su camisa. ¿Era sangre? ¿Debería decir algo Liv?—. Magíster Goldthorn, lo siento, pero tengo que irme. Te dejo a deber media clase, pero te lo compensaré. Mientras tanto, si no te importa informar a los funcionarios pertinentes, a partir de este momento Aliviana Danavis queda reconocida como bicroma de supervioleta y

amarillo. Su formación empezará de inmediato. Me sentiría… decepcionado si su atuendo fuera inferior en cualquier aspecto al del bicromo ruthgari medio. Las arcas de la Cromería correrán con los gastos. Si alguien tiene algún problema al respecto, dile que hable conmigo.

Liv se olvidó al instante de la camisa de Gavin. No daba crédito a sus oídos. Con tan solo un puñado de frases, el Prisma lo había cambiado todo. La había liberado. ¡Bicroma! Había pasado, en resumidas cuentas, de aspirar a una vida redactando cartas para un noble cualquiera en algún pueblo recóndito a aspirar a un futuro que solo Orholam sabía qué la deparaba. Pensó que debían de ser imaginaciones suyas, hasta que vio la misma expresión de incredulidad plasmada en el rostro de la magíster Goldthorn. Era real. Tardó un momento más en asimilar la segunda parte del discurso del Prisma. Liv iba a recibir un uniforme equivalente al de un bicromo ruthgari a expensas de la Cromería. Y los ruthgari alojaban a sus trazadores en los apartamentos más suntuosos. Formaba parte de su estrategia para captar a los mejores talentos.

A poco que Liv jugara bien sus cartas, podría escapar de las garras de Aglaia Crassos, esa arpía del averno.

Gavin sonrió en su dirección. En su expresión, Liv vio un deleite travieso e infantil mezclado con algo más profundo que no logró identificar. Acto seguido se fue.

Pero mientras observaba cómo el Prisma bajaba los escalones a paso ligero hasta perderse de vista, sobrevino a Liv una turbación imprecisa. Acababa de obtener todo cuanto deseaba, e incluso aquello que ni siquiera se atrevía a desear. Pero también había ocurrido algo más.

El Prisma acababa de comprarla. No sabía qué era lo que la hacía tan especial, pero dudaba que se tratase de un simple capricho. Miró a Vena, que se encogió de hombros, con los ojos como platos. Gavin Guile tenía planes reservados para Liv, y esta los afrontaría encantada. ¿Cómo podría negarse? Sin embargo, le gustaría saber de qué se trataba.

39

El azul de la celda intentaba insinuarse en su cerebro, volverlo lógico y desapasionado. Allí no cabían ni el odio, ni la envidia, ni la furia. El difunto farfullaba apoyado en su pared.

Dazen se levantó y se acercó a él. El difunto residía en una sección particularmente brillante de la pared de luxina azul. Se trataba, por supuesto, del gemelo de Dazen.

—Ha llegado la hora —dijo el difunto—. Tienes que matarte.

Al difunto le gustaba soltar ascuas ardiendo en el regazo de Dazen y ver qué hacía con ellas. Las vértebras de Dazen crujieron cuando giró el cuello a derecha e izquierda. Las vértebras del difunto crujieron cuando giró el cuello a izquierda y derecha.

—¿A qué te refieres? —preguntó Dazen.

—Te falta voluntad para hacer lo que debes. A menos que seas más fuerte que Dazen, no…

—¡Yo soy Dazen ahora! —lo interrumpió Dazen.

El hombre de la pared esbozó una sonrisita indulgente.

—No, todavía no. Sigues siendo yo. Sigues siendo Gavin Guile, el hermano perdedor. Dazen te arrebató la vida, pero tú no le has arrebatado la suya. Aún no. No estás preparado. Habla conmigo de nuevo en uno o dos años.

—¡Estás muerto! —exclamó Dazen—. Tú eres el muerto, no yo. ¡Soy Dazen!

Pero su reflejo no dijo nada.

Su hijo estaba ahí fuera. Su hijo, no el del auténtico Dazen. El auténtico Dazen estaba robándole a su hijo. Del mismo modo que le había robado toda su vida.

Gavin había decidido hacía tiempo que si Dazen iba a arrebatarle la vida, él se la arrebataría a Dazen a su vez. Su hermano pequeño siempre había sido el más listo de los dos, por lo que la única forma de escapar sería convertirse en Dazen, ser más listo que su hermano, excavar un túnel por debajo de la trampa más profunda del auténtico Dazen y volverla en su contra. Hasta la fecha, no había dado ningún resultado.

—No ha dado ningún resultado porque no estás dispuesto a arriesgarlo todo para ganar. En eso consistía la genialidad de Dazen —dijo el difunto—. ¿Recuerdas la última vez que os peleasteis?

—¿Cuando me encerró y me robó la vida?

—No, la última vez que os peleasteis a puñetazos.

Gavin nunca podría olvidarlo. Era el mayor de los dos hermanos. Tenía que ganar. Ni siquiera recordaba cuál era el motivo de la disputa. Eso carecía de importancia. Probablemente había empezado él. Dazen llevaba algún tiempo pasándose de listo, negándole a Gavin el respeto que se merecía. De modo que Gavin le pegó un

puñetazo en el hombro y le llamó algo feo.

Aunque Gavin era mayor, Dazen había crecido hasta igualar su tamaño, o superarlo incluso. Por lo general, Dazen encajaba los insultos protestando y maldiciendo. Ese día no. Dazen le había agredido, y de repente Gavin sucumbió al temor que ya llevaba algún tiempo insinuándose en su interior. ¿Qué ocurriría si perdía?

Estaban forcejeando, intentando tirarse al suelo mutuamente, aporreando los brazos, el estómago y los hombros del otro. La mayoría de los golpes eran bloqueados, pero incluso aquellos que traspasaban la defensa del rival eran más vergonzantes que dolorosos. Las riñas entre hermanos tenían sus reglas. No se intentaba romper ningún hueso, no se pegaba en la cara. Era un ejercicio de sumisión, dominancia y castigo.

Pero si Dazen ganaba una pelea, las cosas jamás volverían a ser iguales entre ambos. Eso no podía ocurrir. Presa del miedo y la desesperación, Gavin golpeó a Dazen en el rostro.

El puñetazo dejó a Dazen tambaleándose sobre los talones, pero más a causa de la sorpresa que de la fuerza del golpe. Dazen solía mantener la cabeza fría, pero en cuanto Gavin vio su cara, supo que había cometido un error. Un error espantoso. El dolor carecía de importancia, al igual que la dominancia. Al menos para Dazen. Se había vuelto absolutamente loco. Ni siquiera tenía que trazar rojo para perder la calma. Y vaya si la perdió.

Dazen embistió a Gavin como un toro y lo levantó por los aires. Gavin intentó soltarse, desembarazarse, zafarse. Pero Dazen no buscaba afianzar su posición; pretendía derribar a Gavin. Se cayeron. Gavin aterrizó encima de Dazen y logró conectar un rodillazo directo.

No surtió efecto. Fue como si Dazen ni siquiera lo sintiese. Se limitó a encajar el golpe y tiró de Gavin con la fuerza de la caída. De pronto, el hermano pequeño estaba encima. Dazen agarró la garganta de Gavin con ambas manos y apretó.

El pánico de Gavin se mitigó. Los dos habían aprendido a luchar. Golpeó a Dazen en el mentón. Nada. Dazen lo encajó. Dazen desvió el siguiente puñetazo con un codo. Continuó apretando.

El pánico regresó, multiplicado. ¡Dazen iba a matarlo! Gavin descargó un puñetazo tras otro, pero Dazen se limitó a encajar el castigo.

Adelante, hazme daño si quieres, pero yo voy a matarte.

El mundo empezaba a oscurecerse cuando Dazen liberó a Gavin de improviso. Se levantó trastabillando mientras Gavin volvía a la vida entre toses. Para cuando Gavin se hubo puesto de pie, su hermano pequeño ya se había ido.

Después de aquello, no habían vuelto a llegar a las manos. Fue suficiente. Sabían, sin necesidad de decir nada, que si alguna vez volvían a pelearse, probablemente

moriría alguien.

Y así habría sido si yo hubiera vencido en la Roca Hendida.

Pero Dazen le había permitido vivir. Fue igual que aquel momento, cuando tenía la garganta de Gavin en sus manos. Podría haberme aplastado. Podría haberme asesinado, pero en vez de eso prefirió dejarme con vida. Porque era débil.

—Si Dazen es débil —dijo el difunto—, ¿en qué te convierte eso a ti? Te derrotó. —Soltó una carcajada.

—No volverá a ocurrir. He tardado mucho tiempo, pero por fin lo he entendido. Mi hermano me ha enseñado una lección: ganar a cualquier precio. Si estás dispuesto a renunciar a todo, no deberás renunciar a nada. —Eso era. Así de simple. Ahora, ahora sí, Gavin estaba listo para convertirse en Dazen. Imitaría la fortaleza de Dazen y prescindiría de sus debilidades.

Extendió una mano para tocar su reflejo.

—Ahora has muerto de verdad —dijo.

Sus intentos por trazar subrojo habían fracasado hasta ahora porque no lograba reunir el calor necesario. Lo único que generaba calor aquí abajo era su cuerpo, y había estado a punto de matarse la última vez al extraer demasiado. Se había vuelto loco, y aun así no había sido suficiente. No estaba dispuesto a arriesgarlo todo. No estaba dispuesto a morir, si era preciso. Ahora sí lo estaba.

—Gracias, hermano. Gracias, hijo —dijo en voz alta. Trazó una hoja de luxina azul. Debía concentrarse al máximo para imprimirle un filo, pero a lo largo de varios días se afeitó los largos cabellos con ayuda del difunto. Cogía un puñado, separaba los mechones en finos montones, y ataba los extremos para que no se dispersaran. Cuando hubo reunido una cantidad considerable, tras impregnar la improvisada madeja de tanto aceite corporal como pudo reunir, empezó a tejer. Esto era lo primero que debía hacer. Después no estaría en condiciones.

Por una vez, el azul le sirvió de ayuda. Su antiguo yo (cuando era libre, cuando era Gavin) jamás podría haberlo conseguido. Pasar los cabellos por encima, por debajo, por encima, por debajo, equivocarse, empezar desde el principio, sufrir un estremecimiento y dejar caer el producto sin terminar, intentar atraparlo y perder una semana de trabajo en un segundo cuando sus dedos tiraron de las hebras y estas se soltaron… todo ello hubiera bastado para enloquecer a cualquiera. Pero el azul se recreaba en los detalles, en la colocación de cada cabello individual en el lugar exacto.

Dazen ni siquiera se dio cuenta al principio, pero un día comprendió que había recuperado algo que creía perdido hacía mucho. La esperanza. Saldría de aquí. Ahora estaba seguro de ello. Solo era cuestión de tiempo. La venganza estaba cerca y, cuanto más se postergara, más dulce sería. Dazen exhaló un suspiro, satisfecho, y reanudó su labor.

40

Gavin se quitó la camisa manchada a tirones. Se le escapó un gruñido cuando la tela rozó la quemadura. Una camisa de cincuenta danares, y he conseguido estropearla en media hora. Peor aún, había notado que algunas de las muchachas se fijaban en la mancha, cada vez más grande. Tampoco era ninguna catástrofe. No preguntarían al respecto. Al contrario que cualquiera de los miembros del Espectro. Le gustaba ahorrarse las mentiras para ellos.

Maldijo entre dientes.

Gavin sabía que Marissia debía de seguir algún plan de organización para guardar su ropa, pero fuera cual fuese, él nunca le había encontrado ninguna lógica. Revolvió los montones de camisas, calzas, pantalones, capas, habias, mantos, thobes, petasos, ghotras y otras prendas de vestir, muchas de las cuales no debía de haberse puesto ni una sola vez. Por Orholam, cuánta ropa tenía. Y esta solo era la de verano. Supuso que se debía a que, como Prisma que era, se esperaba de él que perteneciera a todos los pueblos, por lo que si se reunía con un embajador o tenía que visitar Abornea de repente, dispondría de atuendo regional a su medida.

Seguía en pie con el torso desnudo, con la quemadura embadurnada de ungüento (al menos tenía la sensatez de guardar un botiquín en su habitación), cuando se abrió la puerta. Marissia entró sin hacer ruido. Miró de reojo la quemadura que tenía en el flanco. Un destello de ira relampagueó en sus ojos de jade, aunque Gavin no sabría decir si estaba enfadada con él o por él. Quizá un poco de ambas cosas. La esclava cogió el linimento de la mesa y aplicó una generosa cantidad en la espalda de Gavin. Ay. Había pasado unos cuantos puntos por alto, al parecer. A continuación lo vendó con destreza. Pero sin miramientos.

—¿Necesita ayuda mi señor para buscar otra camisa? —preguntó.

—¡Ayyy! —chilló Gavin. Carraspeó y bajó la voz una octava—. Por favor.

Marissia se dirigió a un montón de ropa que Gavin juraría que ya había registrado minuciosamente, y de inmediato sacó una camisa de sus profundidades. Gavin no creía que se la hubiera puesto nunca, pero le gustaba el estilo, y su color oscuro garantizaba que nadie se diera cuenta si el ungüento la empapaba. Marissia poseía sus propias artes mágicas. Gavin juraría que esa camisa no estaba allí antes.

La mujer empezó a silbar suavemente mientras le vestía y le arreglaba el cabello; era una melodía antigua, bonita. Marissia sabía silbar.

Oh, la canción era Corderito perdido. ¿Una alusión a la incapacidad de Gavin para encontrar su propia ropa? Probablemente. Tenía cosas más importantes de las que preocuparse. Había derrotado a su hermano, ¿qué problemas podría darle el Espectro?

—Partiré en uno o dos días —dijo Gavin—. Hay un joven examinándose abajo.

Kip. Es mi… esto, mi hijo natural. —No había necesidad de usar el eufemístico «sobrino» con Marissia. Sabía que el Prisma había encarcelado a su hermano, pero ni siquiera ella sospechaba que Gavin no era en realidad Gavin. No los había conocido a ninguno antes de la guerra, de modo que no necesitaba saberlo. Gavin confiaba completamente en ella, pero cuanta menos gente compartiera ese secreto, más tardaría todo en desmoronarse sobre su cabeza—. Tiene dieciséis años… quiero decir, quince. ¿Te importaría reunir ropa adecuada para él y preparar equipaje para los dos, para dos semanas?

—¿Para combatir o para impresionar?

—Las dos cosas.

—Por supuesto —dijo Marissia, lacónica.

Camino de la puerta, Gavin agarró su espada y su vaina enjoyada. Distaba de ser tan buen espadachín como el Guardia Negro más mediocre. Había tenido talento en su día, pero cuando comprendió que podía trazar cualquier combinación de color y obtener instantáneamente el arma que exigiera la ocasión, dejó de practicar con el acero con la regularidad necesaria para medirse con guerreros profesionales como los de la Guardia Negra.

Siempre que el combate fuera justo, naturalmente, concepto desconocido para los trazadores. También los Guardias Negros luchaban con lo que tenían a mano: espadas, magia, copas de vino o puñados de arena.

También se guardó las pistolas ilytianas en el cinturón. Tan solo para fardar.

Cuando Gavin cruzó la puerta, encontró dos Guardias Negros esperándolo. Su escolta. Era el acuerdo al que había llegado con la Blanca. Tenía permiso para viajar sin la Guardia Negra cuando lo considerara absolutamente imprescindible (la mayoría de las veces), siempre y cuando accediera a tolerar su presencia cuando estuviera en un lugar propicio para los intentos de asesinato. A la Blanca no le gustaba su interpretación del acuerdo, pero Gavin se aferraba con tenacidad a la escasa libertad de movimientos que le quedaba.

Cruzó con paso rápido el único pasillo que separaba las dos mitades de este nivel. La Blanca y él se dividían la planta. Debido a la rotación de la Cromería, la mitad de Gavin siempre apuntaba hacia el sol. Resultaba irónico que la Blanca debiera pasarse la vida a la sombra, aunque con los años había aprendido a apreciarlo. Reducía la tentación de trazar y acelerar su muerte. Gavin volvió a preguntarse cómo lo soportaba. Sin trazar, él se sentiría vacío y débil. La vida no tendría razón de ser sin la cromaturgia. Era lo que lo definía. Sin duda había sido igual para la Blanca; sin embargo, continuaba con vida, y su voluntad seguía siendo tan férrea como recta su espalda.

Tras dejar atrás a los Guardias Negros que custodiaban su habitación, llamó a la puerta con los nudillos.

—No está —dijo el vigilante a su izquierda—. La Blanca ha ido a reunirse con la Cromería. Pensó que sería descortés hacer esperar al Espectro al completo por culpa de la tardanza de un solo hombre.

Así demostraban su desagrado los Guardias Negros. Sus escoltas supieron adónde se dirigía en cuanto encaminó sus pasos hacia la habitación de la Blanca en vez de hacia el elevador, pero no le habían avisado. Los Guardias Negros de la Blanca supieron adónde iba en cuanto lo vieron, pero no le informaron de la ausencia de la Blanca hasta que hubo llamado a la puerta, provocando que perdiera más tiempo y se demorara más todavía. ¿La tardanza de un solo hombre? ¿De qué va a hablar el Espectro sin mí? Fui yo quien convocó la asamblea.

Como de costumbre, los Guardias Negros manifestaban su irritación con cautela. Nadie les causaría problemas durante una temporada, Puño de Hierro se encargaría de ello. Si contrariaban a Gavin algo más que ocasionalmente, el Prisma redoblaría sus esfuerzos por darles esquinazo y no podrían protegerlo, como les habían encomendado. Aun así, querían que los respetara. Y Gavin lo hacía, a su manera.

Pocas personas se ofrecen voluntarias para interceptar una flecha con el cuerpo sin saber siquiera si van a gustarles el Prisma o la Blanca cuyo cuidado les asignen. Pero se negaba a que lo encadenaran. El poder era libertad. Debía conservarlo a cualquier precio.

—Si no podéis servirme bien —dijo Gavin a sus dos Guardias Negros—, no podéis servirme en absoluto. —Giró sobre los talones y se dirigió al elevador.

Guardaron silencio, por supuesto. Se limitaron a flanquearlo. El comandante Puño de Hierro los adiestraba para que ignoraran aquellas órdenes que pudieran entrañar algún peligro para sus protegidos.

Gavin agitó los brazos hacia abajo y trazó unos barrotes de luxina azul reforzados con amarilla a izquierda y derecha. Los Guardias Negros titubearon por un momento mientras él mantenía el paso rápido y cerraba el hueco en el centro. Siguió caminando sin mirar atrás mientras levantaba muros sólidos de azul, rojo, verde, amarillo y supervioleta.

Sintió una pequeña satisfacción. Era innegable que su hermano había conseguido alterarlo. Malnacido.

Pero al mismo tiempo, esto era inevitable. La Guardia Negra debía comprender que no podía controlarlo. Así actuaban los guardaespaldas inteligentes: te cortan las alas un poquito, después un poquito más, y antes de darte cuenta ya no puedes volar. Gavin no pensaba permitir que ocurriera tal cosa. Si los Guardias Negros revoloteaban a su alrededor en todo momento, como parecían desear de un tiempo a esta parte, desentrañarían no solo la existencia del deslizador y el cóndor, sino también el secreto definitivo. ¿Qué harían si descubrían que Gavin en realidad no era Gavin? Podrían decidir que era el Prisma a efectos prácticos y dejarlo correr. O

decidir que constituía una amenaza para el auténtico Prisma. O escindirse en facciones rivales. Interesante idea, un puñado de trazadores guerreros de élite intentando aniquilarse mutuamente. Eso era lo que hacía que esto fuera necesario. La Guardia Negra debía aprender a aceptar las migajas que les concediera Gavin: Podéis protegerme si me servís incondicionalmente, privilegio que os retiraré cuando me plazca, por el motivo que sea, o por ninguno en absoluto.

Al principio, años atrás, el comandante Lanza disciplinaba a los Guardias Negros que dejaban escapar a Gavin. Cuando eso no dio resultado, convirtió los castigos en un espectáculo público, avergonzando a los Guardias Negros por algo de lo que no tenían ninguna culpa. Gavin lo sentía en el alma, pero no alteró ni un ápice su conducta. El comandante Lanza aumentó las penas y llegó a azotar públicamente a varios hombres, entre ellos un joven Puño de Hierro. Gavin respondió bostezando e impidiendo que la Guardia Negra se acercara a él durante un mes. A continuación había recorrido mercados atestados, dejando maniatados y amordazados a los Guardias Negros enviados por el comandante Lanza, y lo había hecho en las postrimerías de la guerra, cuando había no pocas personas dispuestas a asesinarlo en un abrir y cerrar de ojos.

Cuando por fin se produjo el temido intento de asesinato, sin que hubiera ningún Guardia Negro presente, el comandante Lanza relevó de su cargo a los seis guardaespaldas que deberían estar protegiendo a Gavin. La Blanca decidió tomar cartas en el asunto por fin y destituyó a su vez al comandante Lanza. A Gavin no le dio pena. Tras descubrir que apelar al sentimiento de culpa de Gavin no daba resultado, el hombre debería haber intentado otra estrategia. Alguien incapaz de cambiar de táctica jamás debería estar al frente de la Guardia Negra.

Aquel gesto no había aumentado el círculo de amistades de Gavin, pero sí lo había dejado al mando. Además, no necesitaba amigos. Los dos Guardias Negros apostados ante el elevador cruzaron las miradas al verlo. El de la izquierda era una mujer, bajita pero fornida como un toro.

—Noble Prisma —dijo—, veo que viaja sin escolta. ¿Puedo acompañarlo?

Gavin sonrió.

—Puesto que lo preguntas tan educadamente.

Abrieron el elevador para él, y en cuestión de momentos estaba en la planta inmediatamente anterior a la que Gavin compartía con la Blanca. Los Guardias Negros de servicio pestañearon al ver a la solitaria escolta. Sin duda estaban al corriente de los turnos de la guardia y sabían que la mujer no estaba asignada al Prisma, así como que este no debería estar protegido por una sola Guardia Negra.

—Noble Prisma —dijo uno de ellos, un bicromo de rojo y naranja muy alto, de tan solo veinte años de edad, y por consiguiente con mucho potencial—. ¿Puedo acompañarlo?

—Gracias, pero no —respondió Gavin—. Nadie puede protegerme de lo que me espera aquí.

Gavin le había dicho a Kip que la Blanca intentaba compensar el poder del Prisma, pero no le gustaba mucho cuando lo hacía.

Entró en la sala del consejo. Los Colores estaban diseminados alrededor de la mesa. El protocolo dictaba que se sentaran en orden: Subrojo, Rojo, Naranja, Amarillo, Verde, Azul, Supervioleta, Negro, Prisma, Blanca. En reuniones como esa, sin embargo, el atractivo de la compañía de un amigo o la tentación de ocupar una de las sillas más cómodas se imponía a la tendencia natural a sentarse siempre en el mismo sitio. Gavin encontró el último hueco entre la Supervioleta, una pariana espigada, toda piel y huesos, llamada Sadah, y el fofo ruthgari de tez clara y barba negra, Klytos Azul.

Gavin le había explicado a Kip que cada Color representaba a una región, lo cual era cierto a grandes rasgos. Cada sátrapa o satrapesa designaba un Color. Para muchos gobernantes era la decisión más importante que habrían de tomar en su vida. Pero el sistema había empezado a desmoronarse antes incluso de que estallara la Guerra del Falso Prisma, cuando Andross Guile accedió al sillón Rojo mediante sobornos y chantajes, a pesar de que el Bosque de Sangre ya tenía un Color. Su audacia lo había llevado a robar ese asiento a Ruthgar, alegando que la franja de terrenos pantanosos que poseían los Guile en esa región los cualificaba para optar al sillón ruthgari.

Después de la guerra, por supuesto, se había empleado una lógica parecida para privar a Tyrea de su lugar.

La cantidad de capas de lealtad superpuestas y entrelazadas era vertiginosa. Tanto el Rojo como el Verde eran ruthgari y, por tanto, proclives a aunar fuerzas en todo lo que atañera a Ruthgar. Pero el Verde era a su vez primo de Jia Tolver, la Amarilla de Abornea. Los aborneanos controlaban las rutas comerciales parianas y ruthgari que pasaba por las Angosturas, por lo que cualquier debate relacionado con el comercio terminaba en disputa entre ellos, pero en cualquier otra circunstancia siempre intentaban formar una piña. La Subroja era oriunda del Bosque de Sangre, región aliada ahora con sus fuertes vecinos ruthgari, pero sus padres habían perdido la vida durante la guerra a manos de los hermanos del Verde. Y así una y otra vez. Todas las familias nobles de las Siete Satrapías hacían todo lo posible por introducir al menos un hijo o una hija en la Cromería, siquiera para intentar guardarse las espaldas.

A su vez, todos los miembros del Espectro hacían todo lo posible por velar por sus propios intereses. Los lazos familiares, de clanes, nacionales, cromáticos e ideológicos se extendían en todas direcciones. Los Colores eran instrumentos políticos además de mágicos. Alcanzar el título de Color requería cierta cantidad de aptitud cromatúrgica, la Blanca se encargaba de ello, pero una vez superado ese

listón, no pocos de estos asientos habían encontrado ocupantes a la vez que sus respectivas casas abrían las puertas a recuas de mulas cargadas de oro. Gavin sabía que así había sido cuando su padre ingresó en la orden.

Desde su silla de ruedas, la Blanca anunció:

—Se inicia la sesión. Que conste en acta que están presentes todos los Colores salvo el Rojo. —Lo aborrecían. Detestaban ser incapaces de librarse de Andross Guile. Odiaban el hecho de que, contraviniendo todas las normas, no hubiera asistido a ninguna asamblea en cinco años pero siguiera exigiendo que se contara con su voto. El hecho de que lo emitiera siempre mediante un mensajero daba fe de lo poco que valoraba sus opiniones. Andross Guile hacía oídos sordos a todas las argumentaciones, por elocuentes que fueran. Insistía en contemplar y sopesar todos los asuntos en solitario, y sus decisiones no dependían de la farsa de estas reuniones del Espectro. Pero también lo temían. La Blanca dijo—: Lord Prisma, puesto que vos habéis convocado esta asamblea, el proceso queda en vuestras manos.

Creía que estaba frustrando sus planes. Que se había vuelto demasiado independiente. Que podría volverse peligroso si no tiraba de la correa.

Cuidado, Orea. Cuando se les aprieta, los perros se vuelven dóciles… pero los lobos se vuelven salvajes.

La relación de Gavin con el Espectro siempre había sido espinosa. Mientras se recuperaba de las heridas sufridas en la Roca Hendida, por supuesto, le habían despojado del título de prómaco, arrebatándole así el control de los ejércitos, como dictaba la costumbre. Pero no estaban seguros de que él se lo consintiera. Lo había hecho más que nada por aclimatarse a su nueva identidad, pero ninguno de los Colores le inspiraba demasiadas simpatías a nivel personal. El sentimiento era mutuo. Había vivido demasiado tiempo, se había vuelto demasiado poderoso. No los necesitaba, y eso los asustaba.

Odiaban a su padre. Odiaban a todos los Guile, y ponían la zancadilla a Gavin siempre que podían.

Paciencia, Gavin. Tienes tiempo de sobra para cumplir el sexto propósito. Espacio de sobra para maniobrar. Eres el hijo de Andross Guile.

—Debemos liberar la ciudad de Garriston de inmediato, retirar todas nuestras tropas y entregársela al rey Garadul —dijo Gavin—. Preferiblemente junto con nuestras disculpas por no haberlo hecho antes.

Se hizo el silencio. Seguido de más silencio embarazoso.

Klytos Azul soltó una risita nerviosa. Cuando nadie más lo imitó, optó por cerrar la boca.

—¿Rey? —preguntó la Blanca.

—Así se hace llamar ahora. —Gavin no ofreció más explicaciones.

—Es imposible que habléis en serio, lord Prisma —dijo Sadah Supervioleta—. El

gobierno se transferirá a Paria dentro de unas semanas. Es nuestro derecho. La gente ha hecho planes. Los barcos ya han empezado a zarpar. Si debemos mantener esta conversación, que sea dentro de dos años.

—De ninguna manera —intervino Delara Naranja, una bicroma cuarentona de grandes senos caídos cuyos iris estaban repletos hasta el mismo borde de destellos rojos y anaranjados. Era natural de Atash, región que tomaría el relevo del gobierno después de Paria—. Paria empezó la rotación cuando aún quedaban unos cuantos tesoros en la ciudad. Y la saqueasteis entera.

—También tuvimos que reparar una ciudad que había ardido hasta los cimientos y hacernos cargo de sus enfermos y heridos. Solo nos llevamos lo que consideramos que era una recompensa apropiada.

—Basta —dijo Gavin, antes de que la discusión se les fuera de las manos—. Os peleáis por las razones equivocadas. No se trata de quién ostenta el gobierno, ni en qué orden, ni por cuánto tiempo. Hace dieciséis años que aplastamos a Tyrea. Siguen sin tener representación en esta sala. Con cada año que pasa, desciende el número de tyreanos en la Cromería. ¿A qué se debe eso? ¿Acaso han dejado de nacer trazadores allí? ¿O es porque les hemos exigido un tributo tan ruinoso que ya no pueden ayudar económicamente a sus trazadores, lo que a su vez contribuye a empobrecer aún más sus tierras? Luego ocupamos Garriston, su puerto principal y su ciudad más importante, y vuestros gobernadores cargan de impuestos hasta la última naranja, pomelo y melón. He estado en Garriston, y es una sombra de su antiguo esplendor. Los grandes canales de irrigación están llenos de arena. Los cultivos están en manos de mujeres y niños, o de nadie, y de sus trazadores no queda ni rastro.

—¿Los compadeces? —preguntó Delara Naranja—. Cuando mis hermanos se levanten de entre los muertos y el Castillo de Ru sea reconstruido, sentiré pena por Garriston. Se unieron a Dazen. Fue su guerra la que truncó decenas de miles de vidas. Vi cómo arrojaban por la Gran Escalera al hijo de dos años de la satrapesa Naheed. Vi cómo abrían su vientre de embarazada, sacaban al bebé y hacían apuestas sobre lo lejos que uno de sus hombres sería capaz de tirar escaleras abajo a la criatura, que no dejaba de llorar. Le cortaron la nariz a la satrapesa, y las orejas, los pechos, los brazos y las piernas, y la lanzaron rodando detrás de su hijo. Delante de nuestros ojos. El bebé llegó hasta el último escalón, por si sientes curiosidad. Parte de su cerebro me salpicó el vestido. Quería intentar atraparlo, pero no me moví. Nadie lo hizo. ¿Esas son las personas de las que te gustaría que nos apiadáramos? ¿O te refieres tal vez a las que hundieron la flotilla de refugiados al completo, cuando no había ni un solo trazador u hombre armado a bordo?

Aquello fue culpa de Gavin. De Dazen. Había enviado un general joven y sin experiencia, Gad Delmarta, que siempre había sido eficiente y directo. Gavin había pedido a Gad que asegurara Ru. El general Delmarta había interpretado que debía

cerciorarse de que jamás volvieran a encontrar oposición. Había exterminado a la familia real (a los cincuenta y seis miembros que la componían, más decenas de esclavos) públicamente, uno por uno, en orden de sucesión, y había incendiado su esplendoroso castillo, el orgullo de Atash. Cuando la gente intentó huir, el general Delmarta envió trazadores de fuego en pos de la flotilla. Gavin no se había enterado hasta mucho después, ¿y qué podría haber hecho entonces? Estaban en guerra, el general había cumplido sus órdenes, y cuando Delmarta marchó a continuación sobre la majestuosa ciudad de Idoss, esta se había rendido sin ofrecer resistencia porque lo temían, debido precisamente a su crueldad.

—Quizá —dijo Gavin— podríamos hacer recuento de los niños que perdieron la vida cuando incendiasteis Garriston en represalia y bloqueasteis las puertas de la ciudad para que nadie pudiera escapar. Creo recordar que todos los trazadores y, salvo doscientos, todos los soldados tyreanos se encontraban a cien leguas de distancia en aquel momento. ¿Cuánto tardó el río en despejarse de cadáveres? Tantos cuerpos diminutos flotando en el agua. Aun a pesar de los cientos de tiburones que chapoteaban en la espuma sanguinolenta de la bahía, transcurrieron semanas, ¿no es cierto?

Gavin nunca había averiguado de quién fue la idea, pero cuando Garriston ardió, alguien había estacionado trazadores rojos a lo largo de todo el perímetro de las murallas. Los soldados escudaron a los trazadores mientras estos descargaban una tormenta de luxina sobre la ciudad. La luxina roja se empleaba como combustible para las lámparas. Esparcida por toda la ciudad, la convirtió en un infierno para los habitantes de Garriston. Decenas de miles de personas habían saltado al río, y miles más habían saltado encima de ellas. La aglomeración de cuerpos había bastado para congestionar el caudal en algunos tramos. A continuación, algunos de los trazadores más ingeniosos de su hermano mayor habían enviado luxina roja flotando río abajo en botes de luxina verde o azul, o mezclado luxina roja y naranja para crear un combinado tan inflamable que podía arder incluso debajo del agua, o habían añadido supervioleta al rojo para que las llamas se deslizaran por la misma superficie del agua. Entre el fuego, el humo, el agua, el tropel de personas, las muertes por aplastamiento cuando edificios enteros se desplomaron en el río atestado, y las llamas transportadas por la corriente, la magnitud de la masacre había sido inimaginable.

Antes de la guerra, Garriston albergaba más de cien mil personas. Las campañas de reclutamiento habían reducido esa cifra aproximadamente a ochenta mil. Después de los incendios, tan solo quedaban diez mil supervivientes, y después del primer invierno, la mitad.

—Basta —dijo el Negro. Carver no era trazador, por lo que en algunos aspectos se podía considerar el eslabón más débil del Espectro. Como Negro, era responsable de la mayoría de las trivialidades consustanciales al gobierno del Pequeño Jaspe: la

importación de alimento, la organización del comercio, la adjudicación de contratos, el reclutamiento y la manutención de los soldados, el mantenimiento de los edificios y los muelles, la construcción de barcos, y todo aquello que la Blanca dejaba en sus manos para poder concentrarse en el control de la Cromería. Pero era un hombre formidable, y Gavin lo respetaba—. Podríamos pasarnos el día entero enumerando horrores, lord Prisma. Pero ¿qué razón hay para ello?

La razón, de los cinco grandes propósitos que me quedan, es la única puramente altruista: liberar Garriston. Esas personas están sufriendo por mi culpa, y vosotros, hatajo de malnacidos, habéis frustrado todos mis intentos por ayudarlas.

—La razón —dijo Gavin— es que los tyreanos tienen tantos motivos para odiarnos como nosotros a ellos. Llevamos dieciséis años castigándolos por la guerra. Muchos de los que pagan el precio ahora eran niños cuando estalló el conflicto. No entienden por qué deberían seguir pagando por lo que sus difuntos progenitores hicieron o dejaron de hacer. Nos detestan, y la verdad es que ninguno de nosotros… ninguna de las Siete Satrapías… quiere regresar allí con un ejército.

—¿Qué insinúas? —preguntó el señor de la lux Negro—. ¿Dispones de información privilegiada acerca de alguna amenaza?

—Insinúo que como no nos retiremos de Garriston y renunciemos a nuestras condiciones, el rey Garadul tomará la ciudad por la fuerza e impondrá las suyas. —A eso se refería el rey Garadul al decir que pensaban recuperar lo que les habían arrebatado. Pero Gavin no podía desvelar esa información sin sacar a la luz otros secretos, y de todas formas no lo creerían.

—No entiendo el chiste —dijo nerviosamente Klytos Azul. Era un cobarde de los pies a la cabeza, pero Gavin sabía que Ruthgar no iba a renunciar a Garriston de buena gana—. Tenemos mil soldados y cincuenta trazadores allí. Tan solo estos últimos bastarían para repeler cualquier ejército que pueda reunir el tal «rey» Garadul.

—Hincar la rodilla ante un rebelde, un hombre que se autoproclama rey… es inimaginable —dijo la Naranja—. Merece morir.

Ay, padre, lástima que ya no te dejes caer por aquí. Esto te encantaría. Pero yo puedo hacer algo que tú nunca pudiste.

—Para empezar —dijo Gavin—, irnos de allí sería un acto de justicia. Estamos castigando a personas que ya han sufrido demasiado, y que nos odian por ello. Llevamos dieciséis años plantando las semillas de otra guerra. Ellos empezaron la última, sí. El general Delmarta nació en Garriston, sí. Pero eso no nos exime de lo que hicimos, que no solo fue una equivocación, sino también una estupidez.

—¿Disculpa? —dijo Delara Naranja. Su antecesora en el cargo, su madre, había sido la artífice del plan de ocupación rotatorio.

—Ya me has oído —dijo Gavin—. Apenas si recibimos trazadores tyreanos.

¿Crees que se debe a que ya no nace ninguno? ¡Ja! ¿Y si en vez de estudiar aquí como pordioseros, vilipendiados y acusados de traidores, alguien hubiera decidido adiestrarlos más cerca de sus hogares? Ha surgido una nueva escuela, una Cromería consagrada a la venganza, por culpa de nuestra estupidez y estrechez de miras.

—Eso es absurdo —dijo Delara—. Algo así habría llegado hasta nuestros oídos.

—¿Y si no lo hubiera hecho? —preguntó Gavin—. Quizá la calidad de esa instrucción no sea tan buena como la nuestra. Alimento esa esperanza. Pero aun con un puñado de hechizos de fuego rudimentarios, ¿cuánto tiempo podrían resistir los cincuenta trazadores estacionados en Garriston frente a varios cientos? ¿Durante cuánto tiempo resistirían nuestros soldados contra miles de rebeldes que podrían ocultarse a la vista de todos entre los vecinos de la zona? La cuestión es que el rey Garadul conquistará Garriston. Nos la reclamará, en términos intencionadamente inaceptables, y después la tomará por la fuerza. El único interrogante es: ¿nos pondremos en ridículo y le regalaremos su triunfo al rey Garadul antes de vernos arrastrados a una guerra para la que vuestras satrapías no tienen estómago, o renunciaremos a un tributo que, tras dividirse entre seis, es insignificante y nos desprenderemos voluntariamente de aquello que de todas formas no podemos conservar? Si cedemos Garriston antes incluso de que el rey Garadul lo pida, pareceremos magnánimos. Si le ofrecemos nuestras disculpas, pareceremos compasivos, y si hacemos las dos cosas antes de que él actúe, le arrebataremos la victoria y su causa.

—¿Tienes pruebas de todo eso? —preguntó Delara. Era correosa, como acostumbraban a ser las naranjas, pero la luxina roja también volvía a los trazadores más agresivos y temerarios con el paso del tiempo—. Porque, de lo contrario, me quedaré con la impresión de que pretendes que renunciemos a toda una ciudad sin motivo. No sabemos nada de este nuevo rey Garadul. Ha llegado al poder hace muy poco tiempo. No nos ha enviado ni un solo emisario, y menos aún nos ha comunicado la menor exigencia.

—¿Intentáis convencerme de que ninguno de vosotros ha plantado espías alrededor de Garadul? —repuso Gavin.

Silencio por toda respuesta, y unas cuantas sonrisitas sardónicas. Nadie iba a admitir algo así, por supuesto. No confiaban lo suficiente los unos en los otros. En los últimos dieciséis años no se había producido ninguna guerra, pero eso no quería decir que los intereses de todos coincidieran. La Cromería y todas las capitales estaban más repletas de espías que nunca.

—En tal caso —sentenció Gavin en un tono imperioso que sabía que los espolearía—, daos prisa.

—Noble señor de la lux, las satrapías se toman vuestro consejo muy en serio, naturalmente… —comenzó Klytos Azul. Los ruthgari odiaban a Gavin desde que

puso fin a la guerra con el Bosque de Sangre.

Gavin lo atajó. Había llegado el momento de caldear los ánimos.

—Escuchadme con atención, cretinos. No sé cómo no habéis visto venir esto. O puede que algunos lo hicierais. Vuestra lealtad es encomiable. La cuestión es que estamos hablando de rebelión y herejía. El rey Garadul habla de destruir las satrapías y el mismísimo culto a Orholam. Seguro que a este le gustaría recibir más cooperación por parte de sus Colores.

—¡Basta! ¡Basta, lord Prisma! —ladró la Blanca. Miró a Gavin como si le costara creer que este hubiera podido decir algo así.

No había nada como acusar a los poderosos de idiotas, ingratos, desleales e impíos, todo a la vez. Al pasear la mirada alrededor de la estancia, Gavin vio consternación en algunos de los rostros y odio en los demás.

Klytos fue el primero en romper el silencio. Era el Azul. Era lógico que hubiera analizado la situación antes que nadie.

—Creo que deberíamos tomar en serio a lord Prisma. Lo más aconsejable es que sirvamos a las satrapías y a Orholam con el mismo celo que demuestra él a diario. —Pese a lo aparentemente inocuo de sus palabras, la malicia que destilaban no podría resultar más evidente—. Voto por que enviemos una delegación a Garriston para que evalúe la amenaza del supuesto rebelde Garadul y nos informe directamente.

—¡¿Una delegación?! ¿Qué estás, ciego, atontado o corrompido? —preguntó Gavin—. Para cuando lleguen…

—¡Gavin! —lo acalló la Blanca—. ¡Suficiente!

Sometió a votación la idea de que una delegación partiera de inmediato y regresara en el plazo de dos meses. Se aprobó con cinco votos a favor y ninguno en contra, con dos abstenciones.

Gavin se derrengó en la silla como si estuviera aturdido, derrotado. En medio del silencio reinante, antes de que nadie se levantara dispuesto a abandonar la sala, sacudió la cabeza y dijo con voz fúnebre:

—Delegué el poder después de la guerra, renuncié a la tepromaquia. Accedí a ser un simple consejero, cuando en realidad muchos querían verme convertido en emperador. Y ahora desoís mis consejos. De acuerdo. Pero decidles lo siguiente a vuestros sátrapas y satrapesas: Preparaos para la guerra. El rey Garadul no se conformará con la conquista de Garriston. Os lo garantizo.

¿Lo ves, padre?, esto es lo que puedo hacer y tú no: Fingir que he perdido.

41

Liv apenas si se detuvo a ver sus nuevos aposentos en la torre amarilla antes de volver a salir. No para festejar, ni porque fuera impulsiva, sino porque su coraje flaqueaba con cada segundo que pasaba. Había visitado a la mitad de los prestamistas de las islas antes de encontrar uno dispuesto a hacer negocios con ella.

Cuando entró en su nueva habitación, descubrió que los esclavos de la torre ya habían traído sus escasas pertenencias de la caja de zapatos que había sido su hogar durante los tres últimos años. Y que había una mujer sentada en su cama.

—Salve, Liv, ¿has estado de celebración? —preguntó Aglaia Crassos.

—¿Qué haces en mis aposentos? ¿Cómo has entrado?

—No está bien que te olvides de tus amigos, Aliviana. —Aglaia se levantó y se plantó a un palmo del rostro de Liv.

—¿Qué? ¿Has venido a amenazarme? Mira cómo tiemblo.

Una fea sombra cruzó las facciones de Aglaia, pero pronto fue remplazada por su acostumbrada máscara de petulancia y su risa falsa.

—Ten cuidado con esa lengua tan afilada, niña. Te podrías cortar la garganta.

—Se acabó —dijo Liv—. Gavin Guile me…

—Te ha comprado para que seas su esclava en la cama, o eso he oído.

—¡Vete al infierno!

—Serás tú la que termines allí, en vista de cómo te has lanzado a los pies del hombre que asesinó a tu madre y arrasó tu país.

Liv trastabilló de espaldas ante la contundencia de esa bofetada verbal.

No era la primera vez que Aglaia hacía alusiones al incendio de Garriston, pero Liv nunca había escuchado nada ni remotamente parecido. A decir verdad, Liv no tenía ni idea, pero teniendo en cuenta cuál era la fuente, estaba dispuesta a apostar a que era mentira.

—El Prisma no tuvo nada que ver con aquello.

—¿Y lo sabes porque te lo ha dicho él? Tu madre perdió la vida entre aquellas llamas. Tu padre comandó la batalla contra Gavin Guile.

—¿Qué te importa a ti Garriston? Ruthgar luchó del lado del Prisma. Tu padre peleó junto a Gavin.

—Y mi hermano es el gobernador de Garriston, lo cual me permite saber unas cuantas cosas —replicó Aglaia. Bajó la voz y se inclinó hacia delante—. Ahora quizá tú también.

De modo que ese era el quid de la cuestión.

—No —dijo Liv—. Estoy harta de ti, de Ruthgar y de tus embustes. —Lealtad para uno mismo. Ese era el lema de los Danavis, con la sugerencia implícita de que debían ser fieles a una sola persona. Y Liv no estaba dispuesta a profesar lealtad a

esta.

—Bienvenida a tu nueva vida, Liv. Ahora eres importante. Te has sentado a jugar una partida crucial, y las cartas no te han venido mal dadas. Verás, Liv, puede que seas tyreana, pero nadie va a seguir echándotelo en cara. Antes bien, haber superado ese escollo te volverá más extraordinaria. La buena vida puede ser tuya.

—No puedes comprarme —dijo Liv.

—Ya lo hicimos.

—Las cosas han cambiado. Por orden expresa del Prisma.

Las cejas de Aglaia se enarcaron ligeramente, estirando aún más su rostro caballuno. Se trataba de un gesto calculado, pero por otra parte, lo genuino no iba con ella.

—Llevo trabajando contigo… ¿qué, tres años? Y he repasado mis apuntes. Nunca te había tomado por una ladrona, Aliviana Danavis. Pero ahora vas a renunciar a tus obligaciones tras tres años de instrucción. Tres años durante los cuales hemos sufragado todas tus necesidades…

—¡Oh, cuánta generosidad!

—Si hubiéramos sido más generosos, ahora tu deuda sería aún mayor. He aquí la cuestión, Liv. ¿Qué clase de mujer eres?

Era la misma pregunta que había puesto en la mano de Liv la pluma con la que firmó el contrato mediante el cual había renunciado a toda su fortuna. Gracias a su reciente amistad con Gavin, probablemente podría decirles a los ruthgari que se fueran al cuerno. ¿Qué podrían alegar contra la decisión del Prisma? Y aunque Liv había pasado de la nada (una monocroma experta en un color de utilidad limitada) a bicroma, seguía sin ser digna de que nadie se peleara por ella. Las inversiones de muchas naciones se malograban. Había trazadores que morían o se consumían, o cuya lealtad cambiaba de bando en el último año de formación. Todos los territorios intentaban robar trazadores, y a los ruthgari se les daba mejor que a nadie, por lo que seguramente no se esforzarían demasiado por conservar a Liv.

Pero el apellido Danavis conllevaba actuar con honor. Siempre.

—¿Qué quieres? —preguntó.

—Has sido un estorbo para mí, Liv. Una trazadora mediocre, hija de un general rebelde. Pero ahora te vas a convertir en la joya de mi corona. Serás mi venganza contra todos los que se burlaban de mí. Y para eso necesito que alcances el éxito. Recibirás una generosa asignación del fondo general de las arcas de la Cromería. Quédatela, y además te pagaremos el doble. Condonaremos tu deuda y los años de servicio que ya nos has prestado. Diablos, si juegas bien tus cartas, podrás conseguir asignaciones de tres o cuatro naciones antes de salir de los Jaspes. Si nos sirves bien, de hecho, ni siquiera tendrás que abandonar la Cromería. Piénsalo: puedes tener una vida aquí, en el centro del mundo, donde se dan cita todas las cosas importantes.

Acostarte con quien te plazca, casarte con quien tú elijas, proporcionar a tus hijos todas las ventajas que a ti te fueron negadas. O puedes ir a servir a algún noble de tres al cuarto en alguna parte y pasar el resto de tus días redactando cartas y registrando la cama de su esposa para ver si le es fiel, esperando que te dé permiso para desposar a alguien medianamente tolerable. De todas las naciones, Ruthgar es la que mejor se porta con quienes la sirven. Y la que peor se porta con quienes la ofenden.

—Pero ¿por qué queréis que espíe al Prisma? Nunca ha hecho nada para ofender a Ruthgar.

—Nos gusta seguir la pista de nuestros amigos. Nos ayuda a conservar la amistad.

—Sin embargo, acabas de decirme cómo podría vengarme del hombre que asesinó a mi madre. ¿Cuál es la verdad, Aglaia? ¿Quieres que lo traicione para hacerle daño, o no cabe hablar de traición porque de todas maneras no le deseáis ningún mal?

—Bien dicho —repuso Aglaia, antes de añadir, impertérrita—: El caso es que podrías vengarte de la persona responsable de la devastación que asoló tu región, pero tu interferencia, tu traición… qué perversa eres, mira que empeñarte en llamar traición al servicio de tu país… tu «traición» no dará como resultado ninguna guerra. Estas tierras ya han visto suficiente de eso.

Liv tardó un momento en asimilar esas palabras. Tenía sentido. A su manera.

—De todas formas, es imposible. No conozco al Prisma. Solo me ha dirigido la palabra una vez. Una vez.

—Y le caíste bien.

—No sé si me atrevería a llamarlo así.

—¿Sabes lo difícil que es acercarse a ese hombre? Estamos dispuestos a darte todo eso tan solo por intentarlo. Además, sabemos que siente debilidad por las tyreanas. —El sutil y efímero arqueamiento de sus cejas denotó el profundo asombro que le producía el mal gusto del Prisma—. Podrías utilizar a ese hijo suyo para ganarte su confianza. Nos trae sin cuidado.

Por si no les bastara con pedirle que traicionara al Prisma, ¿también querían que se valiera de Kip para conseguirlo? No. Kip era un buen chico. Liv no estaba dispuesta a hacer nada por el estilo. Solo había una salida, algo que había sabido desde el principio.

Liv sacó tres montones de monedas.

—Esto es todo lo que el gobierno ruthgari ha gastado en mi educación en los últimos tres años. Con intereses. Toma, quédatelo. Hemos terminado. Soy libre. No os debo nada.

Aglaia Crassos ni siquiera miró las monedas. No le preguntó a Liv cómo había reunido tanto dinero. Lo cierto era que para ello había tenido que firmar un documento según el cual consentía que un prestamista aborneano recibiera

directamente su asignación, con un tipo de interés escandaloso. Liv volvía a estar en la ruina. Debería vender algunos de los fabulosos vestidos que le habían dado, tan solo para mantenerse a flote.

—Liv, Liv, Liv. No quiero enemistarme contigo. Pero ahora que por fin vales algo, preferiría revolcarme con un caballo antes de dejarte escapar. Tienes una prima que estaba aquí cuando llegaste. Te enseñó cómo funcionaban las cosas, ¿verdad?

—Erethanna —dijo Liv.

—Es una verde al servicio del conde Nassos, en la región occidental de Ruthgar. Acaba de solicitar permiso para casarse con un herrero. El conde está postergando su decisión… a petición mía.

—No… —dijo Liv, con un estremecimiento.

—Al parecer forman una pareja adorable. Se les ve muy felices juntos. Sería una tragedia que el conde decidiera que la región necesita que Erethanna se case con otro trazador para aumentar las posibilidades de engendrar descendencia con talento.

—¡Vete al infierno!

—También se pueden invalidar tus estudios. Y sembrar rumores acerca de tus depravadas aficiones. Podemos envenenar todos los pozos cuando termines tu formación y empieces a buscar empleo. El beneplácito del Prisma no durará eternamente. En cuanto sus ojos se posen en otra…

—No valgo tanto para Ruthgar —dijo Liv, con un nudo de temor en la garganta.

—No, para Ruthgar no. Pero para mí sí. Tu actitud te hace digna de toda mi atención. Y como me dejes en mal lugar, lamentarás el día que me conociste.

—Ya lo hago. —Liv se sentía derrotada—. Vete. Sal de aquí antes de que te mate con mis propias manos.

Aglaia se levantó, recogió los montones de monedas y dijo:

—Me llevo esto, por las molestias. Cuando hayas reflexionado, ya sabes dónde encontrarme.

—¡Largo de aquí!

Aglaia salió de la habitación.

Liv se quedó temblando de la cabeza a los pies. Menos de treinta segundos después, alguien llamó a la puerta con los nudillos. Se acabó. Liv iba a matarla. Se acercó a la puerta de dos zancadas y la abrió de golpe.

Quien estaba de pie en el umbral no era Aglaia, sino una mujer bellísima. Bosquesangrienta, con esa curiosa piel pálida y pecosa que seguía desconcertando a Liv incluso después de tantos años como llevaba en la Cromería, y llameantes cabellos rojizos. La mujer se cubría con un uniforme de servicio, pero la tela estaba cortada a la medida de su esbelta figura. Liv no había visto nunca a ninguna esclava vestida con un algodón tan fino. ¿Pertenecería a algún noble?

La esclava le entregó una nota.

—Ama —dijo—. Del noble lord Prisma.

Liv Danavis contempló fijamente la hoja, sintiéndose estúpida y desconcertada. Decía: «Ten la bondad de reunirte conmigo cuando te venga bien». El corazón dio un vuelco en su pecho. Una llamada del Prisma. De modo que aquí estaba, el principio de la liquidación de su deuda con Gavin Guile. No se hizo ilusiones pensando que también podría ser el final. Cuando uno estaba en deuda con un señor de la lux, lo estaba de por vida.

Pero no esperaba que requiriera su presencia tan pronto.

Por extraño que parezca, lo primero que pensó fue: ¿Qué atuendo será el adecuado para asistir a una audiencia con el Prisma? Liv no solía prestar mucha atención a la ropa que se ponía. Tal vez se debiera a que, cuando uno solo dispone de unos pocos conjuntos, elije lo que está limpio y desiste de ir a la última. Eso, por supuesto, había cambiado drásticamente. Gavin había ordenado que su guardarropa no tuviera nada que envidiar al de cualquier bicromo ruthgari, y eso significaba montones de ropa, varias joyas y este enorme cuarto, literalmente cinco veces más espacioso que aquel en el que había vivido durante los tres últimos años. Y aunque no tuviera dinero, disponía de maquillaje. Ante ella se desplegaba todo un abanico de nuevas posibilidades, aunque no sabía si eso le gustaba. La idea de convertirse en una niña presumida como Ana le provocaba arcadas.

La esclava seguía plantada en la puerta, aguardando a que Liv le diera permiso para retirarse con la expresión plácida y neutral de quien es ajeno a la ignorancia de su superior.

—Disculpa, caleen —dijo Liv—, pero ¿te importaría ayudarme? —Nunca había sabido relacionarse con los esclavos. En Rekton nadie tenía tanto dinero como para permitirse uno, y los pocos que llegaban a la ciudad acompañando a las caravanas recibían el mismo trato que los sirvientes comunes. Las normas eran mucho más estrictas en la Cromería, y la mayoría de los demás estudiantes habían crecido con esclavos a sus órdenes o rodeados de ellos, de modo que Liv siempre se sentía como si los demás supieran qué hacer en todo momento, mientras que ella no dejaba de meter la pata. El mero hecho de utilizar el diminutivo «caleen» para referirse a una mujer diez años mayor que ella la incomodaba.

Claro que, ahora que Liv era una bicroma, tendría que acostumbrarse cuanto antes si no quería quedar como idiota más de lo habitual.

La esclava enarcó una ceja, como haría cualquier mujer de veintiocho años ante una cretina de diecisiete.

—No sé qué ponerme —confesó atropelladamente Liv—. Ni siquiera sé qué quiere decir «cuando te venga bien». ¿Significa cuando pueda realmente, o se refiere a que deje todo lo que esté haciendo y acuda de inmediato, aunque sea vestida con una toalla?

—Podéis tomaros unos minutos para elegir el atuendo apropiado —respondió la esclava.

Liv se quedó petrificada. ¿Lo que llevaba puesto ahora no era apropiado?

—La mayoría de las mujeres que visitan los aposentos del Prisma se decantan por algo más… elegante —dijo la esclava mientras recorría el sencillo conjunto de falda y blusa de Liv con la mirada.

Tal vez el vestido azul entallado, en tal caso. O ese extraño vestido de tubo de seda negra ilytiano. Pero ese era un atuendo más de gala, ¿no? ¿O debería elegir algo más atrevido? Liv arrugó la nariz. Había algo en las palabras de la esclava que la ponían nerviosa. No le costaba nada imaginarse una procesión de bellas mujeres haciendo cola frente a la puerta del Prisma. Liv nunca había oído ningún rumor sobre quién se llevaba el Prisma a la cama, pero tampoco podía decirse que estuviera en el centro de los círculos donde se comentaban los chismes más suculentos, y podía imaginarse perfectamente a más de una chica dispuesta a vestirse o desvestirse como al Prisma le diera la gana. Además de ser prácticamente el centro del universo, era apuesto, intrépido, ingenioso, sagaz, joven, rico y soltero.

Quienquiera que hubiese llenado sus cajones de cosméticos había comprado sobre todo productos tanto para aclarar como para oscurecer la piel. Pero con su tez de color kopi con leche, Liv no se hacía ilusiones de parecer tan pálida como una atashiana occidental. De todas formas, tenía los ojos demasiado oscuros. Y con su cabello ondulado, por mucho que se oscureciera la piel no iba a parecer pariana. Era imposible disimular su origen tyreano.

Todas las demás muchachas y mujeres presentarían un aspecto fantástico con sus elegantes vestidos y sus maquillajes impecables. Se sentirían cómodas y bellas. Liv se sentiría como una estúpida y parecería una ramera.

¿Cuántas de las mujeres invitadas a los aposentos del Prisma habían acudido con motivos ocultos? ¿Cuántas actuaban por orden de una u otra nación? ¿Cuántas de las que no servían a nadie perseguían sus propios fines? ¿Todas? No iba a subir las escaleras para seducir a Gavin Guile, al diablo con Aglaia y los suyos, así que, ¿por qué tendría que disfrazarse?

—Al diablo con todo —dijo Liv. No solía maldecir, pero en estos momentos hizo que se sintiera mejor. Escogió un vestido que probablemente costaba más de lo que había gastado en todo el año pasado—. Me viene bien ahora mismo.

La esclava hizo ademán de decir algo, pero se contuvo.

—Por aquí, señora.

Tras subir en el elevador de los señores de la lux, la esclava condujo a Liv hasta los Guardias Negros estacionados en el pasillo. La mujer de la pareja registró a Liv en busca de armas. Minuciosamente.

Liv no pudo evitar sentirse un poco ultrajada.

—Se toman su trabajo muy en serio, ¿no? —observó mientras la dirigían a lo que Liv supuso que era el cuarto de Gavin.

—¿Os imagináis lo que supondría para el mundo que el Prisma muriera? Aunque a veces sea un poco intratable, es mucho mejor persona de lo que cabría esperar en la mayoría de los Prismas. Y somos muchos los que haríamos cualquier cosa por él. Cualquier cosa. No lo olvide… señora.

Por las puntas de la barba de Orholam, sí que era protectora esa mujer.

La esclava se detuvo ante la puerta, llamó tres veces y abrió. Liv entró en la habitación del Prisma y lo encontró sentado detrás de un escritorio, mirándola fijamente. Sus ojos eran hipnotizadores. En estos momentos parecían diamantes que dispersaran la luz en todas direcciones. Indicó la silla que tenía delante, y Liv se sentó.

—Gracias, Marissia, puedes retirarte —dijo Gavin a la esclava. A continuación, sus ojos diamantinos se clavaron en Liv—. Ha llegado el momento de que me hagas ese favor.

42

—¡Una exploradora! —exclamó Corvan—. Nos ha visto. ¡Me cago en la puta!

Tras salir de Rekton, Corvan y Karris habían decidido viajar juntos. Ambos tenían como objetivo el ejército del rey Garadul, si bien por razones distintas. Karris quería introducirse en él de alguna manera, y Corvan, ver si podía encontrar la forma de vengarse. Era arriesgado confiar en Corvan Danavis, precisamente, pero había salvado a Karris y la reputación que se había forjado durante la guerra era temible. Lo cierto era que resultaba más peligroso viajar en solitario.

Llevaban días avanzando hacia el sur tras el ejército del rey Garadul, y ni una sola vez se habían encontrado con sus batidores. Confiados en la ineptitud del monarca, Karris y Corvan habían pasado sin darse cuenta por debajo mismo de la exploradora apostada en un árbol.

Desde su posición en la linde de un bosque, a media legua de distancia de la retaguardia de su ejército, la exploradora corría por una suave pendiente hacia el este en vez de dirigirse directamente hacia sus compañeros de armas.

—Seguro que la espera un caballo al pie de esa quebrada. A lo mejor puedes interceptarla —dijo Corvan mientras preparaba el gran arco de tejo—. Hay demasiada distancia, pero probaré suerte de todos modos.

Karris ya había salido corriendo. Lejos del río Umbro, Tyrea no había tardado en convertirse en un desierto salpicado de matorrales sarmentosos. En contados lugares, alimentados por manantiales subterráneos, se alzaban pequeños pinares como el que acababan de abandonar Corvan y ella, pero en su mayor parte el terreno consistía en colinas a menudo escarpadas, una mezcla de desierto y páramo yermo. Eso les había dificultado cada vez más el seguir la pista del ejército del rey Garadul, pues aunque viajaban a pie y, por consiguiente, no levantaban las enormes nubes de polvo que señalaban la estela de los hombres y las carretas de Garadul, cualquiera podría verlos. Cada nueva colina les obligaba a decidir si querían atravesarla directamente y arriesgarse a ser detectados, o dar un rodeo y quedarse aún más rezagados. Los ejércitos no avanzaban aprisa, pero sí en línea recta.

La exploradora se encontraba a algo más de doscientos pasos de Karris. A juzgar por la suave inclinación de la ladera, Karris tuvo un presentimiento y se desvió a la derecha. Lo más probable era que la exploradora consiguiese llegar hasta su caballo, pero si Karris lograba situarse a menos de cien pasos de ella en ese momento, no pasaría mucho tiempo en la silla.

Algo cayó en picado del cielo y atravesó el suelo a menos de cinco pasos de la espalda de la exploradora, que ni siquiera se percató. Maldición. Corvan había estado a punto de dar en un blanco en movimiento a doscientos cincuenta pasos de distancia. ¿No podría haber atinado un poquito más?

La mujer giró y se desvió más a la derecha. La segunda flecha de Corvan, que falló por unos buenos quince pasos, surcó el aire donde habría estado la exploradora si hubiera seguido corriendo en línea recta.

Karris apretó el paso sin prestar atención a las irregularidades del terreno, arrollando arbustos rodantes y rezando para no pisar los infrecuentes pero recios cactus que crecían tan pegados al suelo que uno no los veía hasta que sus espinas le atravesaban las suelas de los zapatos. Por no mencionar a los crótalos. A la velocidad que iba, naturalmente, Karris no recibiría ningún cascabeleo de advertencia, tan solo picaduras. Aceleró más aún. Tal vez si corría lo suficiente, las serpientes errarían el blanco.

Con el rabillo del ojo vio cómo se materializaba el siguiente proyectil de Corvan. La distancia ahora era de más de trescientos pasos, aunque no soplaba el viento, por lo que Corvan tendría que disparar medio en horizontal, medio en vertical, tan solo para que las flechas cubrieran la distancia. Pero ese tiro parecía perfecto.

El proyectil cayó y la exploradora mordió el polvo sin aminorar el paso. Karris no daba crédito a sus ojos. Era un disparo imposible. ¿Trescientos pasos y un blanco en movimiento? Se desvió a la izquierda y corrió directamente hacia la mujer.

Nada más cambiar el rumbo, Karris vio la flecha de Corvan. Clavada en el suelo. Atrás, donde comenzó la caída de la mujer. No la había atravesado. Le había puesto la zancadilla.

Casi al mismo tiempo vio que la mujer se levantaba y giraba la cabeza hacia ella. La exploradora parecía conmocionada, tenía las palmas de las manos ensangrentadas y un corte en la mejilla, pero eso no le impidió reanudar la huida.

Karris había cubierto fácilmente cien de los doscientos pasos que mediaban entre ambas, y cuando la exploradora hubo de ganar velocidad desde cero, Karris devoró más de la mitad del resto de la distancia. Ahora estaba a menos de treinta pasos.

No cayeron más flechas. Ya se habían alejado casi cuatrocientos pasos. Aun con un arco largo de tejo, la distancia era insalvable. Corvan jamás se arriesgaría a errar el tiro con Karris tan cerca de su objetivo.

La trazadora manoseó su colgante en un intento por sacar las fundas oculares. Al aminorar la marcha tan ligeramente concedió algo de ventaja a la exploradora, que aumentó la distancia que las separaba. Maldición, esa mujer corría como un antílope. Pero con una paciencia que era fruto de la experiencia, Karris le concedió la ventaja añadida. En cuanto se pusiera las fundas verdes y rojas, la persecución tocaría a su fin.

Abrió el eslabón correspondiente del collar sin dejar de observar el terreno frente a ella, rasgó la luxina y aflojó la marcha para encajar las fundas perfectamente alrededor de cada cuenca ocular.

La exploradora viró de pronto a la izquierda mientras la pendiente aumentaba

rápidamente, gritando. Karris la siguió, cargando el brazo derecho de luxina roja y el izquierdo de verde sin dejar de correr.

¿La exploradora estaba gritando? ¿Para quién?

Para su caballo, tal vez.

Seguro que sí, Karris.

En un abrir y cerrar de ojos, Karris coronó la colina y se precipitó por la abrupta ladera al otro lado, donde la aguardaba una docena de hombres acampados. Al menos dos de ellos con redes. Otros dos con pértigas rematadas en lazos. Mazas, porras. Espadas envainadas. No pretendían matarla, sino capturarla. Una trampa.

Horrorizada, Karris sintió que se le retorcían las tripas. Volvía a tener dieciséis años y su padre estaba llevándola a rastras al barco que habría de sacarla del Gran Jaspe. La embarcación de su padre había dejado atrás la mansión familiar, donde Karris había acordado reunirse con Dazen en secreto (o eso pensaba). Allí estaban sus hermanos, emboscados. Habían dicho que iban a darle una lección a Dazen por intentar destruir su familia. Pero ella había visto que llevaban el asesinato escrito en la mirada.

Se encontraba de pie en la cubierta cuando una explosión hizo saltar por los aires todas las ventanas de su habitación en la segunda planta de la mansión. Vio figuras silueteadas por el fuego, luchando.

Algo desgarró la mitad del tejado y las explosiones se sucedieron. Los cuerpos volaban cien pasos antes de caer al agua. En pie junto a ella, su padre palideció. «Dijiste que vendría solo, ramera estúpida. ¡Mira lo que has hecho! ¡Debe de haber traído un ejército!» En lugar de golpearla, su padre le sostuvo la cabeza y la obligó a contemplar aquello de lo que no podría haber apartado la mirada aunque lo hubiese intentado. En cuestión de minutos, las llamas devoraron el único hogar que había conocido hasta la fecha.

Entonces era una niña. Había sido incapaz de pensar, incapaz de actuar. Pero ya no lo era, y albergaba en su interior pozos de rabia de los que extraer aquello que su antiguo e inocente yo ni siquiera conocía.

Karris aprovechó el desnivel para, sin aminorar el paso, abalanzarse sobre el primero de los dos jinetes situados hombro con hombro. El hombre, que empuñaba un lazo con las dos manos, lo elevó de costado en un intento por bloquear la embestida. Atrapó el pie extendido de Karris, pero esta se limitó a renunciar a la intención original de propinarle una patada y golpeó con ambas rodillas.

Las costillas del hombre crujieron cuando se desplomó de la silla. Karris rodó al tocar el suelo, pero hubo de apoyarse en la mano derecha, con la que empuñaba el delgado yatagán, de modo que trazó un estilizado filo de luxina verde con la zurda mientras pasaba por debajo del segundo caballo. La hoja abrió el vientre del animal con increíble facilidad.

Karris se puso de pie antes incluso de que el caballo se encabritara de dolor. Dejó que la luxina verde se desintegrara mientras embestía contra uno de los hombres armados con redes, cambiándose la espada a la mano izquierda. El hombre estaba demasiado conmocionado. No se movió, ni siquiera cuando Karris se abalanzó sobre él y le apuñaló el rostro, trazando un débil arco de fuego a su espalda con la diestra a modo de distracción. El hombre de la red no reaccionó, y Karris pudo continuar la maniobra hasta el final. La hoja se clavó entre sus cejas, resbaló sobre el hueso y se hundió en un ojo.

Karris se giró para seguir el arco de fuego que había trazado y vio una red enorme que giraba por los aires hacia ella justo cuando las llamas se desvanecían en el aire. Un lanzamiento perfecto.

Pero aguardó y aguardó, cambiándose la espada de mano otra vez, hasta que la red estuvo entre ella y un hombre que se le acercaba enarbolando un cayado sobre la cabeza.

Con dos chasquidos secos, Karris lanzó dos herraduras de luxina verde. Una de ellas atravesó la ondeante red expandida con un silbido inofensivo, pero golpeó al dueño del cayado en la mejilla, desequilibrándolo. La segunda herradura se enganchó en la red al traspasarla y la arrojó encima de un grupo de hombres, convertidos de improviso en mayales sus contrapesos de plomo.

El caballo se había encabritado ya y relinchaba de dolor, un sonido espantoso, mientras sus vísceras se desparramaban en una masa informe, nudosa y sanguinolenta. Pero Karris apenas si lo oía, apenas si lo veía. Estaba inmersa en el caos, y el caos era su amigo, el caos estaba de su parte en semejante ejemplo de inferioridad numérica.

Los hombres caían en todas direcciones a su alrededor. Karris lanzó unas bolitas de fuego a las tiendas más próximas, que le entorpecían la vista. Maldición, ¿por qué tenía que ser tan bajita? ¿Dónde estaba el hombre que gritaba las órdenes? Las tiendas estallaron en llamas, pero eso no pareció importarle a nadie más que a Karris. Todos los demás estaban demasiado ocupados huyendo.

Empezaba a hacerse una idea de cuántas personas componían el campamento. Las tiendas se contaban por docenas. ¿Cien hombres, quizá? Por Orholam, tenía que salir de allí. Entonces oyó un rugido atronador. El suelo se elevó por los aires a su alrededor ante el impacto de las balas de mosquete mientras el eco de las detonaciones la sacudía hasta los huesos.

Levantó la cabeza y vio un amplio semicírculo de mosqueteros, por lo menos cuarenta. La mitad de ellos estaba recargando con movimientos rápidos y precisos. Sin precipitarse. Estaban bien adiestrados. La otra mitad apuntaba a Karris con sus armas, cargadas aún.

—¡La próxima descarga te costará la vida, Karris Roble Blanco! —exclamó un

hombre enjuto, montado a caballo. Los ricos ropajes con que se cubría anunciaban que se trataba del rey Rask Garadul, en caso de que su sonrisita engreída no fuera suficiente—. La espada y la luxina —ordenó—. Ahora mismo.

Karris paseó la mirada por el semicírculo de tierra arrasada frente a ella, intentando estimar la puntería de los mosqueteros del rey. Condenadamente buena. Los separaban tan solo veinte pasos de distancia. Le haría falta un milagro. La armadura del rey Garadul, como cabía esperar, estaba espejada, y había Hombres Espejo y trazadores tanto a su izquierda como a su derecha. ¿Qué había sido de Corvan?

Si Corvan era tan veloz como ella, llegaría de un momento a otro. Karris siempre perdía la noción del tiempo cuando comenzaba la pelea. Puede que ya hubiera visto el lío en el que se había metido. Fuera como fuese, ni siquiera él tendría la menor posibilidad contra tantos rivales. Jamás conseguiría rescatar a Karris de los veinte mosqueteros que la encañonaban.

Karris se quitó las fundas oculares y las tiró al suelo, arrojó la espada lejos de sí y dejó que la luxina verde y roja se escurriera entre sus dedos. Por lo general, cuando se desembarazaba de la luxina, se sentía menos furiosa y desenfrenada. Esta vez no.

—¿Galan? —dijo el rey Garadul, señalando a alguien detrás de ella.

Karris había empezado a girarse cuando un objeto pesado se estrelló en su cabeza.

43

Kip siguió al comandante Puño de Hierro en su ascenso por otro tramo de escaleras, el cual los dejó ante las puertas más enormes que el muchacho hubiera visto en su vida. El vidrio que las componía, ligeramente ahumado, estaba surcado de lánguidas ondulaciones irisadas, un inmenso lago de color.

El comandante Puño de Hierro levantó una gran aldaba de plata y golpeó la puerta tres veces. Fue como si hubiera arrojado tres piedras a un estanque de luz. Aunque la puerta en sí no se movió, la luz de su interior se combó y proyectó ondas en todas direcciones. Kip se quedó sin aliento. Apoyó una mano en la puerta y, al contacto con sus dedos, se formaron diminutas ondulaciones.

—No toques nada —ladró Puño de Hierro.

Kip retiró la mano como si se hubiera quemado.

—Debes saber unas cuantas cosas antes de entrar, Kip —dijo el comandante—. Para empezar, todo es real. Perdemos uno de cada diez aspirantes.

—Con perder te refieres a…

—Mueren. Segundo, puedes detenerlo cuando quieras. Sostendrás una cuerda en la mano. Tira de ella y sonará una campana. Pararán de inmediato. Tercero, si desistes, se acabó, tendrás que irte. A los sátrapas les cuesta mucho dinero mantener a un trazador, y nadie está dispuesto a desperdiciarlo con cobardes. Gavin me ha encargado que, si fracasas, te dé plata suficiente para comprar una granja pequeña y te deje en un barco con destino a donde tú elijas. Es más de lo que obtienen la mayoría de los perdedores, pero no podrás volver aquí en lo que te resta de vida. Bastante motivo de vergüenza eres ya.

Al parecer, el tacto no formaba parte de la prueba.

—¿Motivo de vergüenza? —preguntó Kip, con un nudo en la garganta. Gavin nunca le había tratado así.

Puño de Hierro parpadeó.

—La vida de un trazador es dura y efímera. No tengo tiempo para mentiras, por reconfortantes que pudieran ser. Eres un bastardo. Muchos grandes hombres comparten esa circunstancia contigo, pero no deja de ser una lacra. Cualquiera con un mínimo de conocimientos de aritmética sabrá que fuiste engendrado cuando el Prisma estaba prometido con Karris Roble Blanco, a quien la mayoría de nosotros tenemos en muy alta estima. Los Prismas se miden por un rasero más exigente que el común de los mortales, por lo que constituyes un motivo de vergüenza mayor de lo habitual. Aunque sobresalgas en todos los aspectos, seguirás siendo una deshonra. Si fracasas, será aún peor. Esa es la verdad. Envolverla en sedas y encajes no va a cambiarla.

»En cuarto lugar, dicen que el mismísimo Orholam supervisa todas las iniciaciones. Fallar la prueba equivale a fallarle a él, pueblerino. ¿Preparado?

Si Kip fracasaba, lo expulsarían de la isla. No solo sería una vergüenza para el hombre que le había salvado la vida, sino que perdería su única posibilidad de vengarse del asesino de su madre.

No iba a fracasar. Antes preferiría morir.

Puño de Hierro vio la determinación cincelada en sus rasgos.

—De acuerdo.

Las inmensas puertas se estremecieron una vez más delante de Kip. Los brillantes tonos delicuescentes ondularon con suavidad y parecieron hendirse a derecha e izquierda. Era como si algo gigantesco estuviera saliendo a la superficie, procedente de unas profundidades inimaginables. El corazón de Kip dio un vuelco cuando apareció un rostro enorme, tan rápido que ni siquiera pudo reparar en todo los detalles, tan solo en el cabello blanco, unos ojos como estrellas, y agua de todos los colores que se escurrió de sus rasgos cuando se liberó… y abrió la boca, un pozo de oscuridad cavernosa que empequeñecía las puertas. Kip se encogió ante aquellas fauces que parecían disponerse a devorarlo.

Las puertas se abrieron de par en par, como si un gigante las hubiera empujado desde el interior. Una ráfaga de aire bañó a Kip.

—Adelante —ordenó Puño de Hierro.

Kip entró a solas en una cámara redonda. Las paredes y el suelo estaban hechas del mismo cristal ahumado que la puerta. Siete figuras formaban una medialuna alrededor de un disco negro inscrito en el suelo. Kip titubeó, pero nadie se movió. Nadie le dijo adónde tenía que ir.

Las figuras estaban embozadas en mantos de distintos colores. Los representantes del supervioleta y el subrojo se cubrían con capas de color violeta y granate, respectivamente, en deferencia a quienes no pudieran percibir sus espectros, pero cuando Kip expandió y concentró su campo visual, vio que el subrojo irradiaba calor y el supervioleta estaba cubierto de su color, con eslabones de luxina supervioleta entrelazados como las anillas de una cota de malla.

Dubitativo aún, Kip encaminó sus pasos hacia ellas. Al acercarse, pudo atisbar lo que ocultaban las capuchas. Apretó los puños. El subrojo tenía la piel carbonizada. Sin cejas. Sin pelo. Diminutos hilachos de fuego escapaban de su cabeza. El rostro del verde era nudoso como un roble viejo, musgosas sus cejas, como líquenes sus cabellos. Las facciones del azul parecían estar talladas en cristal, de planos pulidos y aristas puntiagudas como cabezas de diamante.

Por Orholam, ¿es que todos eran engendros de los colores? Entonces, desde el interior de su gelatinosa cubierta viscosa, el naranja pestañeó. Kip se fijó en sus ojos. En los de todos ellos.

Se trataba de trazadores disfrazados con máscaras y maquillaje. Representaban a los engendros de todos los colores. Siete variedades distintas de muerte y deshonor.

Kip empezó a respirar otra vez, aunque no pudo reprimir un leve estremecimiento. Se situó frente a ellos, dentro del disco negro.

—Soy Anat, soy la ira —dijo el subrojo—. Estoy consumido por la rabia.

—Soy Dagnu, soy la glotonería —dijo el rojo—. Soy insaciable.

—Soy Molokh, soy la avaricia —dijo el naranja—. Nada me puede satisfacer.

—Soy Belphegor, soy la pereza —dijo el amarillo—. Refreno mis talentos.

—Soy Atirat, soy la lujuria —dijo el verde—. Siempre deseo algo más.

—Soy Mot, soy la envidia —dijo el azul—. No soporto el éxito de los demás.

—Soy Ferrilux, soy el orgullo —dijo el supervioleta—. Usurparía el mismísimo trono de Orholam.

Eran los nombres de los antiguos dioses, de quienes Kip apenas si había oído hablar.

—Estas son las distorsiones de nuestra naturaleza.

—Las tentaciones del poder. —Las voces hablaban por turnos, fluidamente, solapándose, como la consciencia de uno.

—Pues la ausencia de autodominio nos transforma en monstruos.

—Vergonzantes y avergonzados, nos ocultamos en las tinieblas.

—Pero somos los hijos y las hijas de Orholam.

—Soy el don de Orholam, manifestaciones de su amor.

—Su ley.

—Su clemencia.

—Su verdad.

—Cubiertos con su benevolencia, no nos avergüenza mostrarnos.

El subrojo dio un paso al frente, se quitó la máscara y dejó caer su manto. Era un joven musculoso, apuesto y desnudo.

—Si renuncio a la ira, soy la paciencia —declaró. Levantó las manos y, aun sin necesidad de asomarse al subrojo, saltaba a la vista que estaba trazando. El calor hacía tremolar el aire alrededor de todo su cuerpo—. Hágase la voluntad de Orholam.

El rojo dio un paso al frente, se quitó la máscara y dejó caer su manto. Una muchacha, atlética, hermosa e igualmente desnuda. Kip puso los ojos como platos. Se esforzó por no apartarlos del rostro de la joven.

Se trata de una ceremonia solemne, Kip. Orholam te observa, Kip. Podrías ir directo al inferno, Kip.

—Si renuncio a la glotonería, soy la templanza —dijo la roja. Levantó las manos y todo su cuerpo se cubrió de luxina roja, los ojos, la cara, cuello abajo hasta los senos, los pezones, el vientre firme, los senos, los pezones… ¡Kip! En un abrir y cerrar de ojos se transformó en una estatua con la piel cubierta de un rojo perfecto hasta el último ápice—. Hágase la voluntad de Orholam —dijo.

El naranja dio un paso al frente. Un hombre, por suerte.

—Si renuncio a la avaricia, soy la caridad —dijo. Levantó las manos, y lo bañó un resplandor anaranjado—. Hágase la voluntad de Orholam.

—Si renuncio a la pereza —dijo la amarilla—, soy la diligencia. Hágase la voluntad de Orholam. —Su cuerpo se inundó de rutilante luz amarilla.

La verde era una mujer desconcertante pero apropiadamente voluptuosa que miró a Kip directamente a los ojos. Eso ayudó mientras se desnudaba. Kip pensó que la mujer podría arrancarle la cabeza de cuajo si se distraía con sus generosas… ups.

—Si renuncio a la lujuria, soy el autocontrol —recalcó—. Hágase la voluntad de Orholam.

La azul se desvistió a su vez.

—Si renuncio a la envidia, soy la bondad —dijo suavemente—. Hágase la voluntad de Orholam.

El supervioleta era el último hombre, tremendamente musculoso.

—Si renuncio al orgullo, soy la humildad —declaró con voz atronadora—. Hágase la voluntad de Orholam.

Al unísono, bajaron las manos y las apuntaron a los pies de Kip. Una tormenta de color puro sacudió el círculo negro sobre el que se erguía, que empezó a temblar y cascabelear bajo sus pies. A continuación, de improviso, el disco de roca comenzó a hundirse en el suelo… y Kip con él.

En cuestión de momentos, Kip descendió hasta las posaderas. Pero la abertura era demasiado estrecha. La grasa de su cintura tropezó con los afilados cantos del suelo. Tuvo que contonearse para pasar a través, y conforme aumentaba la profundidad del pozo, su barriga y su trasero no dejaban de chocar con las paredes.

—Levanta la mano derecha —dijo el supervioleta.

Así lo hizo Kip, tragando saliva convulsivamente, y vio una cuerda que se descolgaba desde un techo tan alto que no podía distinguir nada más allá de su resplandor cegador. El supervioleta cogió la cuerda y colocó el extremo, rematado en un nudo, en la mano estirada de Kip.

—Tira de la cuerda y todo habrá terminado —dijo el hombre. En su voz se apreciaba algo parecido a la compasión.

Kip se introdujo por completo en el agujero y continuó bajando. Se detuvo por debajo del nivel del suelo. La luz que brillaba en lo alto de la cámara de exámenes se apagó. Kip no podía ver nada.

Intentó llenarse los pulmones de aire, pero el pozo era tan angosto que ni siquiera logró aspirar una bocanada completa.

Oyó voces que susurraban sobre su cabeza.

—Dee, ¿quieres dirigir la prueba en mi lugar?

Una voz masculina respondió, azorada:

—No lo he hecho nunca antes, mi señor. Verá, creo que el túnel es demasiado

estrecho. El chico está gordo. Podría asfixiarse.

—Es el hijo bastardo del Prisma.

—¿Y qué? Él no está aquí.

—Y a veces se producen accidentes. Pero no si yo estoy presente. El Prisma sabe el odio que siento por él. A ti no te conoce. De modo que si se produjera un accidente estando tú de guardia…

Kip no pudo oír el resto porque empezó a caer agua sobre su cabeza. Fría, primero un reguero, después un chorro constante. Se escurría por su nuca hasta donde su espalda presionaba contra las estrechas paredes, que comenzaron a palpitar de un azul intenso a su alrededor. Orholam misericordioso, iban a asesinarlo para castigar a su padre. Tal y como Gavin le había advertido.

El agua se encharcaba alrededor de su cintura. Estaba tan gordo que impedía que llegara a sus pies, obturaba el pozo entero. El corazón de Kip martilleaba desbocado en su pecho. La intensa luz que emanaba de las paredes se degradaba desde el azul hasta el verde, recorriendo el espectro al completo de forma ordenada, respetando incluso las distintas temperaturas, hasta desvanecerse en la nada de nuevo mientras el agua rodeaba el cuello de Kip.

Y sus orejas. Apretó el cuerpo con fuerza contra la pared de la cámara, y se abrió una grieta entre su cadera y la pared. El agua acumulada le bañó los pies. Pero seguía vertiéndose desde lo alto.

Por unos instantes pudo empujar de forma intermitente contra la pared y continuar drenando el agua, pero pronto terminó empapado, prácticamente flotando. Empujó otra vez contra la pared y el agua no se filtró en absoluto. No tenía adónde ir.

El agua se elevó de nuevo hasta su hombro izquierdo, tan atrapado como su cadera derecha. Después hasta su cuello. Su oreja izquierda.

No sabía cuándo habían empezado a palpitar las paredes en tonos supervioletas, pero en ese momento pasaron al azul, primero, y después al verde cuando el agua ascendió hasta su barbilla, al amarillo cuando le tocó los labios, y al naranja mientras se los cubría. ¿Caía el agua más despacio ahora sobre su cabeza? Respiró hondo por la nariz, se contorsionó en un intento por aprovechar la tensión de su cuerpo para trepar por el pozo y descubrió que unas correas le ceñían los hombros, reteniéndolo donde estaba.

Esto era una locura. Alguien intentaba asesinarlo. Kip tenía que tocar la campana. Engarfió los dedos en torno a la cuerda. Podría volver a intentarlo cuando no hubiera ningún asesino en los alrededores.

No. Abandonar significaba que lo expulsarían. Significaba que habría fracasado.

Apenas si le quedaba tiempo para llenarse los pulmones de aire por última vez antes de que el agua le cubriera la nariz.

La catarata que le aporreaba la cabeza desapareció de repente. Kip podía

imaginarse lo que dirían: «Estaba tan gordo que se quedó atrapado en el agua. El nivel no debería haber crecido tanto. Tampoco arrojamos demasiada… sencillamente sucumbió al pánico. Ya sabes, un crío, atrapado y asustado. Seguro que ni siquiera se acordó de que podía tirar de la cuerda».

De modo que así estaban las cosas. O bien se daba por vencido y avergonzaba a su padre más de lo que le avergonzaba ya su mera existencia, o los enemigos de su padre harían todo lo posible por asesinarlo.

Aguantando la respiración, cuando sus pulmones comenzaban a protestar, la solución a todos sus problemas apareció diáfana ante sus ojos: tira de la cuerda, vete a casa.

Pero no tenía ninguna casa a la que ir. Entonces, tira de la cuerda y conviértete en campesino… en alguna parte. O quédate y arriésgate a morir. Si fracasaba ahora, decepcionaría a su padre y a su madre. Si fracasaba ahora, el fracaso lo acompañaría eternamente.

No pienso tirar de la cuerda.

La oscuridad se adueñó de la cámara. La temperatura del agua aumentó a causa de la luz subroja, pero incluso eso se desvaneció.

No tengo madera de campesino. Lo inane de aquel pensamiento provocó que Kip se riera y tosiera un poco del aire contenido. Pero el dolor enseguida sofocó cualquier posible brizna de humor. No podía sosegar su corazón. No podía impedir las convulsiones de su garganta, ni el bombeo de sus pulmones casi vacíos. No pienso tirar de la cuerda, maldita sea. No pienso hacerlo.

Se produjo un movimiento. Al principio, Kip pensó que se trataba del agua, que se escurría, pero no. El suelo estaba elevándose bajo sus pies, pero los topes apoyados en sus hombros seguían estando en su sitio, aplastándolo. El agua, lejos de escurrirse, sencillamente se elevó sobre su brazo levantado. En cuestión de momentos se encontró en cuclillas, empujado contra sus propias rodillas. La postura le oprimía el pecho y tosió, liberando su último aliento en una sarta de burbujas.

Intentaba resistir contra toda esperanza. Sabía que respirar debajo del agua sería peor que no respirar en absoluto. Lo sabía, y sin embargo su cuerpo tomó el mando y aspiró una bocanada. El agua le llenó los pulmones, caliente, acre y punzante. Sufrió una arcada, encorvado aún más contra sus propias rodillas, sintiendo como si su cuerpo se desgarrara por dentro. Tosió y, milagrosamente, el agua salió disparada de su boca al aire… ¡Aire bendito, glorioso, libre y precioso!

Jadeando, escupiendo, tosiendo y comprimido aún en una pelota, Kip respiró. ¡Podía respirar! Más o menos. Le dolían las rodillas, más dobladas de lo que permitían sus poco flexibles rodillas. Le dolía la espalda. Le dolían las costillas. Pero, por Orholam, el aire era bueno. Si tan solo pudiera aspirar una bocanada completa…

No sucedió nada más. La oscuridad seguía siendo absoluta. Ahora Kip estaba

sudando. Los confines del pozo eran sofocantes. La temperatura aumentaba por momentos, y seguía estando empapado. Ante sus ojos volvieron a centellear los colores, recorriendo todo el espectro.

De modo que así funcionaba. Al ver que no pensaba rendirse, no iban a darle otra oportunidad con los colores.

Daba igual. No pienso tirar de la cuerda.

—¡No pienso tirar de la cuerda! —gritó Kip. O lo intentó; casi sin aire, sus palabras no sonaron con demasiada fuerza.

A modo de respuesta, el suelo se elevó un poco más, empujándolo aún más contra los barrotes que le oprimían los hombros. Kip soltó un alarido. Sonó como un cobarde.

Ni siquiera podía hacer fuerza contra los topes. Tenía las rodillas demasiado dobladas como para proporcionarle un punto de apoyo. Si le diera tan solo un ligero tirón a la cuerda, cogería aliento y podría seguir peleando.

¡No! Kip hizo un esfuerzo por relajar los dedos, el brazo. Se concentró en su respiración. Alientos diminutos y rápidos.

Era suficiente. Sería suficiente. Conseguiría que fuera suficiente.

Una sucesión de colores discurrió ante sus ojos. Kip no mostró el menor interés. ¿Se suponía que debía hacer algo? ¿Qué? ¿Trazar? Ya. Anda y que os den.

La presión se mitigó de improviso, al tiempo que el suelo descendía. Las paredes se ensancharon. Kip estuvo a punto de caerse, pero tras un momento sus piernas temblorosas consiguieron sostener su peso. Las paredes siguieron separándose, cada vez más. Intentó separar los pies para afianzar su postura, pero no había nada salvo aire más allá de su disco diminuto.

Kip alargó una mano y no pudo tocar las paredes. Un soplo de brisa le acarició la piel, dándole la impresión de encontrarse a gran altura. Debía de ser una ilusión, sin embargo, pues estaba en el corazón de la academia. Era imposible que hubiese un agujero tan grande aquí.

Los colores que relampaguearon en las paredes lejanas iluminaron la cámara por un instante fugaz y sobrecogedor. Kip se hallaba al borde de un abismo. Su disco era la diminuta cima redondeada de una columna: una columna que se erguía solitaria en medio de la nada. Las paredes estaban a treinta pasos de distancia. El techo sobre su cabeza contenía una sola abertura, a través de la cual únicamente asomaba su mano.

El viento lo zarandeó, y Kip sintió cómo sus nudillos palidecían contra la cuerda. Cerró los ojos con fuerza, pero entonces no podía saber si estaba meciéndose con el viento, o contra él, o inmóvil. Su corazón martilleaba con tanta violencia que podía oír su propio pulso entre jadeo y jadeo. Gritó algo, pero ni siquiera él logró entender las palabras.

Al cabo de una eternidad, las paredes regresaron. Se cerraron con firmeza a su

alrededor, pero cómodamente ahora, y lo bañó una oleada de alivio. Lo había conseguido. Había superado la prueba. No se había rendido. No había tirado de la… Algo le tocó la pierna.

¿Qué era eso?

Se enroscó en su tobillo y trepó por su pantorrilla. Una serpiente. Kip levantó la cabeza y algo que tenía un montón de patas le golpeó la cara.

Antes de que pudiera ahuyentar a la araña de un manotazo espasmódico sintió que un grillete se cerraba en torno a su muñeca y le alejaba el brazo, inmovilizándolo. Intentó patalear para espantar a la serpiente de sus pies. Chas, chas. Unos grilletes le ciñeron los tobillos y le separaron las piernas.

Kip gritó.

La serpiente se le coló en la boca.

Antes incluso de saber qué estaba haciendo, Kip mordió con ferocidad y la trituró con los dientes. Una viscosidad acíbar le inundó la boca. Profirió un nuevo alarido, desafío puro. Algo aterrizó en su pelo. Docenas de cuerpitos sinuosos corretearon por sus pies y se encaramaron a sus piernas. Estaba volviéndose loco.

—¡No voy a tirar de la cuerda! —chilló—. ¡Hijos de perra, no voy a tirar de la cuerda!

Kip sucumbió a un escalofrío. Orholam misericordioso. Tenía el cuerpo entero cubierto de sabandijas repugnantes. Empezó a llorar, a desgañitarse… pero la salvación estaba en su mano. La vida de campesino no tenía nada de malo. Nadie le recriminaría su fracaso. No tendría por qué volver a ver a estas personas jamás en su vida. Además, ¿qué más le daba lo que opinaran de él? Todo este juego estaba amañado en su contra. Estaba acabado. Se terminó.

Con un alarido inhumano, Kip aferró la cuerda y, con toda la fuerza nacida de la repugnancia, la furia y la desesperación que crecían en su interior, abrumándolo por completo, mientras el fracaso rugía su nombre… la lanzó al otro lado del agujero. Se encogió contra la pared, enterró el rostro en la roca y dio rienda suelta a las lágrimas.

Los colores centellaron de nuevo, pero las serpientes y las arañas no se esfumaron. Recubrían todo su cuerpo.

Continuaba envolviéndolo la misma oscuridad opresiva. Algo peludo y pesado aterrizó en su espalda. Sintió los alfilerazos de unas uñas diminutas a través de la camisa. Una rata. Después otra, en la pierna. Y otra más, en la cabeza, arañándole en su intento por encontrar asidero entre los cabellos empapados.

Kip se quedó petrificado. Como un relámpago, el miedo recorrió todo su cuerpo. Estaba encerrado en un armario, desvalido, hambriento y muerto de sed. Temblaba incontrolablemente.

El movimiento molestó a las alimañas y sintió un mordisco. Kip soltó un gritito, humillado, furioso. Se retorció. Más mordiscos, lacerantes, afilados y ferales le

cubrieron el brazo, las piernas, las ingles, la espalda. Kip pataleó y se arrojó contra las paredes en un intento por aplastar a las bestias. Las ratas trepaban por todo su cuerpo, tenaces. Estaba llorando. Se moría de vergüenza. Tenía algo que ver con la araña. La araña que había mordido.

Era demasiado. No podía seguir soportándolo. Estaba acabado. Kip no pudo aguantarlo más y buscó la cuerda. Era un fracasado, una vergüenza, un cobarde fofo y balbuceante. Nada.

Sintió el roce de la cuerda en la mano.

—Ahí la tienes, Gordito —susurró una voz satisfecha. El sabor, Kip. El sabor era extraño, dijo una voz amable.

Lo que había dicho la mujer no tenía sentido. Lo cubrían por entero.

Kip tiró de la cuerda. Fracasado.

Un tañido distante, sobre su cabeza. Los alfilerazos cesaron de inmediato. El reptar, el corretear, el aferrar y el arañar se evaporaron, desaparecieron. No eran reales. No eran ratas de verdad. La araña que había mordido debería haberle dado una pista a Kip. Se habría dado cuenta si no fuera tan cobarde. La viscosidad de su interior no eran entrañas, sino luxina. Se trataba de una ilusión, miedos falsos. Le habían engañado.

Había fracasado. Mientras la plataforma ascendía, el cerebro de Kip, ahora que el terror había dejado de embotarlo, comprendió cómo le había llamado la mujer: «Gordito». Era el sobrenombre que le había puesto Ram. Kip se sintió morir un poco por dentro. Había demostrado que Ram tenía razón. Otra vez.

Cuando emergió, sin embargo, los hombres y las mujeres estaban ataviados ahora con alegres ropajes de sus respectivos colores, deslumbrantes zafiros azules, verdes esmeraldas, diamantes amarillos, rubíes rojos. Parecían jubilosos.

—¡Enhorabuena, aspirante! —exclamó el ama Varidos mientras se unía al círculo.

Kip se quedó mirándola fijamente, desconcertado.

—Cuatro minutos y doce segundos. Deberías sentirte muy orgulloso. Seguro que tu padre lo estaría.

Hablaba en un idioma que Kip no alcanzaba a entender. ¿Orgulloso? Había fracasado. Se había avergonzado a sí mismo y a su padre. Se había rendido. La rabia y la frustración acumuladas se habían quedado de repente sin ninguna vía de escape, dejándolo embargado por una indeleble sensación de estupidez.

—He fracasado —dijo Kip.

—¡Todo el mundo fracasa! —repuso el asombrosamente musculoso supervioleta —. ¡Lo has hecho de maravilla! ¡Cuatro minutos y doce segundos! Yo solo duré un minuto con seis.

—No lo entiendo —murmuró Kip.

La ninfa amarilla se rió.

—Así es como está diseñada la prueba. Todos fracasamos.

Lo rodearon, los hombres dándole palmaditas en la espalda, las mujeres acariciándole los brazos o los hombros, todos ellos felicitándole. Que unas personas tan bellas le dispensaran una acogida tan calurosa resultaba embriagador. Ahora que su cerebro funcionaba de nuevo, notó que no habían elegido necesariamente hombres para representar a los antiguos dioses, y mujeres para las diosas. ¿Sería porque habían llegado tan lejos que sencillamente ya no tenía importancia, o se trataría de un desaire intencionado?

—¿Es cierto eso? —preguntó Kip al ama Varidos, que se había apartado para evitar los zarandeos del bullicioso tropel—. ¿Todo el mundo fracasa?

La mujer sonrió.

—Casi todo el mundo. No se trata de ver si consigues superar la prueba, sino de ver qué clase de persona eres. Y el miedo nos abre los ojos. Esos colores que viste pasando a gran velocidad eran la auténtica prueba. Nos dirán qué puedes trazar. ¿Estás listo para escuchar el resultado?

—Espera. ¿«Casi todo el mundo»? ¿Quién no fracasa? —preguntó Kip.

Las risas y las voces de júbilo se interrumpieron.

La anciana respondió:

—En toda mi vida, la única persona que no cogió la cuerda fue…

Gavin. Kip lo sabía. Por supuesto. Su padre era el único hombre capaz de hacer lo que nadie más podría haber conseguido. Kip le había fallado.

—Tu tío —concluyó el ama.

¿Mi «tío» Gavin, o mi tío Dazen?

—Tu tío Dazen Guile —especificó la mujer al darse cuenta de su desconcierto—, quien estuvo a punto de destruir nuestro mundo. Un buen ejemplo a no seguir, ¿hum?

Volvía a hablar en aquella lengua ininteligible. ¿Después de todo lo que Kip había visto hacer a Gavin, era su hermano el que había superado la prueba?

—Cuatro minutos es una marca extraordinaria, Kip, pero al fin y al cabo solo sirve para alardear. ¿Estás listo para ver tus colores?

44

Liv ensayó una reverencia, alegrándose de tener una excusa para interrumpir el contacto visual con el Prisma. Cuando enderezó la espalda, Gavin Guile la observaba con expresión crítica. Evidentemente, sus sospechas demostraban ser ciertas: pocas mujeres respondían a su llamada vestidas con ropa de faena y sin maquillaje.

—Hacía mucho que no veía una reverencia tyreana como Orholam manda —dijo el Prisma.

Cuando tus ejércitos se marcharon, quedaban pocas mujeres para hacer reverencias.

—¿En qué puedo serviros, noble señor de la lux Prisma? —preguntó Liv.

—Lord Prisma es suficiente —dijo Gavin.

—Gracias, lord Prisma.

Saltaba a la vista que estaba sopesándola, pensando. Pero ¿pensando en qué? Si algo había conseguido esa desgraciada de Aglaia Crassos era que Liv pensara en el Prisma como en Gavin Guile, un hombre, y además apuesto. Sus ojos eran, literalmente, la cosa más fascinante del mundo.

Magíster, Liv. Tutor. Lord. Señor de la lux. Noble. General. Con el doble de años que tú. Demasiado mayor para ti. No un hombre musculoso de anchas espaldas, tan solo otro magíster. Ojalá ardas en el infierno, Aglaia Crassos.

—¿Has decidido quién quieres que sea tu magíster de amarillo?

¡Gracias!

¿Lo ves?, soy una discípula. Nuestra relación es puramente académica. En comparación con él, soy una niña. Irremediablemente joven e ignorante. Liv frunció los labios.

—Con franqueza, me gustaría estudiar con el ama Tawenza Ojos Dorados. —No podía creerse que lo hubiera dicho en voz alta. Esa mujer solo aceptaba tres pupilos al año, y ya los tenía. Los tres mejores estudiantes de amarillo de toda la Cromería.

Gavin se rió.

—¿Ese basilisco malhumorado? Atrevida elección. Es la mejor, y probablemente no te odie tanto como creerás que lo hace durante el primer año. Te pediría que le dieras recuerdos de mi parte cuando le asigne una cuarta estudiante, pero sin duda la pagará contigo. Dalo por hecho. ¿Qué te parecen tus aposentos?

Liv no respondió de inmediato. Era una pregunta bastante personal. No, tan solo está preocupado… no, preocupado no, quiere comprobar que se hayan cumplido sus instrucciones. Los generales hacen cosas por el estilo.

—Son mejores de lo que jamás soñé que tendría, lord Prisma. ¿Y la ropa? Antes tenía tres vestidos. Ahora poseo más de cincuenta y el peor de ellos es mejor que mi antiguo vestido de los domingos. —Espera, tal vez la ropa no sea el tema de

conversación más apropiado.

—Y sin embargo has decidido venir así —dijo Gavin, reparando en su atuendo. Ups. Su voz no denotaba desaprobación. Si acaso, destilaba una sombra de buen humor. Pero su semblante no dejaba entrever si se sentía irritado. Liv debería haber escuchado a esa esclava, Marissia. Arreglarse un poco no habría sido el fin del mundo. Gavin miró detrás de ella, y Liv lo imitó, pero la habitación estaba desierta salvo por ellos dos, y en las paredes no había ningún elemento decorativo fuera de lo común, tan solo el cristal de pruebas habitual.

—Me pedisteis que acudiera cuando me viniese bien. —No pudo impedir sonar como si estuviera a la defensiva—. Pensé que no os gustaría que os hiciera esperar. —Eso estaba mejor. Con decisión, Liv.

—Creo que lo harás perfectamente.

—¿Lord Prisma?

—Eres perfecta porque te niegas a dejarte impresionar, Aliviana. Eso me gusta. Es…

—¡Yo no diría exactamente que no estoy impresionada!

Gavin esbozó una sonrisa.

—De lo contrario no me interrumpirías.

Dándole la razón, de paso.

Liv decidió mantener la boca cerrada. Puede que desmarcarse de todas las demás mujeres que acudían allí, y fracasaban en sus intentos por seducir a Gavin, no hubiera sido el mejor de los planes.

—Cada vez que llamo a mi presencia a una mujer de entre treinta y sesenta años de edad, se presenta vestida como una cortesana ruthgari, o bien ansiosa por complacerme o bien completamente aterrada. Como si me dedicara a regentar un burdel.

Ay, que Orholam me lleve, ¿y si he hecho precisamente aquello que podría volverme más atractiva a sus ojos?

—Sois Gavin Guile —dijo Liv, como si eso lo explicara todo. Y así era. Cazar al Prisma no solo cambiaría totalmente la vida de una mujer, sino también la de su familia. A mejor, de inmediato y durante generaciones. Añádanse los adjetivos apolíneo y viril al término «Prisma», que ya de por sí significaba poderoso, respetado y rico, y a Liv no le costaría imaginarse que las faldas se acortaran y los escotes cayeran. Era un milagro que las mujeres no acudieran a verlo desnudas. ¿Qué se pondría Ana si recibiese una invitación del Prisma?

Por otra parte, mejor no pensar en ello.

—Sí, lo soy —dijo Gavin, sonriendo como si de una broma privada se tratara—. Y necesito que me ayudes, Aliviana.

Liv tragó saliva con dificultad. Lo cierto era que podía pedirle lo que quisiera, y

ella jamás podría negarse.

—Liv, por favor.

—De acuerdo. —Gavin carraspeó. ¿Por qué carraspeaba? ¿Se sentía violento? ¿Le incomoda empezar una aventura con una muchacha a la que dobla en edad?

Gavin volvió a mirar por encima del hombro de Liv.

—Hace unos años… es como si hiciera una eternidad… El caso es que tengo un… sobrino. Su madre era tyreana. Quiero que seas su profesora. Quizá se sienta más cómodo bajo la tutela de alguien de su tierra. Sé que los tyreanos no lo tenéis fácil aquí. ¿Qué dices?

Liv se quedó farfullando, asombrada. ¿Un «sobrino»? ¿Su profesora? ¡Kip! ¡Por supuesto! ¡Por Orholam, se había equivocado por completo! ¡Idiota! El Prisma no había pensado ni remotamente…

—B-bueno, por supuesto, lord Prisma. ¿Hay… por qué…? —Pero ¿qué estaba diciendo? Ya había sido bastante impertinente. Formular la pregunta equivocada acerca del bastardo de un hombre era la manera más segura de echarlo todo a perder —. ¿Cuál es el color de… él? —Solo en el último momento se acordó de decir «él» en vez de «Kip». Se suponía que no debía ni sospechar siquiera que Kip era el hijo bastardo del Prisma.

Sería una espía espantosa.

—El verde. Posiblemente el azul. Se está celebrando su iniciación en estos momentos.

—¿Ahora? —preguntó Liv. Las ceremonias de iniciación del presente curso habían tenido lugar hacía mucho. Liv no había oído nunca que se aceptaran candidatos en ninguna otra época del año—. ¿Cuándo llegó vuestro… cuánto hace que está aquí?

—Llegó ayer.

—¡¿Y ya le están iniciando?! —Pobre Kip.

Gavin volvió a echar un vistazo detrás de ella. Esta vez, Liv sabía qué estaba mirando. Por toda la torre, por motivos que Liv nunca había alcanzado a comprender, había cristales corrientes incrustados en las paredes. A lo largo de todo el año se limitaban a emitir destellos en su sitio, refractando la luz de su entorno, pero durante las iniciaciones al comienzo de cada curso, su brillo se intensificaba. A medida que los aspirantes se sometían al Trillador, se producía invariablemente una oleada de un color tras otro conforme se sucedían las pruebas. Los colores eran los mismos que veía el aspirante. En cuanto trazaban, el cristal adoptaba un tono brillante del color trazado. Para Liv había sido supervioleta, primero, y después un amarillo más débil.

Desde la llegada de Liv, el Prisma había estado controlando los progresos de su hijo bastardo.

Ahora que lo pensaba, si la prueba había empezado ya cuando Gavin miró por

primera vez a espaldas de Liv, lo cierto era que estaba durando mucho. Generalmente no llegaba al minuto.

Ambos se giraron para contemplar el cristal.

—¿Qué dijo el examinador cuando te bajaron al Trillador? —preguntó Gavin.

—Dijo algo acerca de que la única rebelde buena era la rebelde muerta, y que aún poseía la sangre de mi padre —respondió Liv. Se trataba, como siempre, de asustar al aspirante. El miedo dilataba las pupilas y hacía que el aspirante trazara al máximo de sus posibilidades. También ayudaba a que incluso el más arrogante señorito o damisela comenzara sus estudios con una pizca de humildad.

—¿Y a vos? —preguntó Liv. Ninguno de los dos apartó la mirada del cristal.

—Algo sobre mi hermano —dijo Gavin—. Resultó ser más cierto de lo que creían.

—Lo siento —dijo Liv. No sabía si estaba disculpándose por haber preguntado, por el examinador, o por la pesadilla hecha realidad que había tenido que padecer Gavin al verse obligado a matar a su hermano.

—Nunca me ha gustado esa parte, asustarles. La cámara es bastante aterradora por sí sola, al igual que la posibilidad de fracasar. Es innecesario que hagan creer a los aspirantes que sus vidas corren verdadero peligro. Eso rompe a las personas. Rompe a los niños.

Liv nunca lo había visto de esa manera. El Trillador era el Trillador. Todo el mundo pasaba por él. Se trataba de un elemento indisoluble del trazo, de la Cromería. Cuando menos, todos los trazadores tenían el Trillador en común.

—Todas las muchachas nobles sabían lo que iba a pasar —dijo Liv—. Al contrario que las demás. Sabían que la prueba en sí no les haría daño, así que esas breves palabras al margen de la prueba eran lo único que las asustaba. Porque incluso si no hubieran estado sobre aviso, escuchar a un examinador perteneciente a la familia de tu enemigo asegurar que los accidentes ocurren es aterrador.

—No se me había ocurrido —dijo Gavin—. Todos mis amigos eran nobles. Creía que todo el mundo sabe lo que le espera.

Por supuesto que sí. La Cromería está diseñada para favorecer a los de tu clase, y eso solo es una muestra más.

Gavin carraspeó.

—Liv, mi hijo podría ser especial, realmente dotado. Lo descubriremos enseguida, pero no me sorprendería que fuese un policromo. Es tyreano, su madre ha muerto hace poco, va a enfrentarse a falsos amigos y enemigos injustos por el simple hecho de ser mi hijo; no encajará en ninguna parte y sin embargo, al mismo tiempo, la gente no lo perderá de vista en ningún momento. Si encima resulta ser realmente poderoso… podría convertirse en un monstruo. No sería el primer miembro de mi familia que no sabe controlar un poder inmenso. El don no está exento de impurezas,

¿sabes?

—¿Qué queréis que haga? —preguntó Liv. ¿Realmente iba a dar clases al hijo del Prisma? Hijo bastardo, pero aun así. Sintió como si le hubieran quitado un peso enorme de encima. El Prisma solo era el Prisma (bueno, si es que se podía ser «solo» el hombre más poderoso del mundo), pero también era un noble al que debía prestar sus servicios. Servicios normales. Algo que tampoco era tan terrible, habida cuenta de cuán completamente le había cambiado la vida.

—Quizá sea un monocromo. Es lo más probable. Me estoy adelantando a los acontecimientos —dijo Gavin.

—Pero ¿si no lo es? —Tienes que confiarme tus expectativas, de lo contrario fracasaré… y te enfadarás conmigo. Típico de los nobles. A Liv le agradó saberse capaz de sentirse irritada. Empezaba a librarse de la desorientación que la atenazaba.

—Finge que es normal. En todos los sentidos. Sé que lo averiguaría enseguida por sus propios medios si nos quedáramos, pero pretendo sacarlo de aquí lo antes posible. Hasta entonces, concédele algo de normalidad. Si te saca de tus casillas, grítale. Castígale los nudillos con una vara si se porta mal, ¿entendido? Pero si domina alguna tarea complicada, haz como si fuera algo bueno pero no extraordinario. Quiero que sepa que las personas que importan realmente no van a dejarse impresionar por quién es su padre o cuánto puede trazar.

—¿Y quiénes son esas personas? —preguntó con sarcasmo Liv. No pretendía decirlo en voz alta, pero Gavin estaba siendo ridículamente poco realista. Por supuesto que importaba quién era y cuánto podía trazar. Quizá cuando uno nacía en la cima de la montaña podía fingir que esta no existía, pero quienes la escalaban y quienes nacían al pie y jamás podrían llegar a lo más alto opinaban de otra manera.

—Orholam y yo —contestó Gavin, haciendo oídos sordos a su tono—. Si somos los únicos cuya aprobación le importa, tendrá una oportunidad.

Liv no sabía si era lo más arrogante o lo más profundo que había oído en su vida. Tal vez ambas cosas. Como poco, le recordaba quién y qué era Gavin. Por el entrecejo fruncido de Orholam, había reprendido veladamente al Prisma, el hombre más próximo del mundo al mismísimo Orholam. Y gracias a Orholam que Liv había rechazado la oferta de aquella arpía. Aunque le costase caro. ¿Espiar al Prisma? Era prácticamente un sacrilegio. Por graves que fuesen la estupidez, la torpeza y la horripilante sombra de encaprichamiento de Liv, ¿cuánto peor no sería añadir además la traición a la mezcla? Tragó saliva con dificultad.

—Lo siento, lord Prisma, he sido…

Gavin levantó una mano y se incorporó de repente.

Liv miró el cristal de soslayo, pero no vio nada. El cristal no había cambiado. Volvió a mirar al Prisma a tiempo de ver que este palidecía… antes de que sus facciones se iluminaran como si el sol acabara de salir de detrás de los más negros

nubarrones.

Una sucesión de colores relampagueó en su piel, y alargó una mano hacia el cristal. Un tubo de luxina, crepitante y reluciente, salió disparado de su mano y se adhirió al cristal de la pared opuesta como una iridiscente tela de araña en llamas. El hombre continuó bombeando cada vez más cantidad, penetrando a gran profundidad en el cristal.

De pronto, tan abruptamente como había empezado, Gavin se detuvo. Un momento después, el cristal emitió un resplandor verde como el jade, y a continuación un azul menos intenso.

Gavin exhaló un suspiro de alivio.

—¿Qué ha sido eso? —quiso saber Liv.

—¡Un secreto! —ladró Gavin. Hizo un gesto y Liv sintió una ráfaga de aire helado y oyó cómo las ventanas encajaban pesadamente en sus ranuras.

»Ven aquí —ordenó el Prisma. Todos los colores del arco iris y más aún inundaban su cuerpo. Una cuerda de luxina verde se enroscó alrededor de la cadena de azul combinado con amarillo que tenía en la mano—. ¡Date prisa, chiquilla! Tengo que ser el primero en llegar para contenerlo, y te necesitará.

Desconcertada, Liv se acercó corriendo al Prisma. Ni siquiera sabía de qué estaba hablando.

—Súbete a mi espalda —dijo.

—¿Qué?

—¡A mi espalda, rápido! Agárrate bien.

Liv se encaramó a su espalda de un salto. Su cuerpo emitía un calor antinatural a causa de los subrojos que contenía junto con todos los demás colores. ¿Qué estaba haciendo? Miró de nuevo la cadena que tenía en la mano. A continuación, el Prisma se giró y encaró el vacío que se abría tras la ventana. Liv soltó un gritito y se aferró a él como si le fuera la vida en ello.

—¡Nno ddan uegghte!

—¿Cómo? —preguntó Liv, aflojando la presa alrededor de su cuello.

—No tan fuerte —refunfuñó el Prisma.

Mientras Liv se disculpaba, unas bandas de luxina envolvieron su cuerpo, sosteniéndola con fuerza contra él. Gavin corrió hacia la ventana y saltó.

La vista de Liv, al principio, abarcaba únicamente el sedal de luxina que se desenrollaba de la mano de Gavin como la seda de una araña, igualando a la perfección la velocidad de su caída. Comprendió que no tenía ni idea de cuánto tendrían que descender exactamente para llegar al nivel de la Cámara del Trillador, ni cómo sabría Gavin cuándo parar. Ya puestos, ¿cómo pretendía regresar al interior de la torre? ¿Esperaba que alguien se hubiera dejado abierta una ventana?

¡Ay, Orholam misericordioso!

Llevaban cayendo una eternidad. Los ojos de Liv la desobedecieron y saltaron de la luxina sobre su cabeza al suelo a sus pies, que volaba a su encuentro a una velocidad cegadora.

Se aplastó contra la espalda de Gavin cuando este solidificó la cuerda. La presión amenazaba con barrerla lejos de él y arrojarla al patio. Se balancearon hacia atrás, y Liv vio cómo la mezcla de cuerda y cadena se extendía hasta la lejana cumbre de la Torre del Prisma, que se cernía sobre ellos cada vez más grande conforme oscilaban de regreso a su escarpada superficie inmaculada.

Tres tirones bruscos los empujaron hacia atrás, pero ni por asomo con la fuerza necesaria para frenarlos. Liv atisbó brevemente tres misiles que surgían de la mano izquierda extendida de Gavin hacia la torre frente a ellos.

No vio qué hicieron los misiles, porque fuera cual fuese su intención, con Gavin disparándolos con la zurda mientras sostenía la cuerda con la diestra, absorbió la fuerza del retroceso con el brazo izquierdo. De modo que en cuanto los misiles se alejaron de su mano, Gavin y Liv empezaron a dar vueltas sin control en sentido contrario al de las agujas del reloj.

Alrededor de Liv explotaron el cristal y la piedra en todas direcciones. Estaba deslizándose por un suelo, resbalando veloz y recta como una flecha por una fracción de segundo, separada abruptamente del Prisma. De improviso, algo sujetó el dobladillo de su falda. La inercia y la fricción con el suelo se la levantaron con fuerza, y entonces fue su piel lo que chirrió contra la piedra desnuda. Cayó de costado y rodó varias veces. Cuando se detuvo contra una pared, lo único que pensó fue que no podía creerse que aún estuviera con vida.

Había media docena de trazadores en el pasillo inesperadamente azotado por las corrientes de aire, mirándolos con incredulidad. El Prisma se había levantado ya y estaba impartiendo órdenes.

¿Por qué noto frío en el trasero? Liv siguió las miradas de los trazadores y bajó la vista. Tenía la falda recogida alrededor de la cintura a causa del resbalón, exponiéndola al mundo. Con un gritito, se bajó la falda de golpe y se puso en pie de un salto.

—Tú, busca al señor de la lux Negro. Dile que quiero que reparen esto. Hoy mismo. Vete ya. Tú, apunta los nombres de todos los presentes en este pasillo y en la cámara de exámenes —estaba diciendo el Prisma. Liv, al ver que Gavin acaparaba la atención de todos, sacudió las caderas. No se había dado cuenta antes de levantarse de un salto, pero tenía las nalgas heladas porque su ropa interior también se había subido más de la cuenta. Le tiraban de la sisa con saña. Se contorsionó en un intento por devolver la prenda a su sitio sin tener que introducir una mano bajo la falda—. Aliviana, ¿qué haces? —preguntó el Prisma.

Liv se quedó inmóvil, petrificada.

—Da igual, quédate aquí. Te llamaré enseguida. —Gavin abrió la puerta de la cámara de los exámenes y entró sin más dilación. Todos los trazadores del pasillo, incluido uno de los jóvenes magísteres mejor parecido de toda la Cromería, Payam Navid, se giraron para mirar a Liv, preguntándose visiblemente por qué era tan importante… y aniquilando sus esperanzas de recomponer su ropa interior por ahora. Sin tener la menor idea de qué la esperaba ni qué le tenía deparado el Prisma, dirigió una sonrisita nerviosa al joven magíster.

45

Gavin apretó el paso mientras oía a la anciana bicroma decirle a Kip:

—¿Estás listo para ver tus colores?

—¡Yo sí! —exclamó Gavin—. Ama Varidos, con su permiso. —Los familiares de los aspirantes tenían prohibido estar presentes en la cámara de los exámenes por temor a que alguien hiciera trampas. La regla, al menos en teoría, se aplicaba también al Prisma. Hay un motivo por el que la teoría y la práctica son dos mundos distintos.

»Ni siquiera sabía que hubieras comenzado las pruebas. ¿Cuánto han dicho que aguantaste? —preguntó Gavin.

—Cuatro minutos, por lo visto —respondió Kip.

—Cuatro con doce —matizó la anciana.

Gavin se detuvo en seco. En su habitación le había parecido que transcurría mucho tiempo, pero creía que se trataba de una mera impresión. Cuatro minutos era una marca asombrosa. A él, terminar la prueba le había llevado cinco.

El ama Varidos se acercó a Gavin y susurró:

—Se han producido algunas irregularidades de las que creo que te gustaría estar al corriente.

Gavin sonrió en dirección a Kip.

—Bien hecho, será solo un momento. —Se retiró a un lado y dejó a Kip rodeado de personas que le preguntaban qué parte le había parecido más difícil, cómo había conseguido aguantar tanto, tratándolo en general como si fuera el ombligo del mundo. Era sin duda una sensación embriagadora para cualquier trazador novato, como así estaba calculado que fuera.

Sin perder la sonrisa, Gavin encaminó sus pasos hacia la mesa de los examinadores en compañía del ama Varidos. Se situaron justo al lado de la mesa de piedra, en cuyo centro había un agujero cubierto con un paño de satén negro. La piedra de pruebas estaría allí dentro. Gavin intentó recordar cuál era su posición exacta. Solo dispondría de una oportunidad.

—¿De qué irregularidades se trata? —preguntó. El satén impedía que la iluminación del exterior interfiriera con la piedra.

La anciana expulsó lentamente el aire acumulado.

—Lanzó la cuerda fuera del pozo alrededor de los tres minutos y medio. Antes de que pudiera impedírselo, una de las muchachas volvió a dejarla en su mano.

—¿Lo dices en serio?

—Encargan los papeles de la prueba a los niños bonitos. La mitad de ellos apenas si tienen luces suficientes para memorizar el guion, como para pedirles que recuerden las normas tan abstrusas que rigen en unas situaciones que nadie recuerda que se hayan producido jamás. Ni siquiera Dazen tiró la cuerda.

—¿Quién fue?

—La verde.

Por supuesto que había sido la verde. Salvaje, impredecible, rebelándose frente a la menor restricción.

—¡Que venga aquí!

La examinadora verde vio el gesto del ama y se acercó de inmediato. Todos los examinadores eran apuestos, y si la tez clara constituía un inconveniente en el campo de batalla, era un punto a favor para esta y unas cuantas ceremonias más. El efecto visual de una persona con la piel verde, azul o roja perdía fuerza cuanto más oscuro fuese su color natural. Incluso los parianos elegían nativos de la costa, las tierras bajas o mestizos para que los representaran en el Trillador. Esta mujer era ruthgari, y pálida incluso para ellos. Se movía con la gracia de una bailarina. Su fino manto verde, puesto durante la ceremonia para que todos los examinadores lucieran sus respectivos colores cuando emergiera el aspirante (lo cual podía suceder diez o quince segundos después del inicio de la prueba) era, en su caso, una pieza abierta entre sus grandes senos. Llegó caminando con brío, echándose el cabello hacia atrás, con la espalda recta, y se situó justo al otro lado de la mesa.

La desnudez y la semidesnudez que imperaban en algunas de las ceremonias estaban envueltas en un simbolismo religioso y cultual que las despojaba casi por completo de todo erotismo. Casi, porque, daba igual cuán abierto de miras se fuese, uno no podía ignorar totalmente el hecho de que tenía delante a alguien desnudo y asombrosamente atractivo. Pero las fiestas que se celebraban después, sobre todo en las iniciaciones, siempre terminaban recordándose solo a medias. Tantas bellezas, tantos cuerpos a medio vestir, tantos recuerdos recientes de más figuras en cueros… El ambiente era exultante, el vino fluía libremente, y la sobriedad ritual no tardaba en caer en el olvido.

Esta verde sabía exactamente lo que se hacía. Gavin era más alto que la mujer, por lo que apenas si podía contenerse para no clavar la mirada en su manto mal cerrado. En vez de eso, se concentró en el rostro acorazonado y en los ojos castaños, cuyas pupilas presentaban un sutil halo verde. Le recordaba a alguien.

—Por aquí —dijo, señalando a su lado, entre el ama Varidos y él. La trazadora verde rodeó la mesa verde y se situó en el lugar indicado, más cerca de lo necesario.

»¿Quién eres? —preguntó en tono sucinto.

—Me llamo Tisis —fue la respuesta. La sonrisa de la mujer puso de manifiesto sus grandes hoyuelos.

—¿Tisis qué más?

—Ah —dijo ella, como si la idea ni siquiera se le hubiera pasado por la cabeza—. Tisis Malargos.

—¿Qué ha pasado, Tisis? —Gavin fingió no reconocer el apellido. El padre y el

tío de la muchacha habían sido amigos suyos… es decir, de Dazen. Habían desaparecido al término de la guerra. Asesinados por los bandidos o esclavizados por los piratas, lo más probable. Tenía los rasgos de la familia. Sin duda le odiaba. Al ver que Kip tenía posibilidades de superar la prueba, lo había saboteado. Valiente. Estúpida e irritante, pero valiente.

—El aspirante hizo trampas. Tiró la cuerda. Se la devolví.

—No se debe tocar al aspirante bajo ningún concepto durante el examen. ¿Cabe alguna duda sobre el significado de esa norma?

—No lo toqué… Con el debido respeto, noble señor de la lux Prisma, dejé la cuerda en su mano sin tan siquiera rozarle la piel. Intentaba preservar la integridad de la prueba.

—Malargos —dijo Gavin—. Eres ruthgari, ¿cierto?

—Sí, lord Prisma.

Gavin volcó una mirada carente de expresión sobre ella.

—Cuando tu bendito sátrapa Rados cruzó el Gran Río para combatir a los bosquesangrientos que lo doblaban en número, ¿recuerdas lo que hizo?

—Quemó el puente de Rozanos al paso de su ejército.

—¿Dirías que hizo trampas?

—No… no lo entiendo.

—Incendió el puente para que sus hombres supieran que no podían huir. No les dejó escapatoria. Hasta el último hombre sabía que debía vencer o morir. De ahí viene la expresión «quemar todos los puentes al paso de uno».

—Pero si vi cómo buscaba la cuerda —protestó débilmente la muchacha. Tragó saliva, nerviosa de pronto por haber contradicho al Prisma en su cara.

—Y tú se la diste.

—Naturalmente.

—¿También habrías construido un nuevo puente detrás del bendito sátrapa Rados?

—Por supuesto que no, eso sería…

—Su ruina. ¿Cuánto duraste tú antes de tirar de la cuerda?

La muchacha se ruborizó y apartó la mirada.

—Diecisiete segundos. —Se arrebujó en su manto, cubriéndose al fin.

—Y destruiste caprichosamente el destino de un joven.

—Podríamos repetir…

—Sabes que eso es imposible. Una vez los aspirantes saben que no es real, el Trillador no surte efecto. Todo el mundo diría que le dispensamos un trato especial por ser mi sobrino…

—No pretendía…

—¡Y tú lo sabes! —sentenció Gavin, dominando la voz a duras penas.

—Lo que pretendieras no tiene importancia —siseó el ama Varidos.

Mientras la anciana hablaba, Gavin extrajo un poco de supervioleta de la luz de las antorchas. Solo un poquito. La ventaja del supervioleta residía en su invisibilidad. Aunque había al menos media docena de personas presentes en la sala capaces de ver la luxina supervioleta si se concentraban, Gavin estaba dispuesto a apostar que ninguna de ellas estaba concentrada en esos momentos. Y aunque así fuera, lo que Gavin se disponía a hacer era tan rápido y sutil que incluso quien estuviera atento podría perdérselo. Un truco de prestidigitador. El supervioleta se asentó en las yemas de sus dedos.

—Has contravenido las normas, Tisis —dijo el ama—. Faltaste a tu deber, y podrías haber destruido el futuro de un muchacho.

—¡Pero si nadie llega hasta el final! —protestó la joven. Resistir tanto tiempo como fuera posible se había convertido en motivo de orgullo. Las conspiraciones, la oscuridad, los espacios cerrados, las alturas, las arañas, las serpientes, las ratas… el Trillador abarcaba todos los temores habituales. Por lo general, convencido de que el fracaso equivalía a perderlo todo, con las pupilas dilatadas por el miedo, los aspirantes trazaban todos los colores antes de tirar de la cuerda. No era un método perfecto, desde luego, pero era el mejor que tenían.

—Fuera de mi vista —dijo Gavin.

La muchacha se marchó resoplando, furiosa, y pasó entre el ama y Gavin, tal y como este esperaba. Sacó una piedra del bolsillo, sosteniendo el pequeño cilindro tras la muñeca, retiró el satén del agujero, produjo unos hilos de supervioleta invisible en las puntas de sus dedos y los empleó para extraer la piedra de pruebas de la oquedad. Devolvió bruscamente la luxina a su muñeca, sujetó la piedra de pruebas a su antebrazo con unas correas de supervioleta y, con los restos de luxina que quedaban en sus dedos, colocó la falsa piedra de pruebas en su sitio.

El proceso completo le había llevado menos de un segundo, y Gavin ni siquiera se había agachado encima de la mesa.

—Bueno, veamos el resultado, ¿os parece? —dijo, tirando aún de la suntuosa tela satinada.

Ante la atenta mirada del ama Varidos, Gavin dejó el paño a un lado e introdujo una mano en el receptáculo. Se agachó, cogió la piedra de pruebas y la levantó. La piedra consistía en una barra de marfil (procedente de algún demonio marino varado en las costas o de los elefantes del interior de Ruthgar) con los extremos de obsidiana. El marfil era un material precioso, pero la obsidiana constituía un verdadero prodigio. Nadie sabía dónde se había recogido, excavado o creado la obsidiana que existía en el mundo. Era más escasa que los diamantes y los rubíes, por lo que después de cada uso se retiraban los extremos de obsidiana de cada piedra de pruebas a fin de reutilizarlos.

Los supersticiosos la llamaban piedra infernal. La mayoría de los trazadores se alegraban de que fuera tan rara, pues se trataba de la única piedra capaz de absorber directamente la luxina de un trazador. Gavin había oído que los reyes y los sátrapas de tiempos remotos (y según las leyendas más disparatadas, también los asesinos del Ojo Fragmentado) fabricaban dagas enteras o incluso espadas de obsidiana. Pero la obsidiana únicamente manifestaba sus propiedades mágicas cuando se cumplían dos requisitos insoslayables. Primero, la oscuridad debía ser absoluta: es decir, una ausencia completa de luz en el espectro visible aunque, por algún motivo, el supervioleta y el subrojo no interferían. Segundo, necesitaba la sangre del trazador, procedente de un corte. Tenía que darse una conexión física directa entre la obsidiana y la luxina para que esta brotara del trazador. Una vez establecida dicha conexión, no obstante, el vínculo resultante era muy fuerte. Si un trazador sufría un corte en el hombro practicado con obsidiana mientras sostenía luxina en la mano y apretaba la piedra contra la herida, la luxina desaparecería en cuestión de segundos. Los eruditos especulaban que, puesto que los trazadores contenían luxina en todo momento, la conexión siempre era directa, con independencia de la distancia que mediara entre una parte del cuerpo y otra.

Dado que la velocidad a la que la obsidiana extraía los colores de una persona variaba según los distintos tipos de luxina, se formaban espectaculares estelas cuando la sustancia salía del cuerpo y entraba en el marfil. Los aspirantes eran considerados dignos de estudiar aquellos colores que se materializaran, se condensaran y se mantuvieran visibles. La presencia de dos colores, como es lógico, cualificaba al trazador como bicromo, y más de dos lo convertían en policromo.

Gavin cogió la piedra de pruebas. Percibió la suave fragancia a clavo que caracterizaba a la luxina supervioleta. Sostuvo la piedra durante un momento, mientras esperaba a que el olor se dispersara, antes de entregársela al ama Varidos. Como examinadora principal, le correspondía a ella anunciar el hallazgo. Entretanto, los demás ocupantes de la sala se arracimaron a su alrededor. La anciana retiró con cuidado las puntas de obsidiana y las guardó en una caja especial antes de levantar la piedra de pruebas por encima de la cabeza. Una barra verde, nítida y gruesa, se ahusaba y azulaba en la punta, y junto a ella había otra de un azul menos intenso. El amarillo era débil. El supervioleta se insinuaba ligeramente. Se trataba de una campana clásica, la pauta más extendida entre los trazadores.

—Me complace anunciar —indicó el ama— que Kip de Rekton goza del beneplácito de Orholam para trazar los colores verde y azul. El supervioleta no se ha decidido aún y deberá someterse a más pruebas en el futuro. Kip, enhorabuena, eres un bicromo.

Los asistentes prorrumpieron en vítores.

Únicamente Kip seguía pareciendo desconcertado.

Gavin rodeó la mesa, pasó un brazo por los hombros del muchacho y le dio un achuchón.

—Bien hecho, Kip.

Kip se dejó abrazar sin mostrar ninguna reacción.

—Entonces… ¿he aprobado? —preguntó con un hilo de voz.

—Has aprobado. Me siento orgulloso de ti.

Se elevaron más vítores, y en un abrir y cerrar de ojos el tropel de esclavos que irrumpió en la cámara repartió vino, brandy, ricos pasteles, frutas, carnes y confituras.

Gavin soltó al muchacho, que lo observaba completamente patidifuso, como si no se creyera las palabras que acababa de escuchar. También eso, en parte, formaba parte de la magia. Los efectos emocionales de todos los componentes del espectro acababan de atravesar a Kip por primera vez. Aún no sabía qué hacer con los residuos. Le llevaría algún tiempo. Gavin hizo un gesto en dirección a la puerta y llamó a Aliviana.

—Kip —dijo el Prisma—, te he traído a alguien muy especial. Quería darte una sorpresa. Será tu mentora. Te explicará cómo funcionan las cosas y te enseñará lo más básico antes de que partamos. Kip, deja que te presente a…

—¡¿Liv?! —jadeó Kip cuando la muchacha salió de detrás de Gavin.

—¡Kip!

—¿Por qué no lo acompañas a su habitación, Liv? —sugirió el Prisma—. Y recuerda lo que te he dicho.

Kip todavía estaba conmocionado, de modo que Liv lo tomó de la mano y se giró para guiarlo a la puerta principal. Habría una multitud agolpada tras ella, sin duda. No había necesidad de que Kip sospechara que ocurría nada extraordinario.

—¿Por qué no salís por la puerta de servicio? —dijo Gavin. Se dio la vuelta y arrojó luxina supervioleta contra la pared opuesta. Una sección de la misma se abatió de improviso sobre unos goznes ocultos hasta ese momento.

Liv se llevó a Kip por la puerta de servicio.

El comandante Puño de Hierro y el señor de la lux Negro entraron por la puerta principal.

—Señor de la lux, ama, comandante, magísteres —dijo Gavin mientras agitaba una mano con expresión cordial, como dando a entender que ahora estaba demasiado ocupado para hablar con Puño de Hierro o el señor de la lux Negro. Encaminó sus pasos hacia la puerta de servicio. Tenía que alcanzar a Kip cuanto antes. Debería haberle ordenado al muchacho que esperara fuera de la sala en vez de enviarlo arriba.

Gavin cruzó la puerta de servicio, componiendo sobre la marcha la carta que dejaría para la Blanca, y a punto estuvo de arrollar a un hombrecillo moreno y recatado, cubierto con el manto propio de los esclavos. Se le paró el corazón cuando lo reconoció.

—Saludos, lord Prisma —dijo el hombre, cuyo turbante estaba tan almidonado que apenas si se movió cuando inclinó la cabeza. Había sido picapleitos en Paria antes de que los piratas ilytianos lo capturaran, esclavizaran y, por último, lo vendieran a Andross Guile. Brillante y discreto, hacía veinte años que era la mano derecha de su amo—. Vuestro padre se aburre de esperaros. Exige que acudáis a sus aposentos inmediatamente.

Tratándose de Andross Guile, «inmediatamente» quería decir para ayer. Gavin hizo una mueca para sus adentros, giró el cuello a izquierda y derecha para liberar la tensión acumulada en las vértebras, y murmuró:

—Llévame con él.

46

Kip siguió a Liv Danavis por un estrecho pasillo que desembocaba en un elevador. Todavía le daba vueltas la cabeza, aunque el tumulto de emociones que lo sacudía no parecía completamente interior, como si de alguna manera algo estuviera imponiéndole un cargamento de sensaciones añadidas. Era muy extraño. Quizá se debiera sencillamente al hecho de volver a ver a Liv. Sabía que estaba en la Cromería y había esperado encontrarse con ella desde que supo que este era su destino, pero tenerla delante era distinto.

Maese Danavis había compartido con él muchas de las cartas de Liv, por lo que en cierto modo no parecía que hubieran pasado dos años completos, pero entonces ella tenía quince años, y Kip trece. Al parecer, había crecido en ese tiempo, porque al fin era más alto que ella. Claro que también era tres veces más ancho. Liv estaba más guapa que nunca, de eso no cabía la menor duda.

La muchacha no dijo nada mientras lo conducía por el pasillo hasta el elevador. Kip agradeció el silencio. Estaba seguro de que le faltarían las palabras. Al verla, lo embargó una extraña mezcla de alegría y serenidad. Recordó cuando Liv contaba catorce años y se extendió por la ciudad el rumor de que iba a prometerse con Ged, el hijo de la alcaldesa. Poco después se había ido a la Cromería. Kip se había sentido aliviado. Le parecía demasiado buena para la modesta Rekton. A pesar de que estaba seguro de que Liv no había vuelto a pensar en él en todo este tiempo, la extrañaba. Era como el sol atisbado entre las nubes, y a él le gustaba girar el rostro hacia ella, solazarse con su presencia, aunque jamás se atreviera a albergar más esperanzas. Cuando maese Danavis le confió que Liv estaba pasándolo mal a causa de una de las chicas de la Cromería, Kip hubo de refrenarse para no partir de inmediato y ajusticiar a la culpable.

Ver cómo su cabello ondulado susurraba y saltaba alrededor de sus hombros mientras le mostraba el camino era como recibir los primeros rayos de sol después de un largo invierno. Kip no necesitaba palabras. En cuanto abriera la bocaza, seguro que lo echaba todo a perder. Se conformaba con verla caminar, subiéndose con torpeza los pantalones mientras ella encabezaba la comitiva con decisión, sintiéndose como en casa, confiada, dueña de su entorno.

—Creo que me he perdido —dijo Liv. Miró a un lado y a otro; los pasillos parecían exactamente iguales. Se mordió el labio.

Con la mirada presa de aquellos labios carnosos, ligeramente humedecidos, Kip tragó saliva con dificultad.

—¿Kip? No, déjalo, cómo ibas a conocer tú el camino.

Reanudó la marcha, y Kip la siguió. En el tiempo transcurrido desde su partida, Liv se había convertido en una mujer. Era tan esbelta como él obeso. Sus inmensos

ojos castaños, tan rutilantes; su piel, tersa e inmaculada, mientras que Kip había sido maldecido con un cuello salpicado de espinillas y un mentón en el que la barba apenas si comenzaba a insinuarse. Gracias a Orholam, por lo menos tenía el pecho más grande que él.

Kip no se atrevía a mirar en esa dirección más que a hurtadillas, del mismo modo que se esforzaba por no fijarse demasiado en su figura mientras la seguía. La falda de Liv oscilaba adelante y atrás de forma sumamente placentera con cada paso que daba, revelando unas pantorrillas delicadas y bien torneadas. Pero aparte de uno o dos vistazos, quizá tres… Kip volvió a mirar de reojo. ¡Ah! Cuatro. Aparte de eso, no la miraba como haría si se tratara de otra mujer hermosa. No le parecía respetuoso.

Ups, cinco.

Liv se detuvo cuando llegaron al elevador.

—Acabo de caer en la cuenta —dijo, riéndose de sí misma— de que no tengo ni idea de adónde se supone que debo llevarte. Hum… te propongo una cosa. Puedes quedarte en mi habitación hasta que lo averigüe. Si el Trillador te ha dejado tan molido como me dejó a mí, probablemente estarás deseando meterte en la cama, ¿verdad?

Kip no entendía cómo era posible que no se hubiera percatado hasta ahora, pero sí que estaba cansado. Se sentía como si alguien hubiera cogido la tinaja donde guardaba todas sus energías y la hubiese volcado hasta no dejar ni gota. Asintió con la cabeza.

—¿No tienes ganas de cháchara? —preguntó Liv, dedicándole una sonrisita. Era la clase de sonrisa que se dispensaba a los niños pequeños que se habían saltado la hora de la siesta y debían esforzarse para aguantar despiertos si no querían quedarse sin postre. Pero Kip ni siquiera logró conjurar la pasión necesaria para desesperar ante aquella muestra de condescendencia.

Me trata como si fuera un gatito. Una cosita desvalida. Aj.

Liv colocó los contrapesos en el elevador, se detuvo un momento (debió de sorprenderse ante la cantidad requerida para compensar la presencia de Kip) y añadió unos cuantos más. En cuestión de momentos volaban torre arriba, cruzándose con otros alumnos que viajaban en ambas direcciones. Se detuvieron y salieron a un amplio vestíbulo que comunicaba con uno de los túneles transparentes que conectaban la torre central con las demás.

Kip miró a Liv y enarcó las cejas.

—Mis aposentos están en la torre amarilla. El amarillo ocupa el centro del espectro, por lo que los bicromos y los policromos incluyen amarillo más a menudo que otros colores, así que la torre amarilla sirve de alojamiento a la mayoría de los bicromos. En la Torre del Prisma no hay sitio para todos. ¿Te dan miedo las alturas?

—Normalmente, no —fue la titubeante respuesta.

—¡Anda, si puedes hablar!

—También puedo caerme —murmuró Kip.

—No te pasará nada, te lo aseguro. —Liv entró en el túnel. Medía cuatro pasos de diámetro y estaba recubierto de una capa de luxina azul tan fina que parecía casi invisible. El suelo de la pasarela era de luxina azul más gruesa, reforzada con delgados barrotes amarillos. Daba la impresión de ser imposiblemente frágil. Tal y como Kip había visto desde muy, muy abajo, la pasarela comunicaba con la Torre del Prisma en tan solo dos puntos: en la cara oriental y aquí, al oeste. Tras recorrer en línea recta alrededor de la mitad de la distancia hasta la torre verde, la cual quedaba justo al oeste de la Torre del Prisma, esta pasarela se cruzaba con otra más grande, circular, hecha de luxina casi transparente. De ese círculo irradiaban las pasarelas que comunicaban con cada una de las seis torres.

Liv condujo a Kip a una de esas intersecciones, el punto más alejado de cualquier soporte. Dio un salto.

—¿Lo ves?, es completamente seguro. —Se rió—. Prueba tú ahora.

—No sé —dijo Kip. Si alguna vez conseguía sobreponerse al miedo, estaba seguro de que disfrutaría de una vista magnífica. Por otra parte, era difícil admirar unas meras torres mágicas cuando tenía a Liv allí mismo—. Está bien —claudicó con un hilo de voz. No quería herir los sentimientos de la muchacha.

Claro que, como esa pasarela tan enclenque se parta, sus sentimientos terminarán, más que heridos, despanzurrados.

Para demostrar que también él tenía sentido del humor, Kip dio un saltito, aterrizó de puntillas con tanta suavidad como le fue posible y absorbió toda la fuerza del impacto con las rodillas.

—Venga, hombre —dijo Liv.

Kip suspiró y saltó tan alto que temió golpearse la cabeza con el dosel. Al aterrizar, oyó un crujido estrepitoso.

Extendió las manos a los lados en busca de algún sitio al que agarrarse, con el corazón en un puño. Se disponía a abalanzarse sobre la barandilla cuando reparó en la cara de Liv.

La muchacha se tapó la boca con una mano para disimular la sonrisa.

—No sabes cuánto lo siento —dijo—. No debería haberlo hecho. Es una especie de tradición, gastar esta broma a los nuevos alumnos, y el Prisma me pidió que te proporcionara la experiencia completa.

Kip le miró las manos. Parecía que sus dedos rodearan algo invisible. Afinó la vista, y efectivamente, allí estaba la barra de luxina supervioleta, partida por la mitad.

Soltó una risita. Consiguió que sonara tan solo ligeramente forzada.

—Pásame la tradicional fregona, ¿quieres? Me parece que acabo de dejar un tradicional charco.

Liv se rió.

—Gracias por tomártelo tan bien. Por si te sirve de algo, yo estuve a punto de desmayarme cuando el magíster nos lo hizo a toda la clase. Venga, ya falta poco.

Recorrieron juntos la pasarela circular y se desviaron hacia la torre amarilla. Puesto que esta había quedado al fondo cuando Kip entró en el patio central, no había podido verla bien. Ahora se extendía tanto a sus pies como sobre su cabeza.

—Creo que no me cabe más en los ojos —musitó.

—¿Cómo dices?

—Hoy he visto demasiados prodigios. O bien esto no es tan impresionante, o he perdido la facultad de asombrarme, porque no me parece nada más que una simple torre amarilla. Ni llamas, ni joyas, ni formas retorcidas. —La torre era luminosa, pero por lo demás parecía estar compuesta de cristal amarillo esmerilado, traslúcido pero no transparente. Quizá el hecho de que el sol estuviera poniéndose detrás de ella impidiera apreciar la torre en toda su magnitud.

Liv esbozó una sonrisa. Kip no entendía cómo había podido olvidarse de esos hoyuelos.

—Lo prodigioso de la amarilla es que se compone por entero de luxina.

—Y las demás no —musitó Kip, sin entenderlo. Parpadeó—. Quiero decir, ¿no están hechas todas de sus respectivas luxinas?

—No, no, no. Las demás tienen fachadas mágicas que cubren materiales de construcción tradicionales. La amarilla está hecha por completo de luxina amarilla.

Tras su, reconozcámoslo, breve período de formación al lado del Prisma, Kip pensaba que el amarillo se empleaba como lanolina mágica o algo por el estilo: reforzaba los otros tipos de luxina, pero por lo demás volvía a degradarse en luz con facilidad.

—Ah, creía que la luxina amarilla sería una elección poco afortunada como material de construcción, por eso de que es tan inestable. —Kip empezaba a recordar por qué había mantenido la boca cerrada hasta ahora. Cuanto más hablaba con Liv, más natural le parecía hablar de su hogar. Y más antinatural no hacerlo. En cuanto tocaran ese tema, tendría que informar a Liv de que su padre había muerto, y la placentera sensación de estar en su compañía saltaría por los aires. Esa joven radiante y risueña de encantadores hoyuelos se transformaría en una huérfana desconsolada.

—Lo es —dijo Liv—. Por eso resulta tan asombroso. —Tiró de él hacia la entrada de la torre. De pronto, Kip no estaba seguro de querer abandonar la solidez de los radios azules y amarillos.

Claro, hace un momento me preocupaba entrar en los túneles, y ahora no quiero salir de ellos.

—La luxina amarilla es la menos estable, por lo general. Regresa a su estado luminoso al menor movimiento, como agua que se evaporara en un abrir y cerrar de

ojos. Por eso se llama agua brillante. Pero ¿te acuerdas del arpista que tocó en Rekton hace unos años, el que paraba entre canción y canción para volver a afinar su instrumento?

Kip asintió con la cabeza.

—No parecía que sirviera de mucho. —Terreno peligroso, hablar de su hogar, pero si conseguía mantener la conversación hasta caer rendido de agotamiento, tal vez pudiera aplazar un día más el tener que darle la noticia.

—El caso —dijo Liv— es que sabía cuándo el arpa estaba desafinada siquiera una fracción. Nadie más podía darse cuenta. Hay personas que pueden hacer lo mismo con la luz. A fin de crear luxina del color que sea, hay que pulsar la nota adecuada dentro del color o la luxina no se formará. Si te acercas al tono adecuado tan solo aproximadamente, la luxina tendrá muchas más probabilidades de fracasar. Se pueden disimular algunos errores con fuerza de voluntad, pero solo alguien realmente especial es capaz de lograr que funcione así de bien.

—¿Esto tiene algo que ver con los supercromados? —preguntó Kip. Por fin empezaban a encajar algunas piezas.

—Sí. —Sus palabras parecían haber sorprendido a Liv—. No pensarás quedarte ahí plantado toda la noche, ¿verdad?

—Oh. —Kip la siguió al interior de la torre.

—Los supercromados pueden ver gradaciones de color más sutiles que la mayoría.

—¿Tú lo eres?

—Mmm-hummm. Aproximadamente la mitad de las mujeres lo somos.

—Pero no tantos hombres.

—En toda la Cromería solo hay diez supercromados varones.

Ah, por eso el ama Varidos le había llamado bicho raro.

—No parece muy justo —dijo Kip.

—¿Qué tendrá que ver la justicia? Tus ojos azules te permiten trazar más que yo. No se trata de si es justo o deja de serlo.

Kip frunció el ceño.

—Entonces, ¿hay que ser supercromado para crear luxina amarilla duradera?

—¿En pocas palabras? Sí. En la práctica, incluso en la supercromancia existen grados. ¿Cuántas tarjetas ordenaste durante el examen? ¿Cien? Ahora imagínate que hubiera mil, y que las gradaciones de color fueran mucho más sutiles. Para crear un amarillo sólido tendrías que superar esa prueba… y disponer del control necesario para trazar luxina amarilla en ese espectro tan limitado. El resultado, sin embargo, es la luxina más resistente de todas.

—¿Tú puedes hacerlo?

—No.

—Ah… era una pregunta indiscreta, ¿verdad? —Kip adoptó una expresión compungida.

—Soy la última persona que te reñiría por no respetar el código de etiqueta de la torre.

—Lo que significa que sí.

—Sí —respondió Liv, con una sonrisa. Pero ¿por qué tenían que ser tan bonitos esos hoyuelos?—. Todavía me cuesta creer que seas el… sobrino del Prisma, Kip.

—No eres la única. —De modo que Gavin tenía razón. Todos hacían una pausa antes de pronunciar la palabra «sobrino». Pensaba que sería mejor que escuchar constantemente que era un bastardo. Pero no.

Montaron en otro elevador y empezaron a descender. Al parecer, existía un código de preferencia que dictaba qué aposentos correspondían a quién. Cuando llegaron al cuarto de Liv, Kip se llevó una verdadera sorpresa. No solo era espacioso, sino que contenía múltiples estancias… y tenía vistas a la puesta de sol. Más de un trazador mataría por una habitación así.

—Me he mudado hace poco —explicó Liv, como pidiendo disculpas—. Soy bicroma. Por los pelos. Seguro que estás molido. Puedes dormir en mi cama.

Kip la miró, boquiabierto, convencido de que no quería decir lo que él pensaba que estaba diciendo, intentando que su expresión no revelara sus pensamientos.

—Yo dormiré en la sala contigua, bobo. Estas alfombras nuevas son tan mullidas que puedo dormir en ellas como una pariana.

Kip tragó saliva.

—No, no pensaba que quisieras… es decir, solo… esto, estaba pensando que no debería aceptar tu cama. Debería dormir yo ahí al lado.

—Eres mi invitado, y tienes que estar rendido. Insisto.

—No… eh… no quiero mancharte la cama. Estoy empapado de sudor, y de mugre. Por la prueba. —Kip echó un vistazo a la cama. Era preciosa. La habitación entera era preciosa. Por lo menos habían estado tratándola bien.

—Todo el mundo termina igual después del Trillador. Te traeré una palangana y podrás pasarte una esponja antes de perder el conocimiento, pero de veras, insisto.

Liv se perdió de vista en la sala adyacente. Kip sintió que se le formaba un nudo en la garganta. Hasta ahora no había dicho nada acerca de su padre, pero la pregunta flotaba entre ambos, prácticamente palpable. Liv regresó armada con agua humeante, una esponja y una gruesa toalla. Dejó todas las cosas encima de la mesa y se sentó en una silla, de espaldas a Kip.

—No te importa si me quedo aquí y charlamos mientras te aseas, ¿verdad? Te juro que no me daré la vuelta.

—Ah. —Pues claro que le importaba. Se giraría cuando él estuviera medio desnudo y saldría de la habitación dando alaridos, por el amor de Orholam. Una cosa

era que alguien supiera que eras rollizo, y otra muy distinta dejar que te viera las lorzas. Por otra parte, era su invitado y no le había impuesto ninguna exigencia. Estaba siendo grosero.

—Bueno, Kip… ¿cómo está mi padre? No has dicho nada de casa.

Durante largo rato, Kip fue incapaz de abrir la boca. Empieza a hablar, Kip. Cuando empieces, podrás contárselo todo.

—Estás suspirando —dijo Liv—. ¿Ha pasado algo?

—¿Recuerdas que el sátrapa envía mensajeros a Rekton todos los años, reclutando para la leva?

—¿Sí? —La voz de Liv sonó más preocupada que interrogante.

—Puedes girarte, no estoy desnudo.

La muchacha se dio la vuelta.

—Cuando el hijo del sátrapa Garadul, Rask, asumió el mando, se declaró rey. Envió otro mensajero. Puesto que la ciudad lo mandó de regreso con las manos vacías, decidió darnos una lección. —Kip exhaló un hondo suspiro—. Los mataron a todos, Liv. Soy el único que logró huir con vida.

—¿Y mi padre? ¿Qué fue de mi padre?

—Intentaba rescatar a la gente. Pero Liv, rodearon la ciudad por completo. No escapó nadie.

—Tú sí. —No creía sus palabras, Kip podía verlo en su rostro.

—Tuve suerte.

—Mi padre es uno de los trazadores con más talento de su generación. No me digas que tú conseguiste escapar y él no.

—Trajeron trazadores y Hombres Espejo, Liv. Vi cómo masacraban a la familia Delclara. A todos. La ciudad entera era pasto de las llamas. Vi morir a Ram, Isa y Sanson. Vi morir a mi madre.

—La drogadicta de tu madre me importa un bledo. ¡Estoy hablando de mi padre! No me digas que está muerto. No es cierto, maldita sea. ¡No es cierto!

Liv salió de la habitación como un torbellino y cerró la puerta de golpe a su espalda.

Kip se quedó mirando fijamente la puerta, con los hombros hundidos y los ojos anegados de unas lágrimas que ni siquiera alcanzaba a entender.

Bueno, al final tampoco había sido para tanto.

47

Siete años, siete grandes propósitos, Gavin.

Extendió la mano derecha y contó a partir del pulgar, trazando los colores por turnos: del pulgar al meñique, al anular, al corazón, al índice, de nuevo al corazón, al anular, al meñique. Una cuenta de siete, todos los colores por turnos, del subrojo al supervioleta, sintiendo el sutil hilo de emoción de cada uno de ellos.

Por el amor de Orholam, soy el Prisma. Soy el hombre completo. Señor de todos los colores. En la flor de la vida. Más poderoso que ningún Prisma que se recuerde. Tal vez el más poderoso en siglos. La mayoría de los Prismas solo vivían siete años tras su ascensión. Únicamente cuatro habían llegado a los veintiún años. Siempre en múltiplos de siete; también podían ser asesinados o morir de causas naturales, por supuesto, pero ninguno se consumía más que en los años múltiplos. Gavin había llegado a los dieciséis, de modo que aún le quedaba al menos un lustro. De hecho, si algún Prisma podía rebasar la barrera de los veintiuno, ese era él. Se sentía fuerte. Más fuerte y más dueño de sus colores que en toda su vida.

Podía tratarse de una mera ilusión, desde luego. No sería la primera vez que demostraba ser excepcional; a lo mejor caía redondo y se moría mañana.

Sintió la familiar opresión en el pecho al pensarlo. No le asustaba la muerte, pero sí fallecer antes de haber logrado sus propósitos.

Se encontraba frente a la puerta de los aposentos de su padre, en la Torre del Prisma. El esclavo de su padre (Gavin sabía que el hombre se llamaba Grinwoody, aunque era de mala educación llamar a un esclavo por su nombre si este no se presentaba antes personalmente) aguardaba, sosteniendo abierta la puerta. Una puerta abierta a la oscuridad, en más de un sentido. Gavin sintió una dolorosa punzada en el pecho. Le costaba respirar.

Andross Guile no sabía que Gavin no era Gavin. No sabía que su primogénito estaba pudriéndose bajo la Cromería. Aunque creía que Dazen estaba muerto, nunca había dado muestras de que eso le preocupara, y menos aún de lamentarlo. El destino de los traidores era el destierro y el olvido.

—¿Lord Prisma? —preguntó el esclavo.

Gavin se sacudió los últimos hilillos de luxina de los dedos. La vaharada de olores resinosos le produjo un discreto consuelo.

En la habitación de Andross Guile reinaba una oscuridad absoluta. Capas sobre capas de recias cortinas de terciopelo cubrían las ventanas y la pared entera. La antesala erigida alrededor de la entrada impedía que la luz entrara detrás de sus contadas visitas. Gavin produjo un resplandor supervioleta y transpuso el umbral.

Grinwoody cerró la puerta tras ellos. Gavin trazó una bolita de supervioleta en su mano, imperfecta a fin de mantenerla inestable. La inestabilidad propiciaba que se

desintegrara lentamente y regresara a su espectro lumínico. Para un trazador supervioleta era como portar una antorcha cuya luz resultaba invisible para los demás. Puesto que ni Grinwoody ni Andross eran supervioletas, Gavin podía generar toda la cantidad de esa luminosidad espectral que quisiera.

Ante la atenta mirada de Gavin, Grinwoody presionó un pesado almohadón contra la diminuta rendija al pie de la puerta a sus espaldas. El hombre hizo una pausa mientras sus ojos se acostumbraban a las tinieblas. No era trazador, de modo que no podía ejercer ningún control directo sobre sus ojos. En la oscuridad, un apagado (un no trazador) necesitaba media hora o más para alcanzar la plena sensibilidad a la luz. La mayoría de los trazadores lo conseguían de forma natural al cabo de diez minutos, merced al tiempo que pasaban en sintonía con la luz. Unos pocos eran capaces de alcanzar la plena sensibilidad a la luz en apenas unos segundos. Pero Grinwoody no estaba esforzándose por ver. Era evidente que había memorizado la distribución del cuarto hacía años; tan solo quería cerciorarse de que no permitía la entrada del menor resquicio de luz en la cámara de su noble amo Guile. Al cabo, satisfecho, abrió la puerta.

Gavin se alegró de disponer del supervioleta. Como todos los trazadores, había aprendido a no depender de los colores para alterar su estado de ánimo. Como la mayoría, fracasaba a menudo. La tentación era particularmente irresistible para los policromos. Había un color para despertar cada sensación, o para contrarrestarla. Como en estos instantes. El empleo del espectro supervioleta iba ligado a una sensación de extrañeza, distanciamiento o alteridad. A veces parecía irónico o cínico. Siempre era como si uno se viera desde lo alto.

Eres el Prisma, y te asusta un anciano.

A la luz supervioleta de su antorcha, Gavin vio a su padre sentado en una silla acolchada de respaldo alto, frente a una ventana tapada con cortinas y entablada. Andross Guile había sido un hombre alto y de constitución fuerte. Ahora era como si el antiguo volumen de sus poderosos hombros se hubiera desplazado a su panza. No era corpulento; sencillamente, el grueso de su peso se concentraba en su vientre. Los años de no levantarse apenas de la silla le habían dejado las piernas y los brazos enflaquecidos, fláccida y moteada la piel ya a sus sesenta y cinco años.

—Hijo, me alegra que vengas a hacerme una visita. La vejez y la soledad van de la mano.

—Lo siento, padre. La Blanca me mantiene muy atareado.

—En vez de mostrarte tan dócil con esa bruja inválida, deberías solicitar que la arpía se uniera a la Liberación este año.

Gavin omitió hacer comentario alguno. Se trataba de una discusión recurrente. La Blanca se refería en los mismos términos a Andross, aunque con menos descalificativos. Gavin se sentó junto a su padre y lo observó a la espectral luz

supervioleta de su antorcha.

Pese a las tinieblas que imperaban en la estancia, Andross Guile llevaba ceñidas unas gafas tintadas alrededor de las cuencas oculares. Gavin no lograba imaginarse viviendo en la oscuridad absoluta. Ni siquiera había sido capaz de hacerle eso a su hermano. Andross Guile era un policromo del amarillo al subrojo. Como tantos otros trazadores durante la Guerra del Falso Prisma, se había entregado hasta el límite. Y más allá. Había combatido, como cabía esperar, a favor de su primogénito. Tras abusar de la magia, había terminado destruyendo las defensas de su cuerpo contra ella. Pero después de la guerra, cuando tantos trazadores habían elegido la Liberación, Andross había preferido recluirse en estos aposentos. La primera vez que Gavin vino a visitarlo había filtros azules montados en las ventanas. Dado que su poder residía en el otro extremo del espectro, Andross se había sentido a salvo rodeado de luz azul. Desde entonces, los cirujanos le habían dicho que necesitaba oscuridad absoluta para seguir combatiendo los colores. Debía de estar realmente al filo del abismo para tomar unas precauciones tan radicales.

—He oído que intentas comenzar una guerra —dijo Andross.

—Pocas veces intento algo sin conseguirlo, me temo. —Gavin no se molestó en asombrarse porque su padre ya lo supiera. Por supuesto que Andross Guile lo sabía. Poseía la lealtad o el temor de la mitad de los ocupantes más poderosos de la torre.

—¿Cómo?

—Recibí una carta que desvelaba la existencia de un hijo mío en Tyrea. Cuando llegué a la ciudad en cuestión, la habían incendiado. Me tropecé con unos Hombres Espejo que se proponían asesinar a un chiquillo y les paré los pies.

—Los mataste.

—Sí. El chico resultó ser mi hijo natural, y los hombres resultaron ser esbirros de Rask Garadul. Pretendía castigar a la ciudad por negarse a enviar más soldados para la leva. Me aseguró que sentía un interés especial por el chico, pero creo que solo lo dijo porque pensaba que así podría hacerme daño.

—¿Un interés especial? Creía que su intención era castigar a la ciudad.

—Según él, Kip le había robado algo.

—¿Y era verdad?

—El muchacho alegó que su madre le había dado un joyero justo antes de morir a causa de las heridas sufridas durante el asalto. Pero no había robado nada.

—¿Tienes la daga? ¿Es la luxina blanca?

Un escalofrío recorrió la espalda de Gavin. Pensaba que la peor parte de esta entrevista consistiría en su padre preguntando por los detalles de unas aventuras que Gavin en realidad no había tenido y, por consiguiente, no podía recordar. Pero ¿una daga de luxina blanca? La luxina blanca era una leyenda, y que Andross Guile hablara de ella significaba que creía en su existencia. O que sabía de ella. Que la

había visto y que pensaba que Gavin debería saber de qué estaba hablando.

También su hermano había mencionado una daga. Gavin sintió una opresión en el pecho.

Si no se andaba con cuidado, echaría a perder su disfraz. Por eso evitaba a su padre en la medida de lo posible. Andross Guile era una de las pocas personas que podía saber exactamente qué recuerdos correspondían a Gavin y cuáles a Dazen. Los demás habían sido desterrados o asesinados durante la guerra. La endeble excusa de que la ferocidad del combate a muerte entre ambos hermanos había provocado que Gavin olvidara algunas cosas tenía sus límites. Andross, en particular, podría perdonarle que no recordara en detalle aquellos acontecimientos anteriores al duelo final, pero debería ser capaz de recordar lo que había sucedido años antes, ¿verdad?

—No he visto la daga —dijo Gavin—. Estaba guardada en una caja. Ni siquiera se me ocurrió que pudiera tratarse de la luxina blanca. —La luxina blanca no existía. Gavin lo sabía mejor que nadie. Había intentado crear el legendario material personalmente… y como Prisma, si alguien era capaz de lograrlo, ese era él.

—Mentecato, no entiendo cómo has podido ser siempre mi predilecto. Dazen tenía mil veces más luces que tú, pero aun así siempre me ponía de tu parte, ¿verdad?

Gavin miró al suelo y asintió con la cabeza. Las primeras palabras amables que su padre le dirigía en años, y estaban cargadas de reproche.

—¿Estás asintiendo o negando con la cabeza? Por si lo has olvidado, estoy ciego —dijo Andross, con aspereza—. Da igual. Entiendo el secretismo con el que has buscado la daga… ni siquiera mis espías sabían que hubieras comenzado tus pesquisas, así que te felicito por ello… pero cuando te tropezaste con una daga de aspecto sospechoso a la que un monarca de tres al cuarto se moría por ponerle las manos encima, ¿no sentiste un escalofrío en la nuca?

—Me rodeaban treinta trazadores hostiles, Hombres Espejo y un rey muy cabreado. Escalofríos, precisamente, no me faltaban.

Andross Guile agitó una mano, como si nada de todo eso fuera digno de tenerse en consideración.

—Sin Guardias Negros protegiéndote las espaldas, supongo. Necio obstinado. ¿De qué estaba hecha la caja?

—No lo sé… palisandro, tal vez —respondió con franqueza Gavin.

—Palisandro. —Andross Guile exhaló un hondo suspiro—. Por sí solo, eso no demuestra nada, naturalmente. Pero sugiere qué es lo próximo que debes hacer.

—Pensaba recorrer las Siete Satrapías y hablar directamente con cada uno de sus gobernantes, a ver si consigo persuadirlos —dijo Gavin—. El Espectro, claro está, no moverá un dedo. —Sabía lo que se avecinaba. Ahora su padre le diría lo que tenía que hacer y apisonaría todos los pretextos que Gavin arrojara a su paso. Por el amor de Orholam, que soy el Prisma.

—Y para cuando hayas terminado, el rey Garadul habrá conquistado Garriston. Todo lo que le dijiste al Espectro era verdad, pero tomaste la decisión y las medidas equivocadas. Por eso me tienes a mí. Si hubieras hablado conmigo en cuanto regresaste, ya lo sabrías. Al retirar unilateralmente una joya y depositarla en manos tyreanas…

—Yo no la calificaría de joya, padre…

—¡Osas interrumpirme! Ven aquí.

Envarado, Gavin se sentó frente a su padre. Andross Guile extendió una mano y encontró el rostro de Gavin. Casi con delicadeza, trazó el contorno de su mejilla. A continuación, lanzó la mano abierta hacia atrás y abofeteó a Gavin con todas sus fuerzas.

—Soy tu padre y me demostrarás el debido respeto, ¿entendido?

Tembloroso, Gavin tragó saliva e intentó dominarse.

—Entendido, padre.

Andross Guile levantó la barbilla como si estuviese analizando el tono de Gavin en busca de matices indeseados. Luego, como si nada hubiera ocurrido, continuó:

—Garadul ambiciona Garriston, de modo que aunque se tratase de una montaña de heces en medio de un vertedero, entregársela denotaría debilidad. La reacción adecuada sería arrasar la ciudad, esclavizar a sus habitantes y cubrir los cultivos de sal… e irse antes de que él llegara. Pero ya has destruido esa opción por culpa de tu incompetencia. Cuando el rey Garadul conquiste Garriston con veinte mil hombres, recuperarla te costará mucho más de lo que a él ahora ganarla, que solo la defiende un millar.

—¿Los ruthgari solo han asignado mil hombres a la defensa de Garriston? —preguntó Gavin. Era menos que una cifra simbólica. Si no hubiera tenido tanta prisa cuando pasó por Garriston, seguro que lo habría notado.

—Problemas con los aborneanos, que han vuelto a aumentar la tarifa del paso de las Angosturas. Los ruthgari pretenden intimidarlos con una exhibición de fuerza, para lo cual han recurrido a la mayoría de los barcos y los soldados de Garriston.

—Eso es absurdo. Tienen que saber que Garadul está concentrando sus tropas.

—Lo mismo opino. Creo que han sobornado a la ministra de Asuntos Exteriores ruthgari. No es tonta, así que debe de saber lo que se hace. Fuera como fuese, debes dirigirte a Garriston. Intenta salvar la ciudad y matar a Rask Garadul, pero aunque no lo consigas, recupera esa daga. Todo depende de ella.

¿Qué era «todo»? Este era el problema de fingir que uno conocía determinados secretos cuando no era verdad. Los secretos, sobre todo los más importantes y peligrosos, tenían la mala costumbre de envolverse en alusiones indirectas. Especialmente cuando los conspiradores se sabían espiados en todo momento.

Tal vez debería haber arriesgado y reconocido que se me había olvidado todo lo

relacionado con la daga.

Hubo una época en que Dazen conocía todos los secretos de Gavin, incluso aquellos que supuestamente solo compartía con su padre. Dazen y Gavin no solo eran hermanos. Habían sido los mejores amigos. A pesar de que Dazen contaba dos años menos, Gavin lo trataba de igual a igual. Sevastian era más joven; le obligaban a quedarse en casa. Gavin y Dazen compartían las mismas amistades. Juntos, ganaban y perdían los combates a puñetazo limpio con los hermanos Roble Blanco. Gavin añoraba la simplicidad de aquellas peleas. Dos bandos, una maraña de puños, y cuando una de las partes empezaba a sangrar o a llorar, la disputa se daba por zanjada.

Pero Gavin había cambiado el día que cumplió los trece. Dazen aún no tenía once años por aquel entonces. Andross Guile había llegado vestido con su atuendo de gala, majestuoso, impresionante con sus brocados rojizos y dorados y las cadenas del mismo color que le ceñían el cuello. Aun entonces, transcurrida una década desde su ingreso en el Espectro, siempre se hacía referencia a Andross Guile por su nombre de pila, nunca Andross Rojo. Todo el mundo había sabido siempre cuál era el más importante. Andross se llevó a Gavin.

Cuando regresó a la mañana siguiente, Gavin tenía los ojos hinchados como si hubiera estado llorando, aunque lo negó con vehemencia ante las preguntas de Dazen. Fuera lo que fuese que había ocurrido, Gavin no volvió a ser el mismo. Ahora era un hombre, le dijo a Dazen, y se negaba a seguir jugando con él. La siguiente vez que los hermanos Roble Blanco intentaron buscar pelea, Gavin se cargó de un subrojo tan profundo que el calor emanaba de él en oleadas, e informó en voz baja a los hermanos de que, si lo atacaban, el resultado pesaría sobre sus conciencias.

En aquel momento, Dazen supo que Gavin realmente habría sido capaz de matarlos.

A partir de entonces, Gavin y su padre se convirtieron en confidentes. Dazen había quedado relegado al olvido. Durante algún tiempo se dedicó a jugar con Sevastian. Más adelante, este también desapareció, y Dazen se quedó solo. Esperaba que volviesen a aceptarlo en su círculo cuando cumpliera los trece, pero la fecha transcurrió sin que su padre reparara apenas en ella. Cuando llegó el momento de que Orholam nombrara a su siguiente Prisma, los Jaspes se transformaron en un hervidero de especulaciones, pero Dazen sabía que su hermano mayor sería el elegido. El cómo carecía de importancia. Andross llevaba toda la vida preparando a Gavin para ostentar ese cargo.

Mientras que a mí nadie me preparó para nada. Un paria destinado a casarse con Karris Roble Blanco o cualquier otra muchacha para frustrar las ambiciones de cualquier otro progenitor. E incluso eso intentó arrebatármelo Gavin.

Eso era lo que más difícil hacía mantener su disfraz; no fingir que era Gavin, sino

soportar el recordatorio de todo lo que Gavin había tenido y a él siempre le había estado vetado.

—Así que ir a Garriston, salvar la ciudad o reducirla a cenizas, asesinar a Garadul y recuperar la daga. Parece pan comido. —Si Gavin hacía bien las cosas, eso satisfaría uno de sus propósitos y allanaría el terreno para otro.

—Te daré unas cartas para los ruthgari —dijo Andross—, para garantizar su obediencia.

—¿Vas a convertirme en el gobernador de Garriston? —Cada vez que Gavin olvidaba cuán poderoso era su padre (aun encerrado en esta habitación minúscula), Andross hacía algo para recordárselo.

—No de forma oficial. Si fracasaras, mancharías nuestro apellido. Pero me aseguraré de que el gobernador haga cuanto le pidas.

—Pero al Espectro…

—No siempre hay por qué hacerle caso. Destituir a un Prisma no es tarea sencilla, ¿sabes? A tu regreso hablaremos de tus planes de boda. Va siendo hora de que engendres algún heredero legítimo. La aparición de un hijo bastardo hace que el tiempo apremie más que nunca.

—Padre, no…

—Si aplastas a uno de los sátrapas, por rebelde que sea, tendrás que comprar el favor de los demás. Ha llegado el momento. Me obedecerás sin rechistar. Más adelante volveremos sobre el problema que nos plantea ese bastardo.

48

Liv había ido al jardín de luz que había en lo alto de la torre amarilla para pensar, pero era como si no pudiese dar ni diez pasos sin toparse con alguna pareja de jóvenes acaramelados. Al ponerse el sol, el jardín de luz se convertía en un lugar espectacular… y en el punto de encuentro predilecto de los enamorados. Liv debería haberse acordado. Ver a tantas parejas resultaba especialmente mortificante cuando uno se sentía tan solo.

Se fue, batallando con las emociones encontradas, lamentando haber sido tan brusca con Kip, convencida de que su padre aún seguía con vida, aterrada por la posibilidad de que estuviera equivocada. Sola, asustada por el futuro, y ahora (abofeteada por la facilidad con que todo el mundo parecía encontrar a alguien que lo quisiera) desesperada por encontrar la compañía de un chico. De cualquiera. Bueno, prácticamente de cualquiera. Liv llevaba tres años en la Cromería y lo único que había obtenido era un puñado de relaciones infructuosas. El ser tyreana, hija de un general del bando perdedor y pobre marchitaba cualquier posible interés antes de que le diera tiempo a desarrollarse. El único chico que pensaba que realmente sentía algo por ella la había invitado al Baile de los Señores de la Lux para luego darle plantón e irse con otra muchacha. Al parecer, se había tratado de una novatada. Un año después se convirtió brevemente en motivo de competición entre algunos de los chicos más populares. Durante dos semanas maravillosas, fue el centro de atención. Por fin tenía la impresión de haberlo conseguido, de que la gente empezaba a aceptarla. Uno de los muchachos la había invitado al Baile de los Señores de la Lux.

Entonces oyó a uno de los otros mencionar la apuesta que habían hecho para ver quién lograba cepillársela antes. Su venganza había sido inmediata y temible. Había prometido al muchacho que debía acompañarla al baile (el líder de la pandilla, un joven noble llamado Parshan Payam) que le entregaría su virginidad si la ayudaba a hacer realidad una de sus fantasías más tórridas. Al muy cretino se le caía la baba.

Una vez en el Baile de los Señores de la Lux se encontraron en un rincón apartado del salón principal. Convenció a Parshan para que se desvistiera por completo, a pesar de que casi toda la Cromería estaba bailando, conversando y bebiendo a meros pasos de distancia. Dejó de besarlo mientras las repugnantes manos del muchacho se deslizaban por su cuerpo y le preguntó cuál sería la recompensa si ganaba la apuesta.

—¿Lo sabes? ¿Y no estás enfadada?

—¿Por qué habría de estarlo? Cierra los ojos. Tengo una sorpresa para ti.

—¿Una sorpresa agradable?

Liv le acarició el vientre con las uñas. Bajó la mirada. Se humedeció los labios.

—Te dejará sin aliento. Te lo prometo.

Parshan cerró los ojos. Liv recogió toda su ropa y, como una exhalación, se mezcló con los demás asistentes al baile. El muchacho soltó un gritito y salió corriendo tras ella, adentrándose en la fiesta completamente desnudo.

—¡Aquí tienes tu premio, Parshan Payam! —exclamó Liv, para que todos los que no hubieran reparado de inmediato en el joven desnudo lo hiciese ahora y supiesen quién era.

Los bailarines pararon. Los músicos dejaron de tocar. Un centenar de conversaciones se interrumpieron de golpe.

—¡¿Apostar con tus amigos a ver con quién pierdo la virginidad?! Eres despreciable. Un canalla y un embustero. Me das asco. No eres lo bastante hábil para engatusarme, ni lo bastante listo para engañarme, ni lo bastante hombre para poseerme. —Arrojó el elegante atuendo del joven a la fuente de ponche.

Por doquier se escucharon risitas nerviosas. Parshan se quedó petrificado. Con la ropa empapada de ponche, carecía de sentido volver a ponérsela. Intentó cubrirse como pudo con las manos.

En medio de un silencio salpicado de aplausos dispersos, una Liv furibunda salió del salón de baile y entró en el salón de la fama de la Cromería. Por desgracia, convertirse en leyenda tras ridiculizar a quien había manifestado un interés romántico por una (sin importar cuán innoble fuera dicho interés) no era la mejor manera de alentar a los demás posibles aspirantes. Todos los muchachos le profesaban un miedo cerval.

Pero ¿qué hago pensando en chicos? Mi padre está muerto.

No, no lo está. Padre ha salido de peores aprietos. No se dejaría atrapar. Es demasiado listo para eso.

Aun así, estaría bien tener a alguien con quien hablar. Con franqueza, una buena llorera conseguiría que se sintiera mucho mejor.

Liv arrastró los pies hasta el cuarto de Vena, pero al llegar descubrió que era esta la que estaba llorando. Liv salió al instante de su trance de autocompasión. Vena no solo estaba llorando, sino que lo hacía a moco tendido. La muchacha tenía el pelo corto, esmeradamente revuelto por lo general, aplastado contra el cráneo como si hubiera estado apoyando la cabeza en las manos. Sus ojos se veían hinchados.

—¡No me lo puedo creer, Liv! ¡Te he buscado por todas partes! —exclamó Vena —. Es un desastre. ¡Por Orholam, Liv, me mandan a casa!

Liv paseó la mirada por la estancia y vio que todas las pertenencias de Vena ya estaban guardadas en unos grandes baúles. Con todas las cosas que poseía y todos los adornos que había ido desperdigando por cada hueco libre que había en su pequeña habitación, Liv sabía que Vena no podría haber hecho el equipaje sin ayuda.

—¿Qué sucede?

Vena tardó varios minutos en relatar lo ocurrido de forma coherente, sin bien la

historia era muy simple: La muchacha se había quedado sin patrocinador. El noble aborneano que poseía su contrato había perdido una fortuna en una maniobra empresarial y tenía que recortar gastos. Al parecer, había puesto el contrato de Vena a la venta, pero no había encontrado compradores. El patrocinador de otro joven trazador había adquirido la habitación de Vena, no obstante. La muchacha debía dejarla libre de inmediato. A Vena le habían comprado un billete a casa, para esta noche. Debía reunirse con su patrocinador para dilucidar la mejor manera de que este recuperara el dinero invertido en ella.

Vena podía terminar de sirvienta, pero lo que la atemorizaba era que el noble la vendiera a los tratantes de esclavos. Era ilegal (de los contratos de aprendizaje de los trazadores a la esclavitud medía un abismo), pero todo el mundo conocía historias por el estilo.

—Liv, ¿te importaría prestarme un poco de dinero? Podría escapar.

—No puedo…

—Por favor, Liv, te lo suplico. Sé que no sería un préstamo. Nunca podría devolvértelo, pero no soportaría volver a casa. Por favor.

El corazón de Liv se detuvo en su pecho. Si hubiera esperado una semana más antes de acudir a los prestamistas, habría retirado otra porción de su paga y ahora dispondría de dinero de sobra para ayudar a su amiga.

—Acabo de saldar una deuda, Vena. No me queda nada. Se lo ha llevado todo.

Vena se desinfló.

—Espera, podríamos vender algunos de mis vestidos. Si esperas a mañana…

—No, olvídalo. Para entonces ya habrán empezado a buscarme, y saben que eres mi única amiga. Estarán vigilándote. Era una idea estúpida. Debo hacer frente a esto.

Alguien llamó a la puerta con los nudillos.

—¿Señorita? —llamó una voz masculina.

Vena abrió la puerta, y cuatro hombres con atuendo de esclavos entraron y recogieron los baúles. Vena levantó su petate del suelo.

—¿Me acompañas al muelle? —preguntó a Liv, con cara de resignación.

Horrorizada aún, sin creerse lo que estaba ocurriendo, Liv asintió con la cabeza.

Emprendieron la marcha con parsimonia, como si pudieran aplazar eternamente lo inevitable.

—Este lugar es realmente asombroso —dijo Vena mientras cruzaban el puente juntas por última vez—. Es una maravilla. Y he formado parte de él. Durante algún tiempo. Mi padre era sirviente, igual que mi madre. Ir a casa y convertirme en criada no tiene nada de malo. No soy mejor que ellos. ¿Y sabes qué? ¡He conocido al Prisma! —Se le iluminaron los ojos—. ¡Dijo que le parecía prodigiosa! Y alabó mi vestido. Se fijó en mí, Liv, en mí, con todas las chicas tan guapas que estaban presentes. Nadie podrá arrebatarme eso. ¿Cuántas personas… cuántos trazadores no

consiguen algo así en toda su vida? ¡El mismísimo Prisma!

Su valentía hizo que a Liv se le anegaran los ojos de lágrimas. Se esforzó por evitar cruzar la mirada con Vena, segura de que de lo contrario perdería el control.

Pero llegaron a los muelles antes de lo esperado. Se despidieron llorando, prometiendo escribirse, y Liv le aseguró a Vena que recurriría a cuantos contactos pudiera reunir para devolverle su plaza. Vena sonrió con tristeza, resignada.

—Vamos, damiselas —las apremió el capitán—. El tiempo y la marea no esperan a nadie, y las niñas lloronas no son ninguna excepción.

Liv abrazó a Vena una vez más y se fue. Acababa de salir de las tablas del embarcadero cuando vio una figura familiar acechando en las sombras como una araña. Aglaia Crassos.

—¡Tú! —exclamó Liv—. ¡Esto es obra tuya!

Aglaia sonrió.

—Me pregunto, Liv, ¿crees que estamos en deuda con nuestros amigos? ¿Una deuda de afecto, de compromiso?

—Desde luego que sí.

—Pero en lo que a tu amiga se refiere, al parecer, esa deuda no es tan importante como tu necesidad de desafiarme.

—Zorra —dijo Liv, temblando de pies a cabeza.

—No soy yo la que permite que su amiga pague por mi orgullo. Esto puede parar, Liv, o puede empeorar.

—Todavía quieres que espíe al Prisma.

—Vena no se dirige a casa, por si te interesa saberlo. Su contrato ya es mío. Y he hecho un trato con un ilytiano de reputación… bastante dudosa. Está dispuesto a ofrecerme un buen precio a cambio de Vena. Mucha gente siente reparos a la hora de comerciar con trazadores. Por otra parte, no es una trazadora de pleno derecho, por lo que no disfrutará de los mismos privilegios que un trazador normal. Pero, en fin, a Vena le encanta navegar, ¿no? En las galeras no abundan las mujeres. No suelen aguantar mucho, y los demás esclavos tampoco las tratan demasiado bien, así que sus dueños las destinan a otras tareas. Pero se puede arreglar.

No solo una esclava. Una esclava de galeras. Lo peor de lo peor. Liv hubo de reprimir una arcada. La sobrevino el deseo de asesinar a Aglaia. Que Orholam se apiadara de ella.

—O… —añadió Aglaia—. Solo tienes que decirlo. —Inclinó la cabeza hacia un mensajero que aguardaba de pie al otro lado de la calle—. Correrá a entregarle al capitán un mensaje en el que se explica que todo ha sido un error, que Vena ha sido aceptada de nuevo en la academia, etcétera. Los milagros existen. Eres mi proyecto especial, Liv. Gozas de mi atención incondicional.

Desesperada, Liv dirigió la mirada hacia el bote. Era cierto. No tenía amigos, ni

opciones, ni escapatoria. ¿Cómo podía enfrentarse a Aglaia Crassos, tan poderosa y adinerada? Si pedía ayuda al Prisma, este le haría preguntas. Pensaría que había estado espiándolo desde el principio. La Cromería y las satrapías estaban corrompidas hasta la médula. Todos estaban en contra de ella.

—Date prisa, Liv, la marea está cambiando —dijo Aglaia.

No había otra salida, ni tiempo para intentar encontrar una alternativa. Tal vez su padre hubiera dicho que no, escupido a la fea cara de Aglaia y conservado el honor. Liv no era tan fuerte. Que los tiburones y los demonios marinos se la llevaran.

—De acuerdo —dijo, con el corazón martilleando en su pecho—. Tú ganas. ¿Qué tengo que hacer?

49

Gavin ni siquiera había terminado de abandonar los aposentos de su padre cuando presintió que se avecinaban nuevos problemas. La habitación de su madre quedaba justo al lado de la de Andross, era imposible salir sin pasar por delante de su puerta… y esta se encontraba abierta.

Todas las veces. Todas las cochinas veces. Si las ventanas de su padre no tuvieran los postigos cerrados ni estuvieran cubiertas de capa sobre capa de cortinajes, Gavin habría saltado por una de ellas. De hecho, fue en una situación parecida cuando trazó su primera boneta. Cada vez que regresaba aun del más breve de los viajes, era como si tuviera que pasarse el día entero reuniéndose con un personaje importante tras otro. Lo único que hacía era hablar con personas… y todas ellas parecían tener alguna exigencia que hacerle.

Así y todo, Gavin traspasó el umbral de la habitación de su madre al pasar por delante. La esclava de cámara era una joven tyreana, a juzgar por sus ojos oscuros, sus cabellos morenos y su piel como el kopi. Gavin le indicó que podía cerrar la puerta a su espalda. Su madre tenía un don para adiestrar a los esclavos: incluso una adolescente como esta sabía esperar atentamente y responder a las señales más discretas. Claro que Gavin tampoco era tan distinto, ¿verdad?

—Madre —dijo Gavin. La mujer se levantó cuando él se acercó. Le besó los dedos cargados de anillos, y ella se rió y le dio un abrazo, como hacía siempre.

—Hijo mío. —Felia Guile aún conservaba el atractivo a sus cincuenta y pocos años. Era prima de la familia real atashiana, y en su juventud las familias nobles de Atash rara vez contraían nupcias con extranjeros. Andross Guile, naturalmente, había sido un caso especial. Como siempre. Felia poseía la tradicional y espectacular combinación atashiana de piel olivácea y ojos acianos, si bien los iris azules contenían un amplio halo de naranja apagado. Había sido una trazadora naranja, aunque de modestas aptitudes. Andross jamás se hubiera casado con una mujer que no pudiera trazar. Delgada a pesar de sus años, Felia ofrecía una imagen regia, elegante, cómoda consigo misma, imponente sin llegar a intimidar, bella y afectuosa.

Gavin no lograba entender cómo soportaba el estar casada con su padre.

Felia levantó dos dedos de la mano izquierda para despedir a la esclava de cámara, sin apartar los ojos de Gavin.

—Bueno, he oído que tienes un… sobrino.

Gavin carraspeó. Pero ¿a qué velocidad viajaban las noticias en ese lugar? Paseó la mirada alrededor de la estancia. La esclava se había perdido de vista.

—En efecto.

—Un hijo natural —dijo Felia Guile, cuyos labios se tensaron por un momento. Ella jamás pronunciaría la palabra «bastardo». Su inmensa paleta de expresiones

faciales eliminaba esa necesidad. Con el paso de los años, el naranja la había vuelto más empática y suspicaz. Unido a su intuición e inteligencia congénitas, esto hacía de ella un ser formidable.

—Así es. Un buen chico. Se llama Kip.

—¿De quince años de edad? —O lo que era lo mismo, engañaste a tu prometida, con la que llevo apremiándote a casarte los últimos dieciséis años. Felia adoraba a Karris. Andross Guile se había opuesto terminantemente a que Gavin se desposara con una mujer cuya familia se había quedado sin nada, como la de Karris, después de la guerra. Era uno de los pocos aspectos en que la madre de Gavin había continuado desafiando a su padre. Por lo general, cuando surgía alguna desavenencia entre ellos, Felia exponía sus objeciones con elocuencia y firmeza, para luego acatar cualquiera que fuese la decisión de Andross. En no pocas ocasiones, Gavin había visto a su padre cambiar de parecer tras una de las artísticas capitulaciones de su madre. La discusión a propósito de Karris Roble Blanco, sin embargo, había estado salpicada de invectivas, añicos de porcelana y lágrimas. A veces Gavin pensaba que, si él no hubiera estado presente durante la pelea, Andross habría dado el brazo a torcer; pero era incapaz de quedar en ridículo delante de nadie, y menos del rebelde de su hijo.

—Correcto.

Felia recogió las manos sobre el regazo y escudriñó el rostro de Gavin.

—Bueno, ¿y te sorprende su existencia tanto como a los demás, o más todavía?

Un escalofrío recorrió la espalda de Gavin. Su madre no tenía ni un pelo de tonta. Tomaba tantas precauciones como el que más contra los oídos indiscretos, pero sabía imprimir un significado inequívoco a sus palabras cuando se lo proponía. Después de la Roca Hendida, cuando Dazen fue el único en salir tambaleándose de la conflagración mágica, vestido con la ropa de su hermano, su corona y sus cicatrices bajo varias capas de sangre y hollín, todo el mundo lo había tomado por Gavin sin hacer preguntas. Pese a la diferencia de edad, ambos hermanos habían sido confundidos con gemelos docenas de veces, y sus gestos eran extraordinariamente parecidos. Dazen se había esmerado por emular las idiosincrasias léxicas y expresivas de su hermano. Cualquier disonancia que hubiera surgido al terminar la guerra se atribuía a los cambios operados en Gavin por haberse visto obligado a acabar con la vida de su hermano.

Pero Gavin despertó la primera mañana tras su regreso a la Cromería con su madre sentada al pie de la cama. Aunque Felia tenía los ojos enrojecidos e hinchados a causa del llanto, sus mejillas estaban secas. Había procurado desahogarse mientras Gavin dormía.

—¿Pensabas que no iba a reconocer a mi hijo? —le había preguntado—. Eres sangre de mi sangre. ¿Pensabas que podrías engañarme?

—No creí que llegaría tan lejos, madre. Esperaba que mil personas distintas ya

hubieran descubierto la farsa, pero ¿qué puedo hacer?

—Entiendo por qué has hecho lo que has hecho. Es solo que me había preparado para encajar tu muerte, no la de tu hermano, y verte ahora… Es como tener que elegir cuál de mis hijos preferiría que hubiese muerto.

—Nadie te pediría que hicieras algo semejante.

—Dime tan solo una cosa. ¿Gavin está muerto?

—Sí. No quería… No me dejó… Lo siento.

Los ojos de Felia se anegaron de lágrimas, pero la mujer las ignoró.

—¿Qué necesitas, Dazen? He perdido a tus dos hermanos. Juro por Orholam que no te perderé también a ti.

—Diles que estoy convaleciente. Diles que la batalla estuvo a punto de acabar conmigo. Cuando llegue el momento, diles que me ha cambiado. Pero no me hagas parecer débil.

De ese modo se había convertido en su única aliada real dentro de la Cromería. Y en cuanto se fue, él había atrancado la puerta antes de abrir el baúl en el que yacía su hermano drogado, a un palmo del lugar que acababa de abandonar su madre. Observó minuciosamente a la figura inconsciente, y después su imagen en el espejo. Tras tomar nota de todas las diferencias, puso manos a la obra. Su hermano tenía un mechón de cabello que sobresalía entre los demás cuando lo llevaba muy corto; el nuevo Gavin debería dejarse el pelo largo para que nadie reparara en esta disparidad. Gavin era un poco más bajo que Dazen, y le gustaba calzar botas con más tacón; el nuevo Gavin se pondría zapatos de suela lisa. Empezó a elaborar listas con las manías de su hermano, el modo en que acostumbraba a torcer el cuello a izquierda y derecha hasta que crujían las vértebras. ¿O era a derecha e izquierda? Maldición, Dazen ni siquiera sabía cómo conseguir que le crujieran las vértebras. A Gavin le gustaba afeitarse a diario, incluso dos veces al día, para tener las mejillas siempre tersas; Dazen acostumbraba a afeitarse un par de veces a la semana, pues lo consideraba un incordio. Gavin desprendía siempre una fragancia característica; Dazen nunca había prestado atención a ninguna colonia. Tendría que encargar a un esclavo que le consiguiera la misma. Gavin era celoso de su atuendo y procuraba vestir siempre a la última moda; Dazen ni siquiera sabía por dónde empezar. Tendría que investigarlo. ¿Se depilaba Gavin las cejas? Orholam bendito.

Otros cambios entrañaban más dificultad. Dazen tenía una peca en la cara interior de uno de sus codos. Apretó los dientes y se la extirpó con una navaja. Le dejaría una pequeña cicatriz. Nadie se daría cuenta.

Su madre le ayudaba, viniendo todos los días, pañuelo en mano para sus lágrimas mudas, pero con la espalda recta como el palo de una escoba. Apuntó tics de los que Dazen jamás se hubiera acordado, como la postura que adoptaba su hermano cuando se quedaba pensativo, cuáles eran los platos preferidos de Gavin y cuáles los que más

aborrecía.

Pero la principal razón de su éxito había sido el verdadero Gavin en persona. Gavin había retratado a Dazen como un Falso Prisma. Había jurado que Dazen engañaba a sus seguidores con trucos de salón que jamás convencerían a quien no fuese un criminal o un demente, o a quien aspirara a obtener algún beneficio respaldando a un Falso Prisma. Todo el mundo sabía que solo podía existir un Prisma por generación, por lo que las palabras del antiguo Gavin se daban por ciertas de forma automática. Quienes opinaban lo contrario, quienes sabían que Dazen nunca había necesitado recurrir a burdos trucos de salón, quienes sabían que era tan Prisma como Gavin (en otras palabras, los partidarios y amigos más íntimos de Dazen) se habían desbandado a los cuatro vientos tras la Batalla de la Roca Hendida. Los había traicionado, y aunque se tratase de una traición motivada por una buena causa, seguía pasando muchas noches en vela pensando en los piratas ilytianos que vendían a sus seguidores como esclavos en un centenar de puertos distintos. Redactó su primera lista de siete grandes propósitos, e hizo todo cuanto estaba en su mano.

Contra viento y marea, su madre le había salvado el pellejo una docena de veces. Se merecía conocer la verdad.

—Más —respondió ahora. Se había sorprendido más que nadie al descubrir que tenía un hijo. Sus hombres y él habían vivido en cuevas, siempre a la fuga, y aunque hubiera poseído las energías necesarias para recrearse con alguna de sus seguidoras, se sentía demasiado abatido por el compromiso de Karris y Gavin. Dazen no se había acostado con nadie durante la guerra.

Felia se levantó y caminó hasta la puerta, la abrió para cerciorarse de que no hubiese nadie espiando y regresó a su asiento. En voz baja, dijo:

—De modo que has adoptado al hijo natural de tu hermano. ¿Por qué?

Porque no dejas de darme la lata pidiéndome un nieto, estuvo a punto de responder, pero sabía que eso heriría sus sentimientos. ¿Porque era lo más justo? ¿Porque es lo que habría hecho Gavin? No, no estaba seguro de que Gavin hubiera hecho lo mismo en su lugar. ¿Porque el muchacho no tenía nada y se merecía una oportunidad? ¿Porque Karris estaba allí, observándolo, y lastimarla haciendo lo correcto le producía un placer malsano?

—Porque sé lo que es la soledad. —Le sorprendió que esa fuera la verdad.

—Subestimas a Karris —dijo su madre.

—¿Qué pinta ella en todo esto?

Su madre se limitó a sacudir la cabeza.

—¿Le ha sentado mal?

—Por así decirlo.

—¿Qué harás si tu padre se niega a reconocer al muchacho?

—No me hará cambiar de parecer, madre. Pocas veces hago lo correcto. No

permitiré que me arrebate esta oportunidad.

Felia sonrió de repente.

—¿Está en tu lista de siete propósitos? ¿Desafiarlo?

—En mi lista no hay imposibles.

—¿Así que es más difícil que detener la Guerra de la Sangre? ¿Más difícil que aniquilar a los barones piratas?

—El doble de difícil —dijo Gavin—. Y sí.

—Eso lo has heredado de él, ¿sabes?

—¿El qué?

—Tu padre siempre hacía listas, objetivos que después iba tachando. Casarse con una chica de buena familia antes de cumplir los veinticinco, unirse al Espectro antes de los cuarenta… lo consiguió con treinta y cinco… etcétera. Bien es cierto que nunca tuvo que organizar su vida en tandas de siete años.

—¿Nunca quiso ser Prisma? —preguntó Gavin.

Felia no respondió de inmediato.

—Por regla general, los Prismas solo duran siete años.

Demasiado poco para mi padre. Ya veo.

—Quería tener más hijos e hijas, ¿verdad? —Incluso después de Sevastian. Más herramientas. Más armas, por si se torcían las cosas.

Felia no dijo nada.

—Quiero irme a casa, Gavin. Hace años que quiero unirme a la Liberación. Estoy tan cansada.

Por un momento, Gavin no pudo respirar. Su madre era la mismísima quintaesencia de la vitalidad. Belleza, energía, inteligencia, bondad. Oírla hablar como si estuviera acabada, como si quisiera renunciar a todo, equivalía a recibir un puñetazo en la boca del estómago.

—Tu padre jamás lo consentiría, por supuesto —añadió Felia, con una sonrisa teñida de tristeza—. Pero con su permiso o sin él, en algún momento de los próximos cinco años lo haré. Ya he enterrado a dos hijos. No pienso enterrarte también a ti. —De modo que solo quería avisarle, darle tiempo para prepararse. Por Orholam, Gavin ni siquiera quería pensar en ello. Su madre había sido su única compañía, su mejor consejera, la única persona capaz de detectar cualquier amenaza a leguas de distancia, la única que le profesaba un amor incondicional.

»Bueno, ¿cuáles eran tus siete propósitos? ¿Has cumplido ya alguno? —preguntó Felia, devolviendo la conversación a terreno seguro, pese a saber que Gavin intentaría evadirse.

—He aprendido a volar. Me llevó casi todo el año pasado.

Felia lo miró como si no supiera muy bien si intentaba tomarle el pelo.

—Eso sería muy práctico —observó con cautela.

Gavin se rió.

—Lo dices en serio.

—Tendré que llevarte a dar un paseo algún día… por los aires —dijo Gavin—. Te encantará.

—¿Te crees que con eso puedes distraerme e impedir que te sonsaque el resto de tus objetivos?

—Absolutamente —repuso Gavin, con fingida solemnidad—. Me enseñó la mejor.

—De acuerdo —dijo Felia—. Venga, fuera de aquí. —Gavin había recorrido medio camino hasta la puerta cuando su madre exclamó—: ¡Gavin! —Así lo llamaba ahora, siempre, aunque sus ojos pronunciaran el nombre de Dazen—. Ten cuidado. Ya sabes cómo se pone tu padre cuando alguien le lleva la contraria.

50

Kip se despertó con el brazo dormido de un sueño en el que su madre le sostenía la cabeza en el regazo. Aunque, más que un sueño, era un recuerdo a medias. Él era pequeño. Su madre, con los ojos hinchados y enrojecidos, le acariciaba el pelo con los dedos. Los ojos rojos solían ser señal de que había estado fumando cencellada, pero esta mañana no olía ni a humo ni a alcohol. Lo siento, estaba diciendo, lo siento muchísimo. Lo he dejado. A partir de ahora será diferente. Te lo prometo.

Entreabrió un ojo incrustado de legañas y soltó un gemido. Qué bien, madre, ¿te importaría quitarte de encima de mi brazo? Rodó de costado. ¿Había dormido en el suelo? ¿Tumbado en una alfombra? ¡Oh! A medida que la sangre fluía lentamente a su brazo, este empezó a dolerle. Se lo frotó hasta que recuperó la sensibilidad. ¿Dónde estaba? Ah, en la habitación de Liv. Comenzaba a despuntar el sol.

Kip se sentó y vio a una mujer que entraba en el cuarto. Puede que le hubiera despertado la puerta al abrirse. Liv debía de haber dormido en otra parte. Las sábanas ni siquiera estaban revueltas.

—Buenos días, Kip —dijo la mujer. Era morena, de cejas grávidas y pelo crespo, y le envolvía el cuello una llamativa bufanda dorada. Era fuerte, inmensamente alta, con grandes hombros pesados y un vestido verde con estampados chillones que la cubría como una sábana a una galeaza—. Ya es de día, hora de tu primera lección. Soy el ama Helel.

—¿Vos sois mi magíster? —preguntó Kip, que seguía frotándose el brazo entumecido.

—Ya lo creo que sí. —La mujer esbozó una sonrisa que no se reflejó en sus ojos —. Y recordarás la clase de hoy mientras vivas. Arriba, Kip.

Kip se levantó. La mujer pasó junto a él y abrió la puerta que daba a un pequeño balcón.

—Ven, date prisa —dijo—. Tienes que ver esto antes de que el sol termine de elevarse sobre el horizonte.

Con el cabello apelmazado, la boca llena de algodón, el aliento maloliente y agujetas en el brazo, Kip se pasó la lengua por los labios secos y se situó frente al ama Helel. Los ojos de la trazadora eran intensos y oscuros, tanto que ni siquiera delataban cuál era su color.

Qué extraño. Heme aquí, supuestamente capaz de distinguir las diferencias más sutiles en tonos indetectables para la mayoría de la gente, y ni siquiera podría decir de qué color tiene los iris. Kip salió al balcón de luxina amarilla pura. Al margen de unas franjas de agua o suciedad, todo se veía sobrenaturalmente nítido.

A pesar de que la experiencia del día anterior le había enseñado que el amarillo era uno de los materiales más resistentes que se conocían, Kip apoyó el peso en el

balcón con cautela. Era sólido, por supuesto. Debido al modo en que todas las torres se inclinaban hacia fuera, como los pétalos de una flor, si Kip se caía desde aquí, se estrellaría contra las rocas varios cientos de pies más abajo, al filo del agua. El salto desde los pisos que quedaban sobre sus cabezas, aún más salientes, sería peor. Tragó saliva e intentó concentrarse en el sol naciente.

—No tenemos todo el día, Kip —dijo el ama Helel. Había algo en su voz, una tensión soterrada.

Kip se giró mientras la mujer salía al balcón con él. Al principio pensó que había tropezado, porque se abalanzó hacia delante de improviso. Hizo ademán de atraparla. Si estar gordo tenía alguna ventaja era que podía sostener grandes pesos.

Pero el ama Helel extendió ambas manos como arietes. El movimiento hacia delante de Kip lo situó entre sus brazos. Los pulgares de la mujer le arañaron el pecho al deslizarse por sus costados. Maldijo mientras se enredaban en un torpe abrazo.

—Ya os tengo —dijo Kip—. No os preocupéis, no vais a…

La gigantesca mujer recuperó el equilibrio y se irguió. Era mucho más alta que Kip, y el movimiento aplastó sus grandes pechos aplanados contra las mejillas del muchacho. De alguna manera, la barbilla de Kip se enganchó en el cuello abierto del vestido cuando el ama enderezaba la espalda, y por un fugaz (pero no tanto como le hubiera gustado) momento, el fláccido escote le engulló por completo la cara.

—¡Gah! —farfulló Kip.

El ama Helel ya estaba agachándose, afortunadamente liberando la tela de la barbilla de Kip en el proceso, pero continuó inclinándose, presionando el cuerpo contra él. Tras una experiencia que sin duda reviviría en sus sueños, y no para bien, Kip optó por quitarse de en medio.

Unos grandes dedos carnosos se engarfiaron en las piernas de Kip, cuyo paso a un lado provocó que la mano izquierda de la mujer se soltara de su pierna derecha. A continuación, el ama Helel tiró hacia arriba.

—¿Qué estáis…? —Kip enmudeció al fijarse en sus ojos.

Concentración absoluta, una completa ausencia de emoción. La mujer empujó con fuerza contra Kip, hacia arriba. El muchacho tardó demasiado en encajar todas las piezas.

La intensidad, la historia, la falta de color en sus ojos, el tropezón que en realidad no había sido tal cosa. Había sido una embestida. La indiferencia cuando Kip se aplastó contra sus senos… porque uno no deja que el roce de un poco de carne lo detenga. No cuando alberga intenciones asesinas.

Kip apoyó las manos en la balaustrada a su espalda. Con tan solo una pierna en su poder, el ama Helel tiró violentamente hacia arriba. Era tan fuerte que el peso de Kip no le suponía el menor problema.

Si fuera más valiente, Kip le habría plantado cara. Si fuera más flexible, habría

permitido que le levantara una pierna mientras él se sostenía en la otra y la reducía a un montón de pulpa sanguinolenta. En vez de eso, Kip adoptó la estrategia del gordinflón. Se quedó inmóvil, grávido, convirtiendo todo su peso en peso muerto, buscando el suelo como hacía siempre que Ram intentaba alardear izándolo en volandas y lanzándolo por los aires. Si Kip se desplomaba, Ram nunca podría levantarlo, mientras que si mantenía el cuerpo rígido, Ram podría manejarlo a su antojo.

El ama Helel apartó la mano de la pierna izquierda de Kip, buscando asidero en otra parte de su orondo cuerpo. Kip se contoneó como un pez, empujando contra el balcón en un intento por regresar al interior de la torre. La mujer lo inmovilizó contra la esquina del balcón con su peso, nada desdeñable a su vez, y amartilló el brazo izquierdo dispuesta a aporrearlo.

Pero el suelo lo llamaba, y sin un brazo fuerte que lo sostuviera, Kip acudió a su encuentro. El puño de la mujer descendió y logró impactar de refilón, pero Kip seguía cayendo. El ama Helel aflojó su presa y Kip rodó panza arriba. La mujer escupió una maldición e intentó levantarlo tirando de la misma pernera del pantalón que el muchacho le disputaba débilmente.

La tela se desgarró y se resbaló de su cintura. Los pantalones se le enredaron alrededor de las rodillas, pero si bien la prenda holgada le entorpecía los movimientos, tampoco contribuía a afianzar la presa de la asesina. La mujer volvió a maldecir y le propinó un puñetazo en la pierna. Plantó los pies con firmeza en el suelo y se dispuso a darle una paliza. Kip soltó un gritito antes de que el ama Helel le hundiera el puño en el estómago y le arrebatara el aliento.

—Acepta la muerte como un hombre —gruñó.

Kip le pegó un mordisco en el tobillo.

La asesina chilló y se cayó encima de él. Se recuperó lo suficiente para aterrizar encima de su pecho con las rodillas por delante. A continuación se ladeó mientras descendía para aplastarlo e inmovilizarlo. Al parecer Kip no era el único que sabía sacar partido a su peso. Cayó con la cabeza apuntando a sus pies.

Atrapó una de las piernas de Kip con una mano de hierro. Le dio un puñetazo en el muslo. Impactó en el centro exacto. Fue como recibir la coz de un caballo. Kip profirió un alarido. A continuación, la mujer le agarró la otra pierna. No había pataleo capaz de romper su presa. Suponía un esfuerzo incluso el respirar con ella encima de él, aplastándole la cara con las piernas. Le aporreó la otra pierna, que también se quedó muerta. La asesina se incorporó y descargó un puño contra su entrepierna.

Una constelación de estrellas cobró vida con un estallido ante los ojos de Kip. Cualquier pensamiento de contraatacar huyó despavorido. Lo único que quería era hacerse un ovillo. El ama Helel cambió de postura, aplastándolo de nuevo, y se puso de pie. Sostenía los tobillos de Kip en sus manos, y lo levantó con facilidad. Orholam

misericordioso, iba a tirarlo por el balcón. No podía hacer nada para impedirlo.

Con los ojos entrecerrados de dolor, pataleando sin fuerza, Kip vio cómo un fino rayo de luxina supervioleta se adhería a la cabeza de la asesina.

—¡Basta! ¡Suéltalo ahora mismo! —gritó una joven desde el interior de la habitación. ¿Liv?

La asesina gruñó una maldición y se giró hacia Liv al tiempo que una bola de luxina amarilla brotaba de las manos de esta, recorría la línea supervioleta y explotaba con un resplandor cegador contra el rostro del ama Helel, que liberó a Kip, levantó una mano para protegerse, demasiado tarde, y trastabilló de espaldas.

Era tan alta que la balaustrada quedaba por debajo de su cintura. La golpeó con fuerza y se tambaleó. Sus manos carnosas aletearon contra la barandilla mientras se ponía de puntillas, buscando asidero con los pies. Kip, tendido en el suelo, deslizó una mano bajo uno de ellos y la impulsó hacia arriba. No mucho (el dolor era tan insoportable que apenas si le permitía moverse), pero sí lo suficiente.

La asesina sintió que empezaba a rebasar la balaustrada y agitó los brazos como aspas de molino. Cayó… y se agarró a la barandilla. A través del prístino amarillo del balcón, se balanceó cara a cara con Kip. Todos los balcones disponían de una abertura a modo de desagüe para no inundarse cada vez que llovía, y el rostro de la gigantesca mujer distaba apenas a un pie del de Kip.

Kip la miró fijamente. Sabía cómo iba a terminar eso. Alguien más cimbreño podría izarse a pulso, pero no una mujer de su tamaño. Kip era fuerte (podía levantar objetos más pesados que Sanson o incluso Ram), pero cuando uno era realmente corpulento, aupar todo tu peso por encima de una cornisa se convertía en tarea imposible. Y esa mujer era mucho más grande que él. El ama Helel tensó los músculos, y por un aterrador momento Kip pensó que se había equivocado. La mujer dobló los codos y su cuerpo se levantó. Impulsó una pierna inmensa de costado, en un intento por estirarla lo suficiente para introducir la punta del pie en la boca del desagüe.

Pero le fallaron las fuerzas y osciló como un péndulo hasta volver a quedarse colgando en vertical. Estaba acabada. Kip podía verlo en sus ojos.

—Nadie puede encadenar la luz, pequeño Guile —dijo—. Que Anat te ciegue. Que Mot te castigue hasta la décima generación. Que Belphegor persiga a tus hijos. Que Atirat escupa sobre la tumba de tu madre. Que Ferrilux corrompa a tu padre…

Kip le pegó un puñetazo a través del desagüe. La nariz de la mujer se aplastó entre salpicaduras de sangre. Debía de haber anticipado el golpe, porque intentó agarrarle la mano… pero falló.

Cayó agitando los brazos, gritando algo que Kip no pudo entender. Se estrelló contra un peñasco afilado a menos de cinco pasos de las rugientes olas del mar Cerúleo, y se hizo literalmente pedazos. Uno de los trozos (¿una pierna?) se separó

del resto y voló hasta zambullirse en el agua mientras lo que quedaba de la mujer se convertía en una gran mancha sanguinolenta.

No parecía real. En su fuero interno Kip sabía que podría haber sido él, que debería haber sido él, pero la presencia de Liv en el umbral de sus aposentos lo sacó de sus cavilaciones.

—Kip, Kip, la hemos matado —estaba diciendo la muchacha. A Kip le preocupaba más el dolor que le atenazaba las pelotas, el hecho de estar prácticamente desnudo enfrente de la única chica que conocía, exhibiendo su gordura y su fealdad. Tenía que taparse cuanto antes.

Apenas si tuvo tiempo de subirse los pantalones antes de que Liv se inclinara sobre la barandilla del balcón y vomitara. Kip detestaba vomitar. No le gustaba hacerlo él y no le gustaba que lo hicieran los demás. Pero lo que más detestaba, como descubrió cuando el viento azotó la torre amarilla y sopló a través del desagüe, era que le vomitaran encima. Un rocío viscoso le salpicó la cara y la boca abierta.

Giró de costado escupiendo, tosiendo y manoteándose las mejillas para limpiarse el vómito de Liv. Se puso en pie con dificultad, con las pelotas aún doloridas y las facciones cinceladas en una expresión de asco.

—Oh, no —dijo Liv, pálida y mortificada, al comprender que acababa de vomitarle encima. Bajó la mirada de su rostro a su entrepierna, donde se había roto el pantalón, y luego a las rocas del fondo. Intentó añadir algo más, pero no acertó a encontrar las palabras adecuadas.

—¿Sabes? —observó Kip—, me alegra que tengamos tanta confianza. —¿Realmente acababa de decir eso? Era como si una parte de su ser no pudiera evitar meter la pata en los momentos más delicados. Acababa de matar a alguien, y se sentía tan aterrado, avergonzado, violento, mortificado, agradecido por estar vivo y ni siquiera sabía cuántas cosas más, que sencillamente no podía morderse la lengua.

Liv frunció los labios por una fracción de segundo antes de volver a inclinarse sobre la barandilla y vomitar otra vez.

Siempre tienes algo que decir, pero nunca es lo adecuado. Enhorabuena, Kip.

51

—Se acerca el solsticio de verano —dijo la Blanca—. El Día del Sol.

Gavin se encontraba frente a ella en la azotea de la Cromería. Estaban esperando juntos a que saliera el sol. La llegada del solsticio de verano, por lo que a Gavin respectaba, siempre estaba a la vuelta de la esquina.

—He empezado los preparativos para la Liberación. ¿Crees que tu padre comulgará este año?

—Ni este año —resopló Gavin—, ni nunca. —Se masajeó las sienes. No había pegado ojo.

—No es natural —musitó la Blanca—. ¿Sabes?, antes me maravillaba su capacidad de autocontrol. Vivir encerrado en esa habitación espantosa, esforzándose por mantener la mente lúcida y las pesadillas a raya.

—Las pesadillas tienen que mantenerlo a raya a él.

—Vivo en la penumbra, Gavin —continuó la Blanca, ajena a la interrupción—. Eso es lo que se siente al vivir sin trazar. Pero ¿vivir en la oscuridad absoluta? ¿No equivale eso a rechazar al mismísimo Orholam? «Aman las tinieblas, pues sus acciones son siniestras, y les avergüenza la luz.»

—Prefiero dejar que sea mi padre quien se ocupe de su alma. ¿No es cierto que debamos honrar a nuestros progenitores rindiendo obediencia a la autoridad que les confiere el Padre de Todas las Cosas?

—No eres un simple hijo, Gavin. Eres el Prisma. Deberías honrar a Orholam ejerciendo la autoridad que te ha conferido, no solo el poder.

—Tal vez haya llegado el momento de tu Liberación —repuso con acritud Gavin. Estas conversaciones se repetían al menos una vez al año. Estaba harto de ellas. La Blanca se interesaba por su padre, su padre sugería que la Blanca diera el primer paso. Cada uno de ellos le presionaba para que él presionara al otro.

La Blanca extendió las manos con las palmas vueltas hacia arriba.

—Si vos lo ordenáis, mi Prisma, me uniré a la Liberación. Encantada.

Sus palabras le dejaron helado. Hablaba en serio.

—También sé obedecer —añadió la Blanca—. Quizá te sorprenda, Gavin, pero me tocó en suerte convertirme en la Blanca antes de saber siquiera lo que significaba ser un trazador, y menos un Color, y menos aún la Blanca. Aunque es posible que esa lección no se pueda enseñar, tan solo aprender.

—¿De qué estás hablando?

—¿Sabéis por qué nos cuesta tanto tener fe, mi señor Prisma? —La Blanca sonrió. A veces, a pesar de sus años, parecía una niña traviesa.

—¿Porque sabemos que Orholam duerme cien años por cada día que pasa despierto? —Gavin estaba cansado, y no solo a causa del insomnio.

La Blanca se negó a picar el anzuelo.

—Porque nos conocemos a nosotros mismos. Porque los demás nos obedecen como si fuéramos dioses, pero nosotros sabemos que no lo somos. Vemos la fragilidad de nuestro poder, y eso nos permite ver la fragilidad de los demás eslabones de la cadena. ¿Y si el Espectro de repente se negara a acatar mis órdenes? No cuesta tanto imaginarlo si se consideran la ambición y la sed de poder necesarias para convertirse en Color. ¿Y si un general se negara de repente a acatar las órdenes de su sátrapa? ¿Y si un hijo se negara de repente a acatar las órdenes de su padre? ¿Y si ese primer eslabón en la Gran Cadena de la existencia, Orholam mismo, estuviera tan vacío como todos los demás antes que él? Vemos la debilidad de cada eslabón y pensamos que la Gran Cadena también es frágil. Seguro que se rompería de un momento a otro si no hiciéramos cuanto estuviera en nuestro poder para preservar su integridad.

Gavin tragó saliva contra su voluntad. En realidad nunca había universalizado esa idea como estaba haciendo ahora la Blanca, pero siempre había pensado que su vida era exactamente así. Sus subterfugios, su autoridad, su hermano prisionero, sus relaciones afectivas. Nada más que una cadena de papel mojado que se combaba por su propio peso. Una cadena a la que a diario se añadían nuevos lastres.

—Esto es lo que he aprendido —dijo la anciana—. Orholam no me necesita. Sí, puedo realizar obras en su nombre, obras que le complacen, y si cometo un error, los demás pagarán las consecuencias. Verás, mi trabajo es importante, pero en última instancia debe prevalecer la voluntad de Orholam. Por eso creo que aún tengo trabajo que hacer. Dondequiera que miro, solo veo asuntos inacabados. Pero si me ordenas que me libere este solsticio de verano, lo haré de buen grado, no porque tenga fe en ti, Gavin… aunque así es, más de lo que te imaginas… sino porque tengo fe en Orholam.

Gavin la miró como si fuera una visitante de la luna.

—Eso es muy… metafísico. ¿Podemos hablar ya de la Liberación?

La Blanca soltó una carcajada.

—Permite que te diga una cosa, Gavin. Lo recuerdas todo. Sé que es así. Ahora piensas que estoy loca, pero recordarás esta conversación, y algún día demostrará ser importante. Me conformo con eso.

Una chiflada o una santa; por otra parte, Gavin no creía que hubiese ninguna diferencia.

—Me voy a Garriston —dijo.

La anciana recogió las manos en el regazo y giró el rostro hacia el resplandor del sol naciente.

—Deja que me explique —se apresuró a añadir Gavin. Así lo hizo, desentendiéndose de la belleza del amanecer. Diez minutos después, ya casi había

terminado cuando la Blanca levantó un dedo. La anciana contuvo el aliento y suspiró mientras el sol coronaba el horizonte.

—¿Alguna vez has intentado ver el destello verde?

—Alguna vez, sí. —Gavin conocía a personas que juraban haberlo visto, aunque nadie sabía explicar qué era ni por qué ocurría, y conocía a otras que aseguraban que se trataba de una leyenda.

—Me lo imagino como si Orholam nos guiñara un ojo —dijo la Blanca.

¿Es que esta mujer solo sabe hablar de Orholam? A lo mejor empieza a chochear.

—¿Tú lo has visto?

—En dos ocasiones. La primera vez fue… ¿hace cincuenta y nueve años ya? No, sesenta. La noche que conocí a Ulbear. —Gavin hubo de hacer memoria para entender a quién se refería. Ah, Ulbear Rathcore, el marido de la Blanca, bastante célebre en su día. Fallecido hacía ya veinte años—. Estaba en una fiesta, bastante molesta con el joven borracho que me había escoltado hasta allí, el cual de ninguna manera iba a acompañarme de regreso a casa. Salí a la calle en busca de un poco de aire. Estaba contemplando la puesta de sol, vi el destello verde y me emocioné tanto que di un salto. Con tan mala suerte que le rompí la nariz con el dorso de la mano al tipo espigado que se inclinaba sobre mí en ese momento para recoger la copa de vino que había dejado en el balcón.

—¿Conociste a Ulbear Rathcore rompiéndole la nariz?

—A la mujer con la que estaba disfrutando de la velada tampoco le hizo mucha gracia. Era preciosa, elegante y mil veces más bonita que yo, pero de alguna manera no podía competir con mi torpe persona. Aunque me cuesta imaginar que hubiera sido feliz de haberse desposado con Ulbear, tu abuela tardó dos años en perdonarme.

—¿Mi abuela?

—Si no hubiera visto el destello verde en aquel preciso momento, tu abuela se habría casado con Ulbear, y tú no estarías aquí ahora, Gavin. —La Blanca se rió—. ¿Lo ves?, dejando parlotear a las viejas se descubren las cosas más insospechadas.

Gavin se había quedado sin habla.

—Puedes ir a Garriston si quieres, Gavin, por supuesto, pero nadie más puede practicar la Liberación, y no se puede celebrar en otra ocasión. De modo que solo tengo una opción: Enviaré a todos los que van a ser liberados a Garriston. Daré la orden de que nuestros barcos más veloces los intercepten para que puedan llegar a tiempo.

—Estamos hablando de una guerra.

—¿Y qué?

—¿Cómo que «y qué»? —le espetó Gavin—. No andaré sobrado de tiempo para celebrar fiestas, organizar espectáculos de fuegos artificiales y pronunciar discursos.

—La lista que he elaborado se compone de momento de unos ciento cincuenta

trazadores. El grupo no es demasiado numeroso este año. Una buena proporción de ellos sin duda no llegarán al año que viene. ¿Quieres otros ochenta o noventa engendros de los colores?

—Por supuesto que no.

—Las fiestas están muy bien, Gavin, pero te entiendo. Esta es la antítesis de tu propósito principal. —La Blanca había deducido que Gavin había jurado erradicar a los engendros azules por Sevastian. Como hacía con toda la información que caía en sus manos, la utilizaba para manipularlo—. Aunque tú no creas que el Prisma es un regalo de Orholam para la humanidad, ellos sí. Los minutos que cada trazador pasa contigo durante la Liberación constituyen el momento más sagrado de sus vidas. Arrebátaselo si quieres, pero será la mayor crueldad que hayas cometido en tu vida. Por lo que a mí respecta, te puedo perdonar muchas cosas, pero eso no te lo perdonaría jamás.

Duras palabras.

—Y ahora, explícame cómo dejaste a Karris en Tyrea, mataste a un giist y regresaste con un hijo, todo en cuestión de unos pocos días. El viaje de por sí debería haberte llevado dos semanas.

Vaya, eso había sido rápido. Gavin sabía que la Blanca descubriría la existencia de la trainera y el cóndor en cuanto se los enseñara a Karris, pero no había podido reprimirse. En ocasiones pecaba de impulsivo. De modo que le habló de la trainera y el cóndor. Los ojos de la anciana se iluminaron.

—Eso sería algo digno de verse, Gavin. ¡Volar! ¡Y a esa velocidad! Me imagino que querrás regresar a Garriston del mismo modo.

—Sí, y Kip me acompañará.

La Blanca volvió a sorprenderle y no protestó.

—Bien —dijo—. Te vendrá bien descubrir lo que es el amor paternal.

Porque es algo que mi padre no me enseñó nunca, tan cierto como que la noche es oscura. Con irritación, Gavin comprendió entonces a qué se refería realmente. Pero no tenía sentido volver a discutir por culpa de su padre. En vez de eso, preguntó:

—¿Cuándo fue la segunda vez?

—¿La segunda vez?

—La segunda vez que viste el destello verde. La segunda vez que Orholam te guiñó el ojo. —Gavin se esforzó por no imprimir la menor nota de sarcasmo a sus palabras. Estuvo a punto de conseguirlo.

La Blanca sonrió.

—Espero con ganas el día en que os cuente esa historia, mi señor Prisma, pero no será hoy. —Su sonrisa se evaporó—. A tu regreso, tendremos que hablar de la prueba de Kip.

—Te fijaste en los cristales de las paredes. Pensé que lo había detenido a tiempo.

—¿Vieja? Sí. ¿Senil? Todavía no.

—¿Quieres oírme admitirlo? Kip estuvo a punto de romper la prueba —dijo Gavin—. Igual que Dazen.

—O peor aún —repuso la Blanca—. Estuvo a punto de superarla.

52

A los cinco minutos de su captura, Karris supo que estaba aún en más aprietos de lo que se había temido en un principio. Los Hombres Espejo del rey Garadul la condujeron a una carreta a punta de pistola. No la maniataron, lo que le pareció curioso y reavivó sus esperanzas por unos instantes. Los Hombres Espejo la dejaron en manos de un grupo de trazadoras. Dos de ellos se quedaron apuntándole a la cabeza con sus armas, sin parpadear apenas.

Las mujeres (dos rojas, una verde, una azul y una supervioleta) la desnudaron y registraron su cuerpo y sus ropas, donde enseguida encontraron las fundas oculares. Los dos Hombres Espejo no dirigieron más que un somero vistazo a sus curvas, y aunque a lo largo y ancho del campamento había quienes se esforzaban por atisbar algo entre las trazadoras que la rodeaban, no se oyó ni un solo comentario lujurioso.

Disciplinados. Maldita fuera su suerte.

Karris cruzó los brazos sobre los pechos y agachó la cabeza con fingido azoramiento. Bueno, tal vez no fuera enteramente fingido.

—¡La vista al frente! —ordenó una de las rojas.

Karris levantó la cabeza. Querían ver sus ojos para saber si se proponía trazar. Inteligentes, también. Mil veces maldita.

En rápida sucesión examinaron todas sus prendas de vestir, reventando todas las costuras en busca de bolsillos ocultos. A continuación vaciaron su petate; una de las mujeres anotó todo cuanto encontraron en un códice. Cuando terminaron, Karris esperaba que le devolvieran la ropa.

La suerte no estaba de su parte. En vez de eso, abrieron la puerta del carro y arrojaron dentro un vestido y una combinación de color violeta.

—Adentro —le indicó el mismo que había hablado antes.

Karris obedeció, y la puerta se cerró de un golpe a su espalda. Se oyó el estrépito de una barra de madera al bajar y unas cadenas al colocarse en su sitio. El interior de la carreta era bastante espacioso. Contenía un catre, un orinal, una taza con agua, varias mantas y cojines; todo de color violeta, el más oscuro que se podía encontrar en el espectro azul. Todo ello había sido pintado recientemente, a juzgar por la pestilencia que flotaba en el aire. Unos barrotes protegían las ventanas de cristal violeta, cubiertas desde el exterior por telas del mismo color. Al parecer se tomaban muy en serio su aptitud para el trazo, y del interés que habían demostrado en sus ojos y las bengalas de magnesio se desprendía que sabían que podía trazar verde y rojo. En lugar de arriesgarse a elegir un color que estuviera situado entre los suyos, se habían decantado por el más lejano del espectro de los que Karris no podía trazar.

Era una deferencia extraña. Podrían haberse limitado a vendarle los ojos, por supuesto, pero las vendas resbalan. Cualquier otro captor, sin embargo, habría pintado

la carreta de negro y la habría encerrado en la oscuridad. Esto era igual de eficaz, pero conllevaba mucho más trabajo. Si un trazador no veía su color, o no disponía de lentes y luz blanca, no podía trazar. Karris estaba prácticamente indefensa. Detestaba esa sensación con toda su alma.

Se puso la combinación y el vestido violeta sin forma definida, y comenzó a rascar la pintura de inmediato. Un subrojo había acelerado el proceso de secado. Conseguiría desportillarla, a la larga, pero con las cortinas y el cristal violeta filtrando toda la luz, tampoco le serviría de nada. Aun así, lo intentó. No podía evitarlo. Bajo la capa de pintura violeta había otra de color negro, y debajo de esta, la madera era de caoba oscura. Mala suerte.

Transcurridos unos minutos, el carromato se puso en marcha.

Esa noche, tras una cena consistente en un mendrugo de pan negro y agua contenida en una taza de hierro ennegrecido, entraron dos trazadoras con la piel resplandeciente de luxina roja y azul, respectivamente. Tras ellas apareció, inesperadamente, una costurera. Se trataba de una mujer diminuta cuya cabeza apenas si llegaba a los hombros de Karris. Le tomó las medidas rápidamente, memorizándolas en lugar de apuntarlas. A continuación se quedó observando fijamente el cuerpo de Karris, estudiándola como haría un granjero con una ladera pedregosa que tuviera que arar. Volvió a comprobar las medidas de las caderas de Karris y se marchó sin decir palabra.

Karris averiguó pocas cosas en el transcurso de los cinco días siguientes. Su carro debía de estar cerca de los que contenían las cocinas, pues el traqueteo que producían las cazuelas con cada bache del camino era incesante. Las figuras sombrías de unos jinetes, Hombres Espejo tal vez, en ocasiones pasaban lo bastante cerca de sus ventanas cubiertas para permitirle ver sus siluetas. Si hablaban, no obstante, nunca logró distinguir sus palabras. Por las noches le servían la cena en un cuenco de hierro ennegrecido, con una cuchara del mismo material, pan negro y agua, nunca vino; maldición, incluso habían pensado en el vino tinto. Un Hombre Espejo acompañado de una trazadora retiraba el orinal, el cuenco, la cuchara y la taza todas las noches tras la puesta de sol. Cuando se guardó la cuchara una noche, oculta bajo uno de los cojines, nadie dijo nada. Tampoco le trajeron agua al día siguiente. Cuando entregó la cuchara, volvieron a darle de beber.

El tedio era lo peor. Las flexiones que se podían hacer en un día tenían su límite, y practicar cualquier otra actividad física más exigente era tarea imposible. No tenía instrumentos musicales, ni libros, ni mucho menos armas, y tampoco podía distraerse trazando.

A la sexta noche entraron dos azules.

—Elije una postura que te resulte cómoda —dijo una de ellas. Karris se sentó en el pequeño catre, con las manos recogidas encima del regazo y los tobillos cruzados.

Emplearon aproximadamente cinco veces más luxina de la necesaria para inmovilizarle los brazos y las piernas. Se marcharon tras cubrirle los ojos con unas lentes de color violeta.

El rey Garadul entró en el carromato portando una silla de campamento plegable. Llevaba puesta una holgada camisa negra sobre otra de un color que Karris no podía precisar, y unos voluminosos pantalones negros encima de los que vestiría normalmente. Karris entendía que tuvieran cuidado en su presencia, pero esto rozaba lo absurdo. El rey se acomodó en la silla y la miró fijamente, en silencio.

—Supongo que no te acuerdas de mí —dijo, al cabo—. Nos vimos una vez, antes de la guerra. Yo era tan solo un muchacho, por supuesto, tres años más joven que tú, y tú ya bebías los vientos por… en fin, por uno de los Guile, no recuerdo cuál. A lo mejor tú tampoco. Durante una temporada parece que hubo algo de confusión al respecto, ¿verdad?

—Eres un auténtico seductor, ¿eh? —repuso Karris.

—Te sorprenderías. —El monarca sacudió la cabeza—. Siempre te consideré bonita, pero las historias sobre ti cobraron vida propia. Un trágico triángulo amoroso entre los dos hombres más poderosos del mundo prácticamente exige que la protagonista sea una belleza, ¿verdad? Quiero decir, ¿por qué arrasarían esos dos hombres el mundo entero, de lo contrario? ¿Por tus conocimientos de historia? ¿Por tu aguda conversación? No. Eras una chica bonita embellecida por los bardos en un intento por explicar lo que desencadenaste. No me malinterpretes —añadió—, estaba tan loco por ti que me pasaba las noches en vela. Fuiste mi primer gran amor no correspondido.

—Seguro que has tenido muchos. ¿O fingen las mujeres que te encuentran atractivo, ahora que eres rey?

Calma, Karris, tranquilízate. Aunque, a decir verdad, no era el rojo lo que ponía esas palabras en su boca. Siempre había detestado actuar para los demás, bailar al son que le marcaban.

Garadul frunció el ceño.

—Parece que los panegíricos omitieron mencionar la lengua acerada. ¿O se trata acaso de un añadido reciente?

—De un tiempo a esta parte me siento más libre para decir lo que pienso. Ya he destruido el mundo, ¿qué más da el ego de un hombre?

—Karris, me disponía a hacerte un cumplido antes de que nos arrastraras a este pozo de descortesías.

—Ay, cielos. Pues adelante, por favor, nada me colmaría de más felicidad que escuchar los halagos del Carnicero de Rekton.

Garadul restregó las palmas de la mano, contemplativo.

—Me apena que tuvieras que ver eso, Karris. —No dejaba de usar su nombre. No

le gustaba ni un pelo—. Espero que sepas que dar esa orden no me produjo ningún placer, pero también espero que entiendas que esa pequeña monstruosidad prevendrá otras mayores en el futuro. ¿Estás familiarizada con un manuscrito que lleva por título El consejero de los reyes?

—Sí —dijo Karris—. Un compendio de recomendaciones aborrecibles y crueldades para las que ni siquiera él tenía estómago cuando gobernaba. —El consejero se preguntaba qué le convenía más a un regente, si ser amado o temido. Decidía que ambas cosas, en el mejor de los casos, pero si había que escoger, la elección más acertada sería el miedo.

—Sus consejos eran buenos, pero él era débil. No se lo tengo en cuenta. La cuestión, Karris, es que cuando los reyes no son temidos desde el principio, acaban teniendo que infundir temor tarde o temprano, con desastrosas consecuencias. Eso es lo que ocurrió en Ru. Eso es lo que ocurrió en Garriston. Esos hombres a los que amabas… o con los que te acostaste, al menos… aprendieron la lección al final, pero puesto que ya era demasiado tarde, se vieron obligados a hacer algo peor que destruir una insignificante aldea. Así que dime, ¿cómo puedes echarme en cara la muerte de mil personas sin recriminarles a ellos la de decenas, cientos de miles?

A Karris no le habían permitido ver los escalones reales de Ru, cubiertos con la sangre y los excrementos de centenares de cuerpos asesinados fríamente y arrojados uno por uno a los boquiabiertos y horrorizados espectadores que se agolpaban al fondo. Incluso al término de la guerra le habían impedido acudir a Garriston, donde decenas de miles de personas (ni siquiera sabían con exactitud cuántas) habían perdido la vida entre las llamas de luxina roja que devoraron la ciudad asediada. Era obra de Gavin y Dazen. De alguna manera, siempre se había resistido a creer que unos hombres a los que conocía tan bien pudieran hacer algo así. Unos hombres a los que creía conocer tan bien.

—Este es mi pueblo. No soy un mero sátrapa, el guardián de las tierras de otro. Soy rey. Estas gentes me pertenecen. Asesinar a mil de los míos fue como arrancarme un pedazo de carne. Pero los cánceres deben extirparse. Yo soy esta tierra. Mis súbditos la trabajan y extraen sus cultivos con mi beneplácito. Yo los protejo y velo por ellos, y ellos a su vez deben rendirme sus frutos y sus hijos. Quienes me desacatan son rebeldes, traidores, ladrones, herejes y apóstatas. Se oponen al Pacto sagrado, y desafiarme equivale a desafiar la voluntad de los dioses. Me vi obligado a obrar así porque mi padre se negó. Si hubiera sustituido a media docena de alcaldes la primera vez que lo desafiaron y se negaron a enviar soldados para la leva, esos mil aún seguirían con vida. Era débil y aspiraba a ser amado. Quizá nadie lo reconozca ahora, pero al acabar con ese millar de vidas en Rekton, salvé muchas más. En eso consiste ser rey.

—Con qué pasión defiendes la decapitación de bebés y la exhibición de sus

cabezas clavadas en picas. —¿La voluntad de los dioses, no la de Orholam?

—Karris, estás consiguiendo que entienda por qué hay hombres que pegan a sus mujeres. —El rey Garadul se atusó la barba negra, pero no hizo ademán de agredirla —. Al ordenar un espectáculo tan atroz, me aseguré de que se grabase a fuego en la mente de todo el que lo contemplara. ¿Crees que a los muertos les importa lo que ocurra con sus cuerpos? Que su ejemplo salve a los vivos es preferible a que los entierre a todos en un agujero y mis descendientes tengan que matar a los suyos. Ese monumento perdurará una docena de generaciones. Ese es mi legado para los hijos de mis hijos, un gobierno seguro que eliminará la necesidad de cometer de nuevo una masacre parecida. Y el motivo por el que te cuento todo esto, Karris, es que esperaba que tú lo entendieras mejor que nadie. Ahora eres una mujer, no una niñita asustada rodeada de grandes hombres. Eres una mujer que ha visto las atrocidades que son capaces de cometer esos hombres. Esperaba que comprendieras la carga que conlleva la grandeza. Siquiera un poquito. Quizá te haya sobrevalorado.

Karris tragó saliva con dificultad, temblando de rabia y puede que también un poco de temor. Las palabras de Garadul entrañaban una lógica enfermiza, pero ella había visto los cadáveres. La sangre. Las cabezas amontonadas.

—Como quería decir antes —continuó el rey Garadul. Respiró hondo, conteniendo la frustración con un esfuerzo visible—, eras una muchacha muy bonita, pero solo eso, a pesar de las historias. Para mi enorme sorpresa y satisfacción, eres una de las pocas mujeres que conozco cuya belleza ha aumentado con la edad. Tienes mejor aspecto a los treinta del que tenías a los veinte, y no me extrañaría que a los cuarenta tuvieras mejor aspecto que ahora. Por supuesto, estoy seguro de que ayuda el hecho de que no hayas tenido que parir seis o diez mocosos. La mayoría de las chicas bonitas consiguen encontrar un marido antes de envejecer tanto, pero a caballo regalado, no le mires el dentado.

Menudo seductor. ¿Qué le pasaba a este imbécil, tenía que decir todo lo que se le pasaba por la cabeza?

—Tu rostro es, sin duda, de los que inspiran a los poetas. Esto, sin embargo —gesticuló vagamente, sin que Karris supiera a qué se refería—, esto tiene que cambiar. Tus hombros son demasiado masculinos. —¡Hijo de perra! ¿Cómo sabía que Karris detestaba sus hombros? Siempre que la moda le permitía esconderlos, dejaba sus brazos al descubierto, y viceversa. Eso mismo se decía ella al menos una vez a la semana: Tus hombros son demasiado masculinos. Pero el monarca aún no había terminado—. Tienes el culo de un niño de diez años. Tal vez sea el vestido. Esperemos. Y tus tetas. Tus magníficas tetas, las pobres. ¿Adónde se han ido? ¡Eran más grandes cuando tenías quince años! A partir de ahora, se acabó el ejercicio. Te permitiré bailar y montar a caballo de nuevo cuando dejes de parecer una pigmea raquítica del Bosque Oscuro.

—No me quedaré tanto tiempo. —Karris frunció el ceño. ¿Acababa de reconocer que parecía una pigmea raquítica?

—Karris, querida. Te he esperado durante quince años. Y aunque no lo supieras, tú también estabas esperándome. Ni tú ni yo nos conformamos con segundas opciones. ¿Por qué si no seguirías estando soltera? Así que podemos aguardar unos pocos meses más. Vendré a visitarte cuando tu vestido esté listo. —Miró de reojo a su alrededor—. Ah, y me he dado cuenta de que no tienes nada con lo que entretenerte. Debe de ser muy aburrido. Una mujer debe destacar en las nobles artes. Ordenaré que te traigan el salterio de mi madre. Es lo que tocas, ¿verdad? —Se marchó con una sonrisa.

Lo peor de todo era que Karris realmente se sentía agradecida. Un poco. Hijo de perra.

53

Kip y Liv se dirigieron directamente a los Guardias Negros que vigilaban el elevador.

—Tenemos que ver al Prisma —dijo la muchacha.

—¿Y quiénes sois vosotros? —preguntó el hombre. Era bajito, pariano, naturalmente, con la constitución de una piedra angular. Miró a Kip—. Ah, tú eres el bas… —Tosió—. El sobrino del Prisma.

—Sí, soy su bastardo —repuso Kip, enfadado—. Tenemos que verlo ahora mismo.

El Guardia Negro se giró hacia su paisano, un tipo igual de musculoso, pero extraordinariamente alto.

—Nadie nos ha indicado cómo debemos tratar al… sobrino del Prisma —dijo el hombre.

—Se ha acostado hace menos de veinte minutos —añadió el otro—. Después de pasarse toda la noche en vela.

—Se trata de una emergencia —insistió Liv.

Los guardias, inconmovibles, adoptaron sendas expresiones de «¿y quién diablos es esta cría?».

—Alguien acaba de intentar asesinarme —dijo Kip.

—Retaco, ve a buscar al comandante —dijo el alto. ¿Retaco? ¿El Guardia Negro bajito se llamaba Retaco? Puesto que ambos eran parianos, quienes tradicionalmente ostentaban nombres tan descriptivos como Puño de Hierro, Kip no sabía si se trataba de un apodo o de su nombre real.

—Anoche se encargó de la tercera guardia —dijo Retaco, haciendo una mueca.

—Retaco. —Haciendo valer su rango.

—Vale, vale. Ya voy.

Retaco se fue, y el Guardia Negro más alto se giró y llamó a la puerta con los nudillos, tres veces, una pausa, dos veces. Luego, transcurridos cinco segundos, lo repitió.

Una esclava de cámara abrió la puerta casi antes de que el Guardia Negro terminara de llamar. Una mujer atractiva, con la perturbadora tez pálida y el cabello rojo de los bosquesangrientos, completamente vestida y alerta pese a lo intempestivo de la hora y la oscuridad de la habitación a su espalda.

—Marissia —dijo Liv—. Me alegro de volver a verte. —Su voz no sonaba del todo sincera.

La esclava no parecía alegrarse especialmente de ver a Liv. Kip se preguntó por qué la habría llamado Liv por su nombre. Creía que solo debía hacerse con aquellos esclavos con los que existiera una relación de amistad.

Oyeron la voz de Gavin procedente del interior de la estancia, ronca y

entrecortada tras acabar de despertarse.

—Ummgh, dadme un… —El resto de sus palabras se perdió entre las almohadas. Instantes después, todas las contraventanas se abrieron de golpe y la luz entró a raudales procedente de todas direcciones, cegando prácticamente a todo el mundo. El Prisma emitió un gemido estridente desde la cama.

—¡La magia es asombrosa! —exclamó Liv—. ¡Fíjate, Kip! —Señaló una franja de cristal negro purpúreo que se extendía por las paredes de cristal que rodeaban toda la cámara.

—Pero ¿qué…? ¿Se te ha olvidado por qué estamos aquí?

—Ay, perdona.

Gavin los observaba con los ojos entrecerrados.

—Marissia, kopi, por favor.

La mujer asintió con la cabeza.

—En el primer armario, el tercer cajón por la izquierda. —Y se fue.

—¿El kopi está en el armario? —preguntó Gavin—. ¿Qué diablos? ¿Quién guarda el kopi… y por qué no me lo sirves? —La puerta se cerró detrás de la esclava —. ¿Y dónde está mi camisa favorita…? Ah, el armario. Condenada mujer.

—Está claro que le gusta madrugar —musitó Liv entre dientes.

A Kip se le escapó un resoplido antes de que pudiera dominarse.

Gavin, que hasta entonces había mantenido la cabeza agachada como si se sintiera acorralado, miró al muchacho de repente.

—Más te vale que sea importante. —Apartó las mantas y se encaminó hacia el armario. No llevaba puesto absolutamente nada.

Kip había visto los antebrazos de Gavin, con cuerdas de cáñamo por músculos, y sabía que su padre era nervudo, pero contemplar todo su cuerpo al natural era entre sobrecogedor y mortificante. Los hombros de Kip eran tan anchos como los de Gavin, y también sus brazos tenían probablemente el mismo diámetro, pero incluso ahora (sin que acabara de realizar ningún ejercicio, sin la tensión consustancial al esfuerzo físico), recién levantado de la cama, el cuerpo de Gavin contenía un músculo terso y curvo tras otro, en interminable concatenación, sin el menor rastro de grasa. Al parecer, ese era el efecto que surtía el surcar las aguas y los cielos de las Siete Satrapías de uno a otro confín.

¿Cómo he podido salir yo de eso?

Kip se dio cuenta de que Liv, a su lado, también estaba observando fijamente al Prisma, boquiabierta. No apartó la mirada ni siquiera mientras Gavin registraba el armario.

—Liv —susurró Kip.

—¿Qué? —preguntó la muchacha, observándolo de soslayo, con las mejillas encendidas—. Es el Prisma. Concederle mi atención incondicional es prácticamente

un deber religioso.

Gavin, que parecía ajeno a la presencia de ambos, agarró un puñado de prendas al azar y, sin mirar en su dirección, dijo:

—Ana, es de mala educación quedarse mirando.

Liv se ruborizó más aún y se encogió, horrorizada.

—Se llama Liv —dijo Kip.

—Ya lo sé. Bueno, ¿de qué se trata? —preguntó Gavin mientras se ponía una deslumbrante camisa de seda blanca con ribetes dorados.

La puerta se abrió detrás de Kip, y Marissia y el comandante Puño de Hierro aparecieron en el umbral. Puño de Hierro se detuvo en la puerta mientras Marissia entraba con una bandeja con cubiertos de plata y tres tazas. Sirvió un líquido oscuro, cremoso y humeante en una de ellas y se la entregó a Gavin, cuyos pantalones y mangas seguían sin anudar.

—¿Comandante? ¿Kip? —preguntó Gavin, indicando las tazas restantes—. Me parece que Liv ya está suficientemente despierta.

Liv puso cara de querer que se la tragase la tierra. Kip sonrió.

Puño de Hierro se sirvió una taza de kopi mientras Marissia se encargaba de terminar de vestir a Gavin. Kip cogió una taza a su vez. Pero al ir a levantar la jarra, sus manos comenzaron a temblar tan violentamente que ni siquiera intentó llenarse la taza.

—Alguien ha querido tirarme por el balcón —dijo.

Fue como si las palabras imprimieran una capa de realidad a lo que hasta entonces parecía tan solo una pesadilla. Hacía un instante estaba bromeando con Liv, pensando en lo poco que se parecía a su padre, sonriendo ante la turbación de la muchacha. Ahora, la certidumbre de cuán cerca había estado de perecer despachurrado cayó sobre él como un mazazo. Podía verse cayendo, retorciéndose en el aire, impotente, como en un sueño espantoso, antes de que su cuerpo reventara como una uva madura.

¿Y quién hubiera sospechado nada? La mujer podría haberse colado en su habitación, podría haberlo lanzado por el balcón y podría haber vuelto a salir con la misma facilidad. Aunque descubrieran quién estaba en la planta en ese momento, ¿quién tomaría a esa mujerona por una asesina? La gente creería que Kip había sucumbido a la tensión de la prueba y había saltado. Nadie habría averiguado nunca la verdad.

¿Y a quién le habría importado?

Kip sintió que se abría un vacío espantoso en su pecho.

Nunca había formado parte de nada. Ni siquiera en Rekton había encajado en ninguna parte. Demasiado gordo y torpe para Isa, demasiado listo como para sentir alguna afinidad con Sanson, demasiado simplón, víctima de las incesantes chanzas de

Ram, demasiado joven para Liv. Esperaba que ingresar en la Cromería le haría ser parte de algo por primera vez en su vida. Pero también aquí desentonaba. Siempre sería distinto de los demás, siempre estaría solo, no importaba adónde fuera.

Por Orholam, ¿por qué había impedido que esa mujer lo arrojara al vacío? Un par de momentos de terror, sin duda, y un estropicio de Kip despanzurrado contra las rocas. Pero el terror acabaría, todo terminaría, y el mar se encargaría de limpiar el estropicio.

Alguien le pegó una bofetada. Kip se tambaleó. Se masajeó el mentón.

—Habla, Kip —dijo Gavin.

Kip se lo contó todo. Liv clavó la mirada en el suelo como una estatua cuando Kip relató cómo la muchacha se había marchado después de que él le dijera que creía que su padre había muerto.

—¿El general Danavis llevaba todo este tiempo viviendo en una aldea remota? —preguntó el comandante Puño de Hierro. Miró a Liv de soslayo—. Lo siento, sabía que había una Danavis en la Cromería, pero no esperaba que estuvierais emparentados. —Carraspeó y cerró la boca.

—No me sorprendería que se hubiera librado —observó Gavin—. El general siempre fue un hijo de perra con recursos, y lo digo en el mejor de los sentidos.

Liv esbozó una sonrisa, débil y fugaz. Kip les contó el resto.

Cuando terminó, Gavin y Puño de Hierro cruzaron las miradas.

—¿El Ojo Fragmentado? —preguntó Puño de Hierro.

Gavin encogió los hombros.

—Es imposible saberlo. Por otra parte, de eso se trata.

—¿De qué se trata? —preguntó Kip.

—Los magísteres nos han explicado que se trata de una leyenda —protestó Liv. El Prisma y el comandante de la Guardia Negra se giraron para observarla. La muchacha tragó saliva con dificultad y fijó la mirada en el suelo.

—Los magísteres tienen razón en parte —dijo Puño de Hierro—. La Orden del Ojo Fragmentado es un reputado gremio de asesinos. Se especializan en matar trazadores. Han sido erradicados y aniquilados al menos en tres ocasiones, si no más. A ningún sátrapa ni satrapesa le hace gracia perder a los trazadores que tanto dinero les han costado antes de lo que dicte su esperanza de vida natural. Creemos que cada vez que la orden se ha reformado, ha sido sin la menor conexión con ninguna de sus encarnaciones anteriores.

—En pocas palabras —terció Gavin—, un puñado de matones recluta a otro puñado de matones con la esperanza de llenarse los bolsillos apuñalando por la espalda a unos cuantos trazadores, y se autoproclaman la nueva Orden del Ojo Fragmentado para poder exigir unas tarifas desorbitadas. Es una farsa.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Kip.

—Porque si existieran realmente, harían mejor su trabajo.

Kip frunció el ceño. Su asesina había sido bastante buena.

—Eso no significa que todos sean igual de incompetentes, Kip —matizó Gavin —. Ese es el quid de la cuestión. Ni siquiera deberíamos haberlo mencionado. Eso no nos acerca al verdadero problema. Tanto si la orden es real como si no, el caso es que alguien ha contratado a un asesino para atentar contra ti. Puesto que no llevas aquí tanto tiempo como para haberte granjeado la enemistad de nadie, es evidente que el enemigo es mío. Solo podemos hacer una cosa.

Kip picó el anzuelo.

—¿Qué cosa? —No quería reconocer que sí se había granjeado ya la enemistad de alguien. Pero ese examinador, el magíster Galden, no intentaría asesinarlo, ¿verdad?

—Huir. —Gavin sonrió de oreja a oreja como un chiquillo travieso, iluminados los ojos.

—¡¿Cómo?! —exclamaron Kip y Liv al unísono.

—Reuníos conmigo en los muelles dentro de una hora. Liv, esto también va por ti. Serás la tutora de Kip. Nos vamos a Garriston.

—¿A Garriston? —preguntó Liv.

—Daos prisa en preparar el equipaje —añadió Gavin—. Nunca se sabe dónde podría estar la orden al acecho. —Sonrió de nuevo, burlón.

—Vaya, gracias —dijo Liv.

—¿Qué equipaje? —preguntó Kip mientras Gavin salía de la estancia como una exhalación—. ¡Pero si no tengo nada!

54

El prisionero estudió al difunto.

—Te mataré —musitó.

—No muero fácilmente —repuso el cadáver, con una sonrisita aleteando en los labios. Estaba sentado enfrente de Dazen, en su pared, con las rodillas dobladas, las manos en el regazo, imitando burlón la postura de Dazen. De soslayo, echó un somero vistazo al trapo cuidadosamente tejido que cubría el regazo de Dazen—. ¿Quién se lo iba a imaginar? —musitó el difunto—. Gavin Guile, tan paciente, tan callado, tan contento haciendo labores de mujer.

Dazen observó su obra. Tejida con sus propios cabellos tan firmemente como le era posible, con la fría serenidad azul fluyendo por su cuerpo, ni siquiera estaba seguro de cuánto tiempo había invertido en ella. Semanas, quizá. Parecía casi una gorra, un pequeño cuenco. Inspeccionó el interior reluciente. Tras encontrar, tal vez, un defecto, utilizó una uña larga pero perfectamente redondeada para rasparse la nariz y la frente con gestos metódicos. Tras hacer acopio de la piel acumulada y, lo más importante, del preciado aceite con otra uña, Dazen cubrió escrupulosamente la tara con la mezcla.

Solo dispondría de una oportunidad. Después de tantos años, no estaba dispuesto a pifiarla.

Con mano firme y la piel rebosante de azul, reunió más aceite y embadurnó la pared directamente sobre el rostro del difunto, que dijo:

—Esto no cambia nada, Gavin.

—No, todavía no.

Se puso de pie y trazó una cuchilla. Se cortó un mechón de pelo grasiento. Escupió sobre él y lo restregó contra su piel mugrienta para ensuciarlo tanto como fue capaz.

—No tienes por qué hacer esto —dijo el difunto—. Es una locura.

—Es una victoria —replicó Dazen. Deslizó el filo de luxina azul contra su pecho.

—Si quieres matarte, deberías probar con la muñeca o el cuello —dijo el cadáver.

Dazen no prestó atención a sus palabras. Con los dedos mugrientos, ensanchó el corte y hundió la pútrida masa de pelo y suciedad bajo la tira de piel. Una cascada de sangre se derramó por su torso, el rojo lo tentaba a intentar trazar directamente, pero no sería suficiente, lo sabía por experiencia. Se llevó una mano al pecho y presionó contra la herida, sosteniéndola cerrada, frenando la hemorragia.

Dentro de unos cuantos sueños, la celda se purificaría con el baño semanal de Dazen. Poco después, dependiendo de la exactitud de sus planes y sus suposiciones, conseguiría escapar o moriría.

Descubrió que, mientras mantuviera el azul dentro de su ser, tampoco le

importaba gran cosa cuál fuera el resultado.

55

Liv carraspeó azorada mientras llenaba un petate de ropa.

—Esto… volví esta mañana para disculparme.

—¿Eh? —dijo Kip. La muchacha sostenía algún tipo de ropa interior con encajes en la mano, distrayendo su atención.

—Ya sabes, cuando estabas ocupado intentando conseguir que te mataran.

—Ah, hum… disculpas aceptadas. —¿Por qué le pedía perdón? Dejó en el suelo la mochila que el comandante Puño de Hierro le había dado antes de desaparecer. Puño de Hierro casi no había tardado nada en reunir algo de ropa, un odre con agua, herramientas, e incluso una espada corta para Kip. El muchacho, sin embargo, aún no había averiguado cómo lograr que el petate descansara cómodamente sobre sus hombros. Había ido a la habitación de Liv para ayudarla a hacer el equipaje, pero no se lo estaba poniendo nada fácil. Echó un nuevo vistazo de reojo a las bragas.

—Solo es ropa interior, Kip. —¡Aj, pillado!

—Son transparentes. —¿Cómo podía caber una persona en un trozo de tela tan diminuto?

Liv bajó la mirada y se sonrojó ligeramente, pero no le dio mayor importancia. Lanzó las bragas en dirección a Kip, que las atrapó al vuelo por instinto, e inmediatamente se sintió avergonzado.

—¿Quieres comprobar si están limpias?

Las cejas de Kip salieron disparadas de su rostro y se incrustaron en el techo, tres plantas más arriba.

—Es una broma. Acabo de mudarme a estos aposentos y me han regalado un montón de ropa. Todo lo que hay aquí es nuevo.

—Salvo mi credulidad, por lo visto —dijo Kip. Era la segunda vez en otros tantos días que la muchacha le tomaba el pelo.

Liv se rió.

—Eres genial, Kip. Es como torturar al hermano pequeño que nunca tuve.

Ay, el símil del hermanito. Justo lo que todos los hombres esperan escuchar de labios de una mujer bonita. Me acaban de castrar.

—¿Debería sentirme más o menos turbado con la ropa interior de mi hermana en las manos?

Liv soltó otra carcajada.

—¿Estas arreglarían la situación o la empeorarían? —La muchacha le enseñó un trozo de encaje negro consistente en poco más que dos cordones anudados de forma artística.

A Kip se le desencajó la mandíbula.

Liv se ciñó la prenda contra las caderas y enarcó una ceja en su dirección,

provocativa. Kip sufrió un ataque de tos.

—Me parece que tengo que sentarme —dijo. Liv se rió tal y como Kip esperaba que hiciera, aunque no hablaba por completo en broma. Dio unos pasos de espaldas, buscando una silla… y al instante se tropezó con alguien.

—Cuidado —dijo el comandante Puño de Hierro—. No querrás ensartar a nadie con esa espadita.

Kip se sentía tan mortificado que le faltaban las palabras. ¿«Espadita»? Liv reparó en su expresión y se cayó encima de la cama, desternillándose. Se rió con tantas ganas que se le escapó un ronquido, un sonido decididamente impropio de una damisela, lo que tan solo consiguió que le diera otro ataque de risa.

Al girarse, Kip vio a Puño de Hierro apartar con mano firme su petate lejos de él para no pincharse con la espada corta envainada sujeta en lo alto.

Ah, esa espadita. Una oleada de alivio sobrevino a Kip, hasta que vio cómo Puño de Hierro echaba un vistazo de soslayo a las bragas de raso que tenía en las manos.

—¿Quieres que te busque unas de tu talla? —preguntó secamente el comandante.

Liv resopló de nuevo, esforzándose tanto por contener la risa que le faltaba el aliento.

—Aliviana —dijo Puño de Hierro—. ¿Está listo tu equipaje? Porque partimos dentro de cinco minutos.

Las carcajadas de Liv cesaron de inmediato. Se levantó de la cama de un salto y empezó a registrar sus pertenencias como un torbellino. Puño de Hierro dejó que una sonrisita de satisfacción asomara brevemente a sus labios antes de soltar otra mochila en el suelo junto a Kip y salir de la habitación.

—Espabila, genio —dijo el comandante, antes de que Kip pudiera preguntar nada —. Como no hayas averiguado cómo funcionan las correas de tu mochila para cuando regrese…

No completó la amenaza. No era necesario.

Pronto llegaron juntos a los muelles, caminando con brío. Pese a sus amenazas, Puño de Hierro les había ayudado a terminar de preparar el equipaje. Principalmente, trasladando cosas de la mochila de Liv a la de Kip. Cuando este formuló con la mirada la inevitable pregunta (¿por qué me obligas a cargar con sus cosas?), Puño de Hierro respondió: «Ser una chica es más complicado. ¿Algún problema?». Kip se apresuró a decir que no con la cabeza.

Mientras recorrían los muelles, dejando atrás pescadores que descargaban sus capturas, aprendices de distintas profesiones que corrían de un lado a otro, holgazanes, comerciantes que discutían con los capitanes a cuenta del precio de sus productos o sus pasajes (básicamente, la actividad habitual de una jornada cualquiera), fueron varias las personas que dejaron de hacer por unos momentos lo que tuvieran entre manos. No era para observar a Kip, por supuesto, sino para

admirar al comandante Puño de Hierro. El hombre era alto, e imponente, y apuesto, y caminaba con una confianza absoluta, pero lo que le deparaba tanta atención no era su mera presencia física. Kip comprendió que era famoso.

Mientras se fijaba en los rostros vueltos hacia el comandante, Kip vio que Gavin llegaba a los muelles. Si el comandante Puño de Hierro conseguía que la actividad aminorara, el Prisma provocó que cesara por completo. Gavin paseaba entre la gente repartiendo sonrisas y saludos con la cabeza automáticamente, pero todos lo trataban como si fuera poco menos que una deidad. Nadie intentó tocar a Gavin directamente, pero abundaban las manos que se extendían para rozar su capa sobre la marcha.

¿Qué hago yo con estas personas?

Hacía una semana, Kip estaba limpiando el vómito de las mejillas y los cabellos de su madre, desfallecida tras otra de sus juergas. En su choza. Con el suelo de tierra. En su recóndita localidad, nadie le había prestado la menor atención. El hijo de la adicta, no era otra cosa. El gordinflón, a lo sumo. Aquí no pinto nada.

Nunca he encajado en ninguna parte. Madre decía que le había arruinado la vida, y ahora voy a arruinar la de Gavin.

Kip no pudo evitar recordar las últimas palabras de su madre, y la promesa que le había hecho en su lecho de muerte. Había jurado vengarla, y apenas si había hecho nada por cumplir su promesa.

Contaban que Orholam prestaba atención personalmente a todos los juramentos. Kip no había conseguido averiguar nada, y ahora se disponían a regresar.

—Oye —dijo Liv—, ¿a qué viene esa cara tan larga? —Le apoyó una mano en el brazo, y el contacto le produjo un escalofrío. Se habían detenido en un rincón despejado del muelle, al pie de una rampa que desembocaba en el agua, en la que el comandante Puño de Hierro estaba trazando una plataforma de luxina, el primer componente de una trainera.

—No… no lo sé. Pensar en Tyrea hace que me acuerde de… —De algún lugar que Kip ni siquiera sospechaba que albergaba en su interior brotó un caudal de lágrimas ante el recuerdo de su madre moribunda. Las alejó de sí, las encauzó hacia alguien cuya muerte era más digna de lamentación—. ¿Sabes?, espero que tu padre esté bien, Liv. Era… siempre se portó bien conmigo. —El único.

Sin embargo, incluso con maese Danavis existía una muralla, un punto más allá del cual Kip tenía el acceso prohibido. ¿Se debía a alguna parte de su pasado que debía mantener en secreto? ¿O se trataba de algo más profundo, algo de lo que solo Kip tenía la culpa?

—Kip —dijo Liv—. Todo se arreglará.

El muchacho la miró sin poder reprimir una sonrisa. Orholam jamás había creado una mujer más hermosa. Liv sería capaz de eclipsar el sol con su resplandor. Se sumergió en sus hoyuelos sin poder remediarlo. Apartó la mirada.

Hermanito, se burló de sí mismo. Alguien con quien bromear, pero no un hombre. La desesperación amenazaba con estrangularlo.

—Gracias —consiguió decir a pesar del nudo que le oprimía la garganta—. ¿Puedo picar algo de comer? —le preguntó a Puño de Hierro.

—Sí, por supuesto —contestó el gigante.

—¡Estupendo!

—Cuando regresemos.

—¡Eh!

—Cierra el pico, ha llegado lord Prisma.

Con todas las miradas aún puestas en él, Gavin se detuvo ante Puño de Hierro. Fijó la mirada en el petate del comandante. El silencio que flotaba entre ambos se eternizó.

—No puedes venir —dijo Gavin, al cabo—, no necesito ningún guardaespaldas.

—No pensaba acompañarte.

—Pues fuera de mi trainera.

—Acompañaré a Kip. Como miembro de la familia del Prisma, tiene derecho a que lo proteja.

—Eres el comandante de la Guardia Negra, no puedes…

—Puedo hacer lo que considere apropiado para cumplir con el cometido de la Guardia Negra. Nadie puede interferir con eso. Nadie.

—¿Sabes que eres un malnacido taimado?

—Por eso sigo con vida —repuso Puño de Hierro—. Y tú probablemente también.

—Tú ganas —refunfuñó Gavin—, pero permite que te recuerde tus juramentos.

Puño de Hierro adoptó una actitud ofendida.

—Pronto lo entenderás —dijo Gavin—. Todo el mundo, adentro.

Con una rapidez fruto de la práctica, Gavin trazó los remos especiales que empleaba para impulsar la embarcación, pero dejó visiblemente espacio para que Puño de Hierro trazara los suyos, cosa que hizo, si bien mucho más despacio. Entretanto, Gavin trazó un banco para que Liv y Kip se sentaran, y unas correas para sujetar el equipaje al fondo de la trainera.

Puño de Hierro arrugó la nariz ante eso, como si se preguntara por qué había que asegurar los petates, pero no hizo preguntas. Zarparon instantes después. Gavin se aplicó a sus remos, Puño de Hierro a los suyos, y se adentraron en la bahía a gran velocidad.

La trainera comenzó a escorarse a babor casi de inmediato. Era el costado de Gavin. Kip vio que Puño de Hierro estaba remando más deprisa que el Prisma, y ese desequilibrio estaba desviándolos a babor. Gavin lanzó una mirada a Puño de Hierro, que le dedicó una sonrisa de oreja a oreja sin dejar de dar poderosos golpes de remo

con los brazos y las piernas. Gavin apretó el ritmo. Puño de Hierro también. Y Gavin. No tardaron en comenzar a surcar las aguas a una velocidad portentosa.

Liv miró a Kip.

—¿Te lo puedes creer? ¡Nunca había viajado tan deprisa!

Kip se rió.

—¿Qué?

—Espera y verás.

Los hombres acompasaron el ritmo. Remaban aprisa, compitiendo entre ellos, pero sin intentar anularse mutuamente.

—¿Cuándo llegaremos al barco? —preguntó Puño de Hierro, levantando la voz para imponerse al viento.

—Cruzaremos el mar en esto —fue la respuesta de Gavin.

Puño de Hierro soltó una carcajada.

—Claro que sí. ¡Eres más resistente de lo que pensaba!

Kip sonrió. Era evidente que el gigantesco pariano no creía a Gavin, pero estaba dispuesto a seguirle la corriente.

Transcurridos veinte minutos, perdieron de vista las demás embarcaciones. Sin aminorar apenas la cadencia de sus golpes de remo, Gavin levantó una mano y trazó uno de los grandes tubos que Kip le había visto utilizar para impulsar la trainera en ocasiones anteriores. Puño de Hierro interrogó al Prisma con la mirada.

—A esto me refería cuando hablaba de tu juramento —dijo Gavin—. Discreción.

—Un tubo acoplado a otro tubo. Vuestro secreto está a salvo conmigo, noble Prisma —repuso con una sonrisa el comandante—. Eso sí, espero que esto ponga fin a nuestra inclinación a babor.

Gavin introdujo el tubo en el agua. Un estremecimiento recorrió la cubierta cuando la primera bola de luxina golpeó el agua tras atravesar el tubo a gran velocidad. Poco después, cuando el chup-chup-chup con el que Kip ya estaba familiarizado se estabilizó, la trainera comenzó a devorar la distancia. La embarcación entera se elevó, y Puño de Hierro estuvo a punto de caer por la borda cuando sus remos salieron del agua.

La trainera aceleró gradualmente y empezó a saltar del pico de una ola al siguiente, los saltos continuaron agrandándose, y la plataforma enseguida dejó de rebotar incluso en las olas. Instantes después, un asombrado Puño de Hierro sumó sus esfuerzos a los de Gavin, y se deslizaron más deprisa todavía.

Las aguas eran tan limpias que Kip podía ver cómo el tubo cortaba las olas a sus pies. Gavin había dotado a cada tubo de unas pequeñas alas con las que la embarcación entera sobrevolaba la superficie. El viento era increíble, pero Kip podía oír los gritos de júbilo de Puño de Hierro por encima del estruendo.

Horas más tarde, cuando el sol se encontraba a medio camino del horizonte,

Gavin decidió retomar los remos antes de avistar Garriston. Puño de Hierro se apartó de su tubo mientras el deslizador se asentaba de nuevo sobre las olas.

El asombro y el temor reverencial que sentía se hacían patentes en su expresión. Estaba temblando visiblemente. De pronto, ensayó una elaborada reverencia ante Gavin.

—Mi señor Prisma —dijo—, hacéis del mundo un lugar más pequeño.

Gavin asintió con la cabeza en deferencia ante el gesto del comandante.

—Más pequeño, tal vez. Pero no más seguro. ¿Has visto una corbeta en esa dirección?

Puño de Hierro negó con la cabeza. Ahora que la acción de los tubos había dejado de sostenerla en el aire, la embarcación flotaba a ras del agua. Pero antes de que el comandante terminara de trazar un nuevo par de remos apareció una corbeta a una legua de distancia, cortando las olas directamente hacia ellos. Puño de Hierro profirió una maldición.

Una sonrisa temeraria se dibujó en los labios de Gavin.

—Bueno, Kip, Liv… ¿alguna vez os habéis enfrentado a unos piratas?

56

—No lo dirás en serio —protestó Puño de Hierro—. Mi señor Prisma —añadió, a destiempo y sin demasiado entusiasmo.

—Vayamos de caza —dijo Gavin.

—¡Mi señor! No puedo permitir que te expongas a semejante peligro. Podemos dejar atrás a esa escoria ilytiana. No suponen ninguna amenaza para nuestra misión, ni para nosotros.

—¿Sabes qué verano es este, comandante? —preguntó Gavin.

—No entiendo a qué te refieres.

—Es el verano en que los ruthgari cederán Garriston —dijo Liv, como si las palabras le dejaran un regusto amargo en la boca.

—¿Y sabes por qué le entusiasma tanto esa idea a esta muchacha? —preguntó Gavin a Puño de Hierro.

—Nunca he servido a este lado del mar Cerúleo —respondió el comandante.

—Sin duda sabrás que todos los territorios que se aliaron conmigo durante la Guerra del Falso Prisma han ido turnándose la hegemonía sobre Garriston.

—Dos años para cada nación, para que nadie haga planes a largo plazo para Tyrea. ¿Podemos tener esta conversación a una distancia más segura? —Puño de Hierro miró de reojo en dirección a los piratas. Avanzaban a gran velocidad, empujados por la brisa del atardecer.

—Esa era la idea original —dijo Gavin—. En lugar de eso, sin embargo, cada nuevo gobernador ha aprovechado la ocasión para lucrarse. Los parianos obtuvieron la primera rotación y despojaron Garriston de todo cuanto había sobrevivido a las llamas. Desde entonces, todos los gobiernos han seguido su ejemplo.

Liv tomó la palabra.

—Durante el primer año, la mayoría de los gobernadores intentan mantener el río Umbro libre de bandidos para que las cosechas puedan abrirse paso. Pero la mayoría de las cosechas se retrasan al segundo año. A los gobernadores no les apetece perder más hombres matando bandidos para que el siguiente gobernador de cualquier otra satrapía se enriquezca, de modo que se repliegan en Garriston. Únicamente los campesinos más optimistas se molestan en sembrar sus cultivos durante el segundo año.

—Si bien el repetido saqueo de Garriston y las tierras circundantes es trágico —dijo Gavin—, no tiene mucho que ver con estos piratas. El relevo se produce tradicionalmente tras el solsticio de verano, para el que faltan dos semanas. Los mercaderes, los artesanos, las esposas y las rameras ruthgari se afanan en cargar sus barcos para llevarse a casa todo el botín que les haya dado tiempo a acumular esta vez. O sencillamente aquello que se trajeron consigo. Supongo que el simple hecho

de que todos los gobernadores hasta la fecha hayan demostrado ser unos corruptos no significa que los herreros que calzan sus caballos también deban serlo por fuerza.

—Todo esto es fascinante —observó Puño de Hierro—, pero ¿no hay cañones de largo alcance capaces de disparar a mil ochocientos o mil novecientos pasos?

—E incluso a más distancia —dijo Gavin—. La cuestión…

—Por fin, alabado sea Orholam —masculló Puño de Hierro.

—Ejem. La cuestión es que, dentro de dos semanas, toda una armada levará anclas y zarpará con rumbo a Ruthgar. Los piratas se abalanzarán como lobos sobre cualquier nave que se separe del grueso de la flota.

—Les está bien empleado —dijo Liv.

Gavin la miró fijamente. La muchacha frunció el ceño, desafiante, pero fue incapaz de sostener el contacto visual y volvió el rostro hacia las olas.

—Algunos mercaderes intentan adelantarse a la estampida y partir antes que el resto de la flota, con la esperanza de eludir a los piratas.

—Pero ya están aquí —dijo Liv.

—Exacto —continuó Gavin—. Y si estalla la guerra este verano, especialmente… Orholam no lo quiera… si la perdemos, reinará el caos. Decenas de barcos, quizá cientos, huirán en todas direcciones. Muchos de los ocupantes de esas naves serán tyreanos, Aliviana.

La muchacha compuso un gesto de arrepentimiento.

—Humo —dijo Kip.

La conversación cesó de repente a bordo de la pequeña trainera. Todos miraron a su alrededor.

—Haría falta un artillero sumamente hábil para acercarse a menos de cien pasos de nosotros a esta distancia —dijo Gavin, pero Kip vio que él tampoco apartaba la mirada de la corbeta.

—A lo mejor era una salva de advertencia, tan solo para indicarnos…

Un surtidor de agua se elevó de improviso a veinte pasos de la proa del deslizador. El sonido del disparo llegó a sus oídos muy poco después.

—Menuda puntería —observó Gavin—. La buena noticia es que muy pocas corbetas poseen más de un cañón montado a proa, por lo que deberíamos disponer al menos de treinta segundos antes de que…

—¡Humo! —exclamó Kip.

—Cómo detesto esta parte —dijo Gavin. Puño de Hierro y él regresaron a sus puestos en el cuadro de remos.

En esta ocasión, el surtidor de agua se elevó a cincuenta pasos de su proa.

—Es un consuelo saber que el primero fue cuestión de suerte —comentó Liv.

—A menos que el segundo haya tenido mala suerte —dijo Kip.

Gavin miró a Puño de Hierro. Una arruga de preocupación se cinceló

momentáneamente entre sus cejas.

—Vamos.

—¡En marcha!

Comenzaron a remar y no tardaron en ganar velocidad.

—¿Qué puedo hacer yo? —preguntó Kip. Aborrecía sentirse inútil.

—¡Pensar! —fue la respuesta de Gavin.

¿Pensar? Kip miró a Liv para ver si esta sabía a qué se refería Gavin. La muchacha se encogió de hombros.

—¡Humo! —exclamó.

Transcurrieron unos segundos interminables antes de que Kip oyera un extraño zumbido. El agua explotó cincuenta pasos a sus espaldas.

—¡No esperaban que los embistiéramos de frente! —celebró Gavin—. ¡El próximo caerá más cerca! —Soltó una risita.

Había perdido la cabeza.

Humo. Esta vez, Kip contó para sus adentros. Uno. Dos. Tres. Aguzó la vista. Debería ser capaz de ver algo tan grande como una bala de cañón. Cinco. Se… ¡Bum! El agua explotó a menos de quince pasos a la izquierda (¿a babor?) de la trainera. Kip sintió las salpicaduras.

—¿Lo veis? —dijo Gavin—. ¡Eso es un artillero con talento!

Loco. De remate.

—Da tiempo a contar hasta seis entre el humo y el chapuzón —anunció Kip.

—¡Bien! —gritó Gavin—. Puño de Hierro, todo a estribor en cuanto…

—¡Humo! —dijo Liv.

Los hombres viraron bruscamente a estribor y el siguiente disparo impactó inofensivo a buena distancia, si bien tal vez peligrosamente cerca de la que hubiera sido su posición.

Otro cañonazo, y de nuevo a estribor. El disparo volvió a impactar al menos a treinta pasos de su objetivo. Kip echó un vistazo a las velas de la nave ilytiana, hinchadas por el viento. Acortaban distancias siguiendo una trayectoria fuertemente sesgada, con las velas atirantadas por la brisa constante. Daba la impresión de ser una plataforma idónea desde la que apuntar. Kip no sabía cómo podría ayudarles a sobrevivir esa información. Sencillamente, no tenía ni idea de navegación. Continuaban acercándose, no obstante. El lapso que mediaba entre el humo y las detonaciones ya había bajado de los cinco segundos.

La trainera viraba bruscamente a un lado y a otro, a veces llegaba incluso a detenerse por completo, y si bien los temores de Kip en ningún momento llegaron a disiparse por completo, comprendió que Gavin tenía razón. El deslizador era demasiado veloz, pequeño y maniobrable como para constituir un blanco fácil, a menos que la suerte y la pericia se aliaran con el artillero. Aunque disponían de

menos tiempo para avanzar entre los disparos del cañón y el impacto de las balas cuanto más se aproximaban a la nave ilytiana, también los artilleros debían modificar el ángulo de tiro cada vez más.

Después del último cañonazo se produjo una pausa prolongada.

—¿Qué ocurre? —preguntó Kip.

—¿Se habrán hartado de malgastar la pólvora? —dijo Liv, esperanzada.

Obtuvieron la respuesta diez segundos más tarde, cuando los cañones escupieron dos columnas gemelas de humo.

—¡A babor! —exclamó Gavin.

Su intuición demostró ser acertada. Se elevaron dos surtidores del agua, tanto donde habrían estado si hubieran seguido en línea recta como donde habrían estado si hubieran virado a estribor. Aunque las descargas se habían vuelto más espaciadas entre sí, ahora los piratas disponían de dos intentos para adivinar la trayectoria de la trainera en vez de uno solo.

—¡Esos hijos de perra no son tontos! —dijo Gavin—. ¡Ha llegado el momento de hacer trampas! Kip, relévame.

Se apeó del cuadro de remos, y Kip ocupó su lugar.

—Todo recto —ordenó Gavin. Con la piel teñida de azul, trazó un tubo de propulsión y lo introdujo en el agua. La trainera dio un salto adelante. Kip y Puño de Hierro estuvieron a punto de perder el equilibrio cuando el Prisma recortó sus remos. Pero de no haberlo hecho, comprendió Kip, el inexorable rodar de los engranajes les habría arrancado los brazos de cuajo.

Gavin rechinó los dientes ante la presión resultante de impulsar toda la embarcación él solo, sus músculos se abultaron y las venas sobresalieron en su cuello, pero transcurrido un momento, cuando ganaron velocidad y se volvió más fácil, dijo:

—Puño de Hierro, coloca granadas de fuego en todas las troneras y en las velas. Liv, corta las jarcias. Kip, tú… —Se interrumpió, como si no se le ocurriese nada que pudiera hacer Kip el Inepto—. Avísanos de todo lo que creas que se nos pasa por alto. Coge mis pistolas. —Gavin sacó la mano de uno de los tubos, trazó una palangana y la llenó de luxina roja en cuestión de momentos. Puño de Hierro empezó de inmediato a trazar proyectiles azules que rellenó con la sustancia inflamable.

Cubrieron los últimos quinientos pasos antes de que los hombres que correteaban por la cubierta tuvieran tiempo de recargar los cañones de proa. Solo una figura permanecía impertérrita ante su imposible velocidad.

—¡Mosquetero! —gritó Kip. Uno de los artilleros, Kip no sabía si el mismo que había demostrado poseer una puntería asombrosa u otro, se erguía a proa, prensando tranquilamente la pólvora en el cañón de su mosquete con ayuda de una baqueta. Con movimientos rápidos y precisos extrajo un trozo de tela, metió la mano en un bolsillo del que sacó una bala, e introdujo ambos objetos en el cañón. Entre los dientes

sostenía una cerilla de combustión lenta.

Al acercarse, Kip vio que el artillero era un ilytiano de piel negra como la pólvora, rasgos aborígenes, la barba rala y oscura, con unos pantalones holgados cortados a la altura de las rodillas y una chaqueta azul marino incongruentemente elegante bajo la cual no se apreciaba ninguna camisa. Llevaba el pelo, moreno y atiesado, recogido en una gruesa coleta. Sus rodillas flexionadas compensaban el balanceo de la cubierta con tanta naturalidad como el respirar. Colocó la mecha encendida en su sitio.

—¡Mosquetero, he dicho! —exclamó Kip. Cortaron las aguas justo junto a la corbeta mientras las troneras se abrían y la nave viraba bruscamente para alejarse de ellos.

Gavin se limitó a imitar su maniobra. Nadie iba a hacer nada. Kip amartilló los percutores de las pistolas con puñales de Gavin, intentando no ensartarse en las largas cuchillas.

El mosquetero giró ágilmente sobre los talones, apuntando a Gavin. Kip levantó ambas pistolas.

El pirata disparó primero. Su arma le estalló en las manos, lanzándolo por los aires. Kip apretó ambos gatillos. El pedernal de la pistola que empuñaba en la mano derecha arañó el rastrillo, pero no saltó ninguna chispa. No ocurrió nada. La pistola que empuñaba en la zurda soltó un rugido. El retroceso coceó a Kip con mucho más ímpetu de lo que esperaba.

Kip se giró, tropezó y resbaló hacia la popa de la trainera, gateando y rodando por el suelo. Vio que Liv extendía las manos y se daba la vuelta, con las pupilas convertidas en diminutas cabezas de alfiler mientras trazaba supervioleta. Se abalanzó sobre él.

Kip rodó bocabajo y perdió de vista a Liv, la corbeta, los trazadores y la batalla. Lo único que veía era el azul lustroso de la cubierta de la trainera, deslizándose debajo de él. Su rostro asomó por el borde. Su frente rebotó en el agua que discurría veloz a sus pies, provocando que toda su cabeza se elevara de golpe, estirándole el cuello. Al segundo rebote, no tuvo tanta suerte. Su nariz se sumergió, y posicionado fuera de la popa de la trainera como estaba, las ventanas de su nariz se convirtieron en cucharones gemelos que le inundaron las fosas nasales de agua a gran velocidad.

Liv debía de haberle agarrado, pues no se produjo un tercer rebote, pero Kip no podía ver nada, ni pensar en nada. Estaba tosiendo, sufriendo arcadas, llorando, cegado, escupiendo agua salobre.

Cuando se incorporó, la corbeta ilytiana quedaba ya doscientos pasos a su espalda. Sus velas ondeaban sin fuerza, desgarradas y en llamas. Penachos de humo escapaban de todas las troneras a estribor, y el fuego era visible en sus cubiertas. La nave entera comenzaba a hundirse en el agua. Los hombres saltaban por la borda en

todas direcciones.

El comandante Puño de Hierro, que apenas si había pronunciado dos palabras en todo este tiempo, dijo:

—Que los hombres se den tanta prisa por abandonar el barco significa que el fuego debe de dirigirse a… —El centro de la corbeta explotó, proyectando astillas, cuerdas, barriles y hombres en todas direcciones-… la santabárbara —concluyó Puño de Hierro—. Pobres diablos.

—Esos hombres asesinan, violan y esclavizan. No merecen compasión —dijo Gavin, frenando la trainera. Hablaba para Liv y Kip, que se habían quedado sentados con los ojos como platos—. Pero Puño de Hierro tiene razón. Ser la mano de la justicia no es fácil. —Dejó que el tubo se hundiera en el agua—. Remaremos el resto del trayecto. A propósito, buen tiro, Kip.

—¿Le di?

—El capitán salió disparado del timón.

—El timón está en la… esto, en la parte de atrás, ¿no? —El mosquetero estaba delante.

—¿La popa? —sugirió Liv.

Gavin adoptó una expresión suspicaz.

—No estabas apuntando al capitán, ¿verdad?

—¿Apuntar? —preguntó Kip con una sonrisa.

—Orholam misericordioso, de tal palo, tal astilla —dijo Puño de Hierro—. Sin embargo, la suerte es…

—La «suerte» es no soltar las pistolas de tu padre, únicas y de un valor incalculable, en el mar —sentenció Gavin.

—¿Solté tus pistolas? —preguntó Kip, abatido.

—Es atrapar dichas pistolas en el último momento —dijo Gavin, sacando las armas de detrás de la espalda. Sonrió.

—Ay, gracias a Orholam —suspiró Kip.

—Has estado a punto de perder mis pistolas —dijo Gavin—, y por eso te toca remar. Liv, tú también.

—¡¿Qué?!

—Eres su tutora. Es responsabilidad tuya. Deberás responder de todo lo que haga mal.

—Estupendo —refunfuñó la muchacha.

57

—Cuánta… suciedad —dijo Kip. Tras admirar la riqueza del Gran Jaspe y los edificios mágicos de la Cromería, Garriston ofrecía un aspecto decididamente deslustrado.

—La suciedad es lo de menos —repuso Gavin.

Kip no sabía exactamente a qué se refería con eso, pero lamentó haber estado inconsciente la primera vez que atravesó flotando la ciudad en compañía de Gavin. Si hubiera visto Garriston entonces, sin duda le habría parecido impresionante. Habría sido la mayor congregación de seres humanos que hubiese visto en su vida, al menos, ya que no la más limpia. La alcaldesa de Rekton jamás hubiera consentido que se acumularan los montones de inmundicias que Kip podía ver apiñados en los callejones adyacentes a los muelles, irguiéndose junto a cajas que a menudo contenían alimentos. Repugnante.

El muelle albergaba unas cuarenta embarcaciones, mal guarecidas por un rompeolas repleto de grandes boquetes. Liv vio que Kip contemplaba las brechas, preguntándose si cumplirían tal vez alguna función.

—A los ocupadores nunca les apetece deslomarse ayudando a los primitivos tyreanos —explicó la muchacha—. Los amarraderos que quedan frente a los huecos del rompeolas se reservan para los nativos. Tendrías que ver a los capitanes poniendo pies en polvorosa en cuanto se cierne una tormenta de invierno. Los soldados se reúnen en las torres y hacen apuestas sobre qué barco terminará yéndose a pique.

El deslizador, propulsado por Liv y un Kip al que apenas le quedaba resuello, se cruzaba con galeras, galeazas, corbetas y areneras repletas de nativos enfrascados en la reparación de sus redes. Los hombres y las mujeres dejaban lo que estuvieran haciendo al divisar la modesta trainera, mucho menos modesta a causa de su exótica tripulación. El mero hecho de volver a ver tantos rostros tyreanos juntos bastaba para levantar el ánimo de Kip. Le hacía sentir como en casa. Lástima que al pasar detectara tanta hostilidad en sus rasgos.

Ah, los trazadores extranjeros no son bien recibidos. Supongo que no debería extrañarme.

—¿Adónde vamos? —preguntó Kip.

El comandante Puño de Hierro señaló el edificio más alto y majestuoso de la ciudad. Desde su posición, Kip solo podía ver el óvalo perfecto de una torre rematada por una aguja que apuntaba al firmamento. La parte más ancha de la torre estaba ceñida por una amplia franja tachonada de diminutos espejos redondos, ninguno de ellos más grande que el pulgar de Kip. Con el sol del atardecer, la torre daría la impresión de estar en llamas. Por encima y por debajo de esa franja de espejos había otras bandas parecidas, también con cristales de colores incrustados.

—Me lo figuraba —dijo Kip—. Me refería a dónde deberíamos amarrar la trainera.

—Aquí mismo —dijo Gavin, señalando una pared lisa en el punto más cercano a la puerta. No se trataba de ningún embarcadero, y las calles quedaban unos buenos cuatro pasos por encima del nivel del agua.

A pesar de todo, Kip y Liv viraron (con bastante destreza, en opinión del muchacho) hacia la pared. El morro de la trainera se hundió en el agua cuando un haz de luxina azul brotó de la proa de la embarcación y voló hacia delante siguiendo una trayectoria sinuosa. Se solidificó nada más tocar la pared y creó una serie de escalones que aseguraron el deslizador en su sitio y les facilitarían el desembarco.

—Sigo sin acostumbrarme a esto de la magia —dijo Kip.

—Yo tengo treinta y ocho años —dijo el comandante Puño de Hierro— y tampoco me he acostumbrado. Tan solo he aprendido a reaccionar un poco más deprisa. Coged los petates.

Así lo hicieron, y subieron por la escalera hasta el nivel de la calle mientras los nativos los observaban sin disimular su curiosidad. Cuando todos hubieron llegado a tierra firme, Gavin tocó una esquina de la escalera. Toda la luxina de la trainera perdió coherencia y se disolvió, hundiéndose en el agua en forma de polvo, arenilla o pasta viscosa, según su color. El amarillo llegó incluso a destellar un poco cuando la mayor parte de su masa se tradujo en luz, y el agua burbujeó por unos instantes, súbitamente libre del peso de la embarcación. Gavin, por supuesto, no prestó la menor atención al proceso.

Esto era algo normal para él. ¿En qué clase de mundo me he metido? Si Gavin estuviera cenando y no encontrase el cuchillo, trazaría uno en vez de levantarse e ir a buscarlo. Si su copa estuviera sucia, trazaría una nueva en vez de limpiar la vieja. Eso le dio una idea a Kip.

—Gavin… esto, lord Prisma, ¿por qué no se visten con luxina los trazadores?

Gavin esbozó una sonrisa.

—Lo hacen, a veces. Las corazas amarillas y cosas por el estilo se valoran mucho en combate, naturalmente, pero deduzco que te refieres a prendas de tela.

—Tú usas la magia para todo.

—Yo sí —dijo Gavin—. Un trazador normal no va a acortarse la vida tan solo para no tener que amarrar su barca cincuenta pasos más lejos. Bueno, algunos sí, claro. Lo cierto es que hubo una temporada durante la cual estuvo de moda vestirse con luxina, cuando yo era pequeño. Si se aplica la fuerza de voluntad necesaria, incluso algunos tipos de luxina sellada pueden volverse bastante maleables. No tardaron en proliferar los sastres trazadores especializados en esa clase de prendas. Pero casi nadie podía permitírselas, y al confeccionarlas uno mismo se puede incurrir en numerosos errores. Algunos completamente inofensivos, como dejar las perneras

de los pantalones demasiado rígidas. Pero si el trazo no es perfecto, tu camisa podría convertirse en polvo en el momento menos esperado. O algún muchacho travieso —Gavin carraspeó— podría aprender a desellar la luxina tejida por los sastres trazadores. Dicho muchacho podría sembrar el caos en el transcurso de una fiesta memorable, donde las damas que habían llegado al extremo de procurarse incluso ropa interior de luxina se encontraran de improviso en un apuro muy poco convencional. —Apretó los labios para disimular la sonrisa que amenazaba con provocarle el recuerdo—. Por desgracia, la moda tocó abruptamente a su fin después de aquello.

—¿Fuiste tú? He oído hablar de esa fiesta —dijo Liv.

—Seguro que se trata de meras exageraciones.

—No —intervino Puño de Hierro—. Seguro que no.

Gavin se encogió de hombros.

—Era un niño malo. Por suerte, he mejorado mucho desde entonces. Ahora soy un hombre malo. —Sonrió, pero el gesto no se reflejó en sus ojos—. Vamos allá —dijo mientras un trío de ruthgari se acercaba a ellos.

Los tres se cubrían con lo que a Kip le parecían unas mantas de lana con un agujero para sacar la cabeza, escrupulosamente dobladas para que quedaran plisadas a ambos lados de sus grandes cinturones de cuero. La prenda (¿una túnica?) caía hasta las rodillas de los hombres. Si bien tenían las piernas desnudas, la lana parecía del todo inapropiada para el clima de Tyrea, y los tres estaban sudando. Todos ellos calzaban sandalias de cuero, aunque las de los guardias estaban anudadas en torno a unas espinilleras metálicas. Los guardias empuñaban sendos pilos, más un gladio y una tosca pistola al cinto. El hombre que encabezaba la comitiva, aparentemente al mando, lucía bordados en el ribete del dobladillo de la túnica y encima de cada pecho. Portaba asimismo un pergamino enrollado, una bolsa grande cruzada al hombro y un pesado monedero en el cinturón. Un par de anteojos transparentes se sostenían en la punta de su nariz.

¿Anteojos transparentes? ¿Qué clase de trazador querría ponerse algo así?

Pero al acercarse, Kip comprendió que el hombre no era ningún trazador. Sus ojos eran de color castaño claro. Todos ellos tenían la tez muy blanca, una característica común entre los ruthgari, dedujo Kip. Apenas bronceados, aun sin la palidez ni las pecas propias de los bosquesangrientos, ofrecían un aspecto fantasmagórico. Sus cabellos eran de un oscuro natural, entre castaño y moreno, pero liso y muy fino. Caminaban bien con autoridad o con altanería. Kip miró a Liv de reojo. La muchacha definitivamente había decidido apostar por lo último. Casi estaba enseñándoles los dientes. Kip temió que se dispusiera a escupirles a los pies.

—Soy el secretario del capitán de puerto —anunció el hombre—. ¿Dónde está su embarcación? La tarifa se calcula en función del tamaño y la duración de la estancia.

—Me temo que el tamaño de nuestra embarcación es irrelevante en estos momentos —repuso Gavin.

—Eso lo decidiré yo, muchas gracias. ¿Dónde ha amarrado?

—Más o menos por ahí —dijo Gavin, señalando con el dedo.

El secretario del capitán de puerto miró en la dirección indicada y entrecerró los ojos para escudriñar la pared de arriba abajo. No había ninguna embarcación en un radio de cincuenta pasos. Cruzó los brazos y apretó las mandíbulas como si pensara que Gavin intentaba burlarse de él.

—La tarifa no es muy elevada, pero le aseguro que la multa por intentar evadirse de ella sí lo es.

Uno de los guardias le dio unos golpecitos en el hombro, pero el secretario del capitán de puerto no le hizo caso.

—Como tiene que ser —dijo Gavin, sin perder la compostura. Le entregó una carta.

El hombre la sostuvo a la altura de la cintura mientras la contemplaba fijamente a través de las gafas, como si se dispusiera a trazar las letras en forma de palabras.

—Oh —musitó—. ¡Oh, oh!

El hombre levantó la cabeza de golpe y observó a Gavin a través de los anteojos.

—¡Oh! ¡Mi señor Prisma! ¡Mil perdones! Por favor, mi señor, permitid que os escoltemos hasta la fortaleza. Sería un gran honor para nosotros.

Gavin inclinó la cabeza.

—Pensé que ibas a levantarlos a todos por los aires con magia y zarandearlos o algo —dijo Kip cuando empezaron a seguir a los guardias y al secretario del capitán de puerto.

—En ocasiones se encuentra uno con idiotas que se merecen un escarmiento —replicó Gavin—, pero este hombre se limita a hacer su trabajo. —Se adentraron en la sombra de la fortaleza, cuya cara septentrional prácticamente flotaba sobre el puerto. Los dos miraron hacia arriba. Los arqueros que recorrían los adarves los observaban desde las alturas—. Además, cuando empiezas a disparar luxina sin ton ni son, nunca se sabe quién podría responder con otro tipo de proyectiles.

El secretario habló con los hombres que vigilaban la puerta. Numerosas miradas furtivas se posaron en Gavin. Kip estaba ocupado contemplando la fortaleza. La puerta, al igual que el resto de la fortaleza, era de travertino labrado. La piedra, de un color verde claro, estaba cubierta de surcos entrecruzados que le conferían una apariencia más textil que rocosa. Había varias buhederas talladas en la puerta. Cuando los soldados la abrieron, Kip vio que conducía a una estrecha liza, completamente cerrada, con buhederas por todas partes, y después a otra puerta. Los guardias de la segunda puerta, que estaba abierta, empuñaban unos mosquetes de cañones abocinados. Las armas eran más cortas que los mosquetes de los guardias de

la Cromería.

Aprovechando que ahora estaba al lado de Puño de Hierro, Kip preguntó:

—¿Por qué son tan cortos esos mosquetes?

—Trabucos —dijo el comandante de la Guardia Negra—. En vez de usar balas, los cargan con clavos o eslabones de cadenas. A corta distancia pueden alcanzar hasta a cuatro o cinco hombres. O practicar un buen boquete a uno solo. Resulta muy práctico para sofocar los disturbios. Un hombre partido por la mitad no está menos muerto que otro con un pequeño agujero en el corazón, pero disuadirá mucho más al resto de la turba.

—Caray —dijo Kip, tragando saliva.

Tras superar unos cuantos puntos de control más, en los cuales se unieron a la comitiva varios guardias veteranos, iniciaron el ascenso. Al llegar a la tercera planta, pasaron frente a una puerta abierta que daba a una cámara con vistas al mar. Gavin se detuvo en seco. Sus escoltas no se percataron de inmediato. Ignorándolos, Gavin entró en la habitación.

Puño de Hierro, Kip y Liv lo siguieron. La estancia consistía en una serie de cuartos repletos de cuadros, cojines, biombos decorados con minuciosas escenas de caza, chimeneas, numerosos candelabros y flabelos para que los esclavos abanicaran a sus amos. Allí donde se posaba la mirada de Kip, encontraba algo que brillaba, relucía o rutilaba.

—Esto —anunció Gavin cuando sus escoltas acudieron corriendo— será suficiente…

—Sí, lord Prisma, por supuesto, esta es la habitación reservada para los invitados de honor. Buscaremos…

—Sirvientes —concluyó Gavin—. Kip, Liv, ¿podréis evitar meteros en problemas mientras ultimo los preparativos de nuestros aposentos?

—Sí, desde luego, mi señor Prisma —respondió Liv, con una formalidad y una madurez a las que Kip no estaba acostumbrado.

—Empieza las clases de trazo de Kip. Vendré a veros cuando haya terminado unos asuntos.

—Por supuesto —dijo Liv, con una reverencia. Kip intentó imitarla, y de inmediato se sintió tremendamente ridículo. No sabía cómo hacer una reverencia. Nadie hacía reverencias donde se había criado.

—¿Puño de Hierro? —dijo Gavin.

Puño de Hierro enarcó una ceja. Ah, conque ahora quieres que te acompañe.

—No volverás a disfrutar de una oportunidad igual de ver cómo sacan a un pomposo gobernador ruthgari a patadas de sus aposentos. Más de uno, si tienes suerte. Quizá se trate incluso de algún conocido.

Una sonrisa aleteó en las comisuras de los labios del comandante.

—Los pequeños placeres hacen que la vida valga la pena, ¿verdad?

58

La puerta se cerró a sus espaldas, y de pronto Kip y Liv se quedaron a solas, lejos de las personas importantes y los asuntos de estado. Niños una vez más.

Liv se quedó observando a Kip durante largo rato.

—¿Qué? —preguntó el muchacho.

—A veces me cuesta asimilar que seas quien eres realmente. Hace una semana me hubiera ruborizado al ver al comandante Puño de Hierro. Ahora estoy sentada en los aposentos más lujosos del Palacio de Travertino… ¿y son míos?

—Yo ya he renunciado a entender nada —reconoció Kip—. Creo que si me detuviera a reflexionar… —Me convertiría en un bebé balbuceante-… las cosas se desmoronarían.

La expresión de Liv cambió en un abrir y cerrar de ojos. Su mirada se suavizó, y la compasión cinceló sus facciones.

—Estabas allí. En la aldea. Cuando ocurrió.

—En el Puente Verde con Isa y Sanson. Y con Ram, por supuesto. —Aún sentía deseos de hacer una mueca cada vez que pensaba en Ram, pero ahora le parecía cruel y mezquino—. Ram e Isa fueron asesinados. Sanson y yo conseguimos huir. Pero terminaron matándolo también a él. —La voz de Kip sonaba inexpresiva y distante incluso a sus propios oídos. Ni siquiera se atrevía a mirar a Liv. Si veía su compasión, se desmoronaría. Ya parecía débil, estúpido, infantil y obeso a sus ojos, un crío lastimoso. No necesitaba empeorar las cosas rompiendo a llorar—. Mi madre escapó pero tenía la cabeza aplastada. Estaba con ella cuando…

—Ay, Kip, cuánto lo siento.

Kip repelió esas palabras, las alejó cuanto pudo de sí.

—Fuera como fuese, espero sinceramente que tu padre lograra escapar. Siempre se portó bien conmigo. De hecho, si no me hubiera obligado a irme cuando lo hizo, ahora yo no estaría aquí.

Liv dejó transcurrir un rato en silencio. Kip no sabía si se trataba de un silencio violento o no.

—Kip —dijo por fin la muchacha—, he estado intentando reunir el valor necesario para… Las cosas pueden ponerse bastante complicadas ahora. Teniendo en cuenta quién es tu padre, y cómo funcionan las cosas en la Cromería… A veces las cosas no salen realmente como nos gustaría, y…

—¿Se supone que debería tener la menor idea de lo que intentas decir? —preguntó Kip—. Porque…

Liv abrió la boca y lo miró de nuevo. Kip vio que volvían a cerrarse las puertas.

—Solo quería decir que me alegra de veras que consiguieras escapar, Kip.

—Gracias. —Gracias por no confiar en mí lo suficiente para decir lo que querías

—. ¿No deberíamos empezar ya?

Liv sonrió débilmente, como si quisiera decir algo más pero no supiera muy bien cómo hacerlo.

—Vale. Salgamos al balcón.

Salieron al balcón, el cual colgaba literalmente sobre el mar. Desde su posición podían oír unas voces apagadas procedentes de lo alto del Palacio de Travertino. Kip se quedó contemplando el mar, intentando concentrarse, y preguntó:

—¿Qué quieres que haga?

—Para trazar se necesitan cuatro cosas —dijo Liv—. Habilidad, voluntad…

—Fuente y tranquilidad —concluyó Kip—. Esto… perdona, se me han pegado una o dos cosas.

—Correcto. Los cuatro requisitos fundamentales contienen modificaciones y matices, pero ahí es donde comienza todo. Empecemos por las fuentes.

Kip pensó que ya había aprendido la mayoría de las cosas que Liv se disponía a contarle, pero uno no interrumpe a una chica bonita a menos que tenga algo ingenioso que decir. Liv rebuscó en su mochila y sacó un paño verde enrollado, primero, y después otro blanco.

—Aplazaremos la teoría de los colores mientras nos sea posible —dijo—. Sabemos que ya has trazado verde. Así que tu fuente puede ser algo que refleje la luz verde en el mundo, o algo que tenga el verde como color integrante y lo puedas mirar a través de una lente.

—¿Eh? —dijo Kip. Pues sí que había aprendido mucho—. ¿A qué te refieres con que refleje el verde? ¿Algo de color verde?

—Cuando progreses un poco más en la Cromería descubrirás que tu experiencia con una cosa y la naturaleza misma de esa cosa son dos cosas distintas.

—Qué… metafísico —dijo Kip. ¿No le había contado Gavin algo por el estilo?

—Hay quienes se lo toman de esa manera, pero hablo en un sentido estrictamente físico. Fíjate. —Liv sacó otro paño. Pertenecía al espectro rojo, pero en lugar de fluir suavemente del rojo más oscuro al más claro, había partes que retrocedían varios peldaños—. Si miras esto, Kip, verás que está mal. La secuencia es correcta, en general, pero hay subcolores que están fuera de su sitio. La mayoría de las personas no lo notan. Creen que está bien así. Pueden distinguir estos cuatro bloques del espectro, pero no esos del interior. Da igual cuánto se esfuercen, o durante cuánto tiempo se fijen. Su experiencia abarca menos matices que la tuya o la mía. Ahora bien, con franqueza, no sabemos si lo que vemos tú y yo es la totalidad de lo que hay aquí en realidad, o si alguien de más allá del Gran Desierto podría pensar que estamos tan ciegos como consideramos nosotros a quienes no pueden distinguir esto de esto otro.

—Qué lío.

—Ya lo sé. En clase, los magísteres sacan a todos los muchachos delante de la clase y les piden que hagan la prueba, porque muchas de las muchachas que pueden ver las diferencias no se creen que los demás no puedan. Es muy humillante. De hecho, creo que es peor para las chicas que tampoco pueden verlas. Que los chicos fracasen es de esperar. Las muchachas que no pueden verlas se sienten fatal. —Sacudió la cabeza—. Nos estamos saliendo por la tangente. Lo que tienes que recordar, aunque ahora te cueste creerlo, es que el color no es inherente a los objetos. Los objetos reflejan o absorben los colores de la luz. Crees que este paño es verde. No lo es. En realidad se trata de un paño que absorbe todos los colores menos el verde.

—¿Esto es dejar la teoría de los colores para más tarde? —preguntó Kip.

Liv hizo una pausa, pero sonrió al ver que estaba bromeando.

—No, no voy a irme otra vez por las ramas. La cuestión es que la luz es fundamental. Este paño, en una habitación a oscuras, no te sirve de nada. Evidentemente, las connotaciones religiosas se pueden llevar al extremo, pero tú y yo solo vamos a hablar de lo físico, no de lo metafísico. Puedes trazar luz verde. Para ello existen únicamente dos maneras. Lo mejor es que haya algún objeto verde cerca de ti. Si hay varios, mejor. Y si poseen distintos tonos y matices, mejor que mejor.

—Como un bosque, por ejemplo.

—Exacto. Por eso, antes de la Unificación, la diosa verde Atirat era más venerada en Ruthgar y el Bosque de Sangre que en cualquier otra parte. Los trazadores verdes acudían en tropel a los bosques y las Llanuras Verdegueadas porque allí eran más poderosos que en ningún otro lugar. A cambio, esos terrenos estaban dominados por las virtudes y los vicios verdes, ya fuera debido simplemente a la inmensa cantidad de verde que se trazaba en ellos o a que Atirat era real. Elige la opción que más te guste.

—Eso no lo entiendo.

—Volveremos sobre ello más tarde. La segunda mejor manera de trazar es tener unas gafas. Como estas. —Rebuscó en su mochila y sacó una bolsita de algodón. Tras aflojar el cordel, sacó un par de anteojos de color verde.

—Pero si tú no trazas el verde —dijo Kip.

—No, en efecto —repuso Liv, con una sonrisa.

—¿Son para mí? —preguntó Kip. Un cosquilleo le recorrió el espinazo.

La sonrisa de Liv se ensanchó.

—Habitualmente se celebra una pequeña ceremonia, pero no es más que una manera de darte la enhorabuena.

Kip cogió las gafas con cuidado. Consistían en unas lentes perfectamente redondeadas montadas en una fina montura de hierro. Se las puso. Liv se acercó y se cercioró de que las patillas se ciñeran adecuadamente a sus orejas. Kip podía olerla. De alguna manera, tras todo un día navegando, combatiendo piratas y tostándose al

sol, la muchacha desprendía una fragancia maravillosa. Por otra parte, Kip nunca había estado tan cerca de una mujer… a excepción hecha de su madre, por lo general cubierta de sudor o vómito las noches en que no lo acompañaba la suerte y tenía que cargar con ella hasta su casa. Isa también olía bien, pero no como Liv.

Kip apenas si había pensado en Isa en los últimos días. Aunque seguía acordándose de ella, sus recuerdos carecían de sustancia. Se había permitido soñar con besar a Isa algún día, pero puede que eso se debiera a que la muchacha estaba allí más que al hecho de que fuera perfecta para él. O porque ella estaba allí y Liv no, y Kip necesitaba algo con lo que distraerse y dejar de pensar en Liv constantemente.

Ahora, sin embargo, la tenía delante. Liv había terminado de medir ambos lados, le quitó las gafas y empezó a doblar cuidadosamente las patillas para que encajaran tras las orejas de Kip.

—Hummm —murmuró—. Tienes la oreja derecha más alta que la izquierda.

—¿Tengo las orejas torcidas? —dijo Kip. Como si le faltaran motivos para sentirse inseguro.

—¡No te preocupes, yo también! En serio, casi todo el mundo las tiene un poco torcidas. —Hizo una pausa—. Aunque no tanto. —Sacudió la cabeza con incredulidad.

—¿Tengo las orejas más torcidas de lo normal?

Liv esbozó una sonrisita traviesa.

—Te pillé.

—Por las… barbas de Orholam. —Kip frunció el ceño. Todas las veces. Todas las cochinas veces.

Liv sonrió, satisfecha consigo misma. Dobló por última vez el puente de las gafas y se las plantó en la cara.

—Ahí tienes. Quizá tengas que ajustarlas un poco hasta que te encuentres más cómodo con ellas, pero en realidad tampoco están pensadas para que las lleves puestas a todas horas.

Kip miró a su alrededor. No le sorprendió mucho que casi todo exhibiera un tinte verdoso al otro lado de las lentes.

—Lo que ves es la luz del sol reflejada en la superficie de los objetos y filtrada a través de las lentes. De modo que si estás rodeado de paredes de mármol o algo por el estilo, serás capaz de trazar casi tan bien como si estuvieras en un bosque. Trazar con ayuda de las gafas no se puede comparar a hacerlo con verdes naturales, pero menos da una piedra. Sin embargo, no vale mirar a cualquier parte. Fíjate en tu entorno. ¿Ves que algunas cosas parecen realmente verdes y otras no? Por ejemplo, si miras este paño, ¿de qué color parece? —Extrajo otro trozo de tela de la mochila.

—Pues… rojo. —A Kip le pareció oír la voz de Gavin procedente de la planta de arriba, cada vez más alta, enfadada.

—Es rojo.

Kip volvió a dirigir su atención a Liv, miró por encima de la montura de las lentes y vio que, aunque el tono del paño había cambiado ligeramente, era efectivamente de color rojo.

—¿Cómo funciona eso? —preguntó.

—Las gafas solo surtirán efecto en presencia de aquellas superficies que reflejen el verde. Las superficies blancas son las que dan mejor resultado porque el blanco es la suma de todos los colores. Menos idóneo, pero también posible en ocasiones, será trazar a través de las lentes cuando estés mirando superficies amarillas o azules, dado que el verde es un color secundario.

—Ahí me he perdido.

—¿Qué pasa, ahora quieres que te explique la teoría de los colores? —Liv sonrió, bromeando—. A efectos prácticos, si necesitas trazar, las gafas te ayudarán sobre todo si encuentras cosas que sean blancas o de color claro. El trigo maduro serviría; una pícea, no.

—Creo que seré capaz de recordarlo —dijo Kip. Todo eso de «las cosas no son del color que parecen ser» en realidad no tenía mucho sentido, pero supuso que tendría ocasión de reflexionar al respecto más tarde.

—Bien, pues con eso hemos cubierto las fuentes. Por ahora.

¿Insinúas que todavía debemos cubrir la habilidad, la voluntad y la tranquilidad?

—No quiero ponerme pesada —dijo Liv—, y me apena que no puedas disfrutar de la ceremonia, porque te ayudaría a metértelo en la cabeza. A partir de ahora, esas gafas son tu posesión más preciada. La mayoría de los trazadores no solo deben ahorrar durante meses o incluso un año completo antes de poder permitirse unas lentes como esas, sino que inmediatamente después todo el mundo empieza a ahorrar otra vez para comprarse unas de repuesto. Si tienes dinero, o si el Prisma lo ordena, supongo, puedes conseguir que los forjadores de lentes te hagan unas a medida. Pueden darte unas de un verde más oscuro o más claro, o ajustar la montura para que se asiente mejor o por razones estéticas. Pero sin ellas, serás prácticamente impotente. Sé que has visto al Prisma en acción, pero es la excepción que confirma la regla. Él no necesita gafas. Sus ojos no sufren el halo. Puede emplear toda la magia que le apetezca. Las normas no se aplican a él. Ni siquiera aquellas que se aplican a otros prismas. ¿Te imaginas a cualquier otro presentándose aquí, solo, y asumiendo el mando por las buenas? ¿Imponiendo su voluntad a los ruthgari? Y lo más gracioso es que terminarán claudicando. No les hará ni pizca de gracia, pero…

La interrumpió una voz masculina procedente del piso de arriba.

—Me importa un bledo lo que ponga en esa hoja, de ninguna manera vas a… —El hombre enmudeció con un grito.

Kip levantó la cabeza a tiempo de ver cómo una figura pasaba frente a su balcón,

camino del suelo. Aterrizó a lo lejos, en la bahía, con un estrepitoso chapuzón, y Kip vio que salía a la superficie haciendo aspavientos, escupiendo agua, con sus elegantes ropajes flotando a su alrededor. Empezó a desgañitarse pidiendo ayuda.

—¡Esto es un ultraje…! —protestó alguien, y Kip vio cómo otro hombre se precipitaba por los aires al otro lado del balcón. Se hundió en la bahía, casi encima del gobernador.

Se produjo un gigantesco estallido de luz.

—Juro por Orholam que el próximo no irá a parar al agua —dijo Gavin, con voz imperiosa.

Kip esperaba escuchar disparos (el gobernador debía de tener guardias), pero no se oyó nada. Habían claudicado.

Ese es mi padre. ¿Ese es mi padre?

Gavin imponía su voluntad, y el mundo la acataba.

—Bueno —dijo Kip, sintiéndose como los hombres que braceaban en la bahía a sus pies, apenas capaces de nadar y desesperados porque alguien los rescatara—. De acuerdo. La voluntad. Es lo que viene a continuación, ¿no?

59

Corvan Danavis llegó a las afueras de Garriston con la puesta de sol. Las murallas exteriores de la ciudad habían sido demolidas tiempo atrás, por supuesto. Durante la Guerra de los Prismas (Corvan nunca se refería al conflicto como la Guerra del Falso Prisma), había ordenado su reconstrucción, pero el tiempo más bien escaseaba. Las murallas exteriores estaban diseñadas para proteger una ciudad de miles de habitantes. Aproximadamente noventa mil, en el momento que estalló la guerra. Protegerlos a todos había sido una tarea imposible.

Los canales de riego que deberían abastecer de agua a los terrenos que mediaban entre las murallas exteriores y las interiores estaban destruidos, salvo uno o dos. Pero las murallas interiores aún se mantenían en pie, al igual que las Damas.

Las Damas, despojadas ya prácticamente de cualquier posible asociación con la diosa Anat, guardaban cada una de las puertas. Se trataba de colosales estatuas blancas incorporadas a la misma muralla. Todas ellas representaban una faceta distinta de Anat: la Guardiana era el coloso cuyas piernas flanqueaban la entrada a la bahía; la Madre vigilaba la puerta del sur, visiblemente embarazada, desafiante, daga en ristre; la Vieja guardaba la puerta occidental, apoyándose con dificultad en un cayado; la Amante se encontraba frente a la puerta del río, hacia el este. Por motivos que Corvan nunca había entendido, la Amante aparentaba tener unos treinta años, mientras que la Madre se mostraba muy joven, tal vez adolescente, incluso. Todas las efigies estaban esculpidas en el mármol blanco más caro, un poco traslúcido, un material que solo se encontraba en Paria. Solo Orholam sabía cómo habían conseguido transportarlo hasta aquí. Las estatuas, afortunadamente, se habían recubierto con una fina capa de luxina amarilla sellada, de una sola pieza. Un trabajo asombroso. La ciudad había sufrido al menos tres invasiones, y aun así las Damas se erguían intactas, indemnes incluso tras los estragos de la última y devastadora conflagración.

Anat, la Dama del Desierto, el Ama Llameante, la subroja, había sido la diosa de todas las pasiones fogosas: la ira, la protección, la venganza, el amor posesivo y el acto sexual impetuoso. Cuando Lucidonius ocupó la ciudad en nombre de Orholam y eliminó el culto, sus seguidores intentaron derribar todas las estatuas, tarea para la que, sin duda, hubieran hecho falta unos trazadores muy poderosos. Eran famosas las palabras de Lucidonius, que los detuvo diciendo: «Destruid tan solo lo que sea falso». A lo largo de los siglos transcurridos desde entonces habían sido varios los prismas que, llevados por el celo, se propusieron arrasar aquellas reliquias paganas, pero la ciudad había amenazado con ir a la guerra todas las veces. Hasta el estallido de la Guerra del Prisma, Garriston había poseído la potencia militar necesaria para disuadir a cualquiera con ese ultimátum.

Corvan nunca había visto a la Amante a la luz del ocaso. Al igual que las demás Damas, su cuerpo formaba parte de la puerta. Estaba tumbada boca arriba, con la espalda arqueada sobre el río, los pies plantados con firmeza, las rodillas formando una torre en una orilla, las manos enredadas en los cabellos, los codos elevándose para formar la torre de la ribera opuesta. Se cubría únicamente con velos, y antes de la guerra existía un rastrillo que podía descender hasta las aguas desde su cuerpo arqueado, moldeados el hierro y el acero que lo componían para dar la impresión de ser una prolongación de sus velos. Pero el rastrillo había sufrido desperfectos durante el conflicto, y nadie lo había reparado.

Su visión arrebató el aliento de Corvan. Al ponerse el sol, la fina luxina amarilla que sellaba la estatua, apenas visible por lo general, se había encendido. El amarillo era como una piel dorada, broncínea, que perdía intensidad lentamente mientras Corvan caminaba y el sol seguía ocultándose, hasta dejar tan solo una silueta invitadora: una esposa que esperaba en el lecho a su marido, ausente después de tanto tiempo.

Sintió una punzada de anhelo. Era incapaz de ir allí sin acordarse de Qora, su primera mujer. La madre de Liv. Qora lo había recibido así en una ocasión, acostada, cubierta tan solo por velos, imitando intencionadamente a la Amante cuando Corvan regresó a su lado. Incluso ahora, dieciocho años más tarde, el dolor, el deseo, el gozo y el amor se aliaron para oprimirle el pecho. Corvan había contraído segundas nupcias en Rekton, dos años después del fallecimiento de Qora, pero casarse con Ell había sido un acto más destinado a proporcionarle una madre a Liv que impulsado por el amor. Transcurridos tres años, Ell perdió la vida a manos de un asesino que había logrado seguir la pista de Corvan hasta el final. Corvan había contemplado la posibilidad de mudarse, pero la alcaldesa le imploró que no se marchara, y aquel era el hogar de Kip, de modo que se quedó. Pero no había vuelto a casarse, ni siquiera con el abrumador número de mujeres por hombre que había en Rekton y los incesantes tejemanejes de innumerables alcahuetes. Era incapaz de amar como había amado antes. Perder a otra mujer a la que quisiera tanto como había querido a Qora acabaría con él, y no era justo pedirle a otra mujer que fuera la madre de su hija cuando él no estaba dispuesto a amarla con todo su corazón. El corazón de Corvan no estaba intacto.

Apretó el paso penosamente, dejando atrás granjas con sus ralas pero maduras cosechas de espelta y cebada, esforzándose por no mirar a la Amante que se desperezaba exuberante ante él. Tras llegar a la puerta, la cual se perdió entre la cascada de mechones de la figura al abrirse, se sumó a la columna de hombres y mujeres que regresaban a la ciudad, abriéndose paso entre quienes salían de ella para pasar la noche. Mantuvo la mirada fija en el suelo al pasar entre dos guardias ruthgari que debían de haber visto la guerra desde los regazos de sus madres. Sin embargo,

apenas si prestaban la menor atención al caudal de personas que desfilaban ante ellos. Uno de los guardias estaba reclinado en la cascada de cabellos de la Amante, con un pie apoyado en la piedra ondulante y el petasos de paja, el característico sombrero de ala ancha de los ruthgari, echado hacia atrás y colgado de su cuello ahora que el sol había dejado de caer a plomo sobre ellos.

—¿… crees que habrá venido? —estaba preguntando.

—Que me quemen en la hoguera si lo sé, pero cuentan que lanzó al gobernador Crassos a la bahía. Supongo que nos…

Corvan no podía seguir escuchando sin detenerse, y eso significaría llamar la atención. Llamar la atención, a su vez, podría conducir a establecer contacto visual, y con los halos rojos que ceñían los iris de Corvan, eso era desaconsejable.

De modo que alguien muy poderoso había llegado a Garriston, pero ¿quién era tan poderoso como para lanzar a un gobernador a la bahía? Corvan no conocía de nada al tal Crassos, pero la familia real ruthgari comprendía al menos media docena de jóvenes príncipes. Probablemente alguno de ellos habría venido para ayudar a supervisar la retirada de Garriston. Nadie más se atrevería a arrojar a un gobernador ruthgari al mar.

De hecho, un príncipe impulsivo podría servir a los fines de Corvan mejor que un gobernador acomodaticio. Más complicado de persuadir, al principio, pero también más predispuesto a hacer preparativos de guerra y, tanto si le gustaba como si no, eso era lo que traía Corvan consigo: la guerra.

Mientras cruzaba la ciudad, se descubrió analizándola como el general que había sido en su día. Puede que el rey Garadul fuera un monstruo, pero los ocupantes eran ruthgari. ¿A quién se unirían las gentes de Garriston, y lo harían de buen grado o a regañadientes? Mientras caminaba, Corvan prestó especial atención a los soldados ruthgari. A veces iban en solitario, haciendo recados para sus comandantes o sencillamente regresando a los barracones o saliendo de alguna taberna. Vio cómo un vendedor de alfombras que se disponía a cerrar el puesto empujaba sin querer a un soldado y se apresuraba a disculparse. El soldado prosiguió su camino con gesto de contrariedad, aunque sin volver la vista atrás. El comerciante, oriundo de Tyrea, se mostró respetuoso pero no parecía asustado.

Esta no era una ciudad que se tambaleara al filo de la sublevación. Los tyreanos se habían acostumbrado a la ocupación. Ruthgar era la cuarta satrapía que asumía el mando, y lo hacía por segunda vez. No todas las naciones se repartían la ocupación y el botín de la guerra. Paria había disfrutado de los dos primeros años, y si bien habían podido robar los despojos más suculentos, también habían tenido que sofocar más revueltas que nadie. Los ilytianos habían combatido del bando de Dazen, como todo el mundo sabía, y de todas formas carecían de un gobierno central, por lo que quedaban fuera de la rotación. Los aborneanos habían preferido comerciar con ambas

partes, y solo se habían sumado al combate tras la Batalla de la Roca Hendida. También ellos se habían quedado fuera. Eso dejaba a los parianos, los atashianos, los bosquesangrientos y los ruthgari. En ese orden, si a Corvan no le fallaba la memoria. Era comprensible que los habitantes de Garriston tuvieran sus ocupantes favoritos, o menos odiados que los demás.

A Corvan le bastó con un sencillo cálculo mental para deducir que, con los ruthgari sustituidos por los parianos, estos se habrían impuesto ya hasta en tres ocasiones a Garriston. Los ocupantes más fáciles de tolerar estaban a punto de ceder el testigo a los más aborrecidos.

Pero la pregunta que sus observaciones dejaban sin respuesta era cuánto temor se mezclaba con el odio a los parianos. Estos habían ajusticiado rebeldes las dos veces que habían gobernado. Tal vez su crueldad obligara a los tyreanos a pensárselo mejor antes de volver a levantarse en armas. Tal vez los animara a sublevarse más deprisa. Corvan no lo sabía, ni podría saberlo sin pasar una temporada en la ciudad. No disponía de tanto tiempo.

La ciudad parecía más cosmopolita de lo que era cuando la visitó por última vez, hacía aproximadamente diez años. Antes de la guerra, el número de habitantes y la diversidad de Garriston no tenían nada que envidiar a cualquier otra ciudad portuaria. Después de la guerra, todos aquellos que podían marcharse lo hicieron, sobre todo quienes por su aspecto fueran susceptibles de ser tomados por extranjeros. Los nervios estaban crispados. Durante aquella época, los únicos pobladores de Garriston eran nativos tyreanos y los ocupantes de turno. Al parecer, con cada nueva ronda de ocupación, unos pocos comerciantes y soldados habían decidido quedarse y se habían casado con los locales. Corvan vio a dos tenderas conversando mientras barrían sus puestos abiertos con escobas de paja. Una de las mujeres exhibía la piel tostada, las pobladas cejas oscuras y el cabello ondulado tradicionales de Tyrea, mientras que la otra tenía la tez melosa y el pelo rubio como la ceniza, rasgos infrecuentes incluso entre los ruthgari. Sus atuendos eran prácticamente idénticos, ambas lucían pulseras en las muñecas y largas faldas de lino, y se recogían el pelo con sendas pañoletas.

Corvan pasó por delante de un callejón en el que un grupo de niños estaba jugando al gada, pateando y pasándose una pelota de correas de cuero. Los muchachos con sangre tyreana en las venas parecían más numerosos, pero los equipos eran mixtos. Unas cuantas madres se habían reunido para ver el partido, y se mantenían cerca entre sí con independencia del origen que la intuición de Corvan les adjudicara, chismorreando o profiriendo gritos de aliento.

Ni un solo barril de pólvora a la vista. Buena señal. Con el desgobierno y la anarquía rampantes en una ciudad cuyos vecinos se odiaban entre sí, se podría producir un baño de sangre en el momento menos pensado. Garriston había visto suficientes.

El mercado fluvial, básicamente una versión sobredimensionada del de Rekton, se encontraba vacío a excepción hecha de unos pocos puestos de comida ambulantes que ofrecían un bocado rápido a los soldados de paso y a quienes, por el motivo que fuera, se hubiesen saltado la cena. Corvan compró un par de brochetas de conejo y pescado, marinadas en una salsa picante de guindillas ilytianas, y prosiguió su camino.

Antes de dirigirse al Palacio de Travertino, Corvan se acercó a la Puerta de la Vieja. En esta, al igual que en la de la Guardiana y la de la Amante, la figura estaba adosada a la muralla. Pero en esta ocasión no era la estatua lo que interesaba a Corvan. Había ido a observar a los soldados. Las puertas se habían cerrado para pasar la noche, aunque sin duda hacía mucho desde la última vez que algún grupo de saqueadores se había atrevido a atacar la ciudad. Los soldados que montaban guardia en lo alto de la muralla estaban bromeando, riendo, conversando a voz en grito e incluso bebiendo en ausencia de sus superiores. Corvan había visto arqueras apostados en lo alto de la Corona de la Vieja y el Cayado de la Vieja (las dos torres que flanqueaban la puerta), pero cuando las dos mujeres se acomodaron, posadas en el suelo las aljabas, destensados los arcos, no se alejaron ni un solo paso de sus respectivos puestos.

Soldados poco disciplinados, bien. Soldados relegados al papel de meros guardias de la ciudad, sin haber hecho nada para merecerse ese castigo. Durante el primer año de una ocupación, los soldados podían verse obligados a repeler asaltantes, perseguir bandidos o patrullar el río de punta a punta. Después de eso, se retiraban al interior de la ciudad y se convertían en guardias. Sus antiguas responsabilidades adquirían un carácter superfluo, y la disciplina se deterioraba. Montar guardia en unas torres en las que jamás sucedía nada pronto degeneraba en una simple excusa para dedicarse a apostar y beber.

Corvan encaminó sus pasos hacia el Palacio de Travertino. Por supuesto, de ninguna manera permitirían que un plebeyo cualquiera entrara procedente de la calle y se reuniera con el príncipe, de modo que al llegar a las inmediaciones de la puerta principal se refugió en un callejón. Tras la captura de Karris, Corvan había vigilado el campamento del rey Garadul hasta decidir que cualquier intento de rescate sería un suicidio. Tras encontrarse con otros generales y engrosar las filas de su ejército, probablemente con levas forzosas, se habían dirigido hacia el sur. Corvan regresó al interior de una cueva en las afueras de Rekton.

Se sintió ligeramente decepcionado al comprobar que ningún ladrón había descubierto su refugio. Cuando la alcaldesa de Rekton le dijo que su hija y él podían quedarse, Corvan había escondido todo cuanto pudiera relacionarlo con la guerra, tanto por el bien de su nuevo hogar como el suyo propio. Se había afeitado el distintivo bigote ensartado de cuentas y había cambiado sus elegantes ropajes y sus

armas por unos pantalones de lino y una tintorería. Lo que entonces le había parecido una miseria de oro en sus bolsillos era ahora una fortuna a sus ojos, pero en el transcurso de esos años no había podido gastar nada. En Rekton nadie poseía monedas de oro, y menos acuñadas con la efigie de un sátrapa del Bosque de Sangre.

Sacó ahora la larga túnica de satén doblada, barrió una porción del suelo con la mano y la extendió encima. Cogió a continuación un ancho cinturón de cuero labrado con cocodrilos con diminutos ojos de rubí que nadaban en pantanos salpicados de esmeraldas donde anidaban garzas reales con diamantes por ojos. Por último, desenvainó el Heraldo, la espada que solo había llegado a sus manos cuando murió el último de sus hermanos mayores. En la acera de enfrente había un muchacho sentado, observándolo en silencio, con expresión intrigada. Corvan se esforzó por no hacerle caso. Se quitó la camisa de largos faldones y sacó un espejo. Con ayuda de este y un pellejo de agua, se acicaló en la medida de lo posible. Luego se secó con la camisa sucia y se puso los elegantes ropajes. Ni las botas ni los pantalones tenían remedio, pero de todos modos, la túnica de satén y la tensión no tardarían en dejarlo empapado de sudor. Tras recoger sus pertenencias y ceñirse el Heraldo al cinto, utilizó los dedos para imponer un remedo de orden a sus cabellos, respiró hondo y dobló la esquina, camino de la puerta.

—Necesito ver a quien esté al mando —dijo Corvan a los guardias, adoptando la expresión de quien tiene una misión importante que cumplir.

—Ah… —repuso uno de los guardias, desconcertado, mirando de soslayo a su compañero. Al parecer no sabían si se refería al gobernador o al príncipe.

—A quienquiera que sea el que ha arrojado al gobernador a la bahía —dijo Corvan—. Se trata de una emergencia.

Los guardias cruzaron las miradas.

—No veo por qué «no» tendría que perder el tiempo —dijo uno de los guardias al otro—. Tampoco es que nos haya dado motivos para hacer una criba exhaustiva con sus invitados.

El otro soldado ruthgari esbozó una sonrisa.

—Lo llevaremos con él de inmediato, señor.

Ni siquiera le preguntaron cómo se llamaba. Corvan los siguió, asombrado por su buena suerte. Al parecer el príncipe (presumiblemente joven, o los ruthgari no se atreverían a actuar así) no había sabido congraciarse con la soldadesca. Más increíble aún, lo condujeron directamente a la sala de audiencias. Hacía dieciséis años que Corvan no pisaba ese sitio. El hombre llamó a la puerta con los nudillos, marcando un breve código, y los guardias del interior la abrieron. Susurró algo acerca de una emergencia, parece importante, al guardia, y se apresuró a poner pies en polvorosa.

El guardia de la sala de audiencias, un ruthgari alto y serio, franqueó el paso a Corvan.

—¿Nombre? —preguntó discretamente.

Corvan entró en la sala. El príncipe ruthgari estaba inclinado sobre una mesa, de espaldas a él.

—Corvan Danavis —respondió, con voz igualmente queda. Había un enorme guardia de ébano, alto y musculoso, en pie frente al príncipe; sus ojos acerados, que no dejaban de estudiar a Corvan, repararon en la espada que portaba al costado. Vestía por completo de negro. El príncipe debía de ser muy osado para fingir que la mismísima Guardia Negra velaba por su integridad. Cuando la Cromería se enterara de esto, alguien lo pagaría muy caro.

—¡Corvan Danavis! —anunció el guardia—. Dice que trae un mensaje urgente, lord Prisma.

Fue como si un rayo alcanzara a los tres hombres a la vez. El Guardia Negro (un Guardia Negro real, de carne y hueso, por el amor de Orholam) desenfundó dos pistolas y se puso las gafas azules un suspiro después de que se anunciara el nombre de Corvan.

El Prisma (no un príncipe de tres al cuarto, sino Gavin Guile en persona) se irguió y giró sobre los talones. Sus labios se curvaron.

—General Danavis, cuánto tiempo.

60

Gavin mantuvo la expresión escrupulosamente neutral. Después de dieciséis años, Corvan Danavis aún parecía estar en forma, sano como un roble y más alerta que nunca. Su piel lucía un intenso bronceado, sin duda en un intento por disimular las pecas que la cubrían y ofrecer un aspecto lo más tyreano posible, y no quedaba ni rastro de su célebre bigote con cuentas. El halo rojo de sus ojos azules abarcaba aproximadamente la mitad de sus iris, no mucho más que la última vez que Gavin lo había visto. Las arrugas, tanto las debidas a la risa como las que eran fruto de más hondas preocupaciones, sin embargo, eran nuevas. Vio cómo su mirada saltaba a Puño de Hierro y la desolación se cincelaba en sus rasgos.

Un acto consumado, Corvan Danavis.

—Comandante Puño de Hierro, por favor, desarme a este hombre y reprenda a los guardias. Con tacto, ¿sí? —Puño de Hierro lo entendería de inmediato. Los guardias ruthgari no podían recibir un trato excesivamente riguroso, so pena de avivar el enfado generalizado contra la nueva autoridad. Pero si Gavin consentía que semejante laxitud (tal vez insolencia) quedara sin corregir, los soldados ruthgari le perderían el respeto. Puño de Hierro les metería el miedo en el cuerpo sin darles pie a convertir a Gavin en el blanco de sus iras.

—¿Quiere que lo deje a solas con este traidor, lord Prisma? —Puño de Hierro sabía tan bien como Gavin que los guardias que habían facilitado el acceso de Corvan al palacio se habrían batido ya en retirada, lo que implicaba que tendría que seguirles el rastro y no estaría cerca si las cosas se salían de su cauce.

Gavin asintió con la cabeza, sucinto.

Puño de Hierro bajó el percutor de una de las pistolas y guardó el arma en su cinto sin apartar la mirada ni el otro cañón de Corvan. Avanzó y cogió la espada de Corvan; un destello fugaz se reflejó en sus ojos en señal de admiración. Tras guardar la espada y el petate de Corvan en un pequeño armario frente a la sala central, enfundó la otra pistola y registró a Corvan sin miramientos.

Antes de irse, Puño de Hierro miró a Gavin una vez más. ¿Estás seguro? Sabes que es mala idea, ¿verdad?

Gavin asintió imperceptiblemente. Vete.

La puerta se cerró detrás de Puño de Hierro. Gavin paseó la mirada alrededor de la estancia. No llevaba aquí tanto tiempo como para saber si había mirillas ocultas o túneles para los fisgones tras las paredes. Corvan se mantuvo en pie, con las manos recogidas, aguardando pacientemente.

—Salga al balcón, general.

—Por favor, hace muchos años que no soy general —dijo Corvan, pero siguió a Gavin al exterior. Gavin cerró la puerta de doble hoja tras ellos. La balconada era

espaciosa, con varias sillas y mesas distribuidas para que el gobernador y sus visitantes pudieran disfrutar de la vista sobre la bahía. Gavin se alegró de haber arrojado lejos al gobernador. Tirarlo desde el tejado hasta aquí no hubiera tenido la misma gracia… y no recordaba que el balcón sobresaliera tanto. Suerte, Gavin.

Es curioso que siempre lo llame suerte, en vez de Providencia.

Corvan se asomó a la barandilla.

—La bahía parece bastante profunda en este punto —dijo, con la sombra de una sonrisita adusta en la comisura de los labios.

Gavin se apoyó en la balaustrada. El sol que acariciaba apenas el horizonte arrancaba destellos al mar e imbricaba rosas y naranjas entre las finas nubes. De improviso, los años perdidos rodaron por sus mejillas y se agarró a la barandilla como si estuviera borracho, tan solo para poder mantenerse en pie.

—El precio fue demasiado elevado, Corvan.

Corvan miró de reojo a su alrededor en busca de espías, observando los muelles y la sala de audiencias a su espalda, hasta el tejado. Dijo:

—Yo también me alegro de verte. Pero déjalo ya o conseguirás que me emocione de veras.

Gavin le lanzó una mirada de soslayo. Corvan sonreía con socarronería, pero sus ojos lo traicionaban. La sonrisa era un mero intento por mantener sus facciones ocupadas e impedir que la intensidad de sus emociones lo abrumara.

De pronto, las apariencias carecían de sentido. Gavin abrazó a su viejo amigo.

—Me alegra verte… Dazen —susurró Corvan. Sus palabras abrieron de par en par las compuertas. Ambos rompieron a llorar.

La monumental farsa había sido idea de Corvan desde el principio, hacía dieciséis años. Cuando lo propuso, fue una observación de pasada. Nadie creía realmente que Dazen pudiera derrotar a Gavin. Una noche, durante uno de los raros respiros entre una batalla y la siguiente, tras compartir demasiados odres de vino, Corvan dijo:

—Podrías vencer y limitarte a ocupar el lugar de Gavin.

—Ese es el objetivo de la Guerra de los Prismas, ¿no? Solo puede quedar uno —repuso Dazen—. Solo puede brillar uno.

Corvan hizo oídos al chiste. Dazen estaba ligeramente más achispado que él.

—No, me refiero a que podrías ser Gavin. Los dos sois casi idénticos. Durante años, cada vez que os enzarzabais en una pelea, lo único que os distinguía eran los ojos prismáticos de Gavin. Ahora tú también los tienes.

—Gavin es un presumido. Y yo soy más alto.

—La ropa se puede cambiar. Y usa zapatos con calzas para aparentar que es igual de alto que tú. Lo cual podría facilitar las cosas.

—Tiene una cicatriz. Obra tuya, añadiría —dijo Dazen.

—Podría dejarte una también a ti. Bonita simetría, ¿eh?

Ahora Dazen comenzaba a tomárselo en serio.

—Hace tiempo que no me corto el pelo. La cicatriz queda justo en la línea del nacimiento de los cabellos. Podría disimular el corte mientras sana.

—Si consigo recordar en qué lado le hice la herida —dijo Corvan—. Pásame la bota, que me estoy quedando seco.

Transcurridos unos días, Dazen le pidió a Corvan que se quedara al término de otra asamblea de campaña. Cuando todos los demás hubieron salido de la tienda, entregó a Corvan una hoja de papel. Contenía una descripción minuciosa de la cicatriz de Gavin.

—Lo decía en broma —protestó Corvan, sosteniendo la grave mirada de Dazen.

—Yo no. Fuera de la tienda hay un cirujano esperando para remendarme. Si alguien se fija, diremos que estábamos practicando y se produjo un accidente. Avergonzado por mi torpeza, te pedí que no dijeras nada al respecto.

Corvan tardó en abrir la boca de nuevo.

—Dazen… ¿Te has parado a pensar en lo que supondría esto? Tendrías que mantener la farsa durante años, tal vez mientras vivas. Todas las personas que te quieren te darán por muerto. Karris…

—Perdí a Karris cuando maté a sus traicioneros hermanos.

—¿Estás dispuesto a convertirte en Gavin a sus ojos? —preguntó Corvan.

—Corvan, fíjate en nuestros aliados —respondió Dazen, crispado, bajando la voz —. Prácticamente he jurado entregar un puerto en cada satrapía a los ilytianos. He prometido el trono atashiano a Farid Farjad. Los sectarios se unieron a nosotros con la esperanza de que su fuerza nos ayudara a destruir la Cromería. Cuando venzamos, se rebelarán contra nosotros. Y los Demonios de Ojos Azules han demostrado ser demasiado valiosos como para conformarse con un sueldo de mercenario. Espero que Horas Vatídico venga a verme en la víspera de la batalla con alguna exigencia escandalosa: tierras, títulos, bases permanentes. Tendré que claudicar. Cuando venzamos, podría enemistarme con un grupo, pero no con todos. No sé cómo hemos llegado a esta situación, pero da igual cómo empezara todo. Lo importante es que ahora nos hemos convertido en los malos.

—Nosotros somos los malos. Después de lo que hicieron ellos en Garriston —dijo con amargura Corvan.

—¿En términos de lo que sucederá con las Siete Satrapías si vencemos? Sí.

El silencio se prolongó.

—Te descubrirán tarde o temprano —dijo Corvan—. Debes tenerlo en cuenta. No puede durar eternamente.

—No necesito engañarlos durante mucho tiempo. Unos cuantos meses. Lo suficiente para consolidar la victoria. Aunque el Espectro lo descubriera, no me delatarían antes de que nuestros adversarios estuvieran aniquilados. Una mañana no

me levantaría de la cama. Puedo aceptarlo.

—No nos faltan opciones —dijo Corvan—. Quiero decir, si vencemos. Estos problemas tienen solución. Nadie sabe qué ocurrirá si ganamos. Si conseguimos imponernos al ejército de Gavin relativamente intactos y obligar a la Cromería a capitular enseguida, podríamos contra…

—¿Te imaginas a la Blanca capitulando?

Corvan abrió la boca. Volvió a cerrarla.

—No.

—El plan deja mucho que desear —dijo Dazen—. Lo sé. Pero quizá no sea el peor de todos.

—Supongo que aún podríamos perder.

—Tú siempre tan optimista.

Ahora, Corvan apartó a Gavin mientras se enjugaba las lágrimas con el dorso de la mano.

—Te he echado de menos, amigo.

—Y yo a ti. Dime, ¿qué diablos haces aquí? —preguntó Gavin.

El regocijo del rencuentro se esfumó de las facciones de Corvan.

—Venía a advertir al gobernador de que el rey Garadul se dirige hacia aquí. Su ejército llegará dentro de cinco días, una semana a lo sumo. Y han capturado a Karris Roble Blanco.

Gavin contuvo la respiración. ¿Karris? ¿Capturada?

Ahora no podía hacer nada al respecto, aunque abriera un abismo sin fondo en su estómago.

—Estaba al corriente de las intenciones del rey Garadul —dijo—. No sabía… lo otro.

—Me lo figuraba. ¿Por qué si no estarías aquí?

—¿Crees que atacará justo después del solsticio de verano?

—El día después —dijo Corvan—. Los ruthgari se habrán retirado ya, pero los regimientos parianos todavía no habrán desembarcado.

Tal y como Gavin había supuesto. Prácticamente no le quedaba más tiempo.

—Me cuesta creer que el gobernador Crassos no tuviera noticia de la amenaza del ejército de Garadul.

—No te lo creas. Lo sabía —repuso Corvan—. Los ruthgari han empezado a replegarse con antelación. Han dejado atrás una representación simbólica, para asegurarse de que todos salgan de la ciudad antes de que Garadul lance su ataque. ¿Por qué tendrían que luchar y salvar la ciudad para los parianos?

—Malnacidos —gruñó Gavin.

—Y cobardes, y oportunistas. —Corvan se encogió de hombros—. ¿Qué piensas hacer al respecto?

—Pienso defender la ciudad.

—¿Y cómo esperas conseguirlo? —preguntó Corvan.

—Poniendo al mando a alguien con experiencia en causas perdidas —fue la respuesta de Gavin.

Tras unos instantes de silencio, Corvan levantó las manos.

—Ah, no. No puedes. Imposible. ¡Lord Prisma, soy un general enemigo!

—¿Y desde cuándo no se unen a veces los conquistados al bando vencedor? —preguntó Gavin.

—Pero no como generales. Ni de buenas a primeras.

—Han pasado dieciséis años. El tuyo es un caso especial —dijo Gavin—. Corvan Danavis, tenido en alta estima por los dos bandos de la Guerra del Falso Prisma. El hombre que terminó la guerra con honor. Una persona de integridad e inteligencia impecables. Ha pasado mucho tiempo, ¿por qué no podría creer la gente que hemos dejado atrás nuestras diferencias?

—Porque soy yo el que te dejó esa cicatriz en la frente, y no te hizo ni pizca de gracia. Y los hombres de Gavin asesinaron a mi mujer.

Gavin arrugó el entrecejo.

—Eso es verdad.

—No me necesitas —dijo Corvan—. No carecéis de dotes de mando, lord Prisma.

Era cierto. Gavin había sido testigo de grandes muestras de liderazgo, y lo había practicado lo suficiente como para reconocer sus propias aptitudes. También sabía cuáles eran sus puntos débiles.

—Con unos ejércitos igualados, en el mismo terreno, sin mi magia, ¿cuál de los dos ganaría, Corvan?

Corvan se encogió de hombros.

—Si dispusieras del respaldo de un equipo competente y tus comandantes de campo te dijeran la verdad, creo que…

—Corvan, soy el Prisma. Nadie me dice la verdad. Pregunto, ¿podéis hacer esto? Y todos responden que sí, sin importar de qué se trate. Les gusta pensar que el mero hecho de obedecer al mismísimo Prisma les ayudará a superar todos los obstáculos por arte de magia. Cuando solicito objeciones aun a mis planes más disparatados, solo obtengo silencio. Hicieron falta meses e innumerables desastres para que nuestros ejércitos depusieran siquiera en parte esa actitud durante la guerra. Ahora no tenemos tanto tiempo. —Era preciso un tipo de mentalidad especial para comprender exactamente cuál podía ser la reacción de cada una de las ramificaciones de sus fuerzas, a qué situaciones de combate podían enfrentarse con garantías de éxito y cuáles les convendría rehuir. A Gavin se le daba bien eso. Tenía buen ojo para juzgar a los comandantes enemigos, sobre todo si los conocía en persona, y para anticipar sus movimientos.

Pero tomar decisiones espontáneas acerca de la disposición de las fuerzas enemigas a partir de los fragmentarios informes de los exploradores y asignar sus puestos a miles de hombres repartidos entre numerosas divisiones eran dos cosas completamente distintas. Dividir las fuerzas y ordenar que siguieran caminos diferentes para confluir sobre un mismo objetivo, cada una de ellas con su propio comandante, y conseguir que llegaran a la vez… pocos hombres poseían ese talento. Inculcar disciplina a los soldados para que no dejaran de maniobrar durante la batalla, conseguir que se replegaran sin perder tiempo cuando podrían aniquilar al adversario con tan solo una acometida más, que estuvieran tan compenetrados que las líneas pudieran abrirse una fracción de segundo antes de que una carga de caballería atravesara sus filas… eso era prácticamente imposible. A Gavin se le daban bien las personas y la magia. Corvan comprendía las cifras, la oportunidad y la estrategia. Y hacía dieciséis años había sido para Gavin el maestro indiscutible de las artes del engaño. Juntos habían sido imparables.

—Por otra parte, Rask masacró mi aldea. —Corvan lo dijo con total tranquilidad. No estaba enfrentándose a la ira que le producía haber perdido todo lo que conocía; estaba enfrentándose a la historia que contaría la gente: ¡Pensaba que el Prisma y el general Danavis no se podían ni ver! En efecto, pero el Prisma necesitaba un general, y el general Danavis quería vengarse del rey Garadul, que acababa de arrasar el lugar donde vivía.

Funcionaba. Parecería extraño, pero no increíble. Habían pasado dieciséis años.

—Así que ambos nos utilizamos mutuamente —dijo Gavin—. Yo necesito tu genio para la estrategia, y tú necesitas mi ejército para consumar tu venganza. Podría investigarte abiertamente, para dejar claro que no me fiaba por completo de ti.

—Y yo podría refunfuñar acerca de tus afrentas delante de los hombres. Sin pasarme para no socavar su confianza, tan solo lo suficiente para que quede claro que no me sentía cómodo contigo.

—Podría dar resultado.

—Podría —dijo Corvan. Dejó de contemplar la bahía y se dio la vuelta—. Parece que mentir se te da mejor que antes.

—Demasiada práctica —dijo Gavin, reponiéndose del júbilo que le producía la oportunidad de volver a colaborar con su amigo—. ¿Sabes?, si esto funciona, podremos volver a ser amigos dentro de uno o dos años. Incluso en público.

—A menos que os sea más útil como adversario, lord Prisma.

—Ya tengo de sobra. Pero te lo concedo. Y ahora, te espera una sorpresa.

—¿Una sorpresa? —preguntó Corvan, con recelo.

—No puedo dejarme ver dándote ningún motivo de alegría, así que tendrás que bajar las escaleras sin mí. La habitación queda directamente debajo de esta. —De regreso al interior de la sala de audiencias, Gavin se detuvo—. ¿Cómo está?

Corvan sabía a quién se refería y cuál era la verdadera pregunta.

—Hubo un tiempo en que Karris parecía una flor marchita, sometida al menor capricho de su padre. Pero consiguió ingresar en la Guardia Negra y convertirse en la mano izquierda de la Blanca. Si alguien es capaz de salir de esta, será ella.

Gavin respiró hondo y, restauradas ya sus máscaras de seriedad y desconfianza, entraron en la sala de audiencias. El comandante Puño de Hierro había vuelto ya. Se erguía junto a las puertas principales con la actitud relajada pero alerta de quien dedica la mayor parte de su tiempo a estar en guardia, expectante y atento. Estaba acostumbrado a la inactividad y listo para la violencia.

—Comandante —dijo Gavin—. Corvan Danavis y yo nos enfrentamos a un enemigo en común. Ha accedido a ayudarnos a coordinar las defensas de Garriston. Tenga la bondad de notificar a los hombres que el general Danavis se encargará de supervisarlos, con efecto inmediato. El general responderá únicamente ante mí. General, ¿puede seguir usted solo a partir de aquí?

Corvan lucía la expresión de quien acaba de tomar un trago de vino avinagrado y no sabe muy bien cómo disimularlo.

—Sí, mi señor Prisma.

Gavin lo despidió con un ademán. Abrupto, ligeramente imperioso. Que el comandante Puño de Hierro lo interpretara como una muestra de autoridad por parte de Gavin. Corvan apretó las mandíbulas, pero hizo una reverencia y se fue.

Ve, amigo mío, y que el rencuentro con tu hija te resarza siquiera mínimamente de las penurias que has tenido que padecer por mi culpa.

61

—La voluntad es lo que hace que la Cromería dé tanto miedo, incluso a nosotros —dijo Liv. El sol comenzaba a acariciar el horizonte; como si esa fuera la señal que estaban esperando, los esclavos de cámara entraron para encender las lámparas y un fuego.

—¿Quién es esa tal Voluntad, y cómo le paramos los pies?

—Kip. —Liv agachó la cabeza—. Concéntrate.

—Perdón, continúa. —Puesto que la muchacha no estaba prestando la menor atención a los esclavos de cámara, Kip se esforzó por imitarla.

—La voluntad es lo que estás pensando, ni más ni menos. Impones tu voluntad al mundo. La magia se produce porque tú así lo quieres. La voluntad puede suplir las carencias de un trazo defectuoso, lo cual resulta especialmente importante para los porfiados.

—¿«Porfiados»?

—Todos los trazadores varones y la mitad de las mujeres que no sean supercromadas —dijo Liv. Hizo una pausa—. Bueno, casi todos los varones, ¿eh?

El término era un poquito despectivo, la verdad. Solo un poquito. Somos mejores que vosotros, fracasados sin remedio. Vosotros lo intentáis mientras que nosotras lo conseguimos. Pero así funcionaba la Cromería, ¿no? Todo giraba en torno al poder y el dominio.

—Ya —dijo Kip—, porfiados. Esos miserables inútiles. Patéticos. —Que Kip perteneciera al grupo de élite no significaba que tuviese que gustarle cómo se comportaban los demás.

Liv se sonrojó y repuso:

—Mira, Kip, no hace falta que te guste, pero tienes que aceptarlo. Y probablemente te vendría bien dejar de estar resentido por todo. No es como si estuviéramos en casa. Porque, ¿a que no lo adivinas? Ya no tenemos casa. La Cromería es lo único que nos queda, y va para largo. Así que a ver si maduras de una vez.

Fue como si le hubiera abofeteado. Tenía razón, pero no se esperaba tanta vehemencia. Desvió la mirada.

—Vale. Perdona.

Liv expulsó el aliento.

—No, perdóname tú. Es que… no sé… supongo que todavía estoy aclimatándome a todo esto. En la Cromería todo se rige por una jerarquía, Kip, y no es fácil acostumbrarse. Ni siquiera sé si es bueno acostumbrarse. Pero cuando sabes cuál es tu lugar, puedes intentar averiguar cómo se supone que debes relacionarte con los demás, incluso con personas a las que no conoces de nada. Eso simplifica las

cosas. Es solo que… después de tres años como monocroma de un color anodino, y encima tyreana, todo eso de la jerarquía no me hacía ni pizca de gracia. Pero por fin me había resignado a aceptar el lugar que me correspondía, ya casi había terminado con mi formación y estaba lista para embarcarme en una vida de mierda. Ahora soy bicroma y todo ha cambiado de la noche a la mañana. Pasaré otros dos años en la Cromería, y mi vida será completamente distinta. Ahora la gente me ve. —Esbozó una sonrisita amarga, compungida—. Supongo que eres un experto en cambios radicales que se producen en un abrir y cerrar de ojos. La cuestión es que mi nueva vida me gusta. Tengo ropa nueva, joyas, una asignación. Una esclava de cámara. Creo que empiezo a darme cuenta de que tal vez no detestaba la jerarquía, sino tan solo mi lugar al fondo de la misma. Así que cada vez que disfruto haciendo algo me siento como si se confirmara que soy una hipócrita.

—Te prometo que intentaré hacerte la vida imposible, si eso te hace feliz —dijo Kip.

Liv le dio un puñetazo en el hombro, bromeando, aunque era evidente que sus palabras la habían emocionado.

—Eres un verdadero milagro caído del cielo, Kip. —Liv sonrió, sin embargo, mientras Kip se masajeaba el hombro. La sonrisa no tardó en desvanecerse de nuevo —. Creo que debería seguir mi propio consejo y empezar a aceptar las cosas como son. Eres el hijo del Prisma y yo soy tu tutora. No debería pegarte. Por Orholam, eres el hijo del Prisma, ¿cómo me atrevo?

Kip sintió una opresión en el pecho.

—¡No! —exclamó, más alto de lo que pretendía. Los esclavos de cámara lo miraron. Bajó la voz, azorado—. Liv, júrame que no lo harás. Te…

¿Qué ibas a decir, Kip? ¿Te quiero desde el primer día que te vi? Ya.

—No soportaría perder mi último lazo con Rekton —dijo en su lugar, con las palabras brotando atropelladas de sus labios—. Eres la única persona que me conocía antes de todo esto.

Estupendo, buen trabajo intentando que parezca que es algo impersonal. Tú me importas un bledo, lo verdaderamente importante es Rekton.

—Quiero decir… Liv, tú me conoces, eres… —¿Eres mi amiga? Eso suena un poco presuntuoso, ¿no? ¿Y si ella nunca te ha considerado amigo suyo?

»Eres de Rekton, igual que yo —dijo, en cambio, sin convicción. Otra vez impersonal. ¡Maldición!—. Necesito a alguien con quien hablar, y siempre te he… admirado.

¿Admirado? ¿Como si fuera un cuadro?

—Quiero decir, te aprecio…

Apreciar es casi lo mismo que admirar, ¿no? ¿Como si fuese buena cocinera?

¡Por las pelotas de Orholam, qué agonía! ¡Ah, una salida! No es que la aprecie a

ella, sino que aprecio algo que hace.

—Aprecio cómo te… —¿Cómo sé qué?

Cómo está de guapa con una de esas camisas tan ceñidas que… ¡mierda!

—… has portado siempre tan bien conmigo.

Y otra vez el crío torpe y desvalido. Bien hecho. Deberían llamarte Kip Pico de Oro.

No pienso volver a hablar con otra mujer en mi vida.

Kip se resistía a mirar a Liv después de esa actuación, pero cuando buscó de nuevo sus ojos, descubrió que la muchacha lo observaba con suspicacia.

—Caray, Kip… ¡¿estás coqueteando conmigo?!

Fue como si Kip se hundiera en esa pesadilla en la que llegaba en cueros al Baile del Solsticio de Verano, sin percatarse apenas de las miradas de extrañeza hasta que subió al escenario y la música se detuvo, todos los bailarines equivocaron el paso, y todos los rostros se giraron hacia él. Entonces se dio cuenta de que estaba desnudo. Y todos empezaron a reírse. A señalar con el dedo. A hacer chistes.

No, esto era peor. De esto no iba a despertar. La sangre había huido despavorida de sus mejillas. De golpe y porrazo, había huido de todo su cuerpo. No sabía adónde había ido, pero se había llevado consigo su facultad para hablar.

—Kip —dijo Liv—, era una broma.

Kip movió los labios. La sangre empezó a regresar, aunque seguía teniendo el pensamiento embotado.

—No es habitual verte sin habla —dijo Liv, provocándolo. El efecto de sus palabras debió de reflejarse en las facciones de Kip, porque la muchacha esbozó una sonrisa—. Como no tengas cuidado, terminaré alborotándote el pelo.

—¡Ya está, me afeitaré la cabeza! —declaró Kip.

—¡Basta, basta! —se rió Liv—. ¡Se acabaron las digresiones! Nunca conseguiré enseñarte nada como sigamos así.

—Vale —dijo Kip—, la voluntad. No soy tan malo, ¿lo ves? Por lo menos recuerdo dónde nos desviamos del hilo.

Liv sacudió la cabeza, sin dejar de sonreír.

—No corras tanto. Lo primero, Kip, es que tienes un trato. Me encantaría ser tu amiga. Quizá podamos recordarnos de vez en cuando de dónde venimos.

Kip sintió que se le encendían las orejas. Como si alguna vez se le hubieran enfriado.

—Nada me gustaría más —dijo.

—Y ahora, por fin, la voluntad. La voluntad cubre multitud de desperfectos, del mismo modo que…

—El amor cubre multitud de pecados —declaró desde la puerta una voz familiar.

Kip y Liv giraron las cabezas de golpe. Allí estaba maese Danavis, el padre de

Liv, vivo.

—¿Padre? ¡Padre! —chilló prácticamente Liv. Dio un salto, corrió hacia su padre y se arrojó a sus brazos. Corvan se rió y la apretó con fuerza contra su pecho—. ¡Me dijeron que habías muerto!

Ah, sí, ese fui yo. Kip, el portador de falsas malas noticias.

—No me lo creí, pero estaba tan… —Liv empezó a llorar.

Corvan cerró los ojos, limitándose a abrazar a su hija. Kip se preguntó si podría escapar de alguna manera.

¿E ir adónde? Esta es mi habitación.

Pero después de unos instantes, Corvan apartó con delicadeza a su hija.

—Soy asombrosamente resistente. Estás más guapa que nunca, Aliviana.

—Estoy llorando a moco tendido —protestó Liv, restregándose los ojos.

—Tal vez incluso un poquito más guapa que tu madre. Afirmación que no hubiera consentido hasta este día, tras ver la verdad con mis propios ojos. Se sentiría orgullosísima de ti.

—Padre —dijo Liv, ruborizándose pero halagada.

—¿No te parece bonita, Kip?

Kip farfulló algo que sonó como si estuviera ahogándose. En serio, si el bochorno fuera un músculo, estaría cuadrado.

—¡Padre! —se escandalizó Liv.

Corvan soltó una carcajada.

—Mi día no estaría completo sin que mi hija se avergonzara de mí. Perdona, Kip.

—Erm —fue lo más elocuente que atinó a responder Kip. De modo que no era él el objetivo, sino Liv. Kip empezaba a comprender de dónde provenía el retorcido sentido del humor de la muchacha.

—Es estupendo volver a verte, Kip… Kip Guile. —Corvan sacudió la cabeza, asombrado—. Liv, Kip, me encantaría disponer de tiempo para que todos pudiéramos ponernos al día, pero el Prisma acaba de darme trabajo.

—¿Trabajo? —preguntó Liv.

—Se me ha encomendado la defensa de Garriston, con el Prisma como mi único superior directo.

—¡¿Qué?! —dijo Liv—. ¿Vuelves a ser general?

—Se trata de una posición menos envidiable de lo que te imaginas. Por mullido que sea el colchón, aún cuesta conciliar el sueño cuando la suerte de diez mil vidas está en tus manos temblorosas. El ejército del rey Garadul llegará dentro de unos cinco días. Atacarán después del solsticio de verano. Si queremos conservar esta ciudad tendré que organizar una defensa más brillante que la que he visto hasta ahora. Ahora debo poner unas cuantas cosas en movimiento, Liv, pero vendré a verte pasada la medianoche. Kip, ¿tal vez mañana?

—Será un placer, maese Danavis. ¿General Danavis?

Maese Danavis sonrió.

—Sí. No me había dado cuenta de lo mucho que echaba eso de menos. A pesar de todo. Oye, Liv, ¿sabes algo acerca de Karris Roble Blanco?

Liv se encogió de hombros.

—Es la única bosquesangrienta de la Guardia Negra, una luchadora consumada, bicroma que estuvo a punto de convertirse en poli, quizá la trazadora más rápida de los Jaspes. ¿Por qué?

El nuevo general respondió:

—El rey Garadul la ha capturado. El Prisma no quiere reconocerlo, pero sé que eso lo distraerá. Esa mujer le importa mucho. Dudo que sea posible rescatarla con los recursos tan limitados que tengo a mi disposición, pero quiero averiguar todo lo posible para ver si hay alguna esperanza, por minúscula que sea.

Y así de fácil se comenzó a fraguar una idea estúpida, disparatada e imposible.

62

—Despierta, Kip —dijo una voz.

Kip tenía el sueño profundo, por lo general, pero se sentó de golpe al escuchar esa voz.

—¿Mi señor Prisma? —preguntó, parpadeando. Se sentía como si hiciera apenas diez minutos que se había acostado.

—Vístete —dijo Gavin—. Vamos a dar un paseo. —Se giró hacia el comandante Puño de Hierro, de pie junto a la puerta—. Estás invitado.

Una sonrisa centelleó en el semblante de Puño de Hierro, visible tan solo porque sus dientes, tan blancos, resaltaban contra la piel de ébano. Los habría acompañado de todas maneras.

Kip se vistió. Llegaron a las calles de Garriston en cuestión de minutos. Kip volvió a asumir su papel de forastero boquiabierto, aún ligeramente impresionado por encontrarse en una ciudad de este tamaño, si bien no era ni por asomo tan impresionante como los Jaspes. La arquitectura, por supuesto, no consistía solo en altos minaretes. Al igual que en su hogar, los edificios eran cuadrados, con tejados planos donde la gente podía relajarse al atardecer o dormir durante las noches más sofocantes. Aun con la brisa marina, el calor era abrumador. Pero, a diferencia de en Rekton, aquí no todas las construcciones eran de piedra. Intercalados con esta, a menudo en el mismo edificio, había ladrillos de adobe y madera de dátil, todo ello cohesionado con mortero de yeso. Incluso el encalado, imprescindible para mantener el frescor dentro de los hogares y proteger el mortero y los ladrillos de barro del sol, se aplicaba arbitrariamente. Los edificios, no obstante, tenían tres y hasta cuatro plantas de altura. En Rekton, solo un puñado alcanzaba los tres pisos. Los transeúntes parecían sucios y desaliñados, y había basura desperdigada por todas partes.

Gavin, se fijó Kip, llevaba puesta una capa raída y descolorida sujeta al frente por un solo botón. ¿Disimulando su estatus? Lo cierto era que Puño de Hierro era blanco de más miradas de curiosidad que Gavin o Kip.

—Oye, Puño de Hierro, ¿te importaría llamar un poco menos la aten…? —empezó Gavin mientras su mirada ascendía desde los pies del comandante de la Guardia Negra. Hubo de inclinar la cabeza hacia atrás antes de poder abarcar por completo al gigantón musculoso en toda su envergadura—. No tiene importancia.

Kip sonrió.

—¿Adónde vamos? —quiso saber.

—Ya lo verás —dijo Gavin—. ¿Qué tal los estudios?

—No sé si se puede llamar estudiar a lo que he hecho hasta ahora. —Kip frunció el ceño—. Liv estaba empezando a explicarme cómo la dependencia de la fuerza de voluntad puede resultar peligrosa para muchos trazadores cuando apareció su padre.

—¿Qué dijo?

—Bueno, nada. En realidad no lo entendí, y ella no tuvo ocasión de explicarse.

Gavin se adentró en una callejuela para sortear las calles atestadas de gente que rodeaban el mercado fluvial.

—Muy pocos hombres son supercromados, Kip. Ni siquiera yo soy un supercromado, aunque Dazen lo era, de modo que parece que lo llevamos en las venas. Si quieres trazar algo duradero, deberás trazar el centro exacto del espectro con el que estés trabajando. ¿Quieres crear una espada azul que resista durante años después de trazarla? Tendrá que ser perfecta, por supuesto, y tendrás que resguardarla de la luz, pero esa es otra cuestión. Porque los hombres, a excepción de unos pocos, no pueden hacer eso… no pueden trazar en el centro exacto de un color, ni resguardarlo de la luz, evidentemente. Ejem, es decir, si un hombre quiere crear algo permanente, tendrá que añadir fuerza de voluntad. Dicho así suena como si hubiera que añadir carne a la sopa, ¿verdad? Hummm. La enseñanza no es lo mío, está claro. Deja que intente una cosa.

Gavin parecía completamente ajeno a las esquinas oscuras que estaban doblando y las miradas especulativas que los seguían. Por otra parte, en cuanto una de esas miradas especulativas se posaba en Puño de Hierro, no tardaba en encontrar otra cosa con la que entretenerse.

—Cada vez que trazas, usas tu voluntad. Tienes que decidir que algo totalmente inusitado, extraño y en apariencia antinatural va a ocurrir, y conseguirás que ocurra. En otras palabras, decides hacer magia. Ahora bien, cuanto más inusitado sea, más te costará creer que eres realmente capaz de conseguirlo. O, dicho de otro modo, requerirá más fuerza de voluntad. ¿Me sigues?

—De momento tiene sentido —dijo Kip.

—Bien. Ahora, la espada azul. —Gavin sacó una mano de debajo de la capa. La envolvía un azul sólido, y ante la mirada de Kip brotó luxina azul de ella. Se condensó, solidificó y endureció en forma de espada azul. Gavin se la entregó a Kip.

El muchacho la cogió con timidez mientras cruzaban una intersección con otra callejuela. Empuñó la espada como si estuviera siguiéndola hasta su destino.

—Ah —dijo, pero entonces sintió que la empuñadura se tornaba resbaladiza. Instantes después, la hoja se dobló, se separó de la empuñadura empujada por su propio peso y se despachurró contra los mugrientos adoquines del callejón. Se produjo un destello tremolante de azul, y a continuación no quedó nada salvo un montoncito de polvo del mismo color. La empuñadura que Kip sostenía aún en la mano corrió la misma suerte poco después, reduciéndose a una mancha de arenilla azul en el suelo.

—¿Qué es ese polvo? —preguntó Kip.

—Una lección para más adelante —dijo Gavin—. Bastante me está costando

enseñarte los rudimentos más básicos. Lo que tienes que imaginarte es que te hubiera trazado un arado en vez de una espada. Estupendo, funcionará mientras el trazador esté en tu granja, pero a los diez minutos de su partida lo único que te quedará es polvo, literalmente. Poco práctico. Por eso todas las satrapías reclutan supercromados como posesas.

—¿Para que les hagan arados?

—No toda la magia es diversión y desmembramiento, Kip. De hecho, la mayoría de los trazadores pasan toda su vida creando objetos prácticos, como arados. Por cada artista hay diez hombres encargados de reparar tejados con luxina verde. En cualquier caso, los hombres… y las mujeres que no tengan la suerte de ser supercromadas… pueden suplir sus carencias con voluntad.

—Esforzándose más, quieres decir.

—Básicamente.

—Eso tampoco suena tan mal. Esforzarse, vaya cosa. Por el modo en que lo explicó Liv, era como si los trazadores varones fuesen esclavos comparados con las mujeres.

—Más bien perros, diría yo —repuso Gavin.

—¿Eh?

—Bueno, son personas de segunda categoría porque recurrir constantemente a la voluntad te consume. Es agotador. Y la voluntad no es solo esfuerzo, sino fe y esfuerzo unidos. Entonces, si necesitas fe para hacer magia, ¿qué ocurre con aquel que pierde la fe en sí mismo?

—¿Que no puede hacer magia? —sugirió Kip.

—Exacto. Eso explica la mitad de lo que representa la jerarquía para los trazadores. Los sátrapas y las satrapesas tratan a los trazadores como si fueran un regalo de Orholam para el mundo, no solo porque lo sean, sino porque a menos que el trazador crea que es especial y puede recurrir a Orholam para hacer magia, será incapaz de hacerla. ¿Un trazador incapaz de trazar? Inservible.

—Nunca lo había visto de ese modo. —Entonces, ¿la jerarquía no era tan rígida por capricho? Kip dedujo que los tutores de Liv le habrían explicado las cosas de forma ligeramente distinta.

—Por supuesto, se trata de un círculo que gira sobre sí mismo. Eres sátrapa, has pagado una fortuna por un trazador bicromo, en fin, has invertido tanto en él que no puedes permitir que te falle, así que debes reforzar sus aires de superioridad y mimarlo, darle esclavos, etcétera. Eso hace que los trazadores más poderosos sean intratables.

Alguien carraspeó detrás de ellos. Puño de Hierro.

—Comandante —dijo Gavin—, ¿tiene algo que añadir a la conversación?

—Se me había metido una mota de polvo en la garganta. Lo siento —dijo Puño

de Hierro, que no parecía sentirlo en absoluto.

—Lo malo de la voluntad es que creemos que cuanta más gaste una persona a lo largo de su vida, antes morirá. O quizá se trate tan solo de que las personas poseedoras de una gran fuerza de voluntad tienden a trazar mucho más. En cualquier caso, sus carreras son espectaculares. Y breves. Tal vez ese sea el motivo de que los trazadores varones suelan vivir menos que sus contrapartidas femeninas, al consumir voluntad constantemente a fin de imprimir una mayor utilidad a su trazo. El efecto secundario es que, entre los trazadores más poderosos, se cuentan muchas personas con una fuerza de voluntad titánica. O, por decirlo mal y pronto, un montón de gilipollas arrogantes. Sobre todo varones. Y chiflados. Los dementes suelen creer en lo que hacen. Eso los vuelve poderosos.

—Así que voy a codearme con un hatajo de hijos de perra engreídos que están mal de la cabeza.

—Bueno, muchos de ellos son de la más noble cuna.

Ah, claro, aquí el único bastardo soy yo.

—Pensaba que trazar sería más divertido —dijo Kip.

—Los retacos no pueden remar —dijo Gavin.

—¿Retacos?

—Retacos, medianías, normalos, mangorreros, zoquetes, destripaterrones, melilotos, mocosuenas, piojos, boquirrubios, gurruminos, alelados… hay multitud de nombres. La mayoría de ellos menos amables que esos. Todos significan lo mismo: no trazador.

—¿Y qué hay de ti? —preguntó Kip mientras dejaban finalmente atrás las callejuelas. Cruzaron un puente de piedra que se extendía sobre el río Umbro.

Gavin lo miró.

—¿Te refieres a qué motes degradantes me han puesto?

—¡No! —Oh, Gavin estaba tomándole el pelo. Kip frunció el ceño—. Tus ojos no… —buscó la expresión adecuada—, no tienen halo. ¿Significa eso que puedes trazar cuanto te apetezca?

—Me canso como el que más, pero sí. Por ahora puedo trazar a diario, tanto como sea capaz, sin consumirme. Algún día, seguramente dentro de cinco años, empezaré a perder los colores. La situación se prolongará durante un año, más o menos, y después moriré.

—¿Por qué dentro de cinco años? —preguntó Kip. Seguía llamándole la atención la tranquilidad con que se referían los trazadores a su muerte inminente. Supongo que disponen de tiempo para acostumbrarse a la idea.

—Ocurre siempre en múltiplos de siete a partir del comienzo del nombramiento de un Prisma. Yo ya he superado los dieciséis años, de modo que tengo hasta los veintiuno. Mucho tiempo para un Prisma.

—Ah. ¿Por qué múltiplos de siete?

—¿Porque siete son los colores, las virtudes, las satrapías…? ¿Porque a Orholam le gusta esa cifra? Lo cierto es que nadie lo sabe.

Caminaban por unas calles abarrotadas de personas que comenzaban sus quehaceres diarios, ansiosas por completar el mayor número de tareas posible antes de que llegara el calor. Se acercaron a la aglomeración de gente que se agolpaba ante la Puerta de la Amante, esperando a cruzarla para acudir a sus puestos de trabajo fuera de la ciudad. Aunque Kip ni siquiera le vio trazar, Gavin se giró y le puso una piedra verde en la mano. No se trataba de ninguna roca, sino de luxina verde. Por su tamaño, encajaba a la perfección en la palma de Kip. El muchacho se quedó mirándola, desconcertado.

—¿Has traído las gafas? —preguntó Gavin. Le dio a Kip una tabla cuadrada, de un pie de lado, perfectamente blanca.

Kip sacó los anteojos y esbozó una débil sonrisa. Tengo un mal presentimiento sobre lo que me va a decir a continuación.

—Te toca. Podrás almorzar… o cenar, o posiblemente desayunar… cuando consigas crear una pelota de luxina verde tú solo. Tienes las gafas, un reflector blanco, sol de sobra y un ejemplo. No podría ponértelo más fácil ni aunque quisiera.

—Pero necesito habilidad, voluntad, fuente y tranquilidad. No tengo ninguna habilidad. Ninguna. En absoluto.

Gavin lo miró con aire burlón.

—¿Y cómo crees que se adquiere la habilidad? Es el requisito más sobrevalorado. La voluntad cubre multitud de defectos.

¿Dónde he oído eso antes? Kip ni siquiera había desayunado, ¿y no iban a dejarle probar bocado hasta que hiciera una bola mágica? Estupendo.

Llegaron al fondo de la columna. Gavin miró de reojo al comandante Puño de Hierro. Sin necesidad de más incentivo, Puño de Hierro dijo:

—Parece que se ha estropeado una carreta. Está bloqueando la mitad de la puerta.

Gavin apuntó con la mano hacia delante, como diciendo: Tú primero. El comandante Puño de Hierro avanzó, y los impacientes campesinos y artesanos le abrieron paso sin rechistar. O, por lo menos, quienes se enfadaron al verse empujados a un lado se apresuraron a disimular su irritación cuando vieron el tamaño de la figura que se cernía sobre ellos.

—Queremos ayudar —anunció Gavin.

—Cómo no, escoria pariana —escupió alguien. Gavin se detuvo y paseó la mirada por la multitud en busca de quien había hablado. Quienes veían sus ojos y reparaban en aquellos orbes prismáticos enmudecían, desconcertados y aturdidos.

—Podéis aceptar mi ayuda o ganaros mi enemistad —declaró en voz alta Gavin. Se desabrochó la humilde capa y la echó hacia atrás por encima de los hombros,

exponiendo así el manto y la camisa casi cegadoramente blancos que lucía debajo, bordados con hilo de oro y tachonados de piedras preciosas.

Siguió caminando, y Kip se pegó a él. La muchedumbre se abría a su paso, murmurando preguntas e imprecaciones. En cuestión de un minuto, llegaron al frente de la columna. Al menos una docena de hombres se esforzaban por mover una carreta. Al parecer, los caballos se habían asustado y se habían desviado a un lado al atravesar la puerta. Una de las ruedas había chocado con el pilar, compuesto en este caso por el cabello de la Amante. La rueda se había hecho añicos por completo, al igual que el eje de la carreta, la cual seguía encajonada contra la pared, lo que imposibilitaba cualquier intento por repararla por medios convencionales. Los hombres porfiaban por levantar la carreta a pulso, con unos cuantos usando largas pértigas en un intento por separar la mole de la pared.

—Habrá que traer una carreta vacía y descargar esta antes o no tendremos ninguna oportunidad —estaba diciendo uno de los guardias.

Pese a su confesa inexperiencia, Kip supuso que al hombre no le faltaba razón. Los músculos combinados de todos esos labradores apenas si conseguían que la carreta se tambaleara. Pero la multitud aglomerada emitió un gemido colectivo, y unos pocos protestaron de viva voz.

—¿Traer una carreta vacía? ¿De dónde? ¿A través de todo el lío que tenemos ahí detrás? ¡Tardará horas!

—Hoy todos tendréis que usar las otras puertas —dijo el guardia.

Sus palabras fueron recibidas con idénticas protestas. Con lo congestionada que estaba la calle, ninguno de los hombres del frente de la columna podría salir hasta que todos los del fondo se dispersaran. Les llevaría horas.

—¿Qué? —exclamó el guardia—. Yo no tengo la culpa. ¡Solo intento encontrar una solución! ¿A alguien se le ocurre otra idea?

—A mí —dijo Gavin.

—Ya, claro, listillo… ¡Lord Prisma!

El grito del guardia provocó que una oleada de murmullos se extendiera por toda la columna.

Gavin hizo oídos sordos y, con un ademán, indicó a los hombres que se apartaran. Obedecieron, algunos temerosos, otros contrariados, aun otros con hostilidad. Gavin se acercó tranquilamente al lugar donde la carreta estaba aplastada contra la pared.

—Ya veo dónde está el problema —dijo—. Por suerte tengo unas cuantas herramientas a mi disposición.

Kip, sujetando aún la pelota de luxina verde y la tabla blanca, se dio cuenta de que el comandante Puño de Hierro había desaparecido.

Pero si es gigantesco. ¿Dónde se ha metido? Kip miró a su alrededor y al final lo encontró. El comandante estaba detrás de uno de los integrantes del gentío, cuya

mano se había posado en el enorme cuchillo de faena que llevaba en el cinturón. Los inmensos dedos de Puño de Hierro envolvieron tanto la mano como el cuchillo del hombre. A continuación, cerniéndose sobre el hombre, el comandante le susurró algo al oído.

Al escucharlo, el hombre palideció al tiempo que todo su cuerpo parecía quedarse sin fuerza.

El comandante Puño de Hierro le dio una cordial palmadita en el hombro, que a punto estuvo de tirarlo al suelo, y regresó junto a Gavin.

—Siempre te escapas cuando te necesito —dijo este.

El comandante Puño de Hierro soltó un gruñido.

Kip no pudo contenerse.

—Creo que acaba de salvarte el… —Reparó demasiado tarde en la expresión de Gavin. Lo sabía—. Ah. Hum. No tiene importancia. —Bravo, Kip.

Pero Gavin ya había vuelto a poner manos a la obra.

—Necesito cuerdas. —Levantó una mano por encima de la cabeza y creó una barra de luxina amarilla que se extendió en ambas direcciones, hasta alcanzar una longitud tres veces superior a la altura de una persona. Se la entregó a uno de los asombrados trabajadores—. Tú y tú, colocad esto en su sitio, necesitaré que levantéis la carreta de la pared.

El hombre asintió con la cabeza, embobado. El otro hombre y él empezaron a encajar la pértiga entre la pared y la carreta, a tanta profundidad como les era posible.

Gavin rodeó la carreta mientras proyectaba finos chorros de luxina en varios lugares bajo los ejes.

—Ahora —indicó a los hombres de la palanca.

Empujaron y movieron la carreta al menos un palmo. Tras contar hasta tres, se relajaron y tensaron los hombros, listos para intentarlo de nuevo.

—No será necesario —dijo Gavin—. Ya habéis hecho suficiente. Gracias. —Y efectivamente, había luxina incluso detrás de la carreta, envolviendo el conjunto en una telaraña reluciente de varios colores, principalmente verdes y amarillos.

Gavin giró los hombros, se preparó, apuntó al arco de piedra y luxina de la puerta, y disparó un chorro de azul y amarillo. En cuestión de momentos, se materializó en una polea. Aceptó los rollos de cuerda de un granjero que tenía cerca y disparó otro rayo, anclando un extremo de la cuerda en el techo. A continuación, hilvanó el resto de la cuerda en la polea. Dejó que la cuerda colgara floja entre la polea fija y el extremo anclado, y trazó una polea simple en ese tramo, que a continuación sujetó a la red de luxina que rodeaba la carreta. Llamó por señas al campesino, aparentemente el propietario de la carreta, y le lanzó el resto de la cuerda.

—Aún me hará falta toda vuestra ayuda —dijo.

Kip tragó saliva con dificultad.

—Por favor, dime que no está improvisando todo eso —murmuró para el comandante Puño de Hierro, que observaba la multitud en silencio.

—No. Te sorprendería la frecuencia con que se estropean las carretas cuando dos ejércitos se persiguen a través de la mitad de las Siete Satrapías. He visto cómo levantaba cargas más pesadas él solo. Aunque con muchos más aparejos.

Lo que planteaba la pregunta fundamental de por qué no se encargaba Gavin solo de esto. Podía trazar luxina más resistente que cualquier cuerda de cáñamo. Podía trazar otras cuatro poleas y volver la carga tan liviana como para levantar la carreta sin ayuda de nadie. Pero en cuanto Kip se hizo esa pregunta, supo cuál era la respuesta. Gavin estaba ganándose la confianza de la gente. Si irrumpía sin más y lo hacía todo él solo, los demás se sentirían impresionados, pero no formarían parte de ello. De este modo, les permitía ayudarse a sí mismos. Su poder seguiría siendo asombroso, pero estaría al servicio del pueblo.

Los hombres tiraron de los cabos, y Gavin llamó a unos cuantos a su lado. La carreta se alejó de la pared al levantarse del suelo; Gavin y sus compañeros hicieron fuerza para impedir que lastimara a alguien con sus balanceos descontrolados. Al final consiguieron estabilizarla, y Gavin gritó:

—¡Vale, aguantad ahí! —A continuación se deslizó debajo de la carreta, de espaldas, hasta quedar debajo del eje posterior roto.

El peso no era ninguna broma, y los hombres estaban esforzándose por sostenerlo; los habitantes de una ciudad que el ejército de Gavin prácticamente había arrasado hacía dieciséis años. Sin embargo, el comandante Puño de Hierro no parecía preocupado.

—¿No temes la posibilidad de que la dejen caer a propósito? —susurró Kip.

—No.

Kip sí. Pero Gavin tampoco parecía asustado. Agarró los extremos del eje partido y los acercó cuanto pudo. Era un gesto inútil, estaban torcidos y deformados, pero Gavin los juntó tanto como le fue posible y los fusionó gradualmente con luxina amarilla. Pronto le tocó el turno a la rueda de la carreta. Gavin la reparó en la medida de lo posible, y remplazó el resto.

Salió arrastrándose e hizo un gesto. Los hombres bajaron la carreta, que se posó en la calzada, sosteniéndose con facilidad. Quienes habían estado ayudando prorrumpieron en vítores. Gavin dio una palmada en el hombro al campesino.

—El apaño durará unos tres días, después de los cuales tendrás que repararla en condiciones, pero hasta entonces resistirá.

—Gracias, señor, muchísimas gracias. Estaba seguro de que me lincharían. Todas estas personas iban a perder el dinero de una jornada. Me habéis salvado la vida, señor.

—No hay de qué —repuso Gavin, con una sonrisa—. Y ahora, engancha esos

caballos.

Solo al ver las sonrisas que los rodeaban comprendió Kip la verdadera magnitud de las acciones de Gavin. Con diez minutos de esfuerzo y una pizca de sutileza, había transformado un contratiempo en la ocasión perfecta para conquistar, no solo a la gente a la que había ayudado directamente, sino también a toda aquella que escucharía la historia repetida. Lo incongruente del mero hecho de que el Prisma en persona se sumara a la tarea flagrantemente física de levantar, mover y estabilizar una carreta, sin importarle que su elegante ropa blanca se ensuciara, arrimando el hombro, era una declaración de principios para estos hombres. Un regente dispuesto a sudar con ellos era alguien capaz de entender a quienes se ganaban el pan con el sudor de su frente. Era más fácil confiar en alguien así que en un dandi refinado cubierto de sedas que, aunque supiera desenvolverse a la perfección en los ambientes más sofisticados, desconocería por completo el mundo real.

—Por eso oirás a muy pocas personas referirse a él como emperador Guile —dijo en voz baja Puño de Hierro, leyendo los pensamientos de Kip—. En el fondo no es un emperador, sino un prómaco. No siempre es la forma más adecuada de combatir, pero es su estilo. Por eso los hombres están dispuestos a dar la vida por él.

—Entonces, ¿por qué no conservó el título de prómaco? —preguntó Kip, temiéndose que se tratara de una pregunta delicada.

—Podría enumerar una docena de razones. La verdad es que no lo sé.

Con una floritura (completamente innecesaria, por supuesto), Gavin liberó toda la luxina y esta se disolvió, tremolando, hasta que no quedó nada más que polvo. Inclinó la cabeza en dirección a sus compañeros de fatigas y, a continuación, le hizo una seña a Kip para que lo siguiera.

Mientras Kip se reunía con Gavin y cruzaban la puerta, Gavin dijo:

—¿Has hecho ya esa bola de luxina verde que te encargué?

—¿Qué? —protestó Kip—. No me lo puedo creer… Pero si ni siquiera he tenido ocasión de…

Oh. Ha vuelto a cazarme. Gavin estaba sonriendo.

—¡Mira, Kip —dijo el muchacho—, alguien ha escrito la palabra inocente en el cielo! —Levantó la cabeza y puso cara de estupefacción—. ¿Eh? ¿Dónde?

Gavin soltó una carcajada, y a menos que le engañaran los ojos, a Kip le pareció ver que incluso Puño de Hierro esbozaba una sonrisa.

—Le cuesta arrancar, pero cuando se lanza no hay quien lo pare. No sé a quién me recuerda. —Su sonrisa no dejaba lugar a dudas sobre la identidad de ese quién. Apoyó una mano en el hombro de Kip.

Una miríada de sensaciones inidentificables sobrevino al muchacho. Ese contacto lo reafirmaba: Este es mi chico, decía. Su madre había pronunciado esas mismas palabras en no pocas ocasiones, siempre después de que Kip cometiera algún

estropicio. Nunca las había dicho con orgullo.

Gavin Guile no era solo un gran hombre. También era buena persona. Kip haría cualquier cosa por él.

63

—General, debo hablar con vos. —Liv Danavis había encontrado a su padre en el tejado del Palacio de Travertino, ante una mesa cubierta de listas e informes. Aún no había amanecido, y Corvan se resguardaba de la helada embozado en su manto. Estaba de pie, ignorando el trabajo por el momento, con las nalgas apoyadas en el canto de la mesa, mirando hacia el este.

—Así que esta mañana es «general» en vez de «padre». Debo de haberme metido en algún lío. —Las comisuras de sus labios se curvaron—. Ven aquí.

Liv se situó a su lado, y Corvan la atrajo hacia sí para que pudieran contemplar juntos la salida del sol.

—Los instantes hermosos nos ayudan a superar los momentos difíciles —dijo su padre. Liv lo observó mientras el sol se elevaba. Sus ojos azules (halo rojo mediante, por supuesto) parecían cansados. Corvan Danavis siempre había sido capaz de pasar sin dormir durante más tiempo que nadie que Liv conociera, por lo que la muchacha sabía que su fatiga no se debía a lo temprano de la hora. No era la primera vez que veía esa expresión en su rostro, pero pensó que tal vez fuese la primera vez que la comprendía.

Antes, siempre que veía ese gesto, los ojos entrecerrados, la jovialidad ausente en unas facciones por lo general risueñas, era porque su padre estaba reviviendo alguna batalla. Hoy se disponía a ver cómo morían más hombres… y a luchar por la misma persona que había asesinado a los suyos en el pasado, Gavin Guile. Debía de ser desgarrador.

El sol nació envuelto en espectaculares rosas y naranjas que se reflejaban en las olas, y la tensión abandonó lentamente los ojos de su padre. Liv se fijó en las pecas que los rodeaban bajo la piel tostada, y en los delicados destellos rojizos que el sol arrancaba a sus cabellos. Ella no había heredado ni las unas ni los otros, como tampoco los ojos azules que contribuirían a hacer de ella una trazadora más poderosa.

Corvan movió ligeramente los labios, silabeando. Oh, estaba rezando, comprendió Liv. Una vez concluida su oración, formó un triángulo con tres dedos extendidos: el pulgar sobre el ojo derecho, el dedo corazón sobre el izquierdo y el índice sobre la frente, el ojo espiritual. Completó el gesto tocándose la boca, el corazón y las manos. El tres y el cuatro, el siete perfecto, sellado por Orholam. Aquello que ves, aquello en lo que crees, aquello que haces.

Sin volver la espalda al sol que ya se elevaba sobre el horizonte, dijo:

—Has venido para preguntarme cómo es posible que combata a favor de mi antiguo enemigo.

—Mató a mamá —repuso con voz glacial Liv.

—No, Aliviana, no es cierto.

—Pues su gente. Es lo mismo.

—La situación es más complicada de lo que parece.

—¿Y qué me quieres decir con eso? ¡No me trates como si fuera una niña!

—Perdona Aliviana, pero tengo que proteger…

—Ya he cumplido los diecisiete. ¡Hace tres años que sobrevivo sin tu ayuda! Ya no hace falta que me protejas.

—No hablaba de protegerte de nada —dijo Corvan—, sino de proteger a los demás de ti.

¿Cómo? Liv sintió como si acabaran de darle un puñetazo en el estómago. ¿Su padre no confiaba en ella?

—¿Sabes quién tenía diecisiete años cuando llevó el mundo al filo del abismo? —preguntó Corvan—. Dazen Guile.

—Pero… pero… no es lo mismo, ni por asomo.

—Aliviana, solo te pido que confíes en mí. Conozco a padres que se aprovechan de su situación y exigen una obediencia ciega a sus hijos. Yo nunca te he pedido nada por el estilo, ¿verdad? Cuando te empeñaste en ir a la Cromería a pesar de mi oposición, cuando te dije que todo lo que necesitabas saber sobre el trazo podía enseñártelo yo, ¿qué pasó?

—Dejaste que me fuera. —Al final.

—Y allí lo pasaste espantosamente mal, pero me demostraste lo fuerte que eres, y hete aquí ahora. Me siento orgulloso de ti, Aliviana. Has nadado con los demonios marinos y has sobrevivido. Pero te ruego que confíes en mí. Estoy obrando correctamente. Te lo prometo. No me he olvidado de tu madre. Ni de ti.

La negativa en redondo de su padre a ser más sincero y explícito desarmó a Liv; incapaz de aferrarse a la indignación que la embargaba, no pudo seguir mirándolo a los ojos. Corvan se escudaba tras su historial, y ella mejor que nadie sabía que este era impecable. También sabía que nada sería capaz de hacerle cambiar de parecer tras haber tomado una decisión de esta envergadura. Por mucho que Liv se obstinara, no conseguiría nada.

Desistió de su empeño.

—Admirarlo resultaba mucho más sencillo cuando no estaba librando ninguna guerra en nuestra tierra. Quiero decir, ni siquiera pensaba en la guerra cuando lo tenía cerca.

—¿Encaprichadilla? —sugirió su padre.

Las mejillas de Liv se tiñeron de rosa.

—Un poquito, tal vez —refunfuñó.

—Me extrañaría que no lo estuvieras. Después de todo, es quien es —dijo Corvan, encogiéndose de hombros.

—¿De verdad que no es el responsable de la muerte de mamá? —preguntó Liv,

temblorosa.

—¿Responsable? Eso se puede interpretar de muchas maneras. Si los Guile no hubieran ido a la guerra, ¿seguiría con vida tu madre? Probablemente. Pero te puedo asegurar dos cosas: Gavin no ordenó en ningún momento la muerte de tu madre, ni la deseaba, y está completa e irremediablemente loco por una mujer, y no se trata de ti.

—Eso son tres cosas, ¿no? —preguntó Liv, regalando una sonrisa a su padre.

Corvan le devolvió el gesto.

—Te llevas una de regalo por ser mi hija.

—¿Qué está haciendo aquí? Los hombres del Prisma incendiaron esta ciudad, asesinaron a decenas de miles. Desde entonces no ha vuelto a demostrar el menor interés por Garriston. Entonces, ¿qué quiere ahora? ¿No le importaba cuando nadie la quería, pero ahora que eso ha cambiado, no soporta la idea de perderla?

—Los hermanos Guile no eran dos, sino tres. El menor de ellos, Sevastian, murió a manos de un engendro azul cuando Gavin contaba unos trece años de edad. El primer propósito de Gavin es proteger a los inocentes de los engendros de los colores. O, si prefieres verlo de forma menos caritativa, exterminar a todos los engendros de los colores que se crucen en su camino. El rey Garadul tiene engendros a su servicio, o al menos así lo cree el Prisma. De modo que hay que pararle los pies.

—¿Un engendro azul? Eso es absurdo. ¿Los azules no eran racionales?

—Liv, la gente compara la ruptura del halo con enloquecer en un abrir y cerrar de ojos, como si se pasara bruscamente de la vida a la muerte. No es así. Algunos engendros de los colores se aferran a un remedo de cordura durante semanas, o incluso meses. Algunos sobrellevan su estado durante la noche, pero a la luz del día sucumben por completo al influjo de su color. La locura se manifiesta siempre de forma distinta. Un azul puede sucumbir a una rabia asesina; un rojo puede parecer sereno y filosófico. Por eso son tan peligrosos. Mira, ¿quieres echarme una mano?

—Vale —respondió Liv—. ¿Qué tengo que hacer?

—¿Sabes fabricar granadas de luxina?

—¿Qué? No.

—¿Qué enseñan a los tenues en la Cromería hoy en día?

—¡Oye!

Corvan esbozó una sonrisa.

—¿Llevas las gafas encima?

—Por supuesto —dijo Liv.

—Bueno, pues me vendría bien algo de amarillo.

—El amarillo no es precisamente mi fuerte. Quiero decir, no sé hacer agua brillante sólida.

—No es eso lo que necesito —replicó Corvan—. ¿Sabes qué ocurre si fundes rojo y amarillo líquido, sellas la mezcla herméticamente en un recipiente azul y la estrellas

contra algo?

—Pues… ¿algo bueno?

—¡Bum! —dijo Corvan—. También puedes emplear supervioleta para el recipiente, pero los lanzadores se pondrían nerviosos.

¿Coger un explosivo sin poder ver si el envoltorio está intacto? Liv pensó que cualquiera sentiría reparos.

Corvan le lanzó una bola de luxina azul. Liv la atrapó al vuelo y se sorprendió al oír un cascabeleo. La observó atentamente. La pelota contenía unas diminutas postas redondeadas, como balas de mosquete. Por algún motivo, eso la desconcertó.

—Esto, esto…

—Eso es lo que hace que las granadas maten a la gente. Y eso es lo que vamos a hacer nosotros, Aliviana. Matar gente. Aquí y ahora. Vamos a usar el don de Orholam para asesinar a sus hijos. La mayoría de los cuales son unos pobres diablos con los que en otras circunstancias podríamos trabar amistad. Es un mundo cruel. ¿Quieres que te mienta al respecto? ¿Quieres que te proteja, después de todo?

Liv sintió cómo la sangre huía de sus mejillas. Las palabras de su padre eran una esponja que absorbía todas sus ilusiones y amenazaba con no dejar ni rastro de la alegría inicial que le había producido el rencuentro, la ilusión de volver a contar con alguien que tomara las decisiones por ella. Algo se rompió en su interior.

—Padre, no puedo hacerlo —dijo—. No puedo matar tyreanos, ni por la Cromería ni porque tú me lo ordenes.

Por un momento, vio que un profundo pesar empañaba la mirada de su padre. Por primera vez en su vida, Corvan parecía viejo, abatido.

—Liv. —Hizo una pausa—. Tarde o temprano tendrás que decidir no solo en qué quieres creer, sino cómo vas a hacerlo. ¿Vas a creer en la gente, en alguna idea, en Orholam? ¿Con el corazón o con la cabeza? ¿Creerás en lo que tienes delante o en lo que piensas que conoces? Algunas de las cosas que tomas por ciertas en realidad son mentiras. Me apena no poder decirte cuáles.

Liv pensó que esta debía de ser su enrevesada manera de explicar el concepto de «lealtad para uno».

—¿Qué elegiste tú, padre? ¿Las ideas o las personas? —preguntó Liv. Aunque acababa de verlo rezar, sabía que su padre no era muy religioso. Esa parte de él había muerto con su madre. Sus oraciones probablemente consistían en un: «Bien hecho, señor. Ha sido un amanecer precioso». Su padre rechazaba la idea de que Orholam sintiera el menor interés por las personas como individuos, o por las naciones, ya puestos.

Le vio parpadear. Abrió la boca, para cerrarla rápidamente a continuación. Apretó los labios. Sus ojos reflejaban el dolor que sentía.

—No puedo decírtelo —respondió, al cabo.

¿No puedes decírmelo porque en realidad nunca tomaste esa decisión? ¿Entonces cómo te atreves a sermonearme? Pero eso no tenía sentido. Su padre era el hombre más bueno que conocía.

No, no se trataba de eso. La vida de su padre siempre se había regido por sus ideas. Ellas lo habían llevado a luchar contra Gavin Guile, a renunciar a todo por ese enfrentamiento. Había sido una persona con ideales. Esos ideales eran lo que lo habían mantenido alejado de la Cromería, lo que había hecho que se opusiera a que su hija ingresara allí. Temía que la ausencia de ideales de la Cromería la corrompiera.

Temores fundados, después de todo, pensó con una punzada de culpabilidad Liv. La habían corrompido. Había accedido a espiar a Gavin. Era tan despreciable como cualquiera de los habitantes de la Cromería.

Pero eso no explicaba qué hacía su padre aliándose de repente con un hombre al que debería odiar. Los ideales no habían cambiado. Si acaso, con Gavin allí, enfrentándose a los tyreanos, su padre debería haberse sentido obligado a oponerse a él aún con más ferocidad si cabe.

Por Orholam, a lo mejor su padre también se había corrompido. A lo mejor lo habían comprado. A lo mejor había vendido sus ideales, como todos los demás. La mera idea le provocaba dolor de cabeza, pero ¿por qué si no se negaba a responder a lo que era una pregunta evidente? Porque entonces no podría seguir negando su hipocresía.

La cochina Cromería al completo estaba corrompida. Profanaba todo cuanto tocaba. Liv conocía el fondo de primera mano. Había visto cómo trataban a los monocromos; había visto cómo trataban a los tyreanos. Y también ella había entrado a formar parte de esa jerarquía de poderes. Se había convertido en algo parecido a una amiga para el mismísimo Prisma… y le había encantado, había sido maravilloso conversar con alguien tan influyente, gozar de toda su atención. Era halagador que te regalaran vestidos bonitos y que te trataran como a alguien especial, digna de atención. Y a fin de conservar ese poder, se había vendido… con tanta, con tantísima facilidad. Pero así funcionaban las cosas en la Cromería. Había corrompido incluso a su padre.

—Liv —dijo Corvan—. Liv, confía en mí. Sé que no es fácil, pero te lo ruego.

—¿Que yo confíe en ti? ¿Cuando tú no confías en mí? —preguntó la muchacha, dolida.

—Livy, por favor. Te quiero. Sabes que no permitiría que te pasara nada malo.

La revelación que sobrevino entonces a Liv la dejó sin aliento. ¿Cómo había conseguido el Prisma que su padre traicionara todo aquello en lo que creía? ¿Por qué rehuía su padre aun las preguntas más sencillas? Porque la quería. Corvan se había corrompido, pero no por culpa del dinero, el poder ni el sexo. Liv sabía que jamás vendería tan barata su alma. Entonces, ¿con qué podría presionarlo el Prisma? Con

Liv.

Gavin Guile estaba utilizando a Liv para extorsionar a su padre. No sabía exactamente en qué consistían ni la amenaza ni el chantaje, pero eso carecía de importancia. Liv era víctima del mismo tipo de extorsión e intimidación, en su caso por parte de los ruthgari. Era un juego cuyas reglas había aprendido a su pesar. Había traicionado sus principios porque quería a Vena. Corvan estaba traicionando a los suyos porque la quería a ella.

Corvan había elegido depositar su fe exclusivamente en su familia. En Liv. Y eso significaba que no podía decirle nada. Porque si lo hacía, Liv lo echaría todo a perder y sus sacrificios habrían sido en vano.

El corazón de Liv se hizo añicos en su pecho. Hubo de esforzarse por contener sus emociones para que no se manifestaran en forma de lágrimas. Cruel. Qué cruel. ¿Cómo podía Gavin hacer algo así y seguir sonriendo?

Porque así funcionaba la Cromería. Víboras y canallas, hasta el último de ellos. Y Corvan había hecho todo lo posible por impedir que Liv ingresara allí… todo salvo ordenarle directamente que no fuera allí, porque el despotismo no estaba en su naturaleza. Ella tenía la culpa de todo. Liv tragó saliva para deshacer el nudo que le oprimía la garganta. Su padre había aceptado humillarse por ella. No se merecía la indignidad de que Liv sacara su vergüenza a la luz.

Sonrió con todo el valor que fue capaz de reunir y fingió mostrarse de acuerdo.

—Lo entiendo, padre. Confío en ti. Pero quiero que me cuentes todo cuando puedas. ¿Te parece justo?

—Me parece justo —dijo Corvan, visiblemente aliviado—. Te quiero, Livy.

—Ya lo sé, padre.

Y Gavin Guile lamentaría haber utilizado ese cariño en su contra.

64

Es muy fácil, Kip. Nadie espera que traces ni una polea ni una trainera. Una pelotita verde, eso es todo. No tiene ningún misterio.

Estaba sentado con las piernas cruzadas, las gafas verdes puestas y la tabla blanca en el regazo, esperando a que ocurriera algo. Llevaba dos horas así. ¿Y exactamente qué era lo que estaba haciendo? Nada. ¿Cómo esperaban que te concentraras en el trazo cuando las horas se sucedían en balde? Volvía a rugirle el estómago. Sus protestas se habían vuelto constantes a medida que el sol alcanzaba su cenit.

¿No me darán de comer si no trazo? Es una crueldad. Es una tortura. Es imposible.

Kip levantó la cabeza. Gavin los había conducido hasta las ruinas de la antigua muralla exterior, a escasos cientos de pasos de la Puerta de la Amante. Cuando llegaron ya había cientos de personas trabajando, y desde entonces se habían unido a ellas varios de los que antes estaban atascados en la columna. Su cometido era levantar los cimientos de la muralla, que en algunos puntos se hundían hasta cuatro pasos en el suelo, según había podido comprobar Kip. La excavación, sin embargo, avanzaba más deprisa de lo que el muchacho hubiera creído posible, entre la enorme cantidad de trabajadores y el terreno arenoso, apenas cubierto de vegetación.

Gavin se dedicaba a estudiar unos dibujos en compañía de maese Danavis. El general Danavis, se corrigió Kip. La naturalidad con que el general ordenaba a los hombres que hicieran esto o lo otro (exactamente igual que le pedía a Kip que hiciera esto o lo otro cuando aún vivían en Rekton) hizo que Kip se preguntara cómo era posible que nunca hubiera sentido la menor curiosidad por su pasado. Saltaba a la vista que ese hombre era demasiado grande para una ciudad tan pequeña como Rekton, pero eso a Kip nunca le había extrañado. Los niños solo piensan en sí mismos, Kip.

—No sirve —estaba diciendo Gavin—. No, los detalles están bien. Son perfectos. Pero si la antigua muralla no nos detuvo, ¿por qué reconstruir algo defectuoso?

¿Reconstruir la muralla? ¿No había dicho Gavin que el ejército del rey Garadul llegaría dentro de cuatro o cinco días?

—Tendremos suerte si conseguimos terminar algo que solo esté «defectuoso» —repuso el general Danavis—. Tendremos suerte si conseguimos terminar algo en absoluto.

—Que me traigan los planos de Rathcaeson —dijo el Prisma.

—¿Realmente quieres construir una muralla basándote en la representación que hizo un artista de una ciudad legendaria?

Gavin, irritado, tensó los músculos de la mandíbula.

—Entendido, lord Prisma —dijo el general Danavis, con una reverencia.

—Trae a tu hija —le ordenó Gavin—. Me vendría bien una supervioleta.

Tras un instante de vacilación:

—Por supuesto. —El general montó en su caballo y partió al galope hacia la ciudad, al frente de una estela de guardias personales ruthgari.

En ese momento, tras llevar toda la mañana conversando sin cesar con los capataces, los soldados ruthgari y el general Danavis, Gavin se quedó solo de repente. Miró a Kip. Ups, me parece que tendría que estar trazando.

Gavin enarcó una ceja en su dirección.

—Sigues sin tener hambre, ¿eh?

Kip hizo una mueca.

—Gracias por recordármelo.

—Kip, más que ningún otro color, el verde puede resumirse en una palabra: Naturaleza. Todas las connotaciones de la naturaleza, tanto positivas como negativas, se dan cita en el verde. Por eso puedo asegurarte que lo único que necesitas es voluntad, puesto que esta y la naturaleza van siempre de la mano. Si fueras un azul incipiente, tendría que explicarte el sentido del trazo, la armonía, el orden, cuál es su lugar en el mundo. Pero no lo eres. ¿Alguna pregunta?

Sobre el trazo no.

—¿Qué le pasó al artillero?

—¿Cómo?

—El del barco ilytiano que estuvo a punto de matarnos. Justo antes de que le disparara, su pistola estalló.

—Suele ocurrir —dijo Gavin—. A veces los mosquetes no pueden resistir la sobrecarga de postas.

—¿El artillero que estuvo a punto de darnos desde quinientos pasos calculó mal la carga de su mosquete?

Gavin sonrió. Le enseñó la palma de la mano. Estaba vacía. Ah. Kip esforzó la vista. Allí estaba, una bola supervioleta.

—¿La ves? —preguntó Gavin.

—La veo.

Gavin extendió la mano. Sonó un suave chasquido, y su mano salió disparada hacia atrás. La bola supervioleta surcó el aire como si del proyectil de un mosquete se tratara.

—Obturé el cañón —confesó Gavin, encogiéndose de hombros—. Se puede emplear cualquier color para conseguirlo. El amarillo solo si eres capaz de crear luxina amarilla sólida, naturalmente, pero vale prácticamente todo.

—¿Por qué no lo mataste?

—Tal vez lo hice —dijo Gavin—. La explosión de un mosquete en las manos no es ninguna broma. —Volvió a encoger los hombros—. Lo reconocí. Actuaba por libre

durante la guerra. A veces luchaba por mí, a veces por mi hermano, a veces por el capitán que más le pagara en aquel momento. Es un borracho y una sabandija, además del mayor experto en cañones de las Siete Satrapías. Cualquiera que fuese el nombre que le pusieron al nacer, ahora es conocido sencillamente como el Artillero. Eso es lo que es. Su primer destino como cañonero bajo cubierta fue a bordo de un navío llamado el Aved Barayah, el Escupefuego.

—¿El Escupefuego? ¡¿El Escupefuego?!

—Que se recuerde, el único barco capaz de abatir a un demonio marino adulto. El Artillero debía de contar unos dieciséis años por aquel entonces. —Gavin sacudió la cabeza para exorcizar el recuerdo—. He matado a mucha gente, Kip. A veces titubeo, y por contraproducente y peligroso que sea, me gusta pensar que eso demuestra que aún me queda un ápice de humanidad. Además, sabía que reventarle el arma en las manos lo enfurecería de veras. Conociendo al Artillero, lo más probable es que construyera él mismo ese mosquete, y todavía estará preguntándose quién diablos sobrecargó el arma. —Observó de soslayo a un ruthgari elegantemente ataviado que se dirigía hacia ellos, flanqueado por guardias y esclavos que portaban un pabellón portátil para que la pálida figura estuviese siempre a la sombra—. Te dejaré para que sigas trabajando. Pero date prisa, los sirvientes traerán el almuerzo de un momento a otro.

Justo cuando ya me había olvidado de mi estómago. Gracias.

Kip se empujó las gafas sobre la nariz (no dejaban de resbalarse, y no eran ni remotamente cómodas) y fijó la mirada en la tabla blanca. Naturaleza. La naturaleza, desenfrenada, en constante expansión. El noble ruthgari (Kip dedujo que se trataba del gobernador) se había encarado con Gavin y estaba lamentándose de algo con voz chillona. Por su aspecto, se diría que tenía para rato. Kip intentó bloquearlo.

Verde. Venga, a ver esa naturaleza salvaje.

Salvaje, he ahí la palabra que mejor me describe. Kip el salvaje. Qué salvaje era cuando Ram me llamaba gordito, ¿eh? Qué salvaje era cuando me arrebató a Isa. Si hubiera sido un poquito más salvaje, ella aún seguiría con vida. La naturaleza se opone a que la controlen, y yo me he dejado controlar toda mi vida. Controlado por Ram… ¡por Ram! Por un chulo de pueblo. ¡Un mocoso! No llegaba ni a matón.

Si Kip le hubiera dicho a Ram que se fuera a la noche eterna, si lo hubiera descuartizado con su lengua afilada, ¿qué podría haber hecho Ram aparte de darle una paliza? Los músculos de Ram no eran rival para el cerebro de Kip.

Bueno, ni para nada, ahora que estarán pudriéndose.

Ese pensamiento puso nervioso a Kip. No quería que Ram estuviera muerto. El chico tenía muchas virtudes. O unas pocas, al menos. Aunque Kip no se sintiera espantosamente mal por la muerte de Ram, desearía que siguiera con vida para poder plantarle cara ahora.

He hablado con Gavin Guile. ¡He hundido barcos piratas con él! Bueno, prácticamente me limité a no ahogarme mientras él hundía los barcos, pero aun así.

Kip se miró las manos. La luxina seguía brillando por su ausencia. El gobernador continuaba desgañitándose. Por Orholam, ¿cómo lo aguantaba Gavin? Ese tipo poseía la voz más nasal que Kip hubiera oído en su vida. Daban ganas de aporrearle la cabeza con una enorme pelota de luxina verde. De reojo, volvió a mirarse las manos. Nada.

Voy a decepcionar a Gavin. Otra vez. Igual que a Isa. Igual que a Sanson. Igual que a mi madre en mil ocasiones.

El hambre le roía las tripas. Eso es lo que soy, un gordo fracasado. Me han servido una vida nueva en bandeja de plata. El hijo de Gavin Guile, hijo bastardo, vale, pero ni una sola vez me ha tratado como si se avergonzara de mí. Y ni siquiera soy capaz de conjurar la fuerza de voluntad necesaria para extender la mano y aceptar esa nueva vida. A cambio de todos los favores que me ha hecho, voy a humillar al hombre que me salvó el pellejo, que me ofreció una segunda oportunidad.

Era como si unas bandas de hierro le oprimieran el pecho, cada vez más tirantes. Cada vez le costaba más respirar. Se le anegaron los ojos de lágrimas. Mocoso. Inútil. Fracasado. Las facciones de su madre, distorsionadas, peligrosamente enajenada tras fumar quife mezclado con cornezuelo: ¡Me arruinaste la vida! Eres el peor error que he cometido nunca. ¡Renuncié a todo, me lo arrebataste todo y me dejaste sin nada! Me pones enferma, Kip.

Kip, puedes desembarazarte de esas cadenas. Deja de creer en esas…

—¡Mentiras! —bramó el gobernador. Con el vello de punta, Kip sufrió un estremecimiento. El sol ya prácticamente había alcanzado su cenit. El ojo de Orholam aporreaba la tierra como una maza, pero para Kip era una caricia. Luz, energía, calor, amor, claridad que disipaba las tinieblas. Contempló la tablilla blanca, y en el verde que filtraban sus gafas vio uno de los rostros de Orholam. Kip no lo llamaría naturaleza, sino libertad. Sintió deseos de gritar, de dar saltos de alegría, y al infierno lo que pensaran los demás. Podía liberarse de todo eso, de la prisión que era el interior de su cabeza, de las dudas contumaces, de los cuchicheos sobre todo cuanto hacía y decía. Era acción, tan poderosa como el brote de secuoya que se abre paso entre las grietas de un peñasco. La vida prevalecería. Las raíces ahondarían, porfiarían y se impondrían a la roca.

Kip sintió que las bandas de hierro que le ceñían el peso saltaban en pedazos. Se sentía más vivo que nunca. Lo poseían un vigor y una alegría animales.

De modo que a esto se referían cuando hablaban de la naturaleza.

El gobernador seguía cacareando con voz estridente. Kip creó una bola de luxina verde en la palma de la mano. ¿Así de fácil? ¿Decidiendo hacerlo sin más? Parecía sospechosamente sencillo. La pelota era gruesa, densa, pero también flexible bajo la

presión de sus dedos. Kip aumentó su tamaño, ahuecándola, como el doble de grande que su cabeza. Ahora la flexibilidad era exagerada. Lo bastante blanda para no matar a nadie.

Con la mayor de las sonrisas en el rostro, Kip la sostuvo en las palmas de las manos. ¿Cómo disparaba Gavin la luxina? Kip también había visto cómo lo hacía Puño de Hierro. Arrugó la nariz. A lo mejor solo hay que desearlo.

Una diminuta parte de su mente estaba protestando: ¡No puedes agredir al gobernador! Es el gobernador, por el amor de Orholam. ¿Crees que sus guardaespaldas entenderán que en realidad no querías hacerle ningún daño?

Pero inmerso en el verde, las palabras como «gobernador» perdían su significado. ¿Qué era eso? ¿Cuál era la diferencia? Los adornos de los rituales y los títulos humanos parecían artificiales, inanes.

Kip deseó que la bola saliera disparada de sus manos. Todavía sentado, sonriendo como un memo, podía sentir cómo se amasaba la energía tras la pelota. ¿Hasta cuándo debía permitir que siguiera acumulándose antes de liberarla? Bueno, así debería bastar. Con un chasquido apagado, la bolsa despegó de las manos de Kip a gran velocidad.

Sentado aún en el suelo, se cayó de espaldas hecho una madeja de brazos y piernas.

Kip rodó hasta ponerse de rodillas, riendo, y se dispuso a ver qué había ocurrido con el gobernador.

Este yacía boca arriba, y al parecer la bola de luxina verde había rebotado de un lado a otro, porque dos de los esclavos intentaban alejarse como podían del palanquín que amenazaba con desplomarse sobre sus cabezas. El pabellón se cayó justo encima del gobernador. Kip le oyó proferir un gritito, pero dejó de verlo cuando uno de los guardaespaldas cargó contra él, espada en ristre.

Con las gafas torcidas, Kip no podía trazar más verde, pero aún le quedaba una generosa cantidad en el cuerpo. Empezó a trazar otra pelota, más pequeña esta vez. ¡Demasiado lento, demasiado lento!

El aire se estremeció entre el espadachín y él mientras levantaba las manos. Un fuerte restallido precedió al despegue de una diminuta bola verde; el retroceso le empujó dolorosamente las manos hacia atrás.

En un abrir y cerrar de ojos, un muro de luxina azul se desplegó entre Kip y el espadachín. El arma del guardaespaldas se estrelló contra la barrera azul cuando se cernía ya sobre el muchacho arrodillado. El filo chirrió al ser empujado hacia abajo, arrancando virutas azules. Una fracción de segundo después, el espadachín impactó de frente con un gruñido. Se produjo un sonido parecido a la formación de una grieta en una superficie de vidrio, seguido de un lamento estridente.

El guardaespaldas se recuperó y se detuvo. El disparo de Kip había resquebrajado

la luxina azul justo delante de sus narices; una tela de araña se extendía por la barrera en el lugar que habría ocupado su cabeza. En el centro, un cráter del tamaño de un proyectil de mosquete rompía la homogeneidad del muro de luxina azul.

—Basta —dijo Gavin. No le hizo falta levantar la voz, se limitó a aprovechar el prolongado silencio. Su pared azul los había salvado a ambos.

Kip se sentía estremecido, sin fuerzas. Ay, mierda. ¿Qué acabo de hacer?

Dos de los guardaespaldas del gobernador estaban sacándolo de debajo del palanquín derribado. Sin dejar de protestar, el hombre se incorporó con la nariz ensangrentada. El rubor abochornado que le teñía las mejillas pronto dio paso a un sonrojo enfurecido, y se dirigió a Gavin con paso airado.

—¡Tu esclavo me ha atacado, exijo una satisfacción! —El gobernador desenvainó la espada decorativa que colgaba de su cadera y apuntó con ella a Kip.

Un músculo se tensó en la mandíbula de Gavin.

—No se trata de ningún esclavo. Kip es mi hijo natural.

—¿Este? ¿Este es tu bastardo?

Tras unos instantes de silencio pétreo, Gavin dijo:

—Kip, discúlpate.

Kip tragó saliva con dificultad y se levantó, incapaz de disimular los temblores que lo sacudían de la cabeza a los pies.

—Lo siento en el alma, señor. Estaba practicando el trazo por primera vez. Le aseguro que no sabía lo que…

—¿Disculpas? No, lord Prisma, ¿primero me agredís y ahora este ultraje? Exijo una satisfacción.

—No estáis en condiciones de exigir nada —dijo Gavin, sin romper en ningún momento el contacto visual—. Sois un corrupto, gobernador Crassos, cuando no un traidor. Os habéis confabulado con el rey Garadul, y como consiga encontrar siquiera un ápice de prueba que lo demuestre juro que a vuestro regreso a Ruthgar habrá una estaca esperando vuestra cabeza. A menos que el sátrapa Ptolos decida entregaros antes a los parianos. Sois incompetente y despreciable, embustero, ladrón y cobarde. Si queréis satisfacción, podéis batiros en duelo conmigo. Espada contra espada. Palabra de honor que no trazaré, pero tendrá que ser ahora mismo.

El gobernador pestañeó y la punta de la espada tembló. Parpadeó otra vez. Enfundó la espada.

—Luchar con espadas es de ignorantes —refunfuñó mientras giraba en redondo sobre los talones y se alejaba con aire indignado.

Kip se dio cuenta de que tenía a alguien justo detrás. Al girarse, vio a Puño de Hierro cerniéndose sobre él.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—El suficiente para protegerte de tu imprudencia, aunque no tanto como para

impedir que la cometieras. No sabía que hubieras heredado el talento de tu familia para meterte en problemas a las primeras de cambio.

Oh, el muro azul había sido obra de Puño de Hierro. ¿Significaba eso que el enorme Guardia Negro ya le había salvado la vida en dos ocasiones?

—Comandante —dijo Gavin—, necesito hablar con vos de nuestros espías. Crassos está asustado. Podría darse a la fuga. Aseguraos de que quienes gobiernan los cañones en la entrada del puerto sean hombres dispuestos a obedecer la orden de disparar, llegado el caso. Y de que Crassos no saquee las arcas. Me gustaría ser capaz de pagar a nuestro ejército.

Puño de Hierro frunció el ceño.

—Preferiría no separarme de Kip. Soy un Guardia Negro, lord Prisma, no un mensajero. Mi deber está aquí.

—Yo no puedo encargarme —dijo Gavin—. Kip tampoco. Alguien tiene que hacerlo. Es culpa mía por prohibiros que trajerais más Guardias Negros, pero eso ya no tiene remedio.

El comandante Puño de Hierro solo titubeó un segundo más.

—Muy bien, lord Prisma. —Hizo una reverencia y encaminó sus pasos hacia los caballos que alguien les había traído.

Cuando se fue, reinaba un silencio sospechoso. Docenas de trabajadores habían visto lo ocurrido, y si bien humillar al gobernador sin duda le había ganado a Gavin algo de respeto, nadie parecía dispuesto a acercarse, so pena de incurrir en las iras del Prisma. Gavin se masajeó la frente.

—Probablemente te estarás preguntando por qué vamos a librar una guerra para defender a imbéciles como ese gobernador —dijo.

Lo cierto era que Kip no se había parado a pensarlo, pero ahora que Gavin lo mencionaba, sí que parecía algo extraño.

—Porque Rask Garadul apesta a fanático, Kip. Eso es todo. Cientos, o en el peor de los casos miles de personas perderán la vida porque coincidí con Rask durante unos minutos y pensé que estaba loco. —Gavin exhaló un suspiro—. Quiere esta ciudad y, francamente, está en su derecho. Si pudiera devolvérsela a las gentes de Tyrea, lo haría. Se lo merecen. Han… habéis pagado un precio demasiado alto por una guerra en la que luchasteis en el único bando que podíais. Si fuera cualquier otra persona esperando a asumir el mando tras nuestra partida, se lo cedería encantado, y al diablo con el Espectro. Pero con Rask en el poder… Es un poco más complicado que eso, naturalmente, pero ese es el motivo de que esté aquí, y mi presencia será lo que iguale las cosas. Si nos marcháramos, Rask irrumpiría sin oposición, cerraría el puerto antes de que los parianos pudieran desembarcar y ese sería básicamente el fin de la historia. Los parianos montarían en cólera, pero aquí no hay tantos beneficios que obtener como para justificar la movilización de todo un ejército. Tarde o

temprano, Rask les ofrecería un contrato de transporte en exclusiva para todos los cítricos de Garriston durante unos cuantos años y lo aceptarían. ¿Qué te parece? ¿Merece la pena?

Me lo pregunta como si mi opinión tuviera algún valor. Kip no había tratado con muchos adultos a los que les importara su opinión.

—Creo que el rey Garadul debería morirse y ahorrarnos un montón de problemas.

Gavin se rió con desgana.

—Ojalá. A lo mejor Karris obra un milagro y se encarga de ello.

—La echas mucho de menos, ¿verdad? —preguntó Kip, sin poder evitarlo.

Gavin lo fulminó con la mirada. La desvió a continuación. Se aplacó. Transcurrido un minuto, exhaló un largo suspiro y a Kip le pareció ver como si Gavin renunciara a toda esperanza.

—Salta a la vista, ¿verdad?

—¿Crees que la matarán? —preguntó Kip.

La cadena de emociones que aletearon en las facciones de Gavin se concretaron en una resignación y un pesar tan profundos que no podían expresarse con lágrimas.

—Vivirá hasta que Rask compruebe si estoy dispuesto a entregarle la ciudad a cambio de ella. Luego la matará. De una forma u otra.

No. Nada de eso, pensó Kip. Lo juro.

65

El vacío que reinaba en el estómago de Kip no desapareció cuando les sirvieron el almuerzo. Gavin, el general Danavis (aunque era raro pensar en él como general Danavis en vez de maese Danavis, sería aún más raro pensar en él como Corvan a secas) e incluso Liv repasaban los dibujos y los planos con arquitectos y artistas mientras comían. Kip estaba sentado al margen, para no molestar. No tenía ni idea de lo que estaban haciendo y el espacio alrededor de la mesa era limitado. Las naranjas frescas estaban deliciosas y la curiosidad lo llevó a probar un pedazo de carne de jabalí con especias. El sabor era asombroso, pero ni siquiera él podía concentrarse eternamente en la comida.

—Te preguntaría si hablas en serio —estaba diciendo el general Danavis—, pero conozco esa expresión.

—El trazo no supone ningún problema —repuso Gavin—. Puedo controlar toda esa luxina fácilmente…

—¿Fácilmente? —lo interrumpió el general Danavis, escéptico.

—Vale, fácilmente no, pero puedo hacerlo. El problema es el peso. No puedo levantar tanto, y menos arrojarlo en su sitio.

Liv carraspeó discretamente, como si no estuviera segura de querer entrometerse.

—¿Aliviana? —preguntó Gavin.

La muchacha se sonrojó.

—Liv, por favor. —Se echó el cabello hacia atrás, nerviosa.

—¿Qué tal algo así? —Trazó algo encima de la mesa. Era supervioleta, naturalmente, y por consiguiente invisible para la mayoría de la gente.

El general Danavis frunció el ceño. Al parecer, la mayoría de la gente lo incluía a él.

—Perdón, padre —dijo Liv—. Mi dominio del amarillo no me permite crear maquetas con él.

Kip no pudo ver qué había trazado desde donde estaba.

Gavin soltó una risita.

—Es ridículo —dijo, y Liv palideció—. Pero funcionará. Perfecto. Estupendo. ¿Qué les parece el diseño a nuestros arquitectos?

Por un momento, Kip pensó que Gavin estaba pecando de grosero. Como cabía esperar, tanto el general Danavis como todos los demás reunidos alrededor de la mesa sentían curiosidad por el diseño de Liv. Pero esa era la forma que tenía Gavin de demostrar que era el líder. Los demás no necesitaban saber nada y había trabajo que hacer. Él comprendía la solución al problema y eso era cuanto hacía falta. Siguiente problema.

Que es lo que debería estar haciendo yo. Kip había terminado de comer. Ahora

podía trazar un poco, y a propósito. Sabía lo que tenía que hacer.

—Mi señor Prisma, ninguno de nosotros ha construido nunca una muralla de esta magnitud, ni, ni… ni de ningún otro tipo, la verdad sea dicha —balbució nervioso uno de los arquitectos—, pero estas ilustraciones antiguas de Rathcaeson que nos habéis enseñado adolecen visiblemente de numerosos defectos. Son fantasiosas en exceso y muy poco funcionales.

—Este desierto vacío es poco funcional —repuso con aspereza Gavin—. Decidme qué necesitamos para arreglarlo. Tengo que empezar a construir ya, hoy mismo.

El arquitecto parpadeó rápidamente. Tragó saliva.

—Eh, aquí. —Trazó una línea con el dedo—. Este pasadizo interior no es lo bastante amplio. Habrá hombres corriendo de acá para allá con armaduras, con armas de fuego, habrá cañones rodando hasta sus posiciones o sustituidos para efectuar reparaciones. Este pasadizo tiene que ser lo bastante ancho como para permitir que los hombres se muevan sin entorpecerse unos a otros y para que circulen carretas o cañones.

—¿Cómo de ancho? —preguntó Gavin.

—Pues, yo diría… —El hombre separó los dedos sin levantarlos del dibujo.

—Por el amor de Orholam, escríbelo encima.

—Señor, estas ilustraciones tienen siglos de antigüedad, son reliquias de un valor incalculable de… —protestó otro hombre, tal vez un artista.

—Lo que no tendrá precio será seguir con vida la semana que viene —le espetó Gavin—. Continúa.

Kip no se explicaba cómo había tardado tanto en darse cuenta, pero ahora veía que Gavin realmente se proponía construir una muralla, allí. Antes de que llegara el ejército del rey Garadul. Dentro de cuatro días.

Oh, ¿porque se trataba de una tarea imposible, tal vez?

Por otra parte, cruzar el mar Cerúleo en una mañana también era tarea imposible.

Pero, hablando ya en serio, ¿Gavin se proponía trazarlo todo él solo? Kip no sabía gran cosa sobre el trazo, ni cuánta luxina podía emplear un trazador en un solo día sin ponerse en peligro, pero el mero hecho de que el mundo no estuviera plagado de edificios, puentes y murallas de luxina sugería que debía de ser tremendamente complicado. De hecho, los únicos edificios de luxina que había visto estaban en la Cromería, y cabía suponer que las siete torres eran el fruto de un inmenso esfuerzo conjunto.

El arquitecto, un hombrecillo de ojos miopes, tras hinchar los carrillos unas cuantas veces seguidas, sumido en sus pensamientos, empezó a dibujar con trazos vertiginosos.

—Los cortes de estas buhederas no proporcionan suficiente margen de maniobra

para disparar. Si se modifican las almenas, así, las escaleras de asalto no podrán engancharse en la muralla… no tan fácilmente, al menos. Añadir una barandilla al adarve, por aquí, impedirá que se caigan de la muralla más de vuestros hombres que de los suyos. Estas zonas en lo alto de la muralla tienen que ensancharse a fin de almacenar más pólvora para los cañones. En estos dibujos no se contempla ningún lugar al que llevar a los heridos. Creo que podría incorporarse aquí. Si podéis integrar unos trineos aquí, en la pared del pasadizo interior, será más fácil llevar los materiales de un lado a otro. En este plano tampoco hay ningún gancho para las lámparas. La muralla estará completamente a oscuras a menos que le pongáis remedio. Necesitaréis grúas aquí, aquí y aquí para izar los suministros.

—Nadie diría que nunca habías construido una muralla —dijo Gavin.

—He estudiado unas cuantas —replicó el arquitecto.

—¿Cuánto te pago?

—Pues… todavía nada, lord Prisma.

—¡Bueno, pues que sea el doble! —ordenó Gavin.

El arquitecto puso cara de perplejidad, visiblemente decepcionado con las dotes para la aritmética del Prisma pero reticente a llamarle la atención en público.

—Está de broma —tranquilizó el general Danavis al hombre.

Una sonrisa destelló en los ojos de Gavin.

—Ah. —El hombre parecía aliviado. A continuación Kip vio la pregunta que se reflejaba en sus rasgos: ¿Cuál era la broma, que no me iba a pagar o que me iba a pagar más por hacer un buen trabajo?

—Manos a la obra —dijo Gavin—. Este hombre tomará nota de todo. Voy a sentar los cimientos.

—Lo dice en sentido figurado, ¿verdad? —preguntó el arquitecto, siguiendo la retirada del Prisma con los ojillos entrecerrados.

—Nuestro Prisma es un patoso con las metáforas —dijo el general Danavis.

—¿Eh? —preguntó el arquitecto.

Angustiado, Kip se puso de pie. Ahora era tan buena ocasión como cualquier otra para escapar.

—¡Kip! —resonó la voz de Gavin, consiguiendo que todas las miradas se posaran en el muchacho. Le sobrevino una oleada de pánico y bochorno ante la facilidad con que lo habían cazado—. Hoy has hecho un buen trabajo. Pocos chicos consiguen trazar conscientemente la primera vez que lo intentan.

La oleada de satisfacción que bañó a Kip se intensificó cuando este vio la expresión de admiración que aleteó en las facciones de Liv.

—¡Liv! —exclamó Gavin, provocando que la muchacha girara la cabeza de sopetón—. Quiero que crees más maquetas: representa la curvatura de las murallas, el ancho de los adarves y todo lo que te indique el arquitecto.

—¡Sí, lord Prisma! —Liv volvió a concentrarse en la mesa y en su trabajo.

Ahora o nunca. Si se demoraba, Puño de Hierro regresaría y lo seguiría adondequiera que fuese. Kip miró al general Danavis, con la cabeza agachada, proponiendo sugerencias; a Liv, escuchando atentamente; y por último a Gavin. Estas eran las únicas personas en el mundo que significaban algo para él e, increíblemente, lo aceptaban. O lo toleraban, al menos. Con ellas, por primera vez en su vida, se sentía como si formara parte de algo.

Kip les dio la espalda y encaminó sus pasos hacia la ciudad.

66

Solo al contemplar de cerca la Puerta de la Amante comprendió Kip por qué se empeñaba Gavin en construir una muralla nueva. La antigua estaba sembrada de viviendas, comercios y posadas, como un barco cubierto de moluscos, solo que aquí las paredes estaban revestidas por dentro y por fuera. En algunos puntos, los tejados de la gente llegaban casi a la altura de los restos de las almenas. Si Gavin quería que esa muralla fuese defendible, tendría que demoler cientos de hogares. El proceso de demolición por sí solo consumiría los cuatro días de los que disponían.

Sería comprensible que la propuesta de demoler aproximadamente una quinta parte de los hogares de la ciudad tuviera un efecto desastroso sobre la opinión popular. Gavin disponía de apenas unos pocos días para conseguir que quienes quedaban en Garriston accedieran a aliarse con él en vez de con su adversario. Se debatía entre dos opciones igual de impracticables: dejar las viviendas apoyadas en las paredes interiores y ofrecer al enemigo una muralla imposible de defender, o derruir las casas y arriesgarse a que la población, ya de por sí dividida, se volviera en su contra. De modo que Gavin había optado por erigir su propia muralla.

Asombroso. ¿Cómo sería durante la Guerra de los Prismas, cuando la gente debía escoger junto a cuál de los hermanos quería combatir? Debía de ser como luchar entre dos gigantes, temiendo que el menor de sus movimientos pudiera aplastarlo a uno, pero sabiendo que quedarse entre ambos, en tierra de nadie, sería aún peor.

Kip regresó a sus aposentos y preparó lo que pensaba que iba a necesitar. Una capa, comida, más comida, una espada corta y un monedero en el que guardó un tubo de danares de estaño. Era más dinero del que creía que le haría falta, pero esperaba que supieran perdonárselo; podría necesitarlo para sobornar a alguien. Decidió que lo mejor sería dejar una nota para que nadie malgastara un tiempo precioso buscándolo.

En el escritorio de su habitación había una pluma y papel de pergamino, en el que escribió trabajosamente el siguiente mensaje: «Soy tyreano y joven. Ayudo más como espía que aquí. Nadie sospechará de mí. Intentaré encontrar a Karris». Firmó la nota, esperó a que se secara la tinta antes de doblar la hoja y la guardó bajo las colchas de la cama de Liv.

A continuación redactó otra: «He salido a comprar algo de comer y a ver a los juglares. Tanto trazar me ha puesto nervioso. Regresaré antes de medianoche».

Esa la dejó encima de la mesa. Sería la primera que encontrarían y le daría algo de ventaja. No se darían cuenta de que en realidad había desaparecido hasta pasada la medianoche. Llegado ese momento comprenderían que ya se habría alejado demasiado como para intentar darle alcance.

Con lo que se temía que parecieran unas alforjas sospechosamente sobrecargadas, Kip dejó atrás a los guardias de la puerta y se dirigió al establo.

—Necesito un caballo —dijo en tono imperioso al mozo de cuadra.

El hombre, recostado contra una pared, le devolvió la mirada sin moverse del sitio.

—Has venido al lugar indicado —repuso.

Un mal presentimiento asaltó a Kip. El hombre no se creía que estuviera en posición de dar órdenes a nadie. Si Kip no conseguía un caballo, no podría hacer nada. Sería el intento de fuga más breve de la historia. Ni siquiera había salido de casa todavía.

—Esto… Busco un animal que no llame la atención y que no sea demasiado… brioso.

—Jinete inexperto, ¿eh? —El tono del hombre insinuaba: «Seguro que también eres un hombre inexperto».

Confiesa tu ineptitud y confíate a su clemencia, Kip.

—¿Cómo te llamas, amontonador de estiércol? —inquirió, en cambio. Ups.

El mozo de cuadra parpadeó y enderezó la espalda automáticamente.

—Gallos… señor —añadió, titubeante.

—No viajo a menudo en estos barriles de carne pestilentes, pero necesito uno que sea fiable, que pueda cargar con mi gordo culo y que no se asuste cuando use la magia, ¿entendido? Y no tengo tiempo para inoportunencias. —¿Existía esa palabra? Kip continuó embistiendo como un toro. Probablemente el mozo de cuadra tampoco lo sabía—. Se está librando una guerra. Consígueme el puñetero caballo y deja el amontonar mierda para tus aprendices.

El mozo de cuadra se puso en marcha con presteza y ensilló un viejo caballo de tiro.

—El que mejor se ajusta a vuestras necesidades, señor —dijo el hombre.

¿Un caballo de tiro? Tampoco estoy tan gordo.

—Servirá —dijo Kip—. Gracias. —No hacía falta forzar la suerte. El estribo parecía imposiblemente alto, no obstante. En lugar de humillarse intentando montar y, con toda probabilidad, caerse, cogió las riendas y sacó la bestia a la ciudad, sin olvidarse de dejar propina al mozo de cuadra.

Por Orholam, sí que era un cretino. Kip no sabía qué era lo más desconcertante: que eso le hubiera abierto el camino con tanta presteza o que hubiera disfrutado imponiendo su voluntad a otro hombre. En casa le habrían dado una azotaina, y se la habría ganado.

En las calles mantuvo los ojos bien abiertos hasta encontrar a un hombre más o menos de su mismo tamaño, vestido con una capa a pesar del calor. Parecía vieja, raída, y costaba posiblemente tanto como uno de los bolsillos del abrigo de Kip. Kip hizo un trueque con el hombre. A continuación compró vino y agua en una de las calles que desembocaban en el mercado fluvial y convenció a un tendero de que en

efecto quería cambiar su excelente capa por una más simple, de lana, cuando oyó gritos. Se giró.

Había un anciano de pie en lo alto de una carreta, exhortando a la multitud que entraba en el mercado fluvial, la mayoría de la cual no le hacía el menor caso.

—… recuperar nuestra nación. ¡Con nuestro propio rey! ¿Acaso queréis retorceros de nuevo bajo las botas de los parianos? ¿Recordáis lo que hicieron la última vez? ¡¿Es que no tenéis memoria?!

—¡Mataron a cientos por escuchar tonterías como las tuyas! —gritó alguien.

—Y yo digo que no tenemos que permitírselo otra vez —repuso el anciano. Eso le granjeó unos cuantos murmullos de asentimiento.

—¡Todos los que querían escuchar tus ditirambos sobre el rey Garadul se han ido ya! —chilló un tendero.

—El rey no está dispuesto a consentir que muera nadie. ¡Venid, uníos a él y luchad!

—No queremos luchar. No queremos matar. No queremos que nos maten. Queremos vivir.

—¡Cobardes! —escupió el anciano. Se fue arrastrando los pies en busca de un público más perceptivo.

Kip se disponía a salir de la ciudad cuando algo le llamó la atención. Había un barco nuevo en la bahía, un galeón en el que ondeaba una bandera blanca con siete torres. La insignia de la Cromería. Casi al mismo tiempo que identificaba la bandera vio una línea de hombres y mujeres que recorrían las calles conducidos al menos por una docena de Guardias Negros. Se quedó paralizado. Remordimientos de conciencia. No lo conocían, y no vio a los dos únicos Guardias Negros que había visto antes, Retaco y comoquiera que se llamase el otro.

Las personas que venían detrás de los Guardias Negros eran más interesantes, sin embargo, y Kip las estudió mientras pasaban a medio bloque de distancia y doblaban una esquina en dirección al Palacio de Travertino. Había tal vez doscientas de ellas, y Kip estaba seguro de que hasta la última era un trazador. Unos pocos tenían los ojos tan claros que Kip podía ver que sus iris eran azules, verdes o rojos sólidos, pero algunos de los más pálidos exhibían un tinte visible en la piel. Algunos lo disimulaban con mangas largas. A otros no parecía importarles.

—… cierto, pero tiene mejor aspecto que la última vez que estuvimos aquí, Samila —dijo un hombre teñido de azul. Pese a que su piel era lo bastante clara como para revelar el color que la teñía, el hombre tenía el pelo recogido en gruesas trenzas que le llegaban casi hasta la cintura. La mujer era despampanante, de quizá cuarenta años de edad, con los iris de azul sólido, los pómulos altos y la piel olivácea de las clases altas de Atash occidental. Ambos lucían ricos ropajes.

¿Samila Sayeh e Izem Azul? No, seguro que no. Esos nombres solo salían en las

leyendas. Seguro que había multitud de trazadores de su edad que casualmente eran azules y rojos con relaciones especiales entre sí.

A continuación llegaron más Guardias Negros, ayudando a caminar a los trazadores enfermos o empujando sus sillas de ruedas. Kip decidió no quedarse a ver si Retaco estaba con ellos.

Se giró para mezclarse con la multitud… y se topó de bruces con Liv. La muchacha tenía las manos en las caderas, tirante la mandíbula. Sus ojos saltaron del caballo a Kip. Glups.

—Puedo explicarlo —dijo Kip.

—Ya lo has hecho. Dos veces. —No había la menor traza de humor en su tono.

Había encontrado las dos notas. Ay, diablos.

—No me detengas, Liv, por favor.

—Pero ¿qué te crees que vas a conseguir? —Bajó la voz—. ¿Te imaginas que vas a hacer de espía? ¿Que vas a encontrar a Karris? ¿Y después qué?

Kip apretó los dientes.

—Voy a salvarla.

Liv no hizo ningún esfuerzo por ocultar su incredulidad.

—Esa es una de las cosas más ridículas que he oído en mi vida, Kip. Si quieres huir porque la situación aquí es demasiado peligrosa, no hace falta que finjas…

—¡Vete al diablo! —exclamó Kip, sorprendiéndose incluso a sí mismo. Liv puso los ojos como platos. Kip no podía creerse que le hubiera dicho eso a Liv… ¡A Liv, por el amor de Orholam!—. ¡Lo siento! —Lo dijo demasiado alto, y algunas de las personas que los rodeaban lo miraron. Bajó tímidamente la voz—. Lo siento muchísimo, ha sido una estupidez, y mezquino. No hablaba en serio. Yo… Liv. —Hizo una pausa, antes de seguir embistiendo como un toro—. No soy nada. No he sido nada en toda mi vida. ¿Y estoy siendo catapultado a que la gente me trate de otra forma por algo sobre lo que no tenía ningún control? ¿Por mi padre? —Podía ver en su cara que Liv lo entendía. Sabía exactamente a qué se refería—. Liv, se lo debo todo a Gavin y no me ha pedido nada a cambio.

—Lo hará —dijo lúgubremente Liv.

—¿Alguna vez te ha pedido que hagas algo malo, Liv?

—Todavía no —reconoció la muchacha—. Lo único que estoy diciendo es que conviene guardarse las espaldas cuando de la gente de la Cromería se trata.

—¿Y qué? ¿No eres tú una de ellos? Si me obligas a regresar, estarás obligándome a incumplir mi palabra.

—¿Cómo? —A juzgar por la expresión de Liv, parecía que Kip acabara de abofetearla.

—Juré que ayudaría a salvar a Karris. ¿No te das cuenta, Liv? Soy perfecto precisamente porque soy un don nadie. ¡Fíjate en mis ojos! —Confundida aún, la

muchacha lo miró a los ojos—. Ni color, ni halo —dijo Kip—. Pero puedo trazar, Liv, por primera vez en mi vida sé exactamente lo que tengo que hacer. Nadie me obliga. Lo hago porque es lo correcto. Hay algo tremendamente… —Apretó los puños, intentando extraer las palabras adecuadas—. Liberador. Poderoso. No sé qué es, pero sé que es agradable.

—¿Aunque te dirijas a tu muerte? —preguntó Liv.

Kip se rió sin ganas.

—No estoy dándomelas de héroe, Liv. No me caigo demasiado bien, eso es todo. ¿Qué más da que me muera?

—Eso es lo más espantoso que he oído en mi vida —dijo Liv.

—Lo siento —dijo Kip—. No intento apelar a tu compasión. Solo digo que… no tengo nada. Soy huérfano, un bastardo a lo sumo. Una vergüenza. No tengo mucho que perder, eso es todo. Si puedo hacer algo bueno con mi vida… o aun con mi muerte… ¿cómo podría no intentarlo?

Kip vio que Liv se estremecía. Por primera vez albergó la esperanza de poder salirse realmente con la suya.

—Por favor, Liv. Si estropeo esto… si ni siquiera consigo salir de la ciudad… realmente no seré nada. Por favor. No me obligues a fracasar en lo más importante que he intentado hacer nunca.

Liv parpadeó, sonrió.

—Nunca me había parado a pensar en lo que podría ocurrir si volvieras esa lengua tan afilada contra mí. Tendrías que ser naranja.

—Ya me parezco a una en la forma, pero no estoy seguro…

—¡Un trazador naranja, no la fruta! —dijo Liv, riéndose.

Ah, que era como un trazador correoso.

—¿Significa eso que no vas a intentar detenerme?

—Peor aún.

—¿Eh?

—Tienes que hacer lo correcto. Yo también. Eres responsabilidad mía, Kip.

—Oh, no, no te atreverás.

—Sí. Me voy contigo… o no irás a ninguna parte.

—Liv, no lo entiendes… —¿Qué era lo que no entendía? ¿Que estás locamente enamorado de ella? ¿Que es guapa, lista, maravillosa y asombrosa, y que toda tu alma anhela estar con ella pero no puedes ni soñar con ponerla en peligro?

—¿Qué es lo que no entiendo? —preguntó Liv. Maldición.

—Eres la luz para mí. —Se le escapó. No podía creerse que lo hubiera dicho en voz alta. Sus ojos se ensancharon antes incluso que los de ella.

Había estado físicamente desnudo ante ella cuando aquella asesina intentó matarlo. Esto era peor. Se había quedado paralizado. Le fallaban los labios.

—Muy gracioso, Kip, pero no vas a engañarme y escaquearte cuando no esté mirando o algo. Quizá seas astuto, pero no nací ayer.

¡Oh, gracias a Orholam! ¡Pensaba que estaba bromeando! Una oleada de alivio bañó a Kip, dejándole las rodillas temblorosas.

—Me voy contigo —dijo Liv—, y esa es mi última palabra. Tienes razón: lo que intentas hacer es algo bueno. Sé que merece la pena salvar a Karris, y lo que haya descubierto podría cambiar toda la guerra. Y si quieres tener éxito, necesitarás mi ayuda. Además, me harías romper mi juramento de velar por ti si me prohibieras acompañarte.

Kip había usado el «no me obligues a faltar a mi palabra» como piedra angular de su argumentación. No le gustaba particularmente que lo volvieran contra él, pero con el cerebro obnubilado y el corazón martilleando aún con fuerza en su pecho, no se sentía precisamente capaz de contraatacar.

—Además —dijo Liv, bajando la voz—, aunque tú no huyas de nada, a lo mejor uno de nosotros sí.

—¿Eh? —dijo Kip. ¿«Eh» es lo mejor que se me ocurre? Estupendo.

—Que me voy contigo. En marcha —dijo Liv.

Juntos encontraron al anciano que antes estaba arengando a la multitud y obtuvieron la ubicación del ejército del rey Garadul: «Dirigíos al sur y seguid las huellas. Ya han ido miles. Si queréis uniros al ejército en vez de ser tan inútiles como el resto de los seguidores del campamento, decidle al sargento reclutador que os envía Gerain».

Los guardias de la Puerta de la Vieja ni siquiera los miraron dos veces. Una vez fuera de la ciudad, Kip encontró una roca, se subió encima y montó en la silla contorsionándose. Liv le tomó la mano y montó a su espalda. El enorme caballo de tiro no parecía tener ningún problema con el peso. Kip se obligó a relajarse mientras Liv le rodeaba la cintura para sostenerse.

No obstante, Kip titubeó y miró al norte, de nuevo hacia Garriston. Venga, Kip, has cometido estupideces más grandes y has vivido para contarlo.

No estaba tan seguro de ello. Aun así, Kip azuzó al corpulento caballo y emprendieron el largo viaje.

67

Empezó como un dolor sordo. Durante un rato, Karris esperó que su estómago estuviera reaccionando a la comida que el rey Garadul prácticamente le metía por el gaznate. Hacía seis meses que Karris no tenía su sangre de la luna. Como la mayoría de las mujeres de la Guardia Negra, su flujo era irregular en el mejor de los casos. Su nivel de entrenamiento sencillamente impedía que fuera de otro modo. Pero cuando Karris tenía el suyo, era como si su cuerpo compensara el dolor perdido.

Condenado rey Garadul. Esto era culpa suya. El aburrimiento forzoso estaba volviendo loca a Karris, sentada en la carreta, incapaz de hacer gran cosa y constantemente vigilada. Cuando la descubrieron haciendo ejercicios de fuerza, llamaron a tres trazadores y dos Hombres Espejo. Los seis apenas si cabían en la pequeña carreta. Los Hombres Espejo habían aprehendido a Karris y la habían tendido sobre la rodilla de una de las trazadoras. Literalmente.

La mujer había sacado un cinturón de hombre, de cuero, y había azotado el trasero de Karris hasta dejárselo en carne viva. Como si fuera una chiquilla recalcitrante. Ya la habían descubierto en tres ocasiones y el castigo nunca cambiaba, pero gradualmente su voluntad para resistir sí lo hizo. Rebelarse le parecía una acción demasiado insignificante y fútil como para obstinarse en ella.

Ahora desearía haberlo hecho. El dolor ya estaba propagándose a su espalda. No faltaba mucho para que comenzara la diarrea.

Ser mujer era estupendo.

Las otras mujeres de la Guardia Negra aprovechaban su relativa independencia de la sangre de la luna como algo que les garantizaba una cierta despreocupación frente a los riesgos de embarazo. Karris sencillamente disfrutaba de su relativa independencia del dolor. Hacía años que solo practicaba el sexo con la almohada. Tampoco es que ahora mismo le apeteciera pensar en ello. De hecho, sospechaba que preferiría arrancarse los ojos antes de posarlos en ningún hombre.

Las mujeres sufrían tanto por culpa de ellos. Como rezaba el antiguo proverbio, una mujer tiene que sangrar para fertilizar la semilla del hombre. Cronológicamente confuso, pero cierto.

Le trajeron el vestido por la mañana.

No era la clase de atuendo con el que se esperaba que una asistiera a su ejecución. Si bien no era una copia exacta del vestido que llevaba puesto cuando cedió por fin a las exigencias de su padre y se unió a Gavin al frente de sus ejércitos para reclamar Ru, se le parecía mucho. Para empezar, era de seda negra en vez de verde. El sastre del rey Garadul seguro que había trabajado de memoria o a partir de un cuadro de aquel día, o sencillamente habían decidido alterar el diseño de hacía dieciséis años para amoldarse a las tendencias de la moda actuales.

El corte sería perfecto, por supuesto.

Karris se pasó todo el día contemplando el vestido con asco, mientras los calambres le martirizaban las tripas, mientras sufría la inevitable diarrea, mientras se tambaleaba a punto de desmayarse en un par de ocasiones. Ese vestido simbolizaba algo más que una concesión a las fantasías infantiles de Rask Garadul. Ese vestido era la juventud de Karris. Era la niña que había sido. Era feminidad, suavidad, blandura. La desesperada atención de los ojos de la gente, de los celos de las otras chicas, de la envidia de las mujeres mayores, del interés de los hombres. Karris había sido débil, mezquina y estúpida, irremediablemente dependiente.

La obligarían a llevar el vestido, claro. Podía ponérselo ahora, o esperar y claudicar después de que le propinaran una paliza. También podía hacerlo pedazos, naturalmente. A pesar de lo satisfactorio que resultara, eso solo retrasaría lo inevitable. Además, no iban a permitir que saliera de allí sin el vestido. De eso estaba segura. Lo que no sabía era si le permitirían salir aunque se lo pusiera. Aun así, era una opción mejor que ninguna. ¿Y cómo iba a matar a Rask Garadul desde allí dentro?

Se puso el vestido.

Quería odiarlo. Quería odiarlo con toda su alma. Pero hacía años que no se ponía nada que le sentara tan bien. Su uniforme de la Guardia Negra se ajustaba a sus formas, pero esa era su ropa de trabajo. Esto, el susurro de la seda fina sobre la piel, era algo muy distinto. Le sentaba como un guante. Si no hubiera estado tan bien cortado, no habría podido respirar, y menos aún moverse. El vestido se ceñía a sus curvas alrededor de las caderas y el vientre, y el cuello generosamente escotado llamaba la atención tanto sobre los deslumbrantes y líquidos pliegues de seda fina como sobre su busto. Sin duda su antiguo vestido no estaba cortado tan bajo en la espalda, donde los escasos lazos entrecruzados enfatizaban la desnudez esencial de su espalda. Al mirar pecho abajo (no había espejos en la estancia), esperó que no hiciera mucho frío. De lo contrario, todos se enterarían.

¿Tampoco tenía forro el vestido de su estúpido yo de dieciséis años? ¿Ni siquiera se había dado cuenta? La verdad, no lograba recordarlo. Lo único que recordaba era cómo le encantaba ese vestido. Se había sentido como la diosa Atirat en pie junto a Gavin con él, recogidos los largos cabellos por una tiara con incrustaciones de diamantes y esmeraldas, mientras la gente prácticamente los adoraba. Se había convencido de que podía amar a Gavin. Al principio, antes del Baile de los Señores de la Lux, se había sentido más atraída por él que por Dazen. Seguro que podía reavivar esa llama.

Dazen había estado siempre a la sombra de su hermano mayor, y parecía conformarse con ello. Gavin era tan confiado, tan dueño de sí mismo. Karris se había sentido irresistiblemente atraída por él, como todos los demás. Pero después de

aquella noche en el Baile de los Señores de la Lux todo había cambiado. Tras conocer a Dazen, de pronto parecía como si Gavin no tuviera tanta profundidad. Dazen nunca había conocido sus propias fuerzas. Adoraba a Gavin, proyectaba todas sus virtudes sobre su hermano mayor, era ciego a sus defectos y exageraba sus cualidades. Gavin se alimentaba de toda aquella adoración y medraba con ella.

Pero Gavin aún era apuesto, elegante, imponente y admirado. Para la Karris de dieciséis años, la opinión de los demás era muy importante. Siempre había querido complacer a su padre, a su madre, a Koios y al resto de sus hermanos, a sus magísteres, a todo el mundo. Gavin lo tenía todo. Era el Prisma, su hermano a esas alturas era un proscrito caído en desgracia y un asesino. Karris recordaba cómo se había convencido de que debería conformarse con el aprecio del Prisma, el hombre más admirado, temido y deseado de las Siete Satrapías. Además, después de lo que había hecho Dazen, debía casarse con Gavin si no quería que lo que quedaba de su familia se sumiera en la ruina.

En la plataforma donde se anunció su compromiso, Karris pensó que iba a ser realmente feliz. Shehad admiraba a su prometido. Gavin siempre ofrecía una estampa admirable. Había disfrutado de cada minuto de atención.

Aquella noche, durante la cena, Gavin bromeó con su padre acerca de llevarse a Karris a sus aposentos y no pegar ojo en toda la noche. El padre de Karris, generalmente tan tradicional, el hombre que siempre había jurado que su hija no daría leche hasta que algún joven digno comprara toda la vaca, el hombre que había propinado una paliza a Karris por entregar su virginidad a Dazen, ese canalla, ese hipócrita, ese cobarde, soltó una risita nerviosa. Hasta aquel momento, Karris había sido capaz de reprimir su pánico creciente. Al menos no tendré que dormir con él hasta que nos casemos, pensó. Podré enamorarme de él en los próximos meses. Me olvidaré de Dazen. Olvidaré los escalofríos que me producían sus besos en la nuca. Olvidaré la opresión que sentía en el pecho cada vez que me regalaba su sonrisa espontánea. Todos tienen razón, Dazen no es ni la mitad de hombre que Gavin. No puedo amar a Dazen después de todo lo que ha hecho.

Pero no tenía escapatoria. Karris había elegido su propia clase de cobardía y se había emborrachado como una cuba. Su padre tardó demasiado en darse cuenta (o se dio cuenta justo a tiempo, según se mirara) y prohibir a los sirvientes que le trajeran más vino antes de que pudiera caer sin sentido debajo de la mesa. Ni siquiera lograba recordar qué había dicho en la mesa, pero sí recordaba cómo Gavin la había transportado medio en volandas hasta su habitación. Su padre la había visto alejarse con la mirada vacía, sin decir nada.

Pensó que el alcohol la ayudaría a ser dócil, callada, maleable. Funcionó, y no sabía por qué eso le producía una desilusión tan amarga. Cuando apartó la cara de los besos de Gavin, este lo malinterpretó como un signo de timidez y la besó en otros

lugares. Cuando le quitó las bragas y Karris se tapó con las manos, Gavin lo confundió con modestia. ¿Modestia? Cuando estaba con Dazen, Karris había disfrutado con su mirada sobre ella. Había sido atrevida, desvergonzada. Había sido una mujer… aunque ahora sabía que solo había jugado a ser una mujer en más de un sentido. Con Dazen se había sentido hermosa. Con Gavin la embargaba una desesperación tan indescriptible que su llanto moría en su garganta. No podía recordar si había protestado siquiera, si le pidió que parara. Quería hacerlo, pero el recuerdo estaba empañado. Dudaba que lo hubiera hecho. No dejaba de pensar en su padre, diciendo: «Nuestra familia necesita esto. Sin esta boda, estamos arruinados». Y no se había resistido.

Recordaba que había llorado, no obstante, durante el acto. Un caballero habría parado, pero Gavin era joven, estaba borracho y cachondo. No había ni un poso de delicadeza en su interior. Aunque Karris no estaba preparada y Gavin le hacía daño, ignoró sus protestas y empujó con tanto afán como impericia.

Lejos de mantenerla despierta toda la noche, como se había jactado, terminó enseguida. Después le ordenó que se marchara. Su indiferencia y su crueldad la dejaron sin aliento. Pero lo aceptó. Debería haberle arrancado los ojos.

Gavin no quería a Karris. Quería demostrar que Dazen no podía tener lo que le pertenecía a él por derecho. Karris bien pudiera haber sido un árbol contra el que mear detrás de otro perro para reclamar su territorio.

Karris había recorrido los pasillos a trompicones con aquel hermoso vestido con la mitad de los botones sueltos; abrochar aquel condenado chisme requería la ayuda de varios sirvientes. La habían visto, por supuesto. De alguna manera llegó a casa, no a su hogar en el Gran Jaspe, que había ardido hasta los cimientos, sino a unas dependencias cercanas. Su padre la esperaba despierto, pero no dijo nada, se limitó a mirarla fijamente. Su esclava de cámara la había desnudado con dedos temblorosos, y cuando Karris cayó rendida por fin en la cama, la puerta del dormitorio se oscureció con la silueta de su padre. Se tambaleaba, apoyado en el marco.

—Podría retarlo a un duelo —dijo—. Pero me mataría, Karris, y entonces estaríais en la ruina. Sin remisión. Perderíamos todo aquello por lo que lucharon nuestros antepasados durante cincuenta generaciones. Quizá mañana lo veas de otro color.

Karris pasó dos días enferma a causa del vino. Cuando emergió de su estupor, Gavin la besó en público, la sentó a su diestra y la trató como a una reina. Era como si aquella noche jamás hubiera existido. O como si hubiera sido algo maravilloso.

Más tarde decidió que era porque todo el mundo se refería a ellos como la pareja perfecta, comentaban lo hermosa que era Karris y Gavin había decidido que favorecía a su imagen. De modo que en vez de repudiarla había decidido seguir adelante con el enlace. Pero entonces se fue, y poco después se libró la batalla definitiva en la Roca

Hendida.

Cuando regresó parecía otra persona. La trataba con genuino afecto y respeto, era completamente distinto del hombre que la había desterrado de su dormitorio tras obtener de ella el placer que codiciaba. Karris se preguntó si aquella noche habría ocurrido en realidad. Podría haberse convencido de que todo había sido una pesadilla… hasta que descubrió que estaba embarazada. El mismo día que se enteró, antes de poder decirle nada a Gavin, este había cancelado su compromiso.

Karris tenía dieciséis años, estaba embarazada y no tenía la menor posibilidad de contraer matrimonio. En otras palabras, la pesadilla de su padre hecha realidad. En cuanto estuvo segura de que no iba a abortar espontáneamente, informó a su padre. Este exigió que fuera a ver a los cirujanos para que ellos se encargaran de todo.

Por primera vez en su vida se opuso a su padre. Al diablo con él. Hizo ademán de golpearla. Karris sacó una pistola. Le dijo que le volaría la tapa de los sesos como intentara ponerle la mano encima. Le dijo que era un cobarde. Iba a dar a luz al bastardo de Gavin y dejaría que el mundo supiera que era suyo. Al diablo con él y con su padre, al diablo con todos. Tener ese niño sería su primer acto de libertad, y su venganza.

Su padre se puso de rodillas y le imploró. Literalmente. Salva a nuestra familia, por favor, no podemos ser nosotros los que defraudemos a todas las generaciones de Roble Blanco que lo sacrificaron todo por llegar donde estamos nosotros ahora. Nosotros, dijo. Se refería a él. Era él el que había destruido la familia, y lo sabía. Qué pequeño y débil parecía, con la cabeza calva perlada de gotitas de sudor helado. De pronto, Karris solo sintió desprecio por él. Había ejercido un dominio absoluto sobre ella, y era repugnante. Hizo oídos sordos a sus súplicas y gozó con la desesperación, enfermiza y pueril, que anidaba en sus ojos.

Dos días más tarde, su padre besó el cañón doble de una pistola y se voló la tapa de los sesos sin ayuda de nadie. Todos sus libros de cuentas estaban en orden. Así era como había pasado los dos últimos días. Todas las propiedades de la familia se habían vendido para saldar las deudas, lo que dejaba a Karris lo suficiente para vivir desahogadamente durante el resto de su vida, lo suficiente para criar a su hijo ilegítimo. Su padre se había ocupado de todo. Su nota de suicidio sencillamente explicaba dónde estaban los dineros restantes e indicaban a Karris dónde ir si quería tener su hijo en secreto. No le imploraba que lo hiciera. De hecho, no había el menor rastro de emoción en la nota. Ni maldiciones, ni disculpas, ni lamentos. Estaba tan vacía como su cráneo después de que las balas lo atravesaran. Únicamente sangre y restos de pólvora. Inmundicia y muerte. Hueco, sucio.

Karris no soportaba la idea de quedarse en los Jaspes, no podía soportar la compasión y las miradas violentas. De modo que se fue a la casa de una prima lejana en el Bosque de Sangre. Había tenido el bebé y lo había entregado inmediatamente,

sin abrazarlo, sin preguntar siquiera si era niño o niña, enterándose tan solo por la indiscreción de su anfitriona de que se trataba de un varón. La familia que adoptó al retoño de Gavin vivía cerca y Karris no soportaba la idea de quedarse, de modo que regresó a la Cromería. Había perdido el peso acumulado durante el embarazo en poco tiempo, y su joven piel apenas si mostraba las marcas del mismo. Era como si nada hubiera sucedido, salvo por los recuerdos que se aferraban a ella como piedra infernal devorándole el alma.

Qué apropiado que mi vestido nuevo sea negro, ¿verdad? Un trocito de medianoche, como lo que hay dentro de mí.

Creía que habías renunciado al melodrama, Karris.

Que te den.

Creo que eso es lo que espera el monarca.

Será un placer para ambos. Espero que le guste la sangre.

¿Y qué? ¿Ahora se supone que debo dar gracias por estar fluyendo? Ni lo sueñes…

Un calambre la asaltó a mitad del pensamiento. Karris se dobló por la mitad. Nada de agradecimientos.

Mientras estaba encorvada, alguien deslizó una hoja de papel bajo la puerta. Karris la recogió. No era más grande que su dedo.

«Órdenes: ases. RG. De noche. No puedo ayudar.» Había una antigua runa dayrica al pie. Era el símbolo convenido para demostrar que provenía del agente con el que Karris debía reunirse. No muy bien dibujada, pero correcta.

Como código no valía gran cosa, pero nunca habían pensado que Karris necesitaría un código. Se suponía que iba a conocer al agente en persona. Debía identificarse trazando ociosamente parte de la runa en cualquier superficie: una mesa, el polvo, lo que fuera. Las órdenes de Karris eran asesinar al rey Garadul. En secreto. Y su contacto no podría ayudarla.

Perfecto. Karris ni siquiera podía quemar la nota, y aunque era pequeña, estaba sucia. Se la metió en la boca con una mueca y se la tragó.

Su contacto no podría ayudarla. Maldición, Karris, llevas tanto tiempo obsesionada con el pasado que te has olvidado del presente. En un momento, Corvan había entendido que alguien debía de querer verla muerta. De todos los agentes de la Blanca, Karris era la persona menos indicada que enviar aquí. O bien la Blanca quería ver muerta a Karris, o…

No cabía otra posibilidad. ¿O acaso esperaba que me secuestraran y tal vez me violaran? Ridículo.

Sabía que frustraba a la Blanca a veces, pero había pensado que le caía bien a la anciana. Por otra parte, la Blanca siempre trazaba sus planes a largo plazo. A lo mejor creía que podría usar la muerte de Karris para lograr otro objetivo.

Karris sintió ganas de vomitar. Era posible. No lo hubiera pensado antes, pero había jurado dar la vida por la Blanca si era preciso. Quizá la Blanca hubiese decidido que lo era.

Alguien llamó a la puerta con los nudillos. La misma rutina de siempre, un montón de trazadoras, un montón de guardias. Esta vez, sin embargo, entraron varias mujeres cargando con botes de polvos y pinturas. Con eficiencia y profesionalidad, maquillaron a Karris, le arreglaron el pelo y la rociaron de perfume. Pero no aplicaron nada de maquillaje a sus ojos ni a sus pestañas.

Karris enseguida descubrió por qué cuando una de las esclavas sacó unas fundas oculares violetas. Que los cieguen, han pensado en todo.

—Si te las quitas, te arrancarás la piel —dijo una de las esclavas—. Y posiblemente también todo el párpado. Si las dejas en paz, el rey podría concederte más libertad, y no te dañará los ojos. Dentro de unos días se soltarán y se caerán solas.

—Momento en el que volveréis a pegarlas —dijo Karris.

—Sí.

—¿Y si se me mete algo en el ojo? —Sería imposible sacarlo.

—Procura que no se te meta.

Probaron a ver cómo quedaban sobre sus cuencas oculares. Las fundas no encajaban a la perfección. La esclava, atashiana oriental a juzgar por sus rasgos, frunció el ceño.

—Tendremos que usar más adhesivo de lo normal para que encajen las fundas. Eso significa que, como parpadees, se te pegarán las pestañas. El rey Garadul te quiere por tu belleza, así que no quiero cortarte las pestañas a menos que sea imprescindible. Pero cuando te apliquemos las fundas en la cara, se quedarán ahí durante días. Seguro que no quieres las pestañas llenas de pegamento… o adheridas a él. Así que, ¿prefieres estar ciega, irritada o sin pestañas?

—Sin pestañas, y al diablo con Rask —dijo Karris.

La esclava frunció los labios.

—Tienes razón. El rey podría enojarse. Habrá que correr el riesgo. Parpadea ahora todo lo que puedas, porque vas a tener que evitar hacerlo durante tanto tiempo como sea posible. —Con sumo cuidado y pegotes de pegamento, le aplicaron las fundas oculares. Los pegotes de pegamento cubrieron los huecos del borde.

Karris casi no se atrevía a respirar, tan quieta como era posible, obligándose a no pestañear. Cuando por fin se rindió y tuvo que parpadear, sus pestañas se engancharon por un momento en el pegamento a medio secar, pero se liberaron.

—Ah, y procura no llorar —dijo la esclava—. O se te anegarán los ojos de lágrimas. Literalmente. —Esbozó una sonrisa desagradable.

Me troncho.

Pusieron más maquillaje alrededor de sus ojos cuando el pegamento terminó de secarse.

A continuación, flanqueada por trazadoras y Hombres Espejo, Karris fue escoltada a través del campamento. El sol se había puesto hacía tal vez una hora, y Karris agradeció el aire fresco y seco. Sobre el olor de su perfume, por fin era capaz de oler los caballos, los hombres, las fogatas, la carne cruda cortada, carne asada, la artemisa, el aceite. ¿Aceite? Miró en rededor y vio un carro de suministros en las proximidades. Oh, espadas engrasadas y metal para armas.

Con la cantidad de carretas que rodeaban la suya, Karris no podía ver lo suficiente del ejército para hacerse una buena idea de cuántos hombres se dirigían a Garriston. Ni siquiera el número de carretas la ayudaba. No sabía si viajaban cargados o ligeros, y aunque lo supiera, la última vez que había acompañado a un ejército no prestó la menor atención a esos detalles. Joven, mimada, aterrada y estúpida, no se le ocurrió que algo tan simple podría serle de utilidad algún día.

Había un gran número de mujeres diseminadas a lo largo y ancho del campamento, portando leña recién cortada para las fogatas, de pie en la carreta del carnicero, gritando a los hombres para asegurarse de que los jabalís salvajes despellejados se repartieran equitativamente, atendiendo las inevitables heridas leves de miles de personas en movimiento, aceptando armas y armaduras para que las repararan los herreros, rechazando las que parecían reparables por los hombres que intentaban que otro les hiciera el trabajo. La mayoría de las mujeres parecían desempeñar papeles de servicio, sin embargo, lo que significaba que el rey Garadul no las tenía en alta estima, o bien que la mayoría eran nuevas reclutas. A juzgar por la gran variedad de vestidos, Karris supuso que provenían de todo el espectro social. Eso significaba que eran nuevas reclutas, y voluntarias. No todas esas personas eran los sirvientes que se había traído de Kelfing; eran nativos. El rey Garadul tenía un apoyo significativo de la gente de Tyrea.

A juzgar por los vistazos hurtados a la creciente oscuridad punteada por las fogatas distribuidas arbitrariamente como estrellas, parecía que el ejército se esparcía a su antojo, pero Karris fue llevada deprisa a un área donde tal vez cincuenta carretas formaban un círculo, dejando tan solo unas pocas vías entre ellas en las puntas del compás donde los caballos pudieran pasar, guardadas todas por diez Hombres Espejo con mosquetes. En el centro había un espacio abierto para la defensa, pequeños falconetes apuntaban hacia fuera por doquier como un puercoespín listo para disparar sus púas, y luego un número de grandes pabellones con franjas de todos los colores.

Un calambre asaltó a Karris mientras la conducían al pabellón central. Se encorvó, privada del aliento. Cerró los ojos con fuerza, y las fundas de luxina se clavaron dolorosamente en sus cejas y sus mejillas. Alisó la expresión y esperó hasta que la furia del calambre hubo pasado. Respiró lentamente, dominando el dolor.

Luego gesticuló a uno de los guardias, como si fuera una reina y ya estuviera lista para entrar, gracias.

El hombre apartó la lona del pabellón y Karris entró.

Su vestido debía de ser espectacular, porque en cuanto Karris puso un pie en el interior todas las conversaciones cesaron.

Había tal vez setenta personas en el pabellón: esclavos, acróbatas, malabaristas y músicos que rodeaban a unos treinta nobles sentados en cojines alrededor de una mesa baja repleta de manjares y vino. Todo el mundo vestía vivos colores, de tal intensidad que Karris podía darse cuenta incluso a través de la amortiguación de las fundas oculares oscuras. El rey Rask Garadul presidía la mesa, por supuesto, anillos destellando en los dedos cerrados en torno a una copa de vino. Se había interrumpido en medio de una frase y la miraba fijamente, boquiabierto.

Pero Karris apenas si vio al rey, porque a su diestra había un hombre como nunca había visto ninguno. Se obligó a continuar caminando hacia el monarca, la falda susurrando, la cabeza alta, los hombros relajados, como si no estuviera turbada.

El hombre era un Mancillado, un engendro de los colores. Karris solo había visto uno una vez, y estaba en los primeros estadios de su locura. Este hombre no estaba en los primeros estadios, pero tampoco parecía desquiciado. Lucía una sencilla túnica de luxiat, pero era cegadoramente blanca en vez del negro acostumbrado de los luxiats de Orholam, color que reconocía que necesitaban la luz de Orholam por encima de todo. Tampoco su semblante mostraba ni rastro de la humildad de un luxiat.

Pero al menos su rostro era prácticamente humano: piel, hueso y sangre. Bajo la piel cubierta de quemaduras cicatrizadas yacían unos hilos de luxina verde como tatuajes descoloridos que afloraban a la superficie en los pómulos y la frente. Su cuerpo cambiaba a la altura del cuello, donde la piel era luxina pura de todos los colores del arco iris. La cara interior de su codo, visible cuando levantó la copa de vino al ofrecerle a Karris un brindis burlón, era de luxina verde flexible, al igual que las demás articulaciones y el cuello. Unas placas de luxina azul cubrían todas aquellas superficies que no necesitaban moverse. Le blindaban los antebrazos, convertían sus manos en guanteletes y erizaban de espinas sus nudillos; sus hombros se intuían antinaturalmente anchos bajo el blasfemo hábito de luxiat, y la V de su pecho, visible a través del manto, relucía y reflejaba la luz como el mar al amanecer. De modo que no se trataba de placas, en realidad, sino de luxina azul entretejida, un proceso que triplicaba su resistencia y la volvía mucho menos susceptible de romperse si uno tenía el talento y la paciencia necesarios para realizarlo.

La luxina amarilla fluía entre o bajo los demás colores por doquier, renovando constantemente lo que se perdiera debido a la luz del sol o el desgate natural. Allí donde las placas se tocaban, la luxina naranja las lubrificaba y posibilitaba que se superpusieran sin tropiezos. Encima de las placas azules, la luxina roja formaba finas

capas de arcaicos diseños consistentes en runas y grabados de estrellas de ocho puntas. Karris no podía ver si el engendro había incorporado el supervioleta a su piel, pero no le cabía la menor duda al respecto. Después de todo, en el centro de cada una de sus palmas había incrustado un cristal flamígero. Estos, la manifestación física y sellada del subrojo, por lo general duraban tan solo unos pocos segundos. El contacto con el aire provocaba que explotaran y se consumieran con un fogonazo.

De alguna manera, esta monstruosidad se había hundido uno en cada mano y lo había aislado del aire con luxina azul para que se pudiera ver literalmente a través de sus palmas. El efecto, no obstante, era similar a un espejismo. La imagen ondulaba a causa del calor inherente a los cristales flamígeros. A pesar de todo conservaba el uso de los dedos, lo que sugería que se trataba de un sanador milagroso o de algún tipo de ilusión. Tenía que serlo. Todo aquello era imposible.

Lo último que vio Karris fueron los ojos del Mancillado cuando se presentó ante el rey Garadul. Estaban hechos añicos. El halo se había roto por completo. Los colores que escapaban de sus iris por infinidad de lugares le teñían el blanco de los ojos y se arremolinaban sin cesar. El azul se impuso cuando el Mancillado observó a Karris, mientras el verde se retorcía como una serpiente por un laberinto de rojo y naranja.

—Karris —dijo el rey Garadul—, estás radiante. Eres un regalo para la vista.

—Y tú una vista que no querría ni regalada. —Karris sonrió con dulzura.

El monarca se carcajeó.

—No solo te has vuelto más hermosa que cuando eras una muchacha, sino también más afilada. Karris, únete a nosotros. Tengo un regalo para ti, pero antes me gustaría que conocieras a mi mano derecha. —Hizo un gesto en dirección al Mancillado—. Karris Roble Blanco, te presento al Profeta de Cristal, el Maestro Policromo, lord Omnícromo, el Príncipe de los Colores, el Arcano Iluminado.

—Qué nombre más largo —dijo Karris—. Tu madre debía de tardar una eternidad en llamarte a cenar.

—Puedes escoger el que más te guste —dijo el Príncipe de los Colores. Su voz era desconcertantemente… humana. Fuerte y confiada, con una sombra de diversión, aunque ronca como la de un fumador de cencellada empedernido.

—En tal caso, me quedo con el Payaso Multicolor.

Un azul glacial y risueño remplazó enseguida al rojo que saltó a la superficie de los ojos del Mancillado.

—Vaya, Karris, qué impropio de una damisela como tú. ¿Así te enseñó a hablar tu padre? Con lo que te desvivías siempre por complacerlo. Tan modosita y cortés. Tan dócil, para tratarse de una trazadora verde.

—Eso terminó hace mucho —dijo Karris—. ¿Quién diablos eres? No me conoces.

—Ah, claro que te conozco —repuso el Príncipe de los Colores. Miró de soslayo al monarca.

—Claro, claro, adelante, que abra ya su regalo —rezongó con fingida exasperación el rey Garadul.

—Mírame, Karris —ordenó el Profeta de Cristal—. Tómate un momento. Mira más allá de tus miedos, tu repugnancia mezquina, tu ignorancia.

Karris se mordió la lengua. Aquella voz áspera denotaba un genuino afán por identificarse. De modo que guardó silencio y observó con atención. El cuerpo, como cabía esperar, no le ofrecía ninguna pista, así que se concentró en el rostro. La piel manchada de luxina distorsionaba los rasgos, al igual que las cicatrices de quemaduras. Una de las cejas se había regenerado de color blanco, Karris no sabía si a causa del fuego o en reacción a la luxina. Pero había algo familiar.

Por Orholam. El fuego. Las quemaduras cicatrizadas. Un puño se cerró con fuerza en torno a su corazón y apretó. Se quedó sin respiración. No podía ser él, había muerto hacía dieciséis años. Pero en cuanto la idea se formó en su mente, supo que no podía tratarse de nadie más.

—Koios —exhaló con un hilo de voz. Ahora entendía por qué la Blanca la había enviado aquí. El enemigo era su hermano. Las rodillas cedieron bajo su cuerpo. Karris se sentó de golpe en los cojines que había al lado del rey, so pena de sufrir un desvanecimiento completamente propio de una damisela.

68

Gavin dejó de trazar cuando el sol se hundió tras el horizonte. Podría emplear la luz ambiental reflejada si se lo propusiera, pero ya estaba agotado. Contempló la llanura cubierta de abrojos que se extendía hacia el sur. Karris estaba allí fuera, en alguna parte. Con toda probabilidad, no volvería a verla nunca, nunca tendría ocasión de contarle la verdad. Eso lo entristecía más de lo que jamás hubiera creído posible.

Se giró y estudió el trabajo de la jornada, decepcionado. Había esperado erigir media legua de muralla hoy como mínimo. En lugar de eso, no había hecho más que sentar los cimientos, si bien a lo largo de una legua completa. Sorprendentemente, fue Aliviana Danavis la que resolvió el problema más complicado al que se habían enfrentado hasta ahora. O puede que no fuera tan asombroso, teniendo en cuenta lo inteligente que era su padre. Gavin paseaba a lo largo de la zanja que estaban cavando los obreros, rellenándola de amarillo. Donde aún quedaban restos de la antigua muralla, permitía que la luxina amarilla los recubriera como si fuese agua, hundiéndose en todos los resquicios, reforzando la piedra y el mortero con magia. Allí donde incluso los cimientos originales habían desaparecido, trazaba el amarillo directamente en luxina sólida, proporcionando a la muralla unos cimientos de siete pasos de grosor. Por todas partes anclaba el amarillo al lecho de roca con luxina roja semievaporada y viscosa.

Por si caminar no consumiera bastante tiempo, en cuanto la luxina alcanzaba el nivel del suelo, Gavin tenía que lanzarla. Como todos los colores, el amarillo poseía masa. Pesaba aproximadamente tanto como el agua, y con las cantidades que manejaba Gavin lo estaba aplastando. Sus músculos se darían por vencidos mucho antes que su habilidad para trazar. La situación, por supuesto, no haría sino empeorar a medida que creciera la muralla.

Había empezado a emplear andamiajes, pero al cabo de media hora estaba claro que así no conseguiría terminar la muralla en un mes, y menos en los cinco días de los que disponía.

Fue entonces cuando Liv bosquejó su plan, y al igual que la mayoría de las grandes ideas parecía simple y evidente… una vez expuesta.

Gavin trazó dos raíles a ambos lados de la muralla, y unos brazos para conectarlos. Con la adición de ruedas y un arnés para sostenerlo fue capaz de colgar suspendido en el aire sobre la muralla. Las ruedas se deslizaban a lo largo de los raíles, por lo que en vez de tener que mover un andamio cada veinte pasos, ahora el andamio se movía con él. En lugar de arrojar luxina, podía dejarla caer. Eso eliminaba casi todo el esfuerzo físico del proyecto.

Cuando acabó de trazar correctamente el arnés para que no girase de forma descontrolada cada vez que vertía una carga de luxina, la tarde tocaba a su fin. Gavin

había rodado despacio a lo largo de sus raíles, sellando la luxina amarilla a intervalos de veinte pasos y aplicando más amarillo a los puntos sellados. Con la cantidad de tiempo que quedaba antes de que se pusiera el sol se concentró en el trazo bruto, de modo que en vez de abordar los desafíos intelectuales inherentes a trazar el interior de la muralla decidió trazar tantos cimientos como pudiera.

Hizo inmensos progresos, pero aún era difícil saber si lograría completar todo el proyecto a tiempo. Si terminaba una muralla entera, alta e inexpugnable antes de que llegara el ejército de Rask Garadul, salvo por doscientos pasos en el centro, la empresa entera se reduciría a una demostración de vanidad.

Gavin se bajó al suelo. Se tambaleó ligeramente al acercarse a Corvan Danavis, que sujetaba los caballos con expresión preocupada.

—Demasiado tiempo con los pies en el aire, eso es todo —dijo Gavin.

Corvan aceptó la explicación en silencio. Unos cuantos bloques más tarde, mientras el sol se borraba del firmamento, dijo:

—Así que… Han capturado a Karris.

—Mmm-hum —dijo Gavin, sin establecer contacto visual.

—Entonces, ¿ya has dejado atrás todo eso?

No obtuvo respuesta de Gavin.

—Bien. Siempre pensé que era la principal amenaza para tu plan. Razones de sobra para odiaros a ambos, y lo suficientemente impulsiva como para echarlo todo por tierra sin pararse a pensar. Entonces, ¿te propones suscitar el antagonismo de Rask con la esperanza de que la asesine para demostrar que va en serio?

—Maldición —masculló Gavin.

—Ah, ya veo que no lo has dejado tan atrás, después de todo.

Gavin sabía que Corvan no hablaba en serio acerca de provocar la muerte de Karris. Que supiera ver la solución más expeditiva a un problema no significaba que la pusiera en práctica siempre.

—¿Todavía no lo sabe?

—No. Por eso rompí nuestro compromiso.

—¿Porque era la que más probabilidades tenía de descubrir tu disfraz, o por algún otro motivo? —preguntó Corvan.

—La destruimos. Dazen incendió su hogar y la guerra se encargó del resto. No me di cuenta de que no tenía nada… y debía haberlo hecho. Cuando me ofrecí a restaurar la fortuna de su familia se lo tomó como un insulto. Me escupió y desapareció durante un año. A su regreso, había cambiado.

—Me he dado cuenta. Ahora pertenece a la Guardia Negra. Una hazaña asombrosa. Pero no has respondido a mi pregunta.

Aunque comenzaba a oscurecer, reinaba aún una calidez reconfortante en las calles. El gentío, lejos de disolverse, se alimentaba de las personas que salían a

encender los faroles frente a sus hogares o sus comercios. E incluso otras se relajaban bebiendo en las azoteas llanas de las casas. Era casi como si el desastre no se cerniera sobre ellos.

Gavin miró a su alrededor y se aseguró de bajar la voz para que no llegara a oídos indiscretos.

—He engañado a todo el mundo. He mentido tanto que a veces se me olvida quién soy. Con todo lo que mi hermano y yo le hicimos a Karris… no podría… Bueno, qué mierda, nos ha visto desnudos a los dos, ¿vale? Si alguien puede distinguirnos es ella. Sería la forma más rápida de echarlo todo por tierra.

—Cierto, pero ibas a decir otra cosa —repuso Corvan, con la mirada fija en la silla, concediéndole a Gavin al menos ese atisbo de intimidad.

—He pensado en ello, ¿sabes? Cómo casarme con ella sin dejar de engañarla. O, si eso no diera resultado, cómo demostrarle que guardar mi secreto es su única elección. Al final, todo se reduce a que es lo único que no estoy dispuesto a profanar. Cuando escapé se enamoró de mi hermano. Si descubriera la verdad y decidiera destruirme… —Gavin se encogió de hombros.

Ahora Corvan lo miró a los ojos.

—No sé si admirarte más todavía, o si sentirme horrorizado ante semejante estupidez.

—Suelo decantarme por el «admirarme más todavía» —sonrió Gavin.

Corvan esbozó una sonrisa a regañadientes, pero no se rió.

Sus caballos recorrían las calles tan deprisa como era posible sin arrollar a nadie, y llegaron al Palacio de Travertino cuando la oscuridad ya comenzaba a asentarse. Puño de Hierro montaba guardia en pie frente a la puerta, con las facciones divididas por una inusitada sonrisa de oreja a oreja.

—Noble Prisma —dijo—. La cena está servida.

Gavin frunció el ceño. La sonrisa de Puño de Hierro sugería la inminencia de algo violento, desagradable o molesto, pero no iba a darle la satisfacción de preguntar de qué se trataba. Todo apuntaba a que Puño de Hierro se limitaría a ensanchar la sonrisa y refocilarse en su halo de misterio. De acuerdo. Gavin empezó a caminar hacia el comedor privado.

—Mi señor —objetó Puño de Hierro—. El salón principal.

Se encontraba tan solo a unos pasos de distancia. Gavin apenas si tuvo tiempo de pensar qué clase de cena podría necesitar el salón principal antes de encontrarse en el interior de la antecámara de la enorme cámara abovedada.

El salón principal del Palacio de Travertino, cuyas dimensiones se limitaban aproximadamente a una tercera parte de las de su homónimo en la Cromería, era no obstante una de las maravillas del viejo mundo. Las puertas consistían en enormes arcos de herradura bulbosos con franjas verdes y blancas, reliquias de la época en que

la mitad de Tyrea era una provincia pariana. El travertino y el mármol blanco se alternaban por doquier: en el diseño cuadriculado del suelo, en las intrincadas formas geométricas de las paredes y en las antiguas runas parianas que ornaban los pies del octeto de inmensas columnas de madera que sostenían el techo, distribuidas para componer una estrella de ocho puntas. Cada uno de los pilares medía cinco pasos de grosor (atasifusta, los árboles más robustos del mundo) y ninguno de ellos se ahusaba visiblemente antes de tocar el techo. Contaban que la madera había sido el regalo de un monarca atashiano, hacía quinientos años. Incluso entonces se trataba de un verdadero tesoro. Ahora se habían extinguido; el último calvero había sido talado durante la Guerra de los Prismas. Gavin nunca había descubierto al culpable. Cuando llegó a Ru, el bosquecillo sencillamente había dejado de existir. Sus comandantes (los comandantes de Dazen) juraban que los árboles aún estaban en pie cuando abandonaron la ciudad. Al terminar la guerra, los comandantes de Gavin juraban que los árboles no estaban cuando llegaron.

Lo que hacía que los atasifusta fuesen únicos era que su savia poseía unas propiedades similares a las de la luxina roja concentrada. Los árboles tardaban cien años en alcanzar todo su tamaño; estos gigantes contaban varios siglos de edad en el momento de la tala. Pero una vez alcanzaban la madurez se podían perforar agujeros en el tronco y, si el árbol era lo bastante grande, la savia supuraba lentamente envuelta en llamas. Esos ocho gigantes contenían ciento veintisiete orificios; el significado especial que alguna vez poseyera esa cifra había caído ya en el olvido. A primera vista parecía que los árboles estuvieran ardiendo, pero las llamas eran constantes y en ningún momento consumían la madera, de un espectral blanco marfileño a excepción hecha de las manchas de hollín que había encima de cada agujero. Gavin sabía que las llamas no podían ser eternas, pero tras arder supuestamente día y noche durante quinientos años, las llamas de estos atasifusta no daban muestras de ir a consumirse de un momento a otro. Quizá las llamas más próximas al techo fueron un poco menos intensas que las demás, debido a la savia absorbida por la madera, pero Gavin no pondría la mano en el fuego por ello.

Cuando la madera no estaba madura constituía una leña asombrosa. Bastaba con la brazada que pudiera transportar una sola persona para caldear una pequeña cabaña durante todo el invierno. No era de extrañar que se hubieran extinguido.

En el gran salón eran innecesarias las antorchas, por supuesto, pero al otro lado de las ventanas de vidrio tintado, también con forma de herradura, se mantenían encendidas unas teas para que el cristal reluciera de día y de noche, proyectando reflejos blancos, verdes y rojos.

De nuevo los colores, al igual que la forma de los arcos, poseían algún tipo de significado para las personas que habían construido este prodigio, y de nuevo Gavin no sospechaba siquiera cuál podía ser. Le infundía una sensación de insignificancia.

No creía que nada de lo que pudiera construir sobreviviera quinientos años después de su muerte. De hecho, solo la suerte había querido que su hermano no arrasara esa maravilla al destruir la ciudad.

Cuando Gavin se adentró en la sala, las personas sentadas alrededor de la gran mesa, todas ellas con los rostros vueltos hacia él, desviaron su atención de la majestuosidad de aquellas columnas de atasifusta. Se distrajo momentáneamente al pasar frente a unas sombras gemelas que flanqueaban el pasillo. Giró la cabeza de improviso, esperando encontrarse con un asesino. Pero no, se trataba de un Guardia Negro. Había uno a cada lado de la puerta, y docenas de ellos distribuidos por toda la cámara. Todos le sonaban. ¿Guardias Negros? ¿Aquí?

Ah, han llegado los barcos de los que van a ser liberados. Puño de Hierro debe de haber ordenado a todos estos Guardias Negros que los acompañen.

Volvió a fijarse en la mesa. Lo aguardaban al menos doscientos trazadores. Una clase pequeña, tal y como le había dicho la Blanca. Lo que había omitido era la identidad de quienes componían la clase. Gavin los conocía a todos de vista, y a la mayoría por su nombre. Reconoció a Izem Rojo y a Izem Azul, a Samila Sayeh, a Maros Orlos, al bicromo discontiguo Usef Tep, apodado el Oso Púrpura, a Deedee Hoja Caída, a las hermanas parianas Tala y Tayri, a Javid Arash, a Talon Gim, a Eleleph Corzin, a Bas el Simple, a Dalos Temnos el Joven, a Usem el Salvaje, a Evi Grass, a Manos Llameantes y a Odess Carvingen. Dondequiera que se posaban sus ojos encontraba nuevos héroes de la Guerra de los Prismas, excombatientes de ambos bandos. Estos eran algunos de los trazadores con más talento de las Siete Satrapías, y representaban a cada una de ellas, además. Incluso los ilytianos contaban con su propia delegación, si bien compuesta tan solo por Manos Llameantes, y Eleleph Corzin era aborneano.

La incredulidad dejó a Gavin paralizado en el sitio. Todos los años se liberaban algunos trazadores de la guerra, pero Gavin no había visto reunidos a tantos de los grandes desde inmediatamente después del conflicto, cuando muchos de ellos habían sido empujados al límite por la cantidad de poder manejada durante el combate.

Todos estos trazadores habían sido jóvenes durante la guerra, y Gavin sabía y temía que muchos de ellos comenzarían el tránsito tarde o temprano. Pero ¿tantos? ¿En un solo año?

—Hicimos un Pacto —dijo Usem el Salvaje, en respuesta a la evidente confusión de Gavin—. Algunos de los que combatimos juntos. Acordamos que cuando el primero de nosotros tuviera que irse, los demás lo seguiríamos. Por mi parte, esperaba disponer de uno o dos años más, pero más vale despedirse cuando aún se está en lo alto, ¿verdad?

—Más vale despedirse cuando uno aún está cuerdo —gruñó el Oso Púrpura.

—Más vale despedirse en compañía —intervino Samila Sayeh—. Y deja de darle

cargo de conciencia a Deedee.

Lo cierto era que Deedee Hoja Caída tenía peor aspecto que nadie. Un verde imperecedero le teñía la piel, y el halo de sus ojos batallaba con el verde que había invadido sus otrora iris azules. Sonrió débilmente.

—Lord Prisma, es un honor. Hace mucho tiempo que esperaba esta Liberación. —Ensayó una reverencia mientras se esforzaba por ignorar, como hacían la mayoría de los antiguos guerreros, que Gavin y ella habían participado en la guerra en ejércitos distintos.

Los demás imitaron su ejemplo, agachando la cabeza o inclinándose según la costumbre de sus respectivas tierras de origen. Gavin hizo una reverencia ceremoniosa sin dejar de mirarlos a los ojos, esmerándose por mostrar el mismo grado de respeto a los trazadores de uno y otro bando.

Por dentro, como le sucedía siempre, su corazón lloraba por ellos. Quería confesar a quienes habían combatido a su lado que era él, que no era Gavin, que todo había sido por su bien. En vez de eso se sentó con ellos, encontrándose junto a Usem el Salvaje mientras los esclavos traían bandejas humeantes repletas de comida y jarras frías de zumos de cítricos y vino.

—Cuando se lo dije a algunos de los otros —dijo con gesto huraño Usem, e inclinó la cabeza en dirección a los Izem y Samila, que habían luchado a favor de Gavin—, pensaron que sería un buen año también para ellos.

—Deseábamos, lord Prisma, ayudar tal vez a que las Siete Satrapías dejaran la… guerra detrás de nosotros —dijo Samila Sayeh, absteniéndose diplomáticamente de referirse al conflicto como la Guerra del Falso Prisma—. Lo cierto es que nos hemos vuelto buenos amigos.

—Por lo que a mí respecta —dijo Maros Orlos, el ruthgari más bajito que Gavin había visto en su vida—, me alegro de tener una Liberación sin tantas alharacas. Los fuegos artificiales, los discursos, el paripé de los sátrapas, las satrapesas y los señoritingos de tres al cuarto que jamás tendrán que cumplir el Pacto personalmente. La Liberación es algo sagrado. Debería quedar entre uno mismo, el Prisma y Orholam. Lo demás son distracciones.

—¿Distracciones? ¿Como cenar con el Prisma y tu clase de Liberación? —preguntó Izem Rojo. Era pariano, delgado como el palo de una escoba y dotado con un ingenio sin par. Aun llevaba el ghotra doblado para semejar la capucha de una cobra, costumbre que había adquirido cuando era un trazador de diecisiete años y que le había deparado innumerables comentarios mordaces. Su fama de presuntuoso lo persiguió hasta la primera batalla, cuando sus ataques fulminantes como el rayo, sus bolas de fuego veloces como flechas y su escabechina entre las líneas enemigas acallaron todas las bromas de una vez por todas.

Maros abrió la boca para protestar, pero comprendió que estaba a punto de

enzarzarse en un duelo dialéctico con Izem Rojo y redirigió toda su atención a la comida.

Tala, una veterana pariana de cabello blanco muy corto, con los iris castaños ceñidos por un halo rojo, dijo:

—¿Sabéis, noble Prisma? El comandante Puño de Hierro nos contó que os traéis un pequeño proyecto entre manos. Hay algo en ello que me recuerda aquel antiguo poema acerca del Errante. ¿Cómo era? Queda aún por hacer…

Era un poema célebre; todos lo conocían. Ni siquiera le hizo falta recitarlo entero. Estaba ofreciéndose a ayudar a Gavin con la muralla.

—Sería estupendo… —empezó Gavin.

Bas el Simple, el extravagante policromo tyreano, lo interrumpió con la cabeza ladeada.

—«Queda aún por hacer una noble tarea, digna de aquel que con los dioses se codea.» Gevison, El último viaje del vagabundo, estrofas sesenta y tres y sesenta y cuatro. —Levantó la cabeza, vio que todas las miradas estaban puestas en él y volvió a agacharla tímidamente.

—Eso sería estupendo —dijo Gavin—. Lo entendería si alguien tuviera algo que objetar y no quisiera unirse a mí, pero a todos los que se ofrezcan… se lo agradecería profundamente. —Se trataba de un verdadero regalo. Un regalo, además, que a la mayoría de ellos no les costaría nada. No todos estos trazadores estaban al borde de la muerte, muchos eran muy poderosos, y la cromaturgia de innumerables de ellos era extraordinariamente sutil. Su ayuda marcaría la diferencia.

No había que olvidar, sin embargo, que muchas de estas personas conocían íntimamente tanto a Gavin como a Dazen. Si había alguien capaz de descubrir su farsa, esa persona estaba en esta sala. Y con la inminencia de su Liberación, el descubridor tendría poco o nada que perder sacando su secreto a la luz.

Gavin reprimió la opresión que sentía en el pecho y sonrió a pesar del temor que lo embargaba, como si celebrara lo brillante y lo peculiarmente simple que era Bas. Su gesto fue correspondido desde todos los rincones de la mesa. Gavin sabía que algunas de esas sonrisas debían de ser tan sinceras como una serpiente, pero era imposible saber cuáles. ¿Quiénes tenían más probabilidades de destruirlo? ¿Los que creían que era el hombre que había sido su mejor amigo y averiguaran que había usurpado la identidad de Gavin? ¿O los que habían combatido a su lado y, tras creerlo muerto, descubrieran ahora que los había traicionado?

Bas el Simple observaba fijamente a Gavin, sin sonreír, con la cabeza ladeada, estudiándolo todo con sus ojos perspicaces.

69

—El chico se ha ido —anunció Puño de Hierro. Era casi medianoche. Se encontraban en el tejado del Palacio de Travertino, contemplando la bahía—. Kip —añadió, como si pudiera estar refiriéndose a otro «chico». En ningún momento dijo «tu hijo», no obstante.

Mis fechorías hacen que todo el mundo se ande con pies de plomo, qué bien. «Mis» fechorías. Ya. Gracias, hermano.

—¿Por qué no se me ha informado antes? —preguntó Gavin. Se había pasado toda la noche fingiendo ser su hermano y estar pasándoselo en grande en compañía de unos trazadores que los conocían a ambos. Era desconcertante. Había disfrutado con la compañía de sus antiguos adversarios, y sentía constantemente como si tuviera la vista borrosa. Las personas a las que odiaba cuando era Dazen se habían mostrado muy cordiales. Unos cuantos de los antiguos amigos de Dazen, aunque no todos, hacían gala de una conducta que los volvía desagradables. Gavin miró a los hombres y las mujeres que habían enviado a vivir y trabajar lejos de los Jaspes tan solo para que no supusieran ningún peligro para él y pensó: Os arruiné la vida y ni siquiera lo sospecháis. Os extraño.

—Nos enteramos hace apenas unos minutos. Dejó una nota a la vista de todos. Había otra escondida bajo las mantas.

Muy listo. Kip había conseguido exactamente lo que se proponía: ganar tiempo. Ha impedido que lo busquemos durante toda una jornada. Gavin extendió la mano, sabedor de que Puño de Hierro llevaría las notas encima. El comandante se las entregó.

La más importante rezaba: «Soy tyreano y joven. Ayudo más como espía que aquí. Nadie sospechará de mí. Intentaré encontrar a Karris».

¿Como espía? Que Orholam me lleve.

—¿Se sabe algo más? —preguntó Gavin.

—Cogió un caballo y un tubo de monedas.

—Para poder meterse en más problemas que si se limitara a entrar directamente en un campamento enemigo armado tan solo con un puñado de ideas delirantes.

Puño de Hierro no respondió. Solía hacer oídos sordos a las obviedades.

—La niña de Danavis también ha desaparecido. El mozo de cuadra dice que le pidió un caballo, pero no se lo dio. Parece que encontró las notas y salió detrás de él.

Gavin dejó que su mirada vagara por la bahía. La Guardiana, la estatua que vigilaba la entrada de la bahía, entre cuyas piernas pasaban todos los marineros, sostenía una lanza en una mano y una antorcha en la otra. El mantenimiento de esta era responsabilidad de un trazador cuyo único cometido consistía en mantenerla llena de luxina amarilla en estado líquido. Los surcos especiales tallados en el cristal

exponían gradualmente la luxina al aire y provocaban que se reflejara en forma de luz. Unos espejos recogían y proyectaban la luz al anochecer, girando lentamente sobre unos engranajes impulsados por un molino cuando soplaba el viento y por animales de tiro en ausencia de este. Esa noche el rayo iluminaba el neblinoso aire nocturno, tallando grandes surcos en las tinieblas. Era lo que se suponía que debían hacer todos los trazadores: llevar la luz de Orholam a los confines más oscuros del mundo.

Era lo que intentaba hacer Kip.

—Si se presentara en mi campamento y procurara pasar desapercibido —dijo Puño de Hierro—, no sospecharía que es un espía.

¿Porque sería un espía espectacularmente nefasto, tal vez?

—A propósito de espías, ¿qué han averiguado los nuestros?

—El gobernador Crassos acudió a los muelles para realizar una inocente inspección, cargado con un petate de aspecto igual de inocente pero sospechosamente pesado. Se mostró encantado de verme.

—Solo te pones sarcástico cuando te enfadas —dijo Gavin—. Adelante. Cuéntamelo.

—Juré proteger a Kip, lord Prisma, pero antes, los espías…

—Puedes tutearme cuando he cometido alguna estupidez —lo interrumpió con aspereza Gavin.

—Los espías informan…

—Desembucha de una vez, por el amor de Orholam.

Puño de Hierro apretó las mandíbulas. Se dominó con esfuerzo.

—Tengo que ir detrás de él, Gavin, lo que significa que no puedo quedarme aquí ayudando en la defensa y dirigiendo a mi gente.

—Y eres pariano, enorme y todo lo contrario de discreto, así que si vas detrás de él… como exige tu honor… lo más probable es que consigas que te maten, lo cual no solo significará que has muerto, algo que nadie desea de modo especial, sino también que no habrás sabido proteger a Kip, lo cual en realidad sería el único motivo para ir detrás de él. Y no puedes delegar la misión en nadie más porque prometiste protegerlo personalmente, y además cualquier otro Guardia Negro llamaría la atención tanto como tú. —No es que los Guardias Negros fueran más morenos de piel que los tyreanos, ni que tuvieran el pelo crespo en vez de liso u ondulado. Con el paso de los siglos se habían producido tantos cruces que no pocos tyreanos exhibían ambas características. Incluso Kip podría ser un buen espía a pesar de sus ojos azules; los tyreanos estaban acostumbrados a las minorías étnicas tras acoger a todos los rezagados que había dejado la guerra. El problema era que los trazadores de piel de ébano y musculatura extrema que exudaban poder por cada uno de sus poros llamarían la atención en cualquier parte. Los Guardias Negros sobresaldrían rodeados

de un ejército de trazadores parianos.

—A grandes rasgos —reconoció Puño de Hierro, apaciguado tras la enumeración por parte de Gavin de los motivos de su enfado.

—¿Qué más te han contado nuestros espías? —preguntó Gavin, aparcando temporalmente las preocupaciones de Puño de Hierro.

El comandante accedió encantado a dejar de abundar en su dilema.

—Han llegado algunos provenientes del campamento del rey Garadul, y me parece que nuestros problemas son más graves de lo que pensábamos. —Se quitó el ghotra de la cabeza para rascarse el cuero cabelludo con las puntas de los dedos—. Es religioso —dijo.

—No sabía que te importara la religión —replicó Gavin, en un intento por aligerar el cariz de la conversación.

—¿Por qué no? Hablo con Orholam constantemente.

—«Orholam, ¿qué te he hecho para merecer esto?» —sugirió Gavin, creyendo que bromeaba.

—No. En serio.

—Oh. —¿Puño de Hierro? ¿Devoto?

—Pero ya sabes cómo es. Tú también hablas con él todo el tiempo. Eres su elegido.

—En mi caso es distinto. —Muy, muy distinto, por lo visto—. Bueno, perdón por el chiste. ¿Religioso?

—El asunto va más allá de que a un sátrapa se le haya ocurrido autodenominarse rey por las buenas. Rask Garadul se propone echar por tierra todo lo que hemos conseguido desde la llegada de Lucidonius. Todo.

Un temor indefinible se enroscó en el estómago de Gavin.

—Los antiguos dioses.

—Los antiguos dioses —corroboró Puño de Hierro.

—Trae a Kip de regreso, comandante. Haz lo que sea preciso. Si alguien se queja de tus métodos, tendrá que responder ante mí. Si puedes, salva también a la chica. Estoy en deuda con su padre de un modo que no puedo explicar.

Gavin durmió poco y de forma entrecortada. Nunca dormía mucho, pero siempre era peor cuando se acercaba la Liberación. Detestaba esa época del año. Detestaba esa farsa. Sintió una opresión en el pecho mientras yacía en la cama. Tal vez tendría que haber dejado ganar a su hermano. Tal vez Gavin hubiera sabido resolver mejor la situación. Por lo menos, ahora no estaría ahí.

Bobadas.

Y sin embargo no podía por menos de preguntarse si Gavin habría sido mejor Prisma que él. Gavin siempre había sobrellevado la responsabilidad mejor que Dazen. Para su hermano ni siquiera parecía una carga. Como si jamás dudara de sus

capacidades. Era algo que Dazen siempre le había envidiado.

Amaneció al fin, después de una noche interminable. Dazen se sentó y se puso la máscara, volvía a ser Gavin. Sintió una punzada de dolor que emanaba de su pecho y le oprimía la garganta. No podía hacer eso.

Qué tontería. Sencillamente echaba de menos a Kip, y a Karris, le preocupaba la hija de Corvan y temía la agotadora sesión de trazo a la que debería someterse durante toda la jornada. No le quedaba más remedio que hacer de tripas de corazón.

Tras tomarse su tiempo con las abluciones (¿por qué tenía que ser Gavin tan presumido?), desayunó y salió a caballo en dirección a la muralla. Lo recibió un joven trazador naranja.

Era uno de los muchachos que desgraciadamente no podían controlar el poder. Un adicto. No debía de contar ni veinte años de edad, un pariano montañés, pero en lugar de cubrirse la cabeza con un ghotra llevaba el cabello trenzado, recogido a la espalda con una cinta de cuero. El resto de su atuendo denotaba la misma aversión a la tradición en el vestir… y de cualquier otra índole. Los naranjas acostumbraban a ver exactamente cómo les gustaba a los demás que fueran las cosas. En la mayoría de los casos utilizaban ese don en provecho propio, tornándose tan escurridizos como su luxina. Pero en algunos casos desafiaban cuanto convencionalismo se cruzaba en su camino y se convertían en artistas y rebeldes. A juzgar por cómo las prendas del joven de alguna manera se las componían para conjuntarse pese a sus dispares orígenes, y puesto que todos los colores y texturas se complementaban, Gavin supuso que este era un artista. El halo naranja del muchacho, sin embargo, acusaba la tensión acumulada. De ninguna manera podría haber resistido hasta la próxima Liberación.

—Lord Prisma —dijo el joven—. ¿En qué puedo ayudar?

El sol apenas si acababa de rebasar el horizonte, y todos los trazadores que eran capaces de trazar sin lastimarse en el proceso ni perder el control se habían reunido en la muralla. Los obreros nativos parecían desconcertados al verse rodeados por tantos de ellos.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Gavin. Ni siquiera recordaba haber visto antes al muchacho.

—Aheyyad.

—De modo que eres artista —dijo Gavin.

Aheyyad sonrió.

—Tampoco tenía mucha elección, con la abuela que me tocó en suerte.

Gavin ladeó la cabeza.

—Perdón, pensé que lo sabíais. Mi abuela es Tala. Supo que iba a ser naranja y artista cuando aún no había cumplido los cuatro años. Obligó a mi madre a cambiarme el nombre.

—Tala puede ser muy, ejem, persuasiva —dijo Gavin.

La sonrisa del muchacho se ensanchó.

Un chico que iba a ser liberado a la vez que su abuela. Había una historia de pesar bajo la superficie de todo aquello, un drama familiar, la pérdida de dos generaciones al unísono, pero no había necesidad de remover ahora esas aguas. Todas las cosas salen a la luz a su debido tiempo.

—Necesito un artista —dijo Gavin—. ¿Puedes trabajar deprisa?

—Más me vale —fue la respuesta de Aheyyad.

—¿Eres bueno? —Gavin sabía que tenía que serlo, de lo contrario Corvan no se lo habría enviado. Le interesaba averiguar cómo afrontaría el joven una tarea tan colosal, si con arrojo o con timidez.

—El mejor —dijo Aheyyad—. ¿Cuál es el proyecto?

Gavin esbozó una sonrisa. Le encantaban los artistas. En pequeñas dosis.

—Estoy construyendo una muralla. Colabora con el arquitecto para cerciorarte de que no estropeas ningún componente fundamental, pero tu misión consiste en conseguir que esta muralla infunda temor. Puedes reclutar a cualquiera de los trazadores más veteranos para que te ayude. Te proporcionaré unos diseños de Rathcaeson que obran en nuestro poder. Si es posible que se parezca en algo a ellos, hazlo. Les dirás a los azules cómo reforzar los moldes. Yo los rellenaré de luxina amarilla. Ante todo busco algo funcional. Podremos adosar e integrar lo que diseñes dentro de dos o tres días.

—¿Cómo de grande puedo hacer… lo que sea que haga?

—Disponemos de un par de leguas de muralla.

—Eso significa… grande.

—Enorme —dijo Gavin. Encargar al artista que se limitara al diseño de los moldes impediría a su vez que el joven trazara más de la cuenta. A juzgar por lo cerca que estaba Aheyyad de romper el halo, posiblemente eso le salvaría la vida.

Al amanecer estaban listos para empezar a trazar. Gavin había pedido a todos los antiguos guerreros que echaran un vistazo a los planos de la muralla, y no pocos de ellos le habían ofrecido sus sugerencias. Dichas sugerencias lo abarcaban todo, desde expandir las letrinas (y asegurarse de que los desechos cayeran sobre el enemigo vaciando los bacines de repente en unos toboganes abiertos en la fachada de la muralla) hasta modificar las plataformas de los cañones y añadir hornos para calentar los proyectiles en varias de las estaciones. El metal fundido era perfecto para incendiar las máquinas de asedio. Alguien propuso imprimir textura a los suelos y crear desagües no solo en el exterior, para el agua de lluvia, algo que ya se había tenido en consideración, sino también dentro del muro, para la sangre.

Muchas sugerencias válidas, y unas cuantas nefastas. La muralla debería ser más grande, más pequeña, más gruesa, más alta. Debería haber sitio para más cañones, más arqueros, más camas en el hospital, los barracones deberían estar dentro del

recinto amurallado, etcétera.

Al amanecer sujetaron a Gavin al arnés y lo levantaron del suelo. Los demás se arremolinaban a su alrededor, trazando moldes y sosteniendo su arnés. Entonces puso manos a la obra.

70

Hubieron de transcurrir dos días, cuando Kip y Liv divisaron el ejército del rey Garadul, desparramado por la llanura y ensuciando el río como un gigantesco excremento de vaca, para que el muchacho comprendiera cuán profunda, increíble y brillantemente estúpido era su plan.

¿Voy a plantarme ahí caminando con paso resuelto para rescatar a Karris?

Caminando como un pato, más bien.

Desde lo alto de una pequeña loma, sentados a lomos del caballo, que parecía agradecer el descanso, contemplaban la masa de humanidad que se extendía ante ellos. Era inmensa. Kip nunca había intentado calcular a ojo cuántas personas componían una multitud, pero tampoco nunca había visto una tan numerosa.

—¿Qué opinas, sesenta o setenta mil? —le preguntó a Liv.

—Más bien cien, me parece.

—¿Cómo vamos a encontrar a Karris en medio de todo eso? —¿Y qué esperabas? ¿Un letrero, a lo mejor? «Trazadora secuestrada, por aquí.»

La mayor parte del campamento estaba sumida en el caos. La gente montaba cobertizos apoyados en las carretas, quienes tenían tiendas discutían a gritos para ver qué sitio correspondía a quién, los niños corrían de un lado a otro, congestionando los contados resquicios que mediaban entre las tiendas, las carretas y las reses. Aún había claridad en el cielo, aunque el sol se había puesto ya, y a lo largo y ancho de la llanura proliferaban las fogatas. Kip oyó que alguien cantaba no muy lejos de ellos. Los hombres nadaban y se bañaban en el río, corriente abajo desde donde unos soldados habían erigido un improvisado corral. Los animales ensuciaban el agua, pero a nadie parecía importarle. Y otros estaban en la orilla, orinando en el agua. El color del río, tanto corriente arriba como abajo desde el campamento, era bien distinto. La gente acarreaba cubos de agua por doquier, recogida directamente del río.

Creo que solo beberé vino.

Más importante todavía, el olor a carne asada impregnaba el aire.

El estómago de Kip protestó. Se habían terminado las provisiones antes de lo previsto (principalmente él se la había terminado antes de lo previsto) y ahora no le quedaba nada. Bueno, menos por un tubo de danares robado que valía el sueldo de medio año.

Ah. Eso.

—Nos dividiremos —dijo Liv—. Tú ve al centro del campamento. Me imagino que ahí es donde el rey tendrá sus tiendas. Karris es importante, así que podrían tenerla cerca. Yo iré a buscar las tiendas de los trazadores. Una prisionera trazadora probablemente esté custodiada por otros trazadores. Tiene que estar en alguno de los dos sitios. Nos reuniremos aquí dentro de, digamos, ¿tres horas?

Kip asintió con la cabeza, impresionado. Él solo habría estado perdido.

Casi de inmediato, Liv desmontó y se perdió de vista. Sin vacilar, sin titubeos. Kip vio cómo se alejaba. Qué hambre tenía.

Conduciendo el enorme y dócil caballo, tirando y azuzando al bruto cada vez que intentaba tascar la hierba a izquierda y derecha, Kip se acercó a una de las fogatas más grandes. No uno, sino dos jabalís se asaban en sendos espetones sobre las llamas, y mientras Kip se quedaba observándolos fijamente, salivando, una de las mujeres más obesas que había visto en su vida serró una pata crujiente con unos cuantos golpes diestros en la articulación. La fragancia era penetrante, suculenta, apetitosa, deliciosa, exquisita, asombrosa, hipnotizadora, debilitante. Kip no podía moverse… hasta que vio que se llevaba la carne a los labios.

—¡Disculpe! —dijo, más alto de lo que pretendía. Varias cabezas se alzaron alrededor de la fogata.

—No lo había olido —dijo la gorda, antes de hincar el diente al grasiento jamón. Kip se sintió morir un poquito. Luego un poquito más, cuando los curtidos hombres y mujeres que rodeaban la fogata se rieron de él. La gorda, jamón en mano, con un largo cuchillo en la otra, sonrió entre bocado y bocado. Tenía al menos tres barbillas, sus rasgos faciales desaparecían entre la grasa que la envolvía como un niño atemorizado acorralado por un grupo de matones. Su falda de lino bastaría para formar una tienda de campaña. Literalmente. Dio la espalda a Kip, guardó el cuchillo en su funda y se dispuso a seguir dando vueltas al espetón. Sus posaderas eran algo más que mero sebo tembloroso; eran arquitectura pura.

—Disculpe —dijo Kip, recuperándose—. Me preguntaba si podría comprar algo de cenar. Tengo dinero.

Todos los oídos se aguzaron alrededor de la fogata ante sus palabras. Kip se preguntó de repente si habría elegido el lugar más indicado para detenerse. ¿Tendrían tan mala catadura como estos los demás hombres del campamento?

Kip miró a su alrededor. Ay, sí, la verdad es que sí.

Mierda.

Toqueteó el monedero de cuero que contenía el tubo de danares de estaño. Había cogido el cinturón porque ya tenía dinero dentro y sería más fácil de transportar que un puñado de monedas sueltas. El tubo era un método estupendo para llevar el dinero. De corte cuadrado para encajar en el hueco que había en el centro de los danares, y de longitud uniforme para que todo el mundo pudiera contar rápidamente las monedas propias (las ajenas seguían pesándose en una balanza, por supuesto), resultaba muy práctico e impedía que el dinero tintineara a cada paso como ocurría con las bolsas. Además, los tubos podían envolverse en cuero para sujetarlos al cinto u ocultarlos entre la ropa, como había hecho Kip. El brillo de este tubo le llamó la atención y lo cogió.

Pero mientras tiraba del extremo abierto del tubo de dinero para extraer una moneda de estaño, Kip vio que algo andaba muy mal. Se quedó paralizado. El peso era correcto, o al menos lo suficientemente correcto como para no hacerle sospechar nada, pero la moneda que sacó no era de estaño. Un danar era aproximadamente lo que ganaba un obrero tras una jornada de trabajo. Un trabajador no cualificado como su madre solo cobraría medio danar al día. Había asumido que el tubo que agarró estaría lleno de monedas de estaño, cada una de ellas por valor de ocho danares.

En vez de eso se había llevado un tubo de quintares de plata. Su circunferencia era ligeramente más amplia, pero solo la mitad de gruesa, y el metal era un poco más liviano que el estaño. Cada moneda de plata valía veinte danares. Un tubo de quintanares de plata contenía cincuenta monedas, el doble de las veinticinco monedas de estaño que cabrían en el mismo tubo. Así que en lugar de sustraer doscientos danares del Palacio de Travertino (una suma que ya de por sí no era nada despreciable), Kip había robado un millar. Y acababa de sacar una moneda a la vista de todos, dejando bien claro que tenía más.

Todas las conversaciones cesaron. A la oscilante luz de las llamas, varios ojos relucieron como los de una manada de lobos.

Kip guardó el resto del monedero, rezando para que nadie hubiera visto lo lleno que estaba. ¿Qué más daba? Su vida podría valer menos incluso que ese quintanar de plata.

—Me pido la otra pata —dijo.

La gorda soltó el espetón y extendió la mano.

—Serán diecinueve danares de vuelta —dijo Kip. El sueldo de una jornada completa debería ser más del triple de lo que costaba la pierna de jabalí.

La mujer soltó una risita.

—Claro que sí, como si regentáramos una casa benéfica. ¿Tenemos cara de luxiats, eh? Diez.

—¿Diez danares por una comida? —preguntó Kip, sin creer que estuviera hablando en serio.

—Te puedes quedar con hambre si quieres. Tampoco te vas a morir —repuso la mujer.

La injusticia de que esta ballena le llamara gordo y la imposibilidad de hacer algo al respecto dejaron paralizado a Kip. Rechinó los dientes, miró alrededor de la fogata con expresión huraña y se despidió del quintar.

El leviatán cogió la moneda y la sostuvo entre los dientes, doblándola ligeramente. Si se tratara de una imitación, estaño bañado de plata, produciría un chasquido delator al deformarse. Complacida con el peso y la textura, la mujer se guardó la moneda. Pegó un trago de una jarra de cristal, la posó y serró una pata del jabalí. Mientras trabajaba, Kip reparó en que algunos de los hombres que antes

estaban sentados alrededor de la fogata habían desaparecido.

Sin duda los encontraría apostados en la creciente oscuridad, esperándolo. Por Orholam, seguro que habían visto el resto del tubo.

Tampoco los hombres y las mujeres restantes lo observaban con gesto especialmente cordial. Sentados encima de sus petates, o de troncos, o en el suelo, la mayoría de ellos lo miraban en silencio. Unos pocos bebían de odres de vino o cerveza, murmurando entre sí. Una mujer con la mirada vidriosa yacía con la cabeza apoyada en el regazo de un tipo mal afeitado, calvo y desgreñado, acariciándole el muslo. Los dos lo contemplaban sin pestañear.

La ballena le dio la pata de jabalí.

Kip se quedó mirándola, a la espera.

La mujer le devolvió la mirada, inexpresiva, bajo sus capas de sebo.

Hacía apenas unas semanas, Kip se habría echado atrás. Estaba acostumbrado a que la gente le tratara como si fuera una escoria. Ignorándolo o mangoneándolo. Pero no podía imaginarse a Gavin Guile dejándose maltratar, ni siquiera con todas las probabilidades en su contra. Kip podría ser un bastardo, pero si tenía una gota de la sangre del Prisma en las venas, no se daría por vencido tan fácilmente.

—Los diez danares —dijo Kip.

La borracha se carcajeó de repente al otro lado de la fogata, incontrolablemente, hasta que empezó a resoplar y se carcajeó aún con más ganas. De modo que no solo estaba bebida.

—¿Tengo cara de que me sobren diez danares? —preguntó la ballena.

—Puedes cortar ese danar por la mitad.

La mujer desenvainó el cuchillo y se encogió de hombros mientras se acercaba a Kip. Apestaba a alcohol de trigo.

—Lo siento, no tengo cuchillo.

Kip lo comprendió de inmediato. Varios de los hombres estaban irguiéndose en sus asientos, no solo prestando más atención, sino disponiéndose a levantarse de un salto. No estaban esperando tan solo a reírse de él, sabiendo que esta ballena iba a timarlo. Aguardaban con la certeza de que la ballena lo timaría, para ver si era una víctima. ¿Aceptaría Kip mansamente que lo engañaran? Si era una víctima, era una presa. Si tenía un quintar, quizá tuviera más.

Pero ¿qué podía hacer? ¿Devolver la comida? No, de todas formas la mujer no le devolvería el quintar. Si se marchaba, confirmaría su debilidad. Alguien estaría esperándolo al amparo de las tinieblas. ¿Cómo reaccionarían si la atacaba? ¿Si, sin avisar, le pegaba un puñetazo en esa cara sebosa con todas sus fuerzas?

Se le echarían encima, naturalmente. Y después de molerlo a palos, le robarían.

Si intentaba escapar, aunque lo consiguiera, habría perdido el caballo, y montar en la bestia le daba demasiados problemas como para subir a la silla de un salto y

alejarse al galope. Aunque no fuera la criatura más plácida de la tierra, era poco probable que apretara el paso aunque el infierno le pisara los talones.

—De acuerdo —dijo Kip. Se giró como si estuviera dispuesto a marcharse, pero en vez de eso agarró la jarra de cristal—. Me apetece acompañar la cena con algo de beber. Puedes quedarte con la vuelta. Por el estupendo servicio. —Husmeó la jarra. Tal y como sospechaba, era alcohol de trigo. Probó un sorbo para hacerse el valiente y hubo de esforzarse para mantener la compostura cuando sintió que se le incendiaba la boca. Y la garganta. Y el estómago.

Los hombres que se disponían a incorporarse volvieron a acomodarse en sus sitios.

—¿Os importa que pase la noche aquí? —preguntó Kip.

—Te costará dinero —respondió el tipo con la coronilla calva y la espalda cubierta de guedejas.

—Cómo no —dijo Kip. No tenía ni por asomo tanta hambre como hacía unos instantes, pero se obligó a comer la grasienta pata de jabalí. Mientras el resto de la carne se asaba, los demás hombres y mujeres acudieron a servirse unas tajadas.

Cuando acabó, Kip se chupó los dedos y encaminó sus pasos de regreso al caballo. Llegó lo bastante lejos como para alimentar la esperanza de que iban a permitir que se fuera sin más.

—¿Qué haces? —preguntó el tipo calvo.

—Tengo que cepillar al caballo —dijo Kip—. Ha sido un día muy largo.

—No tienes que ir a ninguna parte, y no quiero verte cerca de mi caballo.

—Tu caballo.

—Correcto. —El hombre le enseñó los dientes negros (a medio camino entre una sonrisa y la promesa de un mordisco) y desenfundó un cuchillo.

—También nos hará falta ese monedero —añadió otro hombre.

Las mujeres que rodeaban la hoguera se limitaban a observar, impasibles. Nadie hizo ademán de ayudarlo. Varios hombres más se sumaron a los dos que se habían encarado con Kip. El muchacho dirigió la mirada hacia la oscuridad, con la vista estropeada por el fuego, pero aun así logró distinguir varias siluetas que lo esperaban.

Dales todo lo que tengas y quizá consigas escapar con una simple paliza, Kip. Sabes que no vas a salir de aquí con todo. Gana algo de tiempo, quizá haya guardias en el campamento que podrían rescatarte.

—Que la noche eterna se os lleve —escupió Kip. Rompió la parte superior de la jarra de alcohol de trigo contra el canto de la rueda de una carreta.

—Majadero —dijo el calvo—. Cualquiera se quedaría con el asa en vez de destrozarlo.

Kip dio un salto y arrojó el alcohol contra el hombre. El calvo hizo una mueca, frotándose los ojos irritados, y se pasó el cuchillo a la mano izquierda.

—¿Sabes qué? Voy a matarte por eso —dijo.

Kip profirió un alarido y lo embistió.

Era lo que menos se esperaba el hombre. Todavía estaba restregándose los ojos. Levantó un brazo para desviar el puñetazo que anticipaba, pero Kip se agachó buscando su estómago, pasando por debajo del cuchillo, y hundió la crisma en la barriga del hombre. Con un ¡uuuf!, el hombre trastabilló de espaldas y tropezó justo al filo de la fogata.

Por un momento, no sucedió nada. Después, el alcohol de trigo que le empapaba las manos prendió. Levantó las manos con un grito y se le incendió la ropa. Y la barba. Y la cara. Sus gritos dieron paso a chillidos torturados.

Kip aceleró y pasó corriendo junto al hombre en llamas.

Por un momento interminable, nadie hizo nada. Entonces alguien se abalanzó sobre él, sin inmovilizarlo como pretendía pero golpeándole el talón. Kip se desplomó como un fardo.

Ni siquiera se había alejado tres pasos de la fogata.

Menuda carrera, Gordito.

Rodó a tiempo de ver cómo el hombre en llamas, sin dejar de gritar, se estrellaba contra la gorda. La mujer chilló, un sonido extrañamente atiplado para provenir de alguien tan grueso, y comenzó a aporrearlo con su enorme cuchillo.

Tres hombres se abalanzaron sobre Kip a continuación. El fuego que tenían a sus espaldas los convertía en sombras grotescas. Una patada impactó en el hombro de Kip, después otra en el riñón, al otro lado. Los lanzazos de dolor le arrebataron el aliento. Se encogió formando un ovillo.

Una lluvia de patadas le cubrió la espalda y las piernas. Uno de los hombres estaba inclinado sobre él, descargando puñetazos contra su cadera, su pierna, buscando la entrepierna. Alguien le pisoteó la cabeza. Fue un golpe oblicuo, pero le alcanzó la nariz. Una explosión de sangre caliente le bañó el rostro mientras su cabeza rodaba sin fuerza por el suelo de tierra.

Un único pensamiento se impuso a la niebla que de repente envolvía el cerebro de Kip. Van a matarme. Esto no iba a ser un castigo, sino un asesinato.

Bueno. Pues tendrán que matarme de pie. Se puso a cuatro patas con esfuerzo.

La maniobra expuso sus costillas a los ataques, y una patada le machacó el costado. La encajó con un gruñido.

Tres hombres adultos, atacando a un chico que no les había hecho nada. Algo en la justicia de todo ello destapó una reserva de voluntad férrea en su interior. No, ya no eran solamente tres. Se habían sumado más. Pero el número adicional no hizo sino alimentar la furia de Kip. Se encorvó sobre su corpachón, reuniendo fuerzas, hundiendo la cabeza entre los hombros. Así ardáis en el infierno, puedo soportarlo.

Con un rugido inhumano, un sonido como Kip no había oído en su vida, un

sonido que ni siquiera sabía que era capaz de emitir, se levantó de un salto y afianzó los pies en el suelo. Su lentitud previa amplificó lo inesperado del movimiento.

Aullando, ensangrentado, sus alaridos salpicaron de sangre el rostro del hombre que corría hacia él dispuesto a darle otra patada. Kip era como un oso salvaje que de improviso se hubiera erguido sobre las patas traseras. El hombre puso los ojos como platos.

Kip le agarró la camisa y tiró, girando, sin dejar de gritar, y lo lanzó en la única dirección que no bloqueaban los cuerpos que lo rodeaban.

Contra las llamas.

El hombre vio adónde se dirigía. Intentó asirse al espetón que se arqueaba sobre el fuego para frenar su caída, falló y se golpeó el codo. El impacto lo arrojó de costado contra las llamas. Su cabeza se estrelló directamente en el corazón de la fogata. El espetón se derrumbó.

Kip no se quedó observando, ni prestó atención a los nuevos alaridos. Alguien le golpeó en el estómago. En condiciones normales, el impacto lo habría doblado por la mitad. Pero ahora el dolor no tenía importancia. Encontró al agresor, un hombretón barbudo que le sacaba no menos de un pie de altura, y parecía sorprendido al ver que el muchacho no se desplomaba. Kip agarró las barbas del hombre y tiró violentamente hacia abajo, con todas sus fuerzas. Al mismo tiempo, se abalanzó hacia delante, empleando la cabeza a modo de ariete. El rostro del gigante emitió un crujido cuando colisionaron. Cayó envuelto en una lluvia de gotas de sangre y dientes rotos.

Algo parecido a la esperanza resplandeció en medio de la rabia que poseía a Kip. Se giró de nuevo, en busca de un nuevo objetivo, cuando algo chocó con estrépito contra su cabeza.

Kip se desplomó. Ni siquiera fue consciente de la caída. Sencillamente se encontró tendido en el suelo, contemplando a un espantapájaros sonriente que empuñaba un trozo de leña en la mano. Detrás del hombre había otros cuatro más. ¿Cuatro? ¿Todavía? Entre las lágrimas y el mareo, Kip ni siquiera estaba seguro de haber contado bien.

Volvió a levantarse a cuatro patas, pero se desplomó de inmediato. Una nube de puntitos luminosos estalló ante sus ojos. Había perdido el sentido del equilibrio.

—¡Tiradlo al fuego! —gritó alguien.

Sonaron más palabras, pero Kip no fue capaz de distinguirlas. Antes de darse cuenta, se vio levantado en volandas entre cuatro, inmovilizado de brazos y piernas. Bocabajo. El calor de las llamas le aporreó la coronilla, la cara.

Los hombres se detuvieron.

—¡No nos empujéis a nosotros, imbéciles! —protestó uno de los hombres de delante.

—¡A la de tres!

—Por Orholam, cómo pesa.

—No tenemos que lanzarlo muy lejos.

—Veréis cómo sisea igual que la panceta en una sartén.

—¡Uno!

Kip se meció ligeramente sobre el fuego, tan próximo que juraría que el calor estaba rizándole las pestañas. El miedo lo estranguló. El mareo se desvaneció.

El siguiente vaivén lo alejó del fuego.

—¡Dos!

Se acabó. Lo tenía todo en contra, eso es todo. Lo he intentado. ¿Qué tengo que temer cuando no tengo nada que perder? Me desprecio a mí mismo. ¿Y qué si muero? Un poquito de dolor, ¿qué más da? Luego el dolor desaparecerá para siempre. Y después el olvido.

Kip se balanceó aún más lejos del fuego, cerrando los ojos, agradeciendo el calor. Se le derritieron las cejas y las pestañas. El fuego le lamía la cara como un gato.

Un Guile jamás se daría por vencido. Te aceptaron, Kip. Esperaban que cumplieras con tu parte. Gavin, Puño de Hierro, Liv, te ofrecieron asilo por primera vez en tu vida. ¿Y vas a dejarlos en la estacada?

De improviso, el miedo se esfumó. No.

Volvieron a alejarlo del fuego; la última vez. Cuatro hombres. Cuatro como Ramir. Cuatro como su madre, tratándolo como si fuera una mierda y esperando que lo aceptara.

Diablos, no. El repentino e implacable calor del odio de Kip rivalizaba con el de las llamas.

—¡Tres!

Los hombres lo impulsaron hacia delante.

Kip mantuvo los ojos abiertos y sintió que se ensanchaban… pero no de miedo, el miedo había desaparecido. Sus ojos se agrandaron al ver el fuego como harían los de un enamorado ante el motivo de sus desvelos. Sí, preciosa. Sí, eres mía.

Una exhalación atronadora como el rugido de un vendaval surgió de la nada. El fuego se deformó, saltó al encuentro de Kip… en su interior. Y desapareció. Las llamas se apagaron en un abrir y cerrar de ojos, sumiendo el campamento en la oscuridad.

Los hombres soltaron a Kip con un grito.

Y Kip apenas si lo notó.

Había caído entre los rescoldos. Se apoyó en la mano izquierda y oyó un siseo cuando sus dedos se cerraron en torno a un ascua candente. Aunque había absorbido todo el fuego, los restos seguían estando al rojo vivo.

Pero Kip no lo notó apenas. La rabia era un mar y él se limitaba a dejarse llevar por la corriente. No era él mismo, ni siquiera era consciente de su ser. Tan solo

existían aquellos a los que odiaba, aquellos que debían ser abatidos.

Con un grito, proyectó una mano hacia el firmamento. El calor que emanaba de él se consolidó en una llamarada de un pie de altura que pintó el cielo de azul, amarillo, naranja y rojo. Se irguió, con la sangre hirviendo en las venas. El calor era insoportable. Pese a la oscuridad, podía ver con nitidez a los hombres que lo habían inmovilizado. Veía su calor. Uno de ellos había tropezado y lo observaba fijamente desde el suelo, boquiabierto.

Kip apuntó una mano hacia él. El fuego envolvió al hombre de la cabeza a los pies.

Los demás huyeron.

Kip proyectó el puño izquierdo hacia uno de ellos. Sintió cómo se le agrietaba la piel cuando abrió la mano, pero el dolor era un eco lejano. Apuntó también con la mano derecha. Pop, pop, pop. Tres bolas de fuego del tamaño de su puño surcaron las tinieblas y estuvieron a punto de empujarlo de nuevo a la fogata con la fuerza del retroceso. Pero todas ellas encontraron su objetivo, enterrándose en la espalda de uno de los hombres, destripándolo con fuego, abrasándolo desde dentro mientras se desplomaba.

Cayendo de rodillas, aún tan, tan caliente, tan abrumado, Kip levantó las manos una vez más. El fuego salió disparado hacia el firmamento desde ambas, incluso desde la zurda lastimada. Su vista recuperó la normalidad. Se quedó respirando entrecortadamente, como si acabara de escapar de las garras de un demonio que lo hubiera dejado vacío, hueco, arrasada una parte de su humanidad.

El fuego ardía una vez más, mucho más pequeño, el calor de los rescoldos devolvía paulatinamente las llamas a la madera, iluminando las carretas y los rostros de la multitud atemorizada que se había reunido para ver qué sucedía.

A la luz de los faroles, las antorchas y el fuego reavivado, Kip contempló la escena con nuevos ojos, más sosegado. Decenas de personas lo miraban fijamente formando un amplio círculo alrededor de la fogata. Todas ellas parecían dispuestas a poner pies en polvorosa de un momento a otro. El suelo estaba sembrado de cadáveres: los cuatro hombres que habían intentado arrojarlo al fuego habían muerto. De uno de ellos solo quedaba un esqueleto calcinado recubierto de jirones de carne; los demás presentaban unos boquetes del tamaño de las manos de Kip en la espalda.

Así y todo, los demás habían salido peor parados. Al hombre que Kip había rociado con alcohol de trigo se le estaba cayendo la piel a tiras de la cara y el pecho, y tenía los brazos y el cuerpo cubiertos de cuchilladas. Yacía gimoteando sin fuerza, con un puñado de greñas sobresaliendo aún de la barba abrasada. La gorda estaba tendida a su lado, llorando desconsoladamente. El hombre antorcha debía de haberla embestido de frente, porque tenía el rostro quemado, ampollado en el lado derecho, desaparecida la ceja, con la mitad del pelo fundido con la cabeza, y de alguna manera

su cuchillo había conseguido enterrarse hasta la empuñadura en su costado derecho. Un reguero de sangre le bañaba la mejilla. El hombre que Kip había tirado al fuego estaba aún en peor estado, no obstante. Se había agarrado al espetón para frenar su caída y solo su cabeza se había hundido en el fuego, sumergiéndose directamente entre las brasas al rojo.

Había salido de las llamas a rastras, y merced a algún siniestro milagro seguía estando con vida y consciente. Gimoteaba delicadamente, como si incluso llorar le produjera dolor pero no pudiera evitarlo. Había rodado de costado, exponiendo el lado abrasado de la cabeza. Su piel no solo se había desprendido en tiras; se había pegado a los rescoldos como un pollo quemado a la sartén. Tenía el hueso de la mejilla al aire libre, calcinada la carne, revelando unos dientes teñidos de rojo a causa de la sangre que los bañaba mientras hipaba. Su ojo quemado se había vuelto blanco como la tiza.

El único que tenía alguna posibilidad de sobrevivir era el barbudo al que Kip le había aplastado los dientes. Estaba inconsciente, pero, que Kip pudiera ver, aún respiraba.

Kip se dirigió al caballo con paso tambaleante, entumecido. No tenía ningún plan. Sencillamente debía alejarse de allí. Estaba muerto de vergüenza. Llegó hasta el bruto antes de ver a los soldados. Habían rodeado el campamento, pero se mantenían al fondo de la multitud de curiosos. Kip se fijó en uno que iba a caballo, supuso que un oficial.

—Lo siento, señor, pero no podemos permitir que os vayáis —dijo el oficial—. Uno de los Libres vendrá enseguida a buscaros.

—Me atacaron —jadeó Kip, agotado—. Intentaron robarme. No… no quería… —Se acercó al caballo. El estúpido bruto no había huido. Ah, no había podido ver nada desde su posición, y estaba amarrado para que no pudiera irse aunque quisiera. Aun así, lo lógico sería que se hubiera vuelto loco. En vez de eso, allí estaba, más plácido que nunca. Kip se apoyó en él.

Con la mano izquierda. ¡Por Orholam! La piel se agrietó, se desgarró y empezó a sangrar por todas las articulaciones. A Kip se le escapó un gritito. Pero incluso pensar en el dolor le hizo volver la mirada hacia el fuego, a las personas que había asesinado, a las que aún no habían muerto pero pronto lo harían. Sentía el corazón de madera, como si debiera sentir algo más pero sencillamente le resultase imposible.

Al mirar atrás, sin embargo, vio a un joven que caminaba entre los cadáveres, examinándolos. El muchacho (no, el niño, pues no podía tener más de dieciséis años a pesar de sus elegantes ropajes) estaba quitándose unos guantes de gamuza blanca. Nariz grande y ganchuda, tez morena clara, ojos oscuros, negros cabellos alborotados. Sobre la camisa blanca destacaban unos avambrazos con cinco gruesas bandas de colores distintos sobre fondo blanco. El diseño se repetía en su capa, desde

una franja perfilada de negro que parecía algo borrosa (¿subrojo?) al rojo, el naranja, el amarillo y el verde. No había azul ni supervioleta. No hacía falta ser un genio para adivinar que se trataba de un policromo.

Pero no fue eso lo que llamó la atención de Kip. Entre todos los miles de personas que había en el campamento, entre los cientos de trazadores que debía de haber, Kip conocía a este. Había formado parte de la fuerza que masacró Rekton. Había intentado matar a Kip personalmente en el mercado fluvial. Zymun, lo había llamado su maestro. El corazón de Kip se hundió como un niño que saltara desde lo alto de una cascada.

Zymun se puso unas gafas verdes.

—Hola, amigo del fuego —dijo—. Bienvenido a nuestra guerra. Supongo que has venido a unirte a los Libres.

—Claro —dijo Kip cuando encontró la voz. ¿Los Libres?

Unos hilos de humo esmeralda se arremolinaron alrededor de las manos de Zymun.

—Para tu información —dijo—, puedes matar a quien te apetezca… aunque lord Omnícromo prefiere que no sea indiscriminado… pero cuando lo hagas, haz el favor de limpiar el estropicio después. —Extendió los brazos en un círculo marcial, muy despacio, flexionando las rodillas, como si estuviera acumulando energía. A continuación cruzó las manos en el aire y las proyectó hacia delante. Papop, pa-pop. Cuatro lanzas de luxina verde, cada una de ellas de un dedo de largo, surcaron el aire en dos andanadas. Alrededor de la fogata, casi simultáneamente, cuatro cabezas se abrieron con sendos chasquidos. Los heridos. Sus lamentos cesaron de inmediato.

Kip se quedó boquiabierto.

Zymun parecía complacido consigo mismo. Dobló las gafas verdes y las guardó en un bolsillo.

Está pavoneándose. Se vanagloriaba de ser un asesino a sangre fría.

Zymun frunció el ceño de repente cuando Kip se acercó.

—¿Cómo te llamas?

—Kip —respondió, antes de que se le ocurriera que confesar su verdadero nombre tal vez no fuese buena idea.

—Kip, tienes un diente en la cabeza.

¿Eh? Kip enseñó los dientes y los señaló con el dedo.

—De hecho, tengo todos los dientes en la cabeza. —Haz como si no quisieras vomitar, Kip. Capea el temporal.

—No, tuyo no —dijo Zymun. Se señaló el cuero cabelludo como si fuera un espejo.

Kip levantó la mano y, efectivamente, tenía un diente incrustado entre el pelo. Tiró para extraerlo, con una mueca, y sintió como un reguero de sangre se derramaba

por su cara.

—Hummm —dijo Zymun—. Será mejor que primero te llevemos con los cirujanos para que te echen un vistazo.

—¿Primero? —preguntó Kip.

—Sí, por supuesto. Lord Omnícromo insiste en conocer personalmente a todos los trazadores. Incluso a los más torpes.

71

Mientras la oscuridad se cernía sobre la inmensa hueste, Liv deambulaba entre los campamentos, cada vez más consciente de ser una chica sola y rodeada de hombres de aspecto peligroso. Montones de ellos. Hombres que se reían demasiado alto, que bebían demasiado, asustados de la batalla inminente. Y si ser tyreana hacía de ella una paria a ignorar sin más en la Cromería, aquí no gozaba de esa protección. La mayoría de los hombres la observaban con tanta sutileza que si Liv no fuera tan intensamente consciente de su soledad y no quisiera ser vista, nunca se habría percatado. Otros la observaban con tanta desfachatez que se sintió obligada a comprobarse el escote. No, era de lo más recatado.

Solo eran un puñado de payasos que llevaban demasiado tiempo lejos de sus mujeres.

Se moría literalmente de hambre, y aunque no le apetecía acercarse a ninguna de las fogatas, era la única manera de obtener no solo algo de comida, sino información.

Liv escogió una fogata con unos cuantos campesinos de aspecto campechano apiñados alrededor de una olla de caldo. No podría verlos a todos a menos que entrara en el círculo, naturalmente, pero varios de ellos parecían cordiales, y era lo único que tenía.

—Buenas noches —dijo, con una jovialidad que distaba de sentir—. Estaría dispuesta a pagar medio danar por un poco de sopa. ¿Os sobra algo?

Ocho cabezas se giraron hacia ella.

—Es demasiado humilde como para calificarlo de sopa —dijo uno de los más veteranos—. Un conejo, un par de tubérculos y los restos de una pata de jabalí entre nueve bocas. —Sonrió con humildad—. Aunque Mori encontró un pomelo que los soldados se las apañaron para pasar por alto.

Ya más tranquila, Liv se acercó. El hombre la miró a los ojos, parpadeó y dijo:

—Si te están acosando, deberías ponerte las gafas, jovencita.

—¿Acosando? ¿Por qué lo dices? Y me llamo Liv, gracias.

—Estás más nerviosa que una cierva bebiendo a orillas del río, por eso lo digo. —El hombre le dio una taza de latón que contenía unos pocos tropezones. Cuando Liv hizo ademán de pagar, se lo impidió con un gesto. Liv se tomó la sopa aguada y se comió el pomelo que le dieron, pequeño y algo verde todavía, limitándose principalmente a observar desde su asiento.

Al cabo, los hombres reanudaron sus conversaciones sobre la guerra, el tiempo y las cosechas que no se habían tomado la molestia de plantar ese año, los árboles que no se habían molestado en podar porque, cuanta más fruta dieran, más tiempo pasarían los bandidos cerca de sus aldeas. No eran malas personas. Parecían bastante decentes, de hecho. Tenían sus quejas sobre el rey Garadul, y alguien masculló algo

acerca de un tal «lord Omnícromo» antes de recordar que había una trazadora presente, pero reservaban su odio para los ocupadores.

Los entresijos del sistema de rotación de Garriston eran un misterio para ellos. No distinguían entre ocupadores mejores y peores. Los aborrecían a todos por igual. Uno había perdido una hija hacía años, cuando una patrulla atravesó su aldea y uno de los oficiales sencillamente se la llevó. Había acudido a Garriston en un intento por encontrarla, pero nunca había vuelto a verla. Los demás estaban allí en parte por su amigo, en parte porque no tenían otra cosa que hacer y conquistar una ciudad podría dejarles unas cuantas monedas en las manos, y en parte porque odiaban a los extranjeros.

Aquellos hombres estaban dispuestos a morir y a matar por una ofensa cometida hacía diez años por alguien de otra nación.

Aunque Liv se sintiera con fuerzas para discutir con ellos, no conseguiría nada. Pobres diablos con los que en otras circunstancias podríamos trabar amistad, había dicho su padre. Cuando terminó de cenar, se puso las gafas amarillas, trazó unas antorchas de luxina que durarían unos cuantos días para agradecerles el caldo y la fruta, preguntó dónde estaba el campamento de los trazadores y prosiguió su camino.

Nadie la molestó. Alguien empezó a decirle algo al cruzarse con ella, pero el comentario se marchitó en sus labios al reparar en las gafas tintadas; incluso ahora, de noche, respetaban a los trazadores.

Las tiendas de los trazadores estaban aisladas de las demás; no porque las hubieran vallado ni rodeado de guardias, sino porque era evidente que nadie quería acampar excesivamente cerca de ellos. Liv se quitó las gafas pero las dejó a mano, por si acaso le salía alguien al paso.

Dejó atrás una carreta rodeada de Hombres Espejo y pintada por completo de violeta; curioso, pero no aminoró el paso. Caminaba con brío, como si se dispusiera a cumplir alguna orden. Era un truco que había aprendido en la Cromería. Si remoloneabas, algún trazador veterano te buscaría algo que hacer. Si parecías atareada, podías salir con bien prácticamente de cualquier situación.

Pasó frente a varias fogatas ante las que los cocineros y un gran número de esclavos servían manjares y vino o cerveza a los trazadores reunidos, todos los cuales lucían sus colores en las muñecas, ya fuera con muñequeras de tela, avambrazos de metal u ostentosos brazaletes, en el caso de algunas de las mujeres. También los dobladillos de sus capas y vestidos delataban sus respectivos colores. Aparte de eso, todo el mundo vestía a su antojo. En general, sin embargo, estos trazadores estaban mucho más interesados en proclamar sus colores a los cuatro vientos con grandes franjas integradas en su atuendo de lo que era común en la Cromería, donde las mujeres podían usar una sola horquilla para el pelo para informar a los demás de que era verde.

Formaban un grupo alborotador y privilegiado, pero mientras Liv observaba desde las sombras, vio que aquí las mujeres y los hombres a menudo miraban de reojo hacia el sur; no al enorme pabellón guardado por trazadores y Hombres Espejo por igual que Liv supuso que era la residencia del rey Garadul, sino hacia otro grupo de hogueras. Agarró una jarra de vino de una de las mesas de los esclavos y encaminó sus pasos en esa dirección. En la oscuridad, su atuendo no difería demasiado del de cualquier esclava.

Lo que vio más allá de las formas de los esclavos la dejó sin aliento. Unas personas, o unos monstruos con forma humana, conversaban, bebían, hacían cabriolas y trazaban.

Más cerca de Liv, un círculo de trazadores azules, la mitad de ellos con gafas del mismo color, y todos tan repletos de luxina que esta les teñía la piel a la luz de las llamas, hablaban con una mujer que parecía hecha de cristal.

Durante largo rato, Liv no tuvo ni idea de lo que estaba mirando. Eran trazadores, no obstante, eso saltaba a la vista, y había luxina por todas partes. Perjuros. Dementes. Ruinas. Engendros de los colores. Liv apenas si fue capaz de encajarlo.

Estos seres contravenían todas las enseñanzas que Liv había recibido. Distinguió únicamente detalles dispersos. Un ojo con el halo fragmentado. La mujer de cristal, trazando una matriz en el aire mientras los demás azules escuchaban. Verdes riendo, bailando alrededor de una hoguera, saltando sobre unas piernas sobrenaturalmente ágiles, más altos que ningún hombre que Liv hubiera visto jamás, dando volteretas cuyas trayectorias se cruzaban en el aire. Un hombre y una mujer, con la piel siempre verde pero sin transformar todavía, estaban en pie, abrazados, restregando las caderas, danzando con tanta lascivia que… no, la mujer tenía la falda recogida alrededor de la cintura. A la vista de todos, incluidos algunos trazadores que los jaleaban, estaban…

Con las mejillas súbitamente encendidas, Liv desvió la mirada. Un amarillo arrojaba bolitas de luxina amarilla al aire mientras un azul les disparaba balas azules; el impacto provocaba que cada una de las pequeñas dianas explotara con una descarga de luz.

Pero la mirada de Liv se sentía atraída sobre todo por los engendros de los colores completos. Ni siquiera allí abundaban. En la Cromería solo había oído rumores sobre estas criaturas. Contaban que por regla general todos los que rompían el halo enloquecían o morían… o enloquecían y se dedicaban a asesinar a los demás, la mayoría de las veces. Esa amenaza era lo que hacía tan necesario el Pacto. Orholam había creado la magia para servir a la humanidad, y los trazadores juraban servir a su comunidad. Los perjuros únicamente perseguían sus propios fines y constituían un peligro para los demás.

Pero siempre habían circulado leyendas sobre aquellos que se reformaban. Allí y

ahora, Liv veía que no se trataba de ningún disparate. Allí y ahora, estos trazadores estaban enseñándose unos a otros cómo se hacía. Liv observó a la mujer de cristal azul. Era extrañamente hermosa. Los cabellos cristalinos, unas fundas oculares con forma de diamante ceñidas sobre los ojos, la piel de cristal inmaculada, rota en un millar de facetas, cubriendo hasta la última curva natural de su cuerpo. Había resuelto el problema de cómo trazar por las malas, desatando luxina azul sobre un cuerpo que debía ser capaz de moverse y flexionarse para crear miles, decenas de miles, de diminutos cristales. Su cuerpo relucía, resplandecía, rutilaba a la luz de las llamas mientras erguía el torso como una bailarina para mostrar a sus discípulos lo que había logrado. Al reír, exhibía unos dientes desconcertantemente blancos contra los brillantes labios azules. Adoptó de improviso una pose marcial; unas defensas erizadas de púas le recubrieron los antebrazos, y unas placas de luxina azul se condensaron sobre su piel a modo de blindaje.

¡Mierda!

—¡Oye, caleen! ¡He pedido vino! —dijo una voz.

Al girarse, Liv se encontró cara a cara con un hombre con el cuerpo oculto bajo una capa de quemaduras cicatrizadas. Un subrojo, con los halos salpicados de rutilantes esquirlas de cristal flamígero. Liv llenó de vino el vaso que le tendió, temblorosa, rehuyendo su mirada hasta que la apartó. El hombre sostenía una pipa de cencellada en una mano, y había quemaduras recientes repartidas por toda su piel. Al fijarse un poco más, Liv comprendió que eran intencionadas. El hombre se proponía cicatrizar toda su piel hasta perder la sensibilidad. Mientras tanto, debía sobrellevar el dolor por cualquier medio a su alcance.

Tenía que ser sumamente peligroso estar siquiera en las proximidades de un trazador de fuego enloquecido. Controlarse le costaría un esfuerzo tremendo en circunstancias normales, y ahora estaba ebrio y colocado con cencellada.

El hombre acababa de irse cuando Liv vio que una llamarada se alzaba hacia el firmamento nocturno a escasos cientos de pasos de distancia. Se detuvo, al igual que unos pocos de los engendros de los colores, que intercambiaban codazos entre sí y señalaban con el dedo.

Fuera lo que fuese, el trazador responsable debía de ser muy poderoso. La cantidad de fuego que se había dispersado en la noche era tremenda. ¿De dónde había obtenido la luz necesaria para hacer algo así? ¿De alguna de las hogueras?

El fenómeno se repitió y las llamas pintaron el cielo durante varios segundos. Liv sintió que se le formaba un nudo de pavor en la garganta. ¡Kip! No, era absurdo. Kip era verde y azul. El fuego, el subrojo, se encontraba en la otra punta del espectro. No podía tratarse de Kip. Los engendros de los colores se limitaron a carcajearse, como si el responsable fuera uno de los suyos que estuviera divirtiéndose.

Por Orholam, podrían asesinar a Kip ahí fuera, en la noche. Liv tenía que irse.

Se giró y se dispuso a salir del campamento. A punto estuvo de arrollar a una docena de Hombres Espejo que escoltaban fuera del pabellón del monarca a una mujer cubierta con un vestido negro espectacular. Unas fundas oculares violetas le ceñían los ojos. Liv frenó en seco. Era Karris.

Pasaron junto a ella sin detenerse, pero Liv sabía sin lugar a dudas cuál era su destino. Karris era prisionera en la extraña carreta de color violeta que había visto antes. Tendría que haberlo adivinado.

Aun así, cualquier posible rastro de alegría que pudiera proporcionarle el haber encontrado a Karris (sin sombra de duda, el primer día, en un campamento que contenía cien mil almas o más) palidecía ante el miedo que sentía por Kip.

Cuando salió de la zona de los trazadores se puso las gafas amarillas. Nadie la importunó. Llegó puntual al lugar de reunión acordado con Kip, pero él no estaba. Aquella noche no volvió a verlo.

Al día siguiente averiguó que un muchacho fuerte de piel tyreana y ojos azules, al verse agredido, había matado a cinco hombres (o a diez, o a veinte, o también a cinco mujeres, según los rumores) y rasgado los cielos con columnas de fuego. Se había marchado en compañía de varios trazadores y Hombres Espejo. Contra toda probabilidad (Kip no podía trazar subrojo), la intuición de Liv demostró ser correcta. Se trataba de Kip. Estaba segura de ello. Alguien había trazado fuego, alguien había asesinado a esas personas, y Kip había sido arrestado.

Dedicó dos días completos a buscarlo. Sin éxito.

72

Gavin dio la señal mientras el sol arrastraba los pies hacia el horizonte. Los látigos de los carreteros restallaron. Los caballos de tiro se pusieron en marcha. Los arneses se tensaron, al igual que las cuerdas sujetas a los grandes puntales de luxina amarilla. Al cabo, los soportes se desplomaron, alejados de la avalancha por la tenacidad de los nobles brutos.

La última capa de luxina amarilla golpeó el suelo con estrépito, sacudiendo la tierra. Gavin acudió rápidamente para cerciorarse de que todo hubiera salido según lo planeado.

—¡Una legua de distancia! —avisó Corvan. Se encontraba en lo alto de la muralla, con la mirada vuelta hacia el inmenso ejército del rey Garadul.

—¡Mierda!

—¡Lord Prisma, aquí! —exclamó uno de los ingenieros.

Gavin se acercó corriendo. El último de los numerosos problemas con los que se había tropezado mientras construía una muralla compuesta prácticamente por completo de luxina amarilla era que toda esa luxina debía sellarse. El sello era siempre el eslabón más débil de la cadena. Si uno lograba atravesar esa barrera (tarea titánica, pero aun así posible), la estructura entera se desmoronaría. Que su muralla se dividiera en secciones conllevaba que cada una de ellas contuviera múltiples sellos. Si alguna de las secciones fallaba, sería catastrófico; una sección entera de la muralla, de cincuenta pasos de grosor, se reduciría a luz líquida en cuestión de momentos.

Ese era probablemente el motivo de que antes de Gavin nadie hubiera sido tan idiota como para erigir una muralla de luxina amarilla.

La solución era la simplicidad encarnada: dos capas de luxina, protegiéndose mutuamente, con los sellos en la cara interior. Esa parte era algo habitual entre los trazadores, pero el sello era siempre lo último que se tocaba. De modo que en realidad no podía ocultarse dentro, no en algo tan grande como una muralla. Se podía proteger un sello recubriéndolo de más luxina y sellándola a continuación, pero al menos un sello estaría siempre en el exterior. Cualquier otro trazador habría cubierto el sello, y cubierto después ese sello, y cubierto a continuación el siguiente, y listo.

Gavin no se conformaba con eso. Había construido la segunda capa de la muralla completa sobre soportes. A continuación había construido ambos lados, sellándolos desde el interior. Cuando los caballos de tiro derribaron los puntales y la segunda capa de la muralla se hundió en su sitio, dejó una estructura cuyos sellos (por primera vez en la historia, que Gavin supiera) estaban realmente protegidos, no solo por luxina amarilla, sino por el vasto peso de la misma muralla. A medida que cada una de las secciones se montaba en la siguiente, resultaba cada vez más complicado que alguien levantara la muralla para acceder a los sellos.

Gavin estaba construyendo algo monumental, algo puro, y se sentía exultante. Esta edificación permanecería en pie mucho después de su muerte. Pocas personas podían decir lo mismo. Las gentes del lugar ya se referían a ella como la Muralla de Agua Brillante.

Al llegar junto al ingeniero que lo había llamado, Gavin descubrió que uno de los soportes no se había soltado por completo. La muralla había caído encima de él, enterrando la columna de dos pasos de ancho casi hasta la mitad en la tierra, lo que impedía que el muro encajara sin fisuras en la sección adyacente.

—¡Tres minutos para que nuestra artillería esté en posición! —llamó Corvan desde lo alto.

¡Josdeperra! Gavin se arrodilló junto al enorme puntal amarillo y se apresuró a excavar en el suelo con las manos a su alrededor. El soporte, al contrario que las secciones de la muralla, estaba sellado justo en la superficie precisamente en previsión de este tipo de eventualidades. Justo… ¡aquí! Gavin envió un poco de subrojo al sello y el soporte entero se disolvió, líquida de repente la luxina amarilla. El muro se asentó con un murmullo sordo.

Gavin había afinado demasiado con los márgenes de error. Debería haber permitido que esas juntas coincidieran aunque la alineación no fuera perfecta. Lo diminuto de los resquicios confería más resistencia a la muralla y mantendría secos a los soldados del interior aunque se desatara una tormenta, pero aun así…

Desvió su atención del muro por primera vez en horas (parecía que hubieran transcurrido días, aunque tan solo comenzaba a atardecer) y miró a las personas reunidas, en busca de las que necesitaba.

Se habían dado cita a millares. La mayoría de los habitantes de Garriston querían ver cómo se erigía la muralla. Los vendedores ambulantes habían plantado tenderetes y carros. Los juglares deambulaban de un lado a otro, tocando sus instrumentos y solicitando monedas al público. Los soldados mantenían las calles despejadas y empezaban a acarrear equipo, pólvora, cuerdas y munición para los cañones, además de leña para los hornos y armaduras, flechas y mosquetes adicionales. Otros comenzaron a operar las grúas en cuanto la segunda capa encajó en su sitio. Los trazadores recorrían el interior de la muralla, sellando todas las grietas que encontraban, buscando defectos que reparar o desperfectos que requirieran la intervención de Gavin. También los Guardias Negros, casi un centenar de ellos, vigilaban los alrededores.

Ya habían dado la orden de evacuar la ciudad, pero carecían de los hombres necesarios para hacerla valer. La gente sentía demasiada curiosidad. Todos sabían que jamás en toda su vida volverían a ver nada igual. Gavin no podía ocuparse de eso ahora mismo. La imposibilidad de la tarea le oprimía el pecho.

—¡Capitán! —llamó Gavin—. Conocéis el proceso. Que los carreteros se den

toda la prisa que puedan. Faltan dieciséis secciones más. Enviad la mitad de los equipos al extremo oriental y que la otra mitad empiece a trabajar desde aquí. Coged seis trazadores. Vosotros cuatro, tú y tú. Ya habéis visto cómo se hace. Pues hacedlo.

»¡General Danavis, informe! —Menos de una legua, a estas alturas. Debería bastar.

Gavin se trasladó al interior del gran arco que habría de contener la puerta. Había agujeros abiertos, tubos que recorrían la inmensa curvatura del muro en su totalidad. Gavin se llenó de luz y vertió luxina verde en los canales. Eso conferiría algo de flexibilidad a la pared, pero también resistencia para encajar las embestidas de los arietes. Selló los extremos de los tubos de luxina verde.

—Lord Prisma —dijo Corvan, con un telescopio recién trazado a la altura de los ojos—. Parece que sus caballerías están desplegando la artillería delante del ejército. Saben que carecemos de escaramuzadores con los que aplastarlos. ¡Condenados espías! No veo ninguna culebrina, pero sabemos que cuentan con media docena. Si disparan desde el alcance máximo eficaz… —Hizo una pausa mientras realizaba los cálculos de cabeza. El alcance máximo eficaz era, literalmente, la mayor distancia a la que podían aspirar los artilleros, pero los casi dos mil pasos de las culebrinas de mayor tamaño convertían la puntería en algo superfluo—. Podrían empezar el bombardeo de un momento a otro si sus cuadrillas tienen experiencia. Dentro de escasos minutos, aunque no la tengan.

No eran las culebrinas lo que preocupaba a Gavin. Debido a la trayectoria de esos grandes cañones, sus disparos golpearían la cara externa del muro. La Muralla de Agua Brillante podía encajar todos los impactos directos que le echaran. Tendrían que acercarse considerablemente para disparar los obuses de trayectoria más elevada, y más aún para los morteros que sembrarían el caos entre los curiosos más obstinados detrás del muro. Los cañones de Garriston deberían eliminar esa amenaza antes de que los artilleros enemigos pudieran colocarse en posición, apuntar y cargar.

—Maldita sea, busca a alguien que no tenga nada más importante que hacer y haz retroceder a esas condenadas personas —ordenó Gavin—. ¡Esto no es una excursión del Día del Sol! ¡Los proyectiles empezarán a caer donde están plantados dentro de diez minutos! —Gavin se giró hacia el general Danavis—. Empezad a disparar en cuanto podáis. ¡Conseguidme algo de tiempo, general!

Gavin sintió más que comprobó cómo la siguiente sección de la muralla encajaba en su sitio. La gente correteaba sin cesar de un lado a otro, pero apartó ese pensamiento de su mente y se concentró en el problema más importante ahora, después que la muralla comenzaba a cobrar forma.

Aún no había construido la puerta.

Se dirigió corriendo a una de las grúas que estaba depositando suministros en lo alto de la muralla. Empezó a levantarse del suelo mientras se acercaba, ganando

velocidad. Gavin saltó y arrojó dos garfios de luxina verde y azul que se engancharon a los costados del cargamento. Se encaramó mientras se elevaba rápidamente. Bajó de un salto en cuanto el cargamento se posó en lo alto de la muralla, sobresaltando a los soldados que operaban la grúa. Se quedaron paralizados.

—¡A trabajar! —rugió. Dieron un respingo y pusieron manos a la obra.

Gavin corrió por el adarve, esquivando a los hombres que le bloqueaban el camino, para regresar al arco que cubría el hueco donde tenía que trazar la puerta.

Puño Trémulo estaba ladrando órdenes, enviando un grupo reducido de Guardias Negros al lado de Gavin (como si pudieran hacer algo para protegerlo de los cañonazos enemigos), pero no tantos como para entorpecer a los defensores que intentaban preparar la muralla para un centenar de tareas. Los demás Guardias Negros adoptaron posiciones frente al hueco de la puerta.

Como ocurría en todas las batallas, sencillamente había demasiadas cosas que ver, era imposible imponer algo de orden en la marabunta de actividades que se sucedían sin cesar. Gavin miró hacia el sol que flotaba sobre el horizonte.

Dos horas. Solo necesito dos horas. Proteger a estas personas es uno de mis grandes propósitos que tienes que aprobar. De modo que si estás ahí arriba, ¿te importaría mover el santo culo y echarme una mano?

El general Danavis llevaba una semana organizando, adiestrando, ascendiendo, despidiendo y entrenando a los defensores de Garriston. Veinte horas al día, a veces veintidós. Era inhumano, y sin embargo no era suficiente. Gavin estaba acostumbrado a la disciplina y la facilidad de trabajar con veteranos. Hacia el final de la Guerra de los Prismas, sus hombres actuaban como uno solo. Proveer de suministros a esta muralla les habría llevado a sus veteranos literalmente una tercera parte del tiempo que estaban tardando estos hombres. Sus expertos cañoneros estarían ya en posición, marcando las distancias. Estas personas apenas se conocían, menos aún confiaban las unas en las otras. Eso hacía que todo fuera insoportablemente lento, una lentitud a la que Gavin estaba tardando en acostumbrarse.

Estamos condenados.

Pero entonces trazó una plataforma improvisada para salir al frente del arco abierto (necesario para reunir algunos de los hilos de luxina abiertos) y vio por primera vez la muralla tal y como la verían sus adversarios.

El condenado artista había creado su obra maestra.

Gavin había rellenado todos los moldes, pero siempre en suspensión sobre ellos, y mientras encajaba las secciones había estado siempre al otro lado del muro. Ahora podía admirar el conjunto.

La muralla entera (una inmensa legua curvada) resplandecía con el color del sol que despunta sobre el horizonte. Su fulgor provenía del amarillo líquido, a un pelo de ser amarillo perfecto y sólido, que flotaba tras la primera capa de amarillo perfecto.

El amarillo líquido repararía cualquier desperfecto que sufriera la fachada. Pero luego, en el interior de esa fina capa, Gavin vio que sus antiguos trazadores, sin duda bajo la dirección de Aheyyad, habían añadido su toque personal. Cuando el enemigo se acercara, vería que la muralla entera estaba infestada de criaturas espeluznantes. Arañas del tamaño de una cabeza humana parecían reptar por la pared, detenerse, chasquear las diminutas mandíbulas. Pequeños dragones parecían girar y realizar picados en pleno vuelo. Rostros ceñudos se materializaban entre las brumas. Una mujer huía de un ser con colmillos y era descuartizada y devorada con vida, pintadas de desesperación sus facciones. Un hombre que parecía estar caminando al pie de la muralla era apresado por unas manos que surgían de la niebla y se lo llevaban a rastras. Hermosas mujeres transformadas en monstruos de lengua bífida y zarpas inmensas. Regueros y charcos de sangre en el suelo. Y eso era solo lo que Gavin pudo apreciar de un vistazo. Era como si los trazadores se hubieran puesto de acuerdo para conjurar todas las pesadillas que hubieran sufrido alguna vez y plasmarlas en la muralla. Se trataba de ilusiones, todos ellos meros espejismos encerrados en el muro, pero eso el enemigo no lo sabría al principio, y aunque lo supiera, resultaba tan sobrecogedor como la mismísima noche eterna. Mejor aún, sin duda distraería a los enemigos y mosqueteros rivales, cuyos disparos contra las buhederas ocultas tras estas imágenes serían menos precisos.

Y esas eran únicamente las grandes secciones lisas de la pared. Desde cada una de las ménsulas, la ceñuda y amenazadora figura de un Prisma contemplaba a los atacantes. Gavin se fijó y vio que todos los Prismas de los últimos cuatrocientos años habían sido trazados en la muralla, con Lucidonius a la diestra de la efigie que lo dominaba todo y el propio Gavin a la izquierda. Sobre ellos, sobre el inmenso hueco de la puerta, se cernía la imponente figura del mismísimo Orholam, radiante y furioso, enmarcando los arcos de la puerta con sus brazos en jarras. Quien asaltara esta puerta estaría agrediendo a Orholam y a todos sus Prismas. Un ardid brillante para poner nerviosos a los atacantes. Cada una de las figuras, incluida la de Orholam, contenía matacanes ingeniosamente disimulados desde los que arrojar piedras, fuego o magia sobre los agresores.

Gavin maldijo entre dientes. Había dedicado al menos cinco segundos a admirar su condenada muralla. No le sobraba tanto tiempo.

Por un momento pensó en cerrar sencillamente el hueco de la puerta, crear una muralla pura. Pero llegados a este punto, el proceso no sería más rápido. Los moldes de la puerta ya estaban preparados. Lo único que tenía que hacer era rellenarlos y sujetarlos; solo por un costado, el ingenioso proceso empleado en el resto de la muralla debería esperar. Mañana, si seguían con vida.

Gavin reunió las bobinas de supervioleta que conectaban toda la superestructura de la muralla y empezó a verter luxina amarilla.

Por Orholam, estaba agotado. Llevaba los últimos cinco días trazando hasta el límite de sus fuerzas, y toda esa jornada en particular desde el amanecer. Un trazador normal habría enloquecido hacía tiempo. Incluso la mayoría de los Prismas se habrían matado con la cantidad de luxina que había trazado Gavin. Los demás también lo sabían. Era innegable que Gavin se había vuelto más poderoso desde la guerra, y mucho más eficiente. Había notado que algunas de las mujeres, como Tala (a quien nunca en toda su vida había visto que nada la impresionara), lanzaban miraditas de soslayo en su dirección en momentos de descuido pasajero, como si las atemorizara. Pero ni siquiera él podía seguir trazando eternamente.

Así y todo vertió luxina amarilla perfecta en los moldes. El verdadero Gavin no podría haberlo hecho: no era supercromado, no podía trazar un amarillo perfecto. Pero Gavin no podía quedarse a medias. Cuando se trataba de luxina amarilla, lo «suficientemente bueno» nunca era bastante; si no se trazaba a la perfección, se disolvería. Así de sencillo.

Algo sacudió la muralla y Gavin estuvo a punto de perder el equilibrio. Alguien lo sujetó. Vio a Puño Trémulo en pie a su lado, sosteniéndolo. Un instante después oyó el retumbo rezagado de la artillería lejana.

—Te tengo —dijo Puño Trémulo. Distaba de ser tan enorme como su hermano mayor, pero también él llevaba mucho tiempo al servicio de Gavin. Debió de reparar en la mirada vidriosa y estupefacta de Gavin, porque añadió—: Nuestros cañones entrarán en acción de un momento a otro. No te… distraigas. —No te alarmes, quería decir. No te asustes. No estropees la puerta y consigas que nos maten a todos.

Más disparos de la artillería del ejército del rey Garadul comenzaron a caer en el campo, en su mayoría lejos de la Muralla de Agua Brillante. El sonido de las culebrinas enemigas se convirtió en una tormenta a lo lejos. Gavin hizo acopio de fuerza de voluntad y siguió trazando. No se dio cuenta de que estaba tambaleándose hasta que sintió las grandes manos de Puño Trémulo en los hombros. Varios Guardias Negros más se acercaron.

—¡Levantad la capucha! —bramó el general Danavis.

Mientras la luxina amarilla brotaba de las manos de Gavin y se derramaba en los moldes a sus pies, sintió que la muralla se estremecía conforme las distintas secciones de la capucha encajaban en su sitio, dirigidas por contrapesos. La capucha era un invento de su arquitecto. Básicamente se trataba de un tejado de quita y pon a utilizar durante los bombardeos de artillería. Había ocasiones de sobra en que era preferible un tejado abierto; para recoger agua de lluvia, cuando el calor era asfixiante, o cuando los hombres debían acarrear grandes pesos, o cuando las carretas tenían que recorrer la muralla de un extremo a otro. Pero durante un bombardeo, escudaría a los defensores de los obuses y el fuego de mortero. Las baterías del muro se beneficiaban del mismo diseño defensivo básico de las aspilleras para las flechas; disponían de un

amplio ángulo de tiro, y solo un impacto directo por parte del otro bando las dejaría fuera de combate.

—¿Qué diablos es eso? —exhaló Puño Trémulo. Gavin no lo habría escuchado si el hombre no estuviera prácticamente abrazado a él. Y Puño Trémulo no solía hablar por hablar.

Gavin levantó la cabeza, concediéndose un pequeño respiro, y escudriñó la llanura.

El ejército continuaba acercándose, atronador, acortando distancias con las culebrinas. En la vanguardia estaban las cuadrillas encargadas de desplegar los obuses; los defensores todavía no habían disparado ni un solo tiro, hecho que inspiró al general Danavis para increpar a las cuadrillas que tenía más cerca.

Pero Puño Trémulo no había maldecido por eso. A la cabeza del grueso del ejército, cada vez más cerca de las posiciones de los cañones más adelantados, había más de un centenar de hombres y mujeres, algunos iban a caballo, otros avanzaban corriendo. Todos ellos se cubrían con ropajes de vivos colores. El modo en que se movían los verdes, brincando y saltando, devorando las leguas con cada zancada, indicó a Gavin que no se trataba de simples trazadores. Eran engendros de los colores, y se dirigían directamente a la puerta.

Llegarían a la muralla en cuatro minutos, a lo sumo.

Cuatro minutos. Gavin contempló la puerta a medio formar. Si no se preocupaba de los goznes, si se limitaba a fundir la condenada puerta con la muralla, podría lograrlo. Con suerte. Elevó la mirada al sol, reuniendo poder. Faltaba menos de una hora para que anocheciera. Las festividades de la víspera del Día del Sol comenzarían en cuanto el último rayo de sol desapareciera del horizonte. Los atacantes, ya fueran herejes, paganos o fieles, no combatirían durante el Día del Sol. El Día del Sol era sagrado incluso para los dioses que Lucidonius había desterrado.

Si conseguían contener a los asaltantes durante esa hora, tendrían una oportunidad. El Día del Sol les proporcionaría el tiempo que necesitaban para reforzar las puertas y distribuir los suministros y los arsenales.

Un día. Una hora. Cuatro minutos que decidirían el resultado de esta guerra. Todo dependía de él. Gavin no pensaba rendirse. Aún le quedaban cuatro minutos.

Las culebrinas de la muralla respondieron por fin a las del campo, pero los disparos eran precipitados y no rozaron siquiera ni los emplazamientos de la artillería enemiga ni la desenfrenada carga de los engendros de los colores. Eran cada vez más los disparos del rey Garadul que se estrellaban contra la muralla; todos ellos rebotaban en la luxina amarilla con un crujido, un silbido y una explosión de luxina amarilla mientras el muro absorbía el golpe y se regeneraba.

Los moldes que Gavin estaba rellenando de luxina se encontraban repletos ya en sus tres cuartas partes. Lo bañaban con la vivificante fragancia que tanto recordaba a

la menta y el eucalipto, pero así y todo comenzaba a agotarse. Dirigió la mirada hacia los engendros de los colores. Menos de dos minutos.

Orholam, estoy intentado hacer una buena obra. Un gran propósito, Orholam. Generoso y todo eso. Te gusta que la gente sea generosa, ¿verdad?

Puño Trémulo dejó a Gavin al cuidado de otro soldado sin dejar de impartir órdenes a voz en grito a los Guardias Negros del suelo. El general Danavis dio instrucciones a las tropas para que confluyeran en la puerta y formaran filas detrás de la muralla. Los curiosos empezaban a dispersarse. El griterío era ensordecedor, pero Gavin ni siquiera podía distinguir las palabras.

Ante él refulgieron unos estallidos de magia. Los engendros lo habían visto. Le arrojaban misiles, fuego y todo lo que se les ocurría, pero los Guardias Negros repelían los ataques.

Gavin siguió trazando. Los engendros de los colores estaban ya a tan solo doscientos pasos de distancia, corriendo tanto como se lo permitían las piernas. Le quedaban meros segundos. Un cañón rugió a la derecha de Gavin y alcanzó a una docena de engendros, reduciéndolos a jirones. Pero las criaturas que venían detrás de ellos saltaron entre la nube de sangre, humo y extremidades amputadas, feroces sus rictus, inhumanos, resplandecientes.

Mientras trazaba los últimos restos de luxina amarilla para rellenar el último molde, Gavin apretó los hilos que tenía en la mano. ¡Iba a lograrlo! Se disponía a sellar la luxina cuando una bala de cañón embistió los moldes. Toda la fuerza del increíblemente afortunado disparo se transmitió a las manos de Gavin. Fue como estar sujetando una cuerda y que alguien la tirara al vacío con un yunque amarrado al otro extremo.

La luxina escapó instantáneamente de las manos de Gavin. La puerta y el proyectil golpearon el suelo al pie del arco. La bala de cañón embistió a los Guardias Negros y a la docena de civiles boquiabiertos que contemplaban aún el espectáculo. La puerta (luxina amarilla sin sellar, liberada de improviso) siseó y se deshizo en forma de luz antes de que Gavin pudiera hacer nada por impedirlo.

En cuestión de dos segundos, la puerta se disgregó en la nada y desapareció. Y con ella, las esperanzas de Garriston.

73

Gavin se desplomó. O lo habría hecho si dos Guardias Negros no lo hubieran sostenido y arrastrado lejos del borde. Quería resistirse, levantarse, pero estaba tan mareado que ni siquiera era capaz de expresar sus pensamientos con palabras.

Se perdió la primera embestida, justo debajo de su posición, pero la oyó, la sintió. Los aullidos de hombres y mujeres armándose de valor, dando voz a la rabia y el miedo, haciendo acopio de fuerza de voluntad para trazar. A continuación, unas oleadas de calor y el estremecimiento del impacto, los crujidos de las armaduras, los gruñidos de los hombres y los engendros. Y después los gritos. Siempre los gritos.

—¡¿Dónde están mis mosquetes?! ¡Ordené que los trajeran hace dos horas! —se desgañitaba el general Danavis, entre juramentos. Se erguía a diez pasos de distancia de Gavin, asomado a las buhederas y los matacanes para seguir la batalla que se desarrollaba bajo el arco de la puerta. Sus soldados se limitaron a pestañear. De la veintena de hombres, solo dos tenían mosquetes—. ¡Disparad, malditos seáis! —les imprecó—. ¡Tú y tú, id a buscar más mosquetes! ¡Venga! —Dicho lo cual se perdió de vista, sin dejar de arengar a las cuadrillas de artilleros.

Los Guardias Negros arrastraron a Gavin hasta el borde de la muralla. La capucha que la cubría dejaba tan solo unos pocos sitios abiertos, bien al frente o atrás. Encontraron uno por el que las grúas estaban izando sus cargamentos. Un Guardia Negro bicromo trazó un tobogán verde y azul hasta el suelo.

—¿Qué hacéis? —preguntó Gavin.

—Vamos a poneros a salvo, señor. —El hombre se lanzó por el tobogán.

Gavin estaba mirando a través de la brillante pasarela formada por la capucha que conducía hasta una de las culebrinas. Sus artilleros habían efectuado un disparo y tenían la mirada fija en el campo, señal inequívoca de que carecían de experiencia. Solo hacía falta una persona para ver dónde impactaba el proyectil y corregir la trayectoria. Los demás ya deberían estar recargando. Pero transcurridos unos instantes, prorrumpieron en vítores.

—¡Le dimos!

Gavin no podía ver a qué le habían dado, pero mientras la cuadrilla reanudaba su actividad, detectó un destello de movimiento.

—¡Está asegurada! —informó la Guardia Negra desde el suelo, en la base de la Muralla de Agua Brillante.

Unas garras verdes se engarfiaron en las almenas justo delante del equipo de artillería. ¿Qué? Gavin sabía que los engendros verdes imprimían la flexibilidad de la luxina verde a sus piernas, pero nunca había visto a ninguno capaz de elevarse ni siquiera hasta la mitad de la altura de esa muralla. Gritó una advertencia, apuntando con el dedo, pero no antes de que la bestia se abalanzara sobre los artilleros. Sus

manos, transformadas en unas zarpas inmensas, hicieron pedazos a cuatro hombres antes de que estos se percataran siquiera de su presencia. La sangre surcó el aire en grandes parábolas que salpicaron las paredes. Los tres hombres restantes vieron a la bestia, pero se quedaron petrificados. Solo uno de ellos llegó a intentar al menos coger uno de los mosquetes que había apoyados en la cara interior de las almenas.

El engendro verde le partió la cabeza en tres grandes pedazos con ambas zarpas, que se hundieron hasta la mitad del cráneo.

Los Guardias Negros no titubearon más de medio segundo. Tampoco ninguno de ellos había visto nunca un engendro de los colores. Cuatro Guardias Negros se adelantaron, casi al unísono. Los dos de delante echaron la rodilla al suelo para despejar la línea de tiro sobre sus cabezas. Bajaron las manos simultáneamente; uno la levantó ya lista para trazar; el otro, con una pistola.

Los gatillos chasquearon, los pedernales impactaron, pero en los dos segundos que se tardaba en disparar una pistola, la luxina brotaba ya de todos los trazadores. Una bola de luxina azul como un puño empujó al engendro verde contra la pared. Un pegote de luxina roja le salpicó el costado y la espalda, pegándolo a la superficie. El suelo se cubrió de viscosa luxina naranja por si conseguía liberarse. Pero esa medida no era necesaria. Las garras del engendro verde seguían estando enterradas en la cabeza del desdichado artillero, y la criatura no tuvo tiempo de reaccionar antes de que las llamas del último Guardia Negro golpearan la luxina roja y le prendieran fuego.

Tres pistolas rugieron en ese momento. Los tres disparos alcanzaron al engendro verde en el pecho. De las heridas brotaron surtidores de luxina verde y sangre roja, excesivamente humana. El engendro se hubiera desplomado, pero la luxina roja continuó inmovilizándolo contra la pared mientras ardía.

—¡Atrás! —chilló una Guardia Negra. Avanzó mientras vertía más pólvora en la cazoleta. Se le debía de haber encasquillado la pistola. Amartilló el arma, apuntó y apretó el gatillo. Un segundo después, la cabeza del engendro verde, aún en llamas, estalló en mil pedazos.

Los Guardias Negros ya habían empezado a recargar. Gavin sabía que, para la mayoría de ellos, se trataba de su primera contienda. Su primera sangre derramada. Sin embargo, todos recargaron las armas sin mirar. Era algo que les enseñaban a hacer solo en circunstancias de peligro extremo e inmediato (inspeccionar visualmente una pistola era por lo general buena idea para evitar encasquillamientos y sobrecargas), pero a veces valía la pena no apartar la vista del campo de batalla, y todos ellos tuvieron la presencia de ánimo suficiente para hacerlo correctamente.

—Decidle al general Danavis que retire la capucha —ordenó Gavin. La capucha impedía que los engendros verdes se colaran en más sitios aparte de los puestos de artillería, pero dejaba completamente vulnerables a los hombres estacionados allí. Y

si bien todos los Guardias Negros habían dado en el blanco (desplomado ahora en el suelo, desangrándose y humeando ligeramente), los demás defensores no tendrían tanta puntería. La capucha transformaba el adarve en un túnel de luxina amarilla. Lo que significaba balas perdidas. Lo que significaba que todo el que no acertara a un agresor probablemente terminaría matando a uno de los defensores. El riesgo no valía la pena, sobre todo porque las culebrinas y los obuses del rey Garadul habían dejado de disparar para no herir por accidente a los engendros.

El general Danavis debía de haberse percatado a su vez, no obstante, porque antes de que los Guardias Negros pudieran alegar que era impensable que ni uno solo de ellos se alejara de Gavin, la capucha se replegó. El inesperado movimiento provocó que varios defensores se cayeran de la muralla. La caída garantizaba mutilaciones y muertes. Pero era preciso.

También hizo saltar por los aires el tobogán que los Guardias Negros habían creado para Gavin. Pero en cuestión de momentos lo reconstruyeron y lo lanzaron por él sin preámbulos. Ni siquiera pudo agarrarse a ningún sitio. La tremenda cantidad de luxina que había trazado hoy lo había dejado sin fuerzas.

Los Guardias Negros al pie del tobogán lo recogieron y lo pusieron en pie. Consiguió mantenerse erguido sin ayuda.

—Llevadme a la puerta —ordenó Gavin.

Los Guardias Negros se miraron.

—¡Maldición! Si perdemos la puerta, perderemos la muralla. Si perdemos la muralla, perderemos la ciudad.

—La ciudad no nos preocupa. Vuestra seguridad sí —repuso una voz. Puño Trémulo. Había surgido de la nada—. Podéis teneros en pie. ¿Y correr? —le preguntó a Gavin.

—¡No pienso correr!

—¡No podemos defender la puerta! —exclamó a su vez Puño Trémulo—. Mis guardias están siendo masacrados, ¿y para qué? No somos vuestro ejército personal. Protegemos vuestra vida, no vuestros caprichos. ¡Estáis convirtiendo nuestra misión en una tarea imposible!

El fracaso de Gavin se materializó en forma de vorágine ante sus ojos. Eso era culpa suya. No era su trazo lo que había fallado, sino sus dotes de líder. Nunca les había explicado a estas personas por qué combatían. Había exigido obediencia hasta la muerte sin contarles siquiera qué era tan importante. Sus propios pensamientos estaban enfrentados, ¿y ahora le sorprendía que no estuvieran dispuestos a dar la vida? Una mentira habría sido más piadosa.

Lo único que podía ver entre la masa de soldados que lo separaban de la puerta eran fogonazos, y humo, y surtidores de sangre que salpicaban el arco. Sin duda los Guardias Negros seguían estando en primera línea de fuego; solo la Guardia Negra

podría haber resistido tanto tiempo frente a la horda de engendros de los colores que Gavin había visto. El estruendo de los mosquetes era constante pero lento. Los soldados que mediaban entre Gavin y el combate no tenían ni idea de establecer líneas de fuego, para que los hombres más retrasados no dejaran de disparar por miedo a abatir a los compañeros que tenían delante. Pero de momento nadie estaba replegándose.

Eso cambiaría, naturalmente, cuando vieran que sus mejores luchadores se retiraban, abandonándolos a su suerte. La Guardia Negra era el pilar que los sustentaba.

Con un rugido de frustración, Gavin agarró el mosquete de un soldado cercano y corrió hacia la puerta. Oyó a Puño Trémulo proferir una maldición, y no le cupo duda de que el gigante estaría pisándole los talones. Empujó y zigzagueó entre la muchedumbre, ralentizado por su tamaño, pero no tanto como Puño de Hierro, aún más corpulento.

Gavin estaba maldiciendo, gritando a los hombres y mujeres que se apartaran de su camino, cuando oyó el crujido de un impacto. Instantes después, procedente de la puerta, llegó una onda expansiva que empujó a todo el mundo al menos cinco pasos hacia atrás. Gavin atajó a través de una columna de soldados en dirección a la muralla. Se abrió paso hasta una sección donde se erguía la efigie de un guerrero inmenso y estoico, inmóvil salvo por los sutiles penachos de vaho que escapaban de su boca. Tanteó varios lugares (maldición, debería haber señalado el lugar de alguna manera) hasta encontrar lo que buscaba. Apretó (cualquiera podía tocarlo, se activaba con el calor de la mano), y se abrió una ventanita transparente en la muralla.

Había acertado. El crujido se debía al impacto de la llegada de los soldados de a pie. Había decenas de miles de ellos apelotonados contra el muro en estos momentos, levantando escaleras de asalto y arrojando cuerdas con garfios. No veía el momento de que descubrieran su pequeña sorpresa; pero nada de eso tendría importancia si no conseguían defender la puerta.

Mirando hacia el sol, Gavin vio que tocaba el horizonte. Ya no faltaba mucho. Si resistían hasta que el sol se hubiera puesto por completo, el poder de los trazadores se reduciría a menos de la mitad. Aún podrían trazar recurriendo a la luz refractada, pero no con la misma energía. Empezó a correr otra vez, empujando a hombres y mujeres contra la pared. Oyó el silbido de un mortero inminente.

El sonido era familiar, horriblemente familiar. Un sonido que se repetía en sus pesadillas. Podías oír que se acercaba la muerte, pero aparte de quedarte acobardado en el suelo, no podías hacer nada para evitarla. El mazazo y el estallido del proyectil al impactar y explotar —¡Zbum!—, destrozando los tímpanos y arrojando a los hombres por los aires. Este iba a ser muy, muy fuerte…

Gavin se tiró al suelo y se cubrió la cabeza con las manos. Algo pesado lo aplastó

aún más contra el suelo, y el mundo exterior se volvió azul.

¡Zump!

Puño Trémulo se alejó rodando de Gavin y disolvió el escudo azul que había trazado momentos antes sobre sus cabezas. Gavin se quedó mirando fijamente la bala de cañón, incrustada en la tierra a menos de diez pasos de distancia. No había explotado. Ni siquiera había aplastado a nadie. Había aterrizado justo entre dos filas de soldados. Uno de ellos daba saltitos a su alrededor, sacudiendo una mano. Su mosquete triturado yacía debajo del mortero, arrebatado de entre sus dedos por el proyectil. Era aproximadamente el lugar donde se encontraba Gavin antes de atajar en dirección a la muralla.

—Es innegable que la mano de Orholam os protege, condenado Prisma cabeza de chorlito —refunfuñó Puño Trémulo.

Gavin ya se había puesto de pie y se abría paso a empujones hacia las convulsas filas que se arremolinaban ante él. Aquí los hombres ya habían disparado sus mosquetes y no tenían forma de recargar. Algunos habían calado las bayonetas, encajados los mangos de las cuchillas en los cañones abiertos. Otros habían desenvainado las espadas. Aun otros empleaban sus mosquetes a modo de garrotes.

Sobre sus cabezas, los disparos de los mosquetes resonaban en las buhederas mientras desde los matacanes del arco caían piedras tan grandes como cabezas. Pero nada de luxina. O bien los trazadores de las almenas se habían agotado hacía mucho, o habían sido asesinados, o nunca habían acudido a sus puestos.

Un día más, Orholam. Un día más, y esta muralla sería inexpugnable. Una hora más.

Gavin se sumergió al fin en la refriega. Los alrededores de la puerta eran un matadero que apestaba a magia y entrañas entremezcladas. El suelo estaba cubierto de una capa de sangre tan gruesa que los combatientes chapoteaban en ella mientras luchaban. Los cadáveres de los hombres y los monstruos se confundían, obstaculizaban a los atacantes y los defensores por igual. Una montaña de cuerpos bloqueaba el área directamente al pie de la puerta; cuando los soldados del rey Garadul se encaramaban por encima de ellos, se convertían en blancos fáciles para los tiradores apostados en la retaguardia del ejército de Gavin, quienes de lo contrario no podrían disparar por miedo a abatir a los suyos. Gavin vio caer a una Guardia Negra, con la pierna desgarrada por la zarpa trasera, erizada de garras como aristas de cristal, de un engendro azul extenuado.

Su mosquete rugió y la cabeza del engendro se desintegró en medio de una nube carmesí. Gavin arrojó el mosquete contra un engendro rojo en llamas que se disponía a abrazar a un soldado herido, acorralado contra la muralla, desarmado. No se detuvo a ver el resultado de su acción. Agarró a la Guardia Negra herida e intentó levantarla del suelo.

Pesaba mucho más de lo que debería. Gavin parpadeó mientras el cansancio amenazaba con abrumarlo de nuevo. No, se sentía débil, eso era todo. Alguien le arrebató a la mujer herida de las manos y la levantó en volandas. Los sonidos de la batalla adoptaron un tinte metálico y sobrenatural. Oyó morteros que hendían el aire; demasiado lejanos como para preocuparse por ellos, pero en gran número. Oyó hombres que gritaban, los rugidos ininteligibles de quienes acudían corriendo al encuentro de una muerte segura. Oyó los sollozos de los heridos, vio a una mujer en la gran masa de cuerpos de la puerta, intentando alejarse a gatas, herida pero no muerta. Junto a ella un hombre arañaba el aire, ciego porque le faltaba la mitad de la cara. Las llamas de luxina consumían una docena de cadáveres y el polvo de luxina lo envolvía todo. Gavin atisbó de refilón los rostros de sus Guardias Negros. Vio su entusiasmo, su motivación recuperada… ¿Dónde estaban los demás? Corrían hacia él.

Sacó las pistolas de su fajín. El engendro rojo, con el cuerpo cubierto de combustible viscoso, llameante de la cabeza a los pies, lo embistió. Si Gavin no hubiera llegado tan tarde a la batalla habría trazado para incinerarlo. Apretó el gatillo. Su pistola con puñal, de diseño ilytiano, disparó instantáneamente. Gavin se hizo a un lado y, sobre la marcha, traspasó la garganta del engendro con la hoja de la daga. Trastabilló, estuvo a punto de desplomarse.

Sintió más que vio a los dos Guardias Negros pasar corriendo por su lado. Cuando recuperó la verticalidad, uno de los guardias se había empalado en la enorme espada de luxina azul que un engendro de ese color había trazado para sustituir su brazo derecho. Aun moribundo, el Guardia Negro se había aferrado con ambas manos para impedir que el engendro liberara el arma. El otro Guardia Negro (a Gavin le pareció recordar que se llamaba Amestan) había rodeado a la criatura y descargó un tajo contra su cuello. Una vez más, otra. Cada impacto provocaba una explosión de esquirlas de luxina azul. La criatura pugnó por liberarse, pero no podía. Al tercer golpe, la espada de Amestan traspasó la luxina azul y mordió la carne del cuello. Rota la voluntad del engendro, la cuarta estocada de Amestan lo decapitó.

Uno de los Hombres Espejo del rey Garadul (¿qué diablos hacían aquí?) se encaramó a lo alto de la pila de cadáveres hundido hasta el pecho, resbalando, gateando, sosteniendo la espada con dificultad. Vio que Amestan estaba dándole la espalda y cargó.

Instintivamente, Gavin intentó detenerlo con luxina, pero incluso el simple roce de la magia le producía arcadas. Era como ofrecer alcohol a alguien con resaca. Trastabilló, estuvo a punto de perder el conocimiento, levantó la pistola, disparó.

En el último momento, Amestan giró sobre los talones para encararse con su agresor… y se interpuso directamente en la línea de fuego. El disparo de Gavin le reventó la nuca. Un segundo después, el Hombre Espejo traspasaba con su espada a

un Amestan ya difunto.

—¡No! —aulló Gavin. Una columna entera de Hombres Espejo apareció sobre la pila de cuerpos. El rey Garadul se había dado cuenta de lo mismo que Gavin. La puerta debía ser conquistada esa noche o la muralla no caería jamás. De modo que el monarca había encomendado la tarea a su guardia personal. Quedaban solamente unos treinta Guardias Negros, y la aparición de los deslumbrantes Hombres Espejo bastaría para que los defensores se desbandaran. Sobre todo sin los Guardias Negros.

No era justo que semejante demostración de valentía se saldara con el fracaso. Tantas muertes. Gavin no estaba pensando con claridad. Lo sabía. No le importaba.

Mientras los últimos rayos de sol besaban la tierra, Gavin trazó. Era como beber vómito. Era como zambullirse de cabeza en una cloaca. Era demasiado para su cuerpo. Le traía sin cuidado. Volcó todo su ser en la tarea. Esto no era por Gavin Guile. Al diablo con Gavin Guile. Esto era por todos los que habían luchado y muerto por él. Lo habían arriesgado todo por él. No podía defraudarlos, aunque le costara la vida.

La magia formó un segundo sol naciente dentro del arco de la puerta. En cuestión de momentos se consolidó, se expandió y salió disparada. Los Hombres Espejo resplandecieron, sus armaduras reflejaban la luz en mil direcciones a la vez. Pero las armaduras de espejos eran a la magia lo mismo que las armaduras normales a las armas: servían para desviar los golpes, pero distaban de ser invencibles. Un viento atronador inundó los oídos de Gavin un momento antes de que un cono de magia pura lo traspasara y saliera propulsado hacia delante. La explosión invadió el hueco entero de la puerta, que se transformó en un cañón gigantesco. Los Hombres Espejo se volvieron incandescentes, resistiendo en pie durante un momento más de lo que parecía posible. Sus armaduras, resplandecientes, adquirieron un tinte anaranjado, se calentaron al rojo vivo y se desintegraron como todo lo demás.

El suelo se estremeció con la potencia de la detonación. Gavin fue el único que no se cayó. Cabalgaba la onda expansiva como si fuera una ola, expulsando surtidores de magia como la boca de un volcán, el cañón de un mosquete.

Menos de cinco segundos después de que todo empezara, se acabó.

La zona de la puerta, arrasada, había quedado completamente limpia. Los cadáveres habían desaparecido. Alrededor de la puerta, del lado del rey Garadul, se extendía una semicircunferencia calcinada y ennegrecida.

El silencio era absoluto. O eso, o Gavin se había quedado sordo. Se irguió, miró en rededor y distinguió una figura tambaleante. Un hombre alto, vestido con ricos ropajes, ahora cubiertos de hollín. El rey Garadul. Al parecer no se había limitado a enviar a sus guardias personales a conquistar la puerta, sino que los había acompañado.

Gavin y Garadul se encontraban frente a frente, separados por cuarenta pasos de

distancia. La misma postura del imponente monarca denotaba la incertidumbre y el temor reverencial que lo embargaban.

El cuerpo de Gavin eligió ese momento para darse por vencido. Se desplomó. Había algo blanco en la tierra, junto a su rostro, o estaba quedándose ciego. Ante sus ojos bailaban motas de todos los colores.

Unos hombres lo levantaron y se lo llevaron a rastras. A lo lejos oyó el sonido de la contienda que se reanudaba. Mientras los Guardias Negros lo sujetaban, rodeándolo con sus cuerpos y retirándolo del campo de batalla, vio al rey Garadul a través de la puerta abierta, cargando… solo. Daba igual todo lo demás que Gavin hubiera hecho; en última instancia había destruido la barricada y todos los demás obstáculos de la zona. Un puñado de hombres se unió al monarca. La tierra alrededor de Rask explotaba en diminutos penachos mientras los tiradores intentaban abatirlo, pero ninguno acertó en el blanco. Era como si el hombre estuviera encantado, bendecido, protegido por otra deidad más poderosa que Orholam.

Gavin reparó en el rostro de Puño Trémulo, ensangrentado y cubierto de pólvora.

—Perdonadme, lord Prisma —estaba diciendo el Guardia Negro—. Hicisteis cuanto pudisteis. Incluso más. Ahora…

Gavin perdió el conocimiento.

74

La llanura no se oscureció cuando cayó la noche. Al principio, Liv no entendía por qué. Llevaba caminando todo el día, pegada a la carreta, cubierta con un viejo petasos con la visera baja para que sus ojos de trazadora no llamaran tanto la atención. Había oído el retumbo de los cañones antes, pero pensó que debía de tratarse de algún ejercicio. Era imposible que el ejército hubiera llegado ya a Garriston. Junto con lo que parecía ser la mitad del campamento entero, avanzó para ver qué era lo que brillaba tanto.

Eran tantas las personas que cubrían la llanura que Liv estuvo a punto de pasar por alto las señales de la batalla que había concluido meras horas antes, a pesar de lo evidentes que eran. Los surcos dejados por el impacto de las balas de cañón se convertían en simples socavones a evitar por las carretas. Las zonas resbaladizas, embarradas y ensangrentadas junto a esas marcas de cañonazos, con fragmentos de armaduras esparcidos a su alrededor, eran simplemente sitios en los que pisar con cuidado en la penumbra. El penetrante olor a pólvora comenzaba ya a diluirse.

Los restos de las grandes columnas de soldados desfilaban por la puerta en esos momentos, obligando a todos los seguidores del campamento a esperar a que hubieran terminado de entrar y acampado. Liv oyó rumores descabellados sobre inmensas conflagraciones mágicas, una batalla épica, pero era escéptica. El ejército del rey Garadul había tomado la muralla en una tarde. La batalla no debía de haber sido tan encarnizada. Su padre era un gran general. Solo había perdido una batalla en toda su vida, y por los pelos. Debía de haber decidido que no podrían terminar la muralla de luxina a tiempo y se habría retirado a las murallas de la ciudad. Lo más probable era que hubiese ordenado a unos cuantos cañoneros que se quedaran para infligir un daño fácil a los hombres del rey Garadul antes de replegarse.

La idea hizo que Liv se sintiera mejor. Si su padre había decidido ofrecer resistencia en otra parte, seguro que hoy no había corrido peligro. La posibilidad de que hubiera luchado y fallecido a menos de una legua de distancia sin que ella tuviera siquiera un presentimiento enfermizo era demasiado espantosa. Se había enfrascado tanto en la búsqueda de Kip que ni siquiera se había percatado de lo cerca que estaban de la ciudad.

Pero todos los pensamientos, preocupaciones y distracciones se evaporaron cuando se abrió paso entre el gentío que contemplaba la muralla. Nadie quería acercarse a menos de cincuenta pasos de ella. Cuando Liv llegó al frente por fin, comprendió el porqué. Una araña gigantesca, más grande que una persona, había capturado una docena de cadáveres. No, no eran cadáveres, al menos uno de los bultos envueltos en telarañas estaba forcejeando. Ante la atónita mirada de Liv, el hombre liberó la cabeza, con las manos fuertemente inmovilizadas contra el pecho.

Cabeza abajo, el hombre se contorsionó en un intento por liberar el brazo, empezando a balancearse suavemente. La araña no se dio cuenta, distraída como estaba formando otra vaina a diez pasos de distancia.

Liv vio una espada enterrada en el suelo, no muy lejos del hombre. Este liberó el brazo derecho y empezó a arañar el resto de la telaraña que lo apresaba, pero no podía desgarrarla. Entonces vio la espada. Se meció, estirando el brazo hacia ella. La rozó.

—¡Que Orholam se apiade de él! —exhaló alguien entre la multitud.

—¡Fijaos en la araña!

La criatura se había quedado paralizada, como si hubiera oído algo. Se giró justo cuando el hombre empezaba a balancearse con más ahínco. Sus ojos relucían con un tono verde enfermizo.

Las manos del hombre se cerraron en torno a la empuñadura de la espada al mismo tiempo que la araña se abalanzaba sobre él. Descargó una estocada, falló, y las mandíbulas de la criatura le apresaron el cuello. Por un instante espantoso el cuerpo entero del hombre se tensó, con los rasgos deformados de dolor. Las sobrecogedoras mandíbulas se cerraron como unas tijeras y la cabeza del hombre rodó por el suelo. Su brazo libre, sujetando todavía la espada, sufrió varios espasmos mientras la sangre que brotaba de su cuello empapaba el suelo. Por fin soltó la espada, que se clavó en el suelo, justo donde la había encontrado.

La araña se acopló a la herida ensangrentada y empezó a alimentarse.

Liv oyó que a alguien le daba una arcada. Otros murmuraron plegarias y maldiciones.

Estaba paralizada, igual que todos los demás. Al cabo, la araña empujó el brazo del hombre de nuevo contra su pecho y lo envolvió otra vez en su tela. Recogió la cabeza y volvió a unirla al cuerpo.

Mientras la araña estaba enfrascada con las telas, envolviendo la cabeza del hombre en su sitio, otro de los bultos comenzó a moverse.

—Llevo observando dos horas —dijo un hombre al lado de Liv—. Ninguno de ellos logra escapar. Un tipo consiguió recorrer treinta pasos antes de que la araña lo destripara. Otros dos intentaron hacerle frente juntos. Siempre acaba igual. Lo sé, pero no puedo dejar de mirar.

¿Siempre acaba igual? Liv observó de nuevo al primer hombre y se fijó en la posición de la espada debajo de él. La imagen era la misma de antes… exactamente la misma. La sangre encharcada bajo su cabeza cortada se había desdibujado hasta desaparecer. Esto no era un asesinato, sino un espectáculo de títeres. Lo cual, en realidad, no le restaba espectacularidad.

—¿Qué haces? —preguntó alguien detrás de Liv.

Ni siquiera se había percatado de que había empezado a caminar, pero no se detuvo. Cuanto más se acercaba, más evidente era que sus sospechas eran correctas.

Siguió andando mientras, cómo no, el segundo hombre se liberaba y escapaba corriendo. Pero la araña dejó de perseguirlo, se detuvo y se giró. La multitud contuvo el aliento a espaldas de Liv. La araña desanduvo la distancia a gran velocidad, cargando directamente contra Liv.

Liv se quedó petrificada, con el corazón en un puño. La araña se detuvo, justo delante de ella, chasqueando las fauces inmensas, levantadas en su dirección las patas traseras. Paralizada de miedo, Liv vio que las fauces cascabeleaban a menos de diez pasos de distancia. Clack-clack…

¿Sin hacer ruido?

Liv exhaló un aliento que no sabía que estuviera conteniendo. Entrecerró los ojos y vio que el suelo a su alrededor estaba sembrado de disparadores supervioletas. Brillante. Dio un paso a la izquierda, y la araña no se movió hasta que entró en la zona siguiente. Se plantó a su lado en un abrir y cerrar de ojos. Ahora que estaba tan cerca, Liv podía ver que la caverna tras la araña ofrecía un aspecto extraño. No era de ninguna manera tan profunda como aparentaba a cincuenta pasos de distancia. Era como un cuadro en el que la luz y la sombra se combinaban para crear la ilusión de que había una cueva entera donde no existía ninguna. La araña misma estaba hecha por completo de colores primarios estables, superpuestas sus capas para que no resultara tan obvio que se trataba de una creación de luxina.

Cuando Liv dejó atrás los disparadores, la araña salió corriendo tras el hombre que había «escapado», aunque de alguna manera no había sabido aprovechar los últimos treinta segundos para culminar con éxito su huida. La araña lo destripó, tal y como había dicho el hombre.

Liv tocó la luxina de la muralla e inmediatamente se olvidó de la ingeniosa pantomima de la araña. La luxina amarilla era impecable. Perfecta.

Olvidando dónde estaba, trazó directamente a partir del fulgor amarillo del muro. Trazar a partir de la luxina amarilla se había considerado en su día la fuente perfecta de luz (al menos para los amarillos), pero nunca se había extendido. Algo se perdía siempre, y siempre resultaba ineficaz. Pero con una muralla entera, de leguas de longitud, la ineficacia no tenía importancia. Liv creó una pequeña antorcha de luxina sólida en su mano para ver mejor la muralla cuando la iluminaba una segunda fuente de luz. A veces los trazadores ocultaban cosas en sus construcciones que…

—¡Oye! ¡Señorita! ¿Qué haces ahí fuera? Se supone que todos los trazadores tendrían que estar ya dentro de las murallas.

Sobresaltada, Liv vio a un soldado de cabellos entrecanos que se encaminaba hacia ella, vestido con el uniforme de sargento de Tyrea, un manojo de bonitas pistolas de pedernal en el cinturón y la vaina de la espada vacía. Tenía el rostro tiznado de pólvora o humo, y las manos envueltas en vendajes holgados. Echó un vistazo a los antebrazos de Liv mientras se aproximaba.

—Yo, esto… —Liv intentó desesperadamente recordar la mentira que había preparado en caso de que alguien se interesara por la ausencia de avambrazos de colores.

—Estás deslumbrada por la Muralla de Agua Brillante. Ya lo sé, les pasa lo mismo a todos los trazadores. ¿Dónde tienes los brazos?

¿Los brazos? Liv supuso que se refería a los avambrazos de colores que lucían los demás trazadores.

—Pues, ejem, anoche me invitaron a la fiesta de los señores de los colores y me temo que me pasé con la bebida. Me quedé dormida detrás de un arbusto, y mi unidad o no me encontró, o pensó que sería divertido dejarme allí prácticamente, ejem…

—¿Desnuda?

Liv se ruborizó, más que nada por lo flagrante de su mentira.

—Es una suerte que todavía conserve las gafas —dijo, mostrándole las lentes amarillas que llevaba guardadas en el bolsillo.

—Probablemente yo también bebería demasiado si me invitaran a esa clase de fiestas. Ponte las gafas y dirígete a la puerta. Te dejarán pasar. Luego ve a hablar con el contramaestre Zid. Es un hijo de perro redomado y te hará la vida imposible, pero… Bah, qué diablos. Acompáñame, te enseñaré el camino. Ese soy yo, sargento primero Galan Delelo, rendido a los pies de una boquita de fresa y una mirada de cierva asustada.

—¡Eh! —protestó Liv.

—Era broma, era broma —dijo Galan—. En realidad me recuerdas a mi hija. Si tiene algún defecto, lo habrá heredado de su padre. En marcha. —Se dio la vuelta—. Y vosotros, condenados imbéciles, que no es real. Se trata de un simple espejismo. Ya podéis dejar de ensuciaros los pantalones. —Dio una palmada en la pared para subrayar sus palabras. El sonido provocó que la mitad de los curiosos se tiraran al suelo.

Sin dejar de refunfuñar, Galan la condujo hasta la puerta. Los soldados seguían desfilando por ella. Habían dejado dos estrechos carriles a un lado para que pasaran los mensajeros, los nobles y los trazadores. Los guardias apostados allí conocían al sargento primero y le franquearon la entrada de inmediato.

Una vez al otro lado de la muralla, Galan zigzagueó rápidamente entre las tiendas, con paso decidido, y se dirigió a la cabeza de una columna de soldados de menor graduación para hablar con el contramaestre.

—Necesito trapos amarillos para esta chiquilla —anunció Galan a la espalda del contramaestre, un gigantón encorvado que estaba entregándole media docena de espadas a un soldado bisoño.

El contramaestre Zid se giró.

—No me suena su cara. No pertenece a las unidades que abastezco. Olvídalo.

—¿Te vas a poner terco conmigo? ¿Esta noche? Mastuerzo senil, ¿quieres que te estampe la suela en el culo?

—¿Mastuerzo? ¿Qué esperas presentándote aquí sin avisar, como una aparición? ¿Rosas y vino? Debería aplastarte esa narizota tan fea que tienes —repuso el jorobado.

Galan soltó una carcajada, acariciándose una nariz que a todas luces se había roto en más de una ocasión.

—Me suena que ya lo has intentado una o dos veces.

El contramaestre sonrió, y el terror de Liv se esfumó cuando comprendió que los dos eran buenos amigos.

—Sé que te alegra verme con vida —dijo Galan—. Así que hazme un favor y dale sus trapos a esta chica.

—¿Amarilla? —preguntó Zid. Soltó las espadas encima del mostrador, desoyendo las protestas del joven soldado que intentó agarrarlas todas a la vez, sin éxito, y a punto estuvo de ensartarse intentando, también sin éxito, impedir que se cayeran del mostrador.

—Sí —dijo Liv.

El contramaestre cogió una lista.

—¿Nombre?

—Liv.

El jorobado miró la hoja por encima.

—Aquí no hay ninguna Liv, lo siento. No hay ninguna trazadora amarilla que responda al nombre de Liv en todo el ejército.

Liv sintió que se le secaba la boca.

—Tú y tú —dijo Zid, apuntando a unos soldados que esperaban en la cola con gesto de irritación—. Detened a esta mujer. Habrá que informar de la presencia de una impostora…

—Venga ya, Zid, por el amor de Orholam. Pero ¿quién te crees que es, una espía? ¡Si no debe de tener ni dieciséis años! ¿Qué clase de condenado idiota enviaría un bebé para espiarnos?

Al escuchar la palabra «espía», las rodillas de Liv se convirtieron en gelatina.

—Tal vez un idiota de lo más listo, pensando que no sospecharíamos de ella por ese mismo motivo —dijo Zid, rezumando suspicacia por todos los poros—. Cuentan que Gavin Guile ya tuvo esa idea. Cuentan que en la tienda de los cirujanos hay un crío que es su mismísimo bastardo. ¿Que quién enviaría un bebé? Esos hijos de perra retorcidos, te lo aseguro. —Inclinó la cabeza vagamente en dirección a Garriston.

—Tengo diecisiete años —fue lo único que se le ocurrió replicar a Liv. ¿Cómo? ¿Que Kip estaba en la tienda de los cirujanos? ¿Estaba enfermo? ¿Herido? Se sentía demasiado abrumada y asustada como para alegrarse de acabar de obtener su primera

pista sobre el paradero de Kip.

—Venga, Zid, cuando empieza la batalla esas listas no valen ni para limpiarse el culo, lo sabes perfectamente. Como si no hubieras hecho esto nun…

—Inocente —lo interrumpió Zid. Echó la cabeza hacia atrás y se carcajeó. Tiró unos manguitos amarillos encima de la mesa—. Eso es por llamarme «mastuerzo» hace un rato. Ahora estamos en paz.

—En paz, dice, no estamos en paz ni de lejos —sonrió Galan—. Bueno, el deber me llama, encantado de conocerte, Liv, y si se te presenta la ocasión, bájale los humos a este, ¿vale?

—Será un placer —dijo Liv, sonriendo para disimular el nerviosismo que le atenazaba las entrañas, como si le hiciera ilusión que la dejaran participar en la broma.

Minutos después se quedó a solas. Tras ponerse los manguitos por primera vez, entró en la ciudad. Ahora lo único que tenía que hacer era salvar a Kip y a Karris. En fin, no podía ser tan difícil.

Por primera vez en los últimos días, Liv sintió deseos de maldecir, de romper algo, de chillar, de quejarse y, tal vez solo un poquito, de llorar. En vez de eso, respiró hondo y se adentró en el campamento.

75

Cuando Gavin abrió los ojos se vislumbraba claridad en el exterior. Había una figura sentada junto a su cama. La miró. Su madre.

—Ay, gracias a Orholam. Pensé que estaba despierto —dijo Gavin.

Felia Guile se rió, y Gavin supo que no estaba soñando. Hacía años que la risa de su madre no sonaba tan libre.

—Ya es casi mediodía, hijo. Sé que no hace falta que te recuerde cuál es tu deber, pero deberías levantarte.

—¿Mediodía? —Gavin se sentó en la cama de golpe. Craso error. Le dolía todo el cuerpo. Le dolía la cabeza. Se quedó quieto mientras los martillazos que sentía en la nuca se reducían de mazas de diez pesos a mazas de cinco pesos y sus ojos volvían a enfocarse. Por lo general, el mal de la luz no le afectaba, claro que tampoco nunca había empleado tanta magia como el día anterior. No desde la Roca Hendida, y por aquel entonces era mucho más joven—. ¿Es casi el mediodía del Día del Sol?

—Pensamos que sería mejor para ti ahorrarte la ceremonia de bienvenida al sol y el amanecer. De todas formas, este año iba a ser un Día del Sol más informal. Que Orholam nos perdone.

—Madre, ¿qué haces aquí?

—Gavin… ha llegado el momento.

—¿El momento?

—De mi Liberación.

Gavin sintió que una oleada de escalofríos lo recorría de la cabeza a los pies. No. Su madre no. Había dicho en algún momento en los próximos cinco años. Le había dado tiempo para prepararse, pero no podía ser tan pronto.

—¿Y padre? —se limitó a preguntar.

Felia recogió las manos encima del regazo.

—Tu padre ya ha tomado demasiadas decisiones por mí —dijo, imprimiendo a su voz una sutil dignidad—. La Liberación es entre el trazador y Orholam.

—De modo que no lo sabe —dijo Gavin.

—Seguro que ya se ha enterado —repuso su madre, con un destello en la mirada.

—¿Te has… «escapado»? —Seguro que era eso lo que había ocurrido. Habría salido furtivamente de noche, habría sobornado al capitán de algún barco con una cantidad de dinero indecente y se habría marchado antes de que los espías de Andross Guile tuvieran tiempo siquiera de presentar sus informes. Habría elegido la embarcación más veloz del puerto para que, aunque Andross enviara un barco en pos de ella con la siguiente marea, sus hombres llegaran demasiado tarde. Gavin debía admitir que era brillante.

Y a Andross Guile no le sentaría bien. Nada bien.

Felia guardó silencio durante largo rato.

—Hijo, llevo cinco años diciéndole a tu padre que quería unirme a la Liberación. Me lo ha prohibido siempre. Puedo sentir cómo me desvanezco. Hace tres años que no trazo y mi vida se ha vuelto gris. Quiero mucho a tu padre, pero siempre ha sido muy egoísta. Andross aspira a aferrarse a su vida y a su poder eternamente, y no quiere quedarse solo. Yo… lo compadezco, hijo, y le he concedido estos años por el amor que alguna vez compartimos. Sabes que siempre le he sido fiel, pero ambos sabemos que interpretará esto como una traición. Y sé que preferirá culparte a ti antes que a sí mismo, pero si debo escoger entre mi responsabilidad para con tu padre y mi responsabilidad para con Orholam…

—Orholam gana.

Felia le dio una palmadita en la rodilla.

—He enviado un mensajero a Corvan Danavis…

—¿Corvan está vivo? En la muralla, temía…

Su madre esbozó una sonrisa teñida de tristeza.

—Está bien. Pero tus defensores perdieron la muralla, a pesar de tu heroicidad.

Mi heroicidad. Solo su madre podría hablar así sin el menor atisbo de sarcasmo en la voz. ¿Qué pensarías de eso ahí abajo, en tu celda, hermanito?

—Fuera como fuese, le he enviado un mensajero para que sepa que has despertado. Me alegra volver a verlo. Es un buen hombre. —Felia sabía, naturalmente, que Corvan había elegido vivir en el exilio para que la mascarada de Gavin funcionara, pero, como siempre, prefería mostrarse circunspecta, por si acaso hubiese oídos indiscretos en las inmediaciones. La madre de Gavin siempre había tenido un don para saber cómo vivir su vida y exponer sus opiniones pese a las presiones de la vida en la corte y las restricciones del protocolo, el secretismo y la discreción—. Te veré esta noche, hijo.

Gavin se vistió muy despacio cuando se marchó su madre, tanteando su cuerpo para ver si los excesos del día anterior le habían provocado algún daño permanente. Estaba magullado, pero sin duda se merecía algo peor. Sus músculos se relajarían conforme se desgranara la jornada, y estimó que estaría listo para trazar cuando hiciera falta esa noche. Pasaba ya el mediodía del Día del Sol.

Se produjo una suave concatenación de golpecitos con los nudillos en la puerta, la melodía de una antigua canción que siempre les había gustado a Corvan y a él. La puerta se abrió.

Corvan entró en la habitación.

—Estás levantado. —Parecía sorprendido.

—Y bastante molido. Gracias por dejarme dormir, pero sabes que hoy necesitas mi ayuda. ¿Cuál es la situación? —Gavin estaba anudándose los lazos de la camisa.

Corvan sujetó el rostro de Gavin con ambas manos y lo miró fijamente a los ojos.

Gavin las golpeó para apartarlas, pero Corvan lo retuvo con firmeza.

—¿Qué diablos estás haciendo? —preguntó Gavin.

—Deberías estar muerto —fue la respuesta de Corvan—. ¿Recuerdas cuánto trazaste ayer?

—Lo recuerdo perfectamente, gracias, incluido un dolor de cabeza que no estás contribuyendo a aliviar.

Tras observarlo durante unos instantes más, Corvan lo soltó.

—Lo siento, lord Prisma. Dicen que cuando un Prisma empieza a morir se pueden apreciar los síntomas. No tengo ni idea de cuáles son, pero pensé que si algo era capaz de doblegarte sería lo que hiciste ayer. Ni siquiera un Prisma debería ser capaz de trazar tanto. Pero tus ojos parecen normales.

Gavin encogió los hombros, restándole importancia.

—¿Cómo perdimos la muralla?

Corvan exhaló un suspiro.

—Rask Garadul es un genio chiflado, o tal vez un chiflado sin más, así la perdimos.

—Entonces, ¿nadie disparó contra ese cretino cuando asaltó la puerta?

—La suerte estaba de su parte. Creo que les diste un susto de muerte a ambos bandos con… con lo que hiciste. Los tiradores temblaban tan incontrolablemente que no consiguieron acertar ni siquiera a un blanco tan fácil. Luego, cuando los hombres vieron que Rask estaba cargando y tú habías caído, pensaron que habías muerto… que había logrado derrotarte de alguna manera. Los Guardias Negros te pusieron a salvo, y la mayoría de los mejores tyreanos que teníamos habían sucumbido ya durante el combate. —Se pellizcó el puente de la nariz, a la altura de los ojos. La tensión le producía jaqueca. Gavin había olvidado que Corvan era propenso a padecer fuertes dolores de cabeza cuando la batalla era inminente. Gavin podía imaginarse la escena: el Prisma, abatido; los Guardias Negros de élite, replegándose de repente; y el enemigo cargando como si todos los esfuerzos de Gavin les trajeran sin cuidado. No era de extrañar que los tyreanos hubieran perdido el valor.

—De modo que los hombres del rey Garadul se sumaron a la carga y… ¿qué? ¿Nuestros hombres se asustaron? ¿Los masacraron? ¿Qué sucedió?

—Lo cierto es que defendieron la puerta durante varios minutos. Sin embargo, no supieron ejecutar las maniobras de recambio de tropas que había intentado enseñarles. —Se refería a cuando los mosqueteros de refuerzo, con las armas cargadas, relevaban a los soldados de la vanguardia—. Pero estaban pasando mosquetes cargados al frente de las filas y echando las armas ya disparadas hacia atrás para que las recargaran. Perdían terreno, aunque paulatinamente, y las defensas de la muralla resistían. Oscurecía… Pensamos que íbamos a conseguirlo.

—¿Y entonces?

—Se agotó la pólvora. —Suspiró. Gavin sabía que el general se lo tomaba como un fracaso personal—. Había de sobra en otra parte, por supuesto. Envié hombres a buscarla, pero… así es la guerra. —Confusión, o espías, o mensajeros asesinados, o carreteros que desertaban cuando deberían estar transportando la munición, u oficiales de alta graduación que no se tomaban la molestia de comprobar y volver a comprobar que se estuvieran cumpliendo sus órdenes, bien por inexperiencia, cobardía o defunción. Cualquiera de los eslabones de la cadena era susceptible de romperse en un ejército compuesto por tan pocos hombres entrenados, por tan pocas unidades acostumbradas a combatir juntas. El suministro de pólvora era el eslabón que se había roto esta vez, eso era todo.

Eso, naturalmente, no habría tenido mayor importancia si Gavin hubiera construido la condenada puerta antes. O si hubiera sido más fuerte. O si aquella bala de cañón no hubiera destruido sus moldes. Pero soñar no servía de nada.

—Los defensores rompieron filas y se desbandaron —dijo Corvan—. El rey Garadul no envió a nadie en nuestra persecución. Conseguí que los hombres del muro emprendieran una retirada relativamente organizada. Supongo que Garadul cree que nos rendiremos. Tal vez creyó que alcanzaría antes sus objetivos si se mostraba clemente en vez de exterminar a todo el que se le pusiera por delante. O no quería que sus soldados se mataran entre sí en la oscuridad. O se ha convertido a esta religión nueva que prohíbe combatir de noche.

—Es una religión muy antigua, me parece —dijo Gavin.

—Nada indica que vayan a atacar hoy.

—El Día de Sol es sagrado, incluso para los paganos.

—Lo que significa que tenemos hasta mañana. ¿Qué quieres hacer, lord Prisma?

—Cuando pensabas que estaba incapacitado, ¿qué decidiste hacer?

—Todo el favor que el rey Garadul pudiera haber ganado en la ciudad perdonando las vidas de quienes huían ayer, lo perdió trayendo engendros de los colores a la batalla. Por toda la ciudad solo se escuchan historias de monstruos. Los habitantes están aterrados. Hace dos días me preocupaba que se volvieran en nuestra contra en un abrir y cerrar de ojos. Pero han visto cómo construías una muralla para salvaguardarlos y han visto que los estabas protegiendo de ellos. Así que ahora confían en ti y aborrecen al hombre que masacró a sus amigos con la ayuda de unas abominaciones. La ciudad entera es tuya. Si das la cara, te seguirán hasta las mismísimas puertas de la noche eterna.

—Corvan. Te he hecho una pregunta.

El sargento se frotó el cuello. Titubeó.

—No podemos vencer. El antiguo muro de piedra que rodea la ciudad no detendría ni a una mula obstinada. Rask confiscó casi toda la pólvora al conquistar la muralla, y todos los cañones. La mitad de nuestros mosquetes se quedaron en el

campo de batalla cuando nuestros hombres los soltaron mientras huían. Tendremos suerte de matar a unos cuantos miles antes de que tomen la muralla interior, y cuando la lucha llegue a las calles, podremos acabar con unos pocos en algún que otro punto estratégico. Pero, tarde o temprano, su superioridad numérica garantiza que habrá un baño de sangre. No se me ocurre ninguna estrategia capaz de otorgarnos la victoria. Podemos producirles graves heridas mientras perdemos, pero no es lo mismo. —Hizo una mueca—. Estaba preparando la retirada.

—Retirada. —Corvan Danavis nunca había perdido una batalla… bueno, eso si uno no contaba lo ocurrido en la Roca Hendida como una derrota, cosa que Gavin no hacía. Si te propones perder y lo consigues, exactamente según lo planeado, en realidad no habrás perdido, ¿verdad?

—Incluso la retirada estará plagada de dificultades imprevistas, lord Prisma. La presencia de los «monstruos» que pone a todos los habitantes de la ciudad de nuestro lado significa también que todos los habitantes de la ciudad quieren salir. Temen que, si se quedan, serán masacrados y devorados, pero jamás conseguiremos evacuar a tanta gente con los barcos y el tiempo a nuestra disposición.

Gavin se masajeó la frente. Se puso la capa blanca ceremonial. Para ganar tiempo, más que nada.

—¿Han averiguado nuestros espías algo acerca de Karris? —preguntó, intentando sonar desinteresado. Como si pudiera engañar a Corvan.

—Ayer seguía con vida. Me imagino que planeaba utilizarla como moneda de cambio, llegado el caso. —Caso que ahora, evidentemente, ya no llegaría nunca. Lo que significaba que Karris se había vuelto prescindible. A Corvan no le hacía falta decirlo en voz alta.

—¿Hay noticias de Kip, Liv o Puño de Hierro? —Si Gavin hubiera reflexionado, si fuera un poco menos egoísta, habría preguntado primero por la hija de Corvan.

—Ninguna —dijo el sargento. Tensó las mandíbulas.

—Lo cual de por sí podría ser buena noticia, ¿verdad? Si les hubiera ocurrido algo malo, nuestros espías seguramente se habrían enterado ya, ¿no?

Corvan dejó que el silencio se prolongara, negándose a aceptar tan pobre consuelo. No era alguien que se agarrara a clavos ardiendo o se engañase pensando que era inmune a la tragedia. La muerte de dos esposas había curado su idealismo.

—Los espías informan de que hay una especie de rey de los engendros de los colores, un engendro policromo. Lord Omnícromo, lo llaman. Nadie sabe quién era antes de romper el Pacto… a menos que se trate de un verdadero policromo renegado.

Gavin se encogió de hombros. Solo era un contratiempo más entre cientos de ellos, pero sabía que Corvan estaba desplegando todos los problemas en potencia sobre la mesa para que Gavin pudiera decidir por sí mismo qué era importante y qué no.

—¿Qué quieres hacer ahora, lord Prisma?

Se refería a la batalla o a la evacuación, por supuesto.

—Quiero matar al rey Garadul.

Corvan no dijo nada, no hizo ademán de disponerse a ordenar un atentado ni ninguna insensatez por el estilo.

El padre de Gavin, condenado fuese, había previsto esto. Si pierdes la ciudad, mata a Rask Garadul, había dicho Andross Guile. Gavin, convencido de que sería capaz de salvar la ciudad, no había planeado el asesinato de Rask. Debería haber contemplado esa posibilidad. Ahora era demasiado tarde, a menos que el siguiente ataque de Rask fuera tan desorganizado como el del día anterior.

Gavin quiso decir algo, pero las palabras se negaron a brotar de sus labios. Carraspeó en un intento por eliminar el amargo regusto del fracaso.

—Ayudaré cuanto pueda sin sacrificar mis obligaciones religiosas, pero… —Se aclaró la garganta de nuevo. Siete años, siete grandes propósitos. Esta vez se proponía hacer algo bueno, para variar—. He fracasado, Corvan. Ordena que evacuen la ciudad.

76

A juzgar por el aire frío que le lamía la piel, la medianoche quedaba ya muy atrás cuando escoltaron a Kip a través de algún tipo de portal. Debía guiarse por la temperatura porque tenía los ojos vendados, además de un saco negro en la cabeza, un lazo al cuello y las manos atadas a la espalda.

Uno de los guardias que lo acompañaba maldecía constantemente, entre dientes, impresionado por algo que al parecer se denominaba la Muralla de Agua Brillante. Caminaban despacio, a trompicones, mientras una voz de timbre marcial les imprecaba:

—No os quedéis ahí pasmados y moved el culo. Dirigíos al interior del campamento. Estáis bloqueando a los demás. —Kip oyó el restallido de un látigo, como un disparo, y la columna reanudó la marcha.

El último par de días habían sido exactamente iguales. Kip se despertó a oscuras, una oscuridad que resultó ser fruto de la venda que le cubría los ojos, con las manos inmovilizadas a los costados. Cuando intentó liberarse, acudieron unos hombres. Le quitaron la venda, uno de ellos lo miró fijamente a los ojos, abriéndole los párpados sin miramientos, y después volvieron a ponérsela. Su mano izquierda lo torturaba. Aquel primer día (si solo había sido un día) le dieron vino mezclado con algo asqueroso para mitigar el dolor y embotarle los sentidos.

Lo habían conducido en presencia de lord Omnícromo, restringiendo la dosis de vino para que Kip conservara la lucidez, pero no le quitaron la venda en ningún momento. Lo dejaron sentado en una tienda, rodeado de voces, durante horas, mientras Kip agonizaba, antes de volver a llevárselo. Lord Omnícromo, al parecer, estaba demasiado ocupado para recibirlo.

Tiempo después, Kip oyó que los guardias discutían. Alguien más listo habría sabido encontrar la forma de explotar sus disensiones. Kip se limitó a aguardar en silencio, preguntándose cuándo le administrarían la siguiente dosis. Su mano palpitaba.

Lo dejaron al cuidado de alguien más, a quien literalmente entregaron la correa que le ceñía el cuello.

—¿No vas a darle el vino de amapola? —preguntó un guardia.

—¿Para qué desperdiciar amapola de la buena con sebo del malo? A mí también me gusta el vino.

—Bah, pero si es repugnante. —Kip estaba de acuerdo.

—No lo tomo por el sabor —dijo el guardia, riéndose. Kip también estaba de acuerdo con eso—. En marcha. He visto mujeres un poco más atrás. Con tu encanto y mi vino de amapola… —Soltó otra carcajada.

Montaron a Kip en una carreta. Tropezó con los escalones y estuvo a punto de

estrangularse con la correa, pero pronto encontró un asiento. La puerta se cerró a su espalda.

Alguien le aflojó el nudo, lo deshizo, le quitó la capucha de la cabeza y la venda de los ojos.

—¿Kip?

Kip pestañeó. Aunque la luz de la estancia violeta era tenue, tras dos días sumido en la oscuridad absoluta, los ojos se le anegaron de lágrimas de todas formas. Pero, aun con la mirada empañada, distinguió a Karris Roble Blanco.

—¿Karris? —Qué pregunta más estúpida. Pues claro que es ella, imbécil, si la tienes delante.

—Kip, ¿qué haces aquí?

—He venido a rescatarte —dijo. Le entró la risa.

—Kip, ¿cuánto vino de amapola te han dado?

Hacía horas que no le suministraban ni un sorbo, pero sus carcajadas no hicieron sino arreciar.

Karris guió a Kip hasta el catre. El muchacho se quedó dormido al instante. Karris lo observó fijamente. Una parte de ella, mezquina e implacable, quería odiarlo.

Mi hijo tendría ahora la edad de Kip. Diablos, Kip podría ser mi hijo. Tiene los ojos azules, y mi abuela era pariana.

¿Qué, crees que la piel morena y el pelo crespo se saltan una generación? ¿Como gemelos?

Karris se restregó la cara. Era una fantasía pueril y lo sabía. El hijo que había dejado abandonado era el hermanastro de Kip, pero cualquier parecido que pudieran compartir se debería a que Gavin era el padre de ambos. Y menudo padre había sido, para los dos muchachos.

Tenía que salir de allí. Estaba pensando demasiado.

Karris vio dormir a Kip, reconociendo la sangre de los Guile en la forma de su frente y su nariz, y ni siquiera pudo encontrar nombre para los sentimientos que se enroscaban en su corazón.

Al cabo, le echó su manta por encima.

77

Gavin logró sobrevivir a los rituales de mediodía. El luxiat, un joven verde bienintencionado, tembló como una hoja durante todo el proceso. Garriston no era precisamente un puesto destacado, por lo que sin duda el muchacho no esperaba atisbar al Prisma ni siquiera de lejos, y menos conocerlo en persona, y menos aún ser el responsable de realizar el ritual del Día del Sol a su lado. Fue una ceremonia atropellada, durante la cual Gavin hubo de ayudar al joven con sus líneas dos o tres veces. Ocupó una hora y media, a pesar de que Gavin abrevió la lista de bendiciones que Orholam confería a todos los nobles de las Siete Satrapías y a todos los oficiales de la Cromería.

—Si ni siquiera Orholam es capaz de recordar sus nombres, a lo mejor es que no son tan importantes, ¿eh? —dijo al luxiat, dejando al muchacho con la boca abierta.

Llegó la tarde antes de que pudiera escaparse. Escaparse con matices, naturalmente. Lo acompañaban una docena de Guardias Negros, un secretario, cuatro mensajeros y una docena de guardias de la ciudad. Se encaminó a los muelles.

Allí encontró a Corvan, dirigiendo la función con maestría. La muchedumbre no se mostraba tan antagónica como había temido. Quizá los habitantes de la ciudad alimentaran aún la esperanza de que fuese a salvarlos. Quizá, tras ver cómo construía una muralla imposible, pensaban que sus poderes eran ilimitados. Quizá fueran sencillamente respetuosos con la fe; en este, el más sacrosanto de los días, se suponía que solo debían realizarse los trabajos más indispensables.

Menos mal que sobrevivir no entra en esa categoría.

Muchos nobles regateaban con los capitanes de navío. Los muelles estaban repletos de cajas llenas de enseres, y de enseres que no cabían en cajas. Tapices enrollados que debían de haber colgado en nobles salones, muebles ornados con pan de oro, obras de arte, un laberinto de baúles llenos de solo Orholam sabía qué.

—Lord Prisma —dijo el general Danavis, apresurándose a acudir a su encuentro —. Llegáis en el momento oportuno.

Lo que significa que estás a punto de encomendarme alguna tarea desagradable.

—Ayer di la orden de que ninguna embarcación saliera del muelle, en caso de que fuera necesario evacuar la ciudad. Dejé bien claro que la desobediencia redundaría en el requisamiento del barco, para el capitán, y en la muerte para quien lo hubiera contratado.

Era una sentencia rigurosa, pero la guerra exigía sentencias rigurosas. Quien se llevara un barco de la ciudad estaría condenando a muerte a docenas de personas si Garriston sucumbía y se producía un baño de sangre. Lo malo de las sentencias rigurosas era que siempre había alguien que intentaba ver si ibas de farol… una vez.

—¿Quién ha sido? —preguntó Gavin, aunque creía conocer ya la respuesta.

—El gobernador Crassos. Sus hombres dispararon contra los Guardias Negros que intentaron detenerlos.

¿Guardias Negros? ¿Cómo había conseguido Corvan que la Guardia Negra obedeciera una orden de «detenga a ese hombre»?

—¿Algún herido?

—No, lord Prisma.

—¿Está aquí? —preguntó Gavin. Necesitaba salir de allí. Su séquito impedía que los hombres de Corvan se desenvolvieran como requerían, y también estaban bloqueando el acceso a los muelles. Pero no iba a eludir esta responsabilidad. Convenía manejar estos asuntos de modo que se reforzara la solemnidad de la ley, pero aún mejor era hacerlo enseguida, antes de que alguien más contraviniera la misma norma y se tuviera que ajusticiar a más gente. Cuando el reloj empezaba a quedarse sin arena, la justicia demorada y la injusticia se equiparaban.

»Trae también a los marineros —le dijo Gavin a Corvan, bajando la voz—, y todo el cargamento.

El gobernador Crassos, de hecho, se encontraba a apenas diez pasos de distancia. Acababan de rodearlo unos guardias mucho más altos que él, por eso no lo había visto antes. Tenía las manos atadas a la espalda y un ojo amoratado. Junto a él salió al frente una abigarrada colección de contrabandistas, tipos curtidos que sabían a qué se exponían cuando aceptaron el trabajo.

Gavin levantó las manos y proyectó un abanico de chispas por encima de su cabeza. Todos los que no estaban mirando todavía empezaron a hacerlo en ese momento.

—Por la autoridad que me ha sido investida, someto esta decisión a la luz del ojo de Orholam. Que se haga justicia.

La inesperada plegaria provocó que un mar de cabezas oscilaran aquiescentes de una punta a otra del muelle. Los acusados cayeron de rodillas, empujados sin contemplaciones. Humildad ante la justicia.

Ya que voy a bloquear los muelles, qué menos que aprovechar la coyuntura para zanjar esta cuestión.

—Gobernador, se os acusa de alquilar un barco para huir de la ciudad, contraviniendo las órdenes del general al mando. ¿Es eso cierto?

—¿General? ¡Soy el gobernador de este estercolero! ¡Nadie me dice lo que tengo que hacer!

—¿Ni siquiera yo? —preguntó Gavin—. El general actuaba en mi nombre, tras recibir mi autorización expresa para ello. ¿Contratasteis esta tripulación para abandonar la ciudad?

—Tienes cincuenta testigos que declararán que lo hice. ¿Y qué? Te ayudamos. Mi familia te respaldó durante la guerra. ¡No estarías aquí de no ser por nosotros! —La

voz del gobernador Crassos adquirió un timbre plañidero—. ¿Estos aldeanos te parecen más importantes que yo?

—Capitán —dijo Gavin, dando la espalda al gobernador—, ¿admitís que intentasteis huir?

El capitán miró a su alrededor, desafiante, sin arrepentirse pero sin atreverse tampoco a mirar al Prisma a los ojos. Al parecer, todo el muelle había sido testigo del intento de fuga. Su actitud era la de alguien que sabía que iba a morir y quería hacerlo bien. Se aferraba a su coraje con todas sus fuerzas.

—Sí, señor. El gobernador nos contrató anoche. Yo ya pensaba marcharme. —Por supuesto. Todo el que tenía un barco quería zarpar, y para ayer.

—Una antigua tradición dicta —declaró Gavin, levantando la voz para que todos lo oyeran— que el Día del Sol se otorgue un indulto. Al igual que Orholam es misericordioso, también debemos serlo nosotros.

—Ay, gracias a Orholam y a su Prisma, que camina entre nosotros —dijo el gobernador Crassos, poniéndose en pie con esfuerzo—. No os arrepentiréis de esto, lord Prisma.

Gavin trazó una barra de supervioleta invisible y golpeó con ella el envés de las rodillas de Crassos, sin mirarlo siquiera. El gobernador se desplomó. Gavin se dirigió al capitán.

—Capitán, lo justo sería que os encerrara en una celda y os abandonara allí a vuestra suerte. En cambio, voy a dejaros en libertad, os devuelvo vuestra tripulación y mi barco… que habíais tomado prestado. Estaré vigilándoos, capitán. Servid bien.

El capitán parecía anonadado. Sin poder evitarlo, la vergüenza le anegó los ojos de lágrimas.

—¡¿Qué?!

—Gobernador Crassos, habéis desobedecido mi orden y denigrado vuestro cargo. Un gobernador debe tender la mano a su pueblo, no encaramarse a sus hombros. Habéis robado a las personas que Orholam os encomendó dirigir. Sois un ladrón y un cobarde. Por la autoridad que me ha sido investida, os despojo de vuestro cargo. ¿Queríais cargaros de riquezas e iros? Que así sea.

Gavin escogió uno de los baúles que Crassos había traído con él. Estaba repleto de elegantes atuendos, era enorme, y tan pesado que una persona sola tendría problemas para levantarlo del suelo. Practicó unos grandes boquetes en lo alto, en el fondo y en los costados. A una orden suya, los guardias dejaron el baúl entre los brazos de Crassos y lo amarraron a él con ayuda de unas cuerdas.

—No puedes hacer esto —dijo Crassos.

—Ya está hecho —dijo Gavin—. Lo único que resta por ver es cómo os enfrentáis a vuestro castigo.

—¡Mi familia se enterará de esto!

—En tal caso, que sepan que moristeis como un hombre.

Fue como si Gavin hubiera cruzado la cara del gobernador de un guantazo. Era evidente que su familia lo significaba todo para él.

Gavin trazó una plataforma azul en el agua.

—¿Queríais huir, lord Crassos? Adelante.

Sin vacilar, lord Crassos descendió por los escalones de luxina azul y se introdujo en el agua, amarrado al baúl. Dio unos quince pasos antes de que la escalera cediera y el agua lo envolviera por completo. Instantes después pataleaba para impedir que el ataúd flotante se colocara sobre su cabeza y lo ahogara.

La marea empezaba a cambiar, por lo que se limitó a flotar de acá para allá, sin que el agua lo empujara hacia la orilla o los otros embarcaderos, ni hacia la Guardiana y el mar abierto.

Mil pares de ojos lo observaban en silencio. Transcurrido un minuto, no necesitaba patalear tan desesperadamente para impedir que el baúl lo empujara debajo del agua… porque el baúl había empezado a hundirse a su vez. Intentaba mirar desafiante hacia el muelle, hacia Gavin, pero el pelo mojado no dejaba de taparle los ojos y no lograba sacudir la cabeza lo bastante fuerte como para apartarlo.

Gritó algo antes de desaparecer bajo las aguas. Gavin no logró entender sus palabras. Otra muerte. Crassos nunca le había gustado, detestaba su actitud, abominaba de la clase de nobles que representaba, quienes acaparaban y acumulaban sin pensar ni una sola vez en dar algo a cambio. Pero acababa de matar a un hombre, se había ganado la enemistad de su familia. Y eso en mitad de una guerra que podría haberle ahorrado el trabajo.

Gavin intentó ver alguna burbuja y no lo consiguió. Crassos se había alejado demasiado. Levantó las manos y las atrajo hacia su pecho.

—Que Orholam tenga piedad —anunció, dando el juicio por concluido. Ya había perdido demasiado tiempo allí. Se dio la vuelta.

A su espalda, en la bahía, la aleta de un delfín cortaba el agua como una flecha buscando su objetivo.

78

Al ocaso, Gavin había terminado los rituales más públicos de la jornada. Era un gran espectáculo, e hizo todo lo posible para que cada uno de ellos fuera algo especial. Era una parte de la jornada de la que podía sentirse orgulloso. Actuaba siempre prácticamente desnudo. Los colores estallaban y se perseguían por su cuerpo, salían de él y daban la impresión de volver a zambullirse en su interior.

Emplear tanta magia después de la batalla del día anterior era un poco doloroso, pero en ese sentido no estaba dispuesto a hacer la menor concesión.

Antes de lo esperado, sin embargo, se terminó, y todos se retiraron a sus respectivas fiestas. Estas durarían toda la noche. El Día del Sol se extendía hasta el próximo amanecer. Las fiestas de los que iban a ser liberados comenzarían cuando fuera noche cerrada. Gavin estaba sentado en la pequeña capilla de la fortaleza. Disponía de unos minutos a solas, supuestamente para rezar.

Hubo un tiempo en que así era. Ya no. Si Orholam existía realmente, estaría ocupado, o dormido, o distraído, o cagando. Decían que el tiempo era distinto para Orholam. Eso explicaría por qué llevaba haciendo lo que fuera que estuviese haciendo durante toda la vida de Gavin.

Sintió una opresión en el pecho. Le costaba respirar. La capilla era demasiado pequeña, demasiado oscura. Lo empapaba un sudor frío y viscoso. Cerró los ojos.

Échale huevos, Gavin. Puedes conseguirlo. Lo has hecho antes. Esto es por ellos.

Esto es una mentira. Todo es una mentira.

Sigue siendo mejor que la alternativa. Respira. Esto no es por ti. ¿Quieres salir ahí fuera y decirles a todos los trazadores que están esperándote que sus vidas enteras han sido una farsa? ¿Que su servicio no sirve de nada? ¿Que Orholam no ve su sacrificio? ¿Que lo que han hecho, lo que han sacrificado, no tiene ninguna importancia? Todo el mundo muere, Gavin, no prives de su significado a estas personas. No hagas que piensen que no tienen el menor valor. Que su sacrificio es estéril. Que la vida no tiene sentido.

Era el mismo debate que mantenía consigo mismo todos los años. Había tomado incluso la precaución de llevar un cubo a la capilla, junto con un puñado de incienso extra. Había llegado a vomitar en alguna ocasión.

Alguien llamó con los nudillos a la puerta de la capilla.

—Lord Prisma, ya es la hora.

No vendaron los ojos a Kip a la noche siguiente. En vez de eso le pusieron unas gafas tintadas, se las anudaron detrás de la cabeza, apretándolas contra sus ojos, y le arrancaron las mangas de la camisa. Así le resultaría difícil trazar, y quienes lo rodeaban se enterarían con tiempo de sobra si lo intentaba.

—Parece que quieren que veamos algo —dijo Karris mientras los guardias, Hombres Espejo y trazadores, los sacaban a empujones de la carreta que habían compartido.

Los condujeron a un perímetro de seguridad alejado de las tiendas. Estaba curiosamente aislado del resto del campamento, del que lo separaba una generosa distancia. El perímetro en sí consistía en una simple cuerda tendida entre postes clavados de cualquier manera en el suelo, pero era enorme, y nadie del campamento se acercaba siquiera a intentar traspasar el círculo. En su interior, empequeñecida por las dimensiones del perímetro, había un grupo de personas congregadas ante una plataforma. El sol se había puesto ya, pero la oscuridad aún no era absoluta.

—No quieren que nadie escuche lo que dicen —murmuró Karris—. Para que veas si están chiflados. Van a arengar a las tropas con alguna idiotez que haría reír a cualquier normalo.

¿Normalo? Ah, alguien que no podía trazar. Espera, eso significaba…

Mientras se aproximaban, Kip vio que sus sospechas eran acertadas: hasta el último de los presentes allí era un trazador. ¡Debían de haberse dado cita ochocientos o mil!

—Por Orholam —exhaló Karris—. Aquí debe de haber quinientos trazadores.

Vale, no sé contar, ¿qué pasa?

Pero incluso la bravuconería de Kip se desvaneció mientras se acercaban. Sus escoltas los empujaron contra la multitud y la primera persona que se apartó de su camino los miró con unos ojos verdes enloquecidos. Sus halos fragmentados formaban serpientes esmeraldas que reptaban por la esclerótica.

Kip se sintió como si estuviera paseando por un zoológico. Era como si todo el mundo con la piel lo suficientemente clara como para que se notara la tuviese teñida de luxina. Verde, azul, roja, amarilla, naranja, incluso púrpura. Al asomarse al supervioleta, los trazadores de ese color resplandecían como faros en la noche. Habían añadido diseños a sus capas, sus armaduras, incluso sus pieles; invisibles todos ellos, salvo para los demás supervioletas. Al ajustar la mirada, Kip vio que los subrojos habían hecho lo mismo, grabando dragones, fénix, remolinos y llamas a su atuendo. Los azules exhibían pinchos que se curvaban como astas de carnero, o cuchillas acopladas a los antebrazos. Se cruzaron con un naranja. El hombre parecía normal salvo por su cabello, peinado hacia atrás con luxina naranja en vez de aceite, y el blanco de sus ojos era de un naranja sin fisuras que no dejaba ver el iris. Únicamente los diminutos puntos negros de sus pupilas sobresalían en medio del color perfecto. Una verde cubierta tan solo con hojas siseó en su dirección, se rió. Un auténtico zoológico, sin duda, y Kip estaba en la jaula de los animales.

Los condujeron hasta el frente mismo de la multitud, arracimada ante una piedra que se elevaba del suelo. El viento y la lluvia habían alisado su superficie, pero era lo

suficientemente alta como para servir de plataforma. Cuando Kip y Karris llegaron, un hombre vestido con un manto con capucha se encaramó al peñasco. Al coronar la roca, echó su capucha hacia atrás y se arrancó el manto de cuajo, arrojándolo a un lado como si le molestara.

El cuerpo entero del hombre resplandecía en la oscuridad. Se irguió, desafiante, en silencio, con las piernas separadas. Extendió una mano hacia la multitud, y separadas por cinco pasos de distancia, en una oleada, varias antorchas se encendieron con una llamarada, bañándolos de luz. Las últimas en encenderse fueron las que rodeaban la plataforma de piedra y Kip vio que el hombre estaba hecho por completo de luxina. Y que el resplandor brotaba de su interior.

A su alrededor, los trazadores cayeron de rodillas ante lord Omnícromo. Pero no todos. Los que permanecían en pie se mostraban nerviosos, incómodos. Pues quienes se habían humillado no estaban sencillamente agachados, sino que aplastaban las caras contra el suelo. Esto era puro fervor religioso.

—No te arrodilles —dijo Karris—. No es ningún dios.

—¿Qué es? —susurró Kip.

—Mi hermano.

Lord Omnícromo extendió las manos.

—Por favor, no. Hermanos, hermanas, en pie. Levantaos conmigo. Llevamos demasiado tiempo postrados ante los humanos.

El trazador naranja, el artista Aheyyad, se postró ante Gavin. Sería el primero de la noche. Era un puesto de honor, y Aheyyad se lo había ganado a pulso. Un honor de verdad, no esta farsa. Pero no había otra salida. Nunca la había.

Gavin se adelantó.

—En pie, hijo mío —dijo. Por lo general, cuando llamaba «hijos» a los trazadores, se sentía sardónico. Pero Aheyyad era un niño, o cuando menos, apenas un hombre.

Aheyyad se incorporó. Miró a Gavin a los ojos, antes de agachar rápidamente la cabeza.

—Si tienes algo que decir, ahora es el momento adecuado. —Algunos trazadores sentían la necesidad de confesar sus pecados o sus secretos. Algunos querían solicitar algo. Otros, solo expresar su frustración, sus temores, sus dudas. Dependiendo del número de trazadores a liberar antes del amanecer, todos los años Gavin dedicaba a cada trazador tanto tiempo como le era posible.

—Os he fallado, lord Prisma —dijo Aheyyad—. He fallado a mi familia. Siempre lamentaron que yo fuera el hijo que podría haber aspirado a la gloria. En vez de eso, soy un despojo. Un adicto. Orholam me otorgó su don y no he sabido controlarlo. — Por sus mejillas rodaban unas lágrimas cargadas de amargura. Aún se resistía a mirar

a Gavin a los ojos.

—Mírame —dijo Gavin. Tomó el rostro del joven entre las manos—. Te uniste a mí en la mayor empresa que jamás haya acometido. Conseguiste aquello de lo que yo, el Prisma, era incapaz. Todo aquel que ha presenciado una puesta de sol sabe que Orholam valora la belleza. Convertiste esa muralla en algo tan hermoso y terrible como el mismísimo Orholam. Lo que hiciste perdurará mil años.

—¡Pero perdimos!

—Perdimos —reconoció Gavin—. El fallo fue mío, no tuyo. Los reinos surgen y desaparecen de la faz de la tierra, pero esa muralla protegerá a miles de almas aún por nacer. Y servirá de inspiración a otros cientos de miles. Yo no podría haber hecho algo así. Solo tú podías lograrlo. Tú, Aheyyad, has creado algo hermoso. Orholam te concedió un don y tú lo has compartido con el mundo entero. No entiendo dónde está el fracaso. Tu familia se sentirá orgullosa de ti. Yo me siento orgulloso de ti, Aheyyad. No te olvidaré nunca. Me has servido de inspiración.

Una sonrisa fugaz aleteó en los labios del muchacho.

—Sí que es bonita, ¿verdad?

—No está mal, para tratarse de tu primer intento —dijo Gavin.

Aheyyad se rió, su aptitud había cambiado por completo. Era luz pura, sin duda. Un regalo para el mundo, hermoso y llameante de vida.

—¿Estás listo, hijo? —preguntó Gavin.

—Gavin Guile —dijo el joven—. Mi señor Prisma. Vos, señor, sois un gran hombre, y un gran Prisma. Gracias. Estoy preparado.

—Aheyyad Agua Brillante, Orholam te otorgó un don —comenzó Gavin. Los apellidos eran una improvisación sobre la marcha. En Paria, los únicos que recibían dos nombres eran las personas importantes, y a veces sus hijos. Cuando vio las lágrimas que afloraban a los ojos de Aheyyad mientras respiraba hondo, con el pecho henchido de orgullo, Gavin supo que había dicho las palabras exactas—. Y has dominado bien el don que te otorgó. Ha llegado el momento de que sueltes tu carga, Aheyyad Agua Brillante. Has dado lo mejor de ti. Tu servicio no caerá en el olvido, pero a partir de ahora tus errores serán eliminados, olvidados, borrados. Bien hecho, mi siervo leal. Has cumplido el Pacto.

—¡Dicen que hagamos un Pacto! ¡Que prestemos juramento! Un juramento mediante el cual nos encadenan y nos entierran —dijo lord Omnícromo.

Liv se abría paso con cautela entre la multitud, avanzando hacia el frente. Juraría que había visto a Kip escoltado hasta allí, con unas gafas negras sujetas a la cabeza. Pero todo el mundo escuchaba embobado al bicho raro que tenían delante, así que no podía precipitarse. Optó por fingir que ella también estaba prestando atención y siguió caminando muy despacio.

—Esto —dijo lord Omnícromo. Indicó el peñasco redondeado sobre el que se erguía—. Esto es todo cuanto queda de lo que antaño fue una gran civilización. Habéis visto sus reliquias esparcidas por toda la tierra. Estatuas de grandes hombres, demolidas por los pigmeos de sus sucesores.

Liv aguzó el oído. En Rekton había una estatua derruida, en un naranjal. Nadie le había dicho nunca de dónde había salido. Siempre pensó que se debía a que nadie lo sabía.

—¿Pensáis que estas estatuas son un misterio? —preguntó lord Omnícromo—. Os equivocáis. ¿Pensáis que la Guerra de los Prismas terminó aquí, en Tyrea, por casualidad? ¿Pensáis que los Guile se limitaron a vagar por las Siete Satrapías hasta que el azar quiso que sus ejércitos se tropezaran? ¿Precisamente aquí? Permitid que os repita algo que sin duda ya sabéis, algo en lo que todos creéis aunque nadie se atreva a decirlo: la Guerra de los Prismas la ganó el Guile equivocado. Dazen Guile intentaba cambiar las cosas y eso le costó la vida. La Cromería asesinó a Dazen Guile. Lo mataron porque tenían miedo de que lo cambiara todo. Lo temían, porque Dazen Guile se proponía liberarnos. —Esa frase sembró la consternación entre los congregados. Todos sabían qué día era, y que el Prisma estaba en Garriston, a menos de una legua de distancia, celebrando la Liberación esa misma noche.

»¿Lo veis? —dijo lord Omnícromo—. ¿Sentís esa aprensión? Porque la Cromería ha vuelto nuestro mismo idioma contra nosotros. Dazen quería liberarnos. Dazen sabía que no se puede encadenar la luz.

—No se puede encadenar la luz —repitieron algunos de los trazadores, casi como si de un estribillo religioso se tratara.

—Liberación, lo llaman. Soltad vuestra carga, dice el Prisma. Os concedo la absolución y la libertad, dice. Pero ¿sabéis qué es lo que nos da en realidad? ¡¿Lo sabéis?!

—Te concedo la absolución —dijo Gavin, con el corazón en un puño mientras Aheyyad se arrodillaba a sus pies, con la mirada vuelta hacia arriba y la mano derecha en el muslo de Gavin—. Te concedo la libertad. Que Orholam te bendiga y te acoja en su seno. —Desenvainó el cuchillo y lo enterró en el pecho de Aheyyad. Justo en el corazón. Retiró la hoja. Una puñalada perfecta. Por otra parte, había practicado un montón.

No miró la herida, no vio cómo la sangre se extendía por la camisa de Aheyyad. Sostuvo la mirada del muchacho mientras la vida abandonaba sus ojos. Y cuando lo hizo, Gavin dijo:

—Por favor, perdóname. Perdón. Por favor.

Había enfundado la daga y estaba secándose las manos en el trapo que llevaba encima… aunque estaban limpias. Se detuvo.

—¡La muerte! —rugió lord Omnícromo—. Os clavan un cuchillo y se quedan viendo cómo morís. Observan mientras imploráis… ¡y dicen que su dios lo aprueba! Decidme, ¿es así como se trata a nuestros mayores? Oprimidos por la Cromería, apenas si nos quedan mayores. Los han matado a todos. Ah, menos por la Blanca. Menos por Andross Guile y su esposa. Las normas no se aplican a ellos, pero a vosotros y a mí, a nuestras madres y a nuestros padres… deberíamos morir. Dicen que es la voluntad de Orholam. Dicen que es el Pacto. Como si algo que juramos cuando éramos niños ignorantes validara el asesinato de nuestros progenitores. ¿Qué locura es esta? ¿Una mujer sirve a las Siete Satrapías durante toda su vida y al final, como recompensa, es sacrificada? ¿Eso es libertad? ¿Eso es lo que llaman «Liberación»?

Liv divisó a Kip, pero ya no estaba abriéndose paso hacia él.

—Vosotros sabéis que está mal. Yo sé que está mal. Ellos saben que está mal. Por eso se refieren a ello únicamente con murmuraciones y eufemismos. No es justo. No es ninguna Liberación, no nos engañemos, es un asesinato. Y después ni siquiera tienen la decencia de devolver el cadáver a su familia. En vez de eso, lo utilizan en algún tipo de ritual arcano. ¿Eso es por lo que lucharon nuestros padres? ¿Es eso justo? La Cromería corrompe todo cuanto toca. Además, ¿creéis que todos los que son «liberados» se presentan voluntarios?

Lord Omnícromo se rió, desdeñoso.

Mientras los Guardias Negros sacaban el cuerpo de Aheyyad de la sala, con cuidado de no derramar ni una gota de sangre, alguien llamó a la puerta con los nudillos. Un solo golpe, seguido del silencio. Gavin tardó un momento en caer en la cuenta: Bas el Simple nunca había entendido realmente el concepto de llamar a la puerta.

—Adelante, Bas —dijo Gavin. Niños e idiotas. ¿Estas son mis víctimas? Me baño en la sangre de los inocentes.

El hombre entró en la habitación. Vestido con sus mejores galas, se mostraba incluso apuesto. Al contrario de lo que ocurría con otros simplones que Gavin había conocido, las facciones de Bas no delataban su condición.

—Perdón por saltarme el turno, lord Prisma. Tengo una pregunta y no quería interrumpir mi Liberación para hacerla.

Que estuviera interrumpiendo la Liberación de alguien más para formular su pregunta ni siquiera se le había pasado por la cabeza, naturalmente.

—Por favor, adelante —dijo Gavin.

—Oí a Evi Grass hablando de la Muralla de Agua Brillante. Evi es una bicroma amarilla y verde. Es del Bosque de Sangre, aunque no me parece que dé ningún

miedo. Mi madre me decía que todos los que tienen el pelo rojo pueden envolverte en llamas con solo mirarte, pero Evi no es así.

Gavin conocía bien a Evi. Pese a no ser excepcionalmente brillante, poseía una intuición portentosa, aunque rara vez confiaba en sus propias posibilidades. Así era, al menos, hacía años.

—Evi una vez me salvó de una embestida…

—¿Qué te dijo, Bas? —preguntó Gavin.

—No me dijo nada, solo me salvó. Me parece que gritó algo. No estoy seguro…

—¿Qué dijo Evi acerca de la Muralla de Agua Brillante?

—No me gustan las interrupciones, lord Prisma. Me ponen nervioso.

Gavin reprimió su impaciencia. Si lo presionaba, Bas sería incapaz de articular palabra.

Bas comprendió que Gavin no iba a insistir y se quedó pensativo un momento. Gavin esperó a que recuperase el hilo de sus pensamientos.

—Evi dijo que el agua brillante estaba trazada a la perfección. Dijo que no recordaba que vos fuerais un supercromado. Yo no puedo ver las diferencias de color, claro, pero me extrañaría que mintiera, y Gavin Guile no era un supercromado. Su hermano Dazen sí. Y sois más alto que Gavin. Se ponía unas botas especiales para parecer más alto, pero Dazen era más alto que él cuando cumplió los trece años. Recuerdo aquel día. Hacía sol. Mi abuela decía que Orholam siempre sonreía a los Guile. Llevaba puesto el abrigo azul…

Gavin no estaba escuchándolo. Se sentía como si el suelo se hubiera desvanecido bajo sus pies. Sabía que ese momento llegaría tarde o temprano. Llevaba dieciséis años esperándolo. Había asistido a las primeras reuniones como Gavin esperando que alguien, cualquiera, lo apuntara con el dedo y gritara: «¡Farsante! ¡Impostor!». Otros lo habían averiguado antes, pero siempre había podido silenciarlos. No podía desacreditar a Bas. Ese hombre era inmune a las corrientes políticas, todo el mundo lo sabía. Y si alguien le preguntaba, Bas señalaría un centenar de diferencias entre Gavin y Dazen. Cuando terminara de hablar, la máscara de Gavin se habría hecho añicos.

Sin embargo, había acudido solo. Precisamente esa noche.

—Entonces, mi pregunta era… mi pregunta era, ¿por qué mientes, Dazen? ¿Por qué finges ser Gavin? Dazen es malo. Mata a la gente. Mató a los Roble Blanco. A todos. Cuentan que recorrió su mansión cuarto por cuarto, asesinando incluso a los sirvientes, y que después lo incendió todo para ocultar sus crímenes. Los niños estaban encerrados en el sótano. Descubrieron sus cadáveres amontonados. Abrazados unos a otros. Estuve allí. Los vi. —Bas se interrumpió, visiblemente absorto en aquella antigua imagen. Su memoria perfecta se habría encargado de que fuera sumamente vívida—. Prometí a aquellos cuerpitos calcinados que mataría a

Dazen Guile —concluyó Bas.

Sobrevino a Gavin un temor primigenio, como el dolor de los latigazos de un antiguo amo. Bas era un policromo verde, azul y supervioleta. Los colores moldeaban a todos los trazadores con el paso del tiempo. Solo la espontaneidad del verde conseguiría que el antiguamente obsesionado con el orden Bas se saltara su turno. Pero la precisión del azul le urgía a averiguar la verdad, a descubrir cómo encajaban todas las piezas.

—Bas, voy a contarte algo que solo sabe otra persona en todo el mundo. Voy a responder a tu pregunta. Te lo mereces. —Bajó la voz—. Cuando tenía dieciséis años, tuve una… una visión. Una epifanía. Estaba ante una presencia. Lo sentía en la cara. Sabía que era algo santo, y estaba asustado…

—¿Orholam en persona? —preguntó Bas. Parecía escéptico—. Mi madre decía que las personas que aseguran hablar por boca de Orholam generalmente mienten. ¡Y Dazen es un embustero! —Su voz se tornó estridente al final.

Lo que menos necesitaba Gavin era que Bas empezara a proclamar el nombre de Dazen a gritos.

—¿Quieres escuchar mi respuesta o no? —preguntó con aspereza.

Bas titubeó.

—Sí, pero no…

Gavin le apuñaló el corazón.

Los ojos de Bas se abrieron de par en par. Se aferró a los brazos de Gavin. Gavin extrajo la daga.

Con extraordinaria frialdad, Gavin declaró:

—Has dado lo mejor de ti, Bas. Tu servicio no caerá en el olvido. Tus errores serán olvidados, borrados. Te concedo la absolución. Te concedo la libertad.

Cuando pronunció la palabra «absolución», Bas ya estaba muerto.

Con cuidado, Gavin lo depositó en el suelo. Se dirigió a la puerta de servicio y llamó con los nudillos. Los Guardias Negros entraron y se llevaron el cadáver, y así de fácil Gavin cometió un asesinato sin despertar las sospechas de nadie.

79

El tipo era un embustero. Kip no sabía exactamente qué era mentira y qué era verdad, pero lord Omnícromo era la mano derecha del rey Garadul. Habían arrasado su aldea. Sin motivo. Si el asesinato no significaba nada para ellos, ¿qué significaría una mentira?

Sin embargo, sus palabras contenían un ápice de veracidad, como ocurre con las mejores mentiras. El Pacto significaba realmente eso. No era de extrañar que lo mencionaran siempre a hurtadillas, en voz baja. Envejecías, rompías el halo, te convertías en un perro rabioso. Tenían que sacrificarte. Kip recordaba cuando un mapache mordió al perro de Corvan y este empezó a echar espuma por la boca. Corvan, la alcaldesa y unos cuantos hombres más cargaron sus mosquetes y salieron en su busca. Corvan le voló la cabeza personalmente. Después ocultó el rostro y todo el mundo fingió no ver sus lágrimas. No hacía ni un año que aún mencionaba a su perro, pero cuando lo hacía nunca hablaba de su locura, de cómo había tenido que matarlo. Esto era lo mismo. Nadie hablaba de la Liberación porque nadie quería deshonrar a los difuntos. «Kip era un tipo excelente, hasta que perdió la cabeza y empezó a matar a sus amigos. Hasta que tuvimos que abatirlo.»

Vale, era una verdad desagradable. Pero eso no la convertía en una mentira. Antes bien, probablemente contribuía a dotarla de veracidad.

Pero en esa muchedumbre no había nadie dispuesto a aceptarlo. Querían culpar a alguien de la muerte de sus progenitores. No querían ser los siguientes en morir. Podían envolverlo en monsergas litúrgicas cuanto les diera la gana, pero Kip había visto lo que había detrás del telón. Estos seres eran asesinos. Gavin era un buen hombre. Un gran hombre, un gigante rodeado de enanos. Tenía que hacer cosas desagradables, ¿y qué? Los grandes hombres debían tomar decisiones difíciles para que los demás pudieran sobrevivir. Hacía cumplir el Pacto, ¿y qué? Todo el mundo juraba cumplirlo. Todo el mundo entendía el juramento. No existía ningún misterio, ni trampa ni cartón. Hacían un Pacto, y no tenían nada en contra de él hasta que les tocaba pagar el precio.

Estos seres eran unos cobardes, perjuros, escoria.

Tengo que largarme de aquí.

Se giró y vio a la última persona con la que esperaba encontrarse.

—Los relojes de agua ilytianos aseguran que esta es la noche más corta del año —dijo Felia Guile desde el umbral—. Pero para ti siempre ha sido la más larga.

Gavin la miró, macilento.

—No te esperaba hasta el amanecer.

Felia sonrió.

—El orden se ha alterado ligeramente. Bas el Simple entró antes de lo que debía. Alguien ha decidido dejarlo para más tarde. —Encogió los hombros.

¿Dejarlo para más tarde? De modo que lo sabían. Todo se está haciendo pedazos.

Quizá fuera mejor así. Si mato a mi madre ahora, no tendrá que ver cómo se desmorona todo.

—Hijo —dijo Felia—. Dazen. —El nombre sonó casi como un suspiro, una liberación de presión contenida. La verdad, expresada en voz alta tras años de mentiras.

—Madre. —Era agradable verla feliz, pero espantoso verla allí—. No puedo… Ni siquiera te he llevado a dar un paseo por los aires, como te prometí.

—¿Realmente puedes volar?

Gavin asintió, con un nudo en la garganta.

—Mi hijo puede volar. —Una sonrisa iluminó el rostro de Felia—. Dazen, me siento tan orgullosa de ti.

Gavin intentó decir algo, sin éxito.

Felia adoptó una expresión compasiva.

—Te ayudaré —dijo. Se arrodilló ante la barandilla, adoptando un aire más formal. Tratándose de su madre, a Gavin no debería extrañarle—. Lord Prisma, he pecado. ¿Escucharéis mi confesión?

Gavin pestañeó para contener las lágrimas, se dominó.

—Con mucho gusto… hija.

La actitud de humilde piedad de Felia ayudaba a Gavin a representar su papel. Él no era su hijo, no allí y ahora. Era su padre espiritual, un puente a Orholam en el día más sagrado de su vida.

—Lord Prisma, me casé con quien no debía y he vivido atemorizada. Me he dejado controlar por el miedo a que mi marido me repudiara, y guardé silencio cuando tendría que haber hablado. Permití que mis hijos se enemistaran y uno de ellos está muerto por ese motivo. Su padre no lo previó porque era un necio, pero yo lo sabía.

—Madre —la interrumpió Gavin.

—Hija —lo corrigió con firmeza Felia.

Gavin hizo una pausa. Claudicó.

—Hija, continúa.

—He pronunciado palabras crueles. He mentido en mil ocasiones. No me he preocupado por el bienestar de mis esclavos… —Habló durante cinco minutos, sin omitir nada, franca y tajante, sucinta en sus declaraciones no por ella, sino por Gavin, que debía confesar a muchos más esa noche. Era surrealista.

En los últimos dieciséis años, Gavin había escuchado declaraciones impactantes y contemplado el reverso oscuro de personas que gozaban de una reputación

intachable, pero oír a su madre reconocer que había golpeado a una esclava inocente, enfurecida, minutos después de encontrar a Andross en la cama con otra mujer, era desgarrador. Desconcertante. Escuchar la confesión de su madre era como verla desnuda.

—Y he matado, tres veces. Por mi hijo. Ya he perdido dos; no podía tolerar la idea de perder también al último —dijo. A Gavin le costaba creer lo que estaba escuchando—. Por orden mía, un Guardia Negro de quien sospechaba fue reasignado a un puesto peligroso durante la Rebelión de los Acantilados Rojos, donde sabía que moriría. Una vez envié piratas tras el barco en que Dervani Malargos regresaba a su hogar tras llevar años perdido en las espesuras de Tyrea. Aseguraba haber estado más cerca que nadie de la conflagración de la Roca Hendida y haber visto cosas que nadie más conocía. Intenté sobornarlo, pero se escapó. En otra ocasión, contraté los servicios de un asesino durante las Conspiraciones de la Espina, utilizando una batalla ajena para encubrir la muerte de alguien que se disponía a chantajear a mi hijo.

Gavin no tenía palabras. Durante el primer año de su mascarada había matado a tres personas para proteger su identidad y exiliado a una docena. Dos más al séptimo año. No asesinaba a nadie a sangre fría desde… hasta Bas. Sabía que su madre había velado por él, pero siempre había pensado que lo hacía transmitiéndole la información que llegaba a sus oídos. Su madre siempre había sido ferozmente protectora, pero jamás se había imaginado hasta dónde sería capaz de llegar. Hasta dónde la obligaría él a llegar en su empeño por suplantar a Gavin.

Orholam bendito, ojalá creyera en ti para que pudieras perdonarme por lo que he hecho.

—En cada ocasión —concluyó Felia—, me dije que estaba sirviendo a Orholam y a las Siete Satrapías, no solo a mi familia. Pero nunca he tenido la conciencia tranquila.

Consternado, Gavin entonó las fórmulas tradicionales, concediéndole su perdón.

Felia se puso de pie y lo miró intensamente.

—Y ahora, hijo, hay unas cuantas cosas que deberías saber antes de que suelte mi carga. —Continuó sin esperar a que respondiera, lo cual fue una suerte porque Gavin no se creía capaz de ello—. No eres el hijo malvado, Dazen. Eras errático, pero nunca malintencionado. Eres un verdadero Prisma…

—¿Errático? ¡Asesiné a los Roble Blanco! Me…

—¿Estás seguro? —lo interrumpió bruscamente Felia. A continuación, más sosegada—: Llevo dieciséis años viendo cómo te consume ese veneno. Y siempre te has negado a hablar. Dime cómo ocurrió. —Su madre compartía el temperamento de los Guile, ya que no su sangre. Sacar este tema había sido su objetivo desde el principio.

—No puedo.

—Si no puedes contármelo a mí, ¿entonces a quién? Si no ahora, ¿cuándo? Dazen, soy tu madre. Deja que te haga este regalo.

Era como si su lengua se hubiera convertido en un pedazo de plomo, pero las imágenes acudieron ante sus ojos en un instante. Los rostros amenazadores de los hermanos Roble Blanco, la oleada de pavor que lo paralizaba. Gavin se humedeció los labios, pero no consiguió expulsar las palabras de su boca. Le sobrevino el odio una vez más, la furia ante lo injusto del enfrentamiento. Siete contra uno. Las mentiras.

—Mi relación con Gavin ya había empezado a estropearse. El azul y el verde despertaron pronto para mí, pero sospechaba que podría conseguir más aún. Así se lo dije. ¿Sabes?, nos habíamos distanciado desde que anunció su elección como Prisma, y el asesinato de Sevastian no contribuyó a mejorar las cosas. Supongo que pensaba que contarle que mis aptitudes estaban expandiéndose serviría para recuperar su confianza. Como si pudiéramos volver a ser amigos. Pero no le hizo ninguna gracia. Ni pizca. —De la nada, un torrente de lágrimas afluyó a los ojos de Gavin. Extrañaba tanto a su hermano que le desgarraba el alma—. Ahora comprendo lo amenazador que debía de ser para alguien tan joven perder lo único que le hacía especial. Entonces no me di cuenta. Un día después de que le contara que era un policromo oí que apremiaba a padre para que lo prometiera con Karris. No me esperaba una traición tan miserable. El amor de Karris era lo único que me hacía especial. Hubo de transcurrir algún tiempo antes de que viera la simetría que entrañaba todo aquello.

»Fuera como fuese, creía que Karris me quería tanto como yo a ella. Cuando padre anunció su compromiso con Gavin decidimos huir juntos. Debió de contárselo a alguien. Tal vez fuera un accidente. Tal vez Gavin le pareciera mejor partido. Karris y yo debíamos reunirnos frente a la mansión de su familia a medianoche. No apareció. Su doncella me dijo que estaba dentro. Era una trampa, por supuesto. Los hermanos Roble Blanco sabían que había estado tonteando con Karris y querían darme una lección. Me acusaron de haberlos deshonrado, de haber convertido a Karris en una ramera.

Lo apresaron en cuanto puso un pie en la casa. Los siete hermanos. Le arrancaron la capa, las gafas y la espada. Aún recordaba el enorme patio cerrado, los criados asomados a puertas y ventanas. Una hoguera impresionante ardía en medio; había luz en abundancia, pero no para un bicromo de verde y azul despojado de sus lentes.

—Empezaron a golpearme. Habían estado bebiendo. Varios de ellos estaban trazando rojo. Se les fue de las manos. Creía… aún lo creo… que iban a matarme. Conseguí zafarme una vez, pero la puerta con la que me tropecé estaba cerrada con cadenas.

—¿Ellos pusieron las cadenas a las puertas? —preguntó Felia Guile. La historia

contaba que Dazen era el responsable de aquello. Que lo había hecho empujado por la crueldad. El padre de Karris conocía la verdad, pero no había hecho nada por desmentir los rumores.

—No querían que saliera, ni que los soldados del exterior se entrometieran antes de que ellos hubiesen terminado. —Gavin guardó silencio. Miró de soslayo a su madre. El rostro de Felia era todo ternura. Gavin apartó la mirada.

»Aquella noche dividí la luz por primera vez en mi vida. La sensación era… asombrosa. Pensaba que podría ser un policromo del supervioleta al amarillo, pero aquella noche utilicé el rojo. En abundancia. Quizá no estaba preparado para resistir los efectos que surte el rojo en uno cuando está furioso. —Recordaba la sorpresa que se reflejó en sus facciones cuando empezó a trazar. Sabían que era verde y azul. Sabían que lo que estaba haciendo era imposible. Cada generación producía un solo Prisma. Imágenes de bolas de fuego proyectadas desde sus manos ensangrentadas, del cráneo de Kolos Roble Blanco humeando mientras él aún seguía en pie, de los guardias de la familia masacrados por docenas, descuartizados, la sangre que lo bañaba todo—. Maté a los hermanos y a todos los guardias de los Roble Blanco. Las llamas se extendían por todas partes. La puerta principal se desplomó mientras la cruzaba. Los gritos resonaban en mis oídos.

Una vez en la calle, tambaleándose, sintiéndose vacío y entumecido, intentó encontrar un caballo.

—Había una doncella en la puerta de servicio. La mujer que me había conducido a la emboscada. Asomaba a los barrotes, me imploró que la abriera. Era la misma puerta que me había impedido escapar antes. El candado de las cadenas estaba en la parte de dentro, pero ella no tenía la llave. Le dije que podía arder en el infierno y me fui. No me di cuenta… ni siquiera se me pasó por la cabeza que todas las demás puertas también podrían estar aseguradas con cadenas. Solo quería marcharme de allí. Supongo que nadie encontró las llaves a tiempo. En un arrebato de crueldad caprichosa, condené a morir a cien inocentes. —Como si la muerte de los culpables fuera preferible a la vida de aquellos.

Curiosamente, podía llorar por el distanciamiento con su hermano, pero no le quedaba nada dentro para aquellas víctimas inocentes. Esclavos y criados que no estaban vinculados a los Roble Blanco por voluntad propia. Niños. Era demasiado monstruoso.

Y la mayoría de los hombres que se unieron a Dazen en la guerra más tarde ni siquiera le habían preguntado por lo ocurrido aquella noche. No les importaba combatir por alguien al que creían culpable de haber incendiado una mansión entera repleta de gente… porque eso significaba que era indestructible. Cómo los despreciaba.

Su madre acudió a su lado y lo abrazó. Ahora, en silencio, Gavin lloró. Quizá por

aquellos muertos. Quizá egoístamente, porque iba a perderla.

—Dazen, no me corresponde a mí absolverte por lo que sucedió aquella noche, ni por lo que ocurra durante esta guerra en la que aún estás embarcado. Pero te perdono en la medida de mis posibilidades. No eres ningún monstruo. Eres un auténtico Prisma, y te quiero. —Estaba temblando, tenía las mejillas surcadas de lágrimas, pero resplandecía. Besó a Gavin en los labios, algo que no había vuelto a hacer desde que él era un muchacho—. Me siento orgullosa de ti, Dazen. De ser tu madre —dijo—. Sevastian también estaría orgulloso.

Gavin la abrazó con fuerza, llorando. No existía la absolución para él. Sevastian estaba muerto, y su otro hermano se pudría en el infierno que Gavin había creado a su medida. Felia jamás le hubiera perdonado algo así. Pero Gavin lloró, y su madre continuó abrazándolo, consolándolo como si volviera a ser un niño pequeño.

Al cabo, demasiado pronto, lo apartó de sí.

—Ha llegado el momento —dijo. Respiró hondo—. ¿Es… es aceptable que trace una última vez? Han pasado muchos años.

—Por supuesto —dijo Gavin, intentando recuperar la compostura. Señaló el panel naranja que había en la pared.

Felia absorbió la luxina. Se estremeció. Suspiró.

—Es lo que se siente al estar vivo, ¿verdad? —Se arrodilló grácilmente—. Recuerda mis palabras —dijo.

—Siempre —le prometió Gavin. Ni siquiera él creía en sus palabras.

—No te preocupes. Creerás algún día.

Gavin parpadeó varias veces seguidas.

Felia Guile soltó una risita.

—No todos tus talentos los has heredado de tu padre, ¿sabes?

—Nunca lo había dudado.

Felia apartó el cabello de sus hombros para despejar el acceso a su corazón. Apoyó una mano en su muslo, lo miró. Dejó escapar la luxina.

—Estoy preparada.

—Te quiero —dijo Gavin. Aspiró profundamente—. Felia Guile, has dado lo mejor de ti. Tu servicio no caerá en el olvido, pero a partir de ahora tus errores serán eliminados, olvidados, borrados. Te concedo la absolución. Te concedo la libertad. Bien hecho, mi sierva leal.

Le apuñaló el corazón. Después se abrazó a ella, arrodillado a su lado, besando su rostro mientras moría. Tardó unos minutos interminables en reunir la entereza necesaria para levantarse y llamar a los Guardias Negros.

Cuando abrieron la puerta, Gavin vio que había cien trazadores en el pasillo, esperándolo. Ninguno de ellos sonreía. El gigantesco Usef Tep, el Oso Púrpura, dio un paso al frente.

—No queríamos molestaros mientras estabais con vuestra madre, señor, pero tenemos que hablar.

Señor. Ni lord Prisma, ni Gavin.

Así comienza el final.

80

—Kip, pase lo que pase, no te separes de mí —le susurró Karris al oído.

La tensión y la certidumbre que destilaban sus palabras indicaron a Kip que algo iba a ocurrir. Enseguida. Se abstuvo de preguntar nada, aunque se moría de ganas. Los guardias estaban cerca, si bien todo el mundo volcaba su atención en lord Arco Iris y su diarrea verbal sobre el deber y la justicia. Hacía rato que Kip había dejado de escucharlo. Su mirada estaba fija en una chica, a menos de diez pasos de distancia. Liv.

Hubiera jurado que durante un rato intentó abrirse paso hasta Karris y él, pero llevaba los últimos diez minutos paralizada, escuchando a lord Arco Iris. La muchedumbre que los separaba se había movido y Kip vio que Liv lucía unos avambrazos de tela amarillos. Liv era amarilla. Tenía que tratarse de ella.

Estiró el cuello para mirar a su alrededor, en dirección a la Muralla de Agua Brillante.

—Deja de llamar la atención —masculló Karris, con los dientes apretados. Lo que dejó a Kip absolutamente sin nada que hacer. Si observaba a Liv, eso llamaría la atención sobre ella, el discurso le revolvía el estómago, no podía contemplar la muralla, y cuando miraba a Karris, no podía por menos de fijarse en su vestido. Karris estaba tremendamente guapa cuando Kip la vio embozada en el pesado manto negro que cubría su uniforme de la Guardia Negra. Con el fino vestido negro que llevaba puesto ahora, su belleza arrancaba el corazón del pecho de Kip, lo pisoteaba y le prendía fuego. Su porte era distinguido, imperioso, regio, la elegancia personificada. Nadie le había ofrecido ni siquiera un chal a pesar del frío que hacía esa noche. A la luz incipiente, Kip podía ver que tenía la piel de gallina.

—Menuda helada, ¿eh? —dijo.

Uno de los guardias resopló.

—Te puedo reventar la cabeza, si tanto te empeñas —dijo Karris, sin dejar de mirar al frente.

Kip no tenía ni idea de qué estaba hablando, ni de qué se reía el guardia.

—¿Qué he…? —Bajó la mirada al busto de Karris. Sus pezones se definían nítidamente contra la fina seda. Kip se quedó boquiabierto mientras Karris giraba la cabeza y lo descubría embobado.

—Kip. Las gafas oscuras no te dan permiso para recrearte.

¿Se quiere abrir la tierra y tragarme de una vez? Karris pensaba que estaba bromeando con sus… Ay, Orholam. Era el imbécil más grande de la historia.

El discurso concluyó sin que sucediera nada extraordinario. Kip miró cuidadosamente de reojo a Karris. Esta había girado el rostro hacia el este, donde el firmamento clareaba ya.

—Está esperando a que despunte el alba —susurró Karris mientras los guardias les indicaban a empujones que empezaran a caminar—. Prepárate.

—¿Quién?

—¡Silencio! —dijo el Hombre Espejo situado a la izquierda de Kip. Le pegó un golpe con la culata del mosquete.

Ah, conque puedo hacer chistes impertinentes por accidente, pero cuando solo intento escapar vas y te enfadas.

Al principio, Kip no podía ver muy bien adónde se dirigían en medio del inmenso gentío. Gradualmente, sin embargo, vio que los trazadores estaban uniéndose a un grupo mucho más numeroso arengado por el rey Garadul.

Kip perdió de vista a Liv enseguida. Las gafas oscuras que llevaba puestas lo cegaban casi por completo. Podía ver por los márgenes si se esforzaba, pero así era imposible escudriñar la multitud. Y llevaba las manos atadas a la espalda, otro problema que tampoco podía solucionar.

Decenas de miles de soldados rodeaban al rey Garadul. El hombre estaba agitando los brazos, gritando, pero Kip únicamente pudo escuchar algunos fragmentos de su discurso mientras los trazadores se sumaban a la periferia del grupo.

—… purificar la ciudad… Recuperar lo que nos ha sido robado… castigar…

Sonaba bastante siniestro.

De nuevo, Kip parecía ser el único que no estaba pendiente de cada palabra, así que cuando salió el sol, acariciando primero la Muralla de Agua Brillante tras ellos porque era más alta que la llanura a sus pies, detectó movimiento en las almenas.

No podía ver bien entre la montura de las gafas, pero las formas de cinco hombres, una cuadrilla de artilleros, se convirtieron en tres, después en dos con un movimiento brusco, y al final en uno solo. El cañón situado en lo alto de la muralla apuntaba en una trayectoria elevada hacia Garriston, pero el hombre que lo operaba estaba inclinando el ángulo cada vez más hacia abajo.

Una chispa fugaz.

¡Bum!

El cañón escupió un fogonazo. Kip no vio caer el proyectil, pero lo sintió. Fue como si la tierra hubiera dado un salto.

Por un momento, nadie reaccionó, pensando que debía tratarse de un error. Alaridos de miedo y dolor. Karris chocó con él, tirándolo al suelo.

Kip se golpeó la cabeza al caer, por lo que al principio pensó que la segunda explosión solo se había producido en su imaginación.

—¡Botes de metralla! —exclamó Karris—. ¡Mierda! ¡Tenemos que huir! Puño de Hierro está apuntando a esa carreta.

¿Carreta? ¿Puño de Hierro? ¿Por qué iba a disparar Puño de Hierro contra ellos?

Kip no podía dejar de parpadear. Algo extraño ocurría con su vista… ¡ah! El

impacto de su cabeza contra el suelo había arrancado una de las lentes negras de la montura.

—¡Coge esa lente y libérame las manos! —ladró Karris.

Ambos estaban tendidos en el suelo, maniatados. El cascabeleo del fuego de mosquete inundaba el aire.

Uno de los Hombres Espejo quiso agarrar a Kip e intentó ponerlo de pie.

Aunque estaba tendida de espaldas, Karris proyectó el pie izquierdo contra el envés de la rodilla del guardia. El hombre se tambaleó y, antes de que tocara el suelo, el pie derecho de Karris había salido disparado hacia arriba e inmediatamente de nuevo hacia abajo para estrellarle el talón en la garganta. Se produjo un crujido. Un surtidor de sangre atravesó el barbote que cubría la boca del moribundo.

Kip no se podía creer lo que acababa de presenciar, pero Karris ya se había puesto en marcha. Se encaramó encima del hombre, tendiéndose sobre él cuan alta era. Con las manos aún a la espalda, desenvainó un palmo de la hoja del cuchillo que el guardia portaba en el cinto y cortó las cuerdas que le apresaban las muñecas.

—¡Alto! —chilló un Hombre Espejo, apuntando a la cabeza de Karris con el mosquete.

Seguían oyéndose gritos por todas partes. Se había desatado el caos. Voces, disparos, los lamentos de los moribundos.

Kip lanzó una patada contra la rodilla del Hombre Espejo, tal y como acababa de hacer Karris segundos antes.

El Hombre Espejo lo vio venir y proyectó la culata del mosquete contra la pierna de Kip…

… y salió volando por los aires como si el mismísimo Orholam le hubiera pegado un revés.

Una detonación, un rugido, una presión tan insoportable que la vista de Kip se nubló por unos instantes. Todos los que aún estaban de pie perdieron el equilibrio. Algo, Kip ni siquiera sabía de qué se trataba, sobrevoló sus cabezas como una exhalación.

Debía de haber perdido unos segundos. Rodó de costado, intentó incorporarse, se cayó. Tenía las muñecas ensangrentadas, pero libres de ataduras. El aroma acre de la pólvora impregnaba el aire. Una lluvia de astillas tabaleó en el suelo.

Cuando Kip intentó levantarse de nuevo, alguien le ayudó. A menos de cien pasos de distancia, donde se encontraba antes la carreta de la pólvora, vio un cráter de más de diez pasos de diámetro y al menos dos de profundidad. En un inmenso radio a su alrededor, solo había cadáveres.

Karris le dio la vuelta, moviendo los labios, con la piel tiznada de pólvora. Kip no podía oírla.

Vio que Karris silabeaba una maldición al comprender lo que ocurría. Kip estaba

seguro de que había exclamado «¡Puño de Hierro!» y una sarta de blasfemias. Le puso un mosquete en las manos y dijo, despacio para que Kip pudiera leerle los labios: «¿Puedes caminar?».

Kip asintió con la cabeza, sin saber hasta qué punto estaba escuchándola y hasta qué punto leyendo sus labios. Karris tiró de él y empezaron a correr. Kip aún se sentía desorientado, pero vio que no era el único. Docenas de hombres y mujeres con la piel y la ropa oscurecidas por la pólvora trastabillaban sin rumbo, algunos de ellos sangrando por los oídos. Un hombre sostenía su mano izquierda en la derecha mientras buscaba el resto del brazo, con el hombro mutilado convertido en un surtidor de sangre.

Algunos de los soldados habían empezado a reagruparse y corrían hacia la muralla. Otros se habían quedado rezagados y disparaban sus mosquetes contra la posición del cañón, aunque Kip no vio que nadie respondiera al fuego desde las almenas.

Alguien estaba gritándole algo. Bien, volvía a oír. Se giró.

No reconoció al soldado que tenía delante.

—¡A formar, soldado! —exclamó el hombre—. ¡Vamos!

Pensaban que era un soldado porque empuñaba un mosquete. Por otra parte, con la ropa cubierta de pólvora, no tenía nada de extraño.

—¡En marcha, soldado, tenemos una ciudad que conquistar!

Había al menos veinte soldados con el hombre, y solo el oficial lucía un uniforme de verdad. Kip miró a Karris de reojo. Se tambaleaba adelante y atrás, tapándose los ojos con las manos como si estuviera cegada, tan solo una herida más. Kip comprendió que si veían las fundas violetas que le cubrían los ojos, la prenderían de inmediato. O la matarían en el acto. Con ese vestido, le convenía no llamar la atención más de lo necesario.

Si Kip oponía resistencia, el hombre podía ejecutarlo sumariamente. Y la determinación que irradiaba sugería que sería muy capaz de hacerlo.

—¡Sí, señor! —respondió Kip. Se unió a la columna, echó un vistazo a Karris, miró de nuevo a su alrededor en busca de Liv, sin éxito, y emprendió la carrera con los demás soldados hacia la ciudad, el estruendo de los disparos y las llamaradas de magia.

81

Gavin cuadró los hombros y se enfrentó a sus acusadores. Un pasillo en el Palacio de Travertino. No era exactamente el lugar que hubiera elegido para morir, pero supuso que era mejor que algún calabozo en cualquier otra parte. Más de lo que te ofrecí a ti, Gavin. Al menos él podía arrostrar su suerte con dignidad.

—¿Qué queréis? —preguntó.

—Sabemos qué os proponéis —dijo Usef Tep—. Señor. —El «señor» llegó tarde. Como sucedía siempre con el Oso Púrpura.

Samila Sayeh avanzó y apoyó una mano en el poderoso brazo de Usef.

—Hemos venido para deteneros, Gavin Guile.

—¿Y cómo pensáis conseguirlo?

—Ofreciéndonos voluntarios.

¿Eh? Gavin se tambaleaba al filo del abismo, preparándose para trazar hasta el límite de sus posibilidades. Se detuvo. Intentó borrar la estúpida expresión de perplejidad que se había cincelado en sus rasgos.

—Es noble, lord Prisma, pero imprudente.

¿Cómo? En fin. A veces, cuando uno no sabe a qué diablos se refiere su interlocutor, lo mejor es seguirle la corriente.

—No sé a qué diablos te refieres. —Ups.

—La Liberación es el momento más sagrado en la vida de un trazador —dijo Samila—. Intentáis preservarlo para nosotros. Y os damos las gracias por ello. Pero somos guerreros. Todos nosotros combatimos en la guerra. Estamos dispuestos a luchar de nuevo.

—Moriré hoy —terció Usef—. Es mi deber aceptar el final, y lo acepto. Pero no tengo paciencia para todo este Orholam por aquí, Orholam por allá. Prefiero morir luchando.

—Lord Prisma —continuó Samila Sayeh—, debemos proteger la ciudad hasta que todo el mundo haya conseguido escapar. La defensa de la muralla es una sentencia de muerte. ¿Por qué no encomendárnosla a nosotros? De todos modos, ya estamos muertos.

Mientras hablaban, Gavin había dispuesto de unos instantes para recapacitar, para recuperar la compostura.

—Si os envío ahí fuera, todos romperéis el halo. Por eso estáis aquí. El año que viene tendría que enfrentarme a vosotros, en el bando opuesto. Ellos no sacrifican a los engendros de los colores. No estamos hablando solo de vuestras almas. Se trata de vuestra cordura. Y tenéis razón, todos sois guerreros. Eso os volverá diez veces más peligrosos cuando os rompáis.

—Combatiremos en equipos. Cada uno de nosotros irá armado con una pistola y

un cuchillo. Cuando nos rompamos, haremos lo mismo que los Guardias Negros.

Cuando un camarada rompía el halo en el campo de batalla, los Guardias Negros lo daban por muerto; y en efecto, el afectado solía perder el sentido temporalmente. Los Guardias Negros examinaban los ojos de sus compañeros caídos, y si el halo estaba roto, lo degollaban.

—Con la salvedad de que cuando cualquiera de los equipos se reduzca a una sola persona, esta se quitará la vida —dijo Samila. Se trataba de una cuestión espinosa, desde un punto de vista teológico, aunque no carente de precedentes. ¿Era el suicidio un pecado cuando uno sabía que iba a enloquecer y, casi con toda seguridad, herir o matar a algún inocente?—. Sois el Prisma, podríais hacer una excepción.

—Las generaciones venideras pensarían que se trata de una excepción necesaria —intervino Talon Gim, ceñudo. Siempre había defendido unas convicciones teológicas muy concretas.

Maros Orlos dio un paso al frente.

—Lord Prisma, ya hemos dejado que se liberen todos los trazadores cuya condición sabíamos que les impediría rendir en el campo de batalla. ¿Qué es lo verdaderamente importante? ¿Que hagamos las cosas como las hemos hecho siempre, o que salvemos toda una ciudad?

No había elección, por supuesto. Gavin estaba temblando.

—Creo que semejante sacrificio honraría a Orholam. Os daré a todos una… bendición especial por aceptar esta carga. Me siento… profundamente humillado por este gesto de devoción. Profundamente agradecido.

Al menos eso no era mentira.

Tras tomar la decisión de permitir que la clase de Liberación muriera luchando en vez de por su cuchillo, Gavin se reunió por separado con cada uno de ellos. Los confesó, escuchó las preocupaciones que los asaltaban a las puertas de la muerte y los bendijo. Hizo lo mismo que habría hecho en la ceremonia, apuñalamiento excluido. Pero para Gavin la experiencia era completamente distinta. Por lo general, lo que debía hacer lo repugnaba hasta tal punto que era incapaz de escuchar sus palabras con atención. Lo intentaba. Fingía. Sabía que se merecían todo su esfuerzo.

Pero en esta ocasión, lo hizo de veras. Cuando hablaban, no se dirigían realmente a él, sino a Orholam. Gavin era un mero instrumento que facilitaba la confesión, más de lo que lo haría dirigirse a una estancia desierta. Lo que estaban haciendo era un acto de devoción. Un acto de sacrificio.

Para cualquier otro, no se distinguiría demasiado de lo que hacían algunos todos los años durante la Liberación. Al final seguiría habiendo un trazador que había abrazado la muerte con valentía. Pero sin la carga de tener que derramar su sangre, Gavin podía verlo con claridad por primera vez en su vida. Estas personas eran héroes.

Si Gavin no hubiera estafado al mundo entero y al mismísimo Orholam haciéndose pasar por su hermano, quizá la Liberación le pareciera igual de sagrada todos los años. Se suponía que era motivo de celebración, aunque Gavin siempre lo había temido. Siempre.

Ahora, mientras rezaba con cada uno de los trazadores, casi podía creer que Orholam estaba escuchando.

Samila Sayeh fue la última. Se trataba de una mujer, recordó Gavin, cuya belleza resistía los escrutinios más minuciosos. Su piel, incluso a los cuarenta años, era casi perfecta. Contenía unas pocas arrugas fruto de su sonrisa, pero era limpia y brillante. Esbelta. Impresionantes ojos azules contra el fondo oliváceo de su tez atashiana. Impecablemente vestida.

—¿Sabes?, tuve una aventura con tu hermano.

Gavin se quedó paralizado. Sabía que él, Dazen, no había tenido ninguna aventura con Samila Sayeh, lo cual solo podía significar una cosa: lo sabía.

—A veces los hombres pretenden que no ha sucedido nada entre sus antiguas amantes y ellos —se apresuró a replicar Gavin—. Sobre todo si se trató de un gran error.

Samila se rió.

—A lo largo de los años, a menudo me he preguntado si eres tan bueno que nadie te ha descubierto, o si todos los que podrían haberte denunciado tenían motivos ocultos para no hacerlo. —Lo miró fijamente, pero Gavin se obstinó en su silencio—. Evi ha echado un vistazo a tu muralla, ¿sabes? «No recuerdo que Gavin fuera un supercromado», dijo. «No debería ser capaz de trazar un amarillo tan perfecto.» ¿Y sabes qué más dijo? Que Orholam debía de haber bendecido tus esfuerzos. Que eso demostraba que estabas cumpliendo su voluntad. Y todo el mundo asintió con la cabeza. ¿Te lo puedes creer?

Gavin sintió un escalofrío.

—Gavin habría construido una muralla que aguantaría un mes y fanfarronearía asegurando que resistiría eternamente. Tú has construido una muralla que aguantará eternamente, y dijiste que resistiría tal vez unos cuantos años. No podías conformarte con crear algo que no fuera perfecto, ¿verdad, Dazen? —A alguien que llevaba los últimos veinticinco años trazando azul le complacería ver el orden que entrañaba esto: Dazen era un perfeccionista. Aunque su máscara se beneficiaría si le imprimiera algunas imperfecciones, su carácter se lo impedía.

—No —dijo Gavin en voz baja.

—Luché por tu hermano. Maté por él.

—Todos lo hicimos, hasta la saciedad.

—Me sentí tan traicionada por ti, por que ni siquiera te dignaras mirarme después de lo que habíamos compartido. Vislumbré la esperanza cuando rompiste tu

compromiso con Karris. Cuando por fin encajé todas las piezas, seguía sin estar segura del todo. Gavin nos había contado cosas acerca de ti, de lo que harías si ganabas. Pero no estabas haciéndolas. ¿Mentía tu hermano desde el principio, o habías cambiado? Se suponía que eras un monstruo, Dazen.

—Lo soy.

—Retorcido, eso seguro. El hermanito insolente de lengua afilada. Lo digo en serio. —Se quedó mirándolo atentamente, durante largo rato. Echó un vistazo al cuchillo de la Liberación, que Gavin aún no había desenvainado—. ¿Hasta qué punto te conoces?

Gavin pensó en los años que habían transcurrido, en los objetivos que había alcanzado, y en el propósito último que lo impulsaba.

—Como dijo el filósofo —respondió Gavin—, un hombre solo es un dios o un monstruo. Y no soy ningún dios.

Samila continuó observándolo durante unos instantes, inescrutables sus intensos ojos azules. Sonrió.

—Bueno. Tal vez la ocasión requiera un monstruo.

Se arrodilló a sus pies y Gavin la bendijo.

82

Kip siempre se había imaginado que una carga debía de ser algo glorioso. Cualesquiera que fuesen sus expectativas, no se parecían en nada a esto. Debía aguantarse los pantalones con la mano izquierda, magullada, mientras empuñaba el mosquete con la derecha. ¡Y cómo pesaba! El corazón latía desbocado en su pecho y todos los demás corrían más deprisa que él.

Le costaba entender qué sucedía a su alrededor. Un tipo que rugía a los soldados que podían llamarle dios o sargento primero Galan Delelo encabezaba el asalto, arengando a sus hombres. Las espaldas de los demás soldados ocupaban el resto del campo visual de Kip, y el dolor de la carrera lo distraía de todo lo demás salvo los silbidos intermitentes, que al principio no reconoció, hasta que comprendió que era el sonido de las balas de mosquete que pasaban volando por su lado, momento a partir del cual ya no pudo pensar prácticamente en nada más.

Por un momento vio las murallas de la ciudad cuando los hombres que tenía delante se perdieron de vista en el fondo de una acequia antes de reaparecer por el otro lado. Recordó cómo se había burlado de esas murallas no hacía ni una semana. Ahora ofrecían un aspecto ciertamente impresionante. La cara del muro estaba incrustada de chabolas como moluscos entre las que se apelotonaban ya los hombres del rey Garadul, intentando utilizar los edificios bajos y los refugios improvisados a modo de escalera. Pero incluso durante el breve atisbo que vislumbró Kip, una de las decrépitas construcciones a las que se encaramaban los hombres se tambaleó y se desplomó, aplastando a los escaladores y levantando una nube de polvo.

Algo húmedo y viscoso le golpeó la cara mientras corría. Se giró, vio vagamente que alguien se caía a su lado… y de improviso el suelo dejó de estar donde debería.

Aterrizó con fuerza en el canal de riego sin agua. Resbaló sobre el rostro, dio una voltereta y rodó mientras el aire escapaba de sus pulmones. Gimiendo, pugnando por recuperar el resuello, comprendió que no estaba solo. Se encontraba rodeado de hombres acobardados, encogidos al amparo de la exigua protección que les proporcionaba el desnivel.

El sargento primero Galan Delelo reapareció al borde del canal.

—¡No seáis patéticos, sabandijas! Desde la muralla tienen una trayectoria directa hasta esta zanja, condenados imbéciles. ¡Arriba! ¡Si no estáis muertos, levantaos u os pegaré un tiro yo mismo!

Por un segundo, nadie se movió.

—No te atreverás —dijo alguien.

El sargento desenfundó una pistola y le descerrajó un tiro en el vientre.

—¿Quién es el siguiente? —gritó. Apuntó con el arma a otro hombre, que portaba una gran saca turquesa.

—¡Soy un mensajero! —exclamó el hombre.

—Ahora eres un soldado —replicó el sargento Delelo, ajeno o indiferente a la lluvia de fuego de mosquete que caía a su alrededor, levantando pequeños penachos de tierra—. ¡En marcha!

El hombre soltó la saca de mensajero, agarró el mosquete de Kip y emprendió la carga, junto con todos los demás.

Kip se quedó tendido en el suelo, rodeado de cadáveres. Cuando recuperó el aliento, se tocó la cara. Sangre, pedazos rojos y grises de… No quería pensar en ello. Lo importante era que volvía a ser libre. Al menos hasta que apareciera el próximo oficial al frente de los cobardes que volverían a llenar el canal.

No disponía de mucho tiempo. Si Kip se entretenía demasiado dándole vueltas a la cabeza, no se movería, y tenía que ponerse en marcha cuanto antes. El sargento primero estaba en lo cierto, la acequia no estaba lejos de la línea de fuego. Si Kip se demoraba, conseguiría que lo mataran.

Quería ver mejor la batalla, trazar un buen plan. Pero no sabía hasta qué punto podría juzgar lo que fuera que viese, y ni siquiera sabía en qué dirección echar a correr.

Recogió la saca del mensajero y se la echó al hombro. Vio los restos de una carreta algo más atrás, lejos de la muralla.

¿Hemos pasado corriendo al lado de eso? Kip ni siquiera se había percatado. En cualquier caso, los bueyes que tiraban de la carreta estaban muertos o agonizaban, mugiendo de dolor, cubiertos de sangre. Kip corrió en su dirección.

Se agachó a la sombra de la carreta y se encontró con dos hombres que habían llegado antes que él. Lo miraron con los ojos abiertos de par en par, aterrados.

—¡Moveos! —gritó Kip.

Se encaramó a lo alto de la carreta destrozada y oteó la llanura. Al principio, solo vio cadáveres. Varios cientos, tal vez. Era difícil distinguir la sangre, por lo que parecía que estuviera contemplando a un montón de personas durmiendo a pierna suelta en el suelo. El castigo no era excesivo, habida cuenta del tamaño del ejército, pensó Kip, pero el espectáculo de tantos cadáveres no era algo que pudiera racionalizarse sin más. Esas personas estaban muertas. Él podría haber sido una de ellas. Aún podía serlo.

Apartó la mirada, intentó encontrar algo útil. Los hombres del rey Garadul habían conseguido llegar a lo alto de la muralla. Desde unos cuantos lugares, defensores y atacantes por igual se precipitaban al vacío, forcejeando. Los mosquetes y las pistolas escupían nubes de humo negro por doquier.

A la izquierda de Kip se elevaba una pequeña loma, lejos del alcance de los mosquetes de la muralla. La rodeaban varios cientos de jinetes y trazadores. Enfrente del cerro, los trazadores estaban creando un puente sobre el canal de riego. Kip vio

entonces que el puente original había quedado arrasado durante la retirada de los ocupantes de Garriston. Eso había frenado el avance del rey Garadul, probablemente porque se habían detenido a hablar de ello en vez de limitarse a cargar con sus caballos hasta el otro lado.

En lo más alto de la loma, Kip divisó varios portaestandartes y una figura que podría ser el rey Garadul en persona. Estaba gritando, gesticulando exageradamente en dirección a lord Omnícromo, quien resultaba inconfundible porque resplandecía a la luz del amanecer.

Kip no supo que había tomado una decisión hasta que se descubrió cruzando la llanura a la carrera. Recogió un mosquete del suelo, tirado junto a una mujer encogida en posición fetal, gimiendo, y reanudó la marcha. Su venganza estaba muy cerca.

Mientras Kip se acercaba al cerro, este se cubrió de movimiento y las cornetas empezaron a impartir órdenes. Segundos después, Kip vio que los caballos se ponían en movimiento. El rey Garadul se disponía a atacar la muralla en persona, a la altura de la Puerta de la Madre. ¿Esperaba que sus hombres abrieran la puerta antes de que llegara él, o era sencillamente un estúpido?

Kip se encontraba a medio camino de lo alto de la loma cuando vio a una mujer cuya figura le resultaba familiar. Se detuvo.

Karris Roble Blanco había llamado por señas a uno de los jinetes que galopaban tras el rey Garadul. El hombre aminoró la marcha por ella, y Karris montó en la silla a su espalda con una agilidad asombrosa. El hombre se giró para preguntarle algo y se desplomó. Kip distinguió el destello fugaz de una daga, envainada rápidamente a continuación mientras Karris clavaba los tacones en los ijares del caballo y partía a gran velocidad en pos del monarca. Estaba sola, y aún tenía puestas las fundas oculares. No podía trazar, pero aun así iba a intentar matarlo. Aunque lo consiguiera, sería un suicidio.

He jurado salvarla. Y he jurado matarlo.

Kip era un jinete espantoso, pero sería imposible darles alcance sin una montura. Al ver un grupo de caballos amarrados cerca de lo alto de la loma encaminó sus pasos directamente hacia ellos.

—… por la Puerta de la Amante. Tendrás que nadar. Únete a los refugiados. Se…

Kip rodeó una tienda a tiempo de ver al joven trazador, Zymun, montar en el caballo. Estaba recibiendo órdenes de lord Omnícromo en persona. El corazón le dio un vuelco. Estaban a menos de veinte pasos de distancia.

—¿Te hace falta un caballo? —preguntó alguien, justo a su lado.

Kip estuvo a punto de dar un respingo. Se quedó pestañeando rápidamente, embobado delante del mozo de cuadra.

—Menuda tienen montada ahí fuera, ¿eh?

—¡Mensaje! —exclamó Kip, acordándose de la saca que llevaba colgada al hombro—. ¡Un mensaje para el rey! ¡Sí, un caballo! Necesito un caballo.

—Me lo figuraba —dijo el mozo. Se fue a buscar un bruto que fuera lo bastante grande.

Kip volvió a mirar en dirección a lord Omnícromo y Zymun. Se había perdido el resto de la conversación, pero vio que lord Omnícromo entregaba una caja al trazador montado.

Esa caja. Kip no podía creérselo.

Esa caja era suya. El mismo tamaño. La misma forma. Esa era su herencia. Lo único que su madre le había dado nunca. Y obraba en poder de Zymun.

El joven trazador hizo una reverencia ante lord Omnícromo. Kip se escondió mientras el caballo de Zymun daba la vuelta y partía al galope hacia el este. Lord Omnícromo regresó a lo alto del cerro con paso decidido. El mozo de cuadra le trajo un caballo a Kip, le ayudó a montar y guardó el mosquete en una funda adosada al costado de la silla.

Kip titubeó. Lord Omnícromo se alejaba colina arriba, donde lo aguardaba su séquito. Él era el meollo de todo esto, Kip lo sabía. Debería matarlo. Por Orholam, la oportunidad se le estaba escurriendo entre los dedos. Pero hacia el sur, Karris cargaba a galope tendido hacia la muerte, y al este, esa serpiente de Zymun estaba robándole el único recuerdo que conservaba de su madre. Matar a lord Omnícromo y poner fin a la guerra. Matar a Zymun y recuperar el cuchillo. O salvar a Karris y probar suerte con el rey Garadul. No podía tenerlo todo.

Kip había hecho promesas a los vivos y a los muertos. Apretó los dientes, convencido de estar tomando la decisión equivocada… pero tomándola de todas formas. Hay que anteponer la vida de los inocentes a la muerte de los culpables. Gavin amaba a Karris, y se merecía otra oportunidad de ser feliz. Kip cabalgó en pos de la trazadora.

83

Karris nunca había participado en una batalla a gran escala, pero había sido testigo de varias en compañía de Lobo Veloz, uno de los generales de Gavin. En otra época, lo habrían reverenciado como a un gran líder. En vez de eso, se había enfrentado a Corvan Danavis, y hasta en tres ocasiones había sido derrotado por fuerzas menos numerosas pero comandadas por el genio bigotudo. En cualquier caso, se trataba de un caballero mayor y galante que sentía debilidad por Karris, a la que le gustaba explicarle lo que veía cuando los ejércitos chocaban en la distancia. A menudo estaba demasiado ocupado como para contarle gran cosa, por supuesto, pero a veces parecía que pensar en voz alta le ayudara a ordenar las ideas. De modo que ahora, mientras Karris galopaba colina abajo en dirección a la refriega, pudo encajar mejor las piezas que se desplegaban ante sus ojos.

Los edificios que se apoyaban en las dos caras del muro (y que tarde o temprano serían los culpables de su caída, a Karris no le cabía la menor duda) en realidad estaban ayudando a corto plazo. Eran como un talud de escarpa, lo suficientemente ancho como para dificultar el empleo de escaleras de asalto, demasiado impredecible como para que los hombres cargaran de frente por cualquier otro sitio. Tarde o temprano los soldados del rey Garadul descubrirían qué partes eran más estables y cuánto peso eran capaces de sostener, pero hasta entonces los edificios decrépitos obstaculizaban y provocaban la muerte de quienes embestían la muralla.

Mientras Karris cabalgaba, las almenas se poblaron de trazadores por primera vez. La muralla no era muy alta, pero sí lo bastante ancha como para que sus defensores maniobraran de un lado a otro del adarve a gran velocidad, y habían visto que la caballería del rey Garadul se dirigía hacia allí.

Rojos y subrojos trabajaban en equipos en las almenas, los unos arrojando viscosa luxina incendiaria sobre los atacantes, y los otros prendiéndole fuego. El rey Garadul tenía una línea de trazadores al frente, azules y verdes que intentaban desviar la melaza incendiaria en pleno vuelo y estrellarla contra la muralla. Los rojos disparaban su propia luxina contra los defensores, aunque a los equipos de Garadul no se les daba tan bien encenderla y no siempre lo conseguían. Los mosqueteros de ambos bandos se esforzaban al máximo por abatir a los trazadores enemigos.

Los defensores partían con ventaja, pero el número de atacantes era tan desproporcionado que Karris no se explicaba cómo podían resistir tanto tiempo. ¿Y por qué el rey Garadul había llevado su caballería allí ahora? Directamente contra la pared, su capacidad de maniobra se veía mermada y constituía un blanco fácil para los trazadores azules de lo alto de la muralla, que salían de detrás de las almenas, disparaban unas cuantas dagas de luxina y volvían a parapetarse.

Lo único que debía hacer Karris era abrirse paso entre la multitud (algo que no

resultaba difícil cuando se iba a caballo), robar un mosquete, sobrevivir el tiempo suficiente para acercarse al rey Garadul y volarle la tapa de los sesos. En medio del fragor, la intensidad, la carnicería, la confusión y el estruendo de la batalla, cabía dentro de lo posible que nadie se percatase siquiera de que el disparo asesino se había producido detrás del monarca.

Karris oyó un grito a su espalda, de alguna manera distinto del resto de voces. Giró la cabeza, agachada aún sobre su caballo lanzado al galope. Una docena de Hombres Espejo la perseguían a lomos de sus gigantescos corceles de guerra. Se le encogió el corazón.

Se acabaron las sutilezas.

Volvió a tirar de las fundas oculares. Se le estaba desgarrando la piel alrededor de los ojos, pero seguía sin estar más cerca de conseguir arrancarse los condenados chismes. Si pudiera trazar, tendría una oportunidad. Reprimió con esfuerzo la inesperada oleada de furia asesina que amenazaba con poseerla.

A ochenta pasos de distancia vio una línea de mosqueteros que estaban recargando. Escudriñó la muchedumbre en busca de alguien que tuviera un arma de pedernal; las de mecha no servirían para lo que se proponía. A continuación, frenando su caballo para aguardar el momento oportuno, pasó como una exhalación mientras uno de los oficiales terminaba de recargar y se acercaba la culata del mosquete al hombro. Karris se lo arrebató de las manos.

El comandante Puño de Hierro la había amonestado a menudo por sus acrobacias a caballo, por practicar cosas que ambos sabían que no tenían ninguna utilidad aparte de impresionar a los nuevos reclutas de la Guardia Negra. La imagen del gigante sacudiendo la cabeza, dándose por vencido con una sonrisa, cruzó sus pensamientos mientras encajaba el mosquete cargado en la funda de la silla. Seguía llevando puesto el mismo condenado vestido que la dejaba semidesnuda a la vez que le impedía los movimientos. No lo conseguiría. Karris sacó los pies de los estribos, giró la muñeca a su espalda para asir con firmeza el arzón trasero, afianzó las riendas entre el caballo y el pomo de delante, y desmontó mientras el animal continuaba trotando. Golpeó el suelo e inmediatamente dio un salto, sintiendo cómo se desgarraban las mangas de su vestido. Siempre había practicado esto con un arzón mejor, pero también con caballos más altos, y estuvo a punto de pasarse la silla de largo cuando ascendió. Tardó un instante, pero se acomodó en la silla, de espaldas. Desenfundó el mosquete, apuntó, intentando absorber con las rodillas la mayor parte de las sacudidas producidas por el movimiento del caballo, intentando calcular cuánto tiempo pasaría desde que disparara hasta que sonara la detonación. Apuntó al Hombre Espejo que encabezaba la persecución, a cuarenta pasos de distancia, y apretó el gatillo.

Había apuntado a la perfección, había calculado el momento adecuado, pero el mosquete no disparó. Amartilló el percutor una vez más, comprobó el mecanismo.

No vio el pedernal por ninguna parte. Se había caído, probablemente durante su impresionante demostración de acrobacia. ¡Diablos!

Karris arrojó el mosquete lejos de sí, cambió la posición de las manos, giró la cabeza por encima del hombro para cerciorarse de que iba a rebotar en terreno llano y desmontó. Desmontar y volver a montar de espaldas en realidad era mucho más complicado que el truco original, pero lo ejecutó a la perfección, golpeando el suelo con ambos pies, impulsándose con ellos al unísono mientras el tirón del movimiento hacia delante del caballo la catapultaba por los aires. Solo que, mientras se proyectaba hacia arriba y adelante, la mitad de la cabeza del animal se desintegró ante el impacto de una bala de mosquete y su cuerpo cayó en picado buscando la tierra. Si Karris empuñara aún las riendas, también ella se habría visto arrastrada hacia el suelo. En vez de eso, se convirtió en una bala de cañón humana. La fuerza de su salto y la inesperada caída del caballo provocaron que se retorciera en el aire como una gata. Estaba volando, cabeza abajo y de espaldas.

Solo le dio tiempo a pensar una cosa: Rueda con el impacto.

Pero cuando chocó no hubo tiempo absolutamente para nada. Se tratara de lo que se tratase, se dividía en varios niveles, y por suerte era blando. Lo que no impidió que su cabeza, sus brazos y sus piernas parecieran salir disparados en direcciones distintas. Cuando por fin rodó por el suelo, hubieron de pasar unos cuantos segundos antes de que recuperase la movilidad.

Alguien estaba jurando. Vio pies. Karris estaba tendida encima de un hombre que pugnaba por escapar de debajo de ella. Debía de haber impactado contra media docena de soldados que estaban de espaldas a ella… y los había arrollado a todos. Uno de los hombres tenía una pierna torcida en un ángulo forzado. Otro se giró para mirarla, maldiciendo, con la nariz transformada en un surtidor de sangre.

Una explosión inmensa le impidió entender lo que decía. Se había producido a unos sesenta pasos de distancia. Todo pareció congelarse por un momento en el campo de batalla, y entonces las cosas empezaron a moverse demasiado deprisa como para asimilarlas todas a la vez.

Karris se levantó de un salto… y estuvo a punto de desplomarse. La cabeza le daba tantas vueltas que hubo de recurrir a toda su fuerza de voluntad para no caerse. Se auscultó someramente. Presentaba dolorosas abrasiones en brazos y piernas, su vestido había quedado reducido a jirones, pero no tenía ninguna herida grave. Se tocó los ojos. Las fundas oculares estaban intactas, por supuesto. Y embadurnadas de sangre, lo que dificultaba más aún la visibilidad. Genial.

Ahora que se encontraba en el corazón de la batalla, el mundo se había estrechado. Veía imágenes sueltas, como retablos, pero no el conjunto. Karris distinguió a un trazador en lo alto de la Puerta de la Madre… ¿Izem Azul? ¿Qué hacía él aquí? Se erguía con la piel completamente teñida de azul, extendidos los

brazos, disparando dagas de luxina en rápida sucesión. Semejante eficiencia constituía un espectáculo prodigioso; hacía falta una concentración extraordinaria para disparar con las dos manos a la vez. Era como una docena de mosqueteros… tres docenas, a pesar de que la niebla refractaba la luz del sol esa mañana. Cada vez que se giraba, caía algún hombre. Se volvió hacia los Hombres Espejo, y Karris vio cómo aquellas cuchillas azules rebotaban en todas direcciones al chocar con las armaduras reflectantes, triturando a todos los que rodeaban a los Hombres Espejo, aunque a veces encontraban una mella o golpeaban una armadura con la contundencia necesaria para traspasarla.

Frente a Karris se erguía un cuerpo sin cabeza, escupiendo surtidores de sangre al compás de los últimos latidos de su corazón.

El sonido de los disparos de mosquete y el rugido de la sangre en sus oídos se fundió en un solo clamor, un palpitar en el que se entrelazaban la vida y la muerte.

Los Hombres Espejo corrían hacia un boquete en la muralla, de unos siete pasos de diámetro. De modo que ahí era donde se había producido la explosión.

Un trazador rojo, uno de los libres del rey Garadul, se había vuelto loco. Se reía en voz baja mientras arrojaba melaza incendiaria sobre todos los que lo rodeaban. Los hombres gritaban atemorizados cuando les salpicaba la sustancia. Alguien estaba implorándole que se detuviera.

Un hombre resbaló y, con un alarido, se cayó desde lo alto del borde destrozado de la muralla.

A un lado, entre las almenas, el sol se reflejó en unos cabellos cobrizos. Karris clavó en él la mirada. ¡Gavin! Se agachó para dar una orden al oído a otro hombre. Corvan Danavis. De modo que el hombre realmente era un general. ¿Y estaba aquí? Gavin le dio una palmada en el hombro, y se separaron.

Karris se giró, acordándose de los Hombres Espejo que la perseguían, tal vez demasiado tarde.

El líder se encontraba a veinte pasos de distancia, atravesando las líneas a caballo, gritando a los hombres que se apartaran, espada en mano. Estaba solo, un inesperado movimiento lateral en las filas lo había aislado de sus hombres, pero demasiado cerca. Karris estaba desarmada y aún le temblaban las rodillas.

A diez pasos de distancia, su perseguidor pareció dar un salto en la silla. Karris podía ver todo su torso de frente, de modo que sabía que no había recibido ningún disparo de la muralla, pero aun así se cayó de la silla.

Alguien había matado al hombre por la espalda. ¿Qué diablos? Karris miró detrás del hombre.

Kip.

¿Kip? El joven llegaba cabalgando a galope tendido tras los Hombres Espejo, siguiendo el camino que habían abierto entre las filas de soldados. Pero no tenía

ningún mosquete. Sostenía, en cambio, una pelota verde tan grande como su cabeza. Su piel se había teñido de verde, una expresión feral anidaba en sus ojos… y parecía que fuera a caerse de la silla de un momento a otro.

Sin que pareciera importarle conducir su montura directamente contra otros caballos, Kip echó el orbe verde hacia atrás como si se dispusiera a lanzar una pelota por los aires; se trataba de una idea errónea pero muy extendida entre los trazadores novatos, quienes creían que, puesto que la bola poseía masa, se debía ejercer fuerza sobre ella. Kip proyectó el brazo hacia delante y acto seguido, con un chasquido audible, la esfera verde salió disparada contra los Hombres Espejo.

Se estrelló contra el yelmo refractante de uno de ellos. La armadura de espejos disgregó la luxina sin esfuerzo, pero aún tenía que absorber el impacto físico. Una coraza podría contener una bala, pero su portador seguiría sufriendo la rotura de un par de costillas. En este caso, la cabeza del hombre se giró bruscamente de costado, arrojándolo de la silla, mientras el orbe verde rebotaba y golpeaba a otro Hombre Espejo en el hombro, sin llegar a desmontarlo, antes de embestir al caballo de un tercero, golpeando al animal en el hocico y consiguiendo que perdiera el equilibrio.

La fuerza del lanzamiento elevó a Kip por los aires, lejos a su vez de su propia silla, deteniendo prácticamente todo su impulso hacia delante. Su caballo se encabritó, en un intento por no colisionar con los otros en el último segundo, pero se habían sobresaltado por los jinetes que caían y la gigantesca bola verde que pasó volando sobre sus cabezas, y uno de ellos se interpuso directamente en su camino. Los dos brutos chocaron a gran velocidad, aplastando la pierna del Hombre Espejo que quedó atrapado entre ambos.

Los caballos se desplomaron, pero a Karris le preocupaba más Kip. Lo había perdido de vista cuando cayó. Aún había soldados en el río, abriéndose paso entre los Hombres Espejo, sin conocer ni importarles el motivo de esta pelea. Tan solo querían escapar de la sombra de estas murallas mortíferas y entrar en la ciudad.

Karris recogió una espada del suelo y, agazapada, se internó en la muchedumbre. Tres jinetes habían dado media vuelta e intentaban retroceder. Karris no conseguiría llegar a tiempo.

Uno de ellos estaba sacando un mosquete de la funda de su silla, para disparar contra ella, cuando su cabeza explotó con un estallido de luz amarilla y neblina rosada. Esta vez Karris estaba segura de que el disparo no había llegado de la muralla. Debía de venir de la dirección opuesta… ¿de la colina? ¿Y qué diablos podría haber provocado algo así? ¿Una bala de mosquete explosiva?

Seguía estando demasiado lejos. Vio que dos Hombres Espejo desenfundaban sendos mosquetes y apuntaban.

Dos lanzas gemelas de color verde (columnas, prácticamente, tal era su tamaño) brotaron del suelo donde los jinetes estaban apuntando y los empalaron. El primero

recibió el impacto directamente en el pecho. Se produjo una llamarada de luz verde fragmentada mientras la coraza reflectante resistía por unos momentos, antes de hacerse pedazos, y la lanza verde continuó ascendiendo, levantando al Hombre Espejo por los aires. Su compañero no corrió mejor suerte. La lanza golpeó la superficie de la coraza, refractando de nuevo algo de luxina en un fogonazo de luz verde, y se deslizó sobre la superficie hasta introducirse bajo su barbilla y traspasarle la cabeza, arrancándole de cuajo el yelmo destrozado como la cabeza de un diente de león ante los soplidos de un niño.

Ambos se elevaron varios pasos por los aires antes de que las lanzas de luxina verde se partieran, los dejaran caer al suelo y se disolvieran hasta desaparecer.

Kip se puso en pie de un salto, mucho menos muerto de lo que debería.

Karris llegó a su lado instantes después. El muchacho la observó con curiosidad, y la Guardia Negra dijo:

—Kip, soy yo. ¿No me reconoces? Soy Karris. —A pesar de su asombrosa exhibición de poder, Kip era un trazador novato, y los efectos mentales y emocionales de los colores siempre se acusaban más al principio. La ferocidad del verde podía volver peligroso a cualquier trazador.

Kip levantó bruscamente una mano, y Karris se sobresaltó.

—Kip, soy yo, Karris —dijo, consciente de que la batalla distaba de haber terminado, aunque el clamor del fuego de mosquete en lo alto de la muralla se había reducido hasta desaparecer casi por completo.

—No te muevas —dijo el muchacho, mirándola fijamente a la cara. Levantó un dedo e hizo como si se propusiera metérselo en el ojo. Karris sintió el calor que irradiaba de él. ¿Qué? ¿Kip también era subrojo?

Se produjo un siseo cuando el muchacho tocó la funda ocular. Debió de alcanzar el punto de fusión, porque la funda se disolvió. Kip se concentró en la otra.

Y así de fácil, Karris podía volver a trazar.

Oh, diablos. Sí.

—¿Qué me dices? —preguntó Kip.

¿A qué se refería?

—¿Gracias? —respondió Karris.

—Pues yo digo que vayamos a matar al rey —dijo Kip, con una sonrisa febril. Cuando los poseía su color, los verdes tendían a no hacer mucho caso del sentido común.

Karris levantó la cabeza y vio que Rask Garadul acababa de entrar por el boquete que habían practicado en la muralla. La mitad de sus hombres habían pasado ya. Era el momento perfecto para atacar… bueno, obviando el hecho de que Karris y Kip estaban al otro lado del muro con todo el ejército del rey Garadul.

Karris trazó algo de rojo a partir de los charcos de vísceras que los rodeaban. La

sobrevino una balsámica oleada de rabia. Se sentía fuerte.

—Vayamos a matar al rey —dijo.

84

No soy lo bastante importante para esto, pensó Liv mientras lord Omnícromo regresaba a lo alto del cerro donde ella estaba maniatada. Desde su posición elevada, vio a una figura familiar que aceptaba un gran corcel rojo de manos de un mozo de cuadra y montaba. Kip. Si se giraba, tendría que verla.

Por un momento, Liv no estuvo segura de querer que la viera. No le cabía la menor duda sobre lo que haría a continuación. Cargaría colina arriba a galope tendido, y al diablo con la inferioridad numérica. Ese era Kip. Así había sido siempre. Quizá no el más listo, pero sí ferozmente leal.

Liv agachó la cabeza. Aquí solo había muerte para Kip. Como temía, el muchacho se giró durante un segundo mientras se sentaba tambaleándose en lo alto del enorme caballo. Después hincó los talones y a punto estuvo de caerse de la silla cuando el animal se lanzó a la carrera.

El espectáculo dibujó una sonrisa en los labios de Liv, pero la amenazadora figura de lord Omnícromo se la borró hasta no dejar ni rastro. Mientras se acercaba, Liv comprendió que en realidad no era tan alto como parecía de lejos. El manto blanco y la capa del mismo color que se descolgaba de los grandes cuernos azules que se elevaban sobre sus hombros le hacían parecer más grande que una persona normal, pero ni siquiera era tan alto como Gavin Guile. Sin embargo, resplandecía. Era como si por sus venas circulara luxina amarilla en vez de sangre. Sus cabellos se habían esculpido en una diadema de espinas de luxina amarilla, deslumbrante, como si el mismísimo sol lo coronara. Debajo de ella, sus ojos eran un incesante tumulto multicolor. Y estaba observándola con detenimiento.

No soy lo bastante importante para esto, pensó de nuevo. Le palpitaba la mejilla, por la que aún manaba la sangre. La explosión del vagón de pólvora la había dejado sin conocimiento, y la metralla le había provocado una docena de cortes. No sabía cómo la habían encontrado entre tantos cadáveres. No sabía para qué la querían.

—¿Cómo has llegado aquí, Aliviana Danavis?

—Caminando, principalmente —dijo. Danavis, así que era eso. Sabía que su padre comandaba el ejército rival. Y ella había sido tan estúpida de ponerse en sus manos. Bien hecho, Liv.

Los esbirros de lord Omnícromo los rodeaban: trazadores de todos los colores con el halo roto, soldados, mensajeros, y unos cuantos oficiales de alta graduación del campamento del rey Garadul que parecían decididamente nerviosos en presencia de tantos trazadores, por no hablar de lord Omnícromo. Este empuñó un mosquete de aspecto extraño, tan alto como él. Lo levantó, encajó una pierna en una ranura del cañón, lo afianzó delante de él y apunto ladera abajo, hacia el combate.

—En el centro exacto de esa puerta verde —dijo.

—¿La tercera casa a la izquierda? —preguntó un oteador.

Liv no sabía gran cosa sobre mosquetes, pero estaba segura de que no se podía disparar con tanta precisión a trescientos pasos. Que alguien disparara en tu dirección nunca era agradable, pero una vez superada la barrera de los cien pasos, era más cuestión de suerte que de puntería. Sin embargo, lord Omnícromo respiró hondo, apuntó el cañón entre la bruma y disparó.

El mosquete rugió.

—Tres manos más arriba, una a la izquierda —dijo el oteador.

Lord Omnícromo cedió el mosquete a un ayudante de campo, que empezó a recargarlo. Se giró hacia Liv.

—Quiero que te unas a mí, Liv. Te vi anoche, escuchando. Entendiste mi mensaje. Lo sé.

Por Orholam, a Liv le había parecido que lord Omnícromo miraba en su dirección, pero pensó que se trataba de imaginaciones suyas. Miles de almas habían asistido al discurso. Además, ¿cómo la había reconocido?

—Quieres a tu padre, ¿verdad, Liv?

—Más que a nada en el mundo —dijo. ¿Cómo sabía su nombre, por no hablar de su diminutivo?

—¿Y cuántos años tiene?

—Unos cuarenta.

—De modo que es viejo. Para tratarse de un trazador. Si no fuera trazador, podría vivir otros cuarenta años. Pero como trazador leal a la Cromería, ya es un perro viejo, ¿verdad? La mayoría no llega a cumplir los cuarenta. Tu padre debe de ser muy disciplinado, muy fuerte.

—Más de lo que te imaginas. —Liv sintió una oleada de emoción. ¿Quién era este malnacido para hablar así de su padre? No consentiría que nadie lo criticara. Era un gran hombre. Aunque hubiera cometido algunos errores.

El ayudante de campo devolvió el largo mosquete a lord Omnícromo. Este lo levantó, estabilizó su considerable peso contra su pierna y dijo:

—Trazador azul, justo a la derecha de la garita.

Liv observó, horrorizada, mientras lord Omnícromo esperaba. El trazador azul estaba agachado detrás de una almena, desde donde se asomaba para derramar muerte líquida sobre los hombres de abajo antes de volver a esconderse. Asomó la cabeza. Lord Omnícromo dijo:

—Al corazón. —El mosquete rugió.

Con un estallido de sangre y luz, el trazador se perdió de vista.

—Hombre, a vuestra izquierda —dijo el ayudante—. Una mano a la izquierda y tres pulgares hacia arriba.

Lord Omnícromo devolvió el mosquete al hombre y le dio educadamente las

gracias.

—Cuando llegue el momento, ¿se lo dirás? —preguntó a Liv.

—¿Decírselo? ¿Lo de mi padre? —Liv titubeó—. Haré lo que tenga que hacer.

—Lo que tengas que hacer. Es curioso cómo lo reducen a eso, ¿verdad? ¿Y si no consiguieras regresar a tiempo a la Cromería? ¿Matarías a tu padre con tus propias manos? ¿Y si te pidiera que no lo hicieras? ¿Y si te lo implorara?

—Mi padre no es tan cobarde.

—Estás evitando la pregunta. —Los ojos de lord Omnícromo se habían convertido en dos remolinos anaranjados. A Liv no le caían demasiado bien los naranjas. Siempre la ponían nerviosa. Cuando el silencio se prolongó, lord Omnícromo dijo—: Te comprendo mejor de lo que crees. Cuando fundé mi propia Cromería, yo también los seguí ciegamente al principio. A pesar de lo que soy. Una de mis alumnas rompió el halo y la asesiné con mis propias manos. No fue la primera en morir por culpa de la ignorancia de los trazadores, ni será la última, pero fue el principio del fin. Cuando la maté, supe que había obrado mal. No podía quitarme esa idea de la cabeza.

—Los trazadores enloquecen. Como tú. Se vuelven contra sus amigos. Matan a los que aman.

—Ah, sin la menor duda. A veces. Algunas personas no pueden soportar el poder. Algunos hombres parecen decentes hasta que les das una esclava, y pronto se transforman en tiranos que golpean y violan a la esclava a su cargo. El poder es una prueba, Liv. Todo el poder es una prueba. Nosotros no lo llamamos romper el halo, sino romper el cascarón. Nunca se sabe qué clase de ave va a salir de él. Algunos nacen deformes y deben ser sacrificados. Es una tragedia, pero no un asesinato. ¿Crees que tu padre resistiría un poco más de poder? ¿El gran Corvan Danavis? ¿Un trazador de inmenso talento que, a pesar de los pesares, ha tenido la disciplina necesaria para llegar a los cuarenta?

—No es tan sencillo —dijo Liv.

—¿Y si lo fuera? ¿Y si la Cromería hubiera perpetuado esta monstruosidad porque así es como se mantienen en el poder? Amedrentando a las satrapías, asegurando que solo ellos pueden adiestrar a los trazadores que nacen en su seno… por un precio, siempre por un precio… y solo ellos pueden contener a los trazadores que enloquecen, los cuales son todos. Así se aseguran de ser siempre útiles, siempre igual de poderosos, y al repartir trazadores entre las satrapías, se convierten en el eje de todo. Dime, Liv, cuando juzgas a la Cromería por los resultados, ¿qué ves? ¿Un centro de amor, paz y luz, como cabría esperar de la ciudad santa de Orholam?

—No —reconoció Liv. Ni siquiera sabía por qué estaba defendiéndola, salvo por cabezonería. La Cromería representaba todo cuanto odiaba y pervertía todo cuanto tocaba. Ella inclusive. Tenía deudas allí, y no era tan ilusa como para no darse cuenta

de que haber seguido a Kip hasta Tyrea en realidad había sido un intento por escapar de Aglaia Crassos y de Ruthgar.

—La verdad es, Liv, que sabes que tengo razón. Sencillamente te asusta admitir que has estado en el bando equivocado. Lo comprendo. Todos lo comprendemos. Entre los hombres y las mujeres que nos combaten hay muchas buenas personas, pero se equivocan, las han engañado. Es doloroso reconocer una mentira, pero vivirla lo es más aún. Fíjate en lo que estoy haciendo. Estoy liberando una ciudad que nos pertenece por derecho propio. Garriston ha pasado de mano en mano como una ramera, para que todas las naciones se aprovechen de ella por turnos. No es justo. Tiene que terminar, y puesto que nadie más piensa hacerlo, lo haremos nosotros. ¿Acaso esta tierra no se merece la libertad? ¿Deberían pagar estas personas porque dos hermanos… forasteros los dos, insensibles al sufrimiento de estas gentes… decidieron pelear aquí? ¿Hasta cuándo deberían seguir pagando?

—No deberían pagar en absoluto —dijo Liv.

—Porque no es justo.

Recogió el largo mosquete de manos del ayudante de campo.

—Trazador rojo, en lo alto de la garita. A la cabeza.

Liv aguzó la vista. Con tanto humo y estallidos de magia, costaba ver con claridad la batalla enfrente de la Puerta de la Madre. Pero sí vio que la caballería del rey Garadul llegaba a la puerta, cargando los mosquetes y disparando contra los hombres de las almenas, aunque parecía que estuvieran esperando algo, frustrados porque no hubiera ocurrido todavía. El mosquete de lord Omnícromo rugió, y un instante después se produjo un pequeño destello en lo alto de la torre de la puerta. Liv se alegró de no haberlo visto todo.

—Justo en el blanco, lord Omnícromo —anunció el ayudante de campo—. ¡Un tiro excelente!

—¡Largo! Dejadnos a solas. —La cima de la colina se despejó rápidamente, salvo por el ayudante del mosquete, a quien lord Omnícromo indicó por señas que se quedara antes de girarse hacia Liv. Con gesto adusto, declaró—: No me gusta matar trazadores. Lo detesto. Pero estoy haciendo lo que debe hacerse. Quiero que te unas a mí, Aliviana.

—¿Por qué? ¿Por qué yo? Soy una simple bicroma, sin influencia ni apenas poder.

Lord Omnícromo se rió por lo bajo.

—¿Estás preparada para escuchar la respuesta a esa pregunta? ¿Quieres jugar a ser una mujer adulta, Aliviana? ¿Quieres la verdad sin ambages? Porque es la única que conozco desde hace dieciséis años.

—Estoy preparada.

—Te quiero porque eres una trazadora y todos los trazadores son preciados para

mí. Y porque eres tyreana. Este país necesitará que alguien lo tranquilice cuando venzamos, y yo no soy tyreano. Y porque eres la hija de Corvan Danavis.

—¡Lo sabía! —escupió Liv.

—¡Escucha, cabeza de chorlito! Escucha o demostrarás ser indigna del papel que pensaba asignarte.

Eso le cerró la boca.

—Como hija de Corvan, espero que seas al menos la mitad de inteligente que él. En tal caso, serás una aliada formidable. Necesito líderes brillantes. Pero no voy a engañarte. Espero que tu simpatía por nuestro bando libere a tu padre de las garras de la Cromería. Sospecho que si sirve al Prisma es únicamente porque te mantenían prisionera. Si eso es cierto, Corvan podría aliarse con nosotros, y contar con un general de su talla a nuestro lado evitaría que la guerra se prolongara más de lo necesario. Ese es el respeto que infunde tu padre. Muchos ni siquiera pisarán el campo de batalla para enfrentarse a él. Durante la Guerra de los Prismas, sus adversarios empleaban catalejos para ver qué general estaba dirigiendo la batalla. Si era tu padre, se retiraban para pelear otro día. Así de bueno es tu padre, y pecaría de estúpido si lo ignorara cuando podría luchar para mí. Si crees que te estoy manipulando, tienes razón. Te utilizaré. Eres importante. La Cromería te utilizará también. Ya lo ha hecho. Madura y acéptalo. Soy franco al respecto, eso es todo. Y mi franqueza te permite elegir. Es más de lo que te ofrecerán ellos. —Unas vetas rojas y anaranjadas, como llamas, danzaban en sus ojos.

Tenía razón. Era verdad. Y si eso era cierto, ¿qué impedía que lo fuera también todo lo demás?

—El rey Garadul masacró a toda mi ciudad.

—Sí. Incluso se llevó a algunos de mis trazadores y los obligó a ayudarle.

Liv esperaba que lo negara, que intentara justificarlo.

—¿Y aun así esperas que sirva a sus órdenes?

Lord Omnícromo bajó la voz.

—Ningún rey vive eternamente. Y menos los imprudentes.

Una poderosa explosión sacudió la muralla a la izquierda de la garita de la puerta. La conmoción derribó a varios de los que combatían en el suelo, y a no pocos de los ocupantes de las almenas, pero conforme el humo se despejaba gradualmente Liv tuvo la impresión de que la carga debía de haberse plantado al otro lado del muro. La devastación que podía apreciarse allí era mucho mayor, algunas hileras de casas sencillamente se habían evaporado. La caballería prorrumpió en vítores, sin embargo, cuando el aire se despejó y dejó al descubierto un boquete practicado en la misma muralla.

—¿Lo ves?, los habitantes de Garriston colaboran con nosotros. Quieren que los liberemos.

Pero Liv solo lo escuchó a medias. Había visto algo entre las nieblas del campo de batalla, algo que le arrebató el aliento. Kip. Y no solo Kip. Kip y Karris, juntos, cabalgando hacia la refriega. Por un momento, Liv no entendió nada. ¿Kip y Karris se habían cambiado de bando? ¿Luchaban para liberar Garriston? Reparó entonces en la dirección de su trayectoria. Galopaban en línea recta hacia el rey Garadul.

El rey Garadul, a quien Kip odiaba por haber arrasado su ciudad y asesinado a su madre.

Y los perseguían media docena de Hombres Espejo a caballo.

—¿Cuánto valgo para ti? —preguntó Liv.

—Ya te lo he dicho.

—Entonces soy tuya, con una condición.

Las espirales rojizas desaparecieron de los ojos de lord Omnícromo, remplazadas por el naranja y el azul.

—Salva a mis amigos. A él y a ella. Los que corren delante de esos Hombres Espejo. —Señaló con el dedo.

Lord Omnícromo llamó bruscamente a su ayudante de campo con un ademán y el hombre se apresuró a acudir con el largo mosquete.

—Me pides que mate a varios aliados para conseguir uno solo —dijo lord Omnícromo—. Negocias como…

—Como una mujer adulta —lo interrumpió Liv.

—Y formidable, por cierto. Pero comprar lealtades no va conmigo. Haré lo que pueda por salvar a tus amigos. Considéralo un regalo, sea cual sea tu decisión. —Estabilizó el mosquete y disparó. Uno de los Hombres Espejo que cabalgaba hacia Karris murió envuelto en un estallido de luz y sangre. Lord Omnícromo devolvió el mosquete a su ayudante para que lo recargara.

»De modo que puedes eliminar eso de tus cálculos, Liv, pero ahora dime, ¿a quién vas a servir? ¿A mí o a la Cromería?

Lealtad para uno. Y para uno solo.

La solución perfecta no existía. Como tampoco existía la persona perfecta. Intentar hacer lo correcto había llevado a Liv a espiar a su principal benefactor. La Cromería corrompía incluso el amor que podían sentir dos personas. Todas las personas que conocía aseguraban que lord Omnícromo era un monstruo, pero todas las personas que conocía habían sido corrompidas por la Cromería. De modo que puede que lord Omnícromo no fuera perfecto. Gavin tampoco lo era. Los únicos inocentes en todo este asunto eran los habitantes de Tyrea. Merecían ser libres. Si Liv debía combatir, no sería del lado de sus opresores. ¿Lealtad para uno? ¿Los Danavis debían elegir a quién querían servir? Que así sea.

Liv respiró hondo y ensayó una solemne reverencia tyreana completa.

—Lord Omnícromo —dijo, con voz firme, sosteniéndole la mirada—, me tenéis a

vuestra disposición. ¿En qué puedo serviros?

85

—¡Traidores! —oyó Kip que gritaba una mujer. Giró la cabeza de golpe hacia Karris, que escupió sobre los cadáveres de los Hombres Espejo. Imperiosa, solemne.

Pero ¿qué hace?

Karris agarró un mosquete y un cuerno de pólvora y empezó a recargar, como si fuera un simple soldado. Cuando Kip se fijó en la expresión de los hombres que los rodeaban, lo comprendió al fin. Acababan de ver cómo Kip y ella se enfrentaban a los Hombres Espejo, pero nadie sabía en qué bando luchaban ni si deberían intervenir. Parecía que estos soldados habían perdido a todos sus oficiales; lo cual no tenía nada de extraño, puesto que los defensores de la muralla intentarían matar primero a los comandantes. Probablemente ese era el único motivo de que Kip y Karris aún conservaran la vida.

—¿Y bien, trazador? —dijo Karris cuando terminó de recargar. En eso era tan rápida como en todo lo demás. Su piel era del color de la sangre. Ya no tenía los ojos cubiertos por las fundas violetas que le impedían trazar. Un momento, ¿eso lo había hecho él? Se sentía estremecido, agotado. El farol dio resultado, no obstante. Los soldados se disponían a reincorporarse a la refriega, decididos a no cruzarse en el camino de esta virago.

Que le estaba hablando a él.

Muy bien, genio, como si hubiera cerca alguien más que acabase de trazar dos lanzas gigantes y empalar a un par de Hombres Espejo.

Lo cual hizo que Kip desviara la mirada hacia sus víctimas. Craso error. Uno de ellos presentaba un agujero rebosante de espumarajos sanguinolentos en el pecho, del tamaño del puño de Kip. El otro tenía la cabeza hecha pedazos; las esquirlas de hueso blanco se mezclaban con los jirones rojos en una imagen que se resistía a adoptar la forma de un rostro.

—Kip, en circunstancias normales esto sería mala idea, dada tu inexperiencia, pero quiero que traces más verde. Te necesito conmigo —siseó Karris.

Kip no podía apartar la mirada de la cabeza esparcida por el suelo. Los soldados que se abrían paso hacia la puerta pisoteaban los restos de huesos y sesos, prefiriendo evitar a los dos trazadores antes que a los hombres que Kip había matado.

—¡Kip! —Karris le abofeteó con fuerza—. Llora más tarde. Ahora tienes que comportarte como un hombre. —Los diamantes rojos relampagueaban en sus ojos esmeraldas. Masculló una maldición, miró a su alrededor por unos instantes, en busca de algo, unos hilos verdes se extendieron desde sus ojos hasta las puntas de sus dedos a través del océano rojo que teñía su piel pálida, y trazó algo de pequeñas dimensiones en sus manos.

Gafas. Unas gafas compuestas por entero de luxina verde. Se las puso en la cara,

las ajustó, hizo algo para sellarlas y dio un paso atrás.

—¡Y ahora traza! —ordenó.

Kip era una esponja. Era como salir a la calle un día soleado, cerrar los ojos y disfrutar del calor. Dondequiera que miraba había superficies de color claro, hogares y comercios encalados para conservar el frescor interior, y cada uno de ellos le proporcionaba algo de magia. Se empapó de ella, sintiéndose vigorizado. Libre. El dolor sordo de la mano que se había quemado se redujo hasta desaparecer.

Se unió al torrente de soldados que se dirigían a la brecha de la muralla. El fuego de mosquete procedente de las almenas casi había cesado por completo. La mañana estaba revelándose espléndida, radiante y sin nubes, y la niebla continuaba evaporándose lentamente. Pronto haría calor.

Donde antes, cuando estaba inmóvil, la multitud se abría a su alrededor como si fuera una roca al ver que se trataba de un trazador, los soldados empezaron a zarandearlo como si se tratara de uno más de ellos en cuanto se unió a la vorágine. Las líneas se comprimían a medida que se acercaban a la muralla, y aquellos que intentaban no separarse de sus unidades empujaban con fuerza. Conforme el espacio se volvía cada vez más reducido, cada vez más opresivo, Kip empezó a rebelarse. No sabía hasta qué punto era suya tanta agitación, y hasta qué punto se debía a la influencia que ejercía la luxina verde sobre él, pero estaba seguro de que su psique no era la única responsable de su reacción.

Con la confluencia de caballos y hombres con armaduras (si bien solo una pequeña fracción del ejército del rey Garadul poseía armaduras o uniformes, esos soldados se empeñaban en entrar los primeros), Kip perdió de vista al rey Garadul. Karris se había colado en la fila delante de él, y estaba aprovechando su esbelta figura y sus músculos para deslizarse entre las hileras y abrirse paso hacia delante. Kip pronto la perdió de vista a ella también. Hubo de esforzarse por mantenerse de pie cuando el tropel de gente se apelotonó contra la muralla.

—¡Tú! —exclamó alguien.

Kip levantó la cabeza. A diez pasos de distancia, un jinete lo observaba fijamente. Kip no tenía ni idea de quién podía ser.

—¡Tú! —repitió el oficial—. ¡No eres de los nuestros!

Al principio, Kip no lo reconoció. Pensó que debía de tratarse de alguno de los soldados que lo habían conducido hasta Zymun después de que Kip produjera aquella conflagración. Pero incluso eso eran meras suposiciones. Por desgracia, carecía de importancia. El hombre lo había reconocido a él.

El oficial tiró de su mosquete, intentando sacarlo de la funda de la silla, pero había más caballos presionando a sus costados y el arma estaba atascada.

—¡Espía! ¡Traidor! —gritó el oficial, señalando a Kip—. ¡No lleva las mangas! ¡No es uno de los nuestros! ¡Asesino! ¡Espía! ¡Ese trazador verde es un espía!

Kip había sido empujado hasta lo alto de un montón de escombros, hasta la brecha misma de la muralla. Eso lo había llevado a una posición elevada. Todo el mundo podía verlo.

El oficial por fin consiguió liberar su mosquete y azuzó sin miramientos a su montura para ir detrás de Kip. De espaldas al hombre, sin creer realmente que estuviese dispuesto a disparar contra sus compatriotas, Kip levantó las manos dispuesto a trazar algo, lo que fuera. Resbaló en los escombros, y el vaivén de la multitud, algunos de cuyos componentes retrocedían mientras otros intentaban llegar hasta él, le hizo perder el equilibrio. Cayó por etapas. La multitud era tan compacta que no se desplomó de inmediato, pero tampoco fue capaz de detener su caída una vez empezada.

La brecha de la pared los vomitó en el interior de Garriston. Kip chocó contra el suelo y salió rodando.

Alguien le pisó la mano que se había quemado. Profirió un alarido. Un sinfín de pies le aporreaba los costados, alguien tropezó con él, alguien le pisó la barriga, alguien le pegó una patada en la cabeza. Continuó rodando por la ladera de escombros, intentó levantarse, y recibió el impacto de la culata de un mosquete. Terminó tumbado de espaldas, con la cabeza dándole vueltas, la mano izquierda encendida de dolor y la vista borrosa. Sin pretenderlo, había vuelto a adoptar la estrategia de la tortuga, tal y como hiciera cuando el ama Helel intentó asesinarlo, y una vez más era tan eficaz como una tortuga panza arriba.

Era como si el mundo supiera que Kip necesitaba seguir la senda de los cobardes y conspirara para reconducirlo hasta ella una y otra vez.

Antes de darse cuenta se encontró rodeado de personas que se empeñaban en molerlo a patadas. Algunos intentaban aporrearlo con las culatas de sus mosquetes, pero había tantas personas amontonadas a su alrededor que solo sintió unos pocos golpes de refilón en las piernas. En el pasado, habría rodado sobre su estómago y habría enterrado la cabeza entre las manos, se habría hecho un ovillo y habría esperado hasta que Ram volviera a imponer su autoridad, se aburriera del juego y lo dejara en paz. Hacer eso aquí supondría la muerte.

¿Esperas que me quede tumbado mientras me dan una paliza?

Sí, Kip. Es tu estilo.

¿Esperas que me quede tumbado mientras me matan?

Afróntalo, Kip, no vales gran cosa como luchador, no a la hora de la verdad. ¿Por qué no te encoges en una pelota y te rindes?

Una parte de él esperaba que Karris le salvara el pellejo. Ella era una luchadora. Una guerrera. Una trazadora. Era rápida y decidida, ágil y mortífera tanto con la magia como con la espada.

La turba era como una bestia, una masa rugiente, hirviente e imparable que había

perdido cualquier rastro de individualidad. Y Kip la detestaba. Encogió la cabeza entre los hombros cuando alguien intentó pisoteársela. Vio sonrisas burlonas. Atisbó labios replegados sobre los dientes. Facciones deformadas por el odio.

Una parte de él esperaba que Puño de Hierro lo salvara. El hombre había surgido de la nada en dos ocasiones para hacer precisamente eso. Puño de Hierro era enorme, fuerte, amenazador. Era silencioso e inquebrantable como el acero. Un guardián.

Una parte de él esperaba que Liv lo salvara. ¿Por qué no? Había aparecido en el último momento para rescatarlo del ama Helel, aquella asesina.

Una parte de él esperaba que Gavin lo salvara. ¿Para qué servía un Prisma si no era capaz de proteger a su propio bastardo? Gavin estaba allí. En alguna parte. No podía andar lejos. Tenía que saber que la muralla había sido traspasada. Debía de estar dirigiéndose hacia allí en esos momentos.

Una patada alcanzó a Kip en los riñones, enviando lanzazos de dolor a todos los rincones de su cuerpo. Mientras corcoveaba, un puño se estrelló contra su cara. Su cabeza rebotó en las piedras del suelo. La sangre que brotó de su nariz le empapó la boca y la barbilla.

Nadie iba a ir a salvarlo. Como cuando su madre lo encerró en un armario, cuando tenía ocho años, porque se había quejado, o porque había hablado demasiado, o… ni siquiera recordaba cuál era la ofensa que había cometido. Únicamente recordaba la expresión de asco de su cara. Lo despreciaba. Le tiró la sopa encima, cerró la puerta con llave y se fue a drogarse. A olvidarse de él. Porque no valía para nada.

Las ratas llegaron un día después. Lo despertó una que intentaba lamerle la sopa del cuello. Sus patitas se le clavaban en el pecho, su cuerpo era aterradoramente pesado. Profirió un alarido, se puso en pie de un salto, pataleó. Gritó hasta quedarse ronco, pero nadie lo oyó. Aquella rata se fue corriendo, pero pronto, en la oscuridad, acudieron más. Se enredaban en sus cabellos, le mordisqueaban los dedos de los pies descalzos, correteaban por las perneras de sus pantalones. Estaban por todas partes. Docenas de ellas. Cientos, era imposible saberlo con certeza. Se desgañitó hasta lastimarse la garganta, se revolvió y las aporreó hasta dejarse las manos ensangrentadas, se torció un tobillo entre las cajas viejas que se amontonaban en el armario. Y nadie fue en su ayuda.

Su madre lo encontró a la mañana del tercer día, hecho un ovillo, con la cabeza enterrada bajo los brazos, gimoteando, deshidratado, con la cabeza, los hombros, la espalda y las piernas cubiertos de largos cortes ensangrentados, sin intentar siquiera zafarse de las ratas que lo arropaban como una manta. A su alrededor había docenas de ellas, muertas, y aún más todavía con vida. Su madre le dio agua, con la mirada nublada por la cencellada, le limpió las heridas a regañadientes con los restos de su potente licor de limón y volvió a salir en busca de más droga. Todo ello sin

pronunciar palabra. Cuando Kip volvió a verla, era como si no se acordara de nada. Él aún conservaba las cicatrices de los mordiscos que le habían pegado las ratas en los hombros, la espalda y las nalgas.

No va a venir nadie, Kip. Otra patada. Siempre has sido una decepción. Otra patada. Un fracaso. Patada. No vales para nada. Patada.

—¡Basta! ¡Basta ya! —gritó alguien. El oficial consiguió abrirse paso por fin entre el gentío, empuñando su mosquete—. ¡Apartaos! —ordenó.

Levantó el arma y apuntó a la cabeza de Kip.

¿Qué puedo hacer? ¿Trazar bolitas de color verde? Pues vale.

Kip trazó una bola de luxina verde y la arrojó contra la boca del cañón, deseando con todas sus fuerzas que se adhiriera.

El oficial apretó el gatillo. Transcurrió un momento antes de que el mosquete explotara en sus manos. La recámara del mosquete estalló, proyectando llameante pólvora negra a la cara del hombre, incendiándole la barba. Se desplomó de espaldas con un alarido.

—¡Matadlo! —gritó alguien.

Kip vio acero desenvainado por todas partes, destellos del sol en las hojas. Y empezó a reírse. Porque sí que valía para algo.

Valía para soportar los castigos. Era una tortuga. O puede que un oso. Un oso tortuga. Por Orholam, qué tonto era. Se rió de nuevo, dándose palmadas en los hombros mientras yacía tumbado en el suelo. Una capa de luxina verde lo recubrió como había visto hacer al engendro de Rekton.

Mientras Kip observaba, una espada descendió y golpeó la luxina verde que le recubría el brazo. Penetró hasta dos dedos de profundidad, pero la luxina era más gruesa. El arma se detuvo, temblando como un hacha atrapado en la madera. Kip se dio la vuelta, absorbiendo más verde de todas las superficies claras, sin saber siquiera cómo estaba haciéndolo, absorbiendo cada vez más, trazando luz de la inagotable reserva de Orholam.

Lo sobrevino la misma ferocidad de antes. Una ferocidad encadenada, encajonada, acorralada. La luxina que lo cubría se volvió más espesa. Kip afianzó los pies en el suelo y se irguió con un rugido.

Se había vuelto loco. Había enloquecido, y la sensación era maravillosa. Proyectó un antebrazo verde contra un hombre que esgrimía una espada con los ojos como platos. El hombre salió lanzado hacia atrás. Kip se detuvo por un segundo y su armadura esmeralda se cubrió de pinchos. Arrojó su peso adelante y atrás, embistiendo a sus agresores como si fueran ratas a aplastar contra las paredes de un armario.

La sangre surcaba el aire en surtidores rojos. Kip ya no era humano. Era un animal, deseoso de escapar de su jaula. Era un perro rabioso. Una parte de él, racional

pero amordazada, pensó que no debería ser capaz de moverse tan deprisa cargado con un blindaje tan pesado. Era fuerte, pero no tanto.

No sabía cómo estaba desarrollándose la batalla más allá del pequeño círculo que lo rodeaba. Incluso eso era borroso; movimientos bruscos a izquierda y derecha, reflejos en espadas y mosquetes levantados a aplastar antes de que pudieran disparar. Cortaba, desgarraba y embestía con una furia irracional. En su cabeza solo cabía un pensamiento: Nadie va a detenerme.

Transcurridos unos instantes, u horas, Kip había perdido la noción del tiempo, vio que el miedo se había instalado en todas las miradas. Un torrente incesante de hombres atravesaban la brecha, empujados hacia delante sin miramientos por la masa de cuerpos a sus espaldas, y todos ellos chocaban con Kip, pero su mera presencia los frenaba, los hombres intentaban retroceder en cuanto lo veían, otros saltaban a los lados con la esperanza de evitar incurrir en su ira.

Su debilidad lo inflamó más aún. Eran como ratas, dispuestas a morder en la oscuridad, pero dispersándose cuando les daba la luz. Eran unos cobardes. Los aporreó, aplastando cabezas, abriendo vientres en canal. Cargó contra la brecha, donde no podían huir, los empaló, arrojando vísceras a izquierda y derecha.

Un pensamiento se impuso en su cerebro. En medio de todos los rugidos, los alaridos, el terror, la niebla, el fuego de los mosquetes y el entrechocar del acero, alguien estaba gritando una palabra:

—¡Kip! ¡Kip! ¡El rey Garadul! ¡Por aquí!

Kip no podía ver a quién pertenecía esa voz. Se estiró, descubrió que era más alto que nunca, la luxina se arremolinaba bajo sus pies, elevándolo varios palmos del suelo. Miró hacia el interior de la ciudad y vio a Karris, con la piel cubierta de verde y rojo entrelazados, blandiendo una espada, apuntando hacia el corazón mismo de la ciudad.

El rey Garadul estaba amasando a sus Hombres Espejo a su alrededor allí, reagrupándolos después de que se hubieran separado al cruzar la brecha. Estaba gritando órdenes. Parecía furioso por algo. No había visto a Kip.

Antes de darse cuenta incluso de lo que estaba haciendo, Kip embistió con toda su fuerza de voluntad concentrada, imparable, implacable. Un único pensamiento resonaba en su cabeza: El rey Garadul debía pagar por lo que había hecho. Debía morir.

86

Cuando Gavin oyó la explosión supo inmediatamente de qué se trataba. Ya casi había desandado el camino hasta la muralla desde los muelles, donde había empleado la primera luz del alba para ayudar a trazar botes para los refugiados. La evacuación sería completamente posible si la gente se mostraba razonable. Gavin había dicho a los prohombres de la ciudad que los nobles podían traer tres baúles, los armeros y los apotecarios también, dos en el caso de los mercaderes más adinerados, y los demás tendrían que conformarse con lo que pudieran cargar en los brazos.

Era una medida lógica, aunque rigurosa. Los tyreanos fugitivos necesitarían medicamentos, y nadie quería dejar atrás ningún arma que el rey Garadul pudiera utilizar para pertrechar a sus tropas y expandir la invasión. Y si bien a Gavin le dolía favorecer a los ricos en detrimento de los más necesitados, los primeros se llevarían sus fortunas con ellos lejos de la ciudad. De lo contrario, el rey Garadul podría aprovecharlas para fortalecerse y perpetuar el baño de sangre. Si la gente actuaba según lo acordado, aún quedaría sitio de sobra para que todo el que quisiera escapar pudiera hacerlo.

Solo que, como cabía esperar, todo el mundo hacía trampas. Absolutamente todos. Los nobles se presentaban con seis baúles. Los mercaderes traían cinco. Otros mentían y afirmaban ser armeros y apotecarios cuando no lo eran.

Gavin puso al mando al encargado de un gremio de la zona, se fue a trazar las barcazas y al regresar se encontró con que el hombre estaba permitiendo que los miembros de su gremio trajeran equipaje extra. Gavin no tardó ni cinco segundos en trazar un patíbulo a un lado del muelle, y otros diez en ahorcar al hombre. Designó otro responsable antes de que el primero hubiera exhalado su último aliento.

—Toma las decisiones aprisa y con tanta ecuanimidad como te sea posible —instruyó Gavin al tonelero ceñudo, con la cara picada de viruelas, que estaba ahora al mando—. Aunque cometas algún error, recuerda que te respalda toda mi autoridad. Acepta un solo soborno, y me esforzaré por conseguir que tu muerte sea más horrenda que la de tu antecesor. —Dicho lo cual, se fue. No tenía tiempo para eso.

Se encontraba al pie de la muralla cuando oyó la explosión. Era exactamente lo que se había temido. Ese era el motivo de que hubiera creado la Muralla de Agua Brillante. Con tantos hogares y comercios adosados al muro, defenderse de los enemigos del exterior era difícil, pero defenderse de los del interior sería tarea imposible. Cualquiera que poseyera una tienda podía ocultar barriles de pólvora, cavar un pequeño túnel bajo la muralla y encender una mecha. Podrían actuar en el más estricto anonimato, sin que nadie los interrumpiera. Y lo harían.

Escoltado por la Guardia Negra, Gavin hundió los talones en los flancos de su caballo. Pero no se dirigió a la brecha. Un boquete en el muro era un trofeo,

naturalmente, pero enseguida atraería a los defensores, y quizá no fuera bastante para permitir el acceso de todo un ejército. Podría convertirse en un callejón sin salida, un matadero. Era preferible aprovechar la distracción causada por esa brecha para abrir una puerta en otra parte.

Gavin envió mensajeros a la Puerta de la Vieja y a la Puerta de la Amante, y puso rumbo a la Puerta de la Madre. En lo alto de la muralla se tropezó con el general Corvan Danavis y su séquito. Sin duda Corvan se disponía a dirigir personalmente la defensa de la brecha del muro.

Corvan se detuvo lo necesario para informar:

—Están conteniendo a sus trazadores y sus engendros de los colores. No sé por qué. Pero si perdemos una puerta en los próximos veinte minutos, no llegaremos al mediodía. —Ese era Corvan, condensando la información en lo absolutamente crucial.

—Si cae —dijo Gavin—, dirígete a los barcos una hora antes de mediodía.

Corvan asintió con la cabeza. Nada de luchar hasta la muerte. Gavin le dio una palmada en el hombro y el general prosiguió su camino.

Desde lo alto de la puerta, Gavin observó la masa enfervorizada del otro lado. Prácticamente nadie seguía disparando contra los invasores desde las almenas, pero el ejército embestía como una bestia ciega, extendiendo sus negras zarpas hacia la pared.

Muchos de los hogares del exterior de la muralla habían sido demolidos en apenas unas horas, pero entre los que quedaban en pie, el ejército había encontrado aquellos que se podían escalar más fácilmente. En media docena de puntos, un reguero constante de hombres se encaramaban al muro y se trababan con los defensores recién incorporados.

A lo lejos, los hombres del rey Garadul estaban emplazando sus morteros. Demasiado tarde, en realidad. No tenía ningún sentido que bombardearan la ciudad ahora, cuando probablemente tan solo conseguirían matar a tantos de los suyos como defensores. Sin embargo, ya estaban cargando los morteros. Gavin había descubierto que a muchas personas les gustaba mantenerse a una distancia prudencial de la batalla, pero también les gustaba poder decir que habían participado en ella. Esos cretinos dispararían unas cuantas andanadas y después se jactarían de haber sido los verdaderos artífices de la victoria.

Era agradable ver que también el rey Garadul padecía problemas de disciplina.

¿Dónde estaba el monarca, por cierto?

Desde el punto más elevado de la puerta, Gavin se giró hacia la ciudad y escudriñó entre las nieblas. El rey Garadul se había adentrado en el corazón de la ciudad. ¡Idiota! Vale, Gavin había hecho lo mismo más de una vez, pero estaba armado como pocos. La presencia de Gavin en el campo de batalla no constituía un

simple incentivo para la moral. El rey Garadul comandaba el ataque, rodeado tal vez por un centenar de Hombres Espejo. Cuando Gavin lo divisó, vio al monarca encararse con un mensajero, gesticulando furiosamente.

Quiere ver a sus trazadores.

¿Y por qué no están ahí con él?

Gavin se desplazó al frente de la lanza de la Madre y oteó la colina, a unos quinientos pasos de distancia. Varios estandartes y un nutrido grupo de gente coronaban el cerro. Trazó unas lentes, ajustó la distancia necesaria entre ambas para mejorar el enfoque y estudió la imagen sobre la niebla baja. Una figura multicolor estaba levantando un mosquete, apuntando directamente hacia él. Qué disparate. Ningún mosquete podría disparar tan…

El mosquete rugió. La carga era enorme, a juzgar por la nube de humo negro. Gavin no pudo oír el disparo por encima del resto de los sonidos de la batalla, por supuesto. Uno de los morteros disparó a su vez. Gavin continuó observando al hombre. Trazó las dos lentes juntas para reafirmar la imagen. Un engendro policromo. Probablemente un policromo completo, o que fingía serlo, a juzgar por todos los colores que había trazado en su cuerpo. Curioso. El hombre también estaba observándolo.

Alrededor de lord Omnícromo se daban cita, no solo el complemento habitual de generales y lacayos, sino también docenas de trazadores. Era evidente que no tenían prisa por ir a ningún sitio.

Alguien le devolvió el mosquete a lord Omnícromo, que apuntó sin preámbulo y disparó. Un segundo después, algo golpeó la lanza de la Madre dos pasos por encima de la cabeza de Gavin y explotó, arrancando un pedazo de roca. ¿Proyectiles de luxina? ¿Desde una distancia de quinientos pasos? Gavin seguía estando sumido en sus cavilaciones cuando los Guardias Negros lo condujeron a rastras al otro lado de la lanza.

Lord Omnícromo quería ver muerto al rey Garadul. Así de sencillo, y así de arriesgado. Probablemente había azuzado incluso al monarca ante la Muralla de Agua Brillante, retándolo a actuar como un prómaco y consiguiendo que el joven rey se situara al frente de sus fuerzas, a la espera de que pereciera en combate.

Si tu enemigo quiere algo, niégaselo.

Gavin trazó una tablilla amarilla con el mensaje: «Garadul preso, no muerto. A toda costa». La recubrió de luxina azul y amarilla líquida y la lanzó en la dirección que creía que había tomado Corvan.

Pero la intuición de Gavin le decía que el asalto principal se iba a producir en otro lugar, mientras los defensores concentraban sus esfuerzos allí.

—A la Puerta de la Vieja —ordenó a sus Guardias Negros—. ¡Deprisa!

87

Karris recogió una segunda espada de manos de un hombre que estaba tendido en el suelo, desangrándose por la herida que tenía en el estómago. No sabía para qué bando combatía, ni le importaba. La ciudad olía a pólvora, a cloaca, a sudor, era la clase de hedor que se adhiere a las armaduras de cuero y no se va nunca. Mientras corría, trazó una fina pátina de luxina verde sobre las espadas, la selló, la recubrió de luxina roja y selló esta a su vez.

Toda la zona era un entramado de callejones. Los edificios se encontraban distribuidos al azar, con la aparente intención de fastidiar a los vecinos, e imposibilitaban ver nada en línea recta. La buena noticia era que eso impediría que el rey Garadul amasara allí a sus hombres en gran número.

La mala noticia era que… ¡ay, mierda! Karris dobló una esquina y estuvo a punto de estamparse contra tres Hombres Espejo, perdidos, asomándose a los distintos callejones y aparentemente a punto de iniciar una discusión sobre qué camino seguir. Karris los embistió antes de que ninguno de ellos pudiera reaccionar. Lanzó todo su peso contra el más bajito, que tenía los pies plantados con firmeza en el suelo, y consiguió frenarse y hacerle perder el equilibrio. Se giró mientras trazaba un arco escarlata con la espada que empuñaba en la mano izquierda.

El segundo Hombre Espejo intentó levantar la espada para protegerse, pero demasiado lento, sin la menor posibilidad. La hoja de Karris traspasó su guardia y se enterró en su cuello por encima del gorjal. El corte no era muy profundo, pero sí lo suficiente, y letal. La luxina roja salpicó el exterior de su armadura, y cuando Karris retiró el arma de un tirón, el interior se salpicó de sangre roja a juego. Permaneció en pie, pero para Karris ya estaba muerto.

Entre la colisión con el primer Hombre Espejo y el degollamiento del segundo, Karris había perdido de vista al último. Giró sobre los talones, agazapada, bloqueando con ambas espadas, la izquierda abajo, la derecha arriba en una presa invertida. La estocada habría traspasado directamente la débil guardia de su mano derecha si antes no se hubiera agachado. En vez de eso, el canto de su propia arma le pegó un golpe en el hombro. No sabía si se había cortado. ¿Qué clase de imbécil se mete en una pelea sin armadura?

Se levantó con una maniobra agresiva, pero el Hombre Espejo detuvo su ataque. A continuación, abrió los ojos de par en par. Una lenta oleada de luz roja los bañó a ambos. Su espada había arrancado chispas de la de Karris, inflamando la luxina roja… y no solo en su espada. Allí donde los dos filos habían chocado, la espada del Hombre Espejo había raspado también la luxina roja, y las mismas chispas le habían prendido fuego. Karris se había propuesto reservar las llamas para más tarde, pero también podía sacarles partido ahora.

Karris giró la muñeca, imprimió una veloz trayectoria curva a la espada llameante y apuñaló al Hombre Espejo en la cara con la que empuñaba en la zurda.

Si te vas a poner una armadura pesada, no dejes nunca la visera abierta mientras dure la batalla.

Le dio una patada para separarlo de su arma en una rociada de dientes rotos y sangre exhalada, giró de nuevo, y vio que el Hombre Espejo con el que había chocado se arrastraba por el suelo en busca de su espada. Le pisoteó la mano extendida y hundió su filo en la armadura de espejos. Hacía falta un golpe fuerte y directo para traspasar esa coraza, pero lo había ensayado mil veces con la Guardia Negra, que entrenaba asumiendo que los asesinos partirían con ventaja, armaduras de espejos incluidas.

Tras liberar la hoja de nuevo, enjugó los restos de luxina roja inflamada de la espada con el manto de uno de los hombres y aplicó una capa nueva. Se quemaría sola como no tuviera cuidado. Recogió el arco recio y la aljaba medio vacía que portaba uno de los cadáveres.

Y ahora, ¿dónde diablos estaba? ¿Y dónde estaba Kip?

Karris había tomado un atajo, o eso creía. Sabía que había un mercado en la zona sur de la ciudad y le parecía recordar aproximadamente su ubicación. Había enviado a Kip en pos del rey Garadul con la esperanza de que el muchacho sembrara algo de caos en el proceso, lo que le permitiría a ella acercarse al monarca por la espalda y asesinarlo.

Quizá no hubiera sido la decisión más inteligente. Por Orholam, había abandonado a Kip. Un trazador en pañales.

Como si hubiera podido hacer gran cosa por ayudarle. En la Cromería llamaban gólem verde a lo que había hecho Kip. Hubo un tiempo en que se enseñaba como magia de guerra. Ya no.

Crear un gólem verde planteaba tres problemas. Para empezar, no se podía sellar la luxina. Si lo hacías, no podías moverte. Algunos trazadores lo resolvían creando grandes placas selladas y soldando las juntas con luxina verde abierta. Lo que estaba haciendo Kip era mucho más difícil. Estaba sosteniendo toda la magia a la vez. Requería una concentración inmensa, y la armadura solo sería tan resistente como su fuerza de voluntad. Si alguien rompía su concentración perdería la armadura instantáneamente. Segundo, usar tanta luxina verde consumía enseguida a los trazadores. En la Guerra del Falso Prisma, Karris había oído hablar de trazadores verdes que rompían el halo tras crear un gólem verde tan solo tres o cuatro veces. Tercero, había que ser fuerte como un toro. El traje (la armadura, el gólem, lo que fuera) pesaba. Para el trazador era menos porque su voluntad aguantaba una parte del peso, pero aun así seguían teniendo que desplazar una enorme mole de luxina. Dicho lo cual, emplear luxina verde abierta en las piernas implicaba que un trazador

experimentado sería capaz de dar grandes saltos, y cuando se ponían en marcha, eran prácticamente imparables.

Todo eso significaba que lo más probable era que Kip consiguiera que lo matasen. Y Karris lo había abandonado. Maldición. ¿Qué clase de mujer abandona a un niño?

Karris comprobó la posición del sol desde las sombras. El astro aún estaba bajo en el firmamento, y estos callejones estaban envueltos en sombras y niebla. Al levantar la cabeza se sorprendió. Los tejados se alzaban entre la bruma como lejanas cumbres cuadradas reinando sobre las nubes. Entonces vio las bengalas que señalaban la retirada. Eran del color que supuestamente debían usar Gavin o los Guardias Negros, y estaba segura de que eso era lo que indicaban. Pero ¿retirarse adónde?

Los muelles. Sabían que iban a perder la ciudad. Tan solo intentaban que el rey Garadul pagara el precio más alto posible. Karris no disponía de mucho tiempo para cerciorarse de que pagara el precio definitivo.

Entró corriendo en una casa vacía; estaba segura de que allí todas las casas estaban vacías. Tras abrirse paso entre los excrementos de gallina y varios perros, más una vaca esquelética (muchas personas metían a los animales en casa para pasar la noche, tanto por su seguridad como para caldear el interior), encontró las escaleras, subió a las habitaciones de la familia, que se habían vaciado apresuradamente, y llegó a la escalerilla que conducía a la azotea.

Todas las casas de Garriston, cuadradas y achatadas, tenían estos tejados llanos. La azotea se convertía en una tercera habitación para muchas familias. Un lugar idóneo para refrescarse durante las largas y calurosas noches de verano, la única oportunidad que tenían los plebeyos de disfrutar de la brisa procedente del mar Cerúleo. Los edificios se apiñaban unos contra otros, pero en absoluto constituían un conjunto homogéneo. No todos los edificios tenían tres plantas, e incluso en aquellos que sí, los pisos eran de distintas alturas.

Aun así, cuando Karris llegó al tejado, la belleza de la escena la dejó sin respiración por unos instantes. Los tejados encalados, pequeños cuadrados y rectángulos, reluciendo al sol, con la niebla arremolinándose en cada vértice, las iglesias y las contadas mansiones elevándose como montañas entre las nubes, y el Palacio de Travertino dominándolo todo. Más al sur se podía ver la Muralla de Agua Brillante, como un cinturón dorado que ciñera la ciudad. Más cerca, una negra columna de humo se elevaba de la muralla de la ciudad, fogonazos de magia de las puertas.

Se concentró. Encontró el mercado que estaba buscando. La niebla le impedía ver lo suficiente para saber si su intuición había sido acertada.

Ya que has apostado la vida de Kip en esta mano, qué menos que acercarte a ver si has ganado.

Maldiciéndose por estúpida, Karris trazó un arnés verde para las armas, enfundó las dos espadas a su espalda, se entretuvo unos segundos ajustando las correas para acomodar la aljaba y el arco, maldijo las mangas de su vestido, ceñidas y rotas, maldijo sus hombros musculosos y se arrancó las mangas. Respiró hondo. Corrió hasta el borde de la azotea y saltó.

Las casas estaban tan próximas entre sí que el salto no entrañaba dificultad. Algunos hogares estaban unidos por tablas, incluso, para que los vecinos pudieran visitarse. Mientras no tuviera que cruzar la calle, sería un juego de niños. Corrió tan deprisa como le era posible. Una calle a salvar, después otro bloque de casas, después el mercado. Su mirada no dejaba de saltar de un lado a otro mientras se acercaba al desafío de cruzar la calle que se abría ante ella.

¡Allí! El tejado de una de las casas del otro lado era considerablemente más bajo. Karris se desvió a la izquierda y saltó, sobrevolando las cabezas de treinta o cuarenta Hombres Espejo. Aterrizó en el tejado, rodó, se levantó justo a tiempo de dar otro salto, esta vez hasta un tejado más alto. Lo alcanzó con un pie extendido. Se impulsó hacia arriba, intentando elevarse un poquito más sin detener la inercia que la empujaba hacia delante.

Arqueó el cuerpo en el aire, pero no lo bastante arriba. Aterrizó con la mitad del torso en la superficie lisa de estuco encalado, resbaló, arañó a su alrededor en busca de asidero.

Las puntas de sus dedos se engarfiaron en el estuco sucio y agrietado que empezaba a desmenuzarse. Osciló de costado, perdió un asidero por un segundo cuando el estuco se hizo pedazos. Proyectó la mano hacia lo alto del tejado, se agarró con fuerza esta vez, y se balanceó hacia el otro lado. Su pie alcanzó el borde, rasgando la abertura de su falda aún más arriba. Se apresuró a terminar de encaramarse, desconfiando del resto del estuco que podía desmoronarse en cualquier momento.

No había tiempo para felicitarse por estar viva. Karris comprobó las espadas y el arco, miró de reojo hacia abajo, a la caída de veinte pies que conducía a la irregular superficie de la calle; precipitarse al vacío le habría costado una pierna rota, por lo menos. Reanudó la carrera.

Llegó a un tejado con vistas al mercado y se detuvo. El rey Garadul se acercaba al frente de cientos de Hombres Espejo y unos cuantos trazadores… y Kip se cernía sobre ellos como una espada flamígera. Literalmente.

Las cosas iban a ponerse realmente feas.

Karris sonrió.

88

Kip estaba envuelto en llamas. Alguien lo había rociado de luxina roja y le había prendido fuego.

Eso no lo detuvo. Se limitó a engrosar la coraza verde que lo rodeaba para que la luxina roja incandescente no pudiera traspasarla. El combustible viscoso se adhería al verde. No podía limpiarse la cara, estaba pegado, implacable. Pero sí podía mover la luxina verde, de modo que la proyectó hacia afuera hasta apartarla de sus ojos y consiguió ver de nuevo. Empleando la misma técnica, desplazó toda la luxina roja a los brazos y los hombros, y a los costados, hasta quedar silueteado en llamas. Le llevó apenas unos instantes. Pensaba lo que quería hacer y la luxina lo hacía. O para ser más exactos, lo deseaba y se cumplía.

La ferocidad de su interior era tan fuerte que quería salir de la ciudad y escapar. Pero no podía permitirlo. Refrenó su ferocidad. Esa ferocidad se sometería a su voluntad. Le ayudaría a destruir al hombre que empuñaba la correa y el látigo, el hombre que se proponía controlarlo: el rey Garadul.

No sabía si estaba avanzando en la dirección correcta, pero seguía el desfile de los soldados del monarca. El propio Kip era como un faro incandescente en medio de la niebla de la mañana. Pero la luz le entorpecía la vista. Era como empuñar una antorcha: si la sostenías por encima de la cabeza, veías en la oscuridad, pero si la sostenías entre la oscuridad y tú, no veías absolutamente nada. Kip era la antorcha. No podía ver gran cosa, ni le importaba. Podía ver que los hombres se alejaban corriendo de él; algunos reparaban en su presencia y huían aterrados, pero otros parecían tener un destino en mente. Un lugar de reunión, un punto de encuentro. Donde estaría el rey Garadul.

Kip dobló una esquina como una exhalación y se estrelló contra las espaldas de media docena de soldados. Ellos no lo habían visto venir, y él no podía parar. Los arrolló en medio de una vorágine de gritos, carne quemada, maldiciones y sangre mientras se esforzaba por no caer sin dejar de pisotear brazos y piernas. Extendió las manos para barrer el aire en todas direcciones, en grandes arcos de fuego, sangre y cuchillas que impactaban en la multitud.

Porque se trataba de una multitud. Kip había llegado a su destino. Había cientos de soldados aquí. Podía ver los tenues destellos de las armaduras rutilantes de los Hombres Espejo al otro lado de la plaza. La batalla lo engulló a continuación, envolviéndolo en su íntimo abrazo. La niebla matinal se esfumó. Sus adversarios eran innumerables. Resultaba imposible descifrar los alaridos ininteligibles del enemigo, las órdenes que podrían ayudarle a predecir lo que iba a ocurrir a continuación. Lo único que resonaba en sus oídos era el rugido que escapaba de su propia garganta, el martilleo de su corazón, la vida palpitante que era su magia. No existía nada más allá

del fuego que alimentaba sus músculos, la resistencia que sentían sus brazos recubiertos de pinchos al hundirse en el torso de un hombre, y la libertad que lo embargaba cuando volvía a liberarlos con un tirón.

El mundo se cerró sobre Kip. No podía ver prácticamente nada, apenas si era capaz de girar el cuello dentro de la armadura esmeralda. Eso lo sacaba de quicio. Necesitaba libertad. No podía estar encerrado. Era un animal. Se abrió paso entre las columnas de soldados que formaron contra él. Los grandes barridos de sus brazos destrozaban las lanzas como si de briznas de hierba se tratara. Las cabezas se partían bajo el impacto de sus puños cerrados. Se sacudió la maraña de hombres que le cubrían la espalda y les partió las vértebras con las manos desnudas.

De improviso, las filas se abrieron ante él. A excepción de un solo hombre, que no supo apartarse a tiempo. Kip vio a veinte mosqueteros repartidos en dos hileras. La primera estaba de rodillas, la segunda de pie, y todos los mosquetes lo apuntaban a él. Alguien gritó con voz imperiosa. Kip miró al hombre que se interponía entre los mosqueteros y él. El hombre también había oído la orden y sabía lo que significaba. Kip vio como el pánico se adueñaba de su expresión.

Los mosqueteros dispararon una andanada. El fuego y el humo saltaron de los mosquetes rugiendo como leones emboscados. Kip vio al hombre prepararse para recibir el impacto casi al mismo tiempo que se desplomaba sin vida.

Las balas de mosquete lo golpearon como puños, impactando a la vez muchas de ellas, y algunas instantes después, embistiéndolo como un ariete. Sus pies se separaron del suelo.

Se elevaron vítores a su alrededor. La cabeza le daba vueltas y sintió cómo la luxina verde se reblandecía sobre su cuerpo.

¡No! Puedo soportar el castigo. Ese es mi don. Ese es mi talento.

Un mosquetero se acercó corriendo hasta él, le apuntó a la cabeza con un trabuco. Algo pasó volando junto a la cabeza del hombre (¿una flecha?), pero falló. Kip agarró la boca del trabuco y tiró hacia sí, la apoyó en su frente e introdujo luxina verde a presión en el cañón. La recámara explotó cuando el hombre apretó el gatillo.

Kip se puso en pie de un salto, con una fuerza sobrehumana. Pisoteó al mosquetero vociferante y se detuvo a echarse un vistazo. Podía ver las balas de plomo del mosquete, aplastadas, dentro de su armadura verde. Como si hubieran impactado contra un árbol. Los proyectiles habían penetrado, pero habían sido detenidos. Kip se rió, prácticamente al borde de la locura. Era a prueba de balas.

Ignorando a los mosqueteros, varios de los cuales se alejaban corriendo mientras los demás recargaban desesperadamente, atareados con sus baquetas y sus cuernos de pólvora, intentando prepararse para realizar otro disparo, Kip buscó al rey Garadul con la mirada. Estos hombres no eran ninguna amenaza. No podían frenarlo. Pero no veía nada. De modo que reunió luxina verde a su alrededor y se hizo más alto. Así de

fácil.

Y allí estaba. Rodeado de Hombres Espejo, a lomos de su caballo, el rey Garadul gritaba a la trazadora que tenía a su lado, señalando a Kip. La trazadora tenía la piel azul, resplandeciente, pero mientras preparaba su magia algo cayó del cielo a gran velocidad. La mujer abrió las manos, inertes, y el azul escapó de ella y formó un charco en el suelo. Se cayó de la silla.

El rey Garadul enmudeció de repente, miró a su alrededor. La trazadora que tenía al otro lado, una roja, se desplomó de la silla a su vez. Esta vez Kip (y todos los Hombres Espejo) siguió la trayectoria de la flecha hasta su origen. Una azotea. Karris, esbelta, musculosa, cubierta de sangre, vestida con meros jirones de tela y preparando otra flecha. Uno de los Hombres Espejo se abalanzó sobre el monarca para arrojarlo al suelo. La tercera flecha de Karris traspasó la greba de un Hombre Espejo y le clavó la pierna al caballo. El corcel enloqueció, encabritándose, derribando a media docena de Hombres Espejo y arrollándolos antes de perder el equilibrio y aplastar a su jinete.

Kip ignoró el caos. Ya había encontrado su objetivo. Podía sentir que sus fuerzas se tambaleaban. Tenía que hacerlo ahora. No dispondría de otra oportunidad. Cargó hacia delante, provocando una estampida de hombres y mujeres a su paso, alcanzando gradualmente el máximo de su velocidad.

Estoy loco.

Kip se rió. Si esto era la locura, bienvenida fuera. Colisionó con las primeras filas de Hombres Espejo antes de que todos hubieran dejado de mirar a Karris. Algunos estaban de espaldas, otros montados a caballo, aún otros habían bajado de sus sillas y algunos seguían intentando desenfundar o recargar sus mosquetes para disparar contra la asesina del tejado. Kip derribó a un caballo, arrolló varios cuerpos, desvió estocadas carentes de fuerza.

Con un gran puño de luxina transformado en una maza aplastó el yelmo de un Hombre Espejo, pero el impacto también cercenó la mitad de la mano verde de Kip. Vio que los pinchos y las cuchillas que había trazado en su cuerpo se habían disuelto o partido al colisionar con la armadura de espejos. Golpeaba a izquierda y derecha, pero cuantos más hombres aplastaba, más se desintegraba su armadura. Cada nueva herida que infligía le costaba una parte de su ser.

Los Hombres Espejo, recuperándose, formaron detrás de la línea de vanguardia. Kip embistió contra esta primera barrera y se encontró delante de docenas de pistolas que rugieron al unísono. Los impactos frenaron su ímpetu, aunque aguantó. Sintió unas líneas abrasadoras contra su piel; la luxina seguía consumiéndose. Algunos de los disparos debían de haberla atravesado.

No fracasaré. No ahora. No tan cerca. Maldición, ¿dónde está el rey?

Kip atacó al Hombre Espejo que tenía más cerca, arrojándole una bola de luxina

verde. El proyectil se estrelló contra el pecho de su objetivo y se partió por la mitad, enviando pegotes de luxina verde en todas direcciones, sin provocar más daños que si Kip hubiera tocado suavemente con los nudillos el pecho del hombre, que se tambaleó tan solo a causa de la bala de mosquete intencionadamente oculta dentro de la bola de luxina verde que Kip le había lanzado.

Los demás Hombres Espejo soltaron sus mosquetes y desenvainaron sus afiladas espadas, relucientes como espejos. Kip estaba mirándose el pecho, tachonado de balas de mosquete aplastadas suspendidas en la luxina verde, rodeadas de sangre algunas de ellas allí donde lo habían cortado. Estaba reuniendo más luxina para recomponer su armadura y vio que las bolitas se movían en círculos, como barcas atrapadas al pie de una catarata.

¿La luxina no os hace daño? ¿Qué tal el plomo?

Kip dirigió una de las balas de plomo de su pecho hasta su mano. La proyectó hacia delante y, con toda su fuerza de voluntad, disparó una diminuta bola de luxina verde que transportaba la bala de mosquete en su interior.

Un pequeño orificio ribeteado de verde viscoso apareció en la coraza de uno de los Hombres Espejo. Su armadura de espejos se agrietó en líneas zigzagueantes alrededor del agujero, sangre carmesí se fundió con la luxina esmeralda y el hombre se desplomó de espaldas.

Era como si Orholam hubiera insuflado en Kip un vigor renovado. Estaba magullado y extenuado, pero se sentía libre y exultante. Soltó otra carcajada. Se había vuelto completamente loco. Completamente imparable. Las balas de plomo recorrían la armadura hasta sus manos, y él las disparaba como si fuera un mosquete. El peso de la armadura verde, antes tan molesto, ahora le permitía disparar los pequeños proyectiles con tanta potencia que, de no ser por la armadura, el retroceso lo habría tumbado de espaldas.

Extendió la mano derecha, la izquierda, la derecha, la izquierda. Disparando a discreción. Los hombres morían por todas partes. Kip no estaba apuntando en absoluto, pero a esa distancia, la puntería era lo de menos. Procuraba hacer blanco en el pecho, no obstante, aunque terminara impactando en el cuello o en la barriga, o en quien estuviera detrás de su objetivo. Fuera como fuese, la carnicería continuó y las filas empezaron a disolverse ante él. Acabó con todas las balas de mosquete de su pecho y encontró más en su espalda y sus brazos, mientras seguían añadiéndose más. Abrió un surco sangriento entre los Hombres Espejo. No podía ver al rey Garadul, pero supuso que allí donde la resistencia fuera más enconada debía de ser la dirección adecuada. Quien algo quiere, algo le cuesta.

Entre las filas enemigas y el caos, Kip atisbó un destello de algo. Atuendos reales. Garadul.

Llegó a tiempo de ver al rey Garadul subir a lo alto de una plataforma emplazada

al fondo de la plaza del mercado. Sus hombres intentaban conducirlo al interior de una callejuela angosta. Kip dio un salto hacia delante y descubrió que sus piernas de luxina verde lo transportaban mucho más lejos de lo que se había propuesto. Aterrizó entre el rey Garadul y el callejón, aplastando a dos de los hombres del monarca, incluido su último trazador. El suelo estaba sembrado de cadáveres de trazadores, pero a Kip no le importaba cómo habían muerto. Solo tenía ojos para el monarca. Extendió una mano a su espalda y disparó una docena de balas de mosquete hacia los Hombres Espejo restantes.

El rey Garadul tropezó con uno de los cuerpos que yacían encima de la plataforma. En un instante, Kip se abalanzó sobre él. El monarca le pegó una patada. Kip impulsó un puño enorme hacia abajo y rompió la pierna del rey como si fuera una astilla. El hombre gritó. Kip le agarró la cabeza, afianzó los grandes puños de luxina a ambos lados y tiró hacia arriba. El cascabeleo del fuego de mosquete cesó. Kip estaba demasiado cerca del monarca; nadie se atrevería a disparar contra él ahora.

—¡Asesinaste a mi madre! —rugió Kip en la cara del rey.

Los ojos de Garadul se concentraron en el rostro de Kip tras la armadura verde.

—¿Tú? —dijo—. ¿El mocoso de Lina? No se merece que la venguen, y tú lo sabes.

—¡Kip! —Alguien gritaba su nombre, pero Kip apenas lo oyó. El rey estaba intentando desenfundar un bich’hwa de su cinturón, pero se lo impedía el dolor.

—¡Vete al infierno! —exclamó Kip—. ¡Vete al infierno! —Levantó al rey en volandas y apretó con todas sus fuerzas y toda su voluntad.

—¡Kip! ¡Para! Esto es precisamente lo que quiere lord Omnícromo…

Nada podía penetrar la locura, la furia desatada. Kip ni siquiera estaba seguro de quién era su objetivo, si ese hombre que había masacrado a su aldea o su madre. La quería. La odiaba.

El rey Garadul gritó, Kip gritó, y juntos ahogaron el grito de Corvan Danavis. Las manos de Kip se unieron y la cabeza del monarca reventó como una uva, como una sandía arrojada desde gran altura, esparciendo su jugo por todas partes.

—¡Kip! ¡No! ¡Es justo lo que quieren que hagas! —La voz de Corvan Danavis penetró en el cráneo de hierro de Kip mientras soltaba el cadáver inerte del rey encima de la plataforma.

Al levantar la cabeza, aturdido, Kip vio a Corvan Danavis montado al frente de unos cien jinetes que entraban en la plaza en ese momento. Los invasores, desmoralizados y sin líder en ausencia del rey Garadul, se desbandaron ante la llegada de tantos refuerzos.

Kip oyó que un cuerpo caía a su espalda, y se giró a tiempo de ver a un Hombre Espejo con una flecha en el corazón. Alguien le había salvado. De nuevo. Ni siquiera

se había percatado de la amenaza. La cabeza le daba vueltas. Se sentía como si estuviera encogiendo. Se erguía de nuevo sobre sus propios pies, la luxina había desaparecido. Se tambaleó y sintió que alguien lo sostenía en pie. Se giró. Karris había bajado de la azotea y estaba recogiendo el bich'hwa del cadáver del rey. ¿Karris? Se había propuesto salvarla, ¿verdad?

Pues sí que lo había hecho bien.

Contempló el cadáver del rey Garadul y no sintió nada más que un vacío. Cuando levantó la cabeza, Corvan Danavis estaba allí, maldiciendo. Kip nunca había oído maldecir a maese Danavis.

—¿Tienes la menor idea de lo que acabas de hacer? —preguntó Corvan.

—Vete al diablo —dijo Kip, vacío, seco, sin vida—. Asesinó a toda nuestra ciudad. Se merecía algo peor.

Corvan se detuvo y observó a Kip con renovado respeto. Dejó que el silencio se prolongara unos instantes, y dijo:

—Monta. Tenemos que salir de la ciudad. Ya.

—Pero si lo he matado. ¿No hemos ganado? —preguntó Kip. Le costaba ordenar las ideas. Y la luz le hacía daño en los ojos. Nada le apetecía más que una manta y una habitación oscura. Habían ganado, ¿verdad?—. ¿Por qué tenemos que irnos?

—Mira eso —dijo Karris, acercándose. Ya había montado. Estaba apuntando hacia la muralla.

Lord Omnícromo se erguía en lo alto de la Puerta de la Madre, a unos cuatrocientos pasos de distancia, y cuando habló, valiéndose de algún truco de magia, todos pudieron oírlo perfectamente.

—¡Han asesinado al rey Garadul! ¡Vengad al rey! ¡Expulsad a los bárbaros!

La puerta se abrió para revelar cientos de trazadores, literalmente cientos, y docenas de engendros de los colores. Los seguían miles de soldados.

—Por eso tenemos que irnos —concluyó Karris.

89

La intuición de Gavin se había equivocado.

Al llegar a la Puerta de la Vieja fue como si tuviera que taponar con los dedos el casco agujereado de un barco. Todo tenía un límite. Los Guardias Negros y él llevaban ya diez minutos defendiendo la Puerta de la Vieja ellos solos, sin ayuda de nadie. Llegado este punto podía resistir limitándose a quedarse detrás del escudo antibalas que sus Guardias Negros habían trazado enfrente de él.

No estaban oponiéndose a él. Adondequiera que iba, el ejército se retiraba a su paso. Si la ciudad hubiera tenido una sola puerta, eso podría haber servido de algo. Pero con tres vías de acceso y tres cuartos de muralla circular medio desmoronada, era inútil. Nadie le hacía frente. Los hombres se limitaban a apartarse y esperar. Aunque contuviera a estos soldados eternamente, el resto del ejército sencillamente entraría por las otras puertas. Las cuales, sin duda, debían de haber caído ya a estas alturas.

Su adversario era astuto. No pensaba malgastar fuerzas atacando a Gavin. El tiempo se encargaría de concederle la victoria, de modo que prefería ahorrar fuerzas. No había necesidad de precipitarse. Sus tropas rodearían a Gavin y avanzarían por donde él no estuviera. Así, Gavin no podría hacer nada, ni corriendo de un lado a otro hostigando a un rival que rehuía el combate, ni aislándose del grueso de su ejército… momento en el que lord Omnícromo sacrificaría tantas vidas como considerara preciso para matarlo. O para apresarlo.

El soldado que Gavin llevaba dentro estaba furioso. Durante la guerra, él se habría lanzado a la yugular. ¿Querían abrirle paso? Habría ido a por el rey, lo habría matado, y al diablo con las consecuencias. Esa acción lo pondría en el mayor de los peligros, pero le daría igual. Motivo por el cual la fortuna sonríe a los jóvenes. Resopló. Si lo mataban, los refugiados no llegarían ni a dos leguas del muelle.

Maldiciendo, Gavin trazó las bengalas que señalaban la retirada y las lanzó a las alturas.

—¿Noticias del muelle? —preguntó.

—No, señor.

Gavin no esperaba que ningún mensajero lograra encontrarlo, pero aun así habría estado bien.

—En marcha.

Un Guardia Negro rojo extendió un grueso manto de luxina roja sobre la brecha de la puerta y le prendió fuego mientras Gavin daba media vuelta y empezaba a correr. Habían perdido a los caballos antes y no tenían ninguno de repuesto. Los caballos que no estaban acostumbrados al fuego de mosquete y la magia a menudo eran más peligrosos que útiles para sus jinetes. Además, viajar a caballo lo convertía

a uno en un blanco perfecto para los mosqueteros y los trazadores. La ciudad no era tan grande. Irían a pie.

Resultaba extraño correr por una ciudad desierta. Casi todo el mundo se había ido ya, pero aún no se habían instalado el aire de abandono y la capa de polvo que invaden las ciudades en cuanto sus habitantes las desalojan. Garriston presentaba la clase de vacío que se producía cuando la gente dejaba la comida quemándose en el fuego y se marchaba sin mirar atrás. El olor a quemado no se había disipado aún. De hecho, tenían suerte de que nadie hubiera incendiado la ciudad. Calles vacías. Hogares vacíos. Macetas con flores abandonadas en los alféizares de las ventanas, sin marchitar todavía.

La muerte vendrá también a por ti, florecita.

Habían llegado a uno de los puentes cuando les tendieron la emboscada. Dos docenas de trazadores y varios engendros de los colores se materializaron en los tejados y descargaron una lluvia de magia sobre ellos. Sin vacilación ni previo aviso. Por supuesto. Habían rodeado a Gavin para cortar la vía de escape más evidente. Las azoteas les proporcionaban una plataforma excelente desde la que atacar, y la zona despejada alrededor del puente constituía el matadero perfecto.

Pero los Guardias Negros eran Guardias Negros. Hasta el último de ellos sabía cuál era su cometido y qué papel debía desempeñar en caso de que cualquiera de sus compañeros falleciera. Estaban adiestrados para esto. Esta era su vida. Escudos de luxina verde, luxina azul y más luxina verde, de tres capas de espesor, envolvieron a Gavin. Sabía exactamente dónde aterrizarían, y cada escudo contenía unos agujeros para que también él pudiera luchar.

Asomó una mano fuera del escudo y apuntó a tantos atacantes como alcanzó a ver. Disparó unos delgados tentáculos de luxina supervioleta contra ellos, adhiriéndolos a cada trazador, dejando cuerdas colgantes de supervioleta. Dos de los Guardias Negros eran bicromos de supervioleta y azul. Su primera acción fue escudar a Gavin, la segunda escudarse a sí mismos, y la tercera, siempre que fuera posible, esta. Podían ver los hilos supervioletas de Gavin, y trazaron azul a lo largo de esos diminutos senderos mientras sacaban granadas de sus bandoleras. Lanzaron las granadas, que siguieron las trayectorias arqueadas supervioletas sin errar. Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis. Habían reforzado incluso los arcos de luxina para que siguieran una trayectoria ascendente natural.

Pero los cazadores también se habían puesto en acción. Tres Guardias Negros cayeron con la primera andanada de misiles de fuego. Al defender primero a Gavin, no lograron levantar a tiempo sus propios escudos. Un torrente de luxina roja llegó procedente de cuatro direcciones distintas, intentando empapar el puente entero para que pudieran prenderle fuego. Los Guardias Negros azules y verdes levantaron escudos para desviar los torrentes a los lados del puente mientras una amarilla

arrojaba granadas de luz explosiva contra todo lo que se movía.

Gavin miró al frente y vio que los cazadores no bloqueaban el acceso al puente. Solo había una razón para ello. Querían que Gavin y la Guardia Negra huyeran a ciegas hacia algo peor.

Los proyectiles levantaban chispas y silbaban al rebotar en los escudos, las explosiones de las granadas sacudían los tejados, y dos de los engendros a sus espaldas les lanzaban cuchillos azules del tamaño de témpanos de hielo. Los Guardias Negros estaban apiñándose alrededor de Gavin, empleando sus escudos y, si eso fallaba, sus propios cuerpos para mantenerlo a salvo.

—¡En marcha! ¡Cruzad el puente! —ordenó la comandante. Era joven. Por Orholam, ¿tantas bajas habían sufrido que tenía que ser esta niña quien asumiera el mando?

Todo esto se correspondía también con el entrenamiento de la Guardia Negra. Proteger, asegurar, decidir, actuar. Sin vacilaciones.

—¡No! —exclamó Gavin. Señaló a un lado del puente y trazó una nueva pasarela verde, desde la sección media hasta un punto treinta pasos más abajo.

—¡Descarga! —gritó una Guardia Negra. Era amarilla. Lanzó una bomba deslumbrante a unos meros diez pasos de altura. Gavin y los Guardias Negros se taparon la cara mientras explotaba con tanta fuerza que Gavin pudo sentir cómo temblaban sus escudos.

A continuación cruzaron corriendo el nuevo puente verde, mientras el puente a sus espaldas, desaparecida la barrera que lo protegía de los torrentes de luxina roja, estallaba en llamas.

Uno de los engendros azules aterrizó en la calle delante de ellos cuando llegaron al otro lado, decidido a reconducirlos hacia la segunda emboscada. Una docena de manos de la Guardia Negra se alzaron para acribillar con balas de luxina a la bestia, que se desplomó a un lado al instante.

Uno de los Guardias Negros cayó, aunque Gavin no vio qué lo había golpeado.

—¡No! ¡No! ¡No! —estaba gritando el hombre. Su compañera se separó del grupo. El Guardia Negro abatido había rodado de espaldas. Su compañera, una mujer de casi cuarenta años, Laya, creyó recordar Gavin que se llamaba, se situó en pie a su lado.

»Lo siento —dijo el Guardia Negro derribado—. Demasiado. Es demasiado.

Laya le levantó un párpado para observar con detenimiento el halo del Guardia Negro abatido. Susurró algo, se besó los dedos, tocó con ellos los ojos, la boca y el corazón de su compañero. Acto seguido, le cortó la garganta. El resto de la Guardia Negra no esperó más.

Corriendo, dejaron atrás un callejón y se encontraron contemplando las espaldas de varias docenas de mosqueteros, todos ellos en formación, armas en ristre,

apuntando hacia donde la emboscada original había intentado desviar a Gavin. Los hombres estaban tan concentrados esperando a que su presa apareciera ante ellos que no repararon en la presencia de Gavin a sus espaldas. Sin aminorar la marcha, Laya vertió luxina roja sobre ellos. En ingentes cantidades. Cuando le prendió fuego, la llamarada fue tan intensa que Gavin vio sombras a medio bloque de distancia… lo que significaba que, por un momento, las llamas habían saltado por encima de los tejados. A continuación llegaron los alaridos. Los hombres estaban quemándose vivos.

Un río más a cruzar. Esta vez, Gavin condujo a los Guardias Negros hasta una sección despejada y trazó su propio puente de luxina verde hasta el otro lado. No había necesidad de arriesgarse a caer en otra emboscada.

Llegaron a los muelles, donde encontraron cientos de soldados con los mosquetes cargados, contemplando las aguas. Los barcos continuaban aceptando pasajeros mientras las montañas de equipajes se empujaban a un lado, abandonadas, reconvertidas en barricadas. Varias embarcaciones habían zarpado ya, formando una línea que se perdía de vista a lo lejos, pasando entre las piernas de la Guardiana. Se habían utilizado todas las naves del muelle. Y la mayoría de ellas se habían ido ya. Dos grandes barcazas improvisadas con luxina azul y verde y madera comenzaban a alejarse también. Eso dejaba una barcaza de luxina que estaba llenándose rápidamente en esos momentos, y muchas más personas de las que podrían subir a bordo.

Los soldados presentes eran en su mayoría nativos. ¿Dónde diablos se habían metido todos los soldados ruthgari? Habrían embarcado ya, sin duda. Alguien pagaría por eso, pero no ahora. Los soldados que quedaban parecían resueltos, y se alegraron al ver a Gavin. Eran hombres que pensaban que iban a morir para dar a sus familias una oportunidad de escapar. Hombres que estaban dispuestos a pagar ese precio.

—¿Quién está al mando? —preguntó Gavin.

—Yo, señor. Lord Prisma, señor. —Un ruthgari tímido, con el pelo curiosamente crespo para su complexión pálida y una expresión en los ojos como si dar un paso al frente le produjera un miedo de muerte. En otras circunstancias, Gavin se habría carcajeado al ver a este hombrecillo apocado—. Tenemos casi todos los barcos que hemos cargado. Hombres reunidos dispuestos a luchar. Necesitamos espacio para otros trescientos, si no viene nadie más de la ciudad.

—¿Algún rastro del general Danavis o del comandante Puño de Hierro?

—No, señor. Lord Prisma. Señor.

—Señor es suficiente —dijo Gavin—. Guardias, todos los que podáis trazar sin romper el halo, ayudadme. Fabricaremos otra barcaza mientras esperamos.

—¿Esperar, señor? —preguntó un Guardia Negro.

—El general Danavis viene hacia aquí. Terminaremos una barcaza más. Después

nos iremos. Para entonces ya habrá llegado.

Sonó una trompeta. El ruthgari pálido exclamó:

—¡Se acerca el enemigo! ¡Preparados!

—¿Resistiréis mientras construimos la barcaza? —preguntó Gavin.

El hombre seguía siendo menudo, seguía siendo tímido, pero su expresión era resuelta, y en su apariencia no quedaba el menor rastro de comicidad.

—Resistiremos, señor. Hasta el último hombre.

90

Karris eligió un caballo de los Hombres Espejo al que parecía que aún le quedaba algo de brío y resuello, y partió. La barda del animal estaba recubierta de espejos en los que se reflejaba el sol de la mañana. Lo mismo podría haber dibujado una diana en la espalda. En fin, tampoco el resto de su aspecto era precisamente discreto.

No tenían mucho tiempo. Los cuatrocientos pasos que los separaban de los engendros de los colores de lord Omnícromo solo podían salvarse atravesando un laberinto de callejones o calles sembradas de escombros. Los ralentizaría, pero no mucho. Antes, sin embargo, había cosas que hacer. Karris se giró para echar un vistazo al rey Garadul, rechinando los dientes ante la carnicería.

Estaba muerto, sin duda. Sintió un vacío peculiar. Deseaba verlo muerto. Se lo merecía. Ahora lo estaba, así de fácil. Pero lo más probable era que su muerte no hubiera servido de nada. Vio su bich'hwa tirado en el suelo, junto al cadáver. Hijo de perra. Lo recogió y miró a su alrededor, pero no había ni rastro de su yatagán.

El tiempo se agotaba. Los hombres de Corvan Danavis estaban terminando de recoger la pólvora, la munición y las armas de repuesto de los cadáveres, y empezaban a formar. Kip ofrecía el deplorable aspecto que cabía esperar. Corvan dijo:

—Se llama mal de la luz, Kip, y podría provocarte cualquier tipo de efecto. Dejarte tan indefenso como un cachorrito o tan fuerte como un demonio marino. He visto a hombres pudorosos arrancarse la ropa porque no soportaban que nada les tocase la piel. Y mujeres recatadas que… en fin, eso ahora no tiene importancia.

—Eh, que solo fue aquella vez —protestó Karris mientras ensillaba. En la medida de lo posible, convenía que un trazador no se refugiara demasiado en sí mismo tras haberse excedido con la magia.

Corvan se rió.

—No sé si alguna vez se te podría calificar de «recatada», Karris Roble Blanco. —Dejó que su mirada se deslizara por la pierna de Karris—. Hoy seguro que no.

Karris siguió la mirada de Corvan. Ups. Había conseguido abrir la raja de su vestido prácticamente hasta la cadera, y estar sentada a horcajadas en un caballo no ayudaba. En fin, ¿qué podía hacer? ¿Ir a cambiarse?

—¡Se acabó el descanso! —gritó Corvan a sus hombres—. ¡Nos vamos a los muelles! Mantened el ritmo o morid. —Uno de los oficiales se acercó a hacerle una pregunta, y el general se enfrascó en sus responsabilidades.

Lo que dejaba a Karris a solas con Kip. Preferiría acudir a la batalla sin lastres, pero no iba a abandonarlo, otra vez no. Había cosas más importantes que su libertad de movimientos. Guió el caballo hasta la plataforma.

—Kip, ven aquí —dijo, con más aspereza de lo que pretendía.

El muchacho, visiblemente aturdido, se encaramó a lo alto de la silla y partieron.

Al principio, Karris pensó que iban a escapar limpiamente. Entonces llegaron al puente. El extremo más alejado estaba bloqueado con vagones y carretas que debían de haberse incendiado momentos antes de que llegaran los hombres de Corvan, o habrían visto el humo.

Los hombres que encabezaban la columna se detuvieron en seco, y los que corrían detrás colisionaron con ellos, colapsando la columna y sembrando el caos. Corvan, a caballo cerca del frente, se esforzaba por separar de la confusión a unos cuantos trazadores para que despejaran las barricadas en llamas. En circunstancias normales, les llevaría uno o dos minutos.

Cerca de la retaguardia de la columna, Karris tiró bruscamente de las riendas y empezó a gritar a los hombres que la rodeaban para que formaran una línea de defensa.

—¡Cargad los mosquetes, calad bayonetas! —Giró en redondo a tiempo de ver al primero de los engendros de los colores que los perseguían.

Karris nunca había visto nada parecido. Sabía que los engendros verdes podían alterar sus articulaciones para conferir a sus piernas una elasticidad extraordinaria, pero los verdes no eran los únicos engendros de los colores que saltaban de tejado en tejado a sus espaldas.

Un engendro amarillo, con los brazos radiantes, corrió directamente hacia el borde de una terraza mientras acumulaba luxina en ambas manos. Saltó de la cornisa y proyectó las manos hacia abajo, liberando un chorro de luxina amarilla contra el suelo y aprovechando el retroceso para ganar altura y conseguir llegar al siguiente tejado. Como si estuviera jugando a la pídola en el aire.

Un destello verde, mucho más cerca.

Karris disparó una bola verde hacia arriba, interceptando al engendro verde mientras descendía. Su proyectil desvió al engendro verde de su trayectoria, levantándolo de modo que, en vez de aterrizar entre los aterrorizados soldados, se estrelló contra el costado de un edificio. Los soldados que lo rodeaban se recuperaron antes que el engendro. Karris oyó el cascabeleo del fuego de mosquete.

¡Maldición! Los veteranos lo habrían despachado con las cuchillas, reservando la escasa munición para enemigos más activos.

Otro engendro verde atravesó el aire, y Karris erró el tiro. Aterrizó violentamente entre las filas más retrasadas, dispersando a los hombres. Otros, asustados, levantaron sus mosquetes y dispararon, la mayoría de ellos errando el blanco e hiriendo a sus compañeros.

Cuando abatieron a ese, convergían ya sobre ellos engendros de todos los colores. El ejército de lord Omnícromo estaba doblando una esquina, a menos de trescientos pasos de distancia, trotando, ganando velocidad para lanzar una carga. Media docena

de los trazadores rojos y subrojos de Omnícromo viajaban a caballo. Se acercaron a doscientos pasos de distancia y dispararon grandes misiles incendiarios contra los hombres de Corvan, masificados y encajonados.

Un engendro azul, todo aristas y cuchillas relucientes, fue el siguiente en cruzar los tejados a la izquierda. Una subroja estaba saltando de azotea en azotea a la derecha, calva, con el cuerpo literalmente en llamas.

De la nada, un trazador enorme cayó en mitad de la calle directamente enfrente de Karris, de espaldas a los hombres de Corvan. Se irguió con los brazos extendidos, como si estuviera sosteniendo unas cuerdas y esperara un cargamento pesado. Sus brazos se proyectaron bruscamente hacia fuera mientras el engendro azul y la subroja se abalanzaban al ataque.

Ambos engendros de los colores se convulsionaron violentamente cuando se tensaron las invisibles correas de luxina supervioleta que les ceñían el cuello. El cuerpo del engendro azul adoptó una posición horizontal de repente cuando toda la luxina que contenía se diluyó en un instante ante la pérdida de concentración. Se estrelló contra el suelo enfrente de la retaguardia.

El engendro subrojo, sin la ventaja de una armadura azul alrededor del cuello, apenas si cambió de dirección. Su cuerpo aterrizó en el siguiente tejado y se desplomó, mientras su cabeza llameante rodaba por los aires directamente hasta el río.

El trazador que los había salvado miró atrás de reojo para cerciorarse de que los engendros de los colores hubieran muerto. Karris se quedó sin aliento. Era Usef Tep, el mismísimo Oso Púrpura, el héroe de la Guerra del Falso Prisma. Mientras Karris asimilaba ese hecho, vio que los misiles incendiarios que se arqueaban hacia la retaguardia viraban bruscamente a uno y a otro lado en pleno vuelo, explotando a una distancia segura.

Otro engendro verde al que ni siquiera había visto se estrelló contra el suelo, acribillado de cuchillos de luxina azul. Karris vio a Eleleph Corzin, con la piel encendida de azul, saliendo de un callejón.

—¡Nosotros os guardamos las espaldas! ¡Marchaos! —exclamó una mujer.

Karris se giró para ver al menos una docena de trazadores en pie en lo alto de la última azotea. Era como si Karris se hubiera adentrado en una galería de héroes. La mujer que había gritado era Samila Sayeh. Junto a ella se encontraba Deedee Hoja Caída, con la piel envuelta en enredaderas de luxina verde pura. Manos Llameantes se erguía en la esquina del edificio, proyectando un raudal incesante de bolas de fuego con cada mano. A su derecha, las hermanas Tala y Tayri. Un Talon Gim cubierto de sangre, con el brazo izquierdo inutilizado, se reunió con Usef Tep en la calle. Y otros que Karris reconocía de su juventud, o que habían luchado por Dazen y a quienes había oído describir con todo lujo de detalles.

—¡Maldita sea! Ese muchacho y tú sois los únicos que podéis salvar a Gavin. ¡Cógelo y largaos de aquí de una vez! —chilló Samila Sayeh, echando chispas por los ojos.

Los hombres de Corvan avanzaron cuando cayeron las barricadas. Karris sintió a Kip revolverse detrás de ella. El ejército de lord Omnícromo era como una marea imparable. Karris espoleó al caballo, mirando tan solo de reojo por encima del hombro a la conflagración mágica que rugía a su espalda.

Fue suficiente. Todos los hombres de Corvan llegaron al otro lado del puente. A partir de allí, fue una trepidante carrera en línea recta hasta los muelles.

Karris llegó con el último grupo. Corvan, al frente, se dirigía hacia Gavin, que estaba al borde del muelle. Al parecer estaba trabajando, trazando barcazas. Alguien alertó a Gavin, y Karris vio a este lanzar una de sus características sonrisas torcidas en dirección a Corvan.

Y en ese momento Karris lo supo. Fue como si le hubieran dado un mazazo. Se le formó un nudo en la garganta. Todas las piezas encajaron en su sitio. Mil piezas acumuladas a lo largo de los últimos dieciséis años, y unas pocas reunidas en el transcurso de los últimos días: Esa sonrisa. La palmadita en el hombro de Corvan esa misma mañana, en la muralla. Si Karris no llevara más de una década en la Guardia Negra, no lo habría sospechado siquiera. Pero Gavin y Corvan deberían odiarse mutuamente. Eso podía explicarse. Eran profesionales, cierto. Tenían motivos para trabajar juntos, de acuerdo. Pero el mando sin fisuras y la obediencia instantánea son el fruto del tiempo y la confianza. ¿Cómo podían confiar el uno en el otro estos hombres?

¿Quién regresa de la guerra convertido en mejor persona?

Gavin había dicho: «Lo que pone en esa nota, no es verdad. Te juro que no es verdad». ¿Por qué tanto empeño en desmentir algo que sabía que saldría a la luz minutos más tarde?

Porque no era mentira.

Ay, mierda.

91

Kip salió de su letargo cuando Karris desmontó. Miró de un lado a otro, con los ojos entrecerrados y la cabeza dolorida. Hacía tan solo un momento estaba agarrado a la mujer, preocupado porque, mientras se aferraba a sus brazos, le estaba tocando los senos y Karris iba a pensar que intentaba sobarla. Más que por las explosiones y las llamaradas de magia.

Era un cretino con todas las letras.

Y antes de darse cuenta habían llegado a los muelles. A Kip le costaba hilvanar los acontecimientos. Primero los hombres estaban plantando cara a Corvan, después le daban la bienvenida, y Corvan impartió órdenes y se perdió de vista en medio del gentío, hablando con unos y con otros. Kip se sentía al mismo tiempo mareado y fuerte como un oso. Karris maldijo en voz alta, pero no entendía por qué. La mujer tiró de sus brazos, aún cerrados alrededor de su cintura. Kip la soltó, y a punto estuvo de caerse cuando Karris se descolgó de la silla.

—Volveré a buscarte enseguida. —Karris le dio una palmadita en el brazo. De repente, sus facciones adquirieron una nitidez extraordinaria. Como si estuviera viendo a través de ella, como si pudiera entenderla. Parecía… vulnerable.

¿Vulnerable? ¿Karris Roble Blanco? En otras circunstancias, la idea habría hecho reír a Kip. Ahora su concentración era demasiado intensa. Había tensión en la mirada de Karris. Parte de esa preocupación era por Kip, pero la palmada en su antebrazo quería decir: «Pronto te pondrás bien». No estaba preocupada por Kip. Su nerviosismo obedecía a otro motivo.

Karris se dio la vuelta, y Kip vio cómo cuadraba los hombros. Estos se elevaron… estaba respirando hondo. A continuación, se adentró en los muelles como si se sintiera tan confiada como siempre rodeada de soldados, trazadores, marineros y civiles asustados. A pesar del bullicio, del nerviosismo y de la batalla no tan lejana, la multitud abría paso a esta visión de guerra y belleza: músculos nervudos y feminidad, la espada de luxina humeando aún en su espalda, hollín en los hombros desnudos y el escote, un bich’hwa curvado en el puño, descalza, ondeando al viento los negros cabellos, firmes sus zancadas.

Karris se detuvo detrás de un trazador de pelo cobrizo que estaba trabajando en una gran barcaza. Habló. La cabeza del hombre giró de pronto como si se hubiera accionado un resorte. No era un hombre cualquiera. El Prisma.

Gavin estrechó inmediatamente a Karris en un abrazo enorme. Alivio.

Karris tenía el cuerpo rígido, los brazos inmóviles a los costados, aturdida o repelida, Kip no podía saberlo. Luego, lentamente, la crispación que le atenazaba los brazos y los hombros pareció derretirse por etapas. Sus brazos se movieron, se elevaron hasta la espalda de Gavin para devolverle el abrazo.

Entonces Gavin vio a Kip. Sorpresa. Soltó a Karris, dijo algo.

La mano abierta de Karris restalló contra la mejilla de Gavin.

Gavin levantó las manos con las palmas hacia arriba. ¿Qué he dicho?

La mirada de Gavin saltó de Karris a Kip, y del muchacho a la barcaza sin terminar a su espalda. Bajó las manos. Kip juraría que la maldición que profirió había llegado incluso a sus oídos. Sintió deseos de encogerse sobre sí mismo. Era como ver pelear a tus padres. Solo quería esfumarse.

Se giró hacia la ciudad. Su vista seguía estando intensamente concentrada en una sola cosa a la vez, sacrificando los conjuntos en favor de las partes. El mal de la luz. Sabía que había un ejército allí, delante de sus narices, pero solo veía a un hombre comprobando la mecha de su arma; a otro, con la mitad del bigote chamuscado, jugando con la baqueta de su mosquete, dándole vueltas; otro más, con la bayoneta calada, usándola para rascarse la espalda y bromeando con sus camaradas como si no sintiera ni pizca de miedo mientras sus ojos, tensos y muertos, proclamaban a voces lo contrario; aun otro, hablando sin cesar a pesar de que nadie estaba prestándole la menor atención.

Kip reparó en las gradas vacías del puerto. No quedaba ni una sola embarcación. Hasta la arenera más pequeña había desaparecido. En el embarcadero paralelo al suyo, vio a un enorme hombre atezado alcanzado y rodeado por una docena de Hombres Espejo. El hombre exudaba un aura desafiante, pero los mosquetes de los Hombres Espejo lo apuntaban desde todos los ángulos.

Puño de Hierro.

—¿Me he vuelto loco o no es ese el comandante Puño de Hierro? —murmuró Kip.

—¿Señor? —preguntó un hombre que estaba de pie junto al caballo del muchacho.

—¡Apartaos! —gritó Kip—. ¡Apartaos! —Entre juramentos, los hombres le abrieron paso.

—¡Kip! ¿Qué haces? —exclamó Corvan Danavis. Desde su posición, no podía ver a Puño de Hierro.

Kip apenas lo oyó. Clavó los talones en el caballo y se agarró como si le fuera la vida en ello. Tras zafarse de cientos de hombres nerviosos, el caballo emprendió el galope. Kip se bamboleaba como un saco de pomelos triturados, todo zumo y pepitas. El caballo corría por la margen del muelle, en la dirección adecuada… pero sin aminorar la marcha. Kip tiró con fuerza de las riendas, pero el caballo tenía el bocado entre los dientes. Y no pensaba aflojar.

Los Hombres Espejo vieron llegar a Kip y gritaron. Unos pocos tuvieron tiempo de disparar. Kip juraría que una bala de mosquete le había lamido la oreja con su lengua abrasadora.

Soy la persona más estúpida que he conocido en mi vida. Mientras el caballo se precipitaba hacia Puño de Hierro y sus captores, aún sin frenar, Kip sacó los pies de los estribos y saltó de la silla, abalanzándose sobre los Hombres Espejo.

Lo que fuera que había hecho antes con toda la luxina verde que había amortiguado los golpes… esta vez no lo hizo. Calculó mal la distancia y se estrelló contra el suelo con fuerza, rodando una y otra vez, golpeándose contra algo la mano izquierda, abrasada y agrietada. Sintió como si una llamarada se propagara por todas las articulaciones de la mano. Se golpeó la cabeza, resbaló de espaldas, entorpecido por sus ropas, e intentó ponerse de pie.

Ante él se extendía la ciudad. No había nadie en esa dirección. Se giró hacia el comandante Puño de Hierro, se le enredaron los pies, se cayó. Se apoyó en la mano izquierda. Las lágrimas afloraron a sus ojos, incontenibles. Agonía.

—¡No! —gritó Puño de Hierro.

Kip se tambaleaba sobre una rodilla, mareado, apoyado únicamente en su torturada mano izquierda. Quería tumbarse de espaldas, demostrar a estos hombres que no era ninguna amenaza, implorarles que le hicieran daño.

Me paso más tiempo de espaldas que una chica de alquiler. Basta.

Uno de los hombres tenía la bayoneta calada. Avanzaba hacia Kip. Kip se impulsó hacia arriba… con la mano izquierda. El fogonazo de dolor se extendió por todo su brazo.

Kip apuntó la mano lastimada hacia el Hombre Espejo y obligó al fuego a desandar el camino, apoyándose esta vez en la mano sana. Una llamarada rugió y envolvió al hombre, que se asó vivo, inservible su armadura de espejos.

Mientras se levantaba con esfuerzo, Kip continuó bañando de fuego a los guardias. Entonces descubrió por qué Corvan había dicho que tardaría un mes en trazar tras sufrir el mal de la luz. Su estómago se rebeló; vomitó.

No podía mantenerse en pie. Los mareos y la náusea lo derribaron como si le hubieran cortado las rodillas. Su estómago sufrió un calambre tan violento que se dobló por la mitad, ovillándose en posición fetal sin dejar de vomitar, ensuciándose los pantalones.

Una vez más, Kip el Caballero de Blanca Armadura consigue no haber servido de nada.

Estaba muerto. Sabía que tenía que estar muerto. Los hombres se abalanzaban sobre él y solo había detenido a uno de ellos. Deberían haberlo matado ya.

—Suelta el resto de la luxina. Te revolverá el estómago otra vez, pero es mejor, te lo aseguro. ¡Ahora, muchacho! ¡No puedo cargar contigo y trazar al mismo tiempo!

—¿Puño de Hierro?

Kip entreabrió los ojos, vio el suelo sembrado de cadáveres a su alrededor y a Puño de Hierro en pie ante él, con los puños erizados de pinchos de luxina azul

ensangrentada. Puño de Hierro tenía cortes, sangre seca y quemaduras de pólvora por todo el cuerpo. Llevaba puestas unas gafas azules ceñidas a los ojos, con las patillas sujetas con firmeza en la nuca. Se le había caído el ghotra de la cabeza y tenía el pelo chamuscado en un lateral. ¿Cómo había conseguido escapar después de requisar un cañón? Se le debía de haber echado encima el ejército entero del rey Garadul.

Fuera como fuese, aquí estaba. Magullado, extenuado y herido, pero no tanto como para no ser capaz de salvar a Kip una vez más.

—¡Ahora! —exigió Puño de Hierro—. El mal de la luz empieza a afectarme también a mí. ¡Sé lo que te estoy pidiendo!

Pero entonces, milagrosamente, se sintió mejor. Incluso capaz de ponerse de pie. Puño de Hierro lo agarró del hombro de la camisa y lo levantó en volandas.

—Idiota, hice todo esto para salvarte, y has estado a punto de tirarlo por la borda. ¿Qué diablos estabas pensando?

Pero Kip no estaba en condiciones de responder.

Contemplaba fijamente al ejército que ocupaba el otro muelle.

Por las pelotas de Orholam.

A tan solo doscientos pasos de distancia se estaba librando una batalla a gran escala. Aproximadamente un centenar de soldados y trazadores defendían el muelle frente a miles de soldados y docenas de trazadores. Lo confinado del espacio era lo único que impedía que los hombres de Gavin fueran arrollados. Las líneas de vanguardia eran una vorágine de bayonetas y espadas, unas cuantas lanzas, azadas, guadañas y grandes tijeras de luxina naranja, y magia disparada y bloqueada en todas direcciones. Algo más atrás, Gavin y unos cuantos trazadores estaban terminando la última barcaza, incapaces de sumarse a la refriega porque la construcción de la embarcación requería todas sus dotes para el trazo.

La masa de invasores empujaba implacablemente hacia atrás a los hombres de Gavin, imparable por su propio peso. Kip pensó que ya era demasiado tarde. Y todavía se sentía enfermo, mareado, y al mismo tiempo más fuerte que nunca, debatiéndose entre el deseo de tumbarse a dormir y la necesidad de entrar en acción so pena de consumirse de dentro afuera.

—Sígueme —dijo Puño de Hierro—. Quédate tan cerca como puedas. No puede flotar mucho tiempo.

Sin más explicaciones (¿flotar? ¿qué estaba flotando?), Puño de Hierro cogió carrerilla y saltó desde el borde del muelle, esparciendo luxina azul en un amplio abanico con una mano.

Kip lo siguió, corriendo por la superficie resbaladiza, sujetándose los pantalones con firmeza con la mano izquierda y rezando para no caerse. La rampa azul se inclinaba bruscamente al final del muelle antes de nivelarse a la altura del agua, flotando sobre la superficie como una barca inestable.

—¡Sigue corriendo! —dijo Puño de Hierro.

Frente a ellos, la defensa se desmoronó mientras la enorme barcaza de luxina se alejaba del muelle. Los últimos restos de los defensores intentaban luchar y retirarse al mismo tiempo. Algunos se giraron y fueron abatidos mientras intentaban coger impulso para saltar a la barcaza. Otros renunciaron a la idea de llegar a la embarcación y se afianzaron en sus posiciones.

El ejército de lord Omnícromo, sin embargo, era tan gigantesco y poseía tanta presión acumulada que, sin un centenar de soldados para contenerlo, irrumpió en los muelles como una tromba de agua, con los hombres de detrás empujando a los de delante tan violenta e implacablemente que tanto los defensores como las líneas de vanguardia de los hombres de lord Omnícromo se precipitaron al mar desde lo alto del embarcadero. Docenas, tal vez un centenar de hombres y mujeres se zambulleron en la bahía.

No lo conseguiremos. ¡No tenemos adónde ir!

Pero Puño de Hierro se limitó a extender su camino azul sobre las olas. Por Orholam, ¿acaso iban a cubrir corriendo toda la distancia que los separaba de la barcaza?

Kip no podía hacerlo. Se sentía demasiado mareado. Estaba demasiado lejos.

—¡Más rápido, Kip! ¡Maldito seas! ¡Más rápido! —exclamó Puño de Hierro.

Un surtidor de agua se elevó por los aires a su derecha. Kip miró de reojo en esa dirección, no vio nada, se descubrió corriendo justo al filo de la plataforma azul, a punto de caerse al agua, y corrigió su trayectoria. Más agua saltó a ambos lados de ellos.

¡Nos están disparando!

Sin aliento, con la cabeza dándole vueltas, Kip vio frente a ellos cómo la magia iluminaba el aire entre la barcaza y el muelle. Gavin estaba de pie en la proa de la embarcación, arrojando grandes ráfagas de fuego, dardos, granadas de luz… una auténtica batería de cromaturgia. El espacio a su alrededor a bordo de la barcaza se despejó mientras todos los demás retrocedían asombrados, sobrecogidos, temerosos de quien era capaz de controlar tanta magia. Gavin estaba plantando cara a los trazadores del muelle, en solitario. Y estaba ganando.

Ese es mi padre. No puedo decepcionarlo. He estropeado todo lo demás. Subiré a ese condenado barco.

—¡No puedo seguir! —gritó Puño de Hierro, con voz angustiada—. ¡Tengo que estrecharla, Kip, o no lo conseguiremos!

—¡Hazlo! —chilló Kip.

La plataforma se encogió abruptamente a unos meros tres palmos de ancho. Se hundió en el agua mientras Kip corría por ella, chapoteando.

Pero solo les faltaban treinta pasos. La pasarela empezó a arquearse hacia arriba,

fuera del agua, para acoplarse a un costado de la barcaza, lejos de toda la magia que volaba en todas direcciones.

Kip miró a Gavin, y vio que alguien había entrado en el círculo vacío detrás del Prisma. Aunque el muchacho vestía ropas de campesino, Kip lo reconoció de inmediato. ¡Zymun! Zymun se había colado en la barcaza con el resto de los refugiados, y tenía una caja en las manos. La caja de Kip. Lo último que le había dado su madre antes de morir. Lo único que le había dado nunca.

Gavin seguía disparando y desviando magia. Todos estaban observándolo o se habían congregado a un lado de la barcaza para asistir a la llegada de Puño de Hierro y Kip. Puño de Hierro tenía la mirada fija en la pasarela que estaba trazando, absorto en su magia. Kip fue el único que vio salir un cuchillo resplandeciente de aquella caja.

El siguiente paso de Kip tocó fuera de la estrecha plataforma de luxina. Se hundió de golpe en el agua. Torpe, Kip. Estúpido, Kip. El estrepitoso chapuzón contribuiría a crear una distracción de la que Zymun se podría aprovechar.

Lord Omnícromo había enviado a Zymun para que asesinara a Gavin. Kip lo había visto… y había decidido irse a otro lado. Había tenido una docena de oportunidades para hacer lo correcto y las había dejado escapar todas. Incluso hacía cinco minutos, si no hubiera ido detrás de Puño de Hierro, habría conseguido subir a la barcaza. Podría haber detenido a Zymun.

Kip no volvería a fallar. Se negaba. Impulsó las manos hacia abajo, abrió los ojos a pesar del agua y empezó a absorber luz. El dolor era endiablado. Le daba igual. La absorbió como si fuera la boca de uno de los grandes motores de los deslizadores de Gavin. Y la impulsó hacia abajo.

Salió disparado del agua. Por la mano de Orholam, o por toda la suerte que llevaba toda su vida jugando en su contra, invertida ahora por fin, voló en la dirección adecuada. Aterrizó en la cubierta de la barcaza, arrollando a media docena de personas arracimadas en torno a la barandilla, observándolo… y se mantuvo en pie, aunque había caído en un ángulo desesperado y hubo de correr tanto como fue capaz para no caerse.

Irrumpió en la zona despejada alrededor de Gavin cuando Zymun se cernía ya sobre el Prisma. Zymun hundió la gran daga blanca en la espalda de Gavin un instante antes de que Kip colisionara con él, con la coronilla de Kip aplastando la nariz de Zymun. Su impulso los arrastró a ambos al costado opuesto de la barcaza.

Se precipitaron por la borda y se hundieron con un chapuzón clamoroso. Kip cogió aire antes de sumergirse e inmediatamente empezó a forcejar con Zymun, dándole puñetazos, buscando la daga que empuñaba en una mano y la funda que sujetaba en la otra. Zymun no se había llenado los pulmones de aire. Abrió las manos y agitó los brazos, intentando alejarse de Kip con movimientos aterrados. Kip intentó

apuñalar al otro muchacho, aún debajo del agua, y falló.

Salió a la superficie, jadeando. Zymun emergió a cinco pasos de distancia, con la nariz chorreando sangre que se diluía en el agua.

Kip oyó gritos detrás de Zymun. Los tiburones habían hecho acto de presencia y agitaban las aguas entre Zymun y los muelles, levantando espuma blanca en su frenesí.

—¡Kip! ¡Agarra la cuerda! ¡Agarra la cuerda! —gritó alguien. Un cabo golpeó el agua a su lado.

Zymun lanzó a Kip una mirada de reojo cargada de odio y empezó a nadar hacia la orilla. Era buen nadador. Más veloz que Kip. Perseguirlo sería una locura. Además, estaba sangrando.

—¡Kip!

Kip sintió que le sobrevenían los primeros temblores del mal de la luz. Ay, mierda.

Pero ya había perdido la daga una vez. Lo era todo. No volvería a perderla. Meciéndose con las olas, intentando no fijarse en la veintena aproximada de aletas que cortaban el agua en dirección al muelle, enfundó la daga y se la guardó dentro del pantalón. Solo entonces agarró la cuerda.

Por suerte había un lazo en el extremo. Kip consiguió pasárselo por encima de la cabeza antes de sufrir la primera arcada. No tenía nada en el estómago, por lo que se limitó a jadear entrecortadamente mientras la barcaza lo remolcaba hasta que los hombres de cubierta pudieran izarlo fuera del agua.

—Suelta el resto de la luxina, Kip —estaba diciéndole alguien.

—No puedo, no puedo. —Sabía que iba a ser una tortura. No podía soportar más el dolor. Ni siquiera podía abrir los ojos.

—Vamos, Kip, hazlo por mí —dijo con delicadeza Gavin.

Kip liberó los últimos restos de luxina. Lo último que sintió fue el dolor que le atravesaba la cabeza, lanzas de luz que desterraron las tinieblas, tan solo para dejar más a su paso.

92

El prisionero había sucumbido por completo a la fiebre. El corte que se había practicado en el pecho y los cabellos mugrientos con los que había taponado la herida se habían encargado de ello. Muerte o libertad. Había llegado el momento.

Intentó ponerse de pie, sin éxito. Temblaba demasiado. Tal vez había esperado demasiado tiempo. Quería, necesitaba, esperar hasta que la fiebre alcanzara su punto álgido a fin de disponer siquiera de una oportunidad. Si había errado en sus cálculos, sencillamente moriría, y todos los problemas de Dazen se acabarían con él.

Sería una lástima.

Se recostó, encontró el pequeño cuenco lleno de pelo sucio a su lado, intentó inspeccionarlo en busca de algún defecto por milésima vez. No lograba ver nada. Se sentía al borde del llanto, la fiebre estaba poniendo todas sus emociones patas arriba.

—Lo siento, Dazen. Te he fallado —dijo en voz alta. Palabras sin sentido. Surgidas de la nada. A esa parte de él que llevaba tantos años marinándose en azul le pareció curioso. No inesperado, pero extraño así y todo. ¿Por qué debería producirle alguna emoción el simple hecho de que su sangre estuviera literalmente más caliente de lo normal? Inusitado, pero intrascendente.

Ensanchó el tajo de su pecho, sacó el pegote de mugre cuajado de sangre y lo tiró a un lado. No salió todo a la vez. Quedaban trazas pegadas a la herida. Raspó la cochambre restante con una uña mugrienta. El dolor le produjo una arcada.

Qué estupidez. ¿Había usado la uña? ¿Para intentar limpiar una herida? Debería haber trazado unas pinzas. No estaba pensando con claridad. Parpadeó mientras su cuerpo se tambaleaba. No, el fracaso era inaceptable. Las personas inferiores podían fracasar. Él no. No antes de poner a prueba su plan.

Gavin se estiró hacia la cavidad poco profunda que había tardado dieciséis años en excavar con sus propias manos.

En fin, muchas personas no tendrían nada que enseñar tras dieciséis años de esfuerzos.

Se le escapó una carcajada estentórea.

El cadáver de la pared adoptó una expresión preocupada. Mantén la calma, Dazen. Gavin. Lo que sea. Quienquiera que seas, hoy eres un prisionero, hoy puedes ser un hombre libre. U hombre muerto, lo que no deja de ser otra expresión de la libertad, ¿no es cierto?

Dazen cogió el cuenco de cabellos finamente trenzados y lo colocó en el interior de la depresión de piedra que había excavado a lo largo de los años. Encajaba a la perfección, como no podía ser de otra forma. Lo había hecho para que encajara, y lo había comprobado mil veces mientras lo creaba. Sentado justo enfrente del cuenco y su depresión, Dazen se desató el taparrabo y se contoneó con dificultad hasta que

pudo dejarlo a un lado.

—Si Karris pudiera vernos ahora, ¿eh? —dijo el difunto—. ¿Cómo pudo elegirlo a él antes que esto?

Dazen se limitó a mirar de soslayo al cadáver, sentado en su resplandeciente pared azul, burlándose de él, con las piernas grotescamente extendidas delante de un cuenco de pelo y un agujero poco profundo.

—No puedes humillarme —replicó Dazen—. Hago lo que es necesario. Si eso es depravado, que así sea. —Se humedeció los labios agrietados. Había dejado de beber agua. Tenía que estar al borde de la deshidratación para esto. Sentía la boca pastosa.

El cadáver dijo algo en respuesta, pero Dazen hizo oídos sordos. Por un momento, se le olvidó cuál era el siguiente paso. Tenía que hacer agua. Quería tumbarse. Por Orholam, qué cansado estaba. Si consiguiera descansar un poco, recuperaría las fuerzas…

¡Una bofetada! Ese era el siguiente paso. Un poco más de dolor, y después la libertad, Dazen. Un poquito más. Eres un Guile. No puedes estar encadenado de esta manera. Eres el Prisma. Se ha cometido una injusticia. El mundo tiene que conocer tu venganza.

Sentado todavía (no había ningún motivo para moverse de allí, no conseguiría regresar si se alejaba), estudió todas las superficies expuestas de su cuerpo.

Empezó a abofetearse. En todos los rincones a los que alcanzaba la vista. Con fuerza.

—¿Esto te parece racional? —preguntó el cadáver—. Puede que dieciséis años rodeado de azul no hayan sido suficientes.

Gavin (Dazen, maldita sea) lo ignoró. Se abofeteó los antebrazos, el estómago, todo el pecho salvo donde estaba el corte (no quería desmayarse cuando la victoria estaba tan cerca) y las piernas. Todas las superficies de su cuerpo que tenía a la vista recibieron manotazos hasta volverse insensibles, inmunes al dolor y, lo más importante, coloradas.

Gavin seguía siendo humano. Aunque fuera un supercromado, incluso él cometía diminutos errores. Esa era la apuesta de Dazen. Ese era el motivo de que Gavin no hubiera dejado nada de color allí abajo. Si hubiera creado la luz azul a la perfección, toda ella restringida a un espectro portentosamente cerrado, ningún objeto reflejaría otra cosa. Gavin no tendría que preocuparse ni siquiera aunque su prisionero dispusiera de gafas rojas, verdes o amarillas. Pero los sutiles reflejos verdes que Dazen atisbaba cada vez que orinaba en la cavidad antes de que esta absorbiera el color sugerían que había una fisura en el espectro.

Ahora todo dependía de cuánto y cuán deprisa consiguiera trazar.

Tembloroso, estremecido a causa de la fiebre y del martirio al que había sometido a su piel, casi ensangrentada, orinó. No directamente en la depresión. No

directamente en el cuenco de pelo. Temía que, si orinaba con demasiado ímpetu, traspasaría el aceite que con tanto sacrificio había extendido por el interior del cuenco de pelo. De modo que se orinó en la mano, y dejó que el cálido fluido cayera con suavidad en el cuenco.

Me has convertido en un animal, hermano.

Pero puestos a elegir, Dazen sería un zorro. La deshidratación había vuelto su orina tan sobrecogedoramente amarilla como su cuerpo era capaz de producir, y el cuenco de cabellos trenzados y lubricados aguantó. El corazón de Dazen dio un salto en su pecho (sintió deseos de llorar) cuando volvió a ver el color amarillo por primera vez en dieciséis años. ¡Amarillo! ¡La fisura en el espectro era real! Por Orholam, qué preciosidad.

Trazó a partir de él. Una cantidad diminuta nada más, era como intentar sorber agua a través de una bolsa, mientras el cuenco se vaciaba paulatinamente. Trazó una bola amarilla, más pequeña incluso que su pulgar, en la palma de su mano izquierda.

Inmediatamente comenzó a fragmentarse en forma de luz… pero era luz amarilla. Por primera vez, Dazen vio su celda en algo más que tonos azules. Vio su cuerpo en algo más que tonos azules. Y el amarillo, al encontrarse en el centro del espectro en vez de en el extremo opuesto, hacía que el rojo fuera mucho más fácil de ver. La fisura del espectro se extendía en ambas direcciones.

Y el cuerpo entero de Dazen había enrojecido a causa de la paliza.

Dazen trazó rojo con fuerza, tan intensamente como fue capaz, mientras la pequeña canica amarilla chisporroteaba y se desvanecía. Era suficiente. Tenía que serlo. La piel de su brazo ofrecía una tonalidad apagada a la luz azul que una vez más reinaba en la celda, pero sabía que era roja.

Y ahora, el verdadero motivo por el que se había infligido la fiebre.

Dazen trazó el calor de su propio cuerpo. Era asombrosamente ineficiente. Nunca antes había dado resultado. Estaba temblando, la fiebre era tan intensa que le impedía pensar. Pero… pero…

Se aferró al calor de su cuerpo, intentó imaginárselo elevándose en ondas, como si estuviera en el desierto. Una llama diminuta, una chispa era todo cuanto necesitaba. Obtuvo el máximo a lo que podía aspirar. Como un anciano, Dazen se obligó a incorporarse. La magia pesaba, y con tanta como planeaba lanzar, no debía desplomarse nada más empezar. Se arrodilló y sonrió al cadáver.

Este le devolvió la sonrisa, como si esto fuera algo que se esperaba. Como si llevara años esperándolo.

Dazen juntó las manos. Lanzó un hilo rojo de prueba desde la mano derecha, directamente al rostro del cadáver. Su mano izquierda liberó de golpe todo el calor acumulado…

Y generó una chispa diminuta.

La chispa prendió. El rojo se inflamó, y de repente la celda azul se inundó de luz roja y calor. Dazen trazó más, y más aún, y liberó la luxina en un mazazo apuntado contra el cadáver, directamente contra el punto débil de la pared de la celda.

La onda expansiva lo derribó pese a todos sus esfuerzos por resistir la sacudida. Había disparado la bola de fuego con tanta fuerza de voluntad que su cuerpo debilitado no tuvo la menor oportunidad de encajar el retroceso.

No creía que hubiera perdido el sentido, pero cuando abrió los ojos el mundo seguía siendo azul. Fracaso. Orholam misericordioso, no.

Dazen rodó de costado, esperando ver al cadáver burlándose de él. Pero se había esfumado. En su lugar se abría un agujero. Un boquete de bordes irregulares, humeantes, refulgiendo con la viscosa luxina roja que se consumía lentamente. Un agujero, y un túnel al otro lado.

No pudo contenerse. Dazen empezó a llorar. Libertad. No podía sostenerse en pie, estaba demasiado débil, pero sabía que debía salir. Tenía que llegar tan lejos como pudiera antes de que Gavin descubriera su ausencia. De modo que empezó a gatear.

Al salir de la celda de luxina azul, contuvo el aliento, convencido de que se iba a activar alguna trampa o alguna alarma. Nada. Aspiró con fuerza, se llenó los pulmones de aire limpio y fresco, y continuó arrastrándose hacia la libertad.

93

Kip despertó en una pequeña habitación azul. Todas las superficies eran de luxina azul, incluso el catre en el que estaba acostado, aunque lo habían mullido con un montón de mantas. A juzgar por el suave vaivén, comprendió que se encontraba a bordo de una de las barcazas azules.

Y le dolía endiabladamente la espalda. A decir verdad, le dolía todo el cuerpo. Tenía la mano izquierda cubierta de vendajes y podía sentir que se la habían recubierto con una gruesa capa de ungüento. Sus hombros y brazos eran una colección de morados, se sentía como si alguien le hubiera aporreado las piernas con una tabla, le martilleaban las sienes, y prácticamente todos los rincones de su cuerpo experimentaban algún tipo de molestia. Movió el dedo pequeño de un pie. Sí, eso también le dolía.

Y tenía hambre. Asombroso.

Estás en un barco de refugiados, Kip. No va a haber nada de comer.

Intentó volver a conciliar el sueño. Sería lo mejor. Se sentiría mejor cuando despertara. Y para entonces podrían pescar algo. Rodó de costado y sintió una punzada entre los riñones. ¿Qué…? Se revolvió y comprendió que estaba tumbado encima de algo.

Lo rozó con los dedos al introducirlos en la cintura del pantalón. Abrió los ojos de golpe. El cuchillo. Su legado. Si no le doliera tanto, se habría echado a reír. Estaba claro que lo habían llevado hasta allí envuelto en las mantas, y así lo habían dejado. Nadie se había dado cuenta. En una flota de barcos con miles de refugiados y soldados y tal vez cientos de embarcaciones, con los piratas y demás preocupaciones, aparentemente Kip no ocupaba el primer lugar en los pensamientos de Gavin. En fin, ¿qué esperaba? No podían desnudarme y ponerme ropa seca; no hay ropa seca.

Kip rodó para quitarse de encima del cuchillo y se sentó. Se le escapó un gemido. Estaba realmente molido. Y hambriento. Pero eso ahora carecía de importancia.

Una figura pasó por delante de la puerta y Kip se apresuró a esconder el cuchillo debajo de una pierna.

Gavin asomó la cabeza.

—¡Estás despierto! —exclamó—. ¿Cómo te encuentras?

—Como si se me hubiera sentado encima un elefante.

Gavin sonrió y se sentó al filo del catre.

—Tengo entendido que pusiste todo tu empeño en robarle el papel a Puño de Hierro. Está que se sube por las paredes. Se supone que es él el que debe salvarme la vida, ¿sabes?

—¿Está enfadado? —preguntó Kip, preocupado.

Gavin se puso serio.

—No, Kip. Nadie está enfadado contigo. Aunque no lo reconocerá nunca, se siente orgulloso de ti.

—¿Seguro?

—Y yo también.

—Pensé que había llegado demasiado tarde. —¿Gavin estaba orgulloso de él? Su mente no lograba abarcar por completo esa idea. ¿Su madre siempre se había avergonzado de él, y el Prisma se sentía orgulloso? Kip pestañeó varias veces seguidas, apartó la mirada—. ¿De verdad que estás bien?

Gavin sonrió.

—Mejor que nunca —dijo—. Ah, te… ¿Conocías a ese chico? ¿Al asesino?

Kip sintió un nudo en la garganta.

—Era uno de los trazadores que arrasaron Rekton. Se llamaba Zymun. Intentó matarme allí. ¿Se lo comieron? —Kip recordó que el muchacho sangraba profusamente mientras nadaba en dirección a todos aquellos tiburones.

—No lo sé. Siempre digo que, a menos que veas a tu adversario muerto con tus propios ojos, conviene asumir que sigue con vida. —Esbozó una sonrisa desprovista de humor ante algún tipo de pensamiento íntimo—. Pero —añadió, saliendo de su ensimismamiento— supongo que eso explica esto. —Sacó la caja de palisandro que había contenido la daga de Kip.

Se la entregó al muchacho.

—Está vacía —explicó—, pero creo que se parece a la que tu madre te entregó. O bien Zymun se la robó al rey Garadul o se trata de un modelo corriente. Parece que contenía un cuchillo, pero debieron de tragárselo las olas. Lo siento.

Kip sintió el impulso de confesar, pero el cuchillo le pertenecía. Gavin podría intentar arrebatárselo. Kip ni siquiera había llegado a verlo bien, con detenimiento.

—En cualquier caso —dijo Gavin—, descansa. Tengo trabajo que hacer. Encargaré que te traigan algo de comer y hablaremos más tarde. ¿De acuerdo? —Se levantó, se detuvo en la puerta—. Gracias, Kip. Me has salvado la vida, hijo. Bien hecho. Estoy orgulloso de ti.

Hijo. ¡Hijo! Había orgullo en la voz de Gavin cuando lo dijo. Kip había conseguido que el Prisma se sintiera orgulloso de él. Fue como si una luz despuntara sobre las montañas e iluminara rincones de su alma que jamás había explorado.

El nudo que se le había formado en la garganta se agrandó, se le anegaron los ojos de lágrimas. Gavin se volvió, dispuesto a marcharse.

—¡Espera! ¡Padre, espera!

Kip se quedó paralizado, al igual que Gavin, silueteado en el umbral. La última vez que Kip empleó esa palabra había sido con insolencia, y las cosas no habían terminado bien.

Su turbación no hizo sino empeorar cuando Kip comprendió de repente que

Gavin había dicho «hijo» en el sentido de «muchacho». Deseó poder tirarse por la borda y regresar con los tiburones.

—Lo siento muchísimo —dijo—. No quería…

—¡No! —Gavin lo atajó con un ademán—. Si algo has demostrado hoy, Kip, es que eres un Guile.

Kip se pasó la lengua por los labios.

—Karris… vi cómo te golpeaba. ¿Fue por mi culpa?

Gavin se rió con delicadeza.

—Kip, una mujer es el misterio que desafía toda investigación.

Kip aguardó.

—¿Eso es un sí?

—Karris me golpeó porque me lo merecía.

Eso tampoco ayudaba realmente.

—Descansa… hijo —dijo Gavin. Hizo una pausa, como si paladeara la palabra—. Se acabó esa bobada del «sobrino». Quiero que el mundo sepa que eres mi hijo. Y al diablo con las consecuencias. —Una sonrisita radiante. Y se marchó.

Kip no podía dormir. Apoyó la espalda en una pared azul y sacó la daga. La hoja estaba hecha de un extraño metal blanco, resplandeciente, con una fina espiral negra en el centro que se extendía desde la punta hasta la empuñadura. Los adornos se limitaban a siete diamantes perfectos incrustados en el mango. Bueno, seis diamantes y tal vez un zafiro. Kip no sabía gran cosa de joyas, pero seis de las piedras eran transparentes como el cristal y rutilaban. La séptima igualaba a las demás en tamaño y claridad, pero refulgía con un mágico brillo azul. Kip enfundó la daga.

¿Cómo consiguió mi madre algo así? ¿Cómo es que no lo empeñó para comprar cencellada?

Kip abrió el estuche de palisandro para guardar la daga, y con la mano vendada la giró y la soltó bocabajo en su regazo. Le dio la vuelta y vio que el forro de seda estaba suelto, no sujeto a la caja en sí sino a un marco que ocupaba el estuche. Tiró del marco para levantarlo. Debajo encontró un estrecho compartimiento que contenía cordones de repuesto a juego con el color de la funda para anudarla al cinturón a diferentes alturas. No se trataba de ningún compartimiento secreto, pero era evidente que Zymun no lo había descubierto, ni tampoco el rey Garadul, porque había una nota dentro.

Con trepidación, mirando de reojo a la puerta para asegurarse de que no pasaba nadie, Kip leyó la nota, redactada con la caligrafía gruesa y pausada de su madre: «Kip, ve a la Cromería y mata al hombre que me violó y me arrebató todo lo que tenía. No escuches sus mentiras. Júrame que no me vas a fallar. Si alguna vez me has querido, si alguna vez has querido hacer algo bueno en este mundo, usa esta daga para matar a tu padre. Mata a Gavin Guile».

Kip se sentía atenazado, paralizado. Alguien estaba engañándole, traicionándole. Kip sintió cómo se agitaba en su interior un remolino de rabia. Tenía que ser su madre. Adicta. Ramera. Embustera. La madre de Kip mentiría a cambio de cencellada: era capaz de abandonarlo encerrado en un armario. Gavin había sido estricto con él, pero nunca le había engañado. Ni lo haría jamás. Nunca. Era la familia de Kip. La primera que había tenido en su vida.

Pero su madre había guardado la daga, e incluso la caja. Podría haber vendido cualquiera de las dos a cambio de una montaña de cencellada. Se habría acordado de ellas cada vez que la asaltara la locura de la abstinencia. Si esto era más importante para ella que la cencellada, ¿por qué iba a mentir?

Kip se estremeció, sintiéndose como si la tierra estuviera abriéndose a sus pies. Desconocía la verdad. Pero la averiguaría. Se lo juró.

Dobló la nota y vio un garabato en el dorso que antes había pasado por alto, unas letras escritas más apresuradamente que el resto, pero innegablemente pertenecientes a su madre: «Te quiero, Kip. Siempre te he querido». Ella nunca había pronunciado esas palabras en voz alta. Ni una sola vez. En toda su vida.

Arrojó la nota lejos de él como si se tratara de una serpiente. Enterró la cara entre las mantas para que nadie lo oyera. Y lloró.

94

Dazen se arrastraba en la oscuridad. Eso era la muerte, pero más allá se encontraba la vida, en alguna parte. El suelo estaba cubierto de cantos afilados que le laceraban cruelmente las manos y las rodillas. Había absorbido toda la luxina roja que pudo antes de salir de la celda azul, y de no ser por la fiebre se iluminaría con una llama, pero seguía teniendo la cabeza embotada, se sentía estúpido. Lo único que podía hacer era aferrarse a su ira, y al principio el rojo le había ayudado a conseguirlo.

Obtendré mi venganza, pensó, pero le faltaba pasión. Solo existía el dolor en sus manos y sus rodillas, el reptar. Se negaba a detenerse. El túnel se curvaba una y otra vez, pero no podría extenderse eternamente. Pronto se quedaría dormido, y sucumbiría o despertaría fortalecido. Lo suficiente como para aplastar a Gavin. Se rió sin fuerzas y continuó arrastrándose.

Condenadas rocas afiladas. ¿Qué había hecho su hermano? ¿Excavar su prisión en piedra infernal?

Hijo de perra, eso era exactamente lo que había hecho Gavin. Se había gastado una fortuna tan solo para mantener a Dazen aislado. Malnacido repugnante. Pero detener a Dazen no era tarea sencilla. Siguió gateando. Nadie podía negarle la libertad tan fácilmente.

Aun así, la obsidiana era tan rara que revestir un túnel entero con ella habría costado más de lo que ganaba la familia Guile en un año. ¿Por qué habría hecho Gavin algo así? Las propiedades mágicas de la piedra le permitían, si la oscuridad era absoluta y se establecía una conexión directa (como la que facilitaba la sangre, por ejemplo, o una herida abierta), absorber la luxina de un trazador. No era de extrañar que la luxina roja hubiera dejado de alimentar el odio de Dazen. Toda ella se había drenado.

Lo asaltó una preocupación indefinible. Las curvas del túnel, quizá se tratara de eso. Los túneles se curvaban para que la luz de la celda azul no pudiera bañarlos. Por consiguiente, la oscuridad sería absoluta. Y la obsidiana cumpliría su función.

Que la noche eterna se lleve a Gavin. No va a detenerme. Me da igual terminar hecho un guiñapo sanguinolento. Saldré de aquí.

Una parte de Dazen le rogaba que se detuviera, que reflexionara. Esa parte azul, racional, que anidaba en su interior. Pero no podía parar. Si no seguía moviéndose, nunca llegaría a ninguna parte. Estaba tan enfermo, tan febril, que quizá no pudiera reanudar la marcha si la interrumpía. Gavin quería paralizarlo.

No. No no no. Dazen se obligó a continuar. Ahora el suelo parecía distinto. No era de obsidiana. La había dejado atrás. Gateó más deprisa. Juraría que algo brillaba ante él. Orholam misericordioso, era…

El suelo desapareció debajo de él, abatiéndose sobre unos goznes ocultos. Dazen

cayó, rodando sin parar, incapaz de frenar, por un tobogán que se cerró de golpe a su espalda. Continuó rodando, bañado en luz verde.

¿Verde?

Una cámara inmensa, circular, con paredes verdes como árboles. Un agujero en lo alto para el agua, la comida y el aire, y otro en el suelo para los desperdicios. Dazen se miró desesperadamente la piel en busca de la luxina roja. Se había esfumado. Había desaparecido por completo, absorbida por el túnel de obsidiana.

Dazen comenzó a reírse como un idiota, desesperado, enloquecido. Una prisión verde, después de la prisión azul. Sus carcajadas dieron paso a los sollozos. No había una prisión. Ni dos. Ahora lo sabía. No le cabía la menor duda. Había siete prisiones. Una por cada color, y en dieciséis años, solo había conseguido escapar de la primera.

Se rió y lloró. Contra una luminosa pared verde, el cadáver se rió con él. De él.

95

—No está mal para tratarse de una derrota —dijo Corvan Danavis cuando entró en el camarote de Gavin.

Gavin se sentó, pestañeando, con los párpados aún lastrados por el sueño. La «cabezada» que había echado después de hablar con Kip lo había dejado embotado. Pero con todo lo que había trazado en la última semana, no era de extrañar que se sintiera desubicado.

—Hemos perdido una ciudad —dijo—, tres cuartas partes de la Guardia Negra, y cientos si no miles de soldados. Mi hijo natural… al que acabo de reconocer… ha asesinado públicamente a un sátrapa legítimo, lo que provocará que los demás sátrapas vuelvan a temerse que me propongo conquistar el mundo. Tenemos miles de refugiados que habrá que dejar Orholam sabe dónde, Garriston ha caído en manos de un ejército de herejes y he construido una muralla prácticamente inexpugnable que ahora protegerá a mis enemigos. Ah, y tu hija se ha unido a sus filas. Si eso no está mal para tratarse de una derrota, no se me ocurre qué más haría falta.

—Podría haber sido peor.

Gavin se acarició la mejilla, allí donde Karris lo había abofeteado. Ha sido peor, Corvan, se sintió tentado de decir. Se había alegrado tanto de ver a Karris con vida que la abrazó sin pensar. Solo por eso ya se merecería el sopapo. Pero ella se había aferrado a él, tan solo por unos instantes. O quizá no se debiera más a que se alegraba de estar a salvo, lejos del ejército del rey Garadul, aunque Gavin había alimentado la esperanza de que se tratara de algo más.

Fue entonces cuando ella le susurró al oído: «Conozco tu gran secreto, desgraciado. ¿Por qué no pudiste ser lo bastante hombre para decírmelo personalmente?».

¿Su gran secreto? Se le congeló el corazón en el pecho. ¿Qué gran secreto?

Karris lo soltó y lo miró a los ojos. Incapaz de soportarlo, Gavin había apartado la mirada… y vio a Kip. Kip, a quien había dado prácticamente por muerto. Como un cretino, dijo: «¿Kip?».

No pretendía insinuar que Kip fuera su gran secreto. Sería absurdo. Karris sabía lo de Kip, por supuesto. Pero su cerebro se negaba a funcionar como debería. La proximidad de Karris, la batalla, los efectos del sobreesfuerzo al trazar, y la inesperada sensación de vulnerabilidad sembraban el caos en sus pensamientos.

Karris le pegó una bofetada. Se lo merecía.

—Siempre puede ser peor —le dijo Gavin a Corvan—. ¿Aguantará el tiempo? —Si tenía que conseguir que estas barcazas capearan una tormenta, le esperaba mucho trabajo.

—Aguantará —dijo Corvan—. Cuando salgas ahí fuera, tu actitud será

fundamental.

Gavin se detuvo. Corvan le había hablado así antes, pero no desde la guerra.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a que a ese tal lord Omnícromo le trae sin cuidado Garriston. Para él, la ciudad solo era una oportunidad de arrebatarnos la victoria y culparte del asesinato del sátrapa para poder movilizar a la gente en tu contra. Lo que quiere es destruir la Cromería. Quiere desterrar la fe en Orholam y establecer un nuevo orden. Y ni siquiera sabemos aún de qué nuevo orden se trata.

—Entonces, en vez de «derrota», ¿qué tal si hablamos de «derrota aplastante»? —Gavin sabía que estaba siendo infantil, pero Corvan era la única persona en presencia de la cual podía comportarse así. Era agradable haber recuperado a su amigo.

—Tenemos que prepararnos para ir la guerra —dijo Corvan—. Y no solo por el control de una pequeña ciudad.

—¿Crees que la gente se unirá a él?

—En masa —respondió Corvan—. Mi hija lo ha hecho, y no es ninguna estúpida. De modo que nos conviene asumir que tiene carisma, y ya hemos visto que es lo bastante listo para derrotarnos y conseguir lo que se propone. Así pues, debemos sopesar nuestras opciones y prepararnos.

—Lamento que se haya unido a él, Corvan. Parecía una chica tan sensata. Debería haber cuidado mejor de ella cuando estaba…

—Es una chica sensata. Ella no me preocupa. Regresará —dijo Corvan. Había tensión en su voz, como cabría esperar. Intentaba convencerse también a sí mismo. Pero Gavin sabía que sería mejor no insistir.

—Bueno, ¿y qué tenemos?

—Tú y yo. Hemos recuperado a Karris, a Kip y a Puño de Hierro, cuando podríamos haberlos perdido a los tres fácilmente. Contamos con la devoción, la lealtad, la admiración y la motivación de treinta mil personas que ahora creen en Gavin Guile con toda su alma. Eso es lo que yo llamo el comienzo de un ejército. Eres el Prisma. ¿Cómo te va a hacer frente un reyezuelo pagano?

Gavin se rió, porque ambos sabían que existían al menos mil maneras. También infundía algo de miedo el modo en que pensaba Corvan. Cómo analizaba las cosas. Gavin tendría que andarse con cuidado. Hay secretos que no puedes contar ni siquiera a tu mejor amigo. Grandes propósitos cuyo éxito depende de la discreción.

Contemplativo, Gavin dijo:

—¿Sabes?, he escrito una lista con todas las cosas que quiero hacer antes de morir, y la mejor de ellas era liberar Garriston. Lo que permití que ocurriera allí después de la guerra fue… No sé si es lo peor que habré hecho en mi vida, esa categoría es muy amplia, pero consentí que lo que estaba ocurriendo en Garriston siguiera ocurriendo. Durante dieciséis años. Pese a todo mi poder, nunca logré

convencer al Espectro para que lo detuvieran.

—Una vez conocí a un tipo que tenía la manía de cambiar las reglas cuando no podía ganar. No se rendía cuando los demás decían que ya había perdido. Así que… Garriston es un amasijo de edificios decrépitos con murallas indefendibles.

—Por eso construí murallas nuevas, cambié las reglas. ¡Lo intenté, Corvan! ¡Perdí! —Gavin hizo una mueca al comprender el verdadero significado de las palabras de Corvan—. Ah, y ahora dirás que solo he perdido un amasijo de edificios decrépitos. Y yo te diré, ¡sí!, ¡eso ya ha quedado claro! Y tú añadirás que cuando decidí liberar Garriston probablemente no me preocupaba el estado de los edificios, sino el de sus habitantes.

—Y además, todas esas personas que querías liberar están aquí. Y tú reconocerás la superioridad de mi sabiduría.

Gavin se rió. A veces, era como si no hubiera pasado ni un solo día desde su separación.

—Bueno, sabemos cuál de esas cosas no va a pasar.

Corvan sonrió. Tenía razón, no obstante.

—Bien —dijo—, sal ahí fuera y sonríe, reparte palmaditas en la espalda entre tus soldados y compórtate como un emperador con un gran propósito ante él… un prómaco dispuesto a hacer realidad ese gran propósito. Has liberado a estas personas. Las protegerás y les proporcionarás un nuevo hogar. Se hará justicia. Y te ayudarán.

—A veces pienso que tú deberías haber sido el líder en vez de yo.

—Yo también —dijo Corvan. Sonrió—. Los caminos de Orholam son misteriosos. Demasiado misteriosos, en ocasiones.

—Gracias —dijo Gavin. Se rieron juntos. Era una sensación agradable. Un bálsamo para el alma dolorida.

—Por cierto, ¿cómo tienes la espalda? Juraría que esa sabandija te apuñaló. Adoran a Kip como un héroe por detenerlo, ¿sabes?

—Lo detuvo en el último momento, supongo —dijo Gavin, aunque el puño del muchacho debía de haberle golpeado en los riñones de refilón cuando Kip lo derribó, porque había sentido una punzada abrasadora. Tiró de la camisa para enseñársela a Corvan. La tela estaba rasgada, pero su piel se veía intacta—. Por los pelos —dijo.

Corvan soltó un silbido.

—La mano de Orholam te protege, amigo.

Gavin gruñó. A juzgar por cómo le dolía la cabeza, desearía que la mano de Orholam tuviera un poco más de cuidado.

—Bueno, ha llegado el momento de jugar a los emperadores —dijo. Juntos, caminaron hasta la puerta del camarote. ¿Quién había trazado camarotes en la barcaza, por cierto?

Gavin hizo una pausa.

—Corvan, tengo una duda.

—¿Sí?

—Todos esos años que pasaste en esa pequeña ciudad. Es una casualidad tremenda que Kip y tú estuvierais en el mismo lugar.

—La casualidad no tuvo nada que ver —dijo Corvan, con gesto serio.

—Le seguiste la pista. Lo buscaste. Lo vigilabas. —Gavin no necesitaba que Corvan se lo confirmara. Lo sabía—. Pero nunca te acercaste mucho a él.

—Procuré no hacerlo, al menos. Es un buen chico. Pero es quien es. —Lo que quería decir era: Es el hijo de tu hermano. Corvan se miró las manos y bajó la voz, de modo que aunque hubiera alguien escuchando a hurtadillas al otro lado de la habitación no podría distinguir sus palabras—. Sabía que podrías pedirme que lo matara algún día. No quería que fuera más difícil de lo necesario.

Ambos guardaron silencio durante largo rato.

Lealtad para uno, ese era el lema de los Danavis. Corvan no creía en Orholam, ni en la Cromería, ni en ningún credo. Creía en Gavin. A veces era sobrecogedor tener a alguien que creyera en ti de esa manera. Por un segundo, Gavin contempló la posibilidad de revelar a Corvan su séptimo y último propósito. De confiar en él. Pero no. Era más seguro así. Se lo diría cuando llegara el momento.

—Menudo mundo —dijo Corvan, al cabo.

—Menudo día —dijo Gavin, observando el firmamento plomizo. Puaj.

Corvan resopló.

—Sí, radiante —dijo, y siguió su camino.

El sarcasmo de Corvan a veces constituía un enigma.

Gavin se encogió de hombros y salió a dar palmaditas en los hombros, a interesarse por los heridos, por los víveres y por el rumbo, principalmente dejándose ver, mostrándose atento y al mando. Karris no dejaba de observarlo, pero no le dirigió la palabra. Otro problema del que tendría que encargarse.

Fue a visitar a Kip. El muchacho dormía hecho un ovillo. Lo cual no tenía nada de extraño. Gavin seguía escuchando historias. Según los distintos testigos, Kip había trazado verde, azul, rojo y tal vez amarillo. Con quince años. Gavin esperaba ganar algo de tiempo para ambos manipulando la piedra de pruebas; el camino de Kip sería lo bastante complicado de por sí. Ahora era demasiado tarde. Listo, valiente y policromo, el muchacho había demostrado con creces que era un auténtico Guile. Gavin debería redoblar sus esfuerzos por ocultarle la verdad.

Había mucho trabajo por hacer.

Sin olvidar que debía enfrentarse a su padre y decirle que su esposa estaba muerta y que su nieto ilegítimo había asesinado a un sátrapa, y eso intentando eludir cualquier posible conversación sobre casarse con la hija de algún sátrapa para arreglar las cosas… conversación en la que Gavin tenía todas las de perder.

Se acercó al costado de la embarcación para trazar una trainera con la que ir a la otra barcaza. Miró a su alrededor en busca de algo azul a partir de lo que trazar. No había nada. Levantó la cabeza. No había ninguna nube en el cielo. Estaba a bordo de una barcaza, en alta mar, bajo un firmamento radiante. Pero algo andaba mal.

Intentó trazar azul. Era el Prisma; podía dividir la luz blanca en cualquiera de sus componentes.

No ocurrió nada.

Le sobrevino una oleada de pánico. Contó sus colores con los dedos, del pulgar al índice primero, de arriba abajo. Subrojo, rojo, naranja, amarillo, verde, az… Nada. Se quedó mirando fijamente el dedo corazón, como si fuera el culpable. No había azul. No podía trazarlo. Ni siquiera podía verlo. Había empezado. No al séptimo año. Ahora. Nunca había sabido cómo se daba cuenta un Prisma de que el final estaba próximo. Ahora lo sabía. Estaba perdiendo los colores. No le quedaban cinco años, había empezado ya. Gavin se moría.

Agradecimientos

Hace dos años lancé la trilogía «El Ángel de la Noche» al mundo con la clásica mezcla de triunfo y terror. Ardía en deseos de convertirme en novelista desde que tenía trece años. Era mi oportunidad, mi ocasión de someterme al dictamen del gran público. Hay cien factores que pueden enterrar un debut y, a fin de retrasar la necesidad de buscar un empleo de verdad, necesitaba que a mi debut le fuera mejor que a la mayoría. Pero todos los días hay sueños que se estampan contra el suelo. Las tragedias acechan detrás de cada esquina.

Aunque también los milagros.

De modo que antes de nada quiero daros las gracias a vosotros, lectores, por darle una oportunidad a un tipo desconocido con una novela invisible. Y gracias especialmente a aquellos lectores que le dejaron mi libro a un amigo y dijeron: «Dale una oportunidad. No, en serio, dásela». Y un doble agradecimiento especial con nata montada y una galletita de moca cubierta de chocolate a todos los libreros que hicisteis eso, desde Alburquerque hasta Perth. Entre todos me habéis cambiado la vida. El poder ganarme la vida escribiendo es un privilegio inmenso, así que gracias.

Kristi, eres la gracia y la tenacidad encarnada. No podría estar viviendo este sueño sin ti, ni querría hacerlo. Gracias por ese resquicio de locura e insensatez, fino como un cabello pero sin fondo, que te permite aguantarme.

Don, gracias no solo por todos los acuerdos firmados, sino también por saber cuándo no hay que firmarlos. Gracias por presentarme a tantos profesionales apasionados de mi trabajo. Cameron, gracias por repartir mis libros entre los incautos de todos los rincones del mundo.

Devi, gracias por emplear el llameante Ojo de Sauron (¡no, contra mí no!), pero secretamente a mi favor. Y a ti y a Tim, Alex, Jack y Jennifer, os prometí que este libro sería el más corto y ha resultado ser el más largo, causando quebraderos de cabeza a todo el mundo. En vez de obligarme a sacar el siguiente producto de la cadena de montaje me habéis concedido una autonomía tremenda. Os agradezco la fe depositada en mí y todo cuanto hacéis por contribuir a mi éxito. Chicos, sois valientes y brillantes, y es un placer trabajar con vosotros.

Gracias a toda la gente de Hachette, desde los becarios anónimos sin derecho a sueldo (¡ánimo!), al tipo que mantiene sus ordenadores en funcionamiento, a Gina (te debo más de una cena, ¿verdad?), a las pacientes personas de producción que tienen buenos motivos para odiarme. Pero le paso todo ese odio a mi editora, Devi. (¡También le gustan los manuscritos no solicitados! Este es su número de teléfono y su dirección personal de correo electrónico @.)

Heather y Andrew, gracias por la labor de mantenimiento del foro. Habéis hecho posible que conecte con mis fans… y siga teniendo tiempo para escribir. Gracias

gracias gracias.

Me temo que no he recompensado a todos los amigos y familiares que han soportado mis estados de ánimo por email (¿de cuántas formas distintas se puede decir «el libro aún no se ha vendido»?), estando tan ocupado durante los dos últimos años que prácticamente ya ni siquiera les escribo unas líneas. Si aparecisteis en la primera entrega de agradecimientos, gracias de nuevo.

Cody L., tu entusiasmo es mejor que el café. Shaun y Diane M., gracias por los sabios consejos y vuestra amistad. Scot y Kariann B., gracias por las excursiones a Red Robin cada vez que vendíamos los derechos al extranjero (¡Italia, hurra!). Dr. Jacob K., gracias por las asombrosas lecciones improvisadas, las amables correcciones de traducción y el «prómaco». Gracias al Dr. Jon L., quien una vez dijo: «¿No sería genial que en vez de [convención del género fantástico], el héroe hiciera [convención de ese género invertida]?». Esa semilla me ha rondado la cabeza durante años, Jon. Desde entonces he descubierto las muy válidas razones por las que no son más los escritores que han hecho eso… y me lo he pasado bomba haciéndolo de todos modos. Gracias a Seiei, que le dio la vuelta a todo este libro con un par de tuits. Gracias a Nate D., por las geniales tormentas de ideas, a Laura J. D., por los consejos sobre dos cosas que probablemente jamás llegaré a entender por completo: las mujeres y los físicos esculturales. Cualquier error que contenga este libro es culpa suya.

Gracias, Rockstar Energy Drink. Esos años de mi vida que me robaste seguro que hubieran sido malos.

Y por último, gracias a los insaciablemente curiosos lectores que todavía se leen los agradecimientos aunque no esperen encontrar su nombre. ¿Qué, os ha parecido corta la novela? Venga, largo de aquí e id a decirle a alguien: «¡Tienes que leer esto! No, en serio. Que sí, que trae hasta un mapa y todo».



Brent Weeks, escritor estadounidense originario de Montana, se convirtió en uno de los autores revelación de la literatura fantástica épica gracias a la trilogía «El ángel de la noche», compuesta por El camino de las sombras, Al filo de las sombras y Más allá de las sombras, todos publicados por Plaza & Janés. La primera entrega quedó finalista del David Gemmell Legend Award, que se concede anualmente a la mejor novela del género fantástico publicada en el mundo anglosajón. En el año 2011 se repitió el éxito, cuando El Prisma negro también quedó finalista de este prestigioso premio. Brent Weeks ya forma parte del grupo de escritores consagrados del género, entre los que cuentan Andrzej Sapkowski y Brandon Sanderson. La segunda entrega de la trilogía «El portador de luz» se publicará en Estados Unidos a finales de 2012, y en castellano en 2013.